





6-5-12

HISTORIA

UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA.

TOMO IV.



STAT SUA CUIQUE DIES.

VIRG.

HISTORIA UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA,

FORMADA PRINCIPALMENTE

CON LAS OBRAS DE LOS CELEBRES ESCRITORES

EL CONDE DE SEGUR, ANQUETIL Y LESAGE,

Y CON PRESENCIA DE LAS ESCRITAS

POR

M. MILLOT, MULLER, CHATEAUBRIAND, BOSSUET, THIERS, GUIZOT, GUAY, MICHELET, MIGNET, ROBERTSON, NODIER, MONTESQUIEU, ROLLIN, MARIANA, MIÑANA, SOLIS, TORENO, MARLIANI, MICHAEL etc.

FINALIZANDO

CON UN DICCIONARIO BIOGRÁFICO UNIVERSAL.

OBRA COMPILADA

POR UNA SOCIEDAD HISTORIOGRAFA,

BAJO LA DIRECCION DE

A. MARTINEZ DEL ROMERO,

INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES ARTÍSTICAS Y LITERARIAS, NACIONALES Y ESTRANJERAS.

MADRID:
1842.

Oficina del Establecimiento Central, calle de Atocha, núm. 65, cuarto principal.

HISTORIA UNIVERSAL.

CONTINUA EL LIBRO SESTO.

CONCLUSION DEL CAPITULO III.

Observaciones. — No estaba el gobierno ateniense, á pesar de sus leyes, tan bien fundado como el de Esparta; porque los majistrados, para agradar á la multitud, la corrompian lisonjeando sus pasiones. Talentos muy raros se necesitaban para sostenerse contra los caprichos de aquel pueblo. El mal se aumentó luego que Atenas se hizo reina de los mares, y que una multitud de marinos codiciosos é indijentes entraron en la asamblea jeneral. Desde entonces se descuidaron la virtud y el honor; el pueblo no pensó sino en ejercer sus derechos de soberanía; y vióse á muchos hombres de bien avergonzarse de tener á Atenas por patria. «La »multitud, dice Jenofonte, es »malvada en la desgracia é insolente en la prosperidad; no conoce mas que su interés y gusto del desórden: cuando reina »¿quién es capaz de pedirle »cuenta de sus acciones?» — El pueblo no sabe á veces lo que quiere; no tiene otra opinion que la que se le hace tener: es una bestia aparejada que pertenece á quien la coje; el que consigue montar en ella le mete la espuela, y anda porque lo tiene de costumbre. Si no se le pone brida es loca, y si no se le pone el bocado, muerde: en fin, el

pueblo, esclavo ó tirano, tigre ó cordero, sirve de instrumento á toda clase de ambicion, y ha sido en todos los siglos un juguete. Esto sucedia en Atenas últimamente. Casi todos los ilustres atenienses perecieron de una muerte violenta, ó en tierra estranjera. Los juicios pronunciados por los tribunales fueron muchas veces injustos y crueles, y el ejemplo de las traiciones frecuente. Ninguna ciudad de Grecia ha tratado á sus súbditos con tanta dureza, ni castigado sus revoluciones como Atenas: decaida de su grandeza primitiva, se envileció en poco tiempo hasta tal punto, que el sentimiento de su dignidad fué remplazado por la adulacion mas baja con sus tiranos (1).

Esta célebre ciudad estaba edificada sobre un terreno desigual; sus calles eran estrechas é irregulares, y las casas de los particulares de esterior modesto; pero sus públicos edificios, producciones sorprendentes del gusto mas perfecto, han escitado la admiracion de todos los siglos.

Los atenienses tenian mas injenio que los lacedemonios; estos, mas enerjía que aquellos. Persuadidos todos los atenienses de su capacidad, querian tomar parte en la administracion, y en esta presuncion los mantenian sus oradores; los lacedemonios no tenian otro objeto que el sujetar sus pasiones, y mantener su libertad y su constitucion. Cuando los atenienses perdieron su independencia, les quedó todavía su injenio, su gusto y su filosofía; estas ventajas conservaron á su ciudad un cierto esplendor, hasta el momento en que las irrupciones de los bárbaros condujeron otro órden de cosas. Los atenienses eran ricos de ideas, pero estas estaban sujetas á variar; los ciudadanos de Licurgo no tenian mas que un corto número de principios profundamente grabados en sus corazones, pero jamás se apartaban de ellos.

No hay que tomar á la letra los elojios que Pericles daba á sus conciudadanos, cuando en sus arengas ensalzaba sus luces, sus talentos guerreros, y la penetracion con que el menor artesano discutia los verdaderos intereses de la patria. Sabemos muy bien que en su tiempo los atenienses eran bastante ignorantes para temblar á la vista de un eclipse de sol: que jamás supieron formar una infantería

(1) Polyb., Plutarchi Demetr.

igual á la de los lacedemonios: y que en fin, estos conocimientos decantados, por cuyo medio cada ciudadano se creia capaz de gobernar el estado, perdieron á la república. Los tiempos de su mayor prosperidad fueron aquellos en que la elocuencia fulminante y la irreprochable virtud de Pericles contenian á la multitud.

La república ateniense brillaba con un esplendor mas grande que ninguna otra de la Grecia; la de los lacedemonios acaso tenia ventajas mas sólidas. ¡Dichoso el estado cuyos ciudadanos pudiesen reunir las cualidades amables de los atenienses, y la grandeza de alma de los espartanos! La magnanimidad, el heroismo, la lealtad, y el amor de la libertad que caracterizaban á los ciudadanos de Esparta, son sin duda el objeto principal ácia el que debe el hombre dirijir sus esfuerzos; pero cuando ha adquirido estas virtudes, es necesario todavia que trabaje en desarrollar todas sus facultades intelectuales por medio de las artes y de las letras.

Las leyes de los antiguos estaban mas adaptadas á los tiempos, á los lugares y al carácter de cada pueblo que las nuestras: el derecho romano, trasplantado entre nosotros, ha producido grandes inconvenientes. Los antiguos hablaban menos de filantropía que nosotros; es verdad que trataban con cierto desprecio á sus esclavos y aun á los estranjeros; pero en cambio tenian un sentimiento profundo de patriotismo. En sus estados, cuya estension se limitaba al recinto de una ciudad, se vivia como en familia, y nadie pensaba en introducir costumbres nuevas. Asi es que los actos públicos, los caractéres, los usos y aun los escritos, llevaban el sello de cada siglo y de cada pueblo, hasta el momento en que Alejandro el Grande y Roma barajaron juntas todas las naciones. Entonces la antigua sencillez, y la naturalidad desaparecieron hasta el punto de no hallar rastro alguno en los escritores que aparecieron despues de estas grandes revoluciones.

Nos hemos apartado algun tanto de nuestra narracion;— continuemos. La lejislacion política de Solon no impidió las revoluciones; porque las pasiones del pueblo tenian mas fuerza que la razon del lejislador; pero sus leyes civiles y criminales, respetadas siempre en Atenas como oráculos, fueron el modelo de las de los otros pueblos; la

mayor parte de las ciudades griegas las adoptaron, y Roma, atormentada por la anarquía, las empleó en su mayor parte como un remedio en los males que la aflijian.

Los majistrados y el pueblo de Atenas juraron observar, durante un siglo, las leyes de Solon: fueron escritas en rollos que se fijaron en los sitios públicos. Importunado el lejislador por el gran número de personas que iban á pedirle que interpretase ó modificase su código, dejó al tiempo el cuidado de consolidarlo, y se ausentó por diez años habiendo hecho jurar á los atenienses que no innovarían nada hasta su vuelta. Viajó segunda vez por Ejipto y fué despues á Creta. Dió leyes á un canton de esta isla, y edificó una ciudad á la cual dió nombre. Cuando volvió á Atenas, halló la república dividida otra vez en facciones: todas querian mudar la constitucion sin convenirse en la que se habia de sustituir. Solon, que deseaba poner término á las turbulencias, fué ausiliado al principio por Pisistrato, jefe de la faccion mas popular; pero bien pronto conoció que este hombre ambicioso no era demagogo sino para hacerse tirano.

Usurpacion de pisistrato.—(A. del M. 3443.—A. de C. 564). Aquel que lisonjea á la multitud consigue siempre engañarla fácilmente. Ninguno era mas á propósito para esto que Pisistrato, primo de Solon, y que pretendia traer su orijen de Nestor. Socorria á los pobres, afectaba grande amor á la democrácia, prodigaba sus riquezas y hablaba elocuentemente de la libertad, mientras caminaba á la tiranía. Servia con zelo á sus amigos; sus costumbres dulces desarmaban á los enemigos, y habia encubierto tan hábilmente su ambicion con la máscara de la virtud, que era idolatrado de los suyos y respetado de los demás.

Licurgo, jefe del partido de la costa, y Megaclés, hijo de Alcmeon, que estaba al frente de los ricos, aumentaban con su oposicion la autoridad de Pisistrato, porque como no penetraban sus secretos designios y reprendian su zelo por la igualdad y la libertad, acrecentaban el amor del pueblo ácia él. El partido de Megaclés era considerable: su padre habia hecho servicios importantes á Creso, rey de Lidia, y colmado de bienes por este monarca, habia juntado un caudal inmenso por su matrimonio con Agarista, hija de Clistenes, príncipe de Sicion. Es-

la opulencia le ponia en relacion con los principales ciudadanos, y le proporcionaba medios para sobornar á los mas corrompidos.

Cuando Pisistrato estuvo seguro del afecto del pueblo, defendiendo sus derechos contra los partidarios de la oligarquia, se hizo una herida, se presentó en la plaza pública y dijo que los ricos y grandes le habian puesto así, y que era víctima de su zelo por la libertad. El pueblo, indignado, celebró una junta, y sin hacer caso de las declamaciones de Licurgo, de las amenazas de Megaclés, ni de las prudentes advertencias de Solon, concedió á Pisistrato una guardia de cincuenta hombres, con el objeto de tener su vida en seguridad. En breve aumentó Pisistrato este número, recibiendo en su guardia á todos los que se ofrecian para ella, y con su ausilio se apoderó de la ciudadela. Huyeron sus enemigos: los amigos de las leyes quedaron consternados: todos temblaban escepto Solon, que reprendió á los atenienses su debilidad y al tirano su perfidia. Recordaba al pueblo la ley que mandaba á los ciudadanos dar la muerte al usurpador de la autoridad: preguntáronle quién le daba osadía para andácia semejante, y respondió: «Mi vejez.» Pisistrato era demasiado hábil para derramar la sangre de un varon tan respetado, y creia mas útil ganarlo que quitarle la vida: además estaban unidos por el lazo del parentesco y por una amistad antigua y tan tierna que los detractores de Solon la acusaban de escesiva. El diestro usurpador no ignoraba el modo de seducir á un anciano. Llegaba á él con respeto, le manifestaba el mayor cariño, alababa continuamente sus leyes, las hacia ejecutar y las observaba rigorosamente él mismo, escepto la que proibia ejercer el poder supremo. Engañado Solon por esta falsa deferencia, y mas aun por su amor propio; creyó que podria vencer la ambicion con la prudencia; se reconcilió con Pisistrato, le devolvió su confianza, entró en su consejo, y tuvo esperanza de mitigar una dominacion que no habia podido destruir.

Muerte de Solon.—El pesar que le causó la inutilidad de sus esfuerzos terminó sus dias: no sobrevivió mas que dos años á la libertad de su patria. Murió de ochenta años, en el arcontado de Hejestrato, el año segundo de la olimpiada 51.

DESTIERRO DE PISISTRATO. — No gozó Pisistrato al principio de tranquilidad. El sentimiento de la muerte de Solon despertó el deseo de la independencia: los partidos de Licurgo y Megaclés se reunieron y arrojaron de Atenas al usurpador. Pero Megaclés, mas atento á su interés que á su opinion política, envidioso de Licurgo á quien el pueblo favorecia mas, prometió á Pisistrato restablecerlo en el trono si se casaba con su hija. Pisistrato aceptó. Sus partidarios reunidos echaron á Licurgo de la ciudad; y para ganar el espíritu del pueblo, se presentó de repente enmedio de Atenas una mujer muy hermosa en un carro magnífico, vestida como la diosa Minerva. Esta dijo que los dioses restablecian á Pisistrato; y el pueblo, creyendo obedecer la voz del cielo, recibió al tirano con júbilo. Sus hijos, Hiparco é Hippias, temiendo que los del segundo matrimonio les quitasen el amor y la herencia de su padre, le inspiraron aversion á su nueva esposa. Megaclés, indignado, favorecia á su hija, y prodigó sus riquezas para ganar á los atenienses y escitarlos á la rebelion. Segunda vez huyó Pisistrato y se refujió á Eubea. Despues de once años de destierro, declarándose en su favor algunas ciudades marítimas, reunió tropas, sorprendió á Atenas y entró como vencedor. Embriagado con su victoria, hizo matar á Megaclés, Licurgo y sus principales partidarios. Esta crueldad se olvidó por la justicia con que gobernó despues.

La astucia, la osadía y el artificio le habian dado el trono; la moderacion se lo conservó. El pueblo se sometió á sus leyes, porque él las observaba con rigor; no volvió á abusar de su poder, y la suavidad de su dominacion, como dice Rollin, avergonzó á mas de un soberano lejítimo. Activo y popular, protector de la industria y de la agricultura, pobló los campos de muchos ciudadanos pobres que en Atenas solo servian de dar pábulo á las facciones. Construyó fuertes, templos y otros edificios públicos para dar alimento á la ociosidad de un pueblo indócil. Publicó una nueva edicion de Homero y regaló una biblioteca á la ciudad de Atenas. Accesible á todos los ciudadanos, era dadivoso con unos, prestaba á otros y prometia á todos: sus palacios y sus jardines estaban siempre abiertos al pueblo: sufria la censura y perdonaba las injurias. Unos jóvenes

embriagados insultaron una vez á su mujer, y cuando pasaron los vapores del vino le pidieron llorando un perdon dificil de conseguir: «Estais equivocados, les »dijo Pisistrato; mi mujer no sa»lió ayer en todo el dia.» Un jóven quiso robar á su hija, y como le incitase su familia á la venganza, dijo: «Si aborrecemos á los »que nos aman demasiado, ¿qué »guardamos para los que nos »aborrecen?» y dió su hija por esposa á aquel jóven. Algunos de sus amigos antiguos se sublevaron contra él y se retiraron á un castillo. Fué á buscarlos sin guardia y con su equipaje: «Vengo, les dijo, á que me persua»dais á quedarme con vosotros, »si no puedo persuadiros á que »os volvais conmigo.» Sin embargo de la dulzura de su gobierno, el espíritu de libertad estaba tan arraigado, que los atenienses sufrieron siempre con impaciencia el dominio de un monarca. El reinado de Pisistrato fué largo y tranquilo. Murió treinta y tres años despues de su usurpacion, de los cuales pasaron diezisiete en una paz profunda. Heredaron su poder Hiparco é Hippias.

HIPARCO E HIPPIAS.

(Año del mundo 3478. —Antes de Cristo 526.)

Los hijos de Pisistrato, menos hábiles que su padre, gobernaron sin embargo con la misma prudencia. Ambos protejian las letras; y Anacreonte y Simónides, llamados por ellos á Atenas, recibieron grandes honores y regalos. Creyendo, con razon, que no es posible suavizar las costumbres de los pueblos sino ilustrándolos, se dedicaron á mejorar la instruccion pública, multiplicaron los ejemplares de Homero é hicieron grabar en los pedestales de las estátuas de Minerva, que habia en las plazas, las mácsimas en que el pueblo pudiese aprender los pensamientos de los sabios y los elementos de la moral.

Su tiranía no era como la de otros usurpadores del poder supremo: imitando la modestia de Pisistrato, no tomaron el título de reyes; se contentaron con ser los primeros ciudadanos de la república, y observaron fielmente las leyes de Solon. El mismo Pisistrato, acusado de un homicidio, se habia sometido al juicio del areópago. Aunque se

creian descendientes de los antiguos reyes de Atenas, dejaron á los majistrados sus prerogativas. Cobraron su impuesto de la vijésima parte del producto de las tierras; pero lo consagraron á las necesidades públicas y no á gastos personales:—aunque ejercian un poder absoluto, lo ocultaban bajo formas legales.

Acusaban á Hiparco de ser amigo de los placeres, vicio que hubiera corrompido mas bien que sublevado al pueblo. Pero cometió una injusticia que escitó el odio y causó su perdicion. Dos jóvenes ciudadanos de Atenas, llamados Harmodio y Aristójiton, unidos por la amistad mas tierna, y aun mas por su ardiente amor á la libertad, proyectaron la muerte de los dos tiranos con el fin de restablecer la libertad pública y vengar una injuria que Hiparco habia hecho á la hermana de Harmodio, echándola de una ceremonia pública. Para ejecutar esta empresa, ocultan sus puñales entre ramos de mirto, y entran en el templo de Minerva, donde los príncipes celebraban un sacrificio. Allí debian esperar que se les reuniesen los demás cómplices; pero viendo que Hippias hablaba en voz baja á uno de los conjurados, se creyeron vendidos, se entregan á su furor, se arrojan sobre Hiparco que estaba cercano á ellos y le hunden los puñales en el seno. La guardia mató en el momento á Harmodio. Aristójiton fué preso; y puesto en el tormento, en lugar de nombrar á sus verdaderos cómplices, acusó á los amigos de Hippias, que sin mas ecsámen los hizo morir. «¿Tienes otros »malvados que denunciarme?» le dijo. «No, le respondió el jó»ven ya moribundo: no me falta »nadie sino tú. Llevo á la tum»ba el placer de haberte engaña»do é impelido á que degüelles »á tus mejores amigos.»

Restablecimiento de la democracia.—Desde entonces Hippias, no escuchando sino al miedo, el mas funesto de los consejeros, fué detestado por sus injusticias y crueldades. Todo lo que es violento no puede durar mucho; su gobierno cayó al cabo de tres años, á pesar del apoyo que habia adquirido dando su hija por esposa al hijo del tirano de Lampsaco. Los alcmeónidas, familia poderosa de Atenas, desterrada por la de Pisistrato, gozaban en Grecia de mucha nombradía porque Clístenes, el principal de ellos, habiendo obtenido de los anfictiones el encargo de construir un nuevo templo

en Delfos, habia empleado sus riquezas en embellecer este edificio. Con semejante magnificencia ganaron á la sacerdotisa de Apolo, que hacia hablar á este dios como ellos querian; de modo que siempre que los lacedemonios consultaban al oráculo, este les respondia que no contasen con la proteccion divina sino cuando hubiesen libertado á Atenas del yugo de la tiranía. Esta astucia produjo su efecto. Lacedemonia dió tropas á los alcmeónidas para que volviesen á su patria; y aunque vencidos por Hippias en el primer combate, hicieron en el segundo prisioneros á sus hijos, y le obligaron para rescatarlos á abdicar su autoridad y salir del Atica. Habia reinado dieziocho años. Pasó al Asia y se estableció en Sijeo, ciudad de la Frijia, situada en la orilla del Escamandro. Así recobró Atenas su libertad en la misma época que los reyes fueron desterrados de Roma, por los años del mundo 3496, 508 antes de Cristo.

Libres ya de su príncipe los atenienses, hicieron honores casi divinos á Harmodio y Aristójiton que se reverenciaban mucho despues como dioses. Sus estátuas, erijidas en la plaza pública, mantuvieron en los ánimos de los ciudadanos el odio de la tiranía y el amor de la libertad, de que habian sido mártires. En las fiestas públicas se cantaba en honor de aquellos jóvenes un himno que nos ha trasmitido Ateneo, y que es un monumento de las ideas y costumbres de Atenas en aquel siglo: su traduccion es esta:

«Yo llevaré mi espada cubier»ta de ojas de mirto, como Har»modio y Aristójiton cuando »mataron al tirano y establecie»ron en Atenas la igualdad de »las leyes.»

«Caro Harmodio, no has muer»to todavia: se dice que estás en »las islas de los bienaventurados »con Aquiles el de los pies lije»ros, y Diomedes el valiente hi»jo de Tideo.»

«Yo llevaré mi espada cubier»ta de ojas de mirto, como Har»modio y Aristójiton cuando ma»taron al tirano Hiparco en el »templo de los panateos.»

«Eterna sea vuestra gloria, »caro Harmodio, caro Aristóji»ton, porque dísteis muerte al »tirano y establecísteis en Ate»nas la igualdad de las leyes.»

Atenas inmortalizó tambien la accion de una cortesana llamada Leona, cómplice de la conjuracion y amiga de los dos jefes. Hippias la hizo poner en el tor-

mento; Leona calló con una constancia invencible, y se cortó la lengua con los dientes porque la violencia del dolor no la obligase á prorrumpir en alguna espresion que le arrancase su secreto. Los atenienses no se atrevieron á erijir estátua á una mujer pública, y mandaron esculpir una leona sin lengua.

En fin, mucho tiempo despues, sabiendo que una nieta de Aristójiton vivia pobremente en la isla de Lemnos, el pueblo la hizo venir á Atenas, la dotó y la casó con un ciudadano muy rico.

Algunos escritores bastante timoratos, al hablar de la accion de Aristójiton y Harmodio, la reprueban como antimoral, diciendo que no es permitido á los particulares ejercer por su mano la accion de los majistrados. Por semejante doctrina se respeta y santifica la tiranía; porque es una imbecilidad suponer que se pueda sujetar á un tirano á la accion de los majistrados. Nosotros reprobamos el que se hubiesen denunciado en venganza á hombres inocentes aunque de opinion contraria como lo hizo Aristójiton; pero aunque parezca escandaloso y antimoral á ciertos espíritus bien avenidos con todas las demasías del despotismo, decimos que vale mas que perezca asesinado un tirano, que no el que un pueblo entero sufra sus bárbaros tratamientos. Lo contrario es preferir la injusticia á la razon, es sancionar la muerte de la sociedad, es erijir en dogma la servidumbre, y preferir el inicuo placer de un hombre solo, al bienestar de toda una nacion. Entiéndase que hablamos aqui del verdadero tirano, de aquel rey, príncipe ó caudillo que apellidándose padre ó bienechor del pueblo, es su mas atroz y encarnizado verdugo. Además, á ninguno de esos escritores meticulosos se le ha ocurrido reprobar la accion de Judith contra Holofernes; y nosotros sin pararnos en los medios que para ello pudieron emplearse, creemos que ambos casos son muy parecidos.

Atenas recobró su libertad pero no el sosiego. Clístenes é Iságoras se disputaban la autoridad: cada uno tenia partidarios. Clístenes triunfó é hizo algunas mudanzas en la constitucion. La principal fué la ley del ostracismo. Iságoras imploró el ausilio de los lacedemonios: Cleómenes, rey de Esparta, vino con un ejército, y obligó á salir de la ciudad á Clístenes, á los alcmeónidas y á setecientas familias de su partido. Los desterrados

juntaron tropas, vencieron á sus contrarios y recobraron su patria y sus bienes. Los lacedemonios, que habian sabido ya la astucia de Clístenes para forzar al oráculo de Delfos, irritados de esta superchería y envidiosos de Atenas, cuyo poder iba á aumentarse con la libertad, formaron el proyecto de restablecer á los pisistratidas, y á este fin hicieron que Hippias viniese á Esparta; mas no podian ejecutar este designio sin el consentimiento y socorro de sus aliados. Reunidos los diputados de las ciudades del Peloponeso, la elocuencia de Cleómenes hizo una grande impresion en los ánimos; pero Sosicles, diputado de Corinto, tomando la palabra censuró en los lacedemonios que quisiesen establecer en Atenas la misma tiranía que odiaban en Esparta: describió los males que Corinto habia sufrido bajo el dominio de un tirano, y conjuró á los pueblos libres renunciasen al injusto proyecto de tiranizar á otro pueblo. Todos los diputados se rindieron á estas razones, y el designio de los lacedemonios no produjo otro efecto que el de hacer manifiesta su envidia.

Hippias se volvió al Asia á la corte de Artafernes, sátrapa de Lidia. Rompiendo este ambicioso todos los lazos que le ligaban á su patria, empleó los recursos de su habilidad y elocuencia para mover á Darío, rey de Persia, á dirijir sus armas contra Atenas, cuya posesion someteria toda la Grecia. El orgulloso sátrapa mandó á los atenienses que devolviesen á Hippias la autoridad. La república se negó á someterse á la influencia estranjera, y esta fué una de las causas que dieron orijen á la guerra entre persas y griegos.

BEOCIA.

Antes de terminar la historia de la segunda edad, conviene dar á conocer en pocas palabras la situacion en que se hallan algunas ciudades y pueblos notables por su poder, sin ser tan famosos como los atenienses y lacedemonios por su lejislacion y por sus luces.

Sesenta años despues de la guerra de Troya, los beocios, bajando de las montañas de Tesalia, marcharon contra la ciudad de Tebas, y se unieron á los habitantes del campo, que tenian el mismo orijen que ellos: destronaron á la familia de Cadmo, y conquistaron toda la provincia, á la cual dieron su nombre.

La rusticidad de estos montañeses les hizo por mucho tiempo objeto de la burla de los atenienses y espartanos, que los encontraban pesados y de poco injenio, aunque en la guerra se admiraba su valor. Mas hábiles eran en el arte militar que en el de la lejislacion; por lo cual destruyeron entre ellos con facilidad la tiranía, y no supieron establecer la libertad.

Su constitucion era demasiado militar, y su gobierno en estremo reconcentrado para formar una buena república. Todo ciudadano era soldado y estaba sujeto á la disciplina asi en la ciudad como en el campo.

Cuatro majistrados los gobernaban; algunas veces llegaron á siete; elejíaselos por un año, y su autoridad era semejante á la de los reyes. Estos majistrados se llamaban beotarcas. Los consejos y los tribunales ventilaban y juzgaban los negocios bajo su vijilancia. En los casos estraordinarios las ciudades pequeñas de Beocia enviaban diputados á Tebas. Los beotarcas presidian sus juntas. Esta república fué turbada, como casi todas las demás, por dos facciones, una que sostenia la democrácia y otra la oligarquia. Antes de arrojar á sus reyes, Tebas estuvo á menudo en guerra contra Atenas. Cuando el último príncipe de la familia de Teseo mandaba el ejército ateniense; el rey de los tebanos propuso ventilar la querella por un combate singular. Timetes, que era muy anciano, reusó la proposicion; pero como esta agradaba á entrambos pueblos, cuya sangre aorraba, Melanto, príncipe mesenio, arrojado de su pais por los Heráclidas, se ofreció por campeon á los atenienses. Lo aceptaron, combatió, mató al rey de Tebas, y obtuvo el cetro de Atenas despues de la abdicacion de Timetes. Melanto dejó el trono á su hijo Codro.

En el territorio de la Beocia estaban Platea, lugar memorable por la derrota de los persas: el paso de las Termópilas: Leuctres, donde los lacedemonios sufrieron tambien una derrota por los tebanos conducidos por Epaminondas á 8 de julio de 371 antes de Cristo, en la olimpiada 102. 2. Por la parte del Norte está el lago Copais (Livadia, Limne): al Norte del lago estaba Copae de donde tomó su nombre. Sobre el pequeño rio Ismeno en la parte Sudeste estaba Tebas, fundada por Cadmo, patria de Píndaro. Al Sudoeste estaba Potniæ, residencia de Glauco, hijo de Si-

sifo : en este mismo paraje estaba Tespiae, al pie del monte Helicon, célebre residencia de Apolo y de las Musas, en donde estaban las fuentes Aganipe y el rio Permeso. A la distancia de veinte estadios corrian las aguas de la fuente Hipocrene, que tenian la propiedad de inspirar versos á quien las bebia. *Ascra,* patria de Hesiodo, Lebedea (Livadia) donde habia una caverna llamada de Trofonio; los que habian entrado en ella una vez salian tan serios que no volvian á reir en su vida. Un poco ácia el Noroeste está el paso de Daulis donde Edipo mató á Layo. Entre las costumbres de los beocios la mas notable era, que luego que llevaban á la recien casada á la casa de su esposo, quemaban delante de la puerta el timon del carro que la habia conducido, para que entendiese que ya no debia salir.

ARCADIA.

Esta provincia (Tzcónia Setentrional) ocupaba el centro del Peloponeso y estaba rodeada por la Argólida, la Laconia, la Mesenia, la Elida y la Acaya. Los pintores y poetas mas célebres han descrito el cuadro risueño de las fértiles llanuras, los bosques frondosos, las fuentes cristalinas y los frescos valles de la Arcadia (1). Los demás pueblos de Grecia inspiraban admiracion : los arcades amor. Pintando las danzas de sus pastores, sus fiestas rústicas y repitiendo sus canciones, deseaban los hombres visitar este hermoso pais, que merecia llamarse templo de la naturaleza y de pastoriles placeres. El viajero al salir de las orillas del Alfeo, situado en la parte Norte, conservaba de ellas una grata memoria, y repetia estas palabras puestas por un pintor antiguo en la tumba de una pastora jóven : «yo tambien he vivido en Arcadia.» Al Norte estaba el lago y la ciudad de *Stymphalas*, Zaraka, residencia fabulosa de aquellas Harpías que destruyó Hércules. Al Sud se veía la famosa ciudad de Mantinea, cerca de la moderna Tripolitza, donde perdió la vida Epaminondas, jeneral tebano, en la memorable batalla que ganó á los la-

(1) *Pan etiam, Arcadia mecum si judice certet,*
Pan etiam, Arcadia dicat se judice victum.

VIRG. Ecl. IV. 58.

cedemonios en la olimpiada 104, año 2, que ya describiremos. Al Sudoeste de Mantinea está el monte Menalo, residencia del dios Pan, y al Sudeste de este monte Tejea, *Piali*, de donde tomaba Pan el nombre de *Tegeæus* (1); era patria de la célebre Atalanta. Al Sud estaba Megalópolis, cerca de la actual Leondari ó Sinano, edificada por Epaminondas, y patria del historiador Polibio. Lycosura es probablemente *Agios Georgios*, tenida entre los griegos por la ciudad mas antigua del mundo. Al Oeste estaba *Phigalia* donde se hallaba el espléndido templo de Apolo, cuyos mármoles se pueden ver hoy en el museo británico en Lóndres. Los habitantes de esta parte de la Arcadia se llamaban *Parrhasii* de *Parrhasius,* hijo de Júpiter, que edificó allí una ciudad. Al Nordeste y en los confines de la Acaya estaba Cynethœ (Calabrita) cuyos habitantes eran reputados por bárbaros, y despreciados por los otros griegos, que atribuian su ferocidad al desprecio de la música, muy cultivada jeneralmente en Grecia. Con todo es notable que en sus cercanías, un poco al Este, estuviese el monte Cilene, patria de Mercurio, inventor de la lira, de la elocuencia, y de los ejercicios jimnásticos (2), distinguido entre los poetas con el nombre de *Cyllenius*. Entre la Arcadia y la Acaya está el *Mons Erymanthus*.

Dividida esta nacion en pueblos poco numerosos, conservó por mucho tiempo los reyezuelos que la gobernaban; pero la necesidad de defenderse contra estados mas poderosos la obligó por último á reunirse y constituirse en república. Valientes como los otros griegos, pero menos ambiciosos, como de costumbres mas dulces, defendian mas bien su felicidad que su gloria. Al honor de pasar por los habitantes mas antiguos de la

(1) *Ipse nemus linquens patrium saltusque Lycæi,*
Pan, ovium custos, tua si tibi Mænala curæ;
Adsis O Tegeæ Favens.
VIRG. Georg. I. 16.

(2) *Mercuri facunde, nepos Atlantis,*
Qui feros cultus hominum recentum
Voce formasti cantus, et decoræ More palestræ:
Te canam, magni Jovis et Deorum
Nuncium, curvæque lyræ parentem.
HOR. Od. I. 10.

Grecia, juntaban el de ser mirados como los mas invencibles. El oráculo habia dicho á los lacedemonios que no podrian vencer un pueblo tan frugal ni aun con el ausilio de los dioses. Este pueblo ospitalario y virtuoso era severo contra el crímen. El último rey de Arcadia llamado Aristócrato, era aliado de los mesenios; pero en vez de defenderlos, en la segunda guerra de Mesenia entregó á los lacedemonios algunos que se retiraron á Arcadia. Los arcades le condenaron á muerte, arrojaron su cadáver lejos de la frontera del pais y erijieron una columna con esta inscripcion: *El infame, vendiendo á los mesenios, mereció su suerte: la perfidia jamás queda sin castigo.* En seguida se estableció el gobierno republicano.

ELIDA.

La Elida estaba dividida en *Triphylia* al Sud, *Pisatis* en el centro, y *Cœle* al Norte. Triphylia Pylos disputa con la Mesenia la honra de ser patria de Nestor. En la márjen setentrional del rio *Alpheus*, Rofeo, está la llanura de Olimpia, llamada hoy de Antilalo ó Antilala. Cerca de este sitio debia estar la ciudad de *Pisa,* de la cual no se descubren ni aun vestijios. En esta rejion se celebraban los *juegos olímpicos* en honra de Júpiter Olímpico. Su institucion era antiquísima; fueron renovados 776 años antes de Cristo, y servian como época de la cronolojía griega. Celebrábanse al principio dichos juegos de cinco en cinco años, despues se redujo este intervalo á cada cuarto año, ó mas esactamente en cada 49.° mes y continuaban cinco dias sucesivos. Llamóse *olimpiada;* mas esta era no principió hasta el primer año de la olimpiada 23.

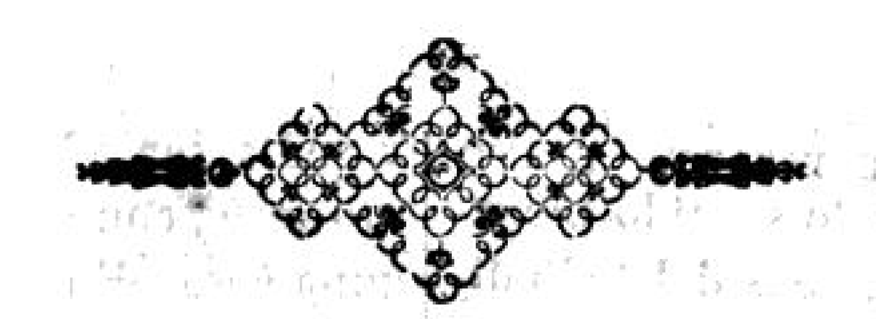
La relijion hizo sagrado el territorio de la Elida para todos los pueblos de la Grecia. De todas partes se veian llegar á Olimpia los reyes, los sabios, los poetas y los guerreros. Todo hombre dotado de un talento raro, de gran fuerza, ó de estremada lijereza, todo escudero hábil para conducir un carro ó domar caballos, llegaba á Elida á disputar una corona que daba la inmortalidad y que se creia recibir de mano de los dioses; porque la imajinacion viva de los griegos, los hacia creer que todas las divinidades del Olimpo, participando de sus pasiones, abandonaban sus celestiales moradas

para presidir á los juegos que se celebraban á las orillas del Alfeo. Por esto la Elida no debia parecerse á ningun pais del mundo: su gobierno no tenia que temer ni guerras ni invasiones, pues todo el que entraba en el territorio debia dejar las armas. Su riqueza se aumentaba con los dones de los demás pueblos que le traia la ambicion de los pretendientes á la gloria olímpica. Los descendientes de Isito reinaron pacíficamente en la Elida, hasta que el ejemplo de las otras comarcas, y el espíritu jeneral de la Grecia, les hizo abrazar el sistema republicano. Entonces principiaron las disensiones: cada ciudad sostuvo sus pretensiones á la supremacía; Elis y Pisa se la disputaron, igualmente que la custodia de Olimpia. Hiciéronse la guerra, y Fedon, tirano entonces de Argos, se arrogó, como descendiente de Hércules, el derecho de guardar su templo. Despues que murió, los habitantes de Pisa se apoderaron de él; pero pasado algun tiempo, las tropas de Elis tomaron á Pisa y la destruyeron.

Despues estuvo tranquila la república, y los pueblos de la Elida no se mezclaron sino en las guerras de relijion que alguna vez pertubaron la Grecia.

Pélope pasaba por el fundador de los juegos olímpicos. Los vencedores de estos juegos eran cantados por los poetas, y la corona de laurel que adornaba sus frentes era mirada con cierto respeto mezclado de envidia. El primer premio era el de la carrera, que se hacia en un sitio llamado *stadio*; pero habia tres especies de ella, á pie, á caballo y en carro: esta última era la mas ilustre. Gelon y Hiéron, reyes de Siracusa, y Filipo, rey de Macedonia, se gloriaban de haber conseguido el premio en ella. Los carros llevaban dos ó cuatro caballos de frente. Cuando Alcibiades fué proclamado vencedor, celebró un banquete y convidó á todo el pueblo de Olimpia, y á todos los estranjeros que habian concurrido á los juegos. Despues de la carrera competian los atletas en los diferentes juegos del pujilato, la lucha, el disco y el salto. Los grandes escritores de la Grecia leian sus obras en la asamblea olímpica: en ella presentó Herodoto su historia, y á cada libro se dió el nombre de una musa. Lisias leyó un discurso que habia escrito sobre la caida de Dionisio el tirano. Uno de los atletas griegos

mas hábiles, fué Milon de Crotona. Consiguió seis premios en los juegos olímpicos, llevó sobre sus hombros por todo el estadio un buey de cuatro años, le mató de un puñetazo y se lo comió todo. La fuerza que le dió tanta gloria fué causa de su muerte: queriendo abrir el tronco de una encina que estaba algo hendido, se le quedaron cojidas las manos por un descuido, y no pudo sacarlas; los animales del bosque le sorprendieron en aquel estado y le devoraron.



CAPITULO IV.

CUADRO DE LAS COSTUMBRES, CULTO, Y CONOCIMIENTOS DE LA GRECIA EN SUS DOS PRIMERAS EDADES.

Paralelo de Esparta y Atenas. — Progresos del espíritu. — Banquete de los siete sabios. — Argos. — Creta. — Tesalia. — La Fócida. — Costumbres de los griegos. — Doctrina de Orfeo. — Relijion de los griegos. — Juicio último. — Paraiso. — Infierno. — Creencia de la inmortalidad del alma. — Errores de la relijion griega. — Conocimientos de la Grecia. — Sus poetas y filósofos. — Lino, Museo, Orfeo, Hesiodo, Homero, Arquiloco, Alceo, Safo, Thespis, Simónides, Anacreonte, Tales, Solon, Quilon, Bias, Cleóbulo, Anacarsis, Esopo.

Paralelo de Esparta y Atenas. — Habiendo seguido Licurgo y Solon sistemas del todo diferentes, ya porque sus ideas no fuesen las mismas, ó porque el jénio de sus ciudadanos no sufriese las mismas leyes, Esparta y Atenas necesariamente debian formar entre sí un contraste singular: aquella, estando consagrada á la guerra, ningun ciudadano podia tener otro objeto, ni elejir otra ocupacion; habia que ser un héroe ó renunciar á su patria: esta, no escluia nada, admitia todas las artes, todos los estudios; cada ateniense debia ser soldado en caso necesario, y podia ser además todo lo que quisiese, con tal que hiciese alguna cosa. En aquella, destruyendo una pobreza rigorosa los resortes de la avaricia y del interés, no dejaba á las pasiones actividad sino para la gloria y las cosas públicas; en esta, la vista de las riquezas animaba la industria, el comercio, los talentos, y dividia el corazon entre el interés del estado y el de la fortuna. Contraíase allí desde la cuna la costumbre de una perfecta obediencia, pasábase la vida en obedecer, y los majistrados y los jenerales no necesitaban mas que una seña para la e-

jecucion de su voluntad: aquí se sufria con impaciencia la sujecion y el freno; amábase la licencia bajo el nombre de libertad; entregábanse á sus caprichos, y las leyes y los majistrados eran insultados, porque su débil autoridad podia ser el juguete de una asamblea popular.

La estremada austeridad de los espartanos, convertida por la educacion en una segunda naturaleza, afirmaba un gobierno fundado sobre las costumbres, cuyo vigor las sostenia contra las inclinaciones de la humanidad. Las costumbres atenienses, ablandadas por el gusto de los placeres, flotantes por la instabilidad de los principios, no podian correjirse con un mal gobierno, y debian aumentar sus vicios y sus abusos. El espartano, altivo, duro, imperioso, querrá siempre dar la ley; y siguiendo siempre un sistema regular de política, será á menudo injusto y cruel: el ateniense, valiente, magnánimo, vivo, industrioso, dulce y culto, pero vano, frívolo é inconstante, hará acciones bellas, hermosas obras, y una infinidad de faltas graves que traerán la ruina de Atenas. Este paralelo puede servir de esplicacion para los acontecimientos venideros.

La manera con que ambos pueblos trataban á sus esclavos, manifiesta demasiado la diferencia de su carácter. Comparados con los ilotas, los esclavos de Atenas eran los hombres mas dichosos. En caso de vejacion tenian accion contra sus amos ante la justicia; permitíaseles comprar tierras, y rescatarse ellos mismos cuando habian juntado una suma; se les manumitia muchas veces por recompensa ó por pura jenerosidad, y entonces elejian protectores que custodiasen sus intereses. Tanto como los ilotas, con justa razon, aborrecian á los espartanos, debian los esclavos atenienses apegarse á sus señores, si es posible hacer amable la servidumbre.

Progresos del espiritu.—Esta humanidad, que se estendia hasta los animales, venia sin duda en gran parte de la cultura del espíritu. El gusto por las letras, tan á propósito para suavizar las costumbres, estendíase ya por el Atica. Thespis inventó el teatro en tiempo de Solon; y aunque el lejislador le echase en cara que no esponia en público mas que mentiras, el arte dramático bien dirijido, podia ser una fuente de instruccion como de placer. Pisistrato enriqueció á Atenas con una biblio-

teca pública: su hijo Hiparco tuvo en su corte al poeta Simónides, y atrajo á aquel Anacreonte que todavia encanta los ánimos con la sencilla elocuencia de sus versos. Arquíloco, Stersícore, Alceo y Safo habian ya puesto en voga la poesía lírica; y las antiguas colonias griegas se gloriaban entonces de ser la patria de los autores célebres. Nada es mas favorable al jenio, que la tranquilidad y el bienestar que por largo tiempo se gozaba allí.

En el momento en que se hacen sentir los rayos de la literatura y del gusto, producen en las cabezas bien organizadas una fermentacion prodijiosa. Multitud de ideas nuevas se presentan: inquiérese lo bello y verdadero; trabájase en la instruccion, siéntese la necesidad del estudio, y comienza á presentarse la filosofia. Felizmente sus primeras miradas se dirijen ácia los objetos mas esenciales, como son la moral y la política; y era muy natural que ciudadanos estudiosos, y en un pais de libertad, se ocupasen desde luego de lo que podia contribuir á la felicidad del hombre y del estado. Hicieron el estudio de la verdadera sabiduría, y se aplicaron á encerrar en sentencias cortas el resultado de sus meditaciones. Dos de estas mácsimas se conceptuaron dignas de estar escritas en el templo de Apolo en Delfos: *Aprende á conocerte y no ecsajeres nada*. Enseñaban á sus discípulos una filosofia amable que se dirijia á dulcificar los males inevitables de la humanidad; á que buscasen por sí mismos la fuente del bien, á despreciar lo que encanta al vulgo, y á temer á Dios (1).

BANQUETE DE LOS SIETE SABIOS. —Refiere Plutarco que estos sabios que ilustraban los pueblos se reunian á veces para conferenciar entre sí; y menciona una conversacion que tuvieron en un famoso banquete en casa de Periandro. La cuestion principal que movieron fué: *¿Cuál es el gobierno popular mas perfecto?* Solon dijo: *Aquel en que la injuria hecha á un particular interesa á todos los ciudadanos*: Bias: *Donde la ley está en lugar del monarca*: Tales: *Aquel en que los ciudadanos no son ni muy pobres ni muy ricos*: Anacarsis: *Donde la virtud es honrada y despreciado el vicio:* Pítaco: *Donde los empleos se dan siempre á*

(1) *Homines existimare oportere, omnia quæ cernuntur, Deorum esse plena; fore enim castiores.* CIC. Leg. II.

los buenos y nunca á los malos: Quilon: *Donde se hace mas caso de la ley que de los oradores*. Periandro (1), tirano de Corinto, su huésped, concluyó en favor del gobierno popular que mas se acercase á la aristocrácia, y en el que la autoridad estuviese en manos de un corto número de hombres virtuosos. Esta conversacion, que creemos supuesta, no deja por eso de manifestarnos sobre qué materias se ejercitaban los filósofos antes de convertirse en sofistas.

Ya las bellas artes principiaban á perfeccionarse: habíanse inventado los dos primeros órdenes de arquitectura, el dórico y el jónico. Los talentos preparaban en cierto modo el siglo de Perícles y de Filipo. Corinto daba el ejemplo del comercio marítimo, y juntaba á la libertad el esplendor y las riquezas. En fin, la Grecia tocaba á la época de una gloria sólida y brillante, que fué al principio el fruto de las armas y del patriotismo, y en seguida del injenio ejercitado en todos los jéneros.

Argos.—La capital del reino de Agamenon, que por tanto tiempo habia dominado la Grecia, perdió su gloria con sus reyes. La república de Argos, destrozada por las facciones, cayó bajo el yugo del famoso tirano Fedon, descediente de Hércules, el cual dió parte en la soberanía á todo ciudadano que se encontrase en estado de mantener un caballo; protejió la industria; y segun algunos, fijó los pesos y medidas, é hizo acuñar moneda en la isla de Ejina; pero cuando este murió se estableció el gobierno democrático. Los arjivos, mal gobernados siempre, fueron desgraciados en el interior y sin influencia en el esterior. Micenas, Atinea y Nauplia, se hicieron independientes: Tirrea y otras plazas cayeron en poder de los lacedemonios, y Hermione y Epidauro formaron repúblicas separadas.

Creta.—El reino de Creta, despues de la muerte de Idomeneo, fué arrastrado por el espíritu jeneral de la Grecia; abolióse en él la monarquía. Los cretenses tuvieron bajo el réjimen republicano reputacion de escelentes soldados: sus fleche-

(1) Estraño es sobremanera que se haya puesto á Periandro en el número de los sabios, aunque su gobierno fuese despótico y corrompidas sus costumbres. Pero agasajó á los filósofos, y pareció serlo junto á ellos: su reconocimiento mezclado de lisonja, hizo sin duda su reputacion.

ros eran los mejores que se conocian. Pero se abolió la lejislacion de Minos, que habia servido de modelo á las de Solon y Licurgo, y el pueblo cretense, desgraciado en su pais y despreciado en los demás, se desconceptuó por su mala fé hasta el punto que su nombre era una ofensa.

TESALIA.—La Tesalia, igual á la Arcadia en los favores de la naturaleza, no gozó como esta provincia de los beneficios de la paz. El delicioso valle de Tempe no preservó á sus pastores de los males de la guerra. La patria de Aquiles debia ser belicosa, y sin embargo la caballería tésala, que era la fuerza principal de los ejércitos griegos, contribuyó menos á la gloria de su pais que á la de otros pueblos cuyo sueldo participó sucesivamente.

LA FÓCIDA.—Los fóceos, vecinos de la Tesalia, le hacian contínua guerra. Los tésalos vencian en sus llanuras y eran batidos en las montañas de la Fócida, cuyos intrépidos habitantes resistieron tambien á toda la Grecia, determinada á castigarlos porque habian laboreado un terreno consagrado á Apolo. Tenian enmedio de su pais el templo de Delfos; mas no supieron sacar partido de esta ventaja para hacer su territorio sagrado é inviolable; y en vez de buscar su seguridad en la relijion, atrajeron sobre sí la ira de los demás griegos por su impía codicia. Su ostinacion fué célebre bajo el nombre de *desesperacion fócea*, porque en muchas ocasiones prefirieron su muerte y la de sus familias á sufrir la ley del vencedor.

Tal era al fin de la segunda edad de la Grecia la situacion de estos diferentes pueblos, gobernados todos republicanamente, y todos ardientes y apasionados por la gloria y la libertad. Estos dos nobles sentimientos, ajitando los espíritus y electrizando las almas, poblaron en poco tiempo aquel pequeño pais de tantos hombres de talento y de jenio, que él solo merece mas pájinas á la historia que los imperios mas grandes: despues de tres mil años, aun llena el mundo de los recuerdos mas brillantes y gloriosos.

En la primera edad, en que los pelasgos recibieron de Ejipto los primeros elementos de la civilizacion, la luz penetró lentamente en aquellas almas selváticas, y las costumbres conservaron por muchos años la rusticidad primitiva. La fuerza era entonces el mérito y el derecho: no

tenian nombre para la *virtud*, y la significaban con la palabra *arete*, que quiere decir *valor*. Trataban á los vencidos con ferocidad; y la esclavitud fué mirada como una mitigacion de su bárbara política, pues evitaba la muerte de los prisioneros.

COSTUMBRES DE LOS GRIEGOS.—Los griegos fueron mucho tiempo belicosos antes de conocer el arte de la guerra: la fuerza corporal era el principal elemento: una batalla no era mas que la reunion de varios combates singulares. Los tésalos, que fueron los primeros en domar caballos, recibieron con el nombre de *centauros* honores casi divinos. Su primera máquina de guerra fué el caballo de Troya. El objeto principal de la guerra era el saqueo: los buques griegos, canoas: sus años de tres, cuatro y seis meses;—tanta era su ignorancia en astronomía. La seguridad personal no tenia defensa contra el fuerte que juntaba riquezas robando. El violador, el adúltero y el homicida eran castigados con una multa. Los príncipes no tenian mejores costumbres que sus vasallos: injuriaban al enemigo antes de pelear con él, y ultrajaban el cadáver del vencido. Las princesas iban á lavar sus vestidos á la fuente, y Agamenon, el rey de reyes, mataba un toro, lo asaba, lo despedazaba y le servia la espalda á su convidado Ayax.

Los griegos establecidos en el Asia menor fueron los primeros que se ilustraron, y siguieron sus pasos los de Europa con mucha lentitud. El ilustre Homero no fué conocido en Atenas y Esparta hasta trescientos años despues de la guerra de Troya. Pero el sol hermoso de la Grecia no siempre podia iluminar á una nacion grosera: aquel suelo que presenta un cuadro tan variado, esperaba solo un rayo de luz para despertar la imajinacion de sus habitantes, y para hacerla mas rica, agradable y activa que la de los otros pueblos del mundo.

Saliendo los griegos de sus bosques sombríos, se reunieron en las llanuras, se derramaron por las orillas de los rios, se asociaron en las ciudades. El dulce calor del clima electrizó su injenio, dió colorido á sus ideas y adornó su idioma con espresiones figuradas. Encantados con la hermosura que presentaba á sus ojos un pais tan delicioso, adoraron la causa productora de tantas maravillas. La admiracion y la gratitud dieron la idea primera de un Dios, ó mas bien la

renovaron estando casi borrada ya;—y nuestros modernos autores, principalmente los cristianos, se engañan, ó mejor dicho, mienten, cuando afirman que solo nuestra relijion y la de los judíos han dado á conocer al jénero humano el *Ser supremo.* Aristóteles dice formalmente que una tradicion, recibida de los hombres mas antiguos, nos enseña: «que Dios es el criador »y conservador de todas las co»sas: que ningun ser de la natu»raleza puede mantener su ec»sistencia propia sin la protec»cion constante de Dios; y de »aquí se ha inferido que el uni»verso estaba llano de dioses »que todo lo veian, oian y mo»deraban. Esta opinion es con»forme al poder, mas no á la e»sencia de la divinidad. No hay »mas que un Dios, pero ha re»cibido muchos nombres, segun »los diversos efectos que pro»duce.»

Doctrina de Orfeo. — Orfeo habia enseñado esta sublime teolojia que las fábulas de los otros poetas hicieron olvidar despues. De esta doctrina sencilla y verdadera, se ha conservado el pasaje siguiente citado por Proclo: «Todo lo que ha sido y »será, estaba contenido en el se»no fecundo de Júpiter. Júpiter »es el primero y el último (*al»pha et omega*), el principio y »el fin, y de él se derivan todas »las cosas.» La imajinacion griega dió un alma á cada objeto, atendió mas á los poetas que á los sabios, al sentimiento que á la razon, y pobló la tierra de dioses y el cielo de pasiones. «En»tonces, como dice el abate Bar»thelemy, se formó esta filosofía, »ó mas bien esta relijion pagana, »mezcla confusa de verdades y »mentiras, de tradiciones respe»tables y de ficciones risueñas: »sistema que alaga los sentidos »y rechaza el entendimiento, y »que respira el placer preconi»zando la virtud.»

Probablemente quedará siempre desconocida para el mundo la fuente de los antiguos conocimientos. Todas las inscripciones antiguas eran alegóricas; la naturaleza de los primeros caractéres de la escritura y la del lenguaje primitivo no permitian otras. De ella vienen los símbolos multiplicados de la mitolojía griega: tan sublime en sus primeras concepciones como en las obras inmortales de los poetas, llegó á hacerse ininteligible á medida que se perdieron el recuerdo de su significacion misteriosa y el conocimiento de las lenguas estranjeras. Platon y Ze-

non, que ensayaron interpretarla seiscientos años despues de Homero, y toda su escuela mas injeniosa que sábia, acaso no adivinaron mas que una pequeña parte. Habíase, pues, mezclado la mitolojía á la historia nacional, y se confundian los dioses de los diferentes paises, con solo que tuviesen un rasgo de semejanza. El Hércules de los orientales designaba probablemente al sol; en Grecia era un héroe que iba á caza de aventuras; entre los galos se le representaba bajo la figura de un comerciante estranjero. Dos escritores de fecha posterior han carecido de gusto y crítica en sus interpretaciones. Segun ellos, Faetonte es un astrónomo, muerto antes de haber acabado una obra comenzada; Belerofonte igualmente se ha ocupado en la astronomía y se ha engañado en sus cálculos; el juicio de Páris no era mas que la declamacion de un retórico sobre las tres diosas. Encuentran alusiones á un vicio que reprueba la naturaleza, en la fábula de Tiresias y en la de Ceneo, que eran alternativamente hombre y mujer, igualmente que en una elejía troyana sobre la muerte prematura de Ganimedes, donde se dice que los dioses le hallaron tan bello, que lo enviaron á la tierra.

La mejor llave que nos han dejado los griegos para penetrar hasta cierto punto el sentido alegórico de la mitolojía, se encuentra en las poesías órficas, que segun toda apariencia, son en parte la obra de Onomácrito, y en parte la del pitagórico Cércope. Orfeo, que ha dado su nombre á estas poesías, y á quien se le atribuyen en parte, sin duda porque contienen sus ideas, habia vivido en Ejipto y en la colonia fenicia en Beocia; aun creen notar en estos fragmentos un conocimiento confuso de Moisés. Posible es que los sabios de Alejandría hayan hecho en ellos en el siglo III muchos cambios y adiciones; pero no puede negarse que los misterios del paganismo han contribuido á formar y suavizar las costumbres (1), y que dando la esperanza de la inmortalidad, han hecho mas dichosa la vida y menos terrible la muerte (2). La

(1) *Nihil melius illis mysteriis, quibus ab agresti immanique vita exculti ad humanitatem et mitigati sumus.* Cic. de Leg. L. II. C. XIV.

(2). *Revera principia vitæ cognovimus, neque solum cum letitia vivendi rationem accepimus, sed etiam cum spe meliore moriendi.* Ibid.

doctrina que en ellos se enseñaba, inferior en el fondo á las ideas mucho mas modernas que rodean el lecho de los moribundos de inútiles temores, acaso les aventaja en la forma. — La vida era considerada en los misterios como la preparacion á una felicidad durable y progresiva, como una purificacion prolongada (1). Es cierto que estos dogmas quedaban ocultos para la multitud (2); pero era porque aun no se hallaba en estado de poseerlos sin abusar de ellos; — acaso por la misma razon no mostró Moisés los suyos á los hebreos sino cubiertos de una nube lejana y vaporosa.

Relijion de los griegos. — Divinizando los poetas griegos la naturaleza, las fábulas de Hesiodo y Homero fueron la relijion del pais. Segun esta creencia, una fuerza infinita, una luz pura, un amor divino que estableció la armonía universal, sacó el universo del caos, y crió los dioses y los hombres que se disputaron el mundo. La tierra hizo la guerra al cielo; los títanes atacaron á los dioses; estos fueron vencedores y subyugaron á los hombres para siempre. La raza inmortal se multiplicó. Saturno, hijo del cielo y de la tierra, tuvo tres hijos que repartieron entre sí el universo. Júpiter dominó el cielo, Neptuno en los mares, y Pluton en los infiernos. Los demás dioses ejecutaban las órdenes de los principales; Vulcano gobernaba el fuego, Ceres las mieses, Marte la guerra, Venus los amores, y Minerva las ciencias. Mercurio conducia los oradores á la tribuna y las sombras al Tártaro. Temis sostenia la balanza de la justicia; Júpiter lanzaba el rayo para aterrar á los criminales: su corte, centro de la luz eterna, era la mansion de la felicidad. Cada rio tenia su dios, cada fuente su nayade. Baco animaba la alegría de las vendimias; las Gracias derramaban sus hechizos en las facciones de la hermosura y en los escritos de los poetas: Apolo y las Musas animaban el jénio: Vulcano forjaba armas: Momo y la Locura favorecian la alegría: los rayos de Diana iluminaban dulcemente la oscuridad de la noche, y las adormideras refrijerantes de Morfeo hacian olvidar á los hombres sus afanes y sus penas, escepto las del remordimiento.

Los hombres recibian de los dioses todos los bienes, y los a-

(1) Platon, Cratyl. et de Rep. II.
(2) Id., Protag.

cusaban de ser autores de todos los males. Los dioses castigaban los delitos con el infortunio.

Los griegos, creyendo que las deidades eran semejantes á los hombres, les atribuyeron una felicidad igual á la que es comunmente objeto de nuestros deseos.

El cielo tuvo, pues, sus fiestas y banquetes: Hebe, diosa de la juventud, distribuia la ambrosía y el nectar á los dioses: la lira de Apolo hacia resonar el Olimpo con sus acentos celestiales: la Aurora abria las puertas del cielo por la mañana y esparcia por la tierra el fresco ambiente, el perfume de Flora, diosa de las flores, y de Pomona, diosa de los frutos. Febo, subiendo en el carro del sol, inundaba el mundo con los raudales de su lumbre; y cuando Eolo, dios de los vientos, preparaba las furiosas tempestades y espantaba las driadas y los silvanos, divinidades de los bosques, la lijera Iris, brillante mensajera de Juno, anunciaba á la tierra en los vivos colores de sus pasos, el retorno de la calma y la serenidad de los cielos. Los dioses, siempre presentes, inspiran las virtudes y los vicios, dirijen las inclinaciones del hombre, son testigos de sus acciones; y leen sus pensamientos.

De este modo muchas divinidades combaten en el ánimo de los mortales: unas lo separan de la virtud, otras lo inclinan á ella, hasta que la muerte y las Parcas terminan esta lid con su inecsorable guadaña y su tijera. Entonces Mercurio deja de proteger el hurto; Venus no sonrie á los placeres; Marte no escita á las batallas; y las leyes de Júpiter se cumplen.

Juicio ultimo. — Paraiso. — Infierno. — Atraviesa el hombre la laguna Estijia en la barca del viejo Caronte, y entra en el sombrío reino de Pluton. Minos, Eaco y Radamanto le juzgan en el inflecsible tribunal del Averno. Si durante su vida ha obrado con rectitud, es conducido á los amenos bosques del Elíseo, donde goza de una paz profunda, inalterable, de una eterna primavera, rodeado de héroes virtuosos, de fieles hermosuras, sabios respetados, oradores y poetas célebres; y allí encuentra sin mezcla alguna de mal ni de temor, las apacibles dulzuras del casto himeneo, las confianzas de la tierna amistad, los afectos inocentes, los juegos, y las ocupaciones ó ejercicios que le agradaban cuando vivia. Pero si ha cometido crímenes, la im-

placable Némesis, deidad de las venganzas, se apodera de su corazon; las negras y orrendas Furias le hieren con sus azotes, le destrozan con sus serpientes, le arrojan en los abismos del infierno, y allí le atormentan con los suplicios mas crueles y espantosos.

CREENCIA DE LA INMORTALIDAD DEL ALMA.—Se ve pues, que los griegos, discípulos de los ejipcios, creian la inmortalidad del alma. En su opinion, la mente ó el alma espiritual estaba envuelta, durante la vida, en un alma sensitiva, material, sutil y luminosa, imájen perfecta y, por decirlo así, sombra de nuestro cuerpo. Despues de la muerte, el alma intelectual se reunia en el cielo á la luz divina de donde habia emanado, y el alma sensitiva, conducida por Mercurio, bajaba á los infiernos, donde recibia el premio de sus virtudes ó el castigo de sus maldades. Muchos creian que al cabo de un gran número de siglos, las sombras bebian las aguas del Leteo ó el Olvido, y volvian á la tierra á vivir otra vez.

ERRORES DE LA RELIJION GRIEGA.—Todo era sensual en esta relijion, las penas, las recompensas; los mismos dioses participaban de las pasiones humanas. La discordia los dividia, el amor los atravesaba con sus flechas y los obligaba á transformarse en mortales para unirse con los objetos de su pasion.

Júpiter sedujo á Danae, persiguió á Io, robó á Europa y engañó á Alcmena, de cuyo hermoso seno tuvo á Hércules. Los zelos escitaban á Juno á la venganza; Vulcano era desonrado por Venus que se entregaba al dios de la Guerra, y aun la casta Diana se enamoró del bello Endimion. Las guerras de la tierra se repetian en los cielos. Minerva, Apolo, Venus y Juno combatian, unos para destruir, otros para salvar á Troya, hasta que Júpiter, monarca del universo, que á una señal de su cabeza estremecia el Olimpo, juntaba el numeroso consejo de los dioses, pronunciaba la sentencia dictada por el destino, y obligaba á las demás divinidades á someterse á ella.

Así la relijion de los griegos, inconsecuente en su sistema, mezclaba muchos errores funestos á un corto número de verdades útiles. Animaba el universo, pero alteraba su economía, y si por una parte enseñaba la ecsistencia de la divinidad y la inmortalidad del alma; si prometia recompensas á la virtud y

los fenómenos de nuestra naturaleza intelectual no se fundan en ningun principio cierto, y aunque brillan con los colores del injenio, están desnudos de razon. Sus sueños filosóficos son tan estravagantes como la teogonía poética, y la mitolojía popular, objeto de su culto público y de su secreto menosprecio.

Tres siglos despues de la ruina de Troya no quedaban en Grecia vestijios de barbárie; la civilizacion, las letras y las artes, habian hecho rápidos progresos; por do quiera se veian ciudades edificadas, templos construidos, códigos establecidos, altares humeando con el aroma de los sacrificios, y pomposas ceremonias y juegos célebres atraian de todas partes á los estranjeros. La libertad fortificaba los ánimos; las artes suavizaban las costumbres; la tribuna resonaba con discursos elocuentes; los escritos injeniosos de muchos filósofos se leian en todas las escuelas, y aficionaban á la juventud, dándole gusto para las letras y la oratoria. Los edificios públicos estaban adornados con las imájenes de los dioses y los héroes que daban vida al lienzo y al mármol, y la Grecia en un corto número de siglos, bajo el imperio de un clima suave y de una risueña fantasía, llegó á ser un pais encantado donde se reunia cuanto puede vigorizar el ánimo, ecsaltar al injenio y alagar los sentidos. Al fin de la segunda edad contaba la Grecia mas sabios y héroes que los antiguos imperios de Oriente, de donde habia recibido las luces.

Sus poetas y filósofos.—Lino, Museo, Orfeo, Hesiodo.—Hemos dado á conocer los héroes de los tiempos fabulosos y del primer periodo histórico; pero antes de combatir con los persas, tenia la Grecia tambien famosos poetas y célebres filósofos. El tiempo nos ha dado á conocer de Lino y Museo los nombres solamente; pero de *Orfeo* ya hemos dicho en otro lugar, que todo conduce á creer que las poesías órficas, son en parte la obra de Onomácrito, y en parte la del pitagórico Cécrope. Aunque el poema de los argonautas sea de fecha posterior á Orfeo, no por eso deja de interesar por su sencillez antigua, al paso que nos demuestra la idea que tenian los griegos de los paises setentrionales en la época de la guerra de los persas.

Hesiodo cantó los campos y la agricultura. No conocemos los dioses del Olimpo sino por la teogonía de este poeta, y su escudo

de Hércules es tan célebre como los trabajos de aquel semidios.

Homero, anterior á la era de las olimpiadas, fué el primero de los grandes poetas y todavia les sirve de modelo. En el tomo primero de esta obra, y en el capítulo de Troya, hemos hablado ya de él, y poco tenemos aquí que añadir. Alejandro Magno decia que sus dos poemas eran las obras mas sublimes del espíritu humano. Ciceron pone á Homero entre los grandes pintores: Horacio lo prefiere á los mas profundos filósofos, y Quintiliano le juzga superior á los mas ilustres oradores. Ningun jenio ha podido hasta aora disputarle el título de *príncipe de los poetas*. Perdió la vista y....... vivió pobre. Los siglos todos han repetido sus versos, é ignórase su patria. La opinion mas conforme es hacerle natural de Chio.

Arquíloco. Paros se jactaba de ser patria de Arquíloco, poeta enérjico y licencioso, inventor del verso yámbico.

Alceo, natural de Mitilene, la ennobleció con sus poesías líricas. Ardiente partidario de la *libertad*, satirizó cruelmente al tirano de Lesbos. Quintiliano hallaba alguna semejanza entre su estilo y el homérico.

La poetisa Safo, natural de Mitilene, nació en la olimpiada XLII, 610 años antes de Cristo, reinando en Roma Tarquino Prisco. Fué hija de Escamandrónimo y de Cleide. Cuentan los historiadores que se abandonó enteramente á la lascivia, prostituyéndose hasta con personas de su secso, por lo cual la han llamado *Mascula*; á pesar de que otros dicen haberla apellidado así por su pericia en poetizar, y otros por el célebre salto de la roca de Leúcades, cosa verdaderamente varonil (1). Segun parecer de Strabon no tuvo Safo quien la igualara en versificar, por lo cual aun viviendo, fué contada por los griegos en el número de las musas (2).

(1) .... *Saltusque ingressa viriles.*
Non formidata temeraria Leucade Sapho.
Stat. lib. V.
Et de nimboso saltum Leucade minatur
Mascula Lesbiacis Sapho peritura sagittis.
Auson. in Cupid. Cruc. fix.

(2) *Est enim apud Musas non indigna, ut commemoretur Sapho.*
Plutarc. de Amor.
Lesbia Pieriis Sapho soror addita Musis.
Auson. Epigr. XXXI.

Los mitilenos hicieron grabar su busto en varias medallas; y todavia en los tiempos de Ciceron ecsistia en el Pritaneo de Siracusa una bellísima estátua de ella, que se creia obra de Silanion. Compuso nueve libros de poesías líricas, pero de todos ellos, Dionisio de Halicarnaso nos ha conservado algun himno, una oda que elojia Lonjinos, y otros fragmentos que andan esparcidos en varias crestomacías. Nosotros tenemos á la vista una obrita griega que se compone de cinco himnos y cinco odas, todas rebosando amor y entusiasmo, relativas al abandono de su amante Faon. Si la palabra es quien eleva al hombre sobre todas las otras criaturas, la nacion que posea la lengua mas bella, debe ocupar sin duda el primer lugar. El idioma de Safo es grande, bello, elocuente, armonioso, y es imposible hallar una lira que como la de Safo cante tan apasionada y melancólicamente el amor y los dolores.

Thespis, contemporáneo de Solon, inventó la trajedia. Sus actores ambulantes representaban sobre carros entarimados, é interesaban por la narracion de azañas heróicas que interrumpia el canto del coro. Recorrió la Grecia y difundió los jérmenes y la aficion de las fábulas dramáticas, que con el tiempo fueron el objeto de la pasion de los griegos, influyeron en sus costumbres y contribuyeron á su gloria.

Simónides, se distinguió igualmente como poeta elejíaco y como filósofo. Hierón le dijo que diese una definicion capaz de esplicar la esencia de Dios; Simónides tomó un dia de término para responder, luego dos, luego cuatro, y en fin un número infinito, para probar la inmensidad del objeto que se habia propuesto á su meditacion. Habiéndose embarcado con unos mercaderes, se admiraban estos de verle viajar sin equipaje. El bajel naufragó, y Simónides les dijo: «Vosotros quedais arruinados, y yo no he perdido nada, porque llevo conmigo todos mis bienes.»

Anacreonte, natural de Teos, ciudad de la Jonia, floreció en la olimpiada LXXII. Consagró su vida al placer: cantó hasta la edad de cien años el vino, el amor y los deleites. Este amable poeta fué el ornamento de la corte de Polícrates, tirano de Samos, y de Hiparco, de Atenas. Las encantadoras odas de Anacreonte son mas antiguas que el poema de los argonautas;

ellas prueban hasta qué punto habia llegado el refinamiento de los placeres voluptuosos desde el reinado de Pisístrato. Anacreonte honra á la Grecia tanto como Homero: el sentimiento de lo sublime se encuentra en todas las naciones; los salvajes mismos lo conocen y lo espresan con enerjía; pero la amable sencillez de Anacreonte pertenece á un pueblo que ha alcanzado la mas alta civilizacion.

Mientras que la poesía cantaba las maravillas del cielo y de la tierra, la filosofia se empeñaba en penetrar sus causas. Los filósofos griegos, entre los cuales se distinguian los siete que hemos mencionado ya con el nombre de *sabios*, se empleaban tambien en demostrar los principios de la política, las reglas de la moral y los elementos de la física.

Tales, jefe de la secta jónica, dijo que el agua era el principio universal de que se habia servido la divina intelijencia para formar el universo. Era grande matemático y astrónomo para su siglo, pues determinó la duracion del año solar, predijo el eclipse de sol que hubo en el reinado de Astiajes, rey de Media, y midió la altura de las pirámides por la comparacion de la sombra de estas con la de su cuerpo. Daba gracias á los dioses por tres cosas principalmente: por haberle hecho hombre y no bruto, varon y no mujer, griego y no bárbaro (1). Su madre le instaba que se casase: la primer vez dijo que era demasiado temprano, y algunos años despues, que ya era tarde. Observando los astros cayó en un pozo, y una vieja burlándose le dijo: «¿Cómo quieres conocer lo »que hay en los cielos, si no sa»bes lo que está á tus pies?» Murió en 548, á los noventa y seis años de edad.

Solon, el lejislador de Atenas, fué uno de los siete sabios. Sus respuestas injeniosas y profundas, fueron tan célebres como sus leyes. Creso, rey de Lidia, quiso deslumbrarle con el esplendor y felicidad del trono. Solon despreció la opulencia y dudó de la constancia de la fortuna: «No se puede decir, con»cluyó, si un hombre es dicho»so ó desgraciado hasta que »muere.» Creso vencido, destronado y prócsimo al suplicio,

(1) La palabra bárbaro en griego no tiene la significacion que le damos nosotros, pues entre ellos significaba todo el estranjero con relacion á la Grecia, ó aquel que no hablaba el lenguaje griego, ó no tenia su civilizacion.

se acordó de esta mácsima de Solon; su recuerdo hizo impresion en Ciro, y salvó su vida. Murió en 559, á la edad de ochenta años.

Quilon, natural de Esparta, dudaba tambien de la felicidad en los mortales. Preguntándole Esopo en qué se entretenia Júpiter, respondió: «En humillar »á los que se ensalzan, y en en»salzar á los que se humillan.» Su filosofia no le habia enseñado á dominar sus pasiones; pues murió de alegría en Pisa (no se sabe en qué época) viendo el triunfo de su hijo, que habia conseguido el premio del pujilato en los juegos olímpicos.

Pitaco de mitilene, desterrado con Alceo de Lesbos, arrojó de aquella isla al tirano que la oprimia. Algun tiempo despues hubo una guerra entre Atenas y Mitilene: Pítaco, para evitar la efusion de sangre de sus conciudadanos, desafió á Frinon, jeneral de los atenienses, y lo mató. Los habitantes de Lesbos, reconocidos, le dieron la corona. Alceo, enemigo de toda monarquía, le acometió y fué hecho prisionero. Pítaco le dió la libertad, reinó diez años con moderacion, y abdicó el cetro. Decia que un buen gobierno no es el que se hace temer, sino el que da motivo para que los súbditos teman su caida. Murió en 579, de edad de setenta años.

Bias, consultado por los sabios y lejisladores de su tiempo, tuvo la gloria de salvar á Priene, su patria, haciendo que el rey de Lidia levantase el cerco que la tenia puesto. Floreció en 600, y murió de edad avanzada.

Cleóbulo fué la gloria de Rodas, su patria. La historia no ha conservado sus obras; pero basta para su reputacion saber que cuando Solon se desterró de Atenas, buscó un asilo en su casa. Murió ácia el año 560, de edad de setenta años.

Diójenes Laercio ha escrito la historia de estos sabios contemporáneos.

Las costumbres de estos tiempos pueden esplicarnos la futilidad de las cuestiones y enigmas que los sabios y reyes de la Grecia proponian y resolvian por diversion. Bias se hallaba convidado á la mesa de Periandro, tirano de Corinto, que ya hemos dicho que su talento hizo que se le colocase en el número de los sabios, á pesar de su usurpacion, su inumanidad y sus injusticias, cuando llegó una carta de Amasis, rey de Ejipto, en que le preguntaba cómo responderia al rey de Etiopia, que le pro-

ponia darle diez ciudades de su reino si se bebia toda el agua del mar, ó si no podía hacerlo, que Amasis le diese diez ciudades de Ejipto. Bias respondió: «Aceptad la proposicion, con tal »que el rey de Etiopia detenga »el curso de los rios; pues la a»puesta no es beber el agua de »estos, sino solamente la del »mar.»

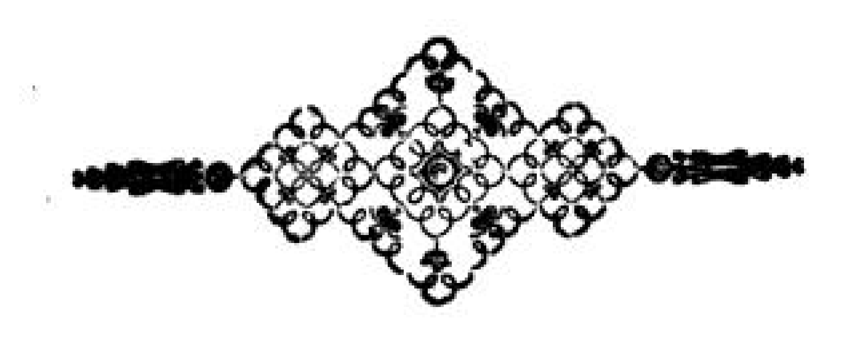
Anacarsis, nacido en el pais de los scitas, á quienes Homero llama la nacion justa, fué adoptado entre los sabios á pesar de su orijen. Compuso un poema sobre el arte militar, y la historia de los reyes de Scitia. Un ateniense le echó en cara la barbárie de su pais. «Si mi patria, »contestó el scita, me desonra, »tú desonras la tuya.» Decia á Solon que sus leyes eran como las telas de araña, en que se enredan los insectos pequeños, pero los grandes las rompen. Creso queria hacerle grandes regalos: él los reusó, diciendo que no viajaba para adquirir bienes, sino conocimientos.

Entre los sabios han incluido tambien á Epiménides de Creta.

Esopo el frijio fué padre de la fábula. Era esclavo; y el apólogo, que cubre la verdad para no ofender al poder que la oye, es la literatura de la servidumbre. Tan feo era que nadie le queria comprar; pero el filósofo Janto conoció su valor y pagó su precio. Mandóle un dia su amo que trajese del mercado lo mejor que hubiera para comer, y todos los platos fueron lenguas guisadas de distintos modos. Janto se admiró, y Esopo le dijo: «nada hay mejor que la len»gua: es el lazo de la vida civil, »la llave de las ciencias, y el ór»gano de la verdad: con ella se »instruye y gobierna á los hom»bres, y se alaba á los dioses.» Al otro dia le mandó el amo traer lo peor que hubiese, y volvió á traer lo mismo, diciendo que la lengua era lo mas malo que habia en el mundo, madre de las querellas, alimentadora de pleitos, fuente de guerras, órgano de la mentira, la calumnia y la blasfemia. Cuando fué libre, se presentó en la corte de Creso, donde al principio fué despreciado por su fealdad; pero bien pronto hizo entender á todos que no debia estimarse el vaso por su figura, sino por el licor que contenia. Fué ajente de muchos príncipes: estuvo en Atenas en tiempo de Pisistrato, y aconsejó la resignacion á los atenienses que llevaban impacientemente el yugo, con la fábula de las *ranas*, que pidieron

un rey á Júpiter. Creso le habia encargado que llevase dinero á Delfos; Esopo se lo remitió, diciéndole que aquel pueblo turbulento y corrompido era indigno de tal regalo. Los de Delfos, indignados contra él, le despeñaron de lo alto de una roca: atribuyóse á castigo de esta injusticia el hambre y la peste que desolaron poco despues aquel pais.

Hemos descrito la infancia y educacion de la Grecia en sus dos primeras edades: en la tercera aparece ya en toda su fuerza, valor y sabiduría, llenando el mundo con el esplendor de su gloria.



CAPITULO V.

TERCERA EDAD DE LA GRECIA.

GUERRA PRIMERA CONTRA LOS PERSAS.

Causa de la guerra médica. — Guerra jónica. — Incendio de la ciudad de Sardes. — Espedicion de Mardonio. — Milciades. — Temístocles. — Arístides. — Batalla de Maraton. — Destierro de Arístides. — *Segunda guerra contra los persas.* — Espedicion de Jerjes. — Combate de las Termópilas. — Combate naval de Artemisio. — Incendio de Atenas. — Batalla de Salamina. — Batalla de Platea. — Batalla de Micala. — Reconstruccion de la ciudad de Atenas. — Traicion de Pausanias. — Proscricion de Temístocles. — Administracion de Arístides. — Cimon. — Rivalidad de Esquiles y Sófocles. — Victorias de Cimon. — Pericles. — Su gobierno. — Destierro de Cimon. — Odio de Esparta y Atenas. — Guerra entre las dos repúblicas. — Guerra de Corcira. — Juicio y muerte de Fidias, amigo de Pericles. — *Cuadro literario y artístico de Atenas.* — Anaxágoras. — Píndaro. — Esquiles. — Sófocles. — Eurípides. — Aristófanes. — Herodoto. — Tucídides. — Jenofonte. — Isócrates. — Fidias. — Pitágoras. — Zeleuco y Carondas.

CAUSA DE LA GUERRA MEDICA. — Si la guerra es orrible en sí, porque solo presenta á nuestros ojos hombres muertos por hombres, y ruinas cubiertas de sangre humana, llega á ser una causa de acciones sublimes y admirables, cuando se emprende y sostiene para defender á la patria, por ciudadanos que juntan al valor heróico la ciencia militar. Arrostrar los peligros, despreciar la muerte, suplir al corto número á fuerza de jénio y osadía, aprovechar las menores ventajas, reparar las mayores desgracias, vencer á enemigos casi seguros de la victoria, salvar la vida y la libertad de los miembros del estado, merecer por sus servicios un reconocimiento y una fama inmortal; esto basta para borrar en parte los orrores insuperables de toda

espedicion sangrienta. La guerra de los griegos con los persas interesará principalmente por este magnífico espectáculo. Antes de principiarla, recordemos que las violencias de los Heráclidas en el Peloponeso, hicieron espatriarse á una multitud de habitantes que fueron á establecerse en las costas del Asia menor. Estas colonias industriosas y tranquilas florecieron muy luego: las artes y las letras echaron en ellas profundas raices; pero no pudieron libertarse del yugo de la Persia. El espíritu de libertad que conservaban en la servidumbre ocasionó la guerra entre ambas naciones.

Ciro habia fundado un imperio inmenso, que su familia no supo conservar largo tiempo: las locuras y los vicios de sus sucesores, los arrojaron del trono que elevó el jenio de aquel grande hombre. Un mago impostor lo ocupó bajo el nombre de Smerdis; pero fué descubierto y asesinado por los grandes de la Persia, los cuales elijieron por rey á Darío, hijo de Histaspes. Su reino comprendia todo lo que hoy se llama Persia y Turquía asiática. Para hacer mas respetable su poder á los ojos del pueblo, se habia casado con Atosa, hija de Ciro, la cual por dar libertad á Democédes, médico griego, que á su pesar estaba detenido en Asia por órden del rey, pidió á su marido que emprendiese la conquista de Grecia, y que antes enviase de esplorador á Democédes. Darío convino en ello, y el médico logró escaparse de los oficiales persas que le acompañaban, y volver á su patria que era Crotona, ciudad de la magna Grecia. Esta intriga palaciega no dejó de tener influencia en la determinacion que tomó despues Darío de subyugar á los griegos. Pero un acontecimiento mas importante acabó de irritar los ánimos y encendió las llamas del rencor que debia ensangrentar todo el Oriente.

Guerra jónica.—La isla de Naxos, una de las Cícladas, se hallaba ajitada por las discordias que escitaba en todas las repúblicas griegas la lucha interminable de pobres y ricos, de la plebe y la aristocrácia. El pueblo venció y desterró de Naxos á los ciudadanos mas opulentos, que se refujiaron á Mileto, ciudad que gobernaba entonces Aristágoras, bajo la proteccion de la Persia, y le pidieron socorro para volver á entrar en su patria.

Aristágoras fué á Sardes, don-

de residia el sátrapa Artafernes, hermano del rey de Persia: hízole confiar que seria fácil la conquista de Naxos; que su caida pondria en sus manos la isla de Eubea (hoy Negroponto), y le abriria un camino para la Grecia.

Informado Darío por su hermano de esta proposicion, la acojió con empeño, y encargó á uno de sus parientes, llamado Megabazo, mandase la espedicion bajo la direccion de Aristágoras. La empresa no tuvo resultado: Megabazo sufria con impaciencia que un príncipe como él estuviese sujeto á las órdenes de un jónio, y avisó secretamente al gobierno de Naxos el riesgo que les amenazaba. Creyeron sorprender á los habitantes en Naxos, pero se defendieron con una osadía increible; y al cabo de cuatro meses de sitio tuvieron los persas que levantarle y marcharse. Megabazo atribuyó su mal écsito á una traicion de Aristágoras, y le acusó delante de Artafernes, que juró su ruina.

Aristágoras no encontró mas medio de salvacion que sublevarse: con este objeto recorrió la Jónia, la cual estaba poblada de colonias fundadas por los griegos que los Heráclidas habian arrojado del Peloponeso. Aristágoras consiguió despertar su amor ácia la antigua patria, y les persuadió fácilmente que hiciesen causa comun con los griegos. Convencidos los jónios de que la esclavitud llegaria á ser su suerte si dejaban subyugar á la Grecia, corrieron á las armas, dejaron de reconocer la autoridad del rey de Persia, arrojaron sus tropas de las ciudades y se apoderaron de los bajeles que se hallaban en sus puertos.

Aristágoras fué á Esparta en donde á la sazon reinaba Cleómenes, y le hizo presente cuán digno era de un pueblo libre sacar á los jónios de un yugo pesado y vergonzoso, destruir los proyectos de Darío anticipándose, y llevar la guerra al Asia, en vez de esperarla en Grecia. Unos autores dicen que Cleómenes, persuadido de estas razones, y ganado por un regalo de cincuenta talentos, prometió hacer alianza con los jónios; pero otros, y esto es lo mas creible y mas conforme á las costumbres de Esparta, aseguran que mandó salir á Aristágoras de la ciudad; y aun añaden que Gorgo, hija de Cleómenes, que tenia solo ocho años y estaba presente á la conversacion, esclamó: *padre, huye de ese es-*

tranjero ; si no , te pervertirá. El hecho es que Aristágoras no obtuvo socorros de Lacedemonia. Los de Atenas le recibieron mucho mejor ; porque estaban inquietos con la comision de Democédes, atemorizados por la espedicion de Naxos é indignados de las amenazas de Artafernes que queria restablecer á Hippias en el trono. Dieron pues á Aristágoras un cuerpo ausiliar de veinte bajeles.

INCENDIO DE LA CIUDAD DE SARDES. —El ejército confederado marchó al punto á Sardes , que Artafernes evacuó , no habiendo tenido tiempo para ponerla en estado de defensa. Un soldado jónio prendió fuego á una casa, y como todas eran de madera , en breve se comunicó y redujo á cenizas toda la ciudad. Los persas reunieron con prontitud un ejército que llegó tarde para salvar á Sardes , pero obligaron á los jónios á retirarse.

Cuando Darío supo que los atenienses con su ausilio habian contribuido á la ruina de una de sus ciudades mas bellas, se enfureció , juró vengarse de los griegos , y quiso que todos los dias cuando estuviese comiendo uno de sus oficiales le dijese: «Señor , acordaos de los atenienses.»

No pudiendo Aristágoras resistir á las fuerzas de Artafernes, dirijió sus armas contra Bizancio ; pero los persas le mataron en un combate. Mileto fué sitiada ; los jónios y sus aliados les presentaron fuerzas considerables , y trescientos cincuenta bajeles.

Los pueblos libres , poderosos é invencibles cuando están unidos, se pierden luego que entra en ellos la division. Las intrigas de la corte de Persia, y las sujestiones engañosas separaron los intereses y rompieron la liga de los aliados ; apoderáronse los persas de Mileto y pasaron á cuchillo á todos los habitantes.

Histieo, tio de Aristágoras y príncipe de Mileto, habia hecho un gran servicio á Darío en la guerra de los scitas, conservando la guardia del puente del Danubio , sin lo cual el rey y todo su ejército hubieran perecido. Así es que , á pesar de todos los esfuerzos de Artafernes para perder á Histieo , el mismo rey, aun combatiéndolo , le habia conservado siempre algun afecto. Despues de la ruina de Mileto , Histieo á la cabeza de algunas tropas jónias , entró en Misia. El sátrapa Hárpago , le venció y cojió prisionero , lo envió á Artafernes , que sin esperar

órden ninguna le cortó la cabeza y se la envió á Darío.

Espedicion de Mardonio.—La insurreccion de Jónia, el incendio de Sardes y el deseo de restablecer á Hippias movieron á Darío á enviar una espedicion á Grecia, cuyo mando confió á su yerno Mardonio, príncipe orgulloso, y jeneral sin talentos ni esperiencia.

Este pasó el Helesponto y la Tracia, y llegó á Macedonia; pero al doblar la escuadra el monte Athos (hoy *Capo Santo*) una furiosa tempestad la destruyó. Los tracios del Hemo atacaron de noche su campo por sorpresa é hicieron en el una gran matanza, y tuvo que volverse precipitadamente, terminando de un modo tan vergonzoso la primer campaña, al Asia menor. Este suceso debilitó el terror que inspiraba el poder colosal del gran rey, y dió ánimo á los atenienses para resistir.

Los habitantes de la isla de Ejina, situada en el golfo Sarónico, no lejos de Atenas, se habian apresurado á someterse á los persas. Los lacedemonios indignados enviaron á Cleómenes para que prendiese á los majistrados culpables de esta cobardía. Los ejinetas reusaron entregarlos so pretesto que Cleómenes no traia consigo á su coléga Demarato. Acusóse á este de haberles sujerido aquella derrota, y como era ilejítimo, quisieron echarle del trono. La pitonisa de Delfos, ganada por Cleómenes, aconsejó en un oráculo que se le depusiese y fué echado de Esparta. Buscó un asilo en Persia, donde fué amado y respetado, y se conservó siempre fiel á su patria.

Su sucesor Leutíquides, de acuerdo con Cleómenes, prendió diez ciudadanos de Ejina y los entregó á los atenienses, que no queriendo limitar á tan corto número su venganza, atacaron por la mar á los ejinetas. En esta guerra hubo diversos combates que nada decidieron, pero ejercitaron la marina de los atenienses y la pusieron en estado de medirse con la de los persas.

Milciades. — Temístocles.— Aristides.—Desde la espulsion de los Pisistratidas era Atenas feliz y floreciente; el amor de la gloria y de la libertad producia grandes talentos en todos jéneros. Tres hombres notables por su jenio sobresalian entre todos los ciudadanos: Milciades, Arístides y Temístocles. Milciades juntaba á su valor heróico y á un carácter firme, la esperiencia de la guerra y de los negocios.

Heredero de la fortuna de una familia suya, habia llegado á ser príncipe de una colonia que los atenienses enviaron al Quersoneso de Tracia. Mardonio le arrojó de allí cuando pasó á Europa, á pesar de la gran resistencia que hizo. Su odio á los persas y su habilidad movieron á los atenienses á darle un grado superior en el ejército. Temístocles elocuente, esforzado, astuto, ambicioso, persuasivo y popular, conocia á todos los ciudadanos de Atenas y los servia en sus negocios para que le favoreciesen á él. Ningun hombre ha amado mas la gloria: ninguno ha atendido menos á la justicia ó inmoralidad de los medios que empleaba para conseguir sus fines. Envidioso de todos sus rivales, confesó que la vista de los trofeos de Maraton le inspiraban desde pequeño una emulacion tan viva que le quitaba el sueño. Hombre de un jenio vasto y cuya imperturbable presencia de espíritu le hacian igualmente hábil para hallar recursos en el momento del peligro, y que sabia prever los acontecimientos, era propio para aprovecharse de las ideas de otro y hacer que se adoptasen las suyas; en fin, era uno de los ciudadanos mas grandes que jamás se hubiesen encontrado á la cabeza de una república (1). Arístides, tan hábil y valiente como sus dos émulos, les escedia en virtud: era aristócrata, decia, porque amaba el órden; partidario de las leyes de Licurgo, porque eran conformes á sus costumbres: severo y firme en sus principios, ni queria agradar á los demás, ni amaba mas que la justicia, ni hacia servicios sino á la patria. Discípulo de Clístenes, el que arrojó de Atenas á los Pisistratidas, era el enemigo mas implacable de los tiranos y el apoyo mas firme de la libertad.

Resuelto Darío á subyugar á la Grecia, envió heraldos á todas las ciudades para pedir *la tierra y el agua*, es decir, que le reconociesen por soberano. Ejina, Tebas, Beocia, y casi todas las ciudades griegas temblaron, se sometieron y esperaron callados la decision de los acontecimientos. Temian la numerosa poblacion de los persas y las invasiones que se repetirian incesantemente: además la guerra no les parecia justa, porque los atenienses, quemando á Sardes, habian ofendido á Darío. El omenaje, dicen, que pedia este monarca, no era una servidum-

(1) Thucyd.

bre; pues que las colonias griegas bajo su proteccion conservaban sus leyes, culto, libertad y propiedades. En fin, el temor sujeria á la debilidad todos los pretestos que podian disculpar la cobardía; y sin las virtudes inspiradas á entrambos pueblos por Licurgo y Solon, la Grecia, vencida sin combate, hubiera caido sin gloria, aumentando el número de las pequeñas provincias del imperio persa, que apenas nos han transmitido sus nombres.

El entusiasmo empero, de la libertad, que entonces se hallaba en la mas viva fermentacion, hizo que Atenas y Esparta desechasen con desprecio las proposiciones insolentes de Darío. Eretria y Platea siguieron tan noble ejemplo. Pero el espíritu humano nunca sabe contenerse en los límites de lo justo: estos pueblos libres y altivos, escuchando solamente á sù indignacion, violaron el derecho de jentes, y arrojaron en un pozo á los heraldos de Darío, diciéndoles irónicamente *que tomasen de allí toda la tierra y agua que quisiesen para su amo*. Esta violacion del derecho de jentes no tiene disculpa: aun en la antigüedad bárbara fueron respetadas las personas de los parlamentarios; y á Taltibio, heraldo de Agamenon, se le hicieron los honores divinos. Despues atribuyeron los griegos sus infortunios al dios Taltibio que vengaba la muerte de los parlamentarios persas, y muchos ciudadanos distinguidos de Atenas y Esparta se entregaron á Jerjes en espiacion de aquella impiedad. Jerjes, mas jeneroso que sus enemigos, los envió á su patria sin hacerles mal.

Sabiendo Darío el terror de todos los griegos, y que solo cuatro pequeñas repúblicas se resistian, creyó la conquista fácil y envió una espedicion de quinientos bajeles y cien mil hombres mandada por Datis y Artafernes. Hippias los acompañaba como guia. Los persas ocuparon las islas del Ejeo, se apoderaron de Eubea, quemaron á Eretria, que fué la primera en insultar la potencia del rey, desembarcaron en el Atica y se acamparon en la llanura de Maraton, amenazando á Atenas con la suerte de Eretria.

BATALLA DE MARATON.—Lacedemonia habia prometido un socorro de tres mil hombres; pero una antigua supersticion proibia á los espartanos salir á campaña al principio del plenilunio. Superstición bien indigna de esta

república tan sabia y belicosa. Por este motivo retardaron su salida y no llegaron á Maraton sino despues de la batalla. Platea envió á Atenas mil soldados. Inmóvil el resto de la Grecia, guardando el silencio de la consternacion, esperaba asombrado el suceso que iba á decidir su destino. Determinados los atenienses á vencer ó morir, se vieron obligados por la primera vez á armar á sus esclavos. Su ejército era de diez mil hombres á las órdenes de diez jenerales, nombrados por las diez tribus, que se sucedian en el mando. Esta mudanza perpétua de jefes podia indudablemente comprometer la suerte de la patria. Porque ¿cómo esperar que seguirian un plan uniforme, que obrarian de concierto, que las faltas del uno no inutilizasen la habilidad del otro? Pero Atenas, como todos los pueblos libres, escuchaba con mas frecuencia la desconfianza y la envidia, que la razon. En circunstancias tan críticas, Arístides, sacrificando á la patria su amor propio, cedió á Milciades, como al mas hábil, el honor de mandar, y los demás jenerales imitaron este ejemplo. Hubo cuestion sobre si se esperaria al enemigo bajo la proteccion de las murallas de Atenas, ó se marcharia contra él. Viendo Milciades que los persas se habian apostado en un lugar estrecho entre las montañas, el mar y las lagunas de Maraton, donde no podian desplegar su inmensa caballería, queria aprovecharse de esta falta para desconcertarlos con un ataque pronto y atrevido. El virtuoso Arístides apoyaba su dictamen; pero otros jenerales creian que era una temeridad, prócsima á la insensatez, abandonar los muros de Atenas y correr á una muerte casi segura, precipitándose con diez mil hombres enmedio de un ejército tan numeroso. Divididas las opiniones, Milciades habló así á Calímaco, que era polemarca: «Ya ves nuestra incerti»dumbre: Atenas espera de tí »solo la decision de su destino, »porque va á ser, ó la ciudad »mas gloriosa del mundo, ó es»clava de Darío y víctima de »Hippias. Si dejamos enfriar el »ardor de nuestros ciudadanos, »llegarán á contar el número de »los enemigos, y doblarán el »cuello para sufrir su yugo; pe»ro si los llevamos rápidamente »á la pelea, nuestra audácia, »protejida por los dioses, nos »dará la victoria. Una sola pala»bra tuya, o Calímaco, nos con-

»dena á la servidumbre, ó con»solida nuestra libertad.» Calímaco opinó porque se diese la batalla.

Milciades temia hacer á sus colégas responsables del suceso, y no queria aprovecharse de la jenerosidad con que le habian cedido el mando, y que el pueblo, en caso de desgracia, les censuraria; por lo cual esperó el dia en que de derecho le tocaba mandar.

Desde la aurora de este dia propicio, dispuso su ejército en batalla á distancia de cerca de un cuarto de legua (1468 varas) del enemigo. Calímaco mandaba el ala derecha; los plateos formaban la izquierda, y el centro estaba á las órdenes de Temístocles y de Arístides. Milciades resolvió no tener sitio fijo para ir á todos los puntos donde fuese necesaria su presencia. Para evitar que sus tropas fuesen rodeadas, las apostó junto á un monte, y mandó llenar el campo de árboles cortados á fin de impedir los ataques de la caballería enemiga contra sus alas, en las cuales puso la mayor parte de sus fuerzas, dejando poca jente en el cuerpo de batalla.

Luego que se dió la señal de acometer, los griegos en lugar de marchar se precipitaron á todo correr sobre el enemigo, que sorprendido con este nuevo jénero de ataque, cedió á su impetuosidad; pero renovándose continuamente sus fuerzas, volvieron al combate, y á pesar del valor de Temístocles y Arístides, el centro de los griegos, despues de algunas horas de una resistencia ostinada, se vió obligado á retirarse ante la masa que se acumulaba contra él. Milciades se aprovechó de este crítico momento para decidir la victoria. Viendo que los persas dirijian todos sus esfuerzos contra el centro, hizo avanzar rápidamente sus dos alas, que acometiendo al enemigo por el flanco, lo arrojaron sobre una laguna en que la mayor parte perecieron aogados.

Arístides y Temístocles, desembarazados con este movimiento, penetraron en el cuerpo escojido que Dátis dirijia contra ellos, y fué jeneral la derrota de los persas, que huyeron á la playa para buscar un asilo en su escuadra. Los atenienses persiguiéndolos, llegaron antes y quemaron y echaron á pique muchas naves: las demás se salvaron huyendo. Cuéntase que Cinejiro, hermano del poeta Esquiles, viendo á una galera persiana que queria separarse de

la orilla, cojió el cable con la mano derecha y se la cortaron de un hachazo; lo cojió con la izquierda y tambien se la cortaron; y que no pudiendo hacer otra cosa lo cojió con los dientes y entonces le cortaron la cabeza.

El ejército de los persas perdió en esta jornada siete mil hombres, y el de Atenas doscientos. Milciades fué herido. Los jenerales Calímaco y Stesileo perecieron gloriosamente. Hippias terminó en esta batalla su vida y su ignominia, queriendo ver reducida su patria á la esclavitud. Un soldado ateniense, á pesar de la fatiga de un combate tan largo, quiso llevar antes de todos á sus conciudadanos la noticia de su triunfo: corre, se presenta á los arcontes, les anuncia la victoria y cae muerto de cansancio.

Dátis, separado de la costa, quiso reparar su derrota sorprendiendo á Atenas que estaba indefensa. Su escuadra, favorecida por el viento, dobló el promontorio de Sumnio. Pero Milciades, no embriagado ni adormecido por la victoria, dejó mil hombres en Maraton á las órdenes de Arístides, y atravesando con su infatigable ejército las quince leguas que le separaban de Atenas, llegó á esta ciudad en aquel mismo dia, y obligó al enemigo á retirarse al Asia. Esta célebre batalla se dió el año 3.° de la olimpiada 72. (Año del mundo 3514.—Antes de Cristo 490).

Los espartanos llegaron el dia despues del combate: habian andado cuarenta y seis leguas en tres dias, y hallaron á Arístides en el teatro de su gloria, enmedio de los prisioneros encadenados y de un inmenso botin que su severidad habia preservado del pillaje. Los lacedemonios tributaron á los vencedores el omenaje público de alabanza, y concibieron contra ellos una secreta envidia, causa de largas discordias y de grandes calamidades futuras. Levantáronse en la llanura algunas medias columnas con los nombres de los atenienses que murieron en la batalla grabados en ellas. En sus intervalos brillaban los trofeos formados de las armas de los vencidos. La gloria era entonces la recompensa de los grandes hombres; la de Milciades fué digna de él por su noble sencillez. Los atenienses colocaron bajo uno de sus pórticos un cuadro que representaba la batalla de Maraton, y en el primer término se veia á Milciades al frente de los jenerales ecsortando á las tropas.

Este combate, que decidió la suerte de Grecia, enseñó al mundo que no depende la victoria del número, que la resistencia valerosa puede triunfar del poder;

«......... y que si esgrime
la libertad su vengador acero,
está escrito en el libro del destino,
es libre la nacion que quiere serlo (1).»

Los atenienses fueron abandonados en un peligro tan grande por muchos pueblos que hubieran debido concurrir á la defensa comun; y así dieron á Milciades una escuadra de setenta bajeles y la comision de castigar á las islas que se habian sometido á los persas. Conquistó muchas de ellas, mas la de Paros le opuso vigorosa resistencia. Herido en un combate delante de las murallas de la ciudad, y engañado por la falsa noticia de que los persas venian sobre él, levantó el sitio y volvió á Atenas con su escuadra.

Los pueblos son á menudo tan injustos como los reyes. La herida de Milciades le impedia presentarse en público: la envidia, siempre irritada contra su gloria, le acusó de haberse dejado sobornar por Darío. La multitud, que cree lo que teme, desechó todas las objeciones de la razon, y el pueblo condenó á muerte al héroe que le habia salvado. Todos los ciudadanos virtuosos jemian por esta atrocidad, y clamaban: «Atenienses: acordaos de Maraton.» Solo obtuvieron que se conmutase la pena en una multa de cincuenta talentos, ó sean 1.342,800 reales de nuestra moneda, suma igual á los gastos de la escuadra. Milciades, que no tenia con qué pagar, quedó preso, y el pesar envenenando su herida, le condujo al sepulcro. Cimon, su hijo, heredero de sus virtudes y talentos, juntó entre sus amigos el dinero necesario para pagar la multa y dar sepultura á su padre. Los atenienses onraron la memoria de este grande hombre con lágrimas inútiles y con tardíos remordimientos. Pero no tardaron en dar á la Grecia otra prueba de su lijereza é ingratitud.

Temístocles amaba la gloria mas que la patria. Envidioso de la virtud de Arístides, temia que este hombre severo y estimado llegase á gobernar el estado: mas

(1) No desconoció Napoleon este acsioma político tan antiguo como la sociedad; pues él mismo se lo recordó á los polacos, cuando entregaron los cuellos á su cadena.

no pudiendo acusar con verosimilitud de ningun crímen á un hombre tan justo, decidió á los atenienses á ejecutar en él la ley que les permitia desterrar á todo ciudadano cuyo mérito pudiera hacer sombra á los amigos inquietos y zelosos de la libertad. El virtuoso Arístides fué desterrado: un ciudadano de la plebe, que no le conocia, se llegó á él, y le suplicó que pusiese en su concha el nombre de Arístides. *¿Qué os ha hecho ese hombre?* le preguntó el héroe.—*Nada,* respondió; *pero estoy fastidiado de oirle llamar* JUSTO *continuamente*. Arístides, sin replicar, escribió su nombre. Al partir para su destierro, suplicó á los dioses apartasen de Atenas toda calamidad, por la cual fuese necesario restituirle á su patria. Este hombre raro era discípulo de Clístenes; porque segun una sabia y antigua costumbre, cada jóven se hacia amigo de uno de los ancianos mas estimados; y así fué educado Cimon por Arístides, y Polibio por Filopemen. El pueblo ateniense habia recibido de Arístides graves represiones por su inconsecuencia. Habiendo sido nombrado tesorero de la república, administró con integridad, y descubrió sin miramiento alguno las infidelidades de sus predecesores y aun de Temístocles: adquirióse por ello muchos enemigos que le acusaron bajo pretestos falsos, y fué multado. Descubierta la intriga, se le dispensó el pagó de la multa, y se le nombró tesorero al año siguiente.

Entonces aparentó mas suavidad y menos rijidez en su vijilancia: todos aquellos que querian malversar la fortuna pública le colmaron de elojios, é hicieron tanto con sus partidarios, que al fin del año se declararon todos los votos en su favor. Arístides se levantó y dijo: «Atenienses: administré como un »hombre de bien, y me injuriásteis: aora que consiento los ro»bos públicos, me elojiais como »el administrador mas admirable. Vuestra condenacion me »onró el año pasado: ahora me »avergüenzo de las alabanzas »que me prodigais. Veo que en »esta ciudad vale mas tener con»templacion con los perversos, »que mirar por los caudales del »estado.» Esta reprension aumentó la veneracion que se le tenia; y tal era la reputacion de su justicia, que dejaban los tribunales y le tomaban por árbitro. Representándose un dia una trajedia de Esquiles, el autor, hablando de Anfiarao, dijo: *quie-*

ver ser justo y no parecerlo. Todos los espectadores, al oir este verso, volvieron los ojos á Arístides, y aplaudieron estraordinariamente. Este entusiasmo popular fué una de las principales acusaciones que le hizo la faccion de Temístocles, que temia un poder fundado en el amor del pueblo. Si Temístocles era demasiado ambicioso, necesario es convenir que su ambicion fué casi siempre útil á la república. De otro modo, tan indigno manejo contra el hombre mas virtuoso de la república, lo hubiera cubierto de oprobio á los ojos de la posteridad. Así en política como en la guerra, nadie habia que tuviese miras mas grandes, ni fuese mas propio para la ejecucion. Mientras que los atenienses pensaban solo en gozar de su triunfo, prevía la nueva tempestad que se formaba contra la Grecia, y persuadió al pueblo que emplease en construir bajeles la renta de las minas, que hasta entonces se habia estado repartiendo anualmente entre los ciudadanos. El tiempo probó cuán prudente era este consejo; pues Atenas, atacada de nuevo, no debió su salvacion sino á su escuadra. Darío meditaba la venganza de la injuria antigua y de la nueva derrota: empleó tres años en los preparativos de una invasion mas formidable que las anteriores, y que él mismo queria dirijir; pero la muerte frustró sus proyectos. Su hijo Jerjes heredó el trono y las pasiones de su padre; pero no las virtudes que le distinguian. Su violencia amenazó á la Grecia con una ruina total; y el mundo, al cual queria llenar con su gloria, no oyó sino el eco de su vergüenza y sus locuras.

SEGUNDA GUERRA CONTRA LOS PERSAS.

(Año del mundo 3520. —Antes de Cristo 484.)

Espedicion de Jerjes.—La espantosa borrasca que debia venir sobre la Grecia no tardó en estallar, verificándose las predicciones de Temístocles. Habíanse concluido los preparativos comenzados por Darío: Jerjes acababa de subyugar el Ejipto cuyo gobierno habia confiado á su hermano Aquemenes; y proibiendo que en adelante se le comprasen higos de Atenas, dijo orgulloso que él mismo iria á cojerlos. En seguida mandó á pedir la tierra y el agua. Temístocles, para animar mas á sus

conciudadanos y quitarles toda esperanza de arreglo con Jerjes, porque era forzoso ó conservar la libertad, ó sepultarse con ella, hizo dar la muerte al intérprete que habia traducido el decreto del rey de Persia. Este paso imponia la necesidad de ser invencibles. Cuéntase que un fantasma se le aparecia de noche incitándole á la guerra: acaso fué una supercheria de los magos, que detestaban la relijion de los griegos y querian destruirla.

El rey de Persia hizo alianza con los cartajineses que le prometieron atacar á los griegos en Sicilia y en Italia. La locura de su carácter se manifestó desde sus primeros pasos. Como ya hemos narrado en otro lugar, hizo oradar el monte Athos y le escribió una carta injuriosa (1): mandó azotar el mar porque le habia desecho con una borrasca un puente de barcas que habia echado sobre el Helesponto (hoy los Dardanelos) para que su ejército pasára. La bajeza de los cortesanos y sus asquerosas adulaciones trastornan las cabezas de los reyes absolutos, haciéndolos imbéciles, insensatos y crueles; porque de todos los venenos, no hay uno que cause mas vértigos que la adulacion. Los palaciegos que trataban á Jerjes como á un dios, le hicieron creer que debia mandar á los elementos. Un imperio inmenso, cediendo á todos sus augustos caprichos, parecia asegurar con sus esfuerzos el triunfo completo de esta invasion: un solo príncipe de Lidia, Pitio de Celene, le ofreció cuarenta millones. La fuerza total del ejército persa, segun Herodoto, ascendia á unos cinco millones y doscientos mil combatientes, contando entre ellos mil bajeles que cubrian la mar. Esta mole inmensa venia á caer sobre un pequeño pueblo que era objeto de su desprecio. Diodoro de Sicilia, Plinio y Eliano disminuyen mucho el número de estas tropas. Por absurdo que parezca el cálculo de Herodoto, se dice que es el historiador mas verídico, porque vivia en el siglo de la espedicion y nació en el mismo año. Pero basta solo ecsaminar su narracion, los discursos, los sueños y las circunstancias que añade para desconfiar de su testimonio. Mas parece haber imitado á Homero, que haber escrito como historiador; porque no cabe creer que Jerjes sea un filósofo que derrama lágrimas á la

(1) Véase en la pájina 110 del tomo I de esta obra.

vista de aquella infinita multitud de la cual no quedará uno con vida en el espacio de cien años, cuando manda dar azotes al mar porque le ha destruido un puente, condenando al suplicio á todos los que le construyeron, como si hubiesen podido encadenar los vientos y las olas. Así se ha escrito la historia por algunos hombres cuya veneracion se ha transmitido de unos en otros sin ecsámen ninguno. El que intentase decir que algunos de los tales escritores no fueron mas que unos buenos y elegantes zurcidores de algunas verdades con muchas mentiras, pasaria por un demente; en tanto que á Jerjes, que escribió una carta al monte Athos é hizo una infinidad de estravagancias, no se le cuenta en el número de los muchos reyes tontos que cuentan los anales de las naciones. Dice Herodoto que dividió Jerjes el monte Athos para que pasase su escuadra, y sin embargo de tal autoridad, los viajeros modernos aseguran que nunca dicho monte tuvo cortadura ninguna. ¿Cómo pues, las mentiras de los griegos han podido imponer á tantos escritores estimables? Copiándolas, se quita á la historia toda verosimilitud, y la crítica se ve privada de sus atribuciones. ¿Cómo es posible mirar á los persas cual una nacion de bárbaros, porque asi los nombran los antiguos, cuando ésta nacion estaba floreciente é ilustrada, en tanto que los griegos aun yacian en profunda barbárie? No es esto decir que la historia griega sea un cuento ecsajerado; pero la vanidad helénica, digna de pasar á proverbio, debe hacernos bastante circunspectos sobre los detalles, y mucho mas cuando de ellos se sacarian pocas ventajas positivas. Continuemos.

Al enviar Jerjes por toda la Grecia, escepto á Atenas y Esparta, heraldos para pedir la tierra y el agua, el temor hizo traidores, muchas ciudades se sometieron, y mas de cincuenta mil griegos combatieron vergonzosamente en las filas de los persas. Sin embargo, la memoria de Maraton hizo que el terror fuese menos jeneral, y la gloria de Atenas y Esparta les adquirió aliados. Demarato, uno de los reyes de Lacedemonia, desterrado habia algun tiempo y refujiado en la corte de Jerjes, aseguraba á este rey que los espartanos le resistirian, é informaba secretamente á los éforos de las disposiciones de los persas, violando la ospitalidad con el ejercicio del espionaje, y creyendo errada-

mente que los deberes de ciudadano son primero que los de hombre.

Jelon, rey de Siracusa, prometió un ejército de veinticuatro mil hombres, si se le daba el empleo de jeneralísimo. Atenas y Esparta se negaron á ello, queriendo mejor verse reducidas á sus propias fuerzas que tener un tirano. Los cretenses finjieron un oráculo que les aconsejaba la neutralidad: Argos disputó el mando para no combatir: Corcira prometió socorros y esperó el suceso de las batallas. Tespias, Tejea y Platea hicieron vigorosos esfuerzos á favor de la libertad pública.

En unas circunstancias tan críticas los atenienses, deslumbrados con la riqueza, liberalidad y jactancia de un ciudadano llamado Epicides, hombre vano y necio, querian darle el mando de las tropas; pero Temístocles lo impidió, comprando los votos, y llamó á Atenas todos los desterrados, para aumentar las fuerzas de la república, entre ellos á su rival Arístides. La union de estos dos rivales cuando lo ecsijian las necesidades del estado, es una de las lecciones mas interesantes de patriotismo. Ya los veremos obrar de acuerdo con el zelo jeneroso que sacrifica al bien público las animosidades personales. La prevision de este grande hombre salvó á los griegos; porque todos, y aun el mismo Milciades, habian creido que los peligros cesaron con la victoria de Maraton; y solo Temístocles habia mirado esta batalla como el principio de la guerra, haciendo que los atenienses formasen una escuadra de doscientos bajeles, cuando la Grecia descuidada se hallaba sin marina. Aun hizo mas Temístocles por su patria: sacrificó su amor propio al bien de la república, y para complacer á la altivez de los espartanos, cedió el mando á Euribiades, que fué proclamado jeneralísimo de la Grecia. Los aliados deliberaban si esperarian á los persas ó les saldrian al encuentro, cuando los tésalos declararon que se someterian si se les abandonaba. Enviése, pues, un cuerpo de diez mil hombres para guardar el paso que hay de Macedonia á Tesalia, cerca del rio Peneo, entre los montes Olimpo y Osa. Pero Alejandro, hijo de Amintas, rey de Macedonia, advirtió á Euribiades que este puerto, fácil de ser rodeado, no era susceptible de defensa. Los griegos se retiraron á las Termópilas, y la Tesalia se sometió.

COMBATE DE LAS TERMÓPILAS. —Las Termópilas, inmortalizadas por el valor lacedemonio, son un desfiladero del monte Æta, entre la Tesalia y la Fócida, cuya mayor anchura será de unos veinticinco pies. En este desfiladero se apostó Leonidas, rey de Esparta, con cuatro mil hombres, y envió al Atica el resto de las tropas. Jerjes avanzaba rápidamente, llenando todos los paises de espanto y desolacion. Su escuadra seguia la costa y traia víveres al ejército, que consumió en breve todos los frutos, cosechas y rebaños de Grecia. Solo un príncipe de Tracia se negó á obedecerle y mandó sacar los ojos á seis hijos suyos, que fueron á militar en el ejército de los persas contra la voluntad del padre, cuando volvieron á su casa. Llega Jerjes á las Termópilas y se admira de que cuatro mil griegos se atrevan á disputar el paso á su inmenso ejército. Prometió á Leonidas el imperio de la Grecia, si reconocia su autoridad: «Quiero »mas bien merecer la estimacion »de mi patria, que subyugarla;» respondió Leonidas. Jerjes le mandó entonces rendir las armas: «Ven á tomarlas,» respondió el fiero espartano.

Los medos avanzaron primero para forzar el paso. Los griegos se estrecharon, penetraron en las columnas enemigas, las derrotaron é hicieron en ellas orrenda carnicería: los diez mil inmortales, que se siguieron, no tuvieron mejor suerte: su impetuoso valor se estrelló contra el denuedo firme y disciplinado de los lacedemonios. El rey de Persia estaba desanimado con tantos esfuerzos inútiles, cuando un infame habitante del pais le mostró un sendero, por el cual atravesó la montaña y rodeó la posicion de Leonidas. Este, viendo el mal sin remedio, envió á los aliados á la escuadra, que se hallaba entonces en el promontorio Artemisio, y se quedó con trescientos espartanos á perecer en el puesto que se le habia confiado. Antes del combate comió alegremente con los suyos, anunciándoles que aquella noche cenarian todos juntos con Pluton.

Estos intrépidos guerreros vieron caer al momento sobre sí la multitud inumerable de los persas. Leonidas murió el primero despues de haber inmolado á muchos enemigos. Todos los espartanos perecieron escepto Aristómenes, que pudo escaparse y volvió á Esparta, donde fué despreciado por cobarde, hasta

que reparó su desonor muriendo gloriosamente en la batalla de Platea.

Los anfictiones pusieron despues otras inscripciones en las Termópilas: una decia que cuatro mil griegos habian resistido á tres millones de persas: otra habia admirable por su sencillez: *Pasajero, dí á Lacedemonia, que trescientos hijos suyos murieron aquí defendiendo sus leyes.* Muchos años despues hizo Pausanias trasladar á Esparta los huesos de Leonidas: se le erijió un soberbio túmulo, y se honró su memoria con juegos fúnebres. Jerjes, que habia perdido veinte mil hombres en los dos combates, los mandó enterrar todos, escepto mil, creyendo que de esta manera enterraria su ignominia y la gloria de los griegos. Demarato aumentó su inquietud, diciéndole que aun quedaban en Esparta ocho mil guerreros, dispuestos á pelear con el mismo valor y á sacrificarse como los defensores de las Termópilas. La determinacion heróica de Leonidas no habia sido una locura temeraria, sino un grande acto de política. Queria probar al mundo hasta qué punto puede el valor competir con el número, y el espíritu de libertad con el poder. Así es que, cuando los éforos le decian que llevaba poca jente, respondió: «Esparta no debe sacrificar mas guerreros. La Grecia no tiene suficientes soldados si el número hubiese de decidir; pero para probar muriendo lo que puede el amor de la libertad, bastan solamente mis trescientos hombres.» Conocia tan bien la suerte que le esperaba, que antes de salir de Lacedemonia, hizo que se celebrasen juegos fúnebres para él y su jente. Su jeneroso designio tuvo el resultado mas completo; porque en las Termópilas fué donde supo la Grecia que haria temblar al llamado gran rey en los muros de Susa y Babilonia.

Combate naval de Artemisio. —Maltratada la escuadra persa por una tempestad en la cual perdió cuatrocientos bajeles, habia sido atacada por la griega cerca del promontorio de Artemisio: la victoria quedó indecisa despues de tres dias de combate; pero los vientos estrellaron contra la costa doscientos buques persas; por lo cual dijo Herodoto que los dioses habian querido igualar las fuerzas de los dos partidos.

Temístocles, que mandaba la escuadra ateniense, habiendo sabido la muerte de Leonidas y

la marcha de Jerjes, se retiró á Salamina, dejando escritas estas palabras en las rocas de Eubea: «Jonios: acordaos de »vuestros padres: seguid el par»tido de la Grecia y de la liber»tad; y si no podeis hacerlo a»biertamente, desordenad la es»cuadra persa con vuestras ma»niobras, y hacedle en el com»bate todo el mal que podais.» Jerjes atravesó sin ostáculo la Dórida y la Fócida. Los pueblos del Peloponeso, atemorizados, volaron á defender sus casas y dejaron solos á los atenienses. El oráculo de Delfos habia dicho, que Atenas no se salvaria sino en *murallas de madera*. Unos lo entendian de la empalizada que rodeaba la ciudadela: Temístocles afirmaba que eran los bajeles, único refujio de la patria: aconsejaba evacuar la ciudad y abandonarla al enemigo, pero el pueblo no queria, y la discusion fué turbulenta. Triunfó por último la elocuencia de Temístocles: dióse un decreto poniendo la ciudad bajo la custodia de Minerva, y mandando que todos los hombres capaces de militar se refujiasen á los buques. Los demás pasaron á la Argólida con las mujeres y los niños. Enmedio de esta consternacion jeneral, Cimon, hijo de Milciades, jóven todavia, subió con algunos compañeros á la ciudadela y consagró en el templo de Minerva un freno de caballo que llevaba en la mano, dando á entender que se renunciaba por entonces á los combates de tierra, y que el mar era en adelante su único recurso. Estrema era la afliccion de las mujeres y niños al abandonar sus ogares y al ver separarse de ellos la juventud guerrera. El aire resonaba con sus jemidos, y las quejas de los animales domésticos se mezclaban á sus sollozos. El perro de Jántipo, padre del célebre Pericles, siguió nadando el buque en que navegaba su amo, por no separarse de él, y murió apenas tomó tierra en la playa de Salamina. Toda la poblacion de Atenas que no componia parte del ejército, fué á buscar un asilo en Trecena, y lo encontraron jeneroso.

Mientras que el gran rey se gozaba en el terror universal de aquellas provincias, y creia á la Grecia abatida y pronta á recibir el yugo, supo con espanto que los juegos olímpicos se celebraban con la misma tranquilidad, concurso y solemnidades que de costumbre; y que los griegos no hacian caso de sus amenazas, atendiendo solo á dis-

putar coronas de oliva. «¿Qué »pueblo es ese, esclamó, contra »el cual me han aconsejado pe- »lear? Desprecian el dinero y »solo aman el honor.» Al mismo tiempo su codicia le impelia á saquear el templo de Delfos; pero se levantó una orrible tempestad y se desgajaron rocas enormes que oprimieron á un gran número de persas. Este desastre, que los obligó á desistir de su empresa, reanimó la esperanza de los griegos, porque creyeron que el cielo peleaba en su favor.

Incendio de atenas.—Ardiendo el rey en deseos de venganza, entró en Atenas y la incendió. Algunos ancianos que habian preferido morir en su patria, defendieron con valor los restos de vida que les quedaban, y perecieron entre las llamas. Redujéronse á cenizas la ciudad y la fortaleza. Jerjes no pudo encadenar otros atenienses que las estátuas de Harmodio y Aristójiton, las cuales envió á Susa.

Batalla de salamina.—Despues de la ruina de Atenas hubo entre los jefes griegos una discusion muy reñida sobre el partido que debia adoptarse. Euribiades queria que la escuadra se acercase á Corinto, y al ejército de tierra mandado por Cleombroto, hermano de Leonidas, para defender el Peloponeso, pues el Atica estaba perdida sin remedio. Temístocles insistia en que no se abandonase el apostadero ventajoso de Salamina. La disputa fué tan acalorada que Euribiades, en un rapto de cólera, alzó el baston para pegarle, y el ateniense con la mayor serenidad le dijo: *Pega, pero escucha*. Despues le probó que si se separaba de los atenienses que no querian abandonar sus playas, quedaria la Grecia sin bajeles: cada contingente se iria á sus ogares, y el Peloponeso, por cuya defensa se queria cometer aquel yerro, quedaria á merced del enemigo. Euribiades, vencido por su elocuencia y sangre fria, se rindió, aunque con repugnancia, á la opinion de Temístocles. En el campo de los persas tambien se deliberaba con calor sobre otra cuestion. Jerjes habia reunido su consejo para decidir si convenia contemporizar ó combatir. Mardonio, los reyes de Sidon, de Tiro, de Cilicia y de Chipre querian que se diese la batalla prontamente. Artemisa, reina de Caria, se opuso á tal precipitacion. «Señor, dijo á »Jerjes: la marina griega es me-

»jor que la nuestra; una batalla »puede comprometer el écsito »de la guerra. Sois dueño de A»tenas, y lo sereis pronto de la »Grecia toda, si sabeis esperar; »porque la escuadra enemiga no »puede renovar sus víveres en »Salamina. Mándense algunos »bajeles á las aguas del Pelopo»neso: temiendo cada uno por »la suerte de su capital, volve»rán á ella, y desecha la confe»deracion no os opondrá mas »resistencia.» El presuntuoso Mardonio replicaba que la inaccion seria vergonzosa, desalentaria á los persas é inspiraria una funesta confianza á los griegos. Jerjes se decidió por la batalla, precisamente cuando en el consejo de los griegos volvia á prevalecer el dictamen de Euribiades y pensaban los confederados en dispersarse. Instruido Temístocles del estado de los negocios, envió en secreto á Jerjes un confidente que le incitó á apresurar el combate para que no se le escapara la escuadra griega. Los buques persas rodearon el estrecho, y obligaron á los griegos á combatir en el único punto donde podian vencer. Al mismo tiempo volvia Arístides de Ejina, donde habia cumplido su destierro. Este virtuoso ciudadano, sacrificando sus justos resentimientos, se presentó á Temístocles y le dijo: «Olvidemos nuestras disensio»nes: aora no podemos tener »mas que un solo interés: salve»mos la Grecia, tú dando órde»nes, yo obedeciendo. Avisa al »consejo que es inutil toda ten»tativa de fuga: he visto á los »persas apoderados de todas las »salidas, y ya no hay esperanza »sino en la victoria.» Temístocles, conmovido de tanta jenerosidad, le confesó la astucia de que se habia servido, le hizo entrar en el consejo, y tomaron entre los dos las disposiciones para el combate.

Esperóse por consejo de Temístocles la hora en que solia levantarse un viento que seria favorable para los griegos. Entonces dió la señal: el choque fué violento; pero la brisa, contraria á los persas, desordenó su línea. La traicion de los jónios aumentó la confusion, y el valor de los atenienses y espartanos completó la derrota. Jerjes, testigo del combate desde lo alto de una montaña, vió su escuadra vencida, apresados ó echados á pique sus bajeles, y sus aliados en vergonzosa fuga. Solo la reina Artemisa opuso una resistencia varonil, y se escapó enarbolando bandera griega y

destruyendo un buque persa para que creyesen los vencedores que su division era contraria á Jerjes.

Este, aunque conservaba el ejército de tierra, y podia reunir grandes fuerzas navales en poco tiempo, estaba tan desanimado despues de la derrota, como orgulloso estuvo antes de la batalla; — propiedad de todos los hombres presuntuosos es el ser cobardes cuando se hallan en peligro; el terror que Jerjes habia querido inspirar, se apoderó de su alma. Temístocles, que conocia su carácter, le avisó secretamente que la escuadra de los griegos iba á romper los puentes del Helesponto y quitarle todo arbitrio para la retirada. El rey se determinó á volver al Asia con la mayor parte de sus tropas. Sus aduladores le dijeron que bastaba dejar á Mardonio en Grecia con trescientos mil hombres: «Si este jeneral, »decian, subyuga á los griegos, »vuestro será el honor del triun»fo; pero si no, él solo cargará »con el oprobio.» Determinado á seguir este consejo, huyó el gran rey con aquel inmenso número de cobardes, vencido por un puñado de valientes, dejando en las costas de Salamina doscientos bajeles de su armada quemados ó destrozados.

Al llegar al Helesponto supo que una tempestad acababa de arruinar sus puentes, y sin esperar los buques necesarios para el embarque de sus tropas, el altivo monarca que no hacia mucho acababa de amenazar á la Grecia con el peso del Asia entera, se vió obligado á pasar solo en una pequeña barca como un oscuro bandido.

En esta célebre batalla de Salamina comenzó la gloria de Cimon, que se distinguió en ella por las azañas mas brillantes. Segun una antigua costumbre, despues de la victoria escribia cada jefe en un billete el nombre del guerrero que merecia, en su opinion, el premio del valor. Todos se asignaron á sí mismos el primer lugar en su billete, y á Temístocles el segundo; de modo que cada uno tomó para sí el voto de la vanidad, y dieron á Temístocles el de la justicia. La república de Lacedemonia dió el premio del valor á Euribiades, y el de la sabiduría á Temístocles. Cuando este héroe se presentó en los juegos olímpicos, todos los concurrentes se levantaron á hacerle acatamiento, y confesó que aquel momento habia sido el mas feliz de su vida.

Atenas, para reparar sus pérdidas, le encargó que recorriese las islas de la Grecia con algunos buques, y les pidiese contribuciones. A los de Andros dijo que iba á cobrarlas en nombre de dos divinidades muy poderosas, *la persuasion y la fuerza.* Los de Andros respondieron que otras dos divinidades no menos fuertes, *la pobreza y la impotencia* les mandaban desobedecer.

A pesar de la ruina casi jeneral de los griegos, depositaron en el templo de Delfos todo el botin cojido á los persas. La batalla de Salamina y el combate de las Termópilas probó al mundo que el Asia producia hombres, y la Grecia soldados. Las Termópilas aseguraron á Esparta una gloria eterna. Entonces se citaban en todas partes las menores palabras de Leonidas y de sus valientes compañeros. Refiérese que yendo un tésalo á decirle que los persas estaban ya cerca de los griegos, replicó: *Dí mas bien que nosotros estamos cerca de ellos.* Dijéronle que las flechas de los persas eran tantas que oscurecian el sol: *Tanto mejor*, respondió, *con eso pelearemos á la sombra.*

A pesar de la derrota de Salamina, el ejército que mandaba Mardonio era tan numeroso, que infundia terror á los tímidos, y conservaba sometidos á los tésalos y beocios, los cuales temian además el resentimiento de los griegos. Mardonio pasó el invierno en Tesalia, y antes de empezar la campaña, propuso á los atenienses que reconociesen la autoridad del gran rey, el cual en pago reedificaria su ciudad y la haria señora de la Grecia. Alejandro, rey de Macedonia, fué el embajador que presentó estas condiciones. Los embajadores de Esparta hablaron despues de él, y procuraron demostrar cuánto se envileceria Atenas cometiendo una debilidad que no escusaria su ruina; pues los persas no pudiendo vencer á los griegos unidos, querian separarlos para destruirlos mas fácilmente. Arístides, que á la sazon era jefe de la república, declaró á los lacedemonios que su discurso era inútil, é injuriosos para Atenas sus temores: á los persas, que los atenienses serian sus enemigos ínterin el sol alumbrase á la tierra; y á Alejandro, que si no se astenia de tan ignominiosos mensajes, no se respetarian en él ni los derechos del trono ni los de la ospitalidad. Dióse despues un decreto consagrando á

los dioses infernales á todo el que siguiese correspondencia con los persas, ó propusiese la paz con ellos.

Irritado Mardonio de esta respuesta altanera, entró en el Atica y renovó sus proposiciones, acompañándolas con violentas amenazas. Lícidas, individuo del Areópago, propuso que se entrase en negociacion. El pueblo, enfurecido, le apedreó, envolviendo en su venganza ciega á su mujer y á sus hijos. El derecho de jentes fué mas respetado entonces que las leyes civiles, porque dejaron ir al diputado sin hacerle el menor insulto. Nuevamente se retiraron los atenienses á Salamina. Mardonio entró en la ciudad, destruyó lo que las llamas habian dejado el año anterior, y envió un correo á Susa para anunciar como un triunfo esta victoria sobre las ruinas. Despues se retiró prudentemente á Beocia, en cuyas estensas llanuras podia desplegarse mejor su numerosa caballería. Los aliados de Atenas, en lugar de enviarle los socorros prometidos, fortifican el istmo de Corinto. Los embajadores del Atica acusaron á Esparta su lentitud, la cual tardó ocho dias en responderle á fin de concluir las fortificaciones comenzadas. La tarde del último dia marchó Pausanias á Beocia con siete mil espartanos, acompañado cada uno de cinco ilotas armados, y al siguiente dia se declaró á los embajadores que sus quejas eran infundadas; pues el ausilio prometido habia salido ya de la península.

Batalla de Platea.—Mardonio estaba acampado en los llanos de Tebas, á lo largo del rio Asopo. Los griegos ocuparon una posicion poco lejana de su campamento en las vertientes del monte Citerón. Arístides mandaba los atenienses y Pausanias todo el ejército. Hicieron prestar á sus soldados un juramento concebido en estos términos: «Prefiero la muerte á la esclavitud: »no abandonaré á mis jefes, ni »aun despues de muertos: honraré la memoria de los aliados »que perezcan en el campo del »honor: no atacaré ninguna ciudad que haya combatido por »nuestra causa, y diezmaré todas »las que se hayan sometido al enemigo. No quiero que se reedifiquen nuestros templos: sus »ruinas deben recordar á nuestros descendientes el furor de »los bárbaros, y alimentar eterno odio contra ellos.» El ejército de los persas además de los trescientos mil hombres que

dejó el rey, tenia cincuenta mil aliados tésalos y beocios. El de los griegos ascendia á ciento diez mil, porque las victorias anteriores habian alentado á los mas tímidos para unirse á los valientes. Instruido Mardonio de la aprocsimacion de los griegos, envió contra ellos su numerosa caballería, esperando oprimirlos con solo este ataque. Las picas estrechadas de los lacedemonios y atenienses contuvieron la impetuosidad de los bárbaros: Masistio su jefe, pereció en el choque: desbandóse su tropa, y este primer revés anunció el triunfo de la libertad. Sin embargo, no queriendo los griegos esponerse á ser rodeados, se atrincheraron y esperaron tranquilamente al enemigo. Ocho dias se estuvieron observando. El orgulloso y fátuo Mardonio atribuyó á cobardía la prudencia de los enemigos, y los provocaba con insultos frecuentes; su caballería se apoderó de un gran convoy de víveres. Artabazo aconsejaba que esperase sin combatir la dispersion del enemigo, que era infalible por falta de subsistencias. Mardonio despreció este consejo y resolvió pelear al dia siguiente. Aquella noche llega un jinete al campo de los griegos, llama á Arístides y le dice: «A pesar »del silencio de los oráculos y el »consejo de los jenerales mas »sabios, Mardonio quiere dar la »batalla: mañana os atacará al »rayar el alba. Despues de la »victoria acordaos que arriesgo »mi vida dándoos este aviso. »Yo soy Alejandro, rey de Ma»cedonia.» La mayor parte de los historiadores citan este hecho sin censurarlo; —como si pudiese haber circunstancias que quitasen á la traicion su infamia. En el momento que llegó este aviso, los griegos, que estaban sin agua porque los persas habian cegado las fuentes, mudaron de posicion. Los lacedemonios, que formaban el ala derecha, se acercaron á Platea: los atenienses y el ala izquierda marchaban en su seguimiento.

Informado Mardonio de esta operacion, opuso los beocios y los tésalos á las tropas de Atenas para contenerlas y cortarlas; y poniéndose á la cabeza de su caballería, persiguió á los espartanos, los alcanzó y los insultó diciéndoles que á despecho de las leyes de Licurgo se retiraban delante del enemigo. Los espartanos estaban descontentos de sus auspicios, y como era tan grande en ellos el poder de la supersticion, dejábanse insultar y matar sin resistencia. Pero los

tejeates empezaron la batalla y los obligaron á arrojarse sobre el enemigo. Atroz y terrible fué entonces el combate: cada espartano iba sembrando la tierra de cadáveres; y los persas, derrotados y vencidos, huyeron desordenadamente á su campamento, dejando muerto al vano y orgulloso Mardonio. Los atenienses por su parte derrotaron á los beocios y tésalos, y se reunieron con los lacedemonios que, muy valerosos en el campo, eran poco hábiles para atacar los atrincheramientos. Arístides, al frente de los suyos, salvó los fosos y las empalizadas, y penetró en el campo de los enemigos, que se dejaron degollar como víctimas. Al saber Artabazo la muerte de Mardonio, se retiró á Bizancio con un cuerpo de cuarenta mil persas. Esta victoria completa aseguró la libertad de la Grecia; y despues de la batalla de Platea, ningun ejército persa se atrevió á presentarse al Occidente del Helesponto.

Los ejinetas querian que Pausanias colgára de una horca el cadáver de Mardonio, como Jerjes habia hecho con el de Leónidas: Pausanias respondió que preferia la estimacion de su patria al placer de la venganza; y que los manes de Leónidas estaban suficientemente aplacados con la muerte de doscientos mil persas. Pocos dias despues mandó preparar dos banquetes, uno con todo el lujo de los persas, y otro sencillo como los de Esparta. «Ved, dijo á los convidados, cuán »insensato era Mardonio, pues »acostumbrado á aquellos delei»tes, esperaba vencer á hom»bres que de muy poco necesi»tan.» Los atenienses y lacedemonios disputaron el honor de esta gran jornada con un empeño que pudo acarrear fatales consecuencias, á no haberlas impedido la prudencia de Arístides. Por consejo suyo se elijieron por árbitros los aliados: estos elijieron á Cleócrito de Corinto y á Teójiton de Megara, que asignaron á los de Platea la gloria de la batalla.

El campo de los persas quedó en poder de los aliados con un inmenso botin, y todas las riquezas del Oriente. Se consagró la décima parte en el templo de Delfos: lo demás se repartió entre las ciudades griegas, é introdujo en ellas los jérmenes de la avaricia y de la corrupcion.

Atenas debia perecer el dia en que la sed del oro, ó la manía de los sofismas ocupasen el lugar de los sentimientos de libertad. Los mismos soldados participa-

ban de las opiniones de sus capitanes. Antes de la batalla de Platea se decian los atenienses: «No combatimos nosotros solamente por un territorio ó una »ciudad; combatimos por los »trofeos de Maraton y de Salamina. Probemos que fueron »la obra de los atenienses, y no »de Milciades y la fortuna.»

Tan noble emulacion, el amor de la libertad y de la patria, una esacta disciplina, y sobre todo la habilidad de los jenerales griegos, comparados al espíritu de bajeza, de servidumbre y envilecimiento de los persas, al necio orgullo y á la infame cobardía de su amo, igualmente que á la imprudencia de sus jenerales, esplican el desenlace de esta guerra. De otro modo ¿cómo millones de combatientes, solo con jefes medianos, hubieran podido salir tan mal, contra un átomo, por decirlo así? El número únicamente debió oprimir á la Grecia, á haber tenido una cabeza que hubiese dirijido la accion de los miembros. La Grecia, dividida y llena de traidores, era una presa fácil para el monarca del Asia; pero para que los negocios hubiesen tomado un jiro tan estraño, era necesario que hubiese un Jerjes y un Mardonio, y tambien un Temístocles, un Arístides y un Pausanias.

La batalla de Platea se dió el 2.° año de la olimpiada LXXV, año 3325 del mundo, 479 antes de Jesucristo.

Despues de la victoria, los aliados, queriendo vengarse de los griegos que habian favorecido al enemigo, sitiaron á Tebas, la tomaron y dieron muerte á los beotarcas que habian aconsejado someterse á los persas.

Batalla de Micala.—El mismo dia de la batalla de Platea fué testigo de otra victoria de los griegos. La escuadra de los aliados mandada por Leutíquides, rey de Esparta, y por Jántipo, ateniense, persiguió á la de Jerjes. Habiéndose retirado los persas cerca del promontorio de Micala, sacaron á tierra sus naves y las rodearon de atrincheramientos defendidos por cien mil hombres. Leutíquides, favorecido por los jónios, inflamó el espíritu de sus soldados asegurándoles la derrota de Mardonio, aunque todavia la ignoraba, y aprovechándose del entusiasmo jeneral que produjo esta noticia, forzó los atrincheramientos de los persas, esterminó un gran número de ellos, auyentó á los demás, y quemó la escuadra del rey. Este supo en Sardes to-

das estas desgracias, y descargó su rabia impotente en los templos de las ciudades griegas, que fueron destruidos por consejo de los magos; quienes, dicen algunos escritores, atribuian los infortunios de la Persia á la tolerancia de un culto enemigo. Pero no fué la impiedad quien dictó esta órden, puesto que la relijion de los magos proscribia los templos y los ídolos. Reconozcamos aquí la imbecilidad de un príncipe cobarde que, no atreviéndose á combatir á los hombres, se venga de su ignominia sobre las paredes; ó que habiendo apurado neciamente su erario, busca un recurso en el saqueo de los templos, haciéndose de este modo ecsecrable á los pueblos que contaba antes entre sus vasallos. Despues se retiró á Susa devorado de dolor y cubierto de oprobio.

Reedificacion de la ciudad de Atenas. — Si los griegos hubiesen sido tan sabios como valientes, hubieran pensado solo en estrecharse mas. Su fuerza dependia de esta union, cuya necesidad debian conocer. Que una mútua emulacion los incitase á sobrepujarse unos á otros, era un bien efectivo, con tal que no dejenerase en odiosa envidia; pero la ambicion, ordinariamente funesta á los grandes imperios, es la ruina de los pequeños estados. Enorgullecidas con sus victorias entrambas repúblicas, se hicieron enemigas, causándose mútuamente mas daño que el que habian recibido de los persas. Sigamos los progresos y las consecuencias de esta fatal discordia, cuyo oculto jérmen se desarrolló muy pronto, produciendo siniestros designios que anunciaban la guerra civil.

Libres ya los atenienses de los persas, reedificaron la ciudad y los templos, y trabajaron con actividad en fortificar la ciudadela y en rodear á Atenas de murallas. Pero los lacedemonios veian estas obras con disgusto. Su valor y patriotismo habian obligado á los demás pueblos de Grecia á reconocer la superioridad de Esparta, y cederle el mando de las fuerzas confederadas, que siempre estuvo en un espartano. Esto bastaba para su gloria, pero no para su orgullo: no se contentaron con ser los mejores; querian ser los únicos. El esplendor de Atenas ofendia á Esparta, la cual queria que su rival no volviese á levantar las murallas destruidas por Jerjes. Envió pues embajadores á Atenas para representar cuán

peligroso seria construir fuera del Peloponeso una fortaleza, que podria servir de plaza de armas á los persas en otra invasion. Declararon con altivez que se opondrian á los trabajos ya comenzados. Temístocles ocupaba entonces uno de los primeros empleos del estado; y como tan hábil político, no se le ocultó que Atenas, en la situacion en que se hallaba, no podia oponer la fuerza á la insolencia: respondió con suavidad, logró que se le diese término, y representó la necesidad de deliberar con madurez en un asunto tan importante á Atenas y á la Grecia. Propuso modestamente que se decidiese esta cuestion en Lacedemonia. Los atenienses nombraron diputados para ello. Temístocles, que era el jefe de la legacion, se anticipó á sus colégas, y llegó á Esparta con los embajadores de esta república. Luego que estuvo en aquella ciudad, dilató de un dia para otro la discusion, con el pretesto de la ausencia de los otros diputados, á los cuales les habia encargado en secreto que llegasen lo mas tarde posible. Entretanto todo el pueblo de Atenas, hasta las mujeres y los niños, trabajaban sin descanso en las fortificaciones. Supiéronlo en Esparta, y los éforos se quejaron de la lentitud afectada de Temístocles, y de la actividad de los atenienses. Temístocles replicó que estaban mal informados, y les propuso que enviasen diputados á Atenas para saber la verdad, y dió órden allí de que al llegar los detuviesen para ganar tiempo. Llegaron por último sus colégas cuando ya estaban concluidas las fortificaciones: entonces, quitándose la máscara, declaró al senado espartano que Atenas estaba determinada á mirar por su seguridad: que ninguno de sus aliados tenia derecho para privarla de su independencia: que los lacedemonios no obraban bien en fundar su potencia sobre la debilidad de los otros pueblos: que si habia empleado la astucia, todo era permitido por el bien de la patria; y en fin, que las fortificaciones estaban concluidas, y los atenienses sabrian defenderlas contra cualquiera que quisiese atacarlas.

Esparta, sorprendida, calló; y su mala voluntad no produjo otro efecto que hacer patente su envidia y su ambicion. Atenas, al mismo tiempo que fortificó sus puertos, aumentó su escuadra, y dispuso que cada año se construyesen veinte bajeles;

Hay sin duda circunstancias en que la astucia llega á ser necesaria contra la fuerza y la mala fé; pero el principio de Temístocles no puede autorizar la perfidia y la injusticia. Deja de ser admirable este grande hombre, luego que cesa de respetar las leyes inviolables que deben presidir así á la conducta de los gobiernos como á la de los particulares. Vamos á juzgar de su política.

Temístocles que combatió tan victoriosamente contra la ambicion de Esparta, la tenia y no menor á favor de su patria. Declaró al pueblo que habia concebido un proyecto muy importante; pero que no podia descubrirlo públicamente, porque su buen écsito dependia del secreto. Los atenienses respondieron que lo confiase á Arístides: Temístocles declaró á este que Atenas podia hacerse señora de la Grecia, quemando la escuadra confederada que estaba en un puerto vecino. Arístides volvió á la asamblea y dijo: «El proyecto de Temístocles es el mas »útil para Atenas; pero es el »mas injusto que se puede ima»jinar.» Esta decision de un hombre virtuoso bastó para que los atenienses desechasen la propuesta y probasen que eran dignos del esplendor y poderío que gozaban. Pero la espresion de Arístides en el sentido filosófico, era inesacta, porque nunca puede ser útil la injusticia. Además, la utilidad de este plan era por lo menos muy dudosa, á pesar de la opinion de Arístides. Porque la Grecia, indignada justamente, no hubiera dejado de reunir sus esfuerzos contra una ciudad perjura; el odio público la hubiera seguido; su gloria hubiera desaparecido para siempre; y ¿qué ventajas, en fin, hubieran podido compensar los efectos perniciosos de aquella empresa? Si la política tiene por objeto el bien de las naciones, no lo conseguirá sino siguiendo las reglas de la moral; —porque toda injusticia trae en pos de sí la desgracia, aunque no sea sino por la infamia que la acompaña.

Algun tiempo despues Lacedemonia propuso al consejo de los anfictiones que escluyese de la alianza jeneral las ciudades que no hubiesen contribuido á la guerra contra los persas. De este modo quedaba reducida la confederacion á solo treinta pueblos de mediano poder, y la esclusion de Argos y Tebas hubiera asegurado el predominio de Esparta. Temístocles desba-

rató este proyecto, demostrando que un rigor tan escesivo escitaria discordias, produciria enemistades domésticas, y debilitaria la alianza en lugar de fortificarla.

El pueblo de Atenas, siempre inclinado á la democrácia, llevaba á mal los privilejios que la ley concedia á los ricos; pues era preciso tener una renta de quinientos medimnos, ó sean unas quinientas fanegas de tierra, para ser elejido arconte. La ciudad estaba prócsima á una guerra civil: Arístides, mas virtuoso que político, hizo dar un decreto que concedia la elejibilidad á todos los ciudadanos: decreto que produjo una paz momentánea y turbulencias duraderas; porque un populacho ciego que no se sabia cómo reprimir, se hizo entonces mas insolente que nunca.

Traicion de Pausanias. — Sin embargo, Atenas llegaba al momento en que iba á quitar á Esparta su antigua superioridad sobre la Grecia; y para esto le bastó el mérito de algunos ciudadanos y las faltas de un espartano corrompido. Despues de haber rechazado los griegos tan gloriosamente la invasion de los persas, quisieron libertar las colonias del Asia menor, y para esto enviaron una escuadra al mando de Pausanias, Arístides y Cimon, hijo de Milciades: encontró la armada de los persas cerca de la isla de Chipre, la derrotó completamente, destruyó una gran parte de sus buques, tomó las ciudades de la costa del Asia y se apoderó de Bizancio, donde se cojió un inmenso botin, y cayeron prisioneros muchos sátrapas; pero Pausanias, que era jeneralísimo, ganado por sus régulos, los dejó escapar. El héroe de Platea no pudo defender su virtud contra los lazos de la fortuna y la ambicion. Vuelto arrogante y voluptuoso despues de la victoria de Platea, solo conservaba un resto de las costumbres de su patria. El disgusto de la virtud dispone al crímen: manifestando todavia servir á la Grecia, meditaba una traicion. Su orgullo, su fausto, su dureza, sus injusticias, y las maneras y el boato de los persas que adoptó por último, escitaron la indignacion de los aliados, mientras los dos jenerales de Atenas les inspiraban respeto y confianza con una conducta llena de equidad, de sabiduría y dulzura. Los aliados se quejaron altamente y le despojaron del mando para dársele á Arístides. La rijida Esparta

dió el primer ejemplo á los griegos de la traicion y del soborno. La virtud de un ateniense y la corrupcion de un espartano, transfirieron á Atenas la autoridad de que hasta entonces habia gozado Lacedemonia.

Pausanias, que aunque no era ya jeneralísimo, mandaba los lacedemonios, irritado de este desaire, olvidó lo que debia á su patria y escuchó únicamente la voz de la venganza y de la ambicion. Escribió á Jerjes ofreciendo entregarle la ciudad de Esparta y toda la Grecia, si le daba en casamiento una hija suya. El rey le envió grandes presentes, le permitió esperar la mano de su hija, y dió á Artabazo el gobierno del Asia menor para que continuase esta negociacion. Los mensajes que enviaba y recibia Pausanias inspiraron sospechas. Su altivez para con los griegos y el desprecio que hacia de las costumbres patrias, hasta el punto de imitar el traje y el fausto de los persas, hacian notable contraste con la modesta sencillez de Arístides y Cimon. El odio jeneral contra Pausanias obligó á Esparta á llamarle y ponerle en juicio, del cual salió absuelto por falta de pruebas. Volvió al Asia menor y continuó en sus proyectos: de nuevo se le mandó volver á Esparta y se le puso en prision; pero su crédito era grande por ser tutor de Plistarco, hijo de Leónidas, y los éforos, aunque convencidos de su crímen, no pudieron probarlo y le pusieron en libertad.

Acaeció entretanto que uno de sus esclavos, llamado Arjilio, observando que ninguno de sus compañeros enviados al Asia por Pausanias, habia vuelto, sospechó que se les daba allí la muerte para asegurar el secreto de la comision. Encargado á su vez de llevar una carta á aquel pais, en lugar de partir, la entregó á los éforos y se refujió al templo de Neptuno, en Ténaro. Pausanias, apenas lo supo, fué á hablar con él. Los éforos y algunos ciudadanos escucharon ocultos la conversacion. El esclavo confesó á su amo que temiendo la muerte, habia habierto la carta. Pausanias, viendo comprometido su secreto, hizo muchas promesas á Arjilio para obligarle á que lo guardase; le descubrió enteramente sus intenciones y le dejó. Los éforos, provistos de todas las pruebas necesarias, fulminaron contra él decreto de prision; pero Pausanias lo supo á tiempo y se refujió al templo de Palas. La san-

tidad del asilo impidió que le sacasen de él; pero el pueblo enfurecido tapió las puertas, y aun se dice que la madre de Pausanias llevó la primera piedra para ello: se destechó el edificio para que no tuviera abrigo ninguno, y pereció de hambre espuesto á la inclemencia del cielo. Como por todas partes se introduce la supersticion, el pueblo temió haber ofendido á Palas, y el oráculo de Delfos ordenó que para aplacarla, erijiesen una estátua á Pausanias en el mismo templo donde habia muerto.

Proscricion de Temistocles. —La lectura de las cartas interceptadas produjeron sospechas contra Temístocles. A la verdad, este héroe se habia negado á favorecer su empresa; mas no la habia delatado, y los lacedemonios, irritados ya contra él y envidiosos de su gloria, lo desacreditaron en Atenas. Su vanidad, que ofendia á sus conciudadanos, favoreció á sus enemigos. Habia edificado un templo á Diana cerca de su casa, y colocado en él su estátua; aun se conservaba allí en tiempo de Plutarco. Queria rebajar el mérito de los otros jenerales; y en todas ocasiones se jactaba de sus servicios. Echándole un dia en cara que hablaba demasiado de sus azañas, respondió: «Atenienses: os »cansais de oir hablar de mis »servicios, pero no os cansais »de aceptarlos.» Siempre opuesto á Arístides, sostenia á los grandes y á los ricos contra el pueblo, cuyo odio se granjeó por esta causa. Como se habia portado con poca fidelidad en el manejo de los caudales públicos, y alabasen en su presencia la incorruptibilidad de Arístides, dijo: *Esa virtud la tiene un arca.* Cuando lo supo Arístides, contestó: «Nadie mejor que Te»místocles sabe cuán raro es el »mérito de tener las manos lim»pias.»

Con semejante disposicion de los ánimos, fácil fué á sus enemigos conseguir que se le desterrase. No se contentaron con esto los lacedemonios, sino que presentaron cartas falsas de Pausanias, en que prometia al rey de Persia atraer á Temístocles á su partido. Este refutó por escrito aquella calumnia; pero se dió órden de perseguirle, prenderle y matarle. El se escapó á Corcira, y desde allí á Epiro: no hallando seguridad en ninguno de estos dos puntos, tuvo la osadía de refujiarse en casa de Admeto, rey de los molosos, á cuyas pretensiones se habia mostrado contrario en otro

tiempo. El rey estaba ausente, y su esposa le recibió con benevolencia. Cojió entre sus brazos al hijo del rey, se sentó con él entre los dioses domésticos, y cuando el rey vino se levantó y le dijo que se ponia en sus manos. El jeneroso Admeto le concedió la hospitalidad, y reusó entregarle á los atenienses. Poco tiempo despues, uno de sus amigos le trajo de Atenas á su mujer y á su hijo con una pequeña parte de su caudal, que babia podido salvar de la confiscacion. Entonces se acordó Temístocles de lo que su padre le habia dicho, cuando jóven, mostrándole una galera vieja, rota y abandonada en la ribera: «Así »deja el pueblo á los que le sir»ven, cuando cree que ya no »tiene necesidad de ellos.» Nosotros no creemos que haya bastante razon en la queja de Temístocles, porque aunque es verdad que el pueblo por sus injusticias no merece muchas veces los afanes que algunas almas bastante jenerosas se toman por él; con todo, Temístocles no fué tan puro que no se hiciese acreedor á la irritacion del pueblo, no solo por no delatar el crímen de Pausanias, crímen de lesa nacion, sino porque cuando le confiscaron sus bienes hallaron la gran suma de cien talentos, siendo así que su fortuna ordinaria no consistia mas que en tres.

ADMINISTRACION DE ARISTIDES. —Entonces sucedia Atenas completamente á Esparta en el mando de la Grecia. La severidad lacedemonia hacia pesado su yugo: el de Atenas pareció al principio mas lijero. Los espartanos favorecian en todas partes la aristocrácia, y el partido popular se declaraba por los atenienses. Las contribuciones que debian pagar los aliados para los gastos de la guerra con Persia, se habian designado de una manera ilegal y arbitraria. Atenas estableció las cuotas en proporcion de las rentas de cada ciudad, y puso el tesoro comun en la isla de Delos: y como se buscase un hombre íntegro que administrára la hacienda de la confederacion, todos los aliados unanimemente nombraron á Arístides; —omenaje ilustre, debido á la probidad: y así Plutarco dice: «Temístocles, Cimon, »y Perícles llenaron á Atenas »de riquezas y monumentos: »Arístides de virtudes.» La prudencia de su administracion justificó el nombramiento. Ignórase el lugar, la clase y el tiempo de la muerte de este grande

hombre; solo se sabe que no dejó bienes suficientes para los gastos de su entierro. Se acusó á su pariente Cálias, hombre muy rico, de no haberle socorrido en su pobreza; pero Cálias probó que Arístides habia reusado todos los donativos que quiso hacerle, diciéndole que los deseos supérfluos multiplican las necesidades del hombre, y que el medio de no tener cuidados ni aogos, era atenerse cómo él á lo absolutamente necesario. Lisímaco, su hijo, fué educado en el Pritaneo, y la república dotó á su hija. Al nombre de Arístides está ligado inseparablemente el epíteto de JUSTO, que es el título mas bello de la gloria humana. Acaso fué deudor de su mérito á un escelente ciudadano, llamado Clístenes, al cual se habia agregado desde su juventud, y cuyas lecciones y ejemplos desarrollaron en él el jérmen de tan sublimes cualidades. ¡Dichoso el jóven que se sienta penetrado de admiracion ácia los grandes hombres! Mas dichoso aun si puede tener á uno de ellos por guia, porque sus progresos serán mas rápidos y seguros! Esta ventaja no era rara entre los antiguos, pues se veian ilustres personajes cultivar con zelo y aficion las esperanzas de la patria. Por do quiera le seguian, se formaban en su escuela, y ambicionaban mostrarse dignos de un modelo tan bello. Plutarco encarece esta costumbre y manifiesta las ventajas que reportaba. ¡Ojala se imitase entre nosotros, para que la frivolidad de los años primeros dejase el sitio á los sentimientos de virtud, patria y libertad!

La corte de Persia, que habia querido trastornar la Europa, se habia convertido por entonces en teatro de las revoluciones mas sangrientas. Las locuras y los crímenes de Jerjes enajenaron el corazon de los súbditos. Artabano, uno de los grandes de su reino, le asesinó, y le sucedió Artajerjes, su hijo tercero, que mató á su hermano mayor Darío, á quien el rejicida habia atribuido su crímen: castigó á Artabano, sabida la verdad, y venció á su hermano segundo Histaspes, gobernador de la Bactriana, que le disputaba la corona. Heredó el odio de su padre á los griegos, y fué tan desgraciado como él. El objeto principal de su odio era Temístocles, á quien miraba como principal autor de los desastres de los persas en Europa y Asia; y creyendo que podria verse obligado el proscrito de Atenas á refujiarse

en algun punto de sus dominios, puso á precio su cabeza.

Los atenienses por su parte le perseguian tambien y amenazaban á Admeto con la guerra si continuaba protejiéndole. Temístocles no quiso que la jenerosidad de aquel rey le costase el trono: salió de sus estados y se refujió en Eolia, en casa de un griego llamado Nicójenes. Allí supo que el rey de Persia habia prometido doscientos talentos al que le cojiese ó matase, y resolvió entregarse él mismo. Atravesó el Asia disfrazado de mujer en un carro cubierto, llegó á Susa y se presentó á Artajerjes, como un griego oscuro. Admitido á su audiencia, le dice con una noble altivez: «Señor: »soy Temístocles; desterrado por »los atenienses, vengo á pediros »un asilo. He hecho mucho mal »á los persas, pero tambien mu»chas veces les he dado buenos »consejos. Hoy me encuentro en »estado de hacerles grandes ser»vicios. Mi suerte está en vues»tras manos; podeis señalar vues»tra clemencia ó vuestra cólera. »Con la una salvareis á un guer»rero suplicante; con la otra aca»bareis con un hombre que se ha »convertido en el enemigo mas »grande de la Grecia.» El rey no le dió respuesta alguna; pero á la mañana siguiente le mandó dar los doscientos talentos que habia prometido al que le presentase su cabeza, le colmó de favores, parte porque tenia un corazon jeneroso, parte porque esperaba valerse de su esfuerzo y habilidad en la guerra contra los griegos.

Cimon, que habia seguido en la escuela de Arístides el camino de la gloria y de la virtud, heredó su crédito y administró la república. Los vicios de su tempestuosa juventud, fueron comprimidos por las escelentes cualidades que pueden desearse en el hombre público. Tenia el valor de Milciades, la prudencia de Temístocles y la justicia de Arístides. Siendo jefe del ejército y de la escuadra ateniense, conquistó á Eyone, en el Strimon, y una parte de la Tracia, y estableció en Anfípolis una colonia de diez mil atenienses. Algunos de sus triunfos fueron muy disputados; porque á pesar de la superioridad de Esparta y Atenas, los griegos, aun cuando servian contra su patria, mostraban el valor y talento nacional. Algunos persas competian en estas dotes con los griegos: Bojés, gobernador de Eyone, despues de una larga defensa, arrojó al Strimon todas las ri-

quezas de la ciudad, mató á su mujer y á sus hijos, y se quemó en su pira funeral.

RIVALIDAD DE ESQUILES Y SÓFOCLES.—Cimon, imitador del heroismo de Teseo, le onró trayendo sus huesos á Atenas de la isla de Sciros. No solo aumentaba la gloria de su patria con sus azañas, sino tambien animaba con su proteccion las artes y la literatura, que desde entonces comenzaron á ser una parte principal del esplendor de Atenas. Esquiles, que habia sido el primero de los autores trájicos, tuvo por competidor á Sófocles; y como se dividiesen los votos, se tomaron por árbitros á Cimon y otros jenerales colégas suyos, tan valientes como ilustrados, los que dieron la palma al jóven Sófocles. Esquiles no pudo sufrir esta desgracia, y se desterró á Sicilia, donde murió; —tan violento era entre los atenienses el deseo del triunfo en todos jéneros.

Hasta entonces se habia ecsijido con rigor las tropas que debian presentar los aliados por su continjente; pero Cimon, mas hábil que sus predecesores, pidió solamente dinero á las ciudades confederadas, para que perdiesen el amor á la guerra y se afeminasen en la paz: de modo que vinieron á ser, no aliados, sino casi vasallos de los atenienses.

VICTORIAS DE CIMON.—Este infatigable guerrero, con una escuadra de doscientas velas, perseguia siempre á los persas, agotaba sus recursos, minaba sus fuerzas, y separaba los pueblos de su alianza; de modo que desde la costa de Jónia hasta la de Panfilia, no le dejó al gran rey ni una ciudad. Despues de la toma de Sestos y Bizancio, se movió cuestion entre los aliados sobre el repartimiento del botin y de los cautivos. Cimon, mas hábil que los otros jefes, les dejó los efectos, y guardó para los atenienses los prisioneros. Burlábanse al principio de él por lo desventajoso de su parte; pero cuando llegaron los rescates, su producto superó al del botin, de modo que Atenas logró la suma necesaria para mantener cuatro meses su escuadra y ejército.

Irritado Artajerjes de tantas derrotas, y decidido á hacer un grande esfuerzo, habia reunido todas sus fuerzas marítimas consistentes en trescientas cincuenta velas, y se apostaron en la embocadura del Eurimedonte, sostenidas por un numeroso ejército que habia en la costa. Cimon derrotó la escuadra, cojió dos-

cientos bajeles, y echó á pique casi todos los demás: desembarcó su ejército, venció al de los persas, hizo en ellos gran carnicería y recojió un inmenso botin. Sabiendo que una escuadra fenicia de ochenta velas, llegaba de Chipre para reforzar á los persas, le salió al encuentro y la destruyó casi enteramente. Despues de estas victorias, que competian con las de Salamina y Platea, volvió triunfante á Atenas. Todas las riquezas que habia conquistado se emplearon en embellecer la ciudad y fortificar el puerto. Al año siguiente navegó al Helesponto, arrojó á los persas del Quersoneso de Tracia, y aunque su padre habia sido rey de este pais, lo cedió á la ciudad de Atenas. Los habitantes de la isla de Tasos se rebelaron: Cimon destruyó su escuadra y puso cerco á su ciudad. Tres años duró este sitio, porque los taseos se ostinaron en resistir, y las mujeres mismas peleaban y hacian de las trenzas de sus cabellos cuerdas para las máquinas. El hambre mas espantosa unióse por último á los males de la guerra; y aunque estaban prócsimos á perecer, nadie proponia la paz, porque estaba proibido por una ley, bajo pena de muerte. En esta estremidad un ciudadano de Tasos, llamado Hejetórides, se echó un dogal al cuello y propuso capitular para salvar el pueblo. Este jeneroso sacrificio enterneció y mudó los ánimos: hízose la capitulacion, y los atenienses se contentaron con desmantelar la ciudad. Cimon enriqueció tambien á Atenas conquistando toda la Tracia, muy abundante en minas.

Ensoberbecidos los atenienses con estas victorias, esperaban que conquistase tambien la Macedonia, pero Cimon se detuvo en la frontera; y la ingratitud del pueblo, que no perdona á los virtuosos cuando cree ofendidos sus intereses, le acusó de haberse dejado sobornar por el rey de aquel pais. Cimon se justificó demostrando que Alejandro habia estado siempre en paz con Atenas, y se habia conducido como amigo; representando al mismo tiempo, que los atenienses se harian aborrecibles á todos los pueblos si movian guerra á los reyes y ciudades que no los habian ofendido. La acusacion de soborno pareció improbable, porque toda la vida de Cimon daba testimonio contra ella. En esta época quiso Artajerjes enviar á Temístocles con un ejército contra la Grecia; pero este héroe,

por evitar la alternativa de ser traidor á su patria ó ingrato á su bienechor, se dió la muerte con un veneno. La ciudad de Magnesia le erijió una estátua. Tucídides dice que murió de muerte natural. Temístocles, en la desgracia habia correjido su orgullo y mostrado grandes virtudes; y si el suicidio manchó la determinacion de no servir contra su patria, la gloria que adquirió en sus últimos dias es purísima. Su hija tenia dos amantes, uno pobre y virtuoso, el otro rico y de malas costumbres: y él prefirió la virtud sin caudal, á la riqueza sin mérito.

La empresa que meditaba Artajerjes contra la Grecia se frustró por la rebelion de los ejipcios, que nombraron rey á Inaro, príncipe de Libia. Atenas envió en ausilio de este una escuadra y un ejército á las órdenes de Carítimes, que destruyó en la embocadura del Nilo cincuenta buques persas, y venció reunido con Inaro á Aqueménides, hermano del rey de Persia, matándole cien mil hombres. Artajerjes procuró ganar á los lacedemonios; pero la rivalidad de estos contra Atenas, no los cegó entonces, como sucedió despues, en daño de sus comunes intereses.

Renunciando por entonces el rey de Persia á la esperanza de dividir á los griegos, envió á Ejipto un nuevo ejército á las órdenes de Artabazo y Megabises, los cuales, mas hábiles ó mas afortunados que sus predecesores, obligaron á los aliados á levantar el sitio que habian puesto á Menfis. Inaro fué batido: los atenienses se vieron obligados á retirarse á la isla de Prosópitis formada por dos brazos del Nilo, donde se defendieron dieziocho meses. Los jenerales persas abrieron canales y dejaron secos los brazos del Nilo, que defendian á los griegos; estos, en número de seis mil, imitando la resolucion de Leónidas, quemaron sus bajeles y se decidieron á morir antes que entregarse. Aterrados los persas por tan valiente determinacion, los dejaron volver libres á Atenas.

En esta época Artajerjes permitió á Esdras volver á Jerusalen á restablecer la ley de Moisés y el templo de Salomon: y Roma reconoció las luces y virtudes de Grecia, enviando á pedir al Areópago las leyes que debian gobernarla.

Pericles comenzaba entonces á tomar parte en los negocios públicos: este hombre famoso, que dió su nombre á su siglo, es-

taba destinado á dar el mayor á su patria y á derramar en ella las semillas de la corrupcion, que causó su decadencia.

Era hijo de Jántipo, el vencedor de Micala, y descendia de Clístenes por su madre. Fué su maestro Anaxágoras de Clazomenes, por sobrenombre *Intelijencia*, porque atribuia á un solo Dios la creacion y gobierno del mundo. Pericles poseia el arma mas fuerte en una república, la elocuencia; ese arte tan divino como funesto, segun el uso que de él se haga. Desde muy jóven habia aprendido de su maestro á reconocer una intelijencia suprema, á despreciar los vanos temores y las puerilidades estravagantes de la superticion; á robustecer su estilo con pensamientos y no con palabras, y á prestarle una enerjía victoriosa, que solo puede nacer de la razon cultivada. Su elocuencia era tan seductora, que se decia que las gracias y la persuasion moraban en sus labios, y algunas veces la comparaban al rayo por su fuerza. Su rival Tucídides, que luchó largo tiempo contra él en los combates de la tribuna, decia: «Cuando he derribado á Pericles, su elocuencia hace creer á los oyentes que soy yo el vencido.» Ningun hombre ha conocido mejor su tiempo y su pais. Habia estudiado los hombres muy particularmente. El mismo contaba que antes de hablar en público se decia á sí mismo: «Mira que vas á hablar á hombres libres, á griegos y á atenienses;» y pedia á los dioses que lo preservasen de toda espresion indecorosa, y de todo pensamiento contrario á la dignidad y al bien de su patria. Cuando era jóven decian que se parecia á Pisistrato, lo que lisonjeaba su ambicion; pero era peligroso en una ciudad tan zelosa de su libertad. Ocultando diestramente el amor del mando con el esterior de la popularidad, evitó al principio con sumo cuidado todo lo que pudiera hacerlo sospechoso; y durante muchos años aparentó entregarse á los placeres, á la literatura, á las artes y á las ciencias; pero cuando los deberes de ciudadano le llamaban á la guerra, sabia mostrar valor y ocultar la ambicion.

Su gobierno.—Habiendo ganado poco á poco el afecto del pueblo, le pareció la ausencia de Cimon una circunstancia favorable para conseguir su objeto: entonces mudó repentinamente su esterior: se hizo grave, severo, tomó una parte acti-

va en los negocios públicos evitando con cuidado tanto el orgullo ofensivo de Temístocles, como la familiaridad que disminuye el respeto. Rara vez se presentaba en público: sus amigos y confidentes, dirijidos por él, se encargaban de los negocios menores: él, semejante á Júpiter, solo entendia en lo de mas importancia; y entonces su elocuencia seductora sometia el pueblo á su voluntad.

Rápidamente ascendió á las majistraturas mas elevadas. La confianza llegó á ser un hábito, y se trocó en obediencia; de modo que mandaba en la república como un monarca. Diestro en leer el corazon humano, contentaba al pueblo repartiéndole las tierras conquistadas, pagaba los espectáculos con el caudal público, suavizaba las costumbres de los atenienses para gobernarlos con mas facilidad, y se servia de los juegos y las artes, de los talentos y de los placeres para alejarlos de los negocios. Tolerando la licencia de las comedias no llevaba á mal que le ridiculizasen en el teatro: y dejando al pueblo el fantasma de la libertad escénica, le quitaba la verdadera. La suerte no le habia designado arconte ni polemarca, y era necesario haber obtenido algunos de estos destinos para ser miembro del Areópago: no pudiendo entrar en este cuerpo respetado y severo, cuya autoridad temia, le quitó poco á poco sus mas importantes atribuciones, y las dió á los tribunales inferiores, de los cuales disponia. De este modo se hizo dueño de la república.

Poco antes de reunir él solo todo el poder, tuvo que dividirle por algun tiempo con Cimon, que acababa de llegar del Africa: este, como partidario de la aristocrácia, estaba al frente de los ricos; y Pericles se puso á la cabeza de la multitud, porque aunque él la apreciaba poco, tenia en ella un partido poderoso. Cimon empleaba sus riquezas en adornar la ciudad y en socorrer á los desgraciados. Pericles, cuya fortuna era inferior á la de su rival, no pudiendo competir con él sino con igual profusion, puso desde luego la mira en el manejo de los tesoros del estado, y aun de los de la confederacion griega, cuyo cargo pudo adquirir fácilmente. Hallándose dueño de estos recursos, llenó la ciudad de Atenas de monumentos suntuosos y de obras maestras en todo jénero, y señaló pensiones á los ciudadanos mas pobres.

No viendo el pueblo sino la mano que daba, no advirtió el orijen de aquellos dones, y de dia en dia se afanaba mas ciegamente por engrandecer á Pericles, cuya autoridad llegó bien pronto á competir con la del Areópago. La virtud de Cimon era la gloria de su patria, pero su austeridad desagradaba á los atenienses: partidario declarado de las instituciones de Licurgo, alababa siempre á Esparta á costa de Atenas, y esta predileccion ofendia la vanidad de sus conciudadanos. Cimon era el único que podia combatir la popularidad de Pericles; mas este procuraba hábilmente alejar de Atenas á su rival, multiplicando con este fin las espediciones, cuyo mando le confiaba, y de este modo, ausente Cimon, quedaba Pericles dentro de Atenas dueño absoluto de los negocios.

Tal era la situacion de los atenienses, cuando una catástrofe que sobrevino á Esparta, fué causa de que estallase la rivalidad de entrambas repúblicas. En el momento en que los lacedemonios, á instancias de sus aliados, se preparaban para poner límites á la dominacion de los atenienses, un orroroso temblor de tierra derribó todas las casas de Esparta, escepto cinco que escaparon del azote. La cumbre del monte Taijetes, arrancada de su baje se lanzó sobre la ciudad y la aplastó, pereciendo mas de veinte mil habitantes. Entonces los ilotas, aprovechándose de esta calamidad pública, osaron romper el yugo de su larga servidumbre; y sostenidos por algunas ciudades de la Laconia, tomaron las armas contra sus tiranos (461 años antes de Cristo).

Cubierta Esparta de escombros y de cadáveres, y atacada por sus esclavos, se vió en pocos momentos á punto de perecer. En tan críticas circunstancias no vieron los lacedemonios otro recurso que el de implorar el ausilio de los mismos atenienses, cuya ruina estaban poco antes proyectando. El orador Efialto, amigo y confidente de Pericles, queria que se negase todo ausilio, y que se dejase perecer á una república, cuya rivalidad impedia á Atenas dominar en Grecia. Pero el virtuoso Cimon representó con tanta fuerza cuán infame seria este abandono, y cuán imprudente dejar á la Grecia *coja* y á Atenas sin contrapeso, que ganó todos los sufrajios. La antigua jenerosidad triunfó de la ambicion política, y el mismo Cimon fué al frente de

cuatro mil hombres al socorro de Esparta. Esta tropa, secundando los esfuerzos del rey Aquidamo, obligó á los ilotas á rendir las armas, y regresó luego á Atenas.

Sin embargo, despues de la marcha de Cimon, los ilotas, sostenidos por los mesenios, volvieron á tomar las armas y se apoderaron de Itoma, punto importante y capaz de asegurar su emancipacion. Los espartanos los sitiaron; pero siendo poco prácticos en el arte de los sitios, se vieron obligados á recurrir de nuevo á los atenienses, los cuales, despues de algunas discusiones les enviaron otro socorro. Este servicio, que debia unir entrambas repúblicas, vino á ser para ellas el orijen de un odio funesto. Viendo los espartanos prolongarse el sitio de Itoma, y sospechando que los atenienses tuviesen intelijencias con los sublevados, manifestaron de repente no necesitar de su ausilio, y les invitaron bajo pretestos mas ó menos plausibles á que regresasen al Atica. Apoderáronse de Itoma despues de seis años de sitio, y los ilotas volvieron á su antigua servidumbre. Así concluyó la tercera guerra de Mesenia (455 años antes de Cristo).

Pero los atenienses, vivamente irritados contra Esparta por la despedida injuriosa de sus tropas, manifestaron de pronto su resentimiento con el destierro de Cimon, condenándole al ostracismo por haber favorecido, decian, los intereses de aquel estado; y poco tiempo despues rompieron la alianza que habian hecho con este pueblo cuando la guerra de Persia; uniéronse con los arjivos, enemigos declarados de los espartanos en el Peloponeso; dieron acojida á los ilotas fugitivos de Itoma, á quienes establecieron en Neupacta; y por último provocaron el levantamiento de Megara, que recibió guarnicion ateniense, convirtiendo este acontecimiento en odio moral aquel espíritu de rivalidad que animára hasta entonces á los dos estados.

Pero en tanto que Atenas, por el resentimiento con que miraba á Esparta, pronunciaba contra Cimon el decreto de destierro, este añadió nuevos laureles á los que ya habia cojido contra los persas. Mirónides y otros jenerales de Atenas atacaban en Europa á Corinto, Epidauro y Tebas, y demolian á Ejina y quemaban sus bajeles. Sus armas habian con

quistado la Tesalia y obligádola á sufrir el yugo de Orestes. Cuando Atenas temia la invasion de los persas, practicó todas las virtudes que dan salvacion y gloria á las repúblicas: reinaban en ella el pudor, la modestia, el desinterés; y las grandes azañas no tenian mas premio que la estimacion pública. No se erijieron estátuas á Harmodio y Aristójiton sino despues de su muerte; Arístides y Temístocles no lograron ni aun una corona de laurel. Milciades pidió que se le diese una despues de la victoria de Maraton, y un simple ciudadano le dijo: «La tendrás cuando hayas vencido tú solo al enemigo.» Las inscripciones destinadas á perpetuar la memoria de los triunfos de Cimon, contenian grandes elojios de las tropas, mas no hablaban de ningun guerrero en particular. La derrota de los persas, dando á los atenienses grande seguridad, les quitó una parte de sus virtudes. Su numerosa escuadra, que al principio los salvó, los corrompió despues estendiendo su poderío y aumentando sus riquezas. La antigua inocencia de las constumbres campestres se perdió en Atenas en el tumulto de las asambleas populares, compuestas de artesanos y marineros. El zelo inquieto del populacho, se desdeñaba de obedecer al mérito; y las astucias demagójicas, que temian la preponderancia de la virtud, privaban á menudo de su vida ó de su fortuna á los héroes á quienes la Grecia debia su libertad y su gloria. No era permitido á los ciudadanos manifestar grandes talentos sino en momentos apurados. Milciades muere en prision porque el mismo pueblo que le debe su libertad en la jornada de Maraton, le condena injustamente á una multa grande que no puede pagar. En vano Arístides mereció el renombre de Justo; en vano quiso Cimon á fuerza de dádivas y afabilidad hacer que le perdonasen sus grandes cualidades; todos probaron á su vez la injusticia de los lijeros atenienses. Temístocles, arrojado por la patria, á quien habia salvado, fué deudor al hijo de Jerjes del reposo de sus dias postreros. El historiador Herodoto se vió obligado á buscar un asilo en Italia, en la colonia de Thurium; la envidia de Cleonte á la virtud y al jenio de Tucídides, le atrajo el destierro á este historiador, y el

pacífico Jenofonte fué desterrado poco tiempo antes de que la calumnia hiciese morir en su prision á su maestro Sócrates, el mas sabio de todos los griegos, segun el oráculo de Delfos. No anticipemos la narracion de los acontecimientos: digamos por aora, que el deseo de dominar la Grecia, fué quien corrompió la democrácia moderada de Atenas. No pudiendo los atenienses mantener su preponderancia sin una numerosa marina, era necesario aumentar la poblacion; y los medios que se emplearon para ello, la igualdad de los derechos, una libertad ilimitada, y la magnificencia de los placeres públicos, perdieron despues el estado (1).

El decreto de Temístocles, que llamó á Atenas á los estranjeros para aumentar la poblacion, alteró sus costumbres mezclando la molicie asiática á la sencillez ateniense. Esparta, que no tenia ni marina ni dinero, principió á temer por sus leyes. Quiso mejor afirmarlas conservando su antigua pobreza, que arrogarse sobre la Grecia un poder inusitado. Algo la ensoberbecieron las victorias, y si no era tan codiciosa como Atenas, tenia quizá mas ambicion.

No tardó la guerra en encenderse entre las dos repúblicas. Un cuerpo de lacedemonios encontró algunas tropas atenienses junto á Tanagra, ciudad de la Beocia, y las venció. Cimon, aunque desterrado, hallándose cerca del campo de batalla, se presentó de repente para pelear enmedio de ellos; mas los atenienses no quisieron admitirle, diciendo que en sus filas no tenia cabida ningun desterrado. Alejóse este ciudadano jeneroso, pero encargó á los que le acompañaban que hiciesen su deber, y todos perecieron en el combate.

El inconstante pueblo de Atenas, temeroso de las consecuencias de esta guerra, comenzó á quejarse de Pericles y á sentir la ausencia de Cimon. Pericles, demasiado diestro para conocer que no debia irritar al pueblo con una resistencia intempestiva, hizo él mismo

(1) ¿Quereis producir la ambicion, la bajeza, la codicia y todos los vicios? Reunid, dice un sábio, millares de hombres sobre un punto solo, y bien pronto el poder tendrá aduladores cortesanos, la crápula serrallos, y la virtud entes ridículos.

lo que no podia impedir, y propuso el decreto de restitucion de su rival. Cimon volvió á su patria y se halló de nuevo al frente del gobierno. Empleó todo su crédito en reconciliar las dos repúblicas rivales, entre las cuales se ajustó, por mediacion suya, una tregua de cinco años. Pero conociendo muy bien la necesidad de ocupar en este intervalo la inquieta actividad de los atenienses, empleó sus armas contra el ememigo comun. Envió cincuenta bajeles en socorro de Amirteo, jefe de una nueva rebelion contra los persas en Ejipto; y él mismo con doscientas velas, marchó contra la escuadra de Artabazo, que estaba en las aguas de Chipre, le quitó cien buques y destruyó un gran número de los demás. Desembarcó despues en Cilicia y venció á Megabises, con gran mortandad de los persas. Su proyecto era pasar á Ejipto; pero queriendo antes apoderarse de la isla de Chipre, desembarcó en ella y puso cerco á Citio.

PAZ DE CIMON.—Artajerjes reconoció cuân necesaria le era la paz, y envió á Atenas á Artabazo y Megabises para que la pidiesen. Cálas fué nombrado por la república para seguir la negociacion, que fué pronta y tan gloriosa para los griegos, como ignominiosa para los persas. En el tratado se dió libertad á todas las ciudades griegas del Asia menor: los persas prometian que ningun buque de su nacion navegaria en los mares que hay desde el Ponto-Euxino hasta las costas de Panfilia, y que sus ejércitos no se acercarian á la distancia de tres dias de marcha de las costas de la Jónia y del Helesponto. Los atenienses prometieron no ostilizar de ningun modo á las tropas ó estados del rey (449 años antes de Cristo).

Tal fué el fin de la guerra de los persas, llamada guerra médica, que habia durado cincuenta y un años, desde la toma é incendio de Sardes. En el curso ordinario de las cosas humanas, hubiera debido la Persia anonadar á la Grecia; y sin embargo, esta triunfó, imponiéndole una sola de sus ciudades las condiciones mas duras. No puede dejar de conocerse que este prodijio fué la obra del jenio y de la sabiduría, mas bien que del valor. Mucho hicieron Milciades en Maraton y Pausanias en Platea; pero los consejos de Temístocles, de Arístides y de Cimon hicieron mucho mas. La

marina y la hacienda en sus manos eran los manantiales fecundos de la prosperidad pública. Algunos autores aseguran que Cimon, herido por una flecha en el cerco de Citio, murió antes de la victoria postrera de los atenienses; pero que por las últimas instrucciones que dió, no pudo divulgarse su muerte; y así es que treinta dias despues, el ejército que creia estar á sus órdenes alcanzó tan señalada victoria, debida al prestijio de su nombre y no á la fuerza de su brazo. La armada ateniense volvió al Pireo gobernada por el nombre y la sombra de Cimon.

La muerte de este grande hombre fué una pérdida irreparable. Rico y desinteresado, sus riquezas no menoscabaron su virtud, y le sirvieron de mucho para con sus conciudadanos. En todo tiempo estaban abiertos sus jardines para el pueblo: su mesa frugal y abundante, era la de los pobres, igualmente que de sus amigos; y lejos de captarse por este medio el favor popular, se declaró siempre contra los abusos de la democrácia. De su justicia y moderacion con los espartanos, hicieron un crímen los envidiosos;—así es como juzgan las pasiones.

Despues de la muerte de Cimon, su cuñado Tucídides trató de reanimar el partido de que aquel habia sido el alma. Aunque no tenia los talentos militares de Pericles, era elocuente, y casi tan hábil como él en manejar las voluntades del público; era además prudente, activo, y ausentándose rara vez de Atenas, combatió con ventaja por algun tiempo los proyectos de su rival, de modo que este resolvió por último librarse de él por medio del ostracismo. Libre ya de toda oposicion, cambió Pericles de sistema. Habia subyugado el partido de los ricos adulando á la multitud, y procuró despues subyugar á la misma multitud, ya con una resistencia imperceptible, ya con la superioridad de su sabiduría, ya en fin con los atractivos de su irresistible elocuencia. Muy pronto nada se hizo en el estado sino por su voluntad, mientras que todo parecia hacerse segun las leyes. Así fué como la libertad, á pesar de mantenerse las formas republicanas, iba insensiblemente espirando bajo el ascendiente del jenio de Pericles.

En tanto, Atenas, despues de haber destruido la igualdad política, base principal de la confederacion griega, descargó sobre los aliados un yugo cada dia

mas opresor. Estos, entre otros motivos de queja, echaban en cara á los atenienses que las sumas que la Grecia suministraba todos los años para el mantenimiento de su independencia contra los bárbaros, se empleaban en embellecer una sola ciudad; y en esto tenian sobrada razon. Pero Pericles poseia el talento de la palabra y los votos del pueblo, y respondió con altanería que mientras las escuadras atenienses mantuviesen la Grecia á cubierto de los insultos del Asia, Atenas no tenia que dar cuenta alguna de sus operaciones. ¡Contestacion propia de un tirano! ¿Acaso las contribuciones de los aliados podian convertirse en provecho solo de los atenienses? ¿No estaba determinado en lo que habian de emplearse? Si habia un supérfluo, despues de cubridos los gastos ¿no debia servir para socorro de los mismos aliados? Lejos de disminuir los impuestos los aumentó Pericles en cerca de una tercera parte mas. Y ¿para qué? para sus fastuosas esterioridades. Plutarco alaba su desinterés, su frugalidad y su economía doméstica. Muy respetables son estas virtudes, pero no justifican su gobierno. Además, si no añadió un solo óbolo á su patrimonio, ¿cómo esplicar lo que refiere el mismo historiador? Asegura que Pericles, oyendo los clamores que se levantaban contra él, ofreció al pueblo pagar á su costa todas las obras, con tal que las inscripciones de las columnas dijesen que él las habia erijido. La vanidad de los atenienses rechazó esta oferta, y el pueblo infatuado anuló la justa acusacion que le hicieron de tirano.

Continuó Pericles invirtiendo en Atenas los caudales que enviáran los aliados: Fidias el mas célebre de los escultores, hizo una estátua de marfil y oro de treinta y nueve pies de altura. El inmenso teatro del Odeon se construyó tomando por modelo la magnífica tienda, desde la cual vió Jerjes la batalla de Salamina. Queriendo estender el dominio de su patria, propuso á los anfictiones un decreto para obligar á todas las ciudades griegas de Europa y Asia á enviar diputados á Atenas, que deliberasen sobre los medios de reparar los males y perjuicios de la guerra anterior y levantar los templos destruidos. Esparta conoció el objeto de esta medida, y la inutilizó manifestando que si se ejecutaba, haria á Atenas capital y soberana de toda la Grecia.

No tardó Pericles en conocer que la tranquilidad esterior incitaria á un pueblo tan inquieto como el ateniense, á ocuparse de su administracion y de su libertad: vió que era menester que peleasen para que se dejasen gobernar, y que debia añadir á la estimacion que ya gozaba, la gloria de sus batallas. La ambicion del pueblo favorecia sus intentos, y así hizo la guerra con felicidad en Tracia, aterró las playas del Pelopeneso, penetró en el Ponto-Euxino y amenazó con sus armas á Ejipto, Sicilia y Cartago.

Poco despues se movió en Grecia una guerra que se llamó *sagrada*. Esparta habia quitado á los fóceos la custodia del templo de Delfos; Pericles se la devolvió. La Eubea se habia rebelado y Pericles la sometió. Esparta, aliada de Megara, invadió el Atica. Pericles consiguió una victoria de los espartanos y firmó con ellos una tregua que debia durar treinta años; pero la ambicion y la animosidad de ambos pueblos no tardaron en quebrantarla y en comenzar la larga y funesta lucha, conocida con el nombre de guerra del Peloponeso.

Todos los aliados de Atenas se quejaban de Pericles y le acusaban de tirano y malversador del tesoro público. El respondia que Atenas no tenia que dar cuenta á nadie de la inversion de las contribuciones, cuando el objeto á que se destinaban se habia logrado completamente. Su elocuencia triunfó de los adversarios y su valor de los enemigos. Cerró con una fuerte muralla el istmo del Quersoneso para defenderle contra las incursiones de los tracios. Bajo su administracion, que pudo decirse reinado, fué Atenas respetada en todas partes, y para aumentar su poder se aprovechó hábilmente de las divisiones de los otros pueblos. Samos y Mileto estaban en guerra. Pericles tomó el partido de los miletos y entró dos veces en Samos, donde restableció el gobierno democrático. Una escuadra fenicia, que quiso oponérsele, fué derrotada y casi destruida.

GUERRA DE CORCIRA.-Una guerra mas dificil de terminar y cuyas consecuencias fueron mas largas y funestas, hubo entre Corcira y Corinto su antigua metrópoli. Los atenienses se declararon en favor de Corcira y pelearon con los de Corinto como aliados de los corcíreos. La ciudad de Potidea, situada

en Macedonia, era entonces una colonia corintia; y los atenienses quisieron que demoliese sus murallas y arrojase á sus majistrados, nombrados por Corinto. Hubo una accion al pie de las murallas de Potidea y quedaron vencedores los atenienses. El sabio Sócrates, que adquirió mucha gloria en este combate, hizo que se adjudicase el premio del valor á su discípulo Alcibiádes, sobrino de Pericles, cuyas azañas presajiaba. Envidiosa Esparta de esta victoria, abrazó el partido de Potidea, y atrajo á su alianza á Perdicas, rey de Macedonia. Encontráronse los dos ejércitos, y los atenienses derrotaron á la infantería macedonia y sitiaron á Potidea. Este suceso aumentó el odio de la mayor parte del los griegos contra Atenas, á la cual acusaban de atribuirse todo el honor de los triunfos comunes, y sobre todo de atacar la independencia de los otros pueblos.

Corinto, que habia declarado ya rota la alianza, envió embajadores á Lacedemonia para invocar la venganza pública contra los atenienses. Deliberóse en el senado de Esparta, y despues en presencia del pueblo, sobre este grande asunto, cuya decision era tan importante para el sosiego y seguridad de la Grecia. Los corintios y sus aliados esponian sus quejas y pedian la guerra. Los diputados de Atenas enumeraban los servicios hechos á la causa comun, y recordaban con orgullo su consagramiento, su ciudad abandonada, destruidas sus murallas y las victorias de Maraton y Salamina. Arquidamo, rey de Esparta, aconsejaba la paz, anunciando las des gracias de una guerra dura y funesta que destrozaria la Grecia y dejaria respirar al enemigo comun. Los emisarios del rey de Persia atizaban la discordia: el orgullo ofendido de Esparta hablaba á favor de la guerra y se determinó á hacerla. Sin embargo, antes de pelear enviaron á Atenas embajadores que ecsijieron pusiese en libertad todas las ciudades griegas que estaban bajo su dominio ó influencia, y particularmente que revocase un decreto en que habia proibido á los de Megara todo comercio con Atenas.

Los ciudadanos mas ricos y prudentes de esta ciudad querian que la república sacrificase algo á la paz, temiendo la ruina de sus propiedades y los males que una guerra intestina iba á causar en Grecia. Pero á pesar de los esfuerzos que hizo el par-

tido de Tucidides, prevaleció el sistema dominador de Pericles. Este lisonjeó la vanidad del pueblo recordándole sus triunfos y presentando un cuadro seductor de sus fuerzas militares y del estado de su hacienda. Entonces tenia la república trescientas galeras, treinta mil soldados y nueve mil seiscientos talentos (112 millones de reales) en el tesoro: las contribuciones de los aliados ascendian cada año á seis millones de reales. Quitó á los ciudadanos el temor de las invasiones enemigas en el Atica: «Este será un »mal pasajero, decia: dejad el »campo al enemigo y defended »solamente la ciudad: vuestras »escuadras y tropas llevarán el »terror á sus ogares y se verán »obligados á llamar sus ejércitos »para defenderse contra los ata- »ques repetidos que la velocidad »de nuestros buques multiplica- »rá en sus costas. Domado el or- »gullo de Esparta, no podrá re- »sistiros y cesará de disputaros »el imperio que debeis tener, y »que tan gloriosamente habeis »merecido por vuestras victo- »rias.»

Asegurado de la disposicion de sus conciudadanos y encargado de responder por ellos, convirtió todos los argumentos que se le hacian contra Lacedemonia, reprendiéndola por haber impuesto á la Grecia un yugo mucho mas duro y menos popular que el de Atenas. Declaró que esta no renunciaria á su autoridad sobre las ciudades que reconocian su imperio, hasta que Esparta diese el ejemplo, dando libertad á los mesenios, ilotas y demás ciudades que jemian bajo su dominio. Ninguno de los dos partidos deseaba sinceramente la libertad de la Grecia. Esparta y Atenas aspiraban á la dominacion; y así los discursos no eran mas que vanas formalidades, y solo la espada debia decidir esta gran cuestion. La guerra se declaró con toda solemnidad. Esta era necesaria al sosiego y ambicion de Pericles; porque sus enemigos trabajaban sin cesar para destruir su poderío; y no atreviéndose á acometerle directamente, principiaron por atacar á sus amigos.

Juicio y muerte de Fidias. — Habia Pericles encargado á Fidias, célebre escultor, que hiciese una estátua de Minerva. Por una lisonja en que consintió Pericles, le habia representado el escultor en el escudo de la Diosa combatiendo con una amazona. No se detuvieron en esta a-

dulacion; pero acusaron al artista de que se habia apropiado parte de la plata y oro que le habia dado el tesoro público para la estátua. Fidias, previendo sin duda la calumnia, habia empleado el oro y la plata con tal destreza, que podian quitarle y pesarle. Hecha la esperiencia, declararon á Fidias inocente: mas no por eso dejaron de ponerle en la cárcel, donde murió envenenado, y cometieron la infámia de hacer que recayese sobre Pericles la sospecha de este delito.

Dermipo, delator de profesion, acusó de impía y liviana á Aspasia de Mileto, famosa cortesana y sofista no menos célebre, presidenta, llamémosla así, de la tertulia de Pericles: dedicábase esta á complacerle, y á seducir para él las mujeres y las hijas de los ciudadanos. Por ella olvidó Pericles los deberes mas sagrados de la naturaleza, llegando hasta repudiar á su mujer por poseerla. Esta mujer, que no se habia avergonzado de abandodar todos los principios de las buenas costumbres, tampoco habia respetado los de la relijion y culto público. Pericles la defendió debiendo su salvacion no tanto á su elocuencia como á haberla presentado sin velo ante los jueces, los cuales quedaron encantados de su belleza. Si tal fué la conducta de Aspasia ¿cómo hay autores que digan que Sócrates habia aprendido de ella la retórica, y que los filósofos mas ilustres y los majistrados mas respetables escuchaban sus lecciones y seguian sus consejos? ¿Qué sabios consejos eran los que podia dar una ramera? La jeneralidad de los escritores convienen en que Aspasia hizo que se emprendiese la guerra de Samos, para vengar á los habitantes de Mileto sus compatriotas: los de Megara habian robado dos doncellas de su comitiva, y ella decidió que era necesario hacerles la guerra; decision digna de una cortesana: de ella se orijinó la guerra de Megara, y de esta la del Peloponeso. Si Pericles no hubiera estado tan ciego por ella, hubiera sospechado que esta Aspasia á quien amaba, esperaba solo la ocasion de poder pasar á los brazos de un hombre de la hez del pueblo, como lo hizo á su muerte. Tal es el carácter de esas mujeres despreciables: las circunstancias descubren la bajeza de su alma, y sus desgraciadas víctimas, despues de haber sacrificado por ellas felicidad, reposo, fortuna y libertad, son pagadas de tantos sacrificios por

la infidelidad, la perfidia, la ingratitud y el odio.

Diófito, otro ocusador público, hizo declarar por ley un decreto pérfido por el cual se mandaba denunciar á todo aquel que so pretesto de filosofia, esplicase los fenómenos de la naturaleza de una manera opuesta á la relijion del pais, es decir, sin la intervencion de las divinidades de la mitolojía griega. En consecuencia de él, Anaxagoras, que fué el primero en establecer por la razon la ecsistencia de Dios, es citado como impío: y conociendo que nada puede la razon contra el fanatismo, se escapó huyendo de los furores del pueblo. Todos los grandes hombres discípulos de este filósofo, fueron acusados del mismo crímen; —pero se trataba entonces de hacerle tiro á Pericles, y se valian de toda suerte de pretestos. Los acusadores le atacaron directamente como dilapidador de la fortuna pública, y se dió un decreto para obligarle á presentar las cuentas. Cuando se preparaba á ello, Alcibiades, jóven aun, dijo un dia: *Mejor seria que no pensase en darlas*; y en efecto libértase de este cuidado por la guerra del Peloponeso, á la cual, segun unos, cesó de oponerse por entonces, ó segun otros, escitó por su interés particular, y es lo mas creible. Plutarco acusa de malignidad á los que le hacen este cargo. Tucídides historiador mas digno de fé, asegura que su íntegra administracion le ponia á cubierto de la calumnia. Pero cuando se reflecsiona sobre el carácter de Pericles, su ambicion, su política y las reconvenciones de sus enemigos, parece imposible el alejar toda sospecha. Es una temeridad, como lo observa Plutarco, profundizar en el corazon de los grandes hombres para darles intenciones que no tuvieron, é interpretar malamente lo que puede juzgarse de un modo favorable. Esta mácsima verdadera la aplica á Pericles, suponiendo que su conducta pasada anunciaba solo el deseo del bien público. Pero en esto se contradice él mismo. Rara vez nos engañamos cuando juzgamos de las acciones por el carácter y los principios de los hombres.

Cuadro literario y artistico de Atenas.—Antes de pasar á la narracion de la guerra del Peloponeso que ocupará algunas páginas de nuestra historia, vamos á hacer un lijero bosquejo de los grandes hombres de aquella época. Atenas ofrecia entonces el contraste mas singular y brillan-

te de locura y sabiduría, de entusiasmo y de ingratitud, de luces y supersticiones, de crueldad y urbanidad, de virtudes públicas y de licencia privada. Veíanse allí sabios políticos, oradores turbulentos, guerreros valientes y jenerosos, plebe insolente y cobarde, esposas modestas y laboriosas, prostitutas llenas de injenio y corruptoras, artistas y poetas célebres destrozados por sofistas y satíricos oscuros y envidiosos, filósofos, en fin, elocuentes y severos, rodeados de una juventud ardiente é inconstante que escuchaba sus lecciones para adornar su espíritu, mas no para grabarlas en su corazon, dominado siempre por la ambicion y el amor de los placeres. En aquella época memorable estaban reunidos todos los elementos de gloria y corrupcion, que anuncian haber llegado los pueblos al colmo de su grandeza, y empezar el primer grado de su decadencia. Los pueblos nacen; tambien los pueblos mueren.

Anaxagoras, maestro, amigo y consejero de Pericles fué uno de los principales personajes que entonces daban lustre á Atenas. Habia renunciado á la fortuna por entregarse á la filosofia. Convencido del dogma de la inmortalidad del alma, y creyendo sometido el universo á las leyes de una intelijencia suprema, miraba el cielo como su verdadera patria, no se curaba de los bienes de la tierra, y murió muy pobre en Lampsaco. Los habitantes de esta ciudad le preguntaron qué deseaba que hiciesen despues de su muerte, y él les pidió *un dia de diversion para los jóvenes*. Pericles, olvidando su amistad entre los cuidados de la ambicion, le habia dejado sin ausilios; pero cuando supo que se acercaba á su fin, le hizo ofrecimientos tardíos: «ya no es tiempo, respondió el filósofo, el que quiera que arda su lámpara, es menester que la eche aceite con tiempo.»

Entonces florecia Pindaro, natural de Tebas y el primero de los poetas líricos. Horacio advierte que es menester ser loco para atreverse á competirle. Sus odas encierran muchos detalles mitolójicos é históricos; pero lo que mas digno de admiracion le hace, es el vuelo de su jenio que penetra en las relaciones de las cosas mas secretas, admirando al lector por la riqueza de sus ideas.

Esquiles (ó Esquilo) poeta y fundador del teatro de Atenas, dió á los actores el vestido largo, el coturno y las máscaras, y esta-

bleció la forma regular á la trajedia antigua. Puso los coros en los entreactos: elojiábase la gravedad de su estilo, muy propio para escitar el terror y la compasion. Antes de representar los héroes los habia imitado, distinguiéndose por su valor en las batallas de Maraton y Salamina. El drama de los *Persas* que Esquiles hizo representar despues de esta última batalla, y que causó un efecto prodijioso en Atenas, es quizá de todas las piezas teatrales la mas curiosa, como monumento histórico: este drama, como todos los suyos, se distingue por lo sublime. Pero se ve que no conocia el interior de la Persia; habla de politeísmo, cuando ninguna relijion era mas opuesta á la idolatría que la de los persas.

Sófocles, natural de Colona, fué rival de Esquiles: se le dió el sobrenombre de *Abeja* por su elocuencia, dulzura, suavidad y armonía; porque es imposible hacer un uso mas noble de la mas bella de todas las lenguas, que lo hace Sófocles, y de reunir de una manera mas admirable, la gracia á la dignidad. Coronado veinte veces, logró el último triunfo teniendo cerca de cien años, y murió de alegría.

Euripides de Salamina, menos atrevido y elevado que los dos anteriores, tenia un estilo mas perfecto, y que jeneralmente agradaba mas. Se comparaba su poesía á la marcha noble y suave de un rio, y la de Sófocles á la carrera de un torrente. Eurípides, filósofo en sus escritos, hablaba á la razon y á los afectos. Muchos atenienses cautivos en Sicilia despues de una espedicion desgraciada, lograron la libertad recitando sus versos.

Aristófanes fué el mas célebre de los poetas cómicos. Su estilo era elegante, su sátira mordaz, y sus donaires groseros. Admira el atrevimiento con que Esquiles, Eurípides, y particularmente Aristófanes hablan de los dioses y de los jefes del estado; semejante lenguaje no se permitiria hoy, ni aun para atacar la reputacion del menor ciudadano. Entonces no se veía en esta licencia sino un pasatiempo inocente; sin embargo el respeto á los dioses y el órden público, padecian. Nada de lo que se roza con la opinion es indiferente en una república, y las diversiones populares ecsijen que las dirija la prudencia de los majistrados.

En las obras de estos poetas dramáticos que hemos mencionado, se encuentran materiales

para la historia griega, respecto á las costumbres y opiniones. Esquiles y Aristófanes sirven para dar á conocer las dos épocas mas memorables. Eurípides, mas elocuente que versado en la historia, no es muy esacto cuando habla de los tiempos heróicos; es mas filósofo que Sófocles, pero menos hombre de estado; piensa mas en escribir para todos los siglos que en pintar el suyo.

Herodoto.—La Grecia tuvo historiadores poco tiempo despues de Solon, pero no nos queda de ellos mas que algunos fragmentos, atribuidos á Helántico y á Hecáteo. Treinta y tres años despues de las victorias sobre los persas (442), Heredoto de Halicarnaso leyó al pueblo de Atenas, reunido para las fiestas de Minerva, los nueve libros de su historia. Al contar las guerras que habian tenido lugar entre la Europa y el Asia, parece haber tenido por objeto dar una idea justa de las constituciones y de la situacion de los diferentes pueblos de que habla, y de inspirar á los atenienses una útil admiracion por las cosas grandes. Aunque todavia jóven, pues tenia treinta y ocho años, habia visitado ya las fronteras de Etiopia y Babilonia, y las colonias jónicas le habian proporcionado noticias sobre el pais de los scitas. Escribió en dialecto jónico la historia de los griegos, de los persas y de los ejipcios. Al hablar de la Grecia, demuestra tanta erudicion como amor á su patria, pero este amor le ha inclinado á veces á ecsajerar sus cuadros; y como demasiado admirador de los poetas, ha mezclado muchas veces las fábulas con la verdad histórica. No somos nosotros tan contrarios á Herodoto que digamos carece de mérito; echámosle únicamente en cara su demasiada credulidad á veces; pero á los ojos de los conocedores, será siempre un gran maestro en el arte de escribir la historia. Sigue el hilo de los acontecimientos, cosa mucho mas dificil que atenerse al órden cronolójico. Pinta las costumbres de una manera admirable, la dulzura de su alma se comunica á la del lector, y la armonía de su lengua supera á toda espresion. Fué superior á sus rivales por una sencillez llena de nobleza é interés; y la combinacion hábil de su plan encanta por su conformidad con la naturaleza de las cosas, lo mismo que por su variedad. Herodoto, despojado de una por-

cion de lunares que afectan sus escritos, pues son la obra de una credulidad á veces pueril, hubiera sido el príncipe de la historia.

Tucídides.—Interin Herodoto estaba leyendo su historia delante del pueblo de Atenas, vió un jóven que derramaba algunas lágrimas afectado con su lectura; llamáronle sus facciones la atencion, y aconsejó á su padre lo educase para las ciencias. Este jóven era Tucídides, hijo de Oloro. Escribiendo la historia del bello siglo de Atenas, desde la última batalla de los persas hasta el año vijésimo segundo de la guerra del Peloponeso, Tucídides descubrió un jenio tan profundo, un conocimiento tal de los hombres y las constituciones, y al mismo tiempo una elocuencia tan varonil y majestuosa, que muchos lectores le prefieren á todos los demás historiadores, ó por lo menos lo colocan al lado de los mas célebres; como orador, rivaliza con Demóstenes. Su predecesor Herotodo agrada mas quizá por lo natural y la gracia de su estilo: Tucídides admira por su sábia composicion y por su modo mas lato. Comparándolo con Tácito, se ve que escribe la historia como hombre de estado, y el historiador romano como sabio y estóico. Tucídides, que no se manifestó popular en su vida política, quiso serlo en sus escritos. Deseando que sus obras se meditasen, trabajaba para el corto número de los que piensan, y no buscaba los aplausos de la multitud. A menudo no hace mas que indicar lo que otros se hubieran complacido en esplanar; algunas veces tiene dureza y oscuridad, pero los esfuerzos que se hacen para penetrar en el fondo de su pensamiento, no quedan sin recompensa. Cuando se lee á Tucídides es menester recordar algunas veces que estaba ligado á la familia de los Pisistratidas, arrojados de Atenas en otro tiempo; que no gustaba de la democrácia, y que tenia por qué quejarse del pueblo ateniense. Su disposicion natural le llevaba además á mirar las cosas por el lado mas molesto;—por desgracia parece haberse engañado rara vez.

Estuvo desterrado veinte años, y á su destierro debemos la historia de la guerra del Peloponeso, escrita en el dialecto ático, la cual, segun la opinion mas comun, fué concluida por Teopompo y Jenofonte.

Jenofonte, el amable amigo

de Sócrates, tomando el hilo de los acontecimientos en la batalla de las Arjinusas en que Tucídides habia quedado, continuó inmortalizando la historia de los griegos, y conduciéndola hasta la batalla de Mantinea. Tiénese de él una vida de Ajesilao, rey de Esparta, y un cuadro de las constituciones de Lacedemonia y de Atenas. La bella descricion de la retirada de los diez mil griegos que socorrieron á Ciro el jóven contra su hermano Artajerjes, pasa comunmente por haberla redactado él (1).

Jenofonte escribe con tanta gracia como Heredoto y con mas sencillez todavia; su único adorno es un sentimiento moral lleno de delicadeza, que se hace sentir por todas partes. La claridad es el carácter distintivo de sus discursos; su compasion, y su amor á la justicia, le hacen de tal modo amable, que se le perdona con gusto el que ponga muchas veces su propia filosofía en boca de guerreros bárbaros é ignorantes. Terminó su historia de Grecia en una edad muy avanzada, y esta es la causa quizá de las lijeras imperfecciones que se notan en algunos pasajes; el capítulo de la batalla de Leuctres entre otros, no da los detalles que son de desear. La acojida que tuvo Jenofonte en Lacedemonia, cuando los demagogos turbulentos lo arrojáran de su patria, le hizo amar esta república, que tanta predileccion mereció á los filósofos. Conócese que refiere contra su voluntad las victorias de los tebanos sobre los lacedemonios; y no hay que admirarse de esto, si es cierto que el dardo que hirió mortalmente á Epaminondas, salió de la mano de su hijo Grilo. Jenofonte es un modelo inimitable; pocos lectores aprecian todo el mérito de su admirable sencillez. Los dos siglos que separan á Jenofonte de Polibio, han producido muchos historiadores cuyas obras no ecsisten. A pesar de los ausilios de una rica biblioteca que estaba abierta para ellos, y de las recompensas que les prodigaban Alejandro y los Ptolemeos, fueron inferiores con mucho, segun toda apariencia, á los tres escritores que acabamos de caracterizar. Herodoto, Tucídides y Jenofonte, viviendo en el seno de la turbulenta república de Atenas y en medio de un pueblo ingrato para ellos, se elevaron á la altura

(1) Algunos autores la atribuyen á Timasíjenes de Siracusa.

en que los vemos, animados por el fuego santo de libertad, y aun por los ostáculos que redoblan el vuelo del jenio cuando no son de la naturaleza de los que abaten el alma. No ambicionaban ni la aprobacion de un protector, ni el triunfo del momento; su objeto era formar el público, y á esto deben el tener todavia lectores apasionados.

Cuando hablemos en otro paraje de esta obra, de varios oradores griegos, haremos tambien mencion de Isócrates, el primero que introdujo la cadencia de la armonía en la prosa, encontrándole algunos mas propio para cautivar el oido que convencer el alma. Plutarco le acusa de arreglar las palabras mejor que los asuntos. Nicocles, rey de Chipre, le colmó de bienes. Contrajo amistad imprudentemente con Filipo, rey de Macedonia; no penetró que su ambicion se dirijia á subyugar la Grecia, y murió de pesar despues de la batalla de Queronea.

Fidias se inmortalizó por sus obras. La estátua de Minerva fué causa de su gloria y de sus infortunios. Su Júpiter olímpico, de sesenta pies de alto, fué una de las siete maravillas del mundo. Sobresalió tambien en la pintura.

Miron adquirió mucha gloria igualmente como escultor; la Vaca de cobre fué su obra maestra.

Zeuxis, pintor famoso, se distinguía, dicen, por la vivacidad de su colorido; añadiendo que los pájaros venian á picar las uvas de sus cuadros.

Parrasio, pintor de Efeso, dicen que engañó al mismo Zeuxis con una cortina tan bien pintatada, que Zeuxis le dijo que la descorriese para ver el cuadro. Nosotros creemos que estas son unas de las muchas ecsajeraciones de la historia. El mismo Plinio confiesa que los griegos empleaban en la pintura cuatro colores solamente. ¿Qué hubiera dicho Plinio si hubiera visto cuadros de Rafael y de Murillo? En otro paraje nos estenderemos mas sobre esta materia.

Timanto de Sicion era célebre por la filosofia de sus composiciones. En el cuadro que representaba el sacrificio de Ifijenia, conociendo cuán imposible es al jénio imitar el dolor de un padre que ve inmolar á su hija, pintó á Agamenon cubriéndose la cabeza con el manto.

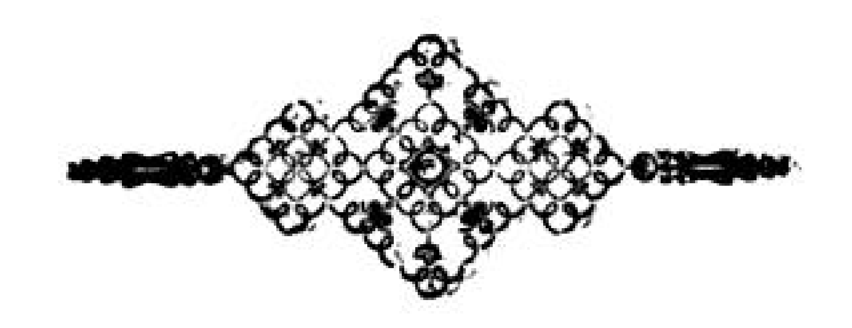
Al mismo tiempo Empedocles de Agrijento gozaba en su patria de grande autoridad, y en toda la Grecia de una merecida esti-

macion. En los juegos olímpicos se cantaban sus versos sobre las obligaciones del ciudadano. Cuéntase que deseando ser tenido por un dios, desapareció de la vista de sus conciudadanos, precipitándose en el volcan del Etna; pero Aristóteles niega este hecho, y dice que murió tranquilamente en el Peloponeso. Era de la secta de Pitágoras, que habia pasado á la Italia 600 años antes de Cristo.

Pitagoras, natural de Sámos, era hijo de un escultor: su fuerza física se igualaba al vigor de su ánimo, y en su juventud siguió la profesion de atleta. Las lecciones de Ferécides sobre la inmortalidad del alma lo inclinaron á la filosofía. Dejó sus bienes y su familia para consagrarse al estudio de la naturaleza y de los hombres: viajó por Ejipto y Asia; volvió á Sámos que abandonó muy pronto por no someterse á la tiranía de Polícrates, y se fijó en la magna Grecia, ó sea en aquella parte de Italia poblada de colonias griegas, morando ya en Tarento, ya en Crotona. Su secta se llamó *Itálica*. Tuvo cuatrocientos ó quinientos discípulos que sufrian un noviciado de dos á cinco años, durante el cual se les obligaba á un silencio absoluto. Su elocuencia era persuasiva, y muy severas sus costumbres. Pacificó los pueblos de Italia y reformó las costumbres en muchas ciudades. Los majistrados escuchaban y seguian sus consejos con veneracion. Cuéntase de él que estuvo encerrado mucho tiempo en una caverna, y que hizo creer al pueblo que habia estado en los infiernos. Proibia á sus discípulos comer habas, porque con estas se contaban los votos que condenaban á muerte á un individuo.

Zéleuco y Carondas, famosos lejisladores, fueron sus discípulos principales. Pitágoras era muy sabio, relativamente á su siglo, en las matemáticas, y halló la propiedad del cuadrado de la hipotenusa: y en accion de gracias de este descubrimiento, hizo una hecatombe (sacrificio de cien bueyes) á los dioses. Atribúyesele el sistema de la metempsícosis ó transmigracion de las almas, y decia que se acordaba de haber sido aquel mismo Euforbo, al cual hirió Menelao en la guerra de Troya. El abate Barthelemy cree que Pitágoras no admitió este sistema sino como una imájen simbólica de las reproducciones y metamórfosis de los tres reinos de la naturaleza. Segun él, el alma del hombre era una intelijencia emanada de la intelijencia

suprema, á la cual volvia á unirse cuando se separaba del cuerpo. La armonía del universo le parecia un resultado de la proporcion de sus partes, y por eso daba mucha importancia al conocimiento de los números, que en su opinion era la ciencia del Ser supremo, y el medio principal de que se habia valido para crear y conservar sus obras. Decia que solo debia hacerse la guerra á cinco cosas: á las enfermedades del cuerpo, á la ignorancia del entendimiento, á las pasiones del corazon, á las sediciones de las ciudades y á la discordia de las familias. Presentaba su moral bajo el velo de las alegorías: por ejemplo, para aconsejar una actividad contínua, decia *no mateis nunca el gallo*: para reprobar los votos y juramentos temerarios: *no os pongais en el dedo una sortija que os apriete*: y para impedir que se irrite á un hombre ya enojado, *no atizeis el fuego con la espada*. Se cree que murió con tranquilidad en Metaponto, á la edad de noventa años. Despues de su muerte fué venerado como un dios. Sus discípulos tenian tanta fé en sus palabras, que solo respondian á los que disputaban con ellos: *el maestro lo dijo*. Los griegos le atribuyeron muchas fábulas como á todos los grandes hombres: cuentan que se presentó en los juegos olímpicos con un muslo de oro; que tenia secretos májicos; que adivinaba lo futuro; que estuvo en un mismo dia y á la misma hora en Crotona y en Metaponto.



CAPITULO VI.

GUERRA DEL PELOPONESO.

Armamento de la Grecia por la libertad. — Principio de las ostilidades. — Peste de Atenas. — Toma de Potidea. — Muerte de Pericles. — Sitio de Platea. — Cleonte : su carácter. — Combate de Sfacteria. — Nicias : su carácter.

ARMAMENTO DE LA GRECIA POR LA LIBERTAD.—Rica en talentos, ciencias, artes y grandes hombres, hubiera podido la Grecia gozar pacíficamente de su esplendor y ser por su urbanidad el centro del mundo civilizado; pero despreciando el imperio de las luces, el mas agradable en su adquisicion y el mas fácil de conservar, siguió la ambicion de las armas y el poder; y mas peligrosa que los persas, rompió la alianza que habia resistido al Asia, y preparó la ruina de los pueblos que se entregaron á sus ilusiones. Ninguna guerra se declaró jamás que debiese anunciar mas pasiones y desastres. El amor de la libertad habia armado á toda la Grecia contra el llamado gran rey, y la necesidad de oponer el heroismo al número, ó de vencer ó morir bajo la masa inmensa de los persas, habia electrizado á todas las almas. Despues de la victoria, la recíproca envidia de las ciudades alimentó el fuego de la discordia que habia podido apagarse durante una larga paz. El espíritu guerrero se sostuvo y cambió únicamente de direccion. No combatieron ya por la independencia sino por la dominacion: segun algunos (1) era mas bien una lucha de principios entre los dos sistemas de gobierno que entonces tenian dividida la Grecia. Atenas, donde imperaba la democrácia, habia tratado de establecerla en las ciudades de su de-

(1) GUAY, *Curso de Historia.*

pendencia; Esparta al contrario, establecia y mantenia en todas partes el réjimen aristocrático: de manera, que la aristocrácia y la democrácia, bajo los nombres de partido ateniense y partido lacedemonio, se hacian frente uno á otro; y toda la Grecia armada y alistada bajo las banderas rivales de estas dos repúblicas, no aguardaba para destruirse recíprocamente mas que la señal del combate.

Lacedemonia, que se presentaba como la libertadora de la Grecia oprimida por los atenienses, tenia de su parte todo el Peloponeso escepto á los arjivos y á los aqueos, y luego en la Grecia propia los fóceos, los lócrios, los megarenses, los pueblos de Ambracia, de Leucades, de Anactorio, y toda la Beocia, escepto Platea.—Atenas como potencia marítima dominante en las islas y las costas, contaba con las ciudades griegas del Asia, las de Tracia y del Helesponto, casi toda la Arcanania, Naupacta y todos los estados insulares, á escepcion de Melos y Tera. Solo Tebas podia competir con aquellos dos rivales; sufria impaciente su supremacía, y no tardó en elevarse al grado de potencia de primer órden.

La fuerza principal de Atenas consistia en una escuadra de trescientos bajeles. Esparta podia armar ocho mil hombres, seguido cada uno de muchos ilotas armados que solo peleaban en el caso de una estrema necesidad. En toda la Grecia estaban obligados los ciudadanos al servicio militar desde la edad de treinta años hasta sesenta. La infantería pesada llevaba escudos grandes, lanzas, dardos y sables: la infantería lijera peleaba con arco y honda; y ambas estaban divididas en cuerpos de quinientos hombres y subdividido cada cuerpo en cuatro compañías. Los ejércitos griegos tenian poca caballería; y no servian en esta arma sino los ciudadanos ricos.

La marina consistia en buques de carga, que navegaban á la vela, y en buques de guerra ó galeras que andaban al remo. Estas galeras se llamaban *biremes, triremes, quinqueremes*, segun el número de sus órdenes de remos. Los remeros estaban colocados oblícuamente segun el órden á que pertenecian. Llamábase *espolon* una viga armada de una punta de hierro y colocada en la proa para herir y destrozar los bajeles del enemigo. Los marineros, bogadores y soldados recibian de paga un real cada dia: la del piloto era mayor. Los ar-

madores de estos buques eran los ciudadanos mas ricos; pues Demóstenes propuso y luego se dió por órden, que todo ciudadano cuyo caudal ascendiese á diez talentos, armase una galera. El que la mandaba se llamaba *trierarca*.

Principio de las ostilidades. —Era natural creer que en esta guerra serian Atenas y Esparta las primeras en empeñar la lucha: anticipáronse sin embargo los tebanos, que dieron principio á las ostilidades sorprendiendo á Platea, donde á favor de la oscuridad se introdujeron trescientos hombres, aunque no se aprovecharon de esta primera ventaja, creyendo que debian aguardar en la plaza pública á que fuese de dia para obrar con mayor acierto. Los plateos entretanto, habiéndose fortificado en varios puntos, apenas amaneció, favorecidos por una tempestad violenta se arrojaron sobre los tebanos, los cuales turbados por este ataque repentino, dejaron muertos en la plaza una tercera parte de los suyos. Los que lograron escaparse se retiraron precipitadamente á una torre contigua á las murallas, donde aguardaron el cuerpo del ejército que debia sostener su movimiento.

Detenido entretanto este cuerpo por una inundacion repentina del Ásopo, los plateos cercaron á los tebanos que se habian retirado á esta torre, y propusieron á los que estaban acampados en la orilla opuesta del Asopo, que rescatasen las vidas de sus conciudadanos prisioneros, evacuando al punto el territorio de Platea; pero habiendo acuchillado en el intervalo de la negociacion á estos mismos prisioneros en número de ciento ochenta, y privádose con esta barbaridad de toda especie de reconciliacion con Tebas, enviaron sus mujeres y sus hijos á las islas tributarias, fortificaron la ciudad, y habiendo recibido un refuerzo de tropas atenienses, resolvieron hacer frente á todas las calamidades de la guerra.

Esta sorpresa de los tebanos y la sangrienta represalia de los plateos, trajeron en pos de sí el alzamiento jeneral de la Grecia. Todos los pueblos corren á las armas; ambos partidos procuraban ganar nuevos aliados; los lacedemonios solicitan el ausilio de la Persia y de la Macedonia; Atenas acrecienta su poder con la amistad de los tracios y de los tésalos, y cruzan sus escuadras por las aguas de los isleños sus

aliados, para asegurarse de su obediencia.

En fin, atraviesa Arquidamo, rey de Lacedemonia, el istmo de Corinto al frente de sesenta mil hombres, á los cuales creyó deber recordar la justicia de su causa del siguiente modo: «Varones del Peloponeso: pensad »que toda la Grecia os ha con»fiado sus intereses; pensad que »vais á pelear con un enemigo »no solo inferior en número, »sino tambien debilitado con la »conciencia de su propia injus»ticia: marchad, pues, contra »los atenienses con la confianza »que inspira una buena causa, »pero al mismo tiempo con la »prudencia que conviene contra »un adversario insidioso (1).» Su ejército respondió con gritos de alegria, dando principio con este júbilo insensato á una guerra que debia acabar con la ruina de la Grecia.

Pericles por su parte, se preparaba por medio de un sistema hábilmente combinado, á hacer frente con un corto número de los suyos á esta nube de combatientes. Su plan era dejar que el enemigo se debilitase en el Atica sin pelear. Ecsortó á los habitantes del campo á que se refujiasen con sus efectos mas preciosos al abrigo de las fortificaciones de Atenas, sin ocuparse en defender sus propiedades contra un enemigo superior en número. En efecto, Atenas solo contaba con trece mil soldados pesadamente armados, y dieziseis mil habitantes en estado de defender la ciudad, mil seiscientos flecheros, y mil doscientos caballos.

Pero el recurso principal en que fundaba, con razon, la esperanza de la victoria era la escuadra, compuesta, como hemos dicho, de trescientas galeras bien tripuladas, con la cual se proponia talar las costas del Peloponeso en la ausencia del ejército, y ecsijir contribuciones capaces de cubrir los gastos de la guerra. «Atenienses, dijo al »pueblo: si el enemigo al talar »el Atica pareciese respetar mis »propiedades mas que las vues»tras, ved solo en esto un artifi»cio para disminuir la confianza »que en mí teneis. Pero para e»vitar de un modo mas seguro »el efecto de este artificio, des»de hoy renuncio á mis bienes y »los cedo al estado de quien los »recibieron mis antepasados.»

Constante sin embargo Arquidamo en sus miras pacíficas,

(1) Tucyd. *de bello peloponnesiaco, lib. II.*

aun en el momento de empezar la guerra, quiso probar por segunda vez el medio de las negociaciones; pero los atenienses no quisieron escuchar al enviado, á quien mandaron salir al punto del territorio de la república. Entonces Arquidamo, continuando su marcha, fué con una parte de sus fuerzas á sitiar á OEnoe, plaza fronteriza del Atica, y se adelantó con la otra hasta la aldea de Acárnes, situada á ocho millas de Atenas (431 años antes de Cristo).

Retiráronse á su llegada los habitantes de esta poblacion para encerrarse en la ciudad, donde el mayor número no halló asilo sino en los templos, los sepulcros, y las torres de las murallas. En tanto los atenienses, llenos de indignacion al ver sus mieses abrasadas, clamaban contra Pericles, diciendo que tenia su valor encadenado, sufriendo los insultos de los contrarios, que los tachaban de cobardes. Menester hubo Pericles de toda su elocuencia para apaciguar los alborotos y contener la indignacion del pueblo. Sin hacer caso de los ultrajes del enemigo, continuó tranquilamente su plan, pasó con la escuadra á las costas de la Laconia, taló el territorio de Esparta, y obligó á los lacedemonios, segun habia predicho, á retirarse del Atica. En esta espedicion sobrevino un eclipse de sol que espantó á los marineros. Consternado el piloto de Pericles iba á soltar el timon: este para disipar su espanto y esplicarle el fenómeno, le puso el manto sobre los ojos, diciéndole que la luna interpuesta del mismo modo entre nosotros y el sol, nos impedia ver su luz.

Libres los atenienses de sus enemigos, mandaron que en lo sucesivo tendrian siempre de reserva cien bajeles y cien talentos, y proibieron bajo pena de muerte hacer uso de ellos, sino en el caso de una nueva invasion. Estos primeros sucesos granjearon á Atenas nuevos aliados: los reyes de Tracia y Macedonia concluyeron un tratado con la república; y la escuadra se apoderó de Cefalonia y Nisa, sus tropas desembarcaron y talaron el territorio de Megara.

Tales fueron los acontecimientos de la primer campaña. Se hicieron grandes onores á los guerreros que habian muerto en ella, cubrieron de flores sus huesos reunidos en una tienda, y se trasladaron despues á un monumento erijido en el Cerámico para conservarlos. Peri-

cles, encargado de pronunciar su elojio fúnebre y de celebrar la gloria de la república, cumplió este deber con una elocuencia llena de dignidad, y que tuvo el efecto de mantener vivo el entusiasmo de los atenienses. Tucídides nos ha transmitido el elojio fúnebre.

Peste de Atenas.—En la primavera siguiente volvieron á presentarse los enemigos en el Atica, donde ejercia sus estragos un azote aun mas temible que la guerra: en efecto, Atenas se veía asolada por una peste la mas destructora de que habla la historia, venida, segun dicen, de la Etiopia, y que despues de haber cruzado la Libia, el Ejipto y la Persia, se habia introducido en Atenas. Era tan maligna esta enfermedad, que se burlaba del arte; nadie podia oponerse á sus ataques; nada preservaba ó curaba de ella, y la descricion de este mal hecha por Tucídides sin ecsajeracion, parece no ostante corresponder mas bien á la poesía que á la historia.

Esta enfermedad atacaba sucesivamente todos los órganos con síntomas espantosos, y sus rápidos progresos terminaban casi siempre en la muerte. El ánimo quedaba sin fuerzas desde el principio de la enfermedad; pero las del cuerpo parecia que se redoblaban para sentir con mas viveza el dolor. Los enfermos, atormentados con violentas y contínuas convulsiones, daban gritos lamentables. Las úlceras de sus cuerpos y el color ensangrentado de sus ojos inspiraban orror. Un dolor cruel despedazaba sus entrañas; el olor fétido de su boca alejaba los socorros que pedia; se arrastraban jimiendo por las calles, y se arrojaban á los pozos y rios para mitigar la sed que los devoraba. Al principio el amor y la amistad se consagraron á salvar las víctimas; pero la muerte que pagaba en breve estos sacrificios, los hizo mas raros: el terror fué el sentimiento esclusivo y rompió los vínculos mas fuertes y dulces de la naturaleza. La enfermedad formó un desierto alrededor de los que atacaba, y la mayor parte murieron en el seno de su patria en el mas espantoso abandono.

El miedo no solo estinguió la piedad, sino corrompió las costumbres: viendo descender igualmente á la tumba el vicio y la virtud, y considerando la brevedad y flaqueza de la vida humana, concluyeron que debian emplear sus cortos momentos en el delirio de los placeres. El céle-

bre Hipócrates, cuyos preceptos siguen todavia los médicos modernos, y que no ha tenido hasta aora superior en su arte, estaba entonces en Cos: reusó ir á asistir al rey de Persia por socorrer á los enfermos de su pais, y fué á Atenas, donde se le miró como un dios. Luchando incesantemente contra la peste, esponia intrépidamente su vida por arrancar al sepulcro algunas víctimas. Además de agotar todos los recursos que el arte ofrecia entonces, procuró algun alivio á la ciudad, purificando el aire por medio de grandes ogueras que mandó encender en las calles. El pueblo ateniense le concedió el derecho de ciudadano y una corona de oro de cinco mil libras, y mandó que fuese mantenido á costa del Pritáneo. No abandonó el Atica hasta que la peste cesó por segunda vez.

Pareció ceder el contajio al cabo de dos años de mortandad; pero en el intervalo, el Atica se vió asolada por los enemigos, y este desgraciado pais parecia pasar de los estragos de la peste á la miseria que trae consigo la guerra.

El saqueo del Atica, las pérdidas de la guerra y la despoblacion espantosa aumentada por el contajío, habian disipado las ilusiones de los ciudadanos mas ambiciosos: el pueblo echaba de menos las dulzuras de la paz y acusaba á Pericles de haberla roto. Enviaron embajadores á Esparta pidiéndola á cualquier precio; pero aquella república no quiso dar oidos á sus ruegos. Entonces los clamores del pueblo se levantaron contra Pericles, culpándolo como único autor de la miseria jeneral, y en consecuencia fué despojado de la autoridad y sentenciado á una multa. Todo se reunió entonces para hacerlo infeliz: su hijo Jántipo, á quien amaba á pesar de sus vicios y de su ingratitud, pues le acusó de que tenia comercio con su nuera, murió de la peste, así como la mayor parte de sus amigos, quedando sin consuelo contra la injusticia del pueblo.

Toma de Potidea.—No tardaron en conocerla los atenienses, pues atacados de nuevo por sus enemigos, le echaron de menos, y así reconvenidos por Alcibiades le restituyeron con entusiasmo la autoridad que con tanta lijereza le habian quitado. Perdonósela Pericles, y volvió á encargarse del mando á instancias suyas; tal era el carácter de los atenienses. La toma de Potidea

coronó las armas de Atenas, pues redujeron á sus habitantes al estremo de mantenerse de carne humana; pero los lacedemonios atacaron á Platea, que se distinguió por una defensa digna de su reputacion. En este sitio se observaron los progresos de los griegos en el arte militar: los sitiadores y sitiados mostraron mucha habilidad en el ataque y resistencia, y emplearon máquinas desconocidas hasta entonces. Los atenienses acometieron á Calcis, capital de la Eubea; pero fueron rechazados y perseguidos hasta las murallas de Atenas. Esparta y sus aliados deseando preservar el Peloponeso de los estragos que anualmente causaban en él las fuerzas marítimas de Atenas, formaron una escuadra de cuarenta y seis bajeles. Formion, comandante de la de Atenas, la derrotó y le cojió 12 naves. Esta victoria fué la última de la administracion de Pericles.

Muerte de Pericles. —Este grande hombre murió, segun Plutarco, acometido de la peste en el tercer año de la guerra (429 antes de Cristo), y segun otros de tísis. En los últimos años de su vida fué desgraciado: el contajio le quitó su familia y amigos: víctima de la ingratitud del pueblo, al cual habia consagrado su ecsistencia, se vió depuesto y condenado á una multa. El arrepentimiento tardío de aquella inconstante república, aunque le hizo perdonar la injusticia de sus conciudadanos, no le restituyó su antigua confianza ni sus primeras ilusiones. Estaba á punto de ecsalar el postrer aliento y casi no daba ya ninguna señal de vida, cuando los principales atenienses reunidos alrededor de su lecho, desaogaban su dolor refiriendo sus azañas, y enumerando sus trofeos. «Esas azañas, interrumpió »Pericles, de quien creian no »podian ya ser oidos, son obra »de la fortuna, y además son co»munes á otros muchos; el testo »mas hermoso de mi elojio en »que no pensais, y sin embargo »el único de que me creo digno, »es que jamás hice vestir luto á »ningun ciudadano.» Estas fueron sus últimas palabras.

Puesto en el borde del sepulcro no veía el esplendor de las azañas, sino el de las acciones virtuosas. Cuarenta años habia gobernado al mas inconstante de los pueblos, y Atenas floreció mientras siguió su consejo. En Pericles habia reunido la naturaleza cuantas prendas son necesarias para constituir un hom-

bre de estado en grado eminente. Hábil en todas las partes de la guerra y de la administracion, elocuente hasta hacer decir despues á Ciceron que podia tomarse por modelo, afable, protector ilustrado de las artes y de los artistas, parece que nada faltaba á su gloria sino una mas justa prevision de lo futuro, que tal vez sacrificó á lo presente. En efecto, envileciendo al Areópago y las demás autoridades principales de la república para robustecer su poder, rompió el resorte del gobierno, cuya forma destruyó tambien mudando en un réjimen tumultuario la democrácia de Atenas. El mal fué imperceptible mientras él tuvo las riendas del estado y pudo comunicar á la máquina política la fuerza de su injenio; pero cuando faltó se echaron de ver los vicios de una república en la que podia dominar cualquier orador capaz de seducir á la plebe, que siempre gobierna caprichosamente desde el momento en que no conoce autoridad que pueda refrenar sus pasiones.

Tampoco convenimos nosotros en que sea verdad lo que dice en sus últimas palabras, afirmando que nunca hizo vestir luto á ninguno de sus conciudadanos. Sin duda contaba por nada la muerte lenta de los que oponiéndose á sus proyectos, ó negándose á recibir su yugo, desterrados, arruinados ó fujitivos habian muerto de miseria, tristeza y desesperacion, y nadie se habia atrevido á ponerse luto por ellos.

Seamos algo induljentes. No nos paremos en las llagas mortales que dicen algunos autores, hizo á su patria, ni en que Plutarco alabe su virtud despues de haberlo pintado como el corruptor de las costumbres públicas. Graduemos su mérito solamente. Sobrada injusticia seria, sin embargo, imputar á Pericles los desastres de la guerra del Peloponeso. Sus efectos debian ser crueles porque el odio se habia envenenado con las ostilidades. La guerra entre republicanos tiene un carácter singular de encarnizamiento. Las monarquías, como observa el abate Mably, pueden olvidar las injurias que han recibido, porque el príncipe da su carácter á su nacion y puede no ser vengativo, ambicioso ni envidioso. Pero en repúblicas como las de Grecia, en que la multitud gobierna ¿qué majistrado podia resistir al torrente de la opinion pública y

darla distinto jiro? Los griegos no debian ya tener otra política que la de sus pasiones. Además, si los atenienses, conforme al plan de este hombre célebre, hubiesen continuado esta guerra, haciéndola ofensiva por mar, y ciñéndose á la defensiva por tierra; si renunciando á toda idea de conquistas no hubiesen aventurado la salvacion del estado con empresas temerarias, como veremos mas adelante, hubierán triunfado al fin de sus enemigos, porque parcialmente les causaban mas daño del que ellos recibian, porque la liga de que eran jefes les estaba enteramente subordinada, mientras que la del Peloponeso, compuesta de naciones independientes, podia disolverse por el menor motivo. Estos pueblos ignoraban tambien el arte de atacar las plazas, como lo probó el mal écsito de su tentativa contra OEnoe; en tanto que los atenienses se habian apoderado de Potidea, aunque emplearon dos años y medio en este sitio.

Mientras Pericles vivió, supo como jefe hábil, gobernar con mano firme y contener el desórden naciente. Salido de una de las primeras familias de la ciudad, formado por los preceptos de una filosofía sublime, y dotado de una elocuencia llena de enerjía, deudora mas bien á la elevacion de su alma que á sus modelos, ocupó por tanto tiempo las principales dignidades del Estado, y presidió la asamblea del pueblo con tanto suceso, que su vida merece meditarse por los republicanos que se consagran á los empleos. Echanle en cara de haber prodigado muchas veces el dinero de la república para comprar los sufrajios; pero desgraciadamente se encontraba en una situacion en que el bien público necesitaba ser administrado por medios semejantes. Durante su administracion la democrácia fué menos opresora para los aliados, que lo habia sido antes de él. Atenas llegó á la cima del poder y las riquezas, é inspiró mas respeto que temor, porque Pericles queria mejor ganar los corazones de los griegos, que someterlos por la fuerza. La austeridad de su esterior, sus virtudes, y la dignidad con que hablaba en público, hacian la base del imperio que ejercia sobre los atenienses. Sin dejarse jamás dominar por el pueblo, ni adularle nunca, sabia reanimar su valor en la adversidad, y hacerle que se avergonzase de sus injusticias cuando la prosperidad lo hacia insolente.

Sitio de Platea.—Uno de los hechos mas notables de esta guerra, y de los mas memorables de la antigüedad fué el sitio de Platea. Los lacedemonios empezaron la tercera campaña en el Atica con el sitio de esta plaza, cercándola con una azotea capaz de sostener sus máquinas y de dominar la ciudad. En consecuencia los sitiados levantaron tambien sus murallas; pero conociendo que eran insuficientes edificaron enmedio de la ciudad una ciudadela donde pudieran refujiarse en el caso de que las murallas fuesen derribadas. Luego que las máquinas de los sitiadores estuvieron preparadas, principiaron á batir á los sitiados, quienes recurrieron á cuanto puede idear el arte y las circunstancias apuradas, á fin de paralizar su efecto. Viendo los sitiadores la inutilidad de su esfuerzo para tomar á Platea á viva fuerza, renunciaron al proyecto, y transformaron el sitio en bloqueo. A este efecto, cercaron la ciudad de altos muros y fosos profundos, y concluidas estas obras al cabo de un año, confiaron su custodia á los beocios, y el resto del ejército espartano regresó á Esparta. Los plateos se vieron cercados con espanto, de este doble recinto, sin esperanzas de socorro, y reducidos á cuatrocientos ciudadanos, ochenta atenienses, y ciento diez mujeres encargadas de los ranchos; el resto de la poblacion, así libre como esclava, habia sido trasladada á Atenas antes del sitio. Careciendo de víveres y perdida la esperanza de ausilio, se decidieron á abrirse paso por entre la tropa enemiga. La mitad de ellos no accedieron á empresa tan temeraria; pero la otra, mas osada logró escaparse del siguiente modo. Habiendo medido la altura de la muralla, con que los cercaban los sitiadores contando las ileras de ladrillos que la formaban, prepararon escalas de suficiente lonjitud, y se aventuraron á emprender la fuga en una noche oscura durante una violenta tempestad, propia para favorecer su arriesgado proyecto. Atraviesan sin ruido el primer foso, llegan al pie de la muralla, y arrimando sus escalas al intervalo de las torres en los sitios donde no habia guardia, parte de ellos suben, se apoderan de una torre inmediata y degüellan á su guarnicion. Alcanzando este triunfo primero, atraviesan el foso esterior sin ser atacados aunque no sin ser descubiertos; porque al subir uno de ellos á la muralla habia

dejado caer una piedra, cuyo ruido esparció la alarma entre los sitiadores. Corren á las armas, pero vagan por todas partes enmedio de la oscuridad; acuden algunos con antorchas; pero esta claridad acaba de favorecer la fuga de los plateos que continuaron la empresa, viendo claramente al enemigo sin ser ellos descubiertos.

Llegado que hubieron á campo libre, se dirijieron á Tebas primeramente, presumiendo con razon que los lacedemonios no pensarian en perseguirlos por el camino de una ciudad enemiga. Pero al cabo de algunos estadios de marcha en aquella direccion, se dirijieron ácia los montes, tomando el camino de Atenas, adonde llegaron en número de doscientos. Los demás, poseidos de temor, entraron en la ciudad á escepcion de un flechero que fué cojido en el foso. Enviaron á pedir los cuerpos de sus compatriotas, suponiendo que habian perecido, pues no podian creer que hubiesen logrado fugarse enmedio de tantos ostáculos; pero sabedores de lo que ocurrido habia, sintieron con mas motivo su falta de resolucion. Faltos entonces de víveres, y no pudiendo prolongar su resistencia, consintieron en rendirse con la condicion de que su suerte se decidiese en juicio. Para cumplir con esta cláusula de la rendicion de los plateos, mandó Esparta cinco diputados, quienes sin acusarlos de ningun crímen, se limitaron á preguntarles qué habian hecho en aquella guerra por Lacedemonia y por sus aliados. Sorprendidos de tan insidiosa pregunta, que conocieren al momento era sujerida por los tebanos sus enemigos mortales, recuerdan los infelices plateos á sus jueces los servicios que habian hecho á la causa comun de la Grecia en las batallas de Artemisio y de Platea; y en particular á Esparta, cuando asolada por un terremoto se sublevaron sus esclavos; alegando como motivo de su alianza con los atenienses la necesidad de ponerse á cubierto de las violencias de los tebanos, contra quienes habian implorado en vano el ausilio de los espartanos.

«Si esta necesidad debe imputársenos á un crímen, añadieron, ¿es crimen tan grande que baste á borrar el recuerdo de nuestros servicios pasados? Espartanos, tended la vista, tendedla ácia esos sepulcros de vuestros mayores, erijidos en nuestras llanuras! ya los veis, todos los años acudimos á tri-

»butarles fúnebres honores. Nos »habeis confiado sus cenizas co»mo á los testigos mas fieles de »sus ínclitas azañas, ¿y quereis »aora ultrajar á sus manes, en»tregando tan santas reliquias á »los tebanos que pelearon contra »ellos? ¿Quereis reducir á ver»gonzosa servidumbre un pais »donde la Grecia quebrantó las »cadenas con que ellos la quisie»ron esclavizar? No, espartanos, »no; ese temor no entra en nues»tras almas, porque son insepa»rables de vuestra gloria nues»tros intereses; y sois demasiado »jenerosos para sacrificarnos sin »vergüenza á nuestros enemi»gos! »

Este discurso lleno de patética elocuencia, no hizo ninguna impresion en aquellos frios jueces, dóciles instrumentos del odio de los tebanos, y ciegos ejecutores de las órdenes rigorosas de Esparta. Reiteraron su pregunta, y habiendo recibido la respuesta de los plateos que no podia menos de ser negativa, los sentenciaron á muerte. Así perecieron á sangre fria cerca de doscientos hombres, y además veinticinco atenienses! Las mujeres quedaron cautivas. Platea, poblada de nuevo con desterrados de Megara y de Tebas, fué destruida del todo al año siguiente (427 antes de Cristo) por efecto del odio implacable de los tebanos, que no podian perdonar á sus habitantes la intrepidez que habian manifestado contra los persas en una época en que ellos no habian mostrado ninguna.

Tres años habia costado la rendicion de Platea, é ignorando de este modo el arte de llevar adelante un sitio, no podian lisonjearse los aliados de tomar por asalto ni de reducir por hambre una ciudad como Atenas, defendida por temibles fortalezas, por treinta mil combatientes, y además señora del mar, por donde se procuraba víveres abundantes. No tenian pues, otro partido que venir á destruir todos los años las mieses del Atica, en tanto que los atenienses destruian el Peloponeso y desolaban sus campos.

Determinaron los aliados aumentar su marina, pero pasaron algunos años antes de que adquiriesen por mar la esperiencia que cincuenta años de ejercicio habian dado á los atenienses. En el tiempo que ecsijia la ejecucion de este plan, tuvo Atenas que apaciguar la sublevacion de Lesbos y la sedicion de Corcira.

Empeñada Lesbos como las demás ciudades en la causa de

Atenas, creyó que los últimos desprecios de esta república eran para ella ocasion favorable de sacudir el yugo: uno de los principales ciudadanos de Mitilene, su capital, ofendido en algunos intereses particulares por los majistrados de esta ciudad, habia promovido la insurreccion, de la que dió él mismo aviso á los atenienses. En consecuencia, Mitilene fué sitiada por las fuerzas combinadas de Lemnos, Imbos y Atenas, ínterin que una escuadra ateniense ocupaba su puerto. Pero como tardase esta en llegar del Peloponeso para poder distraer al enemigo, cuya tardanza provenia del descuido de Alcidas que empleó en hacer la guerra á los piratas las cuarenta naves que Esparta le habia confiado con aquel objeto, el espartano Saloeto que se habia introducido en la plaza al principio de la insurreccion, viéndose estrechado y sin esperanza de socorro, armó la plebe, la cual volvió sus armas contra los principales ciudadanos, y los redujo á buscar su seguridad en una pronta capitulacion con los sitiadores. Era una de las principales condiciones del tratado que los mitilenos serian respetados hasta que volviesen de Atenas los diputados que habian enviado para implorar la clemencia de los atenienses. El pueblo de Atenas oyó á estos diputados, mas no por eso dejó de sentenciar á muerte á todos los habitantes de Mitilene, á escepcion de las mujeres y los niños, que fueron condenados á perpétua servidumbre. Al punto salió una galera para llevar á Páques, jeneral ateniense, la órden de ejecutar este bárbaro decreto; pero al siguiente dia, mas tranquilos ya los ánimos, pidieron los enviados mitilenos y al fin consiguieron que se deliberase de nuevo acerca de la suerte de sus desgraciados conciudadanos.

Cleonte: su caracter.—Entonces estaba Atenas subyugada por Cleonte, hombre rico, pero sin talento, vano, atrevido, colérico y querido por consiguiente de la muchedumbre, cuyo afecto se habia granjeado con dádivas, y en la que mantenia su influencia ecsaltando contínuamente el poder de Atenas, y afectando sumo desprecio por Esparta. Cleonte, autor del decreto dado contra los mitilenos, insistió en sostenerlo; pero la moderacion de un ciudadano llamado Deodato inspiró en los ánimos sentimientos de humanidad, y se suspendió su ejecu-

cion. La galera que llevaba esta contraórden se hizo á la vela sin tardanza, y llegó precisamente en el instante en que Pâques se disponia á cumplirlo. Severo fué sin embargo el castigo de Mitilene; porque sus muros fueron derribados, su marina enviada al Pireo; y los principales habitantes que Pâques habia trasladado á Ténedos, fueron llevados á Atenas, donde sufrieron muerte en número de mil personas.

Despues de haber sometido á Lesbos, tuvo que ocuparse Atenas en someter á su obediencia á Corcira. En esta isla era el gobierno demócratico. Corinto era aliada de los lacedemonios y estaba por la aristocrácia. Mil y doscientos corcirios hechos prisioneros por Corinto en la guerra de Corcira, hallaron entre sus vencedores buena acojida, en vez de la muerte ó del cautiverio que esperaban. Seducidos con dádivas insidiosas, regresaron á Corcira con el encargo de fomentar la guerra civil. Empiezan asesinando á Piteas, jefe del partido popular, que era adicto á Atenas; matan á sesenta senadores, y luego dan en todas partes la señal del homicidio y de la mortandad. Los partidarios de Atenas se refujian entonces en la ciudadela, se apoderan de uno de los puertos y de las alturas que dominaban la ciudad, y con un refuerzo que recibieron persiguen á los fautores del partido corintio, á los cuales obligan á refujiarse en el puerto grande y en la plaza pública, donde despues de varios acontecimientos á que dió motivo la lucha que se empeñó en las costas entre las dos escuadras ateniense y espartana, concluyeron por rendirse á Eurimedonte, almirante ateniense, quien los dejó acuchillar inumanamente: hubo un dia entero de combate y de matanza en casas y calles, y hasta en los templos.

Libre apenas esta república del azote de la peste, con la muerte en su seno, digámoslo así, y el enemigo á sus puertas, disponia ó toleraba esas bárbaras ejecuciones; pero como si no hubiesen bastado la peste y la guerra para espiar tamañas crueldades, se vió asolada por uracanes y terremotos, cuya violencia derribó el Pireo y parte de los muros de Atenas. Esta ciudad sacó al menos de estos desastres la ventaja de no ver en aquel año sus campos talados por la guerra. No se atrevieron á entrar en el Atica los aliados,

aterrados ellos mismos de esta calamidad. Demóstenes, no el célebre orador, sino un jeneral que mandaba en Neupacta, trató de reducir la Etolia ausiliado por los mesenios que habia en àquella ciudad; pero esta tentativa se frustró por diferentes causas. Los mesenios, que á consecuencia de esta pérdida habian acompañado á Demóstenes, cuya escuadra fué á cruzar sobre las aguas del Peloponeso, deseosos de vengarse de Esparta, no pudieron volver á Pilos sin un vivo deseo de fijarse allí. Secundaron con empeño este proyecto de Demóstenes y su ejército. Hízose el desembarco, y en el espacio de seis dias levantaron y fortificaron las murallas de Pilos (426 años antes de Cristo). Demóstenes, con cinco buques, permaneció protejiendo este nuevo punto; mas apenas los espartanos supieron esta empresa, hicieron regresar su escuadra de Corcira y su ejército del Atica, y marcharon contra Pilos, atacándolo por mar y tierra. El intrépido Brátidas, uno de los mejores jenerales de Esparta, mandaba el sitio, y hacia ya tres dias que le resistia Demóstenes, con fuerzas desiguales, cuando se presentó en la bahía la escuadra de los atenienses, á quienes habia participado su crítica situacion. Empeñóse al punto el combate, y la escuadra lacedemonia fué en parte echada á pique, y en parte dispersada.

COMBATE DE SFACTERIA.—En tanto los espartanos habian hecho pasar cuatrocientos veinte de los suyos, con un número proporcionado de ilotas á la isla de Sfacteria, que era para ellos un punto muy importante, pues cerraba la entrada de Pilos; pero dueños del mar los atenienses, interceptaron al momento toda comunicacion con esta isla, y el cuerpo que la custodiaba se vió atacado y sin recursos. La situacion desesperada de estos habitantes determinó á Esparta á que pidiese una tregua, cuyas proposiciones aceptaron los atenienses bajo condicion de que los espartanos les entregarian al punto su escuadra, como garantía del tratado que mediase, y cuya ratificacion debia hacerse en Atenas. Esparta accedió á lo que ecsijian; los espartanos encerrados en Sfacteria recibieron algunos alimentos, y abriéronse las conferencias. Sin embargo, habiendo pedido Atenas que le fuesen entregados los espartanos, así como varias plazas importantes, fueron desechadas estas proposiciones y renovadas

las ostilidades. Los atenienses detuvieron con pretestos frívolos la escuadra espartana, que les habia sido entregada como garantía de las negociaciones entabladas. Injusticia tamaña fué hija del ascendiente que Cleonte continuaba conservando en Atenas.

Nicias: su caracter. — Los ciudadanos honrados procuraron oponerle á Nicias, hombre rico y considerado, que habia mandado los ejércitos y alcanzado algunos triunfos; mas este, tímido y siempre desconfiado de sí mismo y de los acontecimientos, logró el aprecio de los partidos, pero nunca aquella superioridad y crédito que los subyuga. El lenguaje desmayado de Nicias, contrario á las emociones veementes de que tanto gusta el pueblo, pocas veces lograba apartarlo de las empresas temerarias que aconsejaba Cleonte con las mas fogosas declamaciones.

Demóstenes habia informado á Atenas que á pesar de la vijilancia del bloqueo, los sitiados recibian socorros; y que hallándose casi sin víveres, era demasiado crítica su situacion. Cleonte se burlaba de la pusilanimidad de aquel jeneral, y sobre todo de su lentitud en obrar en una posicion donde, á juicio suyo, podia tomarse á Sfacteria con un ataque brusco. Cansado el pueblo de oir sus bravatas, le ofreció entonces el mando de la espedicion que pedia Demóstenes, y Nicias se lo cedió. Aceptó Cleonte lleno de confianza en sí mismo, y prometiendo regresar á Atenas pasados veinte dias, con los espartanos prisioneros. Al llegar delante de Sfacteria, se disponia Demóstenes á atacarla, para lo cual habia tomado sus disposiciones. Este ataque fué ejecutado vigorosamente, y sostenido con resolucion. Sin embargo los espartanos, inferiores en número y rechazados de un punto á otro, se retiraron al estremo de la isla, y se hicieron fuertes en un punto que se miraba como inaccesible. Ya duraba la pelea algunas horas, y la fatiga agobiaba á los combatientes de entrambos bandos, cuando un jefe de los mesenios que estaban con los lacedemonios, traidores con ellos porque estaban oprimidos, los acometieron por la espalda. Entonces Cleonte destacó una tropa de flecheros, y puesto al frente de ellos se abrió paso por sendas escarpadas hasta una cima que dominaba á los espartanos. Vaciló el valor de estos últimos con la do-

ble sorpresa, y ya solo opusieron una débil resistencia; agobiados por el número y oprimidos por la fatiga, empezaron á ceder; pero los atenienses por un lado y los traidores mesenios por otro, les cortaron la retirada. En esto Cleonte, que sobre todo deseaba llevarlos en triunfo á Atenas, juzgando que si continuaba el combate no escaparia uno solo, mandó cesar la lucha, y persuadió á los espartanos que rindiesen las armas. Así lo hicieron, y se convino en una suspension de ostilidades, durante la cual Lacedemonia los autorizó á tratar por su suerte, con tal que fuese sin ignominia para la república. Rindiéronse pues los espartanos á discrecion, despues de haberse sostenido por espacio de cincuenta y dos dias desde que hubo espirado la tregua. Los atenienses levantaron un trofeo y lo mancillaron dando muerte á ciento veintiocho de los valientes guerreros que se habian rendido. Los demás fueron conducidos á Atenas y guardados como reenes.

En este tiempo murió Artajerjes I, y le sucedió su hijo lejítimo Jerjes II, á quien mató y sucedió su hermano bastardo Sogdiano, que asesinado por sus crueldades, dejó el trono á Darío Noto, bastardo tambien de Artajerjes. En el reinado de este príncipe empieza el dominio de los eunucos de palacio, y la rebelion de las provincias. Los persas fueron arrojados de Ejipto.

Despues de ocho años de esta guerra intestina, era imposible prever su fin. Nicias, á la cabeza de las fuerzas atenienses, se apoderó de Citera, que dominaba al Sur las costas de la Laconia. Por otra parte, Demóstenes é Hipócrates sometieron á Nicea; sorprendieron á Tirra, que entregaron á las llamas, y pasaron á cuchillo á los desgraciados ejinetas, á quienes Esparta habia dado acojida (423 años antes de Cristo). Desde esta época puede datar el principio de la guerra de Sicilia.

Los habitantes de Leoncio, ciudad de Sicilia, maltratados por los de Siracusa, pidieron socorro á Atenas, que les envió veinte bajeles; pero los leontinos, temiendo un ausiliar tan poderoso, reusaron su socorro haciendo la paz. En Megara el partido popular, favorable á los atenienses, quiso abrirles las puertas; pero Brásidas, acudió con prontitud para oprimir aquella sedicion y evitar sus funestas consecuencias. Pasó despues á Tracia don-

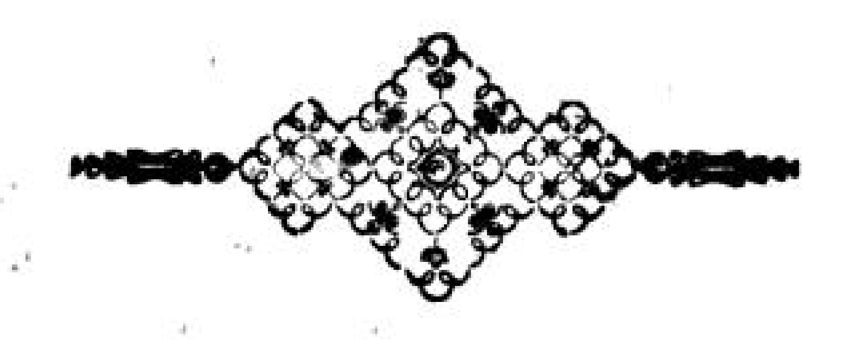
de se apoderó de Anfípolis y otras ciudades que estaban por los atenienses. Toda la actividad del historiador Tucídides no pudo salvarla; llegó demasiado tarde, y el enemigo se hizo dueño de los dos brazos del Strimon. Cleonte le acusó por su lentitud é hizo que le condenasen al destierro. Al mismo tiempo Demóstenes é Hipócrates, jenerales atenienses, fueron vencidos junto á Decelia por los tebanos, que se hicieron dueños de esta plaza.

Turbóse Atenas al saber los triunfos de Brásidas; desterró á sus jenerales, y mandó un ejército á Macedonia. Sin embargo, los espartanos no conservaron mucho tiempo estas conquistas, aunque rescataron con ellas la libertad de los prisioneros de Sfacteria. Deseosos de la paz, propusieron una tregua de un año para discutir las bases de un tratado definitivo; pero el orgullo de ambos pueblos, las pretensiones de los aliados, y mas que todo la ambicion de Brásidas y de Cleonte, volvieron á encender la guerra. Cleonte fué con un ejército á recobrar á Anfípolis. Brásidas, que conocia su impetuosidad, lo atrajo á una emboscada, donde le derrotó con pérdida de seiscientos hombres. Cleonte pereció en la fuga. Pocos muertos tuvieron los espartanos, pero fué muy grande su pérdida, porque Brásidas murió en la batalla (422 años antes de Cristo).

La pérdida de Brásidas fué tan dolorosa á las ciudades conquistadas como á Esparta. Celebráronse sus funerales con toda magnificencia en Anfípolis; los habitantes derribaron todos los monumentos que habian erijido hasta entonces á sus conciudadanos, para que solo subsistiese el que habian levantado á este jeneral, cuya memoria honraron todos los años con juegos fúnebres. Como alabasen un dia á este héroe en presencia de su madre, dijo aquella mujer espartana que era mas que madre: *Decís que mi hijo tenia valor; es cierto, pero aun quedan en Lacedemonia muchos ciudadanos tan valientes como él.* Los espartanos dieron en este tiempo un ejemplo orrible de crueldad y perfidia. Observando que la poblacion de los ilotas crecia, mandaron venir á la ciudad á los mas valientes socolor de darles libertad, y los degollaron inumana y bárbaramente.

Tal es la série de los acontecimientos de que se compone este primer periodo de la guerra del Peloponeso, en la que no vemos á ninguno de los dos partidos se-

guir un plan fijo, uniforme, un plan capaz de asegurarle la victoria. Pericles se habia ceñido á la defensiva, sistema tímido á primera vista; pero el único que convenia ínterin quedase unida la liga del Peloponeso, porque reservaba todas las fuerzas del Atica para el momento en que la confederacion se desuniese y permitiese acabar con sus miembros batiéndolos por partes. Los sucesores de Pericles abandonaron este sistema, y sin pensar en sustituirle otro, obraron constantemente sin resolver lo que debia hacerse al siguiente dia, y sin plan ni objeto en sus operaciones. Tambien Esparta careció de método hasta que Brásidas tomó el mando; y bajo este jeneral empezó á operar en Macedonia de un modo que hubiese llegado á ser fatal para los atenienses, si su muerte no hubiese dado nuevo jiro á los negocios.



CAPITULO VII.

CONTINUACION DE LA GUERRA DEL PELOPONESO.

(422 años antes de Jesucristo.)

Paz de Nicias.— Carácter de Alcibiades. — Sacrilejio atribuido á Alcibiades.— Renovacion de la guerra. — Guerra de Sicilia. — Traicion de Alcibiades.— Sitio de Siracusa. — Descricion de esta ciudad. — Llegada de Alcibiades á Laconia. — Mando de Filipo. — Victoria de Nicias. — Su derrota.— Pide socorros á Atenas. — Penuria en esta ciudad.— Derrota de los atenienses en Sicilia. — Su retirada.— Rendicion de Demóstenes y de Nicias. — Mueren azotados y decapitados. — Intrigas de Alcibiades. — Alcibiades en Sardes. Revolucion de Atenas. — Los cuatrocientos. — Reconquista del Helesponto. — Alcibiades jeneralísimo. — Lisandro — Batalla de las islas Arjinusas.— Batalla de Ægos-Potamos. — Toma de Atenas. — Fin de la guerra del Peloponeso.

Paz de Nicias.—Despues de la muerte de Cleonte, no hallando Nicias ostáculo alguno para la paz, entabló negociaciones con Esparta, á las que se siguió luego un tratado que aseguraba una alianza de cincuenta años entre ambos estados. Sin embargo, la tranquilidad que debia prometer este convenio, promovió nuevas intrigas y nuevas divisiones; pues varios pueblos aliados de Lacedemonia se quejaron de que no se hubiese contado con ellos; y uniéndose á los de Argos, que hasta entonces se habian mantenido neutrales, se declararon contra Esparta. Por otra parte, Atenas y Lacedemonia se reconvinieron recíprocamente de infraccion de los artículos del tratado, y á estas desavenencias siguieron muy luego las ostilidades; pero hasta siete años despues no se rompieron abiertamente, y entonces fué bajo un pretesto harto frívolo, que se hubiera evitado fácilmente, á no haber sido necesaria la guerra á los proyectos de engrande-

cimiento que habia formado Alcibiades.

Caracter de Alcibiades.— Creyóse por entonces que la paz seria inalterable por el interés que los pueblos tenian en ella: la tranquilidad y el gozo renacian en todas las familias: la reconciliacion se celebraba en los teatros, y los coros de las trajedias que se representaban en Atenas, decian que las arañas urdirian sus telas en los escudos y en las puntas de las lanzas. Pero el amor propio y la ambicion así estravian á las naciones como á los particulares, y son el orijen de casi todas sus faltas y desventuras. Habíanse depuesto las armas, pero ecsistia siempre el principio de la guerra: ni el orgullo de Esparta, ni la vanidad ateniense les permitian renunciar al dominio de la Grecia; y á pesar de los esfuerzos de los ciudadanos prudentes, tales como Nicias, Sócrates y Pausanias, la ambicion y las pasiones de Alcibiades turbaron contínuamente la paz con desavenencias, intrigas y ostilidades, y renovaron pronto el incendio universal. Alcibiades, hombre demasiado célebre para desgracia de su pais, tuvo en el mas alto grado muchos vicios y algunas virtudes. Era hijo de Clinias; por su padre descendia de Ayaj y por su madre de Alcmeon. Desde niño mostró el valor de un hombre, y reprendiéndole una vez, por qué luchando habia mordido como una mujer á su contrario, respondió: *he mordido, no como una mujer, sino como un leon.* En su primera juventud anunció su osadia el destino que le aguardaba: insultaba las costumbres y las leyes del mismo modo que los enemigos. Habiendo entrado en una escuela, pidió un ejemplar de Homero, y como el maestro dijese que no le tenia, le dió un bofeton. Fué á otra, cuyo pedante director se jactó de tener un Homero correjido de su mano. A este le sacudió mas fuerte diciéndole que un profesor de primeras letras no debia tener la insolencia de correjir al príncipe de los poetas.

Sus locas disoluciones, sus desmedidos gastos y sus amores escandalosos hacian infeliz á su mujer Hipareta, que se retiró á casa de sus padres y pidió divorcio ante los majistrados. Alcibiades la cojió enmedio del dia entre sus brazos y se la llevó, atravesando la plaza pública sin que nadie se atreviese á resistirle.

Pero si se burlaba de la opinion por satisfacer sus pasiones,

sabia abandonar los deleites y mudar sus costumbres cada y cuando lo ecsijia el interés de su ambicion. Dormia en el suelo y comia la salsa negra con los espartanos: con los tracios pasaba todo el dia en beber y en andar á caballo: en Persia superaba á los sátrapas en lujo, y á los jónios en molicie. Su pasion mas fuerte fué el deseo de dominar: el esplendor de su nacimiento y riquezas, sus gracias personales, el calor y la habilidad de su elocuencia, su valor y talento para la guerra, y mas que todo, su prodigalidad, le daban los medios de deslumbrar los ánimos y dirijir las inclinaciones de un pueblo que le adoraba. Hubiera sido el hombre mas virtuoso á no haberle rodeado una tropa de aduladores y jentes que le inclinaban al vicio; pero este le arrastraba sin dominarle, y los placeres no le ocupaban ninguno de los momentos que ecsijian su gloria ó sus intereses. Díjose que la Grecia no podia sostener á dos Alcibiades; pero hubiera podido añadirse que le sobraba uno.

¿Y cómo con tan raras cualidades no hubiera seducido á la Grecia, cuando sedujo á Sócrates, el mas sabio de aquellos tiempos? Este gran filósofo hizo vanos esfuerzos para dirijir á la sabiduría su indomable carácter; ilustró su espíritu, mas no pudo triunfar de su corazon. Conocia sus vicios, y desde la batalla de Potidea pronosticó que seria la gloria y la desgracia de Atenas; pero no pudo resistir al encanto que poseía su discípulo en los talentos, la elocuencia, las gracias, el valor, el injenio y el donaire. Muchas veces le hizo llorar sus estravíos, pero sin poder impedir que reincidiese en ellos. Platon nos ha conservado uno de los diálogos en que el filósofo procuraba correjir la presuncion de aquel jóven ambicioso; que embriagado con sus primeras azañas, se creía ya capaz de mandar el ejército, y apenas habia salido de la infancia, meditaba la conquista de la Persia, la Sicilia y Cartago. Sócrates, segun costumbre, despues de haber alagado irónicamente el amor propio del jóven, le obligó haciéndole varias preguntas, á confesar su ignorancia completa acerca de las fuerzas de la república y de los otros paises, los medios de mantener un ejército, y los principios y pormenores de la administracion y de la política, y viéndole confuso, le dijo: «¿Qué pensaria la reina de »Persia, la orgullosa Amestris,

»sí se le dijese que hay en Ate»nas un ciudadano que piensa »en declarar la guerra y destro»nar á su hijo? Creeria sin du»da que era un hábil estadista »un jeneral esperto, intrépido »y consumado, que ha meditado »muy bien sus planes, previsto »todas las dificultades y prepa»rado todos los recursos. Pero »¿cuánto se reiria al saber que »el autor de este gran proyecto »es un jóven de veinte años, or»gulloso de su valor, que ignora »los elementos de la táctica y la »administracion, y que cree que »el gobierno de los pueblos es »una ciencia infusa que se po»see sin aprenderla?»

Humillado Alcibiades, pero no desanimado, reservó para mas adelante los proyectos de su ambicion: estudió, trabajó sin descanso, aprendió el arte de vencerlo todo escepto á sí mismo, y llegó á ser tan hábil como peligroso. Desde que se presentó en las asambleas populares fué escuchado con mucho aplauso, pero la cordura y esperiencia de Nicias balanceaba su crédito y se oponia á sus proyectos. Este antiguo capitan aborrecia la guerra, aunque la habia hecho con felicidad, y Alcibiades la queria, porque solo ella le proporcionaba los medios de adquirir gloria y autoridad. Por sus intrigas logró separar á los arjivos y eleos de la alianza de Lacedemonia. Atenas los sostuvo, y desde esta primera ostilidad indirecta, se pudo mirar la paz como concluida.

Esparta ofreció poco despues un pretesto mas especioso para el rompimiento: porque habiendo prometido restituir la fortaleza de Panacte, la entregaron sí, pero demolida. Alcibiades irritó la indignacion de los atenienses; pero Esparta envió á Atenas embajadores para terminar esta desavenencia. Nicias iba ya calmando los ánimos, cuando una astucia de Alcibiades desbarató sus pacíficos intentos. Aparentó mudar de dictámen, recibió con amistad á los embajadores de Esparta, ganó su confianza y prometió favorecerles. Ellos le dijeron que traian plénos poderes para firmar un tratado, y Alcibiades los engañó diciéndoles: «No conoceis »bien al pueblo de Atenas: si »sabe que teneis plénos poderes »para terminar esta querella, »pensará que quereis la paz á »cualquier costa, y se creerá »con derecho de ecsijir mas du»ras condiciones. Creedme, o»brad con mas prudencia, y ma»ñana en la asamblea del pue-

»blo no manifesteis vuestro de»seo de la paz: haced algunas »proposiciones como que salen »de vosotros mismos, previnien»do que no estais autorizados »para firmar: entonces yo apo»yaré vuestras proposiciones.» Creyéronle los lacedemonios é hicieron al dia siguiente lo que les habia aconsejado. Nicias escsorta al pueblo á la paz, y alaba la buena fé de los espartanos que querian impedir la guerra, presentando condiciones moderadas por medio de embajadores autorizados para firmarlas. Los embajadores declaran en plena asamblea, segun la pérfida sujestion de Alcibiades, que no tienen semejante autorizacion. Entonces Alcibiades sube á la tribuna, perora contra ellos, y les echa en cara haber venido á engañar á los atenienses con demostraciones y palabras de paz, sin ánimo de concluirla. Los diputados, confusos, no pueden ya retractarse de lo que han dicho públicamente. Nicias cree que le han engañado, y el pueblo enfurecido rompe las conferencias, despide á los embajadores, y vuelve la guerra á comenzarse.

Renovacion de la guerra.— Esparta, vivamente irritada, renovó al punto su alianza con los tebanos, quienes entregaron á sus tropas la desmantelada plaza y fortaleza de Panacte, situada entre la Beocia y el Atica, siendo tal la actividad con que obraron los atenienses y los espartanos, que cada uno de estos pueblos puso en campaña un ejército numeroso. Los arjivos movidos por Alcibiades, enviado de Atenas en clase de embajador á Argos, invadieron la Arcadia, tomaron á Orcomenes, y pusieron cerco á Tejeo. Los espartanos supieron con indignacion la noticia de estas ostilidades, y su rey Ajis marchó sin dilacion contra Mantinea, confiando sorprender esta ciudad, y luego obligar á los arjivos á que levantasen el sitio de Tejeo. Encontráronse los dos ejércitos, y trabaron la batalla bajo los muros de Mantinea. Vencieron los lacedemonios, regresando á Esparta contentos de haber restablecido la gloria de sus armas, despojando á los muertos, y levantando un trofeo en el campo de batalla.

Los ciudadanos mas prudentes de Atenas querian la paz, y Nicias les desagradaba por la poca veemencia de su virtud; porque era austero en sus principios y tímido en su conducta: en Alcibiades temian la inconsideracion y censuraban la disolu-

cion de costumbres. Hipérbolo, ciudadano ambicioso y perverso, conociendo la disposicion de los ánimos, creyó favorable aquel momento para derribar á los dos jefes y elevarse sobre sus ruinas; pero entrambos partidos se reunieron contra él, y fué condenado al ostracismo. Esta pena, inventada contra los ciudadanos cuyo gran mérito inspiraba sospechas, dejó de estar en uso desde que se hubo aplicado á un hombre tan ruin como Hipérbolo.

Alcibiades, por su conducta, intrigas y disoluciones, daba lugar á la censura pública, de modo que podia serle temible la curiosidad del pueblo con respecto á sus menores acciones. Para separarla de los objetos importantes, se valió entonces de un medio pueril en la apariencia, pero que prueba cuán bien conocia la lijereza de los atenienses. Tenia un perro hermoso y de mucho precio, y mandó cortarle la cola. Dijéronle que todos censuraban aquella mutilacion ridícula en un animal tan bello; á lo cual respondió: «Precisamente lo que yo quiero es »que murmuren de esta accion, »y no se ocupen de otras co»sas.» Mas no tardó en presentar materia mas importante á la crítica de sus conciudadanos.

Guerra de Sicilia. — Los ciudadanos de Ejesta, ciudad de Sicilia, enviaron diputados á Atenas para pedir ausilio contra los de Selinonte, aliada de Siracusa, y prometian pagar las tropas que se les enviasen. Peticion semejante aumentó la division de los partidos de Atenas. Nicias manifestó al pueblo las dificultades y peligros de esta espedicion, pronosticando un funesto resultado. «Si triunfan nuestras »armas, decia, la victoria esci»tará la envidia de las demás »naciones, aumentará las fuer»zas de Esparta, y no podremos »resistir á una coalicion tan for»midable. Si nos es contraria la »suerte, debilitados por nues»tras pérdidas, nos oprimirá el »enemigo prócsimo, y habre»mos preparado voluntariamen»te nuestra ruina. ¿Por qué va»mos á buscar tan lejos los ma»les? ¿Debemos arruinar la pa»tria por pagar las profusiones »de Alcibiades, los siete tiros de »caballos que envia á los juegos »olímpicos, los muebles de su »palacio, y el lujo de su réjia »mesa? La guerra que se os pro»pone es injusta, y ni es util ni »necesaria; no veo en ella otra »ventaja que la de remediar el »bolsillo ecsausto de Alcibiades.»

El hijo de Clinias respondió: «Ciudadanos: no he merecido los »cargos que se me hacen. Os he »consagrado siempre mi vida, y »continuaré haciéndolo. Desde »el combate de Potidea no ha »habido campo de batalla en »que no haya vertido mi sangre »por la patria, y mi gloria es au»mentar su fuerza, su poder y »su fama. Me echan en cara mis »riquezas, cuando ellas y mi ca»sa son de vosotros: mi cau»dal es un recuerdo de la glo»ria de Atenas, y fruto de los »servicios de mis antepasados. »Acusan mi fausto: yo he crei»do que la magnificencia de los »particulares da honor al es»tado. El lujo y la urbanidad »de Atenas le han adquirido tan»tos amigos como los que enaje»nó Esparta por su dura, triste é »insolente austeridad. Apoyo la »propuesta de los ejestanos, y a»consejo la guerra, porque siem»pre es justa cuando se empren»de á favor de la libertad y con»tra la tiranía. Ella será tan útil »á vuestra gloria como á vues»tros intereses. No temo las di»ficultades con que os asom»bran: las ciudades todas de Si»cilia, cansadas de sus príncipes »y de la ambicion de Siracusa, »os esperan para abriros las »puertas y recibiros como liber»tadores. Estendiendo á lo lejos »la fama de vuestras azañas, de»mostrando hasta en los confi»nes de la Europa vuestro poder »marítimo, espantareis á los e»nemigos cercanos. El pálido re»flejo de una falsa moderacion, »la timidez disfrazada en pru»dencia, no espantarán á vues»tros rivales ni los obligarán á »reconocer vuestra dominacion, »sino el esplendor de la victo»ria. En fin, puesto que me ha»beis nombrado jeneral, si te»meis que el fuego de mi juven»tud me arroje á dar en esta em»presa pasos imprudentes, dad»me por coléga á Nicias, y nada »tendreis que recelar cuando mi »valor sea moderado por la pru»dencia de un capitan tan esper»to, que hasta aora ha salido »tan bien en sus empresas.»

Insensible el pueblo á los frios razonamientos de Nicias, y entusiasmado con las lisonjas y elocuencia de Alcibiades, accedió á la peticion de los ejestanos y mandó que se enviase en su socorro una armada á las órdenes de Nicias, Alcibiades y Lamaco. Hiciéronse con celeridad todos los preparativos necesarios; pero el dia de la salida de la escuadra pareció de siniestro agüero, por ser aniversario de la muerte de Adonis. Todas las mujeres a-

tenienses, imitando segun la costumbre los jemidos de Venus, parecia que anunciaban los desastres de su ciudad. Cuando el pueblo estaba entristecido por haber señalado inconsideradamente un dia tan fatal, se supo que las estátuas de Mercurio, colocadas en las puertas de las casas, habian amanecido mutiladas. Los majistrados, impelidos por la pública indignacion, hicieron dilijentes averiguaciones para descubrir al autor del sacrilejio: un esclavo declaró que Alcibiades, estando embriagado, lo habia cometido. Querian prenderle y formarle causa; pero los soldados y marineros sublevados, juraron que no partirian sin él. Alcibiades protestaba altamente su inocencia, y pedia que se le pusiese en juicio, representando cuán injusto seria que un ciudadano, oprimido por el peso y la inquietud de semejante acusacion, se encargase de dirijir una empresa que ecsijia tanta confianza y libertad de ánimo. Mas el pueblo, no queriendo retardar la salida de la escuadra, decidió que Alcibiades no seria juzgado hasta su vuelta.

La vanidad de los atenienses gozó del espectáculo de sus fuerzas. El ejército era de siete á ocho mil hombres de tropas escojidas: la escuadra de ciento treinta y seis bajeles de guerra, seguidos de mil naves de comercio. La audacia de Alcibiades se habia transmitido á los soldados: su ardor, su alegría, sus cantos guerreros al son de los instrumentos, dieron á este alarde la apariencia de un triunfo. Nadie podia prever que aquella juventud iba á buscar su tumba en Sicilia, y que el sueño de la conquista de Siracusa acabaria en la ruina de Atenas.

Llegó la escuadra á Régo, (Reggio) (413 años antes de Jesucristo) y no encontró el dinero que los ejestanos habian prometido depositar en aquella ciudad. Nicias queria negociar en lugar de combatir. Lamaco decia que se podia terminar prontamente la guerra, aprovechándose del primer espanto de los enemigos y acometiendo á Siracusa. Alcibiades propuso que se ocupase la Sicilia para engrosar sus fuerzas con el socorro de los griegos establecidos en aquella isla. Siguióse su dictámen, desembarcó el primero y sometió á Catania. Pero sus mas temibles enemigos no estaban en Sicilia: los que dejó en Atenas se aprovecharon de su ausencia para perderle. Los majistrados proseguian sus in-

vestigaciones acerca de la mutilacion de las estátuas, y muchos esclavos declararon que Alcibiades habia tenido aquel sacrílego entretenimiento acompañado de algunos jóvenes disolutos, y le acusaban al mismo tiempo de haber hecho al fin de un banquete la paródia de los misterios de Ceres, representando él mismo en esta escena escandalosa el papel de sacerdote, Teodoro el de proclamador, y Polystion el de paraninfo llevando la antorcha.

Estos votos arrancados por el tormento ó pagados por el odio, fueron recibidos por la credulidad. Sin embargo un amigo de Alcibiades preguntó á los denunciadores cómo le habian conocido en la oscuridad: ellos respondieron que á la luz de la luna, y precisamente no la hubo aquella noche. Era evidente la impostura; pero el fanatismo aogó la voz de la razon. El pueblo estaba sobrecojido de espanto con la profanacion; enfurecido queria una víctima y se envió la galera de Salamina para que trajese á Alcibiades de Sicilia. Este finjió que obedecia, pidiendo únicamente que se le permitiese hacer el viaje en un buque suyo; arribó á Turio y se ocultó de modo que sus enemigos no pudiéron dar con él. Cuéntase que cuando se ocultaba disfrazado le conoció un ateniense y le dijo: «Pues qué, ¿no tienes con»fianza en la justicia de tu pais?» Alcibiades le respondió: «En o»tras cosas sí; pero en lo tocante »á mi vida, no me fiaria ni aun »de mi madre, pues podria equi»vocar la haba negra con la blan»ca.» Cuando el pueblo ateniense supo su fuga, no puso límites al furor; le condenó á muerte, confiscó sus bienes, y mandó á todos los sacerdotes que le maldijesen. Solo la sarcerdotisa Teana se negó á hacerlo, diciendo: «Que ella era sacerdotisa de los »dioses para hacer súplicas y no »imprecaciones; para bendecir á »los hombres y no maldecirlos.» Alcibiades supo en Argos, donde se habia refujiado, el decreto de su condenacion y dijo: «Yo »probaré á los atenienses que »vivo todavia.» Cumplió esta fatal amenaza, y para vengarse de una sentencia injusta, cometió el mayor de los crímenes, haciendo traicion á su patria y coligándose con los enemigos de Atenas para arruinarla. Su alma elevada por orgullo y no por virtud, ignoraba que el que se venga de las injusticias de su patria, las justifica.

La lentitud de Nicias no agui-

joneada por la actividad de Alcibiades, le hizo perder un tiempo precioso en Catania, y dejó renacer la confianza del enemigo, al cual habia atemorizado la invasion de fuerzas tan considerables; y así la campaña no produjo ningun suceso de importancia. Los siracusanos, animados ya, provocaban y acometian á los atenienses, y se burlaban de su aparente timidez. «¿Qué »han venido á hacer los atenien»ses en Sicilia?» preguntaban mofándose; «¿necesitan acaso »tan poderoso armamento para »apoderarse únicamente de Ca»tania?»

SITIO DE SIRACUSA.—Esta famosa ciudad, situada en la costa oriental de Sicilia, habia sido fundada por Arquías, natural de Corinto: su poblacion era numerosa, su comercio estenso y sus tropas aguerridas. Al principio se gobernó republicanamente, y la industria y valor de sus habitantes estendieron poco á poco su poder. Jelon, así llamado de la ciudad de Jela su patria, se señaló en las guerras que Hipócrates, tirano de aquella, hizo á los pueblos circunvecinos; y despues de la muerte de este, só pretesto de sostener los derechos de los hijos que habia dejado, tomó las armas contra sus habitantes que querian recobrar la libertad; y habiéndolos vencido, los obligó á reconocerle por soberano. Nombrado luego rey de Siracusa por una faccion cuyos intereses habia sostenido anteriormente, cedió el gobierno de Jela á su hermano Hieron para ocuparse únicamente en el de Siracusa, dedicándose á estender su dominio.

Poco tardó en hacerse poderoso en su nuevo trono y acreedor por su esfuerzo á suerte tan feliz; pues habiendo desembarcado en Sicilia los cartajineses aliados de Persia, al mando de Hamílcar, ínterin Jerjes invadia la Grecia, Jelon de acuerdo con Teron, tirano de Agrijento, les presentó batalla bajo los muros de Himero, y alcanzó sobre ellos una completa victoria. La mayor parte del botin importante que cojió al enemigo fué destinado á hermosear los templos de Siracusa, y los prisioneros fueron repartidos entre los siracusanos. Seguro entonces de que esta victoria y la sabiduría de su gobierno le daban justos títulos al amor de sus súbditos, resolvió deponer el mando ó ejercerlo de un modo lejítimo; y convocando á este fin los siracusanos, se presentó enmedio de ellos desarmado y sin guardias,

les dió cuenta de los varios actos de su gobierno, y ofreció deponer la autoridad si se probaba que la hubiese ejercido de un modo contrario al bien del pueblo, sometiéndose de antemano al rigor de semejante juicio. Prendados de esta conducta los siracusanos, le confieren el título de rey, instándole á que conserve el mando; y ocupando el trono por segunda vez, manifestó en él igual espíritu de moderacion y de justicia hasta el fin de su vida, y murió llorado de su pueblo á los siete años de su reinado, 471 antes de Cristo.

La Sicilia disfrutó de paz en el reinado de Jelon, mas no en el de su hermano Hieron, su sucesor, cuyo principio no presenta sino una série continuada de perfidias y crueldades, aunque de resultas de una grave enfermedad y de varias conferencias con los mejores filósofos y poetas de la Grecia, varió de conducta, dedicando los últimos años de su vida á la felicidad de Siracusa. Sucedió al reinado pacífico de Hieron la sangrienta tiranía de Trasíbulo, que desonró á un mismo tiempo con sus violencias el cetro y la humanidad hasta el año 460 antes de Jesucristo. Al cabo de una guerra desgraciada contra los siracusanos, á quienes habia cansado su odiosa y orrenda tiranía, fué arrojado del trono y de Sicilia, y entonces proclamó Siracusa la libertad, imitando su ejemplo todas las ciudades griegas de Sicilia en el año 450 antes de Cristo. Pero estos pueblos no supieron disfrutar mas que de una libertad inquieta, turbulenta y borrascosa, de lo cual se aprovechó Siracusa para usurpar sobre ellos el mismo imperio que Atenas ejercia sobre el resto de la Grecia.

La actividad del gobierno democrático y la fermentacion de las asambleas populares dieron lugar á que en estas ciudades se manifestasen hombres de talentos, que se distinguieron aun en la misma Atenas. Siracusa tuvo la gloria de producir á un Hermócrates tan intrépido como elocuente; y Gorjias honró de tal manera á Leontio, que prendados los leontinos de su elocuencia, le enviaron á Atenas para implorar su ausilio contra las tiránicas pretensiones de Siracusa. Presentóse Gorjias á los atenienses y les espuso su mision tan elegante y elocuentemente, que estos determinaron muy luego que la república enviase veinte naves al socorro de Leontio, y obligaron luego al orador á que

permaneciese en Atenas, tomaron lecciones de su arte, y llevaron despues la admiracion al estremo de erijirle una estátua en el templo de Apolo.

Sicilia y la ambiciosa Siracusa se atemorizaron con la intervencion de Atenas; y las ciudades principales, cuyos diputados se habian reunido en Jela, persuadidos por la elocuencia de Hermócrates, resolvieron conciliar sus intereses. Empero no duraron mucho tiempo estas pacíficas disposiciones entre todas estas ciudades igualmente ambiciosas, porque pocos años despues Leontio fué tomada y destruida por el ejército de Siracusa, la cual facilitó muy luego socorros interesantes á Selinonte que entonces se hallaba en guerra con Ejesta, como hemos referido.

Habiendo sido derrotados los ejestanos en varios encuentros, ya hemos visto que imploraron el ausilio de los atenienses, quienes por su parte no aguardaban sino la ocasion de abrirse paso para conquistar la Sicilia, y se decidieron con tanta mayor facilidad, por cuanto los ejestanos al ofrecerles el resarcimiento de los gastos del armamento, les dieron á conocer que si Atenas no trataba de cortar los vuelos á Siracusa, podria esta reunirse luego con Lacedemonia y proceder contra ella. Esta razon fué sin duda suficiente para determinar á los atenienses, muy inclinados ya á la guerra, y llevados tambien por los consejos de Alcibiades.

Sin embargo, los ciudadanos mas prudentes creyeron ante todo debian enviar diputados á Sicilia para asegurarse si efectivamente habia en el tesoro de Ejesta con que atender á los gastos del armamento; pero los ejestanos, que habian prometido lo que no podian cumplir, temiendo que se entibiase el zelo de los atenienses, pidieron prestados á sus vecinos muchos vasos de oro y plata que ostentaron con fausto á los diputados de Atenas; y habiendo dado estos una relacion ecsajerada de las riquezas de Ejesta, hemos visto ya la espedicion.

Admirando las maravillas que producia el espíritu inventivo de los griegos, su amor á la gloria y su valor heróico, es fuerza lamentar la ceguedad de los hombres: abusan de los dones mas preciosos; y ofuscados por sus pasiones se sirven de sus propias armas para destruirse.

La Grecia, rica de jénios, lejisladores y sabios, y vencedora

de Jerjes, hizo temblar al Asia y dió esperanzas de ilustrar á la Europa llena de sus brillantes colonias: una parte de Italia y toda la Sicilia eran griegas: las artes y las ciencias se esparcian al occidente: la union debió consolidar las conquistas de la civilizacion; pero el lujo, la ambicion y la discordia destruyeron la obra de las luces, introdujeron en unas ciudades la molicie, la tiranía en otras, y en todas el egoismo, preparando desde lejos el triunfo de la potencia romana, que sometió sucesivamente á su yugo todos estos pueblos divididos.

Hemos visto que Siracusa, no poniendo límites á su ambicion, queria someter á muchas ciudades de Sicilia, y esto trajo contra sus murallas las fuerzas de Atenas. No tenia socorros que esperar de los pueblos de Italia, menos ambiciosos en verdad, pero sumidos en la impotencia que producen los placeres. La célebre Síbaris, fundada por los aqueos, señora antiguamente de veinticinco ciudades, se habia corrompido por las riquezas. El vicio ha inmortalizado su nombre: su molicie fué tal, que daba premios á los inventores de nuevos placeres. Sus cobardes habitantes, fácilmente vencidos por los de Crotona, vieron destruida su ciudad. Sobre sus ruinas fundaron los atenienses la ciudad de Turio, cuyo lejislador fué Carondas, discípulo de Pitágoras.

La moral de este Carondas fué muy severa. Escluia del senado al que pasaba á segundas nupcias: condenaba la calumnia á penas infamantes: castigaba con multas toda conecsion con los malvados; y los cobardes estaban obligados á presentarse en público vestidos de mujer. Temiendo el riesgo de las innovaciones, mandó que todo el que propusiese una ley nueva, llevase al cuello un dogal, con el cual se le aorcase si la proposicion no era tenida por buena y justa y no se adoptaba. Volviendo un dia de perseguir á unos ladrones, se presentó por olvido en la asamblea del pueblo con sus armas, lo cual estaba proibido. Advirtiéronle que violaba su misma ley: «En lugar de violarla, dijo, la sellaré con mi sangre;» y se atravesó con su espada.

Poco á poco se fueron aflojando los lazos de esta rijida lejislacion, y se afeminaron las costumbres; pero Turio conservó mucho tiempo el odio á las novedades y el amor de la paz, y vivió tranquila enmedio de las

guerras que affijian á los pueblos vecinos.

Zelevco, otro discípulo de Pitágoras, habia dado leyes á Lócros. Conduciendo á los hombres al conocimiento de la divinidad por la meditacion de sus obras y por la observacion del órden admirable del universo, prescribió en honor de los dioses mas virtudes que sacrificios. Sus leyes fueron mácsimas de moral; y para estinguir el rencor que eterniza las guerras civiles, recomendaba á sus conciudadanos obrar con sus enemigos, como si hubieran de convertirse pronto en amigos. Para desterrar el lujo de su república, no lo permitió sino á las rameras.

Viviendo todos los pueblos de la magna Grecia en estas disposiciones pacíficas, no debian esperar de ellos los siracusanos socorros considerables, como de las ciudades de Sicilia; pero si en la isla tenian aliados, tambien tenian enemigos irritados por la dominacion de Siracusa. Por otra parte las colonias griegas de Sicilia seguian ordinariamente el partido de sus metrópolis, y la rivalidad de Esparta y Atenas estendia su influencia á aquellas ciudades. Los antiguos habitantes de Sicilia fueron los lestrigones y los cíclopes. Algunos troyanos fundaron en la parte occidental la ciudad de Ejesta, que los latinos llamaron *Segesta*. Los fenicios establecieron colonias en la costa que mira á Cartago; lo que proporcionó á esta ciudad grandes medios para estender su dominio en aquella isla. Los primeros griegos que se establecieron en Sicilia fueron los calcídicos ó calcidios de Eubea, que fundaron á Naxos, Leontio y Catania. Siracusa fué, como hemos dicho, colonia de los corintos. Los megarios edificaron á Megara ó Hibla, cuya miel era tan celebrada con el nombre de *miel hiblea*; y despues á Selinonte y Agrijento. Los mesenios fundaron á Mesana, hoy Mesina, y los siracusanos á Acra, Clazomene y Camarina.

Por el cuadro que acabamos de formar se puede juzgar que Siracusa, teniendo á sus puertas menos aliados que enemigos, se hallaba entregada á sus propias fuerzas, y debia sucumbir bajo el poder de Atenas si Esparta no la socorria prontamente. Sin embargo, su poblacion numerosa, la fortaleza de sus murallas y su poderosa escuadra, ofrecian á Nicias ostáculos grandes que ecsijian de este jeneral mucha ac-

tividad y valor. Siracusa estaba dividida en tres cuarteles: el de la Isla, situado al Mediodia, comunicaba con la tierra firme por un puente: las casas de la Acradina se prolongaban á lo largo de la costa: detrás de este cuartel y paralelamente á él, estaba el de Epípolis. Entrambos se hallaban defendidos con altas murallas flanqueadas de torres, y con profundos fosos. Siracusa tenia dos puertos: el circuito del mayor era de dos leguas.

Aun permanecia Nicias en Catania; pero ofendido por último con los sarcasmos de los contrarios, determinó en fin marchar contra Siracusa. Bien conocia la dificultad de la empresa por la situacion de la ciudad: no atreviéndose á batirla por tierra por carecer de caballería, y mirando como espuesto atacarlos por mar á causa de la fuerza de sus puertos, se valió de una estratajema para conseguir su objeto. Soborna á uno de Catania, y este, finjiéndose desertor, se pasa á los siracusanos, á quienes informa que los atenienses solian quedarse por las noches desarmados en la ciudad, y que así era muy fácil sorprender su campamento y apoderarse de sus armas, bagajes y de la escuadra. Prestando fé á esta noticia, marchan los siracusanos con todas sus fuerzas contra Catania para ejecutar la sorpresa; y entretanto Nicias, que habia embarcado sus tropas, se dirije ácia Siracusa, desembarca sin oposicion, y se fortifica sobre las alturas de la ciudad. Desengañados aunque tarde, vuelven á ella los siracusanos precipitadamente; ofrecen batalla á Nicias, y este alcanza sobre ellos una completa victoria. Sin embargo, aunque dicen que Nicias debió aprovecharse del espanto que esta derrota produjo en la ciudad, este jeneral, no creyéndose todavia en situacion de emprender el sitio, abandonó sus atrincheramientos para establecer sus cuarteles de invierno en Naxos y Catania, pidiendo á Atenas desde allí víveres y dinero.

Esta lentitud dió tiempo á los siracusanos para reanimarse. Hermócrates, su jeneral, los alentó y envió á pedir socorros á Corinto y á Esparta. El momento era favorable, porque Alcibiades, inflamado con el deseo de la venganza, habia salido de Argos para ofrecer sus servicios á Lacedemonia. Apenas llegó á Laconia, adquirió una influencia increible sobre los lacedemonios, imitando sus costumbres. Ya no era aquel brillante ate-

niense rodeado de cortesanas en un palacio suntuoso, deslumbrando con el lujo de sus vestidos, y pasando las noches en festines orjíacos; sino un duro espartano, vestido groseramente, comiendo la salsa negra, luchando con los jóvenes, meditando con los ancianos, grave en su continente, lacónico en sus discursos, y mas enemigo de Atenas que sus antiguos rivales. Persuadió á los lacedemonios que enviasen con prontitud á Siracusa un ejército á las órdenes de Jílipo, y atacasen al mismo tiempo á Atenas; y para que esta invasion no fuese tan infructuosa como las anteriores, les aconsejó fortificar el puerto de Decelia, cuya importancia conocia mejor que nadie. Así, el talento funesto de este mal ciudadano preparó y decidió la ruina de Atenas, contribuyendo él mismo á ella con su brazo y su pérfido consejo.

Habiendo recibido Nícias á la primavera siguiente un refuerzo importante de Atenas, dió á la vela para Siracusa con el objeto de bloquearla por mar y tierra, y emprendió el sitio de esta ciudád con un grado de perfeccion desconocido hasta entonces. Apoderóse primero del Epípolis, altura que dominaba la plaza, pero cuyo acceso era espuesto. Conociendo los siracusanos la importancia de esta posicion, habian dispuesto un destacamento de setecientos hombres para ocuparla á la primera señal, al efecto de impedir que se apoderasen de ella los enemigos; pero Nícias desembarcó con tal prontitud y secreto, que no bien se presentó, el destacamento fué arrollado con pérdida de trescientos hombres, incluso el jefe.

Dueño ya Nícias del Epípolis, levantó una fortaleza y se preparó á cercar la ciudad de una muralla, para cortarle toda comunicacion con el campamento; y como el enemigo hacia esfuerzos por su parte para destruir estos trabajos, resultaban diariamente nuevos encuentros, en los cuales vencian los atenienses; pero en uno de ellos perdió la vida Lamaco. Siempre firmes los siracusanos en tomar el Epípolis, le atacaban con frecuencia; y en una de estas acciones, hallándose Nícias enfermo en su cama sin otra guardia que sus sirvientes, discurrió incendiar las máquinas de guerra, lo cual efectuado, produjo la doble ventaja de servir de señal á los suyos y de aterrar de tal manera al enemigo, que este se retiró

precipitadamente para ponerse á cubierto de sus murallas.

Este triunfo fué muy lisonjero para Nícias, quien esperaba tener otros mas importantes. En efecto, varias ciudades que hasta entonces se habian mantenido neutrales, se declararon por él, y todo parecia coadyubar á su favor. Pero atacados los siracusanos por todas partes y prócsimos ya á pedir un convenio, aparece repentinamente en Siracusa un enviado de Corinto, con la noticia de la prócsima llegada de Jílipo, jeneral lacedemonio, que venia en su ausilio con una escuadra y un ejército numeroso. Apenas podian dar crédito los siracusanos á esta noticia, cuando reciben una órden de Jílipo, noticiándoles su llegada y mandándoles que hiciesen una salida con todas sus fuerzas para apoyar su desembarco, que se efectuó sin oposicion por parte de los atenienses, quienes sorprendidos de este acontecimiento se retiraron precipitadamente y en desórden á guarecerse de sus fortificaciones.

Ufano Jílipo con el resultado de su llegada, intimó á Nícias que evacuase la Sicilia en el término de cinco dias; pero este no respondió á demanda tan injuriosa, y ambos ejércitos se dispusieron al combate. Jílipo tomó por asalto la fortaleza de Labdalo, y se ocupó luego en abrir un paso en la muralla con que Nícias creyó encerrar á Siracusa. Opusiéronse los atenienses, y empeñóse una accion en la que fueron derrotados los espartanos. Jílipo tuvo la nobleza de acusarse á sí mismo de aquel descalabro, atribuyéndolo á la mala eleccion del terreno; y prometió á los soldados que luego les proporcionaria nueva ocasion de recobrar su honor y el suyo.

Poco tardó el mismo Nícias en presentarles la ocasion, pues conociendo le era necesario al momento empeñar otra accion á fin de que el enemigo no estendiese mas sus líneas, lo que haria ilusorio el proyecto de cercar á Siracusa, marchó contra Jílipo, el cual hizo avanzar sus tropas mas allá del terreno donde terminaban las murallas de una y otra parte, para poder libremente desplegar sus fuerzas; con cuya precaucion logró por medio de su caballería la victoria mas completa. Persiguió á los atenienses hasta sus campamentos, y á la siguiente noche llevó las líneas siracusanas mas allá de las obras que habian levantado los atenienses;

con lo cual vieron estos frustradas las esperanzas de cercar la ciudad.

Viendo Nícias que desde la llegada de Jílipo iba perdiendo terreno, juzgó prudente retirarse ácia el mar para conservarlo libre en un caso apurado; y á este fin se apoderó de Plemnirio, cerca del puerto grande, donde mandó levantar tres fortalezas para retirarse allí si necesidad hubiese. En este intervalo volvió Jílipo á tomar todas las plazas del interior de Sicilia, y aumentó sus fuerzas con la llegada de la escuadra que esperaba de Corinto.

Por desgracia la moral casi siempre está escluida de la política, y los estados se creen mas dispensados que los particulares de guardar su fé. La victoria de Jílipo cambió las disposiciones de los pueblos de Sicilia, que sin atender á la fé pública abandonaron casi todos á Nícias y se hicieron del partido de Siracusa y Lacedemonia.

Viéndose Nícias en el mayor apuro, informó á los atenienses de la triste situacion en que se hallaban sus negocios en Sicilia, donde el enemigo habia adquirido tal superioridad, que lejos de poder él mismo atacar á Siracusa, estaba al contrario prócsimo á verse sitiado en sus fortalezas. Añadia que la escuadra se hallaba en tan mal estado como el ejército, y que sin un socorro de hombres, buques y dinero, no podia llevarse á cabo la espedicion, y terminaba pidiendo un sucesor, con motivo de su quebrantada salud, que no le permitia sufrir las molestias del mando. Alarmados los atenienses con esta noticia, enviaron á Eurimedonte y á Demóstenes: el primero salió inmediatamente con diez galeras cargadas de víveres y dinero, y el otro despues con fuerzas superiores. Su dimision no fué admitida, pero enviaron á Menandro y á Eutidemo para que le ayudasen; —tan necesaria les parecia su presencia en Sicilia.

Entretanto Ajis, rey de Esparta, siguiendo el consejo de Alcibiades, entró en el Atica, la taló, fortificó á Decelia, y quitó á los atenienses todos los medios de recibir los productos de sus minas y la renta de sus propiedades rurales.

Atenas sufrió todas las calamidades de una hambre cruel: los esclavos desertaban, el pueblo jemia, el enemigo amenazaba la ciudad con ataques diarios, y los ciudadanos se veian obligados á hacer guardia de dia y de noche.

Entretanto Jílipo habia persuadido á los siracusanos que equipasen una gran escuadra, á fin de quitar á los atenienses la libertad del mar. Estando ya todo concluido y dispuesto para la ejecucion de su plan, salió Jílipo de noche con todas sus fuerzas de tierra contra Plemmirio, mientras que la escuadra se dirijia al mismo punto para sorprender á los atenienses. A la primera noticia las tropas atenienses que defendian los fuertes, se dispusieron en la orilla para recibir á los siracusanos; y con esta imprudente salida pudo Jílipo apoderarse con facilidad de las mas importantes de sus fortalezas. Empero se frustró el triunfo de los siracusanos, pues en su ataque marítimo, once de sus galeras fueron echadas á pique, tres cayeron en poder del enemigo, y muchos marineros perecieron muertos y aogados.

A pesar de esto no dejaron los siracusanos de empeñar otra accion antes de la llegada de los ausilios que esperaban los atenienses. Disponen un acertado ataque; pero Nícias, que aguardaba pronto la escuadra de Demóstenes, no creyó prudente aceptar el combate con fuerzas inferiores. Eutidemo y Menandro, llenos de ambicion, y queriendo señalarse con alguna azaña antes de la llegada de Demóstenes, alegaron que se veria comprometido el honor del nombre ateniense si no se aceptaba el combate; y Nícias se vió obligado á presentar batalla.

Hasta la mañana del segundo dia ambas escuadras se estuvieron mirando una á otra en el puerto grande, y queriendo Nícias aprovecharse de aquella inaccion, mandó avanzar los buques de transporte, los puso en línea de modo que pudiesen sus galeras retirarse detrás de ellos en caso de derrota. Al tercer dia se presentaron los siracusanos mas temprano de lo ordinario, atacaron de improviso á los atenienses, quienes llamados á bordo precipitadamente se arrojaron con desórden en sus naves, sin tener tiempo de formar en batalla. Despues de una corta resistencia se refujiaron los atenienses detrás de sus transportes, donde los persiguió el enemigo, y les destrozó siete geleras, matando y haciendo prisioneros gran número de soldados.

Desalentado estaba Nícias con esta derrota, y sintiendo haber cedido al deseo imprudente de sus colégas, cuando el sonido de algunos clarines le anunció de repente la procsimidad de la es-

cuadra de Demóstenes que se adelantaba con aparato belicoso. Los siracusanos quedaron consternados á la llegada de una escuadra compuesta de setenta y tres galeras y de ocho mil hombres, y desesperaron de poder cansar á un pueblo que tales esfuerzos hacia aun enmedio de sus reveses. Informado Demóstenes, conoció que debia operar prontamente, por lo cual resolvió aprovecharse del terror que habia infundido en Siracusa su llegada, y no aniquilar sus tropas con pequeñas escaramuzas.

DESASTRE DE LOS ATENIENSES. —Nícias, siempre opuesto á toda determinacion precipitada, suplicó á Demóstenes que no se apresurase, haciéndole la observacion de que el enemigo estaba reducido á la mayor penuria por falta de víveres, que sus aliados estaban dispuestos á abandonarle, y por último, los siracusanos cansados de pelear y de Jílipo, se rendirian pronto á discrecion. Nícias habia recibido estos informes por conducto seguro, pero se atribuyó al carácter tímido y lento que siempre se le habia echado en cara, y no se hizo caso de ellos.

Demóstenes atacó la muralla que cortaba las trincheras de los sitiadores para apoderarse del Epípolis, pero no pudiendo acercarse á él durante el dia lo hizo por la noche acompañado de Eurimedonte y de Menandro, encargando á Nícias la custodia del campamento. Los siracusanos, apoyados por Jílipo, le hacen frente, pero son rechazados. En tanto los atenienses marchando desordenadamente y temerosos de que saliendo de su sorpresa el enemigo, se reiciese al apuntar el dia, son detenidos por un cuerpo de beocios, que presentando sus lanzas los atacaron intrépidamente poniéndolos en completo desórden. Enmedio de tal confusion volvieron las armas unos contra otros; y como para reconocerse en la oscuridad se preguntaban la contraseña, se aprovechó de esta el enemigo para atraerlos á sus filas, donde los atacó indefensos. En este combate nocturno perecieron unos dos mil atenienses, pérdida que los desanimó completamente; y habiéndose agravado esta con las enfermedades que se manifestaron en el campamento, los jenerales juzgaron que debian abandonar una isla tan funesta para las armas de Atenas. Nícias convino en ello; y se mandó con sijilo que la escuadra estuviese pronta para dar á la vela.

Todo estaba ya pronto cuando en el momento de partir, un eclipse esparció el espanto en el ejército; y aunque era costumbre suspender en tales casos por tres dias la ejecucion de toda empresa, en estas circustancias, sin duda por un esceso de supersticion, los adivinos declararon que era preciso esperar tres veces nueve dias cumplidos antes de darse á la vela.

En este intermedio se esparce en Siracusa la noticia de la partida de los atenienses, y determinan al punto atacarlos por mar y tierra. El primer dia consiguen un corto triunfo los siracusanos, y al siguiente enviaron setenta y seis galeras contra la escuadra ateniense, compuesta de ochenta y seis naves. Eurimedonte mandaba el ala derecha de los atenienses, y le atacaron haciéndole retroceder hasta la playa, donde pereció peleando. Sin embargo salvaron los atenienses sus buques á escepcion de dieziocho que cayeron en poder del enemigo; pero quedando en muy mal estado y batidos contra su esperanza, sobre su elemento favorito, perdieron el ánimo y solo pensaron en una pronta retirada.

Queriendo el enemigo impedir la huida á los atenienses, cerró la entrada del puerto con una línea de galeras unidas con cadenas. Entonces deliberaron los atenienses acerca de su estado verdaderamente lamentable, viéndose aprisionados de este modo. Hallábanse sin víveres y les era forzoso abandonar al punto á Siracusa. Para ello desampararon su campamento, y determinaron dejar algunas fuerzas para la custodia de enfermos y de los bajeles, y hacer pelear las demás abordo, retirándose á Catania si quedaban victoriosos, y si no, incendiar sus naves y dirijirse por tierra á la ciudad aliada mas cercana.

Adoptado este plan, equipó Nícias ciento diez galeras con sus remeros; embarcó en ellas los soldados que pudo, y colocó los demás en la playa, esperando el écsito del combate que se trabó por ambas partes con igual ardor. Al llegar á la boca del puerto, los atenienses se apoderaron fácilmente de las galeras; pero tratando de romper las cadenas cayó sobre ellos el enemigo, y dando las escuadras una con otra en sitio arto estrecho para su número, resultó una espantosa confusion. Molestados los atenienses por una nube de piedras que arrojaba la plaza, y no teniendo ellos para su defensa si-

no dardos que no herian nunca el objeto, por el balance de los buques, dejaron de pelear procurando únicamente abrirse paso, á lo cual se oponian con todas sus fuerzas los siracusanos. Los dos ejércitos que estaban en tierra seguian ansiosos con la vista los movimientos de las escuadras, procurando adivinar el écsito. En fin, los atenienses quedaron batidos, y sus naves fueron rechazadas en desórden á la playa, en donde se abarrancaron, anunciando esta victoria los siracusanos á la ciudad con gritos de alegría. Los vencedores volvieron triufantes á la ciudad, en tanto que los atenienses vencidos y dispersos por la orilla del agua, contemplaban los restos de su brillante escuadra. Viendo que no les quedaba otro partido que abandonar sus naves y ejecutar su retirada por tierra, resolvieron aprovecharse de la noche para ocultarla al enemigo.

Hermócrates, entretanto, sospechando su intencion conoció cuán importante era no dejar escapar á un enemigo tan numeroso, capaz de fortificarse en algun punto de Sicilia y de volver á empezar la guerra. Sirvióse de una estratajema haciendo que dos tránsfugos avisasen á Nícias que dejase su partida hasta la siguiente mañana, porque los siracusanos le esperaban al paso; siendo así que estos estaban entregados á la celebracion de las fiestas de Hércules. Nícias, engañado, no hizo movimiento, y los siracusanos tuvieron tiempo para apoderarse de todas las avenidas, fortificar los parajes vadeables de los rios, cortar los puentes, y distribuir su caballería por la llanura, de modo que no habia otro recurso para los atenienses sino la batalla. Emprenden finalmente la marcha al tercer dia ácia Catania divididos en dos cuerpos, mandados por Nícias y Demóstenes. Llegan á las márjenes del Anapo, ábrense paso por entre la caballería enemiga, que los molestó por algun tiempo sin querer entrar en batalla con un enemigo á quien la desesperacion podia hacer invencible. Contemplando entonces los dos jenerales su triste situacion, sin víveres y llenos de heridos, juzgaron oportuno dirijirse ácia el mar tomando mejor la direccion de Camarina y Jela. Este movimiento lo hicieron desordenadamente por la oscuridad y la inmediacion del enemigo. Sin embargo, la vanguardia de Nícias restableció el órden en sus filas,

pero la retaguardia de Demóstenes perdió el camino, y al romper el dia fué cargada por los de Siracusa. Estrechados los atenienses en un paraje escabroso se batieron con desesperacion, hasta que los siracusanos cubiertos de heridas y agobiados de cansancio pusieron fin al combate prometiéndoles que se les salvaria la vida si se rendian á discrecion. Entonces Demóstenes rindió las armas con seis mil soldados, estipulando primero que ningun ateniense seria despues condenado á muerte ni esclavo.

Al siguiente dia alcanzaron tambien á Nícias, y le intimaron que se rindiese como lo habia hecho Demóstenes; pero él, no dando crédito á lo que decian los siracusanos, pidió le dejasen tiempo para cerciorarse de la verdad. Enterado de ella prometió satisfacer los gastos de la guerra con la condicion de que se le permitiria salir de Sicilia con sus tropas, dejando en reenes tantos atenienses cuantos hubiese de pagar; pero desecharon la proposicion, y de nuevo emprendieron el ataque. Nícias sostuvo el combate toda la noche, y prosiguió su marcha hasta la orilla del Asinaro; pero llegando á este rio le alcanzan los siracusanos y arrollan contra las aguas la mayor parte de sus soldados; mientras que los demás arrojándose al rio para apagar su sed devoradora, fueron pasados á cuchillo sin resistencia. No pudiendo Nícias presenciar por mas tiempo aquel espectáculo, se rindió á Jílipo con tal de que cesase aquella carnicería. Terminóse el combate y la capitulacion. (412 años antes de Jesucristo.)

Muerte de Demóstenes y Nícias. — Reuniéronse en consejo los siracusanos al dia siguiente, para deliberar sobre la suerte de los prisioneros. Diócles, uno de sus jefes, opinó que así los atenienses de condicion libre, como los sicilianos reunidos á ellos, fuesen condenados á cárcel perpétua, que los aliados y los esclavos fuesen vendidos públicamente, y que los jenerales, despues de ser azotados, muriesen en el patíbulo. Fuertemente se opusieron á tal atrocidad todos los siracusanos distinguidos, y cuantos eran susceptibles de compasion, principalmente Hermócrates; pero el populacho enfurecido pedia la muerte. En vano Nicolao, anciano venerable, trató de inspirar moderacion, pues insistieron en la peticion de Diócles. En vano Jílipo in-

tercedió por Nícias y Demóstenes, reclamándolos como prisioneros de Esparta, y á favor de los cuales alegaba la capitulacion: respondiéronle que como estranjero no le cumplia tratar en nombre de Siracusa; y los dos jenerales atenienses, despues de ser azotados ignominiosamente, fueron decapitados en la plaza pública.

Profundo y unánime fué el dolor de la Grecia al saber la afrentosa muerte de estos dos atenienses, lamentándose sobre todo de la suerte de Nícias, el hombre mas justo y moderado de su siglo, y el que menos debia esperar tan deplorable muerte. Los prisioneros fueron encerrados en las canteras de Siracusa, unos sobre otros, espuestos á los rayos del sol por el dia, y helados de frio por la noche, infectados por las ecsalaciones pútridas de los cadáveres que entre ellos morian, y devorados de hambre y sed, que no podian satisfacer con el mezquino alimento que les echaban;—por el espacio de ocho meses sufrieron tales tormentos, que no es dable pintarlos sin conmoverse.

Tal fué la catástrofe de esta guerra fatal, emprendida por la lijereza de un pueblo y la vanidad de un solo hombre, de Alcibiades, y tan desgraciada por su traicion. Asi se justificó el dicho de Timor, famoso por su misantropía y aborrecimiento á los hombres, el cual viendo aumentarse la influencia de Alcibiades en Atenas, le dijo un dia: *Animo, hijo mio, continua engrandeciéndote, que por tí tendré el placer de ver arruinados á los atenienses.* Este acontecimiento importante para la historia del arte militar, está descrito de una manera admirable por Tucídides, con todas las circunstancias terribles que le acompañan.

Cuando la noticia de este desastre llegó al puerto de Atenas, no quisieron creerla, y condenaron á muerte al portador de ella; pero luego que se confirmó por testigos oculares, el pueblo, olvidándose que él mismo habia querido se efectuase la espedicion, se estrelló contra los oradores, los sacerdotes y los oráculos que habian aconsejado su espedicion y vaticinado su buen écsito. La república creyó hallarse al borde de su ruina, porque en efecto habia perecido la flor de su juventud, y se hallaba sin bajeles ni dinero. A cada instante creia ver desembarcar en el Pireo los nuevos enemigos que acababa de crearse y los antiguos que tenía en Grecia. Cier-

tamente que Atenas debía hallarse tanto mas abatida, por cuanto mientras que sus mejores fuerzas se consumian en Sicilia, habia sido el Atica teatro de bastantes calamidades. La guerra de Siracusa no habia interrumpido los estragos del Peloponeso. Alcibiades habia aconsejado á los espartanos se apoderasen de Decelia, punto importante para poder llevar la guerra hasta las murallas de Atenas. Ajis, rey de Esparta, la fortificó; y los atenienses, privados del producto de sus minas, se vieron reducidos á la mayor escasez. A pesar de estas calamidades, la república hizo los mas nobles esfuerzos en lo esterior. Mandó veinte galeras á Neupacta con objeto de observar los movimientos de la escuadra peloponesiaca, destinada al socorro de Siracusa; otras treinta continuaron la guerra bajo los muros de Anfípolis; varias naos estaban ocupadas en percibir los tributos y en reclutar soldados en las colonias asiáticas, en tanto que una escuadra poderosa asolaba el Peloponeso. Pero el desastre de Siracusa habia comprometido sus últimos recursos, y sin escuadra, ejército ni dinero, no podian contemplar sin espanto su triste posicion. Los aliados, que sufrian por fuerza el yugo de Atenas, la abandonaron cuando la vieron desgraciada. Las ciudades de Tracia, Jonia, Eubea, Chio y Lesbos se pusieron bajo la proteccion de Esparta, y tuvieron por mas justo el partido del mas fuerte. Algunos pueblos de Asia, mas fieles ó mas previsores, permanecieron en la alianza. Tisafernes, gobernador de Sardes por el rey de Persia, y Farnabazo, sátrapa del Helesponto, prometieron subsidios á los espartanos si les ayudaban á someter aquellos pueblos y quitar á Atenas sus últimos aliados. Esparta consintió en ello con desprecio de las leyes de Licurgo: el deseo de dominar le hizo recibir el oro estranjero, y armarse contra la libertad de la Grecia. Así es como la corte de Persia, vencida por las armas de la Grecia, pero triunfante por la intriga, se aprovechó de las disensiones de sus enemigos para corromperlos y humillarlos.

Alcibiades en Sardes.— Alcibiades se veia mas vengado de lo que esperaba: la venganza es un goce en tanto que está lejos; luego que está satisfecha, destroza el alma en la cual no ha borrado todas las huellas de la virtud. Habia probado el acíbar

de la venganza; pero el amor de la patria se despertó en su corazon luego que la vió infeliz, y empleó toda su habilidad en retardar la negociacion de Tisafernes. Al mismo tiempo Ajis, rey de Esparta, injuriado en el honor por el comercio adúltero de su mujer con Alcibiades, buscaba medios de matarle. La pasion de la reina Timea era tan imprudente y desvergonzada, que en presencia de sus amigos daba á su hijo Leotiquides el nombre de su amante. Alcibiades recibió el aviso de que los éforos querian prenderle, so color de ser muy amado de los lacedemonios, y se escapó á Sardes; y mudando allí de sistema, costumbres, traje y estilo, llegó á ser en breve el favorito de Tisafernes. Dueño de su ánimo, le persuadió que mantuviese la balanza entre Atenas y Esparta, probándole que la ruina de cualquiera de estas dos ciudades pondria á la otra en estado de armar todas las fuerzas de la Grecia contra la Persia. Estas intrigas dejaron respirar á los atenienses, que formaron nuevos ejércitos y escuadras, é hicieron volver á su obediencia muchas ciudades. Supieron que Tisafernes reforzaba su escuadra con ciento cincuenta bajeles fenicios, de modo que estaba en su mano oprimir á Atenas, ó libertarla de los lacedemonios.

Entonces se arrepintió el pueblo de haber maltratado á Alcibiades, cuya influencia peligrosa temia. Este, aprovechándose de las circunstancias, prometió á sus conciudadanos la alianza de Tisafernes, si destruian en Atenas el réjimen democrático. Indignado el pueblo se opuso al principio á esta resolucion; pero era el peligro inminente y no cabia andarse en discusiones, cuando no habia recursos, y el partido democrático consintió en todo por salvar la patria. Atenas envió á Sardes á Pisandro y á otros diez diputados para tratar con Tisafernes y Alcibiades. El sátrapa ecsijia imperiosamente que los atenienses renunciasen a la Jonia, lo que Atenas no podia ni queria consentir: incomodado con esta oposicion hizo un tratado con Lacedemonia que prometió formalmente ceder al rey de Persia las provincias griegas del Asia menor.

Revolucion de Atenas.—Los cuatrocientos.—A pesar de esto, las disposiciones empezadas á tomar en Atenas se concluyeron. A la democrácia se sustituyó la oligarquia, y se confió el gobierno de la república

á cuatrocientos ciudadanos de los mas ricos. El senado resistia aun; pero el lugar de sus sesiones fué violado por los cuatrocientos armados de puñales y seguidos de ciento veinte satélites, y los senadores huyeron. A este acto de violencia siguió una cruel proscricion: los partidarios de la democrácia fueron presos, degollados y privados de sus bienes; de modo que los nuevos majistrados fueron mas inumanos con el pueblo que los mismos enemigos. La escuadra que estaba en Sámos para refrenar con su presencia las disposiciones equívocas de los aliados, se rebeló apenas supo estas atrocidades, depuso á sus jefes y nombró en su lugar á Tázilo y Trasíbulo. Estos llamaron á Alcibiades y le dieron el mando jeneral de la armada con plenos poderes para ir á Atenas á derribar la nueva tiranía. Los lacedemonios en lugar de aprovecharse de estas turbulencias y marchar prontamente á Atenas, acometieron á la isla de Eubea y se apoderaron de ella. Este yerro salvó por entonces á los atenienses; tomaron algun aliento, confirmaron la vuelta de Alcibiades, y depusieron á los cuatrocientos tiranos que tanto habian abusado de su poder precario.

No quiso Alcibiades volver á Atenas sin haber reparado sus yerros con servicios, y sus traiciones con victorias. Al frente de algunos bajeles jónios, se unió á la escuadra ateniense, atacó impetuosamente á los lacedemonios cerca de Abydos, los destrozó completamente y les cojió mas de treinta bajeles. Despues se presentó con su osadía é imprudencia acostumbrada en la córte de Tisafernes; pero este sátrapa, que sintió herido su orgullo, lo mandó prender, diciendo que tenia órden del rey de Persia de hacer la guerra á los atenienses. Mas al cabo de treinta dias logró fugarse, y refujiándose en Clazomene, se reunió luego con la escuadra ateniense que estaba entonces anclada delante de Cizico.

Reconquista del Helesponto: —El sátrapa Farnabazo y Míndaro de Esparta, tenian en la Propóntide fuerzas muy superiores á las suyas. Al principio se acercó con la mitad de su escuadra para inspirar confianza al enemigo y separarlo de la costa. Sucedió como lo habia previsto. Viendo los contrarios el pequeño número de sus embarcaciones, las acometieron desordenadamente, teniendo por fácil y segura la victoria. Pero á poco

de comenzada la batalla, aparece lo restante de la escuadra de Alcibiades, cae sobre los persas y espartanos y los derrota completamente. Aprovechándose Alcibiades de esta ventaja, desembarcó su ejército, venció á Farnabazo, hizo un gran destrozo en los enemigos y mató con su propia espada á Míndaro, jeneral de los lacedemonios. El rey Ajis, que venia con una escuadra sobre Atenas, fué vencido y auyentado por Tázilo; pero algun tiempo despues la escuadra de Tisafernes le batió y tuvo que retirarse con Alcibiades, aunque tomando al abordaje en el camino cuatro naves siracusanas ausiliares de Esparta.

Alcibiades jeneralisimo. — Reuniendo Alcibíades todas las fuerzas de Atenas acometió á Tisafernes, y alcanzó una completa victoria, destruyendo casi enteramente las escuadras persa y fenicia. Esta victoria hizo á los atenienses dueños de la mar del Helesponto, y tanto terror causó en Lacedemonia, que la obligó á pedir la paz; pero el rencor de Atenas era demasiado grande para ser prudente, y así reusó la negociacion, perdiendo una ocasion tan oportuna para consolidar su poder.

Al año siguiente se apoderó Alcibiades de Calcedonia, de Selimbria, de Bizancio y de otras muchas plazas que se habian alzado contra su patria; y satisfecho con estos triunfos, ya no aspiró sino á volverla á ver, y así dió á la vela para Atenas, en donde entró al frente de doscientos buques empavesados con escudos enemigos, cargados de despojos acinados en forma de trofeos y adornados con las banderas de las naves que habian sido presas de las llamas. Cuéntase que á pesar de la gloria que llenaba su alma de júbilo, reflecsionando sobre la inconstancia de los atenienses, dudó por algunos momentos si desembarcaria, y no se decidió hasta que vió la concurrencia de sus amigos y partidarios que cubrian la ribera, y con grande entusiasmo le instaban á que pusiese pie en tierra. Un pueblo inmenso agrupado en torno suyo le recibió con aclamaciones: los hombres daban gritos de alegría; las mujeres, niños y ancianos espresaban su júbilo con lágrimas; el aire resonaba con la armonía de los instrumentos belicosos, y todos como arrebatados de un gozo delirante, llevan á su casa en triunfo sobre los escudos al salvador de Atenas. (408 años antes de Jesucristo.)

Su primer cuidado fué reunir el pueblo para justificarse de la antigua acusacion; pero la fortuna le habia absuelto; anulóse el decreto de proscricion y se mandó á los sacerdotes que retractasen sus maldiciones. Uno solo se negó á ello, diciendo que él no habia maldecido sino á un sacrílego, y que si Alcibiades era inocente, no caía sobre él el anatema. Embriagado el pueblo de gratitud ácia Alcibiades, no se contentó con restituirle sus derechos y sus bienes. Olvidando que Milciades no habia podido obtener una corona de laurel, dió á Alcibiades una de oro y le confirmó en el mando jeneral de su ejército y armada. El entusiasmo á favor del héroe crecia diariamente y llegó hasta el punto de quererle hacer rey; pero los ciudadanos mas prudentes temiendo esta nueva tiranía, que acabaria para siempre con la libertad, apresuraron la salida de la escuadra. Alcibiades que amaba la gloria mas que la autoridad, obedeció; pero antes de embarcarse hizo una accion digna de su osadía y muy grata á los atenienses.

Muchos años habia que los lacedemonios ocupaban los campos del Atiça, y los atenienses tenian que ir por mar para la celebracion de los misterios. Cuando llegó la época de esta solemnidad, Alcibiades, sin temer á los enemigos, quiso que se siguiese la antigua costumbre, é hizo pasar la procesion por entre dos filas de soldados. Los espartanos ó asombrados de la temeridad ó respetando la pompa relijiosa, no quisieron interrumpir la marcha ni turbar la ceremonia. El feliz écsito de este atrevimiento redobló el entusiasmo del pueblo; pero Alcibiades no tardó en esperimentar la inconstancia de la frívola Atenas, que así pasaba rápidamente del enojo al amor, como del amor al odio.

LISANDRO.—Lacedemonia, que temia verse atacada á su vez, quiso oponer á Alcibiades un adversario digno de él, y dió el mando de su escuadra á Lisandro, de la familia de los Heráclidas. Era valiente, hábil, ambicioso, intrigante, y se hubiera elevado al mas alto grado de gloria si sus virtudes hubieran igualado á sus talentos. Su prudencia rayaba en doblez, y tenia por mácsima favorita, que *era preciso divertir á los niños con juguetes y á los hombres con perjurios*; *y que cuando no se lograba la piel de leon, era menester echar mano de la de la zorra*. En

este tiempo Darío Noto, rey de Persia, habia enviado por sujestion de su esposa Parisatis á Ciro, hijo de ambos, á Sardes para que vijilase la conducta de Tisafernes, que favoreciendo ya á Esparta, ya á Atenas, seguia la política mas útil á la Persia. Pero el príncipe, que solo venia á adquirir fuerzas con que disputar algun dia la corona á su hermano Artajerjes, se declaró abiertamente por los lacedemonios, cuyas tropas podian serle mas útiles en una guerra en lo interior del imperio, que las escuadras de los atenienses. Lisandro pasó á verse con él y logró los ausilios necesarios para aumentar el sueldo de sus marineros, lo que le trajo mucha jente aun de la misma escuadra enemiga. Hallando en Asia todos los recursos necesarios, tomó posicion en Efeso. Alcibiades pasó á Jonia á buscar dinero con que impedir la desercion de sus marineros, y dejó el mando interino de la escuadra á Antíoco, cuyo talento le inspiraba muy poca confianza, por lo cual le proibió pelear durante su ausencia: Antíoco no obedeció, se acercó en su galera á los lacedemonios y los obligó con insultos y amenazas á que saliesen del puerto y le acometiesen. Sus navíos vinieron á socorrerle: trabóse el combate, y Antíoco fué vencido con pérdida de quince galeras. Alcibiades irritado de este revés, quiso vengarlo: reunió su escuadra en Samos, y presentó la batalla á Lisandro, que la reusó prudente. No hay duda en que Alcibiades estaba inocente de la desgracia de Antíoco: un motivo imperioso le habia llevado á Jonia; y á pesar de esto el pueblo inconstante de Atenas le acusó de este desastre, y aquel por quien un momento antes habia llevado el pueblo su respeto hasta la adoracion, fué depuesto como vil traidor. Puede decirse que la misma gloria de Alcibiades fué entonces la causa de su perdicion; porque tales eran las esperanzas que Atenas habia concebido de sus talentos, que creia que la victoria estaba sujeta á sus banderas, y que un revés bajo su mando solo podia imputarse á traicion. El pueblo no quiso oir la defensa de Alcibiades, y este tuvo que refujiarse al Quersoneso de Tracia.

Acababa no ostante de cumplirse el año del mando de Lisandro, y Esparta nombró por sucesor suyo á Calicrátidas, espartano que observaba las austeras costumbres de los antiguos. Tenia tantos conocimien-

tos militares como Lisandro y le superaba en virtudes. Este no pudo disimular su envidia viéndole llegar, y en venganza cometió la bajeza de enviar á Sardes todos los fondos que le quedaban para el pago de las tropas, diciendo á Calicrátidas que se dirijiese á Ciro para procurárselo. Repugnaba al altivo espartano humillarse á la puerta de un sátrapa; pero la necesidad le hizo pasar á Lidia, y no habiendo conseguido una audiencia de Ciro, se retiró lleno de indignacion contra los primeros que se habian postrado ante aquellos bárbaros, jurando hacer todos los esfuerzos posibles para reconciliar á los griegos, y lograr que en adelante no necesitasen de tan vergonzosos ausilios. Quiso que todos volviesen sus armas contra el antiguo y comun enemigo; mas no pudo vencer un odio tan arraigado.

Pasó luego á Mileto y á las ciudades aliadas de la Jonia; espuso las necesidades de su ejército, la vil codicia de Lisandro, la arrogancia de Ciro, y logró ausilios con los que regresó á Efeso. Su primera empresa fué contra Lesbos, tomando á Metimna por asalto; y luego emprendiendo con Conon, uno de los diez jenerales que habian nombrado los atenienses para suceder á Alcibiades, le disputó el imperio del mar, y le obligó á refugiarse en Mitilene donde le tuvo bloqueado.

Batalla de las Arjinusas. — Teniendo noticia de que los atenienses se dirijian con ciento cincuenta embarcaciones al socorro de este, deja Calicrátidas á las órdenes de Eteónice cincuenta buques delante de Mitilene, y se dirije con otros ciento treinta al encuentro de la escuadra ateniense, con la que se avistó en las Arjinusas, grupo de islas situadas enfrente de Lesbos. Aconsejándole algunos que se retirase porque eran muy superiores las fuerzas del enemigo, respondió que la suerte de Esparta no pendia de unos cuantos hombres, y dió la señal del combate. Este fué porfiado y tenaz, é indecisa la victoria, hasta que yéndose á pique la galera de Calicrátidas, el resto de la escuadra fué derrotado completamente. Los lacedemonios perdieron setenta buques, y veinticinco los atenienses. (406 años antes de Jesucristo.)

Este brillante triunfo, que debia ser para los jenerales atenienses motivo de honores y recompensas, los llevó por el contrario al suplicio: fueron acusados de haber dejado los muertos

sin sepultura (1), y encarcelados á su regreso hasta que se les sentenciase. En vano alegaron que á pesar de estar ocupados en perseguir al enemigo, habian dado órdenes, y particularmente á Terámenes, su acusador, para que cojiese los cadáveres, y que si no se habia ejecutado este acto relijioso, fué por motivo de la tempestad sobrevenida despues de la batalla. A pesar de razones tan poderosas fueron sentenciados; y seis de ellos, entre quienes estaba el hijo del célebre Pericles, fueron llevados al cadalso. Vanamente este último les dijo que en cierto modo era acusar á los dioses el hacerlos responsables á él y á sus colégas del furor de los vientos y del capricho de las olas; en vano Diomedonte, distinguido por su valor y su piedad, quiso aplacar á los atenienses diciéndoles que no olvidasen el voto que por la victoria habian hecho á los dioses antes del combate así él como sus compañeros: no fueron oidos, y la sentencia cruel se ejecutó. ¡Pueblo cruel é indigno: tú mereces la servidumbre y la muerte!

Despues de la derrota de las Arjinusas pidieron los aliados á Esparta que confiase el mando á Lisandro, que siempre los habia guiado á la victoria. Para acceder á esto sin faltar á las leyes que proibian conferir dos veces la autoridad al mismo jeneral, envió Esparta á Lisandro en la escuadra, y aunque con un grado inferior, le dió plenas facultades. Dirijióse Lisandro al Helesponto, puso sitio á Lampsaco, la tomó y la entregó al saqueo.

Batalla de Ægos-Pótamos.— Sabedora de la victoria de Lisandro la escuadra ateniense, compuesta de ciento ochenta bajeles, buscó al enemigo y lo halló junto á Lampsaco, en Ægos-Pótamos, con vivos deseos de darle combate. Pero el astuto Lisandro contaba triunfar aprovechándose del carácter poco previsor de los atenienses; así es que dió órden á su escuadra para que se alinease al amanecer como para combatir, y que aguardase su decision, mandando al ejército de tierra que formase en la orilla, tambien en batalla. A la salida del sol del dia siguiente fueron los atenienses á presentarles el combate, pero en vano,

(1) La preocupacion, llevada de Ejipto, de que la felicidad de los muertos dependia de la sepultura, era un dogma entre los griegos; y así no es estraño que dichos jenerales fuesen acusados de haber dejado insepultos los cadáveres.

porque Lisandro no se movió. Retiráronse por la tarde, y cuando estuvo seguro de su desembarco, permitió que los marineros saltasen en tierra. Hubo al segundo dia igual demostracion por parte de los atenienses, é igual quietud por Lisandro. Pasáronse el tercero y cuarto del mismo modo, y fueron aumentándose la seguridad de los atenienses y la circunspeccion de sus enemigos.

Entretanto Alcibiades, que vivia retirado en el Quersoneso de Tracia, pasó á verse con los jenerales atenienses; les representó lo crítico de su situacion lejos de todo puerto y de toda ciudad, á escepcion de Séstos, de donde aun no podian sacar sus bajeles sino con dificultad; les indicó lo espuesto que era permitir á las tripulaciones que se dispersasen en presencia de un enemigo activo y bien disciplinado; y les ofreció atacar á Lisandro por tierra con un cuerpo de tracios, obligándole de este modo á que aceptase el combate. Pero zelosos de su autoridad los atenienses, desecharon la proposicion, temiendo que en caso que el suceso fuese desgraciado recayese en ellos toda la culpa, y que al contrario, si la victoria era el resultado del ataque de Alcibiades, este se llevaria el honor de la victoria; y por lo mismo no admitieron sus consejos ni sus ofertas.

Al quinto dia se presentaron como de costumbre los atenienses provocando inutilmente al enemigo, y despues se retiraron. Entonces Lisandro destacó algunas galeras para que fuesen á observarlos, dándoles órden que volviesen luego que los hubiesen visto dispersos en la ribera, y que levantasen por señal un escudo negro en la popa, y dispuso entretanto su escuadra al combate. Al ver los escudos enarbolados, toda su escuadra atravesó rápidamente el espacio de quince estadios que separa en aquel paso las dos orillas del Helesponto. Conon fué el primero que reparó en el movimiento rápido que hacia sobre él la escuadra enemiga, y al punto empezó á dar voces en la orilla para activar el embarque de las tropas; pero fueron inútiles sus esfuerzos, porque los soldados, dispersos por varios puntos, no pudieron llegar á tiempo á los buques.

La pérdida de la escuadra era inevitable, y solo tuvo tiempo Conon para escaparse con nueve bajeles, con los cuales se dirijió ácia la isla de Chipre. Su

fuga dejó libre el mar á los lacedemonios, quienes cayendo con ímpetu sobre las galeras atenienses, faltas de tripulacion, las echaron á pique, y luego desembarcaron en la ribera, donde mataron sin oposicion á los soldados atenienses que corrian desordenados sin armas y buscando inutilmente jefes á cuyo lado pudieran reacerse. Hizo Lisandro tres mil prisioneros, entre ellos todos los jenerales, escepto Conon; se apoderó de la escuadra que habia quedado, y volvió cargado del botin al puerto de Lampsaco, donde fué recibido al son de instrumentos guerreros, y entre los cánticos de la victoria.

De este modo se terminó con la batalla de Ægos-Pótamos (405 años antes de J. C.) en el corto espacio de una hora, la guerra del Peloponeso, que duraba ya veintiseis años, y que aun se hubiera podido prolongar por mucho tiempo segun eran las fuerzas de ambos partidos.

Los tres mil prisioneros fueron sentenciados á muerte por el pueblo espartano; entre ellos se hallaba Filocles, jeneral ateniense, que habia mandado arrojar desde lo alto de una roca las tripulaciones de dos galeras lacedemonias que habian caido una vez en su poder, y propuesto en último caso que se les cortase el dedo pulgar de la mano derecha á todos los prisioneros espartanos, para que no pudiesen en adelante manejar la lanza ni el remo. Mandóle Lisandro comparecer, y le preguntó por qué habia promovido tan bárbaro decreto. Respondióle el intrépido Filocles que dejase de acusar á jentes que no tenian jueces, y que usase del derecho que le daba la guerra, haciendo con los atenienses lo que él hubiera hecho con los espartanos á haber sido vencedor. Cubriéndose al mismo tiempo con su manto se encaminó al lugar del suplicio, y fué degollado con todos los cautivos, á escepcion de Adimante, el cual se habia opuesto al decreto de Filocles.

Pronto se esparció en el Pireo la noticia del desastre de Ægos-Pótamos, que consternó á la ciudad. Figurábanse todos ya el enemigo á las puertas, y se representaban los orrores de un sitio, el hambre, la destruccion de Atenas, y sobre todo la insultante alegría del vencedor. Convocóse la asamblea del pueblo, y se decretaron las medidas mas convenientes, como cerrar el puerto, reponer los muros y disponerse á sostener el sitio. Poco

tardó Lisandro en presentarse delante de Atenas; pero por una sutileza de su política vengadora, resolvió hacer sufrir á esta ciudad no solo los males de un sitio, sino el hambre, y bajo pena de la vida mandó á todos los atenienses esparcidos en distintos puntos, regresasen á Atenas. Luego que la ciudad estuvo llena de jente, se presentó en sus puertos con una escuadra, mientras que Ajis y Pausanías marchaban por tierra con un ejército para empezar el sitio por aquella parte. Antes de hablar de capitulacion se resignaron los desgraciados habitantes á su destino; pero viendo al fin agotadas sus provisiones, enviaron diputados ofreciendo entregar la ciudad, los arsenales y la escuadra, pidiendo solamente conservar el puerto y algunos barcos para el comercio. Algunos de los confederados, como los tebanos, beocios y corintios, fueron de parecer que se incendiase la ciudad de Atenas; pero Esparta respondió que jamás consentiria en la ruina de una ciudad que habia salvado la Grecia, y concedió la paz bajo las condiciones siguientes: que darian libertad á todas las ciudades que estaban bajo su dependencia: que derribarian la muralla grande y las fortificaciones del Pireo: que entregaría todos sus bajeles á escepcion de doce que la dejarian para el comercio: que formaria con Lacedemonia una liga ofensiva y defensiva, y contribuiria á todas las espediciones de esta, así por mar como por tierra.

Terámenes, que fué el enviado á Lacedemonia para presentar las proposiciones de Atenas, volvió é hizo presentes los artículos de este tratado humillante: varios atenienses le preguntaron cómo habia podido suscribir á condiciones tan contrarias á la política de Temístocles: «Temístocles y yo, respondió Te»rámenes, hemos tenido un mis»mo objeto: él levantó estos mu»ros para la salvacion de Ate»nas, y con este mismo fin he »consentido en que se derriba»sen. Además, añadió, si las »murallas únicamente protejen »á una ciudad, Esparta debe ser »muy digna de compasion por»que no las tiene.» El hambre cundia, las necesidades eran terribles, y el orgullo de los atenienses tuvo que ceder, consintiendo en el tratado. Quedó franco el Pireo á Lisandro; sus soldados ocuparon los puestos de la ciudad, y el dia mismo en que celebraban los atenienses el aniversario de Salamina con una

fiesta triunfal, fueron destruidos sus muros al son de instrumentos belicosos, cual si la Grecia hubiese recobrado su libertad. (404 años antes de Cristo.)

Tal fué el término de la guerra del Peloponeso, que trasladó á Esparta la supremacía que Atenas habia disfrutado en Grecia casi desde el principio de la guerra de Persia; empero no tardaron los griegos en conocer que el dominio de sus libertadores era mas duro que el de sus primeros dueños; porque acostumbrados al dominio ecsijente pero culto de los atenienses, les pareció tanto mas insoportable el de los espartanos, por cuanto estos eran bruscos é inciviles, é igualmente codiciosos. Esta guerra contribuyó á desorganizar la Grecia, acostumbrando á los pueblos á no considerarse ya como miembros de una sola familia, y haciendo suceder entre ellos el espíritu de faccion al civismo que hasta entonces habia constituido la fuerza y la gloria de esta comarca.

Despues de este tratado quedó Esparta sin rivales ni enemigos en Grecia, y las islas todas se le sometieron. Lisandro, no hallando ostáculos en su mancha, daba leyes á las ciudades apenas se presentaba en ellas. En todas partes mudó la forma del gobierno aboliendo la democrácia y estableciendo decemviros electos por él y vendidos á su voluntad. Despues envió á Esparta inmensas sumas de plata y oro, adquiridas en sus conquistas. Jílipo, el héroe de la Sicilia, que habia triunfado de los jenerales mas ilustres de Atenas, vencido por la avaricia, no pudo resistir al atractivo del oro, y robó en una noche la quinta parte del dinero que le mandaron llevase á Lacedemonia. Esta ratería fué descubierta y Jílipo sin esperar á ser juzgado se condenó á sí mismo al destierro.

Entretanto se deliberaba en Esparta si se admitirian ó no estas riquezas proscritas por las leyes. Largos fueron los debates entre la moral y la codicia. Los éforos invocaban la sombra de Licurgo y querían que no se admitiese aquel funesto presente. Esparta, que hubiera rechazado con valor cualquiera otro enemigo, capituló con el oro.

El pueblo decidió recibirlo y repartirlo, usar de él en los gastos públicos y proibir su uso á los particulares. Así entraron las riquezas de Lacedemonia y se pervirtieron las costumbres; —Lisandro destruyó la república de Atenas y corrompió la de Es-

parta. Siempre se condena á la debilidad y se santifica la fuerza: los griegos adularon al victorioso y le erijieron altares; y él ensoberbecido se levantó á sí mismo una estátua. Los poetas le cantaron y los pueblos subyugados celebraron en sus teatros los triunfos del que los habia libertado del dominio de Atenas. Verdad es que los atenienses en los dias de su gloria disimulaban tan poco su ambicion, que la juventud de la aldea de Agranla juraba estender el poder de Atenas en todos los países, y no reconocer límites á su dominio sino donde no hubiese trigo, viñas ni olivos. Así concluyó la preponderancia de Atenas en la Grecia, setenta y cinco años despues de la batalla de Salamina.

Los tiempos desastrosos de la guerra del Peloponeso habian desarrollado de una manera singular el espíritu de los atenienses; el amor á las ciencias y las artes les proporcionaba recursos independientes de las victorias de sus ejércitos ; en ninguna parte se encontraba mas urbanidad en las costumbres, mas refinamiento en los goces, mas magnificencia y variedad en las fiestas y espectáculos; el comercio florecia, y los estranjeros acudian en tropel á Atenas para instruirse. A causa de la perfeccion de su lengua y el influjo de sus hombres de estado y de sus sabios, el buen gusto se habia estendido en todas las clases del pueblo. Los jardines del Liceo y de la Academia llegaron á ser el asiento de un imperio mas bello y mas durable que el que pueden dar ó quitar las armas. El vencedor de Ægos-Pótamos al destruir la preponderancia de Atenas, no habia podido destruir su grandeza;—porque un pueblo ilustrado, que no se envilece á sí mismo, se asegura una ecsistencia independiente de los trastornos políticos.

CAPITULO VIII.

NUEVOS ACONTECIMIENTOS EN LAS REPÚBLICAS DE ATENAS Y DE ESPARTA.

(Año del mundo 3600.—Antes de Cristo 404.)

Los treinta tiranos.— Trasíbulo.— Retirada de los diez mil.— Sócrates.— Su doctrina.— Su acusacion.— Su sentencia y su muerte.— Otros acontecimientos en Grecia.— Descricion de Chipre.— Guerra de Chipre.— Victorias de Dercilidas.— Ajesilao.— Guerra en Grecia.— Batalla naval de Gnido.— Batalla de Coronea.— Paz y tratado de Antálcidas.— Pelópidas y Epaminondas.— Su carácter.— Libertad de Tebas.— Combate de Tejira y batallon sagrado.— Batalla de Leuctres.— Prision y juicio de Pelópidas y Epaminondas.— Batalla de Mantinea.— Muerte de Ajesilao.

Los treinta tiranos.—Antes de dejar el ambicioso Lisandro la ciudad de Atenas, para continuar imponiendo las leyes arbitrarias á los pueblos que caían bajo su dominio, nombró para gobernar á la república treinta arcontes, á quienes ha denigrado justamente la historia con el nombre de tiranos. Pero bien pronto sintieron estos el temor que acompaña á toda dominacion establecida contra la opinion pública por una fuerza estranjera. En circunstancias semejantes, solo el jenio puede sobreponerse al peligro, y consigue con la dulzura hacerse perdonar la usurpacion. Los hombres vulgares se convierten en tiranos para quedar señores: quieren inspirar el temor de que están poseidos, se rodean de guardias, porque están rodeados de enemigos, y no se tranquilizan sino con los suplicios y la amistad del verdugo. Luego que el gobierno manifiesta temor, los ciudadanos perversos se aprovechan de él para caminar al poder y á la fortuna; las delaciones se multiplican, y se acumulan las proscri-

ciones; cada acto de rigor, creando nuevos descontentos, inspira terrores nuevos, y necesita nuevas crueldades: entonces la tiranía, arrastrada por un movimiento rápido, no puede sostenerse hasta que se hunde.

Tal fué en efecto la suerte de los treinta arcontes, y la desgracia de Atenas: estos majistrados miedosos y crueles se habian rodeado de tres mil hombres sin vergüenza y sin reputacion, como siempre acostumbran hacer todos los tiranos, los cuales parecian tanto mas adictos cuanto eran mas violentos y perseguidores. Esta turba infernal, codiciosa de empleos y riquezas, espiaba los escritos, las palabras, las miradas, y hasta el silencio: á sus ojos la riqueza era un delito, y un crímen la virtud. La sangre corria en las calles y todas las familias vestian luto. Crísias, el mas violento de los treinta, no puso límites á su furor, y buscó las víctimas hasta entre sus colégas. Uno de ellos, Terámenes, se atrevió á defender la causa de la justicia y de la compasion. Entonces Crísias, le denunció al senado, acusándole de perturbar el estado; y á fin de asegurar mejor el écsito de la delacion, introdujo en el senado jente armada, la que haciendo brillar de cuando en cuando sus puñales, amedrentaron á los jueces, y de este modo les arrancó la sentencia de muerte de Terámenes. Sócrates fué el único que se atrevió á defender al acusado, y que aun intentó oponerse á los sátelites que vinieron á sacarle del altar, ante el cual protestaba contra la iniquidad de aquel juicio. Inútil fué la elocuencia del filósofo, y temiendo los tiranos el contajio de la virtud, proibieron á Sócrates que diese lecciones á los jóvenes. Terámenes sostuvo la muerte con valor, y habiendo bebido la mayor parte de la cicuta que le presentaron, imitó las libaciones de los banquetes, y derramó en el suelo lo que quedaba, diciendo: *esto es para el ilustre Crísias*. Atenas, oprimida de tantas calamidades y arrepentida de sus injusticias, volvia la vista ácia los lugares donde habitaba Alcibiades, con la esperanza, aunque débil, de conseguir su libertad por medio de él; pero pronto perdió aun este lijero consuelo.

Entretanto habia muerto en Persia Darío Noto, designando para que le sucediese á su hijo primojénito Arsáces, el cual tomó al subir al trono el nombre de Artajerjes, y á quien los griegos

apellidaron Mnemon, á causa de su prodijiosa memoria. Pero el trono á que ascendió por derecho de sangre, habia mucho tiempo que era el objeto de la ambicion de Ciro su hermano menor, á quien favorecia su madre comun Parisatis. Cuando se efectuó la ceremonia de su coronacion en Pasagarda, formó Ciro el proyecto de asesinarle; y noticioso Artajerjes de esta conspiracion, mandó prenderle y le sentenció á muerte; pero Parisatis consiguió su perdon. Regresó Ciro á Sardes; y mas bien resentido de la sentencia que Artajerjes habia pronunciado contra él, que agradecido á la jenerosidad de este monarca, determinó abrazar el partido de los sublevados, para satisfacer á un tiempo su venganza y su ambicion. A fin de poder mas fácilmente destronar á su hermano indujo al lacedemonio Clearco á que levantase secretamente por su cuenta un cuerpo de griegos ausiliares bajo un pretesto de guerra que Esparta iria á hacer en Tracia. Alcibiades, que vivia entonces retirado en Frijia, penetró los designios de este príncipe y dió parte de ellos á Farnabazo con el fin de que Artajerjes agradecido al aviso, le diese fuerzas con que libertar á Atenas. Pero sus intelijencias con esta no fueron tan secretas;—los oprimidos no saben disimular sus esperanzas. Los tiranos alarmados escribieron á Lisandro que se perderia el fruto de sus victorias si no se desbarataban con prontitud los intentos de Alcibiades. Lisandro partícipe de sus temores, ecsijió de Farnabazo la muerte de aquel héroe, mirando este asesinato como condicion esencial para conservar la alianza entre Persia y Lacedemonia. Tuvo el sátrapa la bajeza de prestarse á lo que queria Lisandro, y envió tropas á la casa de Alcibiades; pero no atreviéndose á acometer de frente á este grande hombre, aunque defendido solamente por su gloria, rodearon su casa y la prendieron fuego. El intrépido Alcibiades saltó por entre las llamas, se arrojó como un leon sobre los bárbaros, mató á muchos é hizo huir á los demás; pero al mismo tiempo le lanzaron sus dardos y lo mataron. Así pereció á los cuarenta años de edad y en el momento en que mas necesidad tenia la patria de sus servicios, este ateniense, hombre estraordinario mas bien que grande, á cuyos talentos no puede darse el nombre de virtudes, porque manifestó siempre

mas habilidad que honor, mas ambicion que amor á su patria.

TRASIBULO.

Privados los atenienses de su brazo y aflijidos por su pérdida, caian sin fuerza ni esperanza bajo el yugo de sus opresores. En medio de aquella ciudad desolada, únicamente Sócrates hacia frente á los asesinos y consolaba á las víctimas. Los ciudadanos mas distinguidos y esforzados abandonaban una ciudad donde les era proibido quejarse, puesto que el dolor debia enmudecer, y ser estéril la compasion. La implacable Esparta tuvo la crueldad de proibir que en ninguna parte de la Grecia se diese asilo á estos fujitivos; pero esta órden inumana llenó de indignacion á Tebas y á Megara, las que no solo acojieron á los desventurados atenienses, sino que decretaron el último suplicio contra aquellos ciudadanos suyos que se negasen á socorrerlos. Trasíbulo, noble ateniense, estaba refujiado en Tebas, y allí, de acuerdo con varios conciudadanos suyos, determinó hacer un jeneroso esfuerzo para libertar á su patria. El orador Lisias, á quien habian desterrado los tiranos, juntó á su costa quinientos soldados; y todos pronunciaron un solemne juramento de *la muerte ó la libertad de la patria!* Púsose Trasíbulo al frente de estos intrépidos guerreros, atacó sin vacilar á tres mil hombres, mandados por los arcontes, los derrotó, y esterminó un cuerpo de espartanos que defendia la fortaleza de File. Esta primera victoria despertó los ánimos y alentó las esperanzas: setecientos hombres reforzaron el cuerpo que mandaba Trasíbulo. Los tiranos, temiendo entonces la defeccion jeneral, mandaron degollar en la ciudad á todos los jóvenes en estado de llevar las armas que reusasen seguir sus banderas. Añadiendo la astucia á la violencia, entraron en negociacion con Trasíbulo, proponiéndole la asociacion en la tiranía. El héroe desechó con ira y menosprecio sus ofertas, entró en el Píreo al frente de diez mil hombres, mató en el combate al odioso Crisias, é hizo huir á los demás. Persiguiendo á sus conciudadanos les reprendia el sacrificarse por los opresores que los degollaban. El pueblo oyó su voz, se sublevó y arrojó á los arcontes; pero por complacer á Esparta nombró diez gobernadores que siguieron el sistema de los destituidos y quisieron echar á Trasíbulo del Pireo. Lisandro y

Pausánias acudieron para sostener á los gobernadores, vencieron algunos cuerpos atenienses que les salieron al encuentro, y los obligaron á entrar en la ciudad. Trasíbulo, á quien ningun peligro espantaba, se presentó en medio del pueblo con la espada en la mano, y en vez de compadecer su suerte les habla de esta manera: «Atenienses: ¿qué haceis? ¿por qué, cobardes, quereis doblar el cuello á la tiránica servidumbre que pretende imponeros esa ciudad maldita? ¿Por qué os quejais de vuestros males, si teneis el remedio en vuestro acero y vuestro brazo? La tiranía es poderosa con los miserables! Contad las víctimas y os orrorizareis. Mirad que os contemplan las sombras de los héroes que perecieron en los campos de Maraton y de Platea. Alzaos; mostrad al mundo que aun sois atenienses, y no consintais ir como víctimas al sacrificio. Guerra, á esa ciudad maldita!» Todas las pasiones hablaban en su favor, y solo esperaban una centella para inflamarse. Los atenienses corren todos á las armas, persiguen á la faccion de los treinta tiranos hasta Eleusis, donde se habian refujiado, y en vez de capitular con ellos como querian, los pasan todos á cuchillo.

Lanzados ya los tiranos, restableció Trasíbulo el antiguo gobierno, rechazó á los lacedemonios, pero aun hizo mas para su gloria y el bien de su patria. Abjurando todo sentimiento de odio y venganza, publicó una amnistía, ecsijiendo de todos los ciudadanos el olvido de lo pasado: y por este medio, digno de su juicio superior, estinguió la antorcha de la discordia y consolidó la felicidad de su pais.

Pocos hombres son bastante grandes para disfrutar dignamente los favores de la fortuna. Lisandro abusaba cada vez mas de la suya. Mileto habia resistido á sus órdenes, y mandó degollar á los principales ciudadanos. Su presencia era en todas partes la señal de escesos y pillajes; y en lugar de respetar los derechos de los pueblos, anulaba las elecciones y nombraba majistrados que estuviesen á su devocion. El sátrapa Farnabazo, recibiendo de todas partes quejas contra él, lo acusó á los éforos que le enviaron á llamar. El se defendió sin poder justificarse: sus victorias pasadas y el crédito que gozaba como tutor del rey Leotiquides, le libertaron de una condenacion sobrado merecida; pero se le quitaron sus empleos y él

mismo se desterró de Esparta.

Los reyes y el senado oyeron entonces las reclamaciones de las ciudades griegas, restablecieron la democrácia que todos pedian, y arrojaron á los majistrados puestos por el soberbio vencedor. Pero poco tiempo despues, viendo consumada la revolucion de Trasíbulo, y que Atenas, libre de sus tiranos sacudia el yugo de los lacedemonios y tomaba una actitud amenazadora, creyó Lisandro que las circunstancias eran favorables para volver á su patria y así lo hizo; recobrando alguna parte de su antigua influencia é incitando al pueblo para que sometiese la república de Atenas al yugo espartano.

Este proyecto lisonjeaba demasiado las pasiones; pero prevaleció la prudencia de Pausánias, que demostró al senado cuán conveniente era conservar la paz y moderar la ambicion que acabaria por reunir contra Esparta todas las fuerzas de la Grecia.

Retirada de los diez mil. — (400 años antes de Cristo.) En este tiempo emprendia el jóven Ciro su célebre espedicion contra su hermano para arrebatarle el trono de Persia. Ciro, como todos aquellos hombres á quienes una grande ambicion destina á esparcir sobre su vida mucho brillo, y muchas desgracias sobre su pais, ofrecia una mezcla rara de vicios y virtudes. Su altivez asiática era tal, que dió muerte á algunos príncipes de su familia, porque se habian presentado á él sin seguir la etiqueta que ecsijia llevar las manos debajo de su vestido. Su ambicion no tenia límites, y para satisfacerla, se le hallaba siempre dispuesto á violar los juramentos mas santos y á cometer los mayores crímenes. La voluntad de su padre, y las leyes del imperio, eran lazos demasiado débiles para sujetarlo, y el puñal habia sido el medio primero de que se habia valido para arrancar el cetro á su hermano. Pero por otra parte nadie tenia cualidades mas propias para ganar los corazones que queria seducir: su injenio era delicado, estenso, é insinuantes sus maneras: era instruido, elocuente, jeneroso, diestro en todos los ejercicios; su valor heróico inflamaba el corazon de los soldados; sus elojios escitaban el ardor de los oficiales; y nadie sabia mas que él penetrar los designios de los demás y ocultar los suyos; su diestra política tenia el arte de ganar igualmente á los griegos y á

los bárbaros. La Jonía le debia la libertad; Esparta contaba con su apoyo; la misma Atenas creia que le seria favorable, y los pueblos que gobernaba, creyendo ver en él al gran Ciro, se lisonjeaban ya de ver el imperio bajo su direccion tomar su antigua fuerza y esplendor.

Cuando creyó haber robustecido bastante su partido para ejecutar con buen écsito su vasta empresa, reunió las tropas que le eran afectas, y trece mil griegos que el lacedemonio Clearco le habia reunido. Al frente de estas fuerzas, que ascendian á ciento trece mil hombres, y ausiliado por una escuadra que Esparta le habia prestado, se apoderó de muchas ciudades del gobierno de Tisafernes y escribió á Susa para acusar á este sátrapa de concusionario y turbulento. Su lenguaje y su conducta ocultaban de tal manera sus intenciones, que Artajerjes sin desconfianza, aprobó sus primeras operaciones y no se puso en guardia contra él. Dueño ya Ciro de las comarcas vecinas á su gobierno, se alejó y llegó á Tarso despues de haber practicado el paso de la Cilicia. Hasta allí habia sido Clearco el único confidente de sus secretos designios; pero no era posible ya ocultar á las tropas el objeto de una marcha tan larga, y que parecia dirijirlos al centro del Asia; por lo tanto declaró abiertamente al ejército que iba á combatir á Artajerjes. Esta estraña noticia turbó los ánimos: cada uno medía espantado los peligros de la empresa, y muy pronto pasaron de las murmuraciones á la rebelion abierta, pero el príncipe y Clearco empleando por su parte la súplica, la amenaza, y las mayores promesas, consiguieron calmar la sublevacion. Restablecióse el órden, y se pusieron en marcha. Entretanto habia llegado á Susa Tisafernes: el rey, conociendo últimamente las intenciones de Ciro, reunió al punto un ejército de un millon y doscientos mil hombres, Tisafernes, Gobrias y Arsaces le mandaban bajo su direccion; y al frente de esta fuerza temible se adelantó para combatir á su hermano. Los dos ejércitos se encontraron en Cunaxa, cerca de Babilonia. La batalla fué terrible: los griegos quedaron vencedores en el ala que ocupaban; pero Ciro murió peleando en persona contra su hermano, su ejército se disipó, y los griegos rodeados por todas partes, rechazaron al enemigo y se retiraron en buen órden detrás

de un rio. Artajerjes los rodeó con su numeroso ejército y les intimó la rendicion: los griegos prefirieron la muerte á la ignominia: y el rey, acordándose de las Termópilas, donde trescientos espartanos vendieron sus vidas por las de veinte mil persas, resolvió valerse de la astucia y les prometió que los dejaria volver libres á su pais. Tisafernes, como ya hemos referido en otro lugar al hablar de este acontecimiento, estaba encargado en público de protejerlos, y en secreto de destruirlos. Pasaron en virtud de la capitulacion á unas aldeas, donde hallaron víveres en abundancia; y pocos dias despues emprendieron su marcha. Apenas llegaron á los desiertos de Asíria, la falta de víveres y el lenguaje altanero de los persas empezaron á dar indicios de su mala fé. Para remediar las necesidades y calmar la inquietud de la tropa, creyeron conveniente los jefes tener una conferencia con Tisafernes. Clearco, Menon, Proxenes, Ajias y Sócrates fueron á su tienda, y el pérfido sátrapa los mandó degollar á todos.

El ejército abatido, sin jefes, enmedio de un imperio enemigo y á seiscientas leguas de la Grecia, estaba en el mayor desaliento; cada soldado queria buscar su salvacion en una fuga imposible. Jenofonte servia en estas tropas como voluntario, y nada podia asombrar á su valor intrépido. En las grandes crísis los grandes caractéres toman autoridad. Reune el ejército, despierta su valor y reanima su esperanza: «Acordaos, les dice, »de las grandes azañas de Mara»ton, de Salamina y de Platea: »antes que ser víctimas de esa »nube de bárbaros, defendeos »vendiendo caras vuestras vidas. »La Grecia nos espera: ¡valor! y »si hemos de caer agobiados ba»jo el número de esos esclavos »asiáticos, al menos no nos de»jemos matar cobardemente.»— Y por un milagro de los que produce el jenio de un grande hombre, aquellos fujitivos dispersos que iban á ser degollados como un rebaño vil, se transforman repentinamente en héroes invencibles, que aterran á sus contrarios. El órden se restablece: nómbranse nuevos jenerales y quémanse las tiendas y bagajes; fórmanse en batallon cuadrado para hacer frente por todas partes, y prosiguen con serenidad su retirada. Tisafernes los ataca varias veces y siempre es rechazado con pérdida; despues de haber molestado inútilmente

por algunos dias á aquella intrépida falanje, se resolvió en fin á dejarla. Los griegos, libres del ejército enemigo, tenian que luchar todavia con ostáculos casi insuperables. El Tigris detuvo su marcha y tuvieron que dar una gran vuelta: tardaron cinco dias en atravesar los desfiladeros de las montañas de los carduques ó carducos, defendidos por una poblacion belicosa. Pasaron aquel rio cerca de su orijen y destrozaron las tropas de un sátrapa, que despues de haberles ofrecido víveres, queria sorprenderlos y destruirlos. Atravesaron luego el Eufrates y se hallaron en un pais cubierto de nieve, donde el rigor del frio les hizo perder mucha jente. Despues de haber tomado algun descanso en casas edificadas debajo de tierra por pueblos selváticos ciertamente, pero mas ospitalarios que los civilizados, pasaron el Fásis, pelearon con los taoques y cálibes, atravesaron las montañas de la Cólquida, hallaron en la llanura víveres y socorros de que estaban privados tanto tiempo habia, descubrieron el mar tan deseado de ellos, y llegaron á Trapezunta (Trebisonda) colonia milesiana situada en el Ponto-Euxino, donde por fin descansaron en tierra amiga, encontrando enajenados de alegría el lenguaje de su patria, el culto de sus dioses y los ausilios de la amistad. Allí estuvieron un mes, y embarcando á los viejos y enfermos, continuaron su viaje por Ceraso y Cotioro, hasta Sínope, colonia milesiana, en la Paflagonia. Durante su marcha habian sido gobernados por un consejo de jenerales: en Sínope elijieron por jeneral en jefe á Jenofonte; y este ateniense, tan modesto como laborioso, reusó este honor é hizo que el nombramiento recayese en Crisóforo de Lacedemonia. Este mantuvo en el ejército la disciplina mas esacta, é impidió que cometiese desórdenes en las colonias griegas que les habian dado asilo. Viendo el ejército frustradas sus esperanzas de saqueo, se sublevó y se dividió en tres cuerpos; pero no tardó en reconocer lo espuesto de esta division, y así se reunió todo en Calpe, donde no solo repuso Jenofonte en el mando á Crisóforo, sino que decretó pena de muerte á los que propusiesen semejante division en lo sucesivo.

Habiéndose provisto de víveres prosiguieron los griegos su marcha, y se esparcieron imprudentemente en la llanura, donde la caballería de Farnaba-

zo les mató quinientos hombres. Pero reunidos por Jenofonte, rechazaron á este sátrapa, le derrotaron en una emboscada donde creía cerrarles el paso, y prosiguieron su marcha hasta Crisópolis, cerca de Calcedonia. Allí cruzaron el Bósforo y llegaron á Bizancio. La riqueza de esta ciudad despertó la codicia de la tropa y fué el escollo de su gloria; pero la elocuencia y firmeza de Jenofonte los libertó de la ignominia de saquearla. Los condujo á la Tracia al socorro de Zeutes, rey de Salmidesis, entonces despojado de sus estados. Hizo este bárbaro grandes promesas á Jenofonte, pero cuando hubo logrado que los griegos le sirviesen como deseaba, lejos de cumplir su palabra, ni aun quiso pagarles el sueldo en que se habian convenido, culpando á su ministro de su mala fé, quien reusaba, segun él decia, poner á su disposicion las cantidades necesarias.

Ya empezaba á acalorarse la disputa movida entre Zeutes y los griegos, cuando los embajadores lacedemonios Carminio y Polínice, llegaron á Tracia con la noticia de que Esparta habia declarado la guerra á la Persia, á ruegos de las ciudades de Jónia, que habiendo seguido el partido de Ciro, temian el resentimiento de Tisafernes. La oferta que estos hicieron á Jenofonte de parte de Timbron, jeneral de las fuerzas lacedemonias, de un sueldo crecido para los suyos si querian pasar al servicio de Esparta, los decidió á admitirla; y Jenofonte, luego que hubo conseguido de Zeutes, por mediacion de estos embajadores, una parte de la paga que reclamaba, se embarcó para Lampsaco, donde llegó con seis mil hombres de los diez mil que contaba el ejército al principio de la retirada. En seguida tomó el camino de Pérgamo, y de allí á Partenia, término de esta memorable retirada.

Antes de entrar en esta ciudad encontró á un noble persa que regresaba á Susa con inmensos tesoros, y se apoderó de sus bagajes, que le pusieron en estado de recompensar á sus soldados de las pérdidas que habian sufrido.

Tal fué el resultado de la espedicion emprendida por los griegos á favor del jóven Ciro, y en la que hicieron en doscientos y quince dias una marcha de mil ciento cincuenta y cinco leguas. La retirada duró noventa y tres dias. Esta fué uno de los hechos militares mas memora-

bles de la antigüedad, y la que acabó de inspirar á los griegos el mas justo desprecio ácia los persas, cuyo imperio les pareció fácil conquista para los que quisiesen intentarla. Así veremos luego á Ajesilao con un puñado de combatientes amenazar á este imperio con su total ruina, ruina que Alejandro tuvo mas adelante la gloria de verificar.

SÓCRATES.—Mientras los diez mil aumentaban la gloria de Grecia, Atenas se desonró mucho mas con la muerte de Sócrates que con su cobarde sumision á los espartanos. Sócrates, este hombre ilustre, á quien el oráculo de Delfos habia declarado el mas sabio de los mortales, no debió su celebridad como la mayor parte de los que se han llamado grandes hombres, á espediciones sangrientas; tampoco á una vana ciencia, á una elocuencia victoriosa, á un nacimiento ilustre, á los triunfos de Olimpia, ni á los aplausos de los teatros: la pureza de su moral fué solo su título á la inmortalidad, y debió toda su gloria á su virtud. Nació el año 3533 del mundo: era hijo de un escultor, y por algun tiempo se ocupó de este arte. El filósofo Criton quiso enseñarle la astronomía; mas él prefirió el estudio del corazon humano á todos los demás, y aprendió y enseñó la moral. Esta ciencia, que debe ser la primera de todas, pareció menos austera cuando él la profesó; porque templaba la gravedad del asunto con la amenidad de su injenio, y sembraba de flores el camino de la virtud para hacerlo amable. En vez de imitar las declamaciones, el tono decisivo y la arrogancia de los sofistas, cubiertos con un vano aparato de ciencia que él ridiculizaba, sus lecciones no eran mas que conversaciones: humillándose modestamente al nivel de sus discípulos, aparentaba instruirse él mismo cuando enseñaba. Hacia varias preguntas á sus interlocutores, y los conducia suavemente de una en otra á conclusiones absurdas que demostraban la falsedad de los principios que combatia. Muchas sectas de filósofos salieron de su escuela. Jenofonte, Arístipo y Platon fueron sus principales discípulos.

Sócrates dió el ejemplo de todas las virtudes que enseñaba. Guerrero intrépido, se distinguió en el memorable cerco y combate de Potidea y en otras muchas batallas: ciudadano animoso, defendió á los oprimidos, y resistió abiertamente á la tiranía: só-

brio y templado, en vez de envidiar la fortuna y el lujo de los otros, se tenia por feliz en no necesitar de él. Habia heredado de sus padres una pequeña suma: la prestó á un amigo y la perdió sin sentimiento. Arquelao, rey de Macedonia, quiso colmarle de presentes; él se negó á admitirlos, prefiriendo la independencia. Su virtud fué tanto mas admirable porque siempre era sencilla, alegre, esenta de orgullo y de toda afectacion. El objeto de su filosofía era mantener el alma en una perfecta tranquilidad, y lo logró conservando la serenidad de espíritu aun en las circunstancias mas críticas. El valor que resiste con orgullo á los grandes infortunios, cede muchas veces á las impaciencias diarias y á los disgustos domésticos. Jántipa, mujer de Sócrates, era caprichosa y violenta, y ejercitó la paciencia de su marido sin acabar con ella. Cuéntase que un dia al salir Sócrates por la puerta de su casa, le arrojó su irritada mujer desde una ventana un cubo de agua, á lo cual dijo el filósofo, «que siempre despues de los truenos venia la lluvia.»

Creia tener un espíritu familiar que le advertia los peligros, y le aconsejaba lo que debia hacer y evitar. Este jenio era indudablemente su conciencia pura y su esacto entendimiento. Aunque era estremadamente feo, la belleza de su alma hacia olvidar la deformidad de su rostro. La muchedumbre, ansiosa de oirle, le seguia á todas partes; y en los paseos públicos se veian á los jóvenes mas brillantes abandonar los placeres por oir sus lecciones. Sócrates, segun parecer de Ciceron (1), es el primero que ha hecho descender del cielo la filosofía para mejorar la condicion humana.

Tantas virtudes no podian libertarse de la envidia de los hombres que no las tenian; y llegó á ser el objeto de la sátira de los escritores sin costumbres, y de la persecucion de los hipócritas.—La presencia sola de un hombre de bien es un peso que agobia á los malvados!

Aristófanes le ridiculizó sobre el teatro en la comedia de LAS NUBES, y puso en la boca mas pura oscenidades y blasfemias. El filósofo asistia á esta representacion, y un amigo que tenia cerca le preguntó si tal proceder no le causaba pena. «Ninguna, »le respondió: me parece que es»toy en un convite obsequiando

(1) TUSCUL. V. 10.

»á muchos.» Sócrates tenia un alma demasiado elevada para desconocer la Suprema intelijencia. Creia en un solo Dios y despreciaba las fábulas de los poetas, las supersticiones del pueblo y los sacerdotes, y las divinidades de la Grecia. Tenemos la prueba de esto en su diálogo con Eutidemo acerca de la Providencia, conservado por Jenofonte. Sus enemigos miraron como un crímen su amor á la verdad. Melito y Anito le acusaron ante el areópago de no creer en los dioses de Grecia, de querer introducir un culto nuevo y de corromper el espíritu de la juventud. El orador Lisias compuso en su defensa un discurso elocuente; pero Sócrates reusó esta apolojía, diciendo que no queria los socorros del arte para conmover á los jueces. Su defensa fué sencilla como su virtud, y clara como su inocencia. Dijo que no podian reprenderle de ninguna falta de respeto á las leyes relijiosas, pues que ofrecia sacrificios en los templos: que no era un delito creer la ecsistencia del espíritu familiar, cuando todos los pueblos de la Grecia creian en la divinacion, en los auspicios y en los augures; que lejos de corromper las costumbres, todo Atenas era testigo que la doctrina que él sostenia se reducia únicamente á dos principios: *Preferir el alma al cuerpo y la virtud á las riquezas.* «Me »echais en cara que falto á los »deberes de ciudadano y que »no doy mi voto en las asam»bleas populares! Preguntad á »los guerreros que pelearon en »Potidea, en Anfípolis y en De»lio, si he servido á mi patria. »Preguntad á los senadores si no »me opuse con firmeza á la muer»te de los diez jenerales que »vencieron en las islas Arjinu»sas, y que fueron víctimas de »vuestro injusto rigor. Verdad »es que mi espíritu familiar me »ha impedido hace mucho tiem»po intervenir en los negocios »públicos: á no haberle obe»decido, ya estaria muerto; »porque sé demasiado que un »hombre solo no resiste impu»nemente á las injusticias de un »pueblo entero. Me acusan de »impiedad! ecsaminad mi vida, »mis acciones y discursos, y os »convencereis de que creo mas »en la divinidad que mis acusa»dores. Quizá reprenderán tam»bien como un acto de orgullo »no haber observado la costum»bre de hacer súplicas á mis »jueces; pero si me he abstenido »de ello, no ha sido por altivez, »sino por un principio de mo-

»ral: pues creo que la justicia »no debe obedecer á las súplicas »sino á las leyes. Además, no »miro la muerte como una des»gracia: y no quiero á mi edad »desmentir, para evitarla, las »lecciones en que mis discípulos »han aprendido á no temerla.» Ciceron, admirando esta noble defensa, dice que Sócrates se mostró en el tribunal, no como acusado, sino como juez de sus jueces.

El ódio triunfó de la justicia: el filósofo fué condenado, pero sin declarar la pena; y segun la costumbre, el acusado podia en este caso elejir él mismo y condenarse á la prision ó á la multa. Sócrates no quiso obedecer la sentencia. «Yo no puedo, dijo, reco»nocerme culpable: y puesto que »se desea que yo pronuncie la »suerte que merezco, declaro »que habiendo consagrado mi vi»da á la patria y á la virtud, me »condeno á ser mantenido el resto »de mis dias á costa de la repú»blica.»

Irritados los jueces de esta firmeza, le condenaron á beber la cicuta. Sócrates, despues de haber oido su sentencia, les dijo: «La naturaleza me habia conde»nado á muerte antes que vos»otros; pero la verdad os condena »juntamente con mis acusado»res á remordimientos eternos.»

Treinta dias estuvo en la prision antes de sufrir su sentencia: su constancia no se desmintió un solo instante, ni su humor alegre se alteró: hablaba con sus amigos con la acostumbrada dulzura y jovialidad. Criton, uno de ellos, consiguió ganar al carcelero, y trató de persuadir á Sócrates que se escapase de la prision. Sócrates le dijo que la iniquidad de una sentencia no autorizaba á un ciudadano para sustraerse á las leyes y á la justicia de su pais. «Además, ¿conoces alguna »tierra, le dijo, donde no se mue»ra?» El último dia lo empleó en hablar con sus amigos acerca de la inmortalidad del alma. Platon ha conservado en el diálogo que tiene el nombre de *Fedon*, los principales argumentos de que se valia Sócrates para probar que el alma es inmortal, y refutar las objeciones de los materialistas.

Cuando llegó el momento fatal, tomó animosamente la copa en las manos y dijo á sus amigos: «Miro la muerte, no como una »violencia que se me hace, sino »como un medio que me propor»ciona la Providencia para subir »al cielo: al salir de la vida se »encuentran dos caminos: el uno »conduce á los virtuosos al seno »de la felicidad; el otro es por el

»que van los malos á la mansion de los suplicios.» Despues de haber dicho estas palabras mandó que sacrificasen un gallo á Esculapio, no irónicamente como dicen algunos. El pensamiento de Sócrates no fué irónico. Era costumbre sacrificar á Esculapio para conseguir la salud, y el filósofo creia que la iba á lograr con su muerte, en la cual empezaba una vida sin término. Despues abrazó á sus hijos y pidió á la divinidad le diese prosperidad en su último viaje: y cuando sintió los efectos del veneno, se acostó y murió apaciblemente despues de haber reprendido á sus amigos porque lamentaban su reposo. (400 años antes de Jesucristo). Esta iniquidad, que aun orroriza á las almas virtuosas despues de veintidos siglos, jamás debe olvidarse por la intolerancia fanática y proscriptora.

El reconocimiento tardío de un pueblo ingrato vengó á este grande hombre de la envidia, que le persiguió: los atenienses, siempre arrepintiéndose de sus locuras y nunca corrijiéndose, le proclamaron inocente, revocaron la sentencia de su condenacion, enviaron al suplicio á Melito y á Anito, y desterraron á los demás complices de la acusacion. El célebre Lísipo hizo una estátua de bronce, menos durable que la memoria de sus virtudes.

OTROS ACONTECIMIENTOS EN GRECIA.

Descricion de Chipre.—Aprovechándose los reyes de Persia de las discordias de Grecia, aumentaban su poder, y estendian su dominio en la isla de Chipre. Esta isla, llamada por los antiguos *Venus*, tenia en su opinion un orijen fabuloso, pues la creian formada de la espuma del mar. Segun su relacion, la diosa de la hermosura se estableció en ella con los juegos y los amores, y Baco la colmó de sus beneficios;—alegoría que se esplica por la belleza y fertilidad de su clima, abundante en rico aceite, miel y vinos escelentes. Era muy rica en minas de cobre. Los fenicios que la descubrieron fundaron en ella una colonia. Los ejipcios, atenienses y árcades establecieron otras en sus costas, é introdujeron en la isla sus diferentes costumbres. Los cipriotas, afeminados y entregados á los placeres, no tomaron parte en las sangrientas querellas que ajitaban á la Europa, el Asia y el Africa. La isla, dividi-

da en muchos reinos pequeños, desconocia la ambicion, ofrecia á los estranjeros su comercio y sus deleites. En ella vivió el famoso Pigmalion, que enamorado, segun la fábula, de una hermosa estátua que habia hecho, y que Venus animó compadecida de su delirio, se casó con ella, y un hijo de este matrimonio fué el primer rey de Chipre. El año del mundo 3599 emprendieron los persas la conquista de esta isla, creyendo que sus reyezuelos desunidos no podrian resistirse. Onésilo, uno de ellos, los confederó, y ausiliado por los griegos, hizo frente á los persas; pero habiendo muerto en un combate, la isla se sometió y los persas la dividieron entre nueve príncipes tributarios.

Cuando los sucesores de Alejandro se repartieron su imperio, Chipre cayó bajo la dominacion de los reyes de Ejipto: uno de ellos llamado Alejandro, legó esta isla al pueblo romano; y despues fué á poder de los musulmanes. Durante este largo espacio de tiempo, la historia no ha consagrado en elojio suyo sino los nombres de dos príncipes que merecen su celebridad por sus virtudes. El reino de Salamina habia sido usurpado por un tirano: Evágoras, príncipe de la familia destronada, estaba entonces en la cuna, y fué el único que salvaron del asesinato de su familia. Cuando tuvo edad suficiente, se atrevió acompañado únicamente de cincuenta amigos fieles, á atacar al usurpador, y el triunfo coronó su audácia, subiendo á su trono. Su justicia, su dulzura y sus luces aumentaron su reputacion. Cuando Conon huyó de la batalla de Ægos-Pótamos, buscó un asilo en Salamina, ciudad de Chipre; y meditando la libertad de Atenas, oprimida entonces por los espartanos, se valió de Evágoras para mover á la guerra contra los lacedemonios á Artajerjes Mnemon, irritado además por el socorro que Esparta habia dado á su hermano Ciro en su rebelion. Conon, mandando las escuadras persa y cipria, salió victorioso en algunos combates contra los espartanos, y demostró que aunque desmantelada Atenas, todavia conservaba temibles defensores. Evágoras quiso valerse de las fuerzas que habia reunido para apoderarse de toda la isla de Chipre y formar un estado poderoso y respetable; pero los reyezuelos cipriotas amenazados, imploraron el socorro de la Persia á cuyo interés era contraria la re-

union de los diferentes estados de Chipre en un reino solo.

Ausiliado Evágoras por el rey de Ejipto, reunió noventa galeras y ochenta mil hombres. Artajerjes habia enviado contra él trescientas galeras y trescientos mil hombres; y á pesar de la desigualdad de las fuerzas, el valor y habilidad de Evágoras balancearon algun tiempo la fortuna, y los persas fueron vencidos en muchos encuentros por mar y tierra. Pero debilitándose estas tropas con los combates, y recibiendo sus enemigos contínuos refuerzos, fué al fin sitiado en Salamina. Despues de una larga resistencia capituló, quedando reducido su reino á aquella ciudad sola, y sometido á pagar el tributo acostumbrado. Despues de esta guerra, pasó tranquilamente el resto de sus dias, amado de sus subditos y respetado de sus vecinos. Murió en 3632, dejando el trono á Nicocles su hijo. El célebre orador Isócrates compuso el elojio fúnebre de Evágoras, en el cual lo presentó como modelo de guerreros, de monarcas y de ciudadanos, con el fin de dar á Nicocles una leccion indirecta. Nicocles se aprovechó de ella, y si no es contado entre los conquistadores y destructores del mundo, tuvo la gloria demasiado rara de transmitir su nombre á la posteridad con el título del príncipe mas justo, mas prudente y mas fiel á su palabra.

Luego que Artajerjes terminó la guerra de Chipre dirijió sus armas contra los cadusios; y esta empresa hubiera quedado del todo olvidada, si en ella no hubiese brillado el carácter de uno de sus jenerales, llamado Datames, tan fecundo en ardides, y tan audaz en sus empresas, que Cornelio Nepote le compara á Anníbal. Un guerrero feroz llamado Tio, aprovechándose de la rebelion de los cadusios, habia hecho sublevar la Paflagonia contra el rey de Persia, convirtiéndose en tirano. Su valentía rechazaba á todos los jenerales de Artajerjes, y su destreza y el terror que inspiraba desconcertaban todas las conspiraciones que contra él se tramaban. Datames, mas afortunado que sus predecesores, lo batió; é introduciéndose en su palacio disfrazado de cazador, se apoderó de él, de su mujer y de sus hijos. Sin dejar su disfraz, entró en Susa, y cargado de cadenas como una bestia feroz, presentó al rey su cautivo, cuya colosal y espantosa figura inspiraba todavia miedo. El pueblo que corria de tropel para ver-

le, admiraba al mismo tiempo la jigantesca estatura del vencido, y la intrepidez del vencedor. Tambien derrotó á Aspis que se habia apoderado de la Capadocia, por cuyos servicios le nombró Artajerjes jeneral de todos sus ejércitos. Pero la envidia de los cortesanos, á quienes no agrada tanta gloria, se valió del arma acostumbrada de la calumnia. Acusáronle de que aspiraba al poder soberano, y Artajerjes le mandó matar. Datames, indignado, se escapóde Susa, reunió sus amigos y los soldados que le eran afectos, y se apoderó de Capadocia y Paflagonia. El rey envió contra él á Antofrades con doscientos mil hombres. Datames no tenia mas que veinte mil; pero el talento suple muchas veces al número; maniobró con tanta destreza, que derrotó á los persas. Mácsima de las córtes es mirar como nulo todo convenio hecho con rebeldes; pero este principio convierte en mas tenaces á los insubordinados, y por él es menos sagrada la fé de los reyes. No esperando Artajerjes triunfar por la fuerza, recurrió á la astucia: Mitridates, hijo de Ariobarzanes, ejecutando sus órdenes, sorprendió la confianza de Datames y lo asesinó.

Por este tiempo, el rey de Persia, irritado por los ausilios que las ciudades griegas del Asia habian prestado al jóven Ciro, amenazaba con sus armas á la Jonia.

Victorias de Dercilidas. — Timbron, comandante del ejército lacedemonio en el Asia menor, con el cual, segun hemos dicho ya, se habia reunido Jenofonte y sus guerreros, hizo guerra á los persas, pero tan débilmente, que Esparta le quitó el mando y envió en su lugar á Dercilidas. Este, mas activo, se apoderó del Helesponto, recobró las ciudades de Jonia, que habian caido en poder de los persas, y obligó al gran rey á firmar una tregua. En esta guerra se hizo célebre por su valor una mujer llamada Manía, viuda de Zénij, gobernador de la Eólida por Farnabazo, y muerto en un combate contra Timbron. Ella pidió y obtuvo el gobierno de su marido, mandó los ejércitos, inflamó los ánimos con su ejemplo, ganó batallas y defendió el pais contra los griegos. Esta mujer heróica que habia resistido á las espadas enemigas, fué asesinada por su yerno Midias, hombre pérfido y envidioso de su gloria y autoridad. Mató tambien á un hijo de Manía; mas no supo conservar por su valor el poder adquirido por el crímen.

Dercilidas le batió, le despojó de sus bienes y dignidad, y castigó sus delitos con una muerte ignominiosa.

Despues de esta victoria fortificó Dercilidas el istmo del Quersoneso y concluyó una tregua con los persas. Destruidos los muros de Atenas y vencido el gran rey, parece que Esparta habia llegado al apojeo de la gloria y del poder; pero el orgullo que ciega á los estados como á los particulares y los embriaga con los favores de la fortuna, hizo que abusase de sus victorias y preparase su ruina. Esparta, en lugar de protejer la Grecia, empleó sus fuerzas en tiranizarla. Los de la Elida habian hecho alianza con Atenas y Argos: Ajis, rey de Lacedemonia, en castigo de haber usado lejítimamente de sus derechos, taló su pais y los obligó á someterse. Este abuso de poder escitó el odio de los griegos contra Esparta, cuyo dominio brusco y mas pesado que el de los atenienses, debia parecer insoportable á pueblos zelosos de su libertad. Entonces fué cuando Conon se unió á Tisafernes y á Farnabazo para atacar á los lacedemonios: vencieron á Dercilidas y le obligaron á evacuar la Cária. Siguióse entre ellos una tregua de corta duracion. Esparta, jeneralmente aborrecida, vió levantarse contra ella de todas partes, ejércitos que la pusieron despues en peligro de sufrir la misma suerte de Atenas, si al mismo tiempo no hubiera tenido por rey á un gran hombre, cuya capacidad era proporcionada al riesgo de las circunstancias.

Ajesilao.—Ajis acababa de morir; y aunque antes reconoció por hijo suyo á Leotiquides, Ajesilao, príncipe de la familia real, sostuvo que aquel niño era un bastardo de Alcibiades. Las indiscreciones de la reina Timea y el crédito de Lisandro, pariente de Ajesilao, decidieron la opinion pública, é hicieron que se escluyese del trono á Leotiquides y que se diese con sus bienes á Ajesilao. Educado este príncipe segun las leyes de Licurgo y las costumbres de Lacedemonia, era sóbrio, paciente, sencillo, humano y popular. Su capacidad para la guerra, su jovialidad, su odio á la lisonja, cosa no muy comun en los reyes, su amor á las leyes de su pais y su respeto á los éforos, á quienes miraban con aversion los otros reyes, le ganaron todos los corazones. Se hizo amar de tal manera, que los éforos le condenaron á una multa por haberse granjeado el afecto de

los lacedemonios: condenacion superior al elojio mas grande. La naturaleza no le habia tratado bien; era cojo, mal formado y de corta estatura, y por eso no quiso que le retratasen ni erijiesen estátuas, diciendo que le bastaban para monumentos sus acciones. Su reinado comenzó por un acto de moderacion: en lugar de apropiarse los bienes de Leotiquides, que se le habian adjudicado, los repartió entre sus conciudadanos. Subió al trono en el momento que Esparta, atacada por los persas y amenazada por el odio de los griegos, queria alejar del Peloponeso las armas de sus enemigos, llevando las suyas al Asia.

El suceso de los diez mil griegos, que habian atravesado el imperio del llamado gran rey, á pesar de todas las fuerzas de la Persia, daba esperanzas de conquistar este imperio con un ejército mas considerable. Esparta intentó una empresa tan grandiosa que el destino reservaba á Alejandro el grande. Los lacedemonios enviaron á Ajesilao al Asia menor: bajo sus órdenes militaban Lisandro y otros treinta jenerales. Habiendo llegado el rey al puerto de Aulida, donde antiguamente se habian embarcado los griegos para la conquista de Troya, se le apareció por la noche un fantasma y le dijo, que siendo el primer rey despues de Agamenon, á quien los dioses habian puesto al frente de un ejército griego para subyugar el Asia, debia hacer el mismo sacrificio que aquel infeliz padre. Ajesilao, mas sensible y menos supersticioso, no quiso sacrificar su hija por obedecer á un sueño, y se contentó con inmolar á Diana una cierva: víctima mas agradable á la diosa de los bosques y de la caza. Este sacrificio se habia concluido, cuando los beocios, irritados de que el rey de Esparta hiciese en territorio ajeno un acto de soberanía en su pais, mandando se hiciese en él un sacrificio, acudieron en tumulto, echaron del templo á los pontífices, y dispersaron los miembros de la víctima ya inmolada. Este insulto se quedó grabado en el pecho de Ajesilao; y su resentimiento contribuyó quizá á las desgracias que sufrieron despues alternativamente Esparta y Tebas.

El sátrapa Tisafernes, para conjurar la tempestad que iba á caer sobre él, engañó á Ajesilao con una sumision finjida, y consiguió por una negociacion secreta que suspendiese su marcha, ganando de este modo tiem-

po para levantar tropas y recibir los refuerzos que esperaba de Susa. Ajesilao creyó poder ganarle y adelantar en el Asia sin combatir. Despues de haberle concedido un término, visitó las colonias griegas para animarlas y separar otras ciudades del partido de Artajerjes. Al principio le miraron con desprecio por la sencillez de sus vestidos y su pequeña estatura, al mismo tiempo que Lisandro por su altivez, su brillante fama y el recuerdo de sus azañas, lograba todos los omenajes. El rey le aconsejó que no se deslumbrase con ellos y manifestase menos orgullo; pero Lisandro, acostumbrado á mandar, se hizo cada vez mas insolente. Entonces Ajesilao, usando de su autoridad para obligarle á conservar su puesto, le trató con desden y le nombró comisionado de los víveres, empleo que solo se daba á los subalternos. El soberbio Lisandro, irritado de este desprecio, volvió á Esparta y tramó una conspiracion para derribar el gobierno: como era descendiente de Hércules, esperaba que una revolucion le abriria el camino del trono, y ganó para ello á la sacerdotisa de Delfos. Sileno, jóven de rara hermosura, debia presentarse en el templo como hijo de Apolo, y anunciar á los griegos la órden de este Dios para coronar á Lisandro; pero en el momento señalado para esta farsa, no pareció Sileno, y la empresa se malogró. Nada de esto se supo hasta despues de la muerte de Lisandro.

Entretanto Tisafernes, que se habia aprovechado de la tregua para reunir sus fuerzas, arrojó la máscara y mandó á los griegos que saliesen del Asia. Ajesilao juntó su ejército y finjió que intentaba penetrar en la Cária; el enemigo marchó á impedirlo; pero el astuto espartano varió de direccion, se apoderó de la Frijia que estaba casi sin defensa, y juntó en ella un gran botin. Despues pasó á Efeso, se ocupó en ejercitar sus tropas é hizo estender la voz de que intentaba una invasion en Lidia. Tisafernes, creyendo que este era un ardid de guerra como el pasado, marchó de nuevo á la Cária: Ajesilao por esta vez le habia engañado con la verdad y se acercó á Sardes, donde estaban todas las riquezas del sátrapa. Este, que temia perderlas, juntamente con la capital de su gobierno, acudió con tanta precipitacion para defender á Sardes, que dejó atrás la mitad del ejército. Ajesilao, aprovechándose de esta

falta, le atacó bruscamente, hizo gran matanza en los persas, saqueó su campamento, obligó al sátrapa á encerrarse en Sardes, é impuso contribuciones en toda la provincia.

Tisafernes fué acusado de traicion en la corte de Persia, y su desgracia pareció un crímen. Artajerjes le envió un oficial llamado Tritaustes, que le sorprendió en el baño, le dió de puñaladas, y envió su cabeza á Susa. Tritaustes pidió la paz á Ajesilao, que solo le concedió una tregua mientras llegaban órdenes de Esparta; consintió en retirarse á algunas leguas de Sardes, y recibió treinta talentos para su ejército, que fué á establecerse á Frijia. Los lacedemonios reusaron la paz, y añadieron al mando que ya tenia su rey, el de la armada. Ajesilao fué el primero que reunió ambos cargos. Hubiera debido dejar sus órdenes al jeneral que habia mandado la escuadra con acierto; pero tuvo la flaqueza de ceder á los afectos de familia contra el interés público, y dió el mando de las fuerzas navales á Pisandro, su suegro, hombre vano, como todos los que protejidos por el favor carecen de mérito y talento.

El sátrapa Farnabazo, viendo la Frijia desolada por las tropas griegas, tuvo una conferencia con Ajesilao, y logró mediante una gran suma de dinero, que los espartanos evacuasen aquella provincia. En esta conferencia contrastó singularmente el lujo asiático con la sencillez lacedemonia. Farnabazo se presentó á la cabeza de una magnífica comitiva, vestido de telas suntuosas, cuya pedrería deslumbraba: á sus pies iban tendiendo tapices de gran valor; y encontró al rey de Esparta en el traje comun de sus conciudadanos, armado como un soldado, y tendido sobre la yerba al pie de un árbol. En tiempo de Plutarco se conservaba todavia la lanza de este rey: nada tenia que la distinguiese de las lanzas comunes, y solo brillaba con el esplendor glorioso del héroe que la habia llevado.

Guerra en Grecia.—El talento, el valor y la modestia de Ajesilao escitaban la admiracion universal: los aliados se reunieron á él con entusiasmo, y todas las ciudades adonde iba abrazaban su partido y aumentaban su ejército. Preparábase á marchar al centro del Asia, y á hacer temblar al rey de Persia en el palacio de Susa; pero Artajerjes, conociendo el valor de los griegos, y no fiándose en el hierro ni

en la fuerza para detenerlos, empleó el oro y la intriga para dividirlos: sabia muy bien cuán irritadas estaban las ciudades de Grecia contra el orgullo de Esparta, y se aprovechó de las discordias de este pais para salvar el suyo. Timocrates, encargado de ejecutar sus órdenes y de repartir una considerable suma de dinero, corrió la Grecia toda, ganando á los majistrados de los pueblos principales y sublevándolos contra Lacedemonia. Los tebanos fueron los primeros que sacudieron el yugo: los atenienses hicieron alianza con ellos y les prometieron socorro. Conon pasó á la corte de Persia para empeñarla en que reuniese sus fuerzas con las de la liga tebana, y como esta habia sido obra de la política de Artajerjes, no fué difícil la negociacion.

El pretesto de las primeras ostilidades fué una disputa entre los lócrios y fóceos, acerca de la propiedad de un terreno. Los espartanos encargaron á su rey Pausánias que se juntase á Lisandro, que estaba con un ejército en Beocia, y apoyase las pretensiones de los fóceos. Los tebanos se resolvieron á comenzar la guerra, y atacar á Lisandro antes que se le reuniese Pausánias. La batalla se dió en Haliarte; los de Tebas lograron una completa victoria, y Lisandro murió en el combate. Este guerrero justamente célebre, habia derribado á Atenas y dado á Esparta el señorío de la Grecia: sus numerosas victorias prueban sus talentos militares; pero si llevó al mas alto grado la gloria de su patria, preparó su humillacion, inspirándole la sed de riquezas y de poder. Como habia despojado á muchas ciudades de sus tesoros, se le tenia por avaro; pero murió pobre, y se reconoció que su pasion única era la ambicion, á la cual debió indudablemente sus grandes talentos; mas como era desenfrenada, le hizo cometer muchas violencias y perfidias. Creemos que no debe contársele entre los grandes hombres; porque para merecer este título se ha de reunir á la gloria la justicia, y esta fué sacrificada siempre por Lisandro. La historia deberia reservar esclusivamente para la virtud el título de *grande*, y no dar sino el de *célebre* á aquellos hombres, cuya fama está mancillada por las injusticias ó los vicios.

Al saber Esparta las derrotas de Lisandro, echó la culpa á la lentitud de Pausánias. Este rey fué condenado á muerte; pero

evitó el suplicio fugándose á Tejeo donde falleció. Los éforos escribieron á Ajesilao que volviese á Grecia con su ejército: esta órden la recibió cuando estaba casi seguro de conquistar la Persia. Obedeció modestamente para probar que en Lacedemonia el hombre estaba sometido á la ley, y no la ley al hombre. Atribuia la guerra de Grecia al oro de Artajerjes, cuyas monedas llevaban la figura de un flechero, y decia burlándose: «Todas »las fuerzas de la Persia no me »hubieran hecho salir del Asia; »pero treinta mil flecheros me »han echado de allí.» Antes de que volviese á Grecia Ajesilao estaba Lacedemonia sobre las armas, y habia sido acometida por todas partes. Habian marchado contra ella los atenienses, los beocios, los corintios y los arjivos, formando juntos un ejército de veintidos mil hombres; reunieron catorce mil los espartanos, y encontraron al enemigo en Sicion; pelearon intrépidamente, y á pesar de ser inferiores en número alcanzaron una completa victoria.

Batalla naval de Gnido.—Pero la suerte de la guerra no les era tan propicia por mar. Conon, al frente de una escuadra de cien bajeles que Artajerjes habia mandado equipar á favor de Atenas y á sus ruegos, acababa de darse á la vela en busca de la escuadra lacedemonia, compuesta de ciento veinte galeras. Encontróla navegando ácia el Quersoneso, en la altura de Gnido y costas de la Cária, donde al cabo de algunas ventajas cayó muerto Pisandro: su pérdida fué como una señal de fuga para los bajeles espartanos. Conon, vencedor, apresó cincuenta galeras al enemigo, cuyo poder sobre el mar disminuyó cada dia mas despues de este encuentro.

Batalla de Coronea.—Al mismo tiempo Ajesilao se acercaba á Esparta, pero los éforos sin aguardar su llegada le mandaron que pasase á Beocia, donde los ejércitos tebano y espartano se hallaban ya en presencia uno de otro en la llanura de Coronea. Llegó á tiempo para ponerse al frente de los suyos; y Jenofonte, testigo de esta batalla, la pinta como la mas terrible de cuantas se dieron en aquella época. Al pronto los tebanos fueron rechazados; pero queriendo Ajesilao impedirles la retirada, formaron un batallon cerrado con toda su infantería, que este jamás pudo desbaratar. Entonces el choque fué sangriento; Ajesilao recibió

varias heridas y solo pudo salir del peligro por el valor de cincuenta jóvenes espartanos que le defendieron. No pudiendo lograr desacer á los tebanos, los espartanos abrieron sus filas para dejarlos pasar, y luego cojerlos por retaguardia; pero satistisfechos aquellos de su gloriosa resistencia, continuaron su retirada ácia otra parte, peleando siempre y dejando solo á Esparta una victoria indecisa y comprada á mucha costa. A pesar de las heridas no quiso Ajesilao volver á su tienda hasta haber visto colocar á los muertos sobre sus escudos. Despues mandó erijir un trofeo en el campo de batalla, y pasó á Lacedemonia, donde fué recibido con el entusiasmo que inspiraba su victoria. Admirábase en él á par de su valor la antigua sencillez lacedemonia, que habia conservado á pesar de los favores de la fortuna y del lujo del Asia. Un dia se daba en su presencia el título de grande al rey de los persas, y replicó: *solo es mayor que yo quien sea mas virtuoso que yo*. Su alma elevada amaba quizá con demasiado ardor la gloria que se adquiere prodigando la vida, y aun gustaba de la lucha y demás ejercicios corporales, que aumentando la fuerza del cuerpo, disponen al hombre para las fatigas de la guerra; pero se burlaba de los triunfos olimpicos, y para mostrar cuánto los despreciaba, persuadió á su hermana Cinisca que enviase su carro á disputar la palma. Efectivamente consiguió el premio, probando á los griegos que aquella especie de gloria no suponia mas mérito que el de ser rico. Poco tiempo despues de su vuelta á Lacedemonia descubrió en los papeles de Lisandro la conspiracion tramada por este para apoderarse del trono; entre ellos habia una arenga que aquel ambicioso debia pronunciar para seducir al pueblo, compuesta por el orador Cleonte. Ajesilao, lleno de enojo, queria dar cuenta al senado de este descubrimiento; mas un éforo le dijo: «En lugar de desenterrar á Lisandro, debeis enterrar sus papeles y su discurso.» El rey conoció cuán prudente era este consejo, y lo siguió. Despues de algunos dias de descanso volvió á su ejército y sitió por tierra la ciudad de Corinto, mientras que Teleucio, su hermano, la sitiaba por mar.

Empero Conon, vencedor en Gnido, habiendo logrado cincuenta talentos de Farnabazo para reedificar el puerto del Pi-

reo, dió á la vela para la Grecia, y en el camino taló las costas de la Laconia. Volvió á Atenas donde fué recibido en triunfo como restaurador de la patria. El oro de Farnabazo sirvió para levantar las murallas, (693 años antes de J. C.) destinadas siempre á ser restablecidas con el dinero de los persas; pues el botin de la guerra médica habia servido para erijirlas de entre las cenizas del incendio de Jerjes. Es imposible pintar la rabia y desesperacion de los espartanos cuando supieron la resurreccion de Atenas, á quien temian tanto mas, cuanto mas la habian oprimido. En el renacimiento de esta república veian la pérdida de su soberanía en la Grecia y el anuncio de una prócsima venganza.

Paz y tratado de Antalcidas. —No escuchando Esparta mas voz que la de su ira, el peor de todos los consejeros, escepto el miedo, se vengó vilmente de Conon y sacrificó los intereses de la Grecia á su resentimiento. Envió á Sardes á Antálcidas para negociar la paz con el sátrapa Teribazo, en detrimento de las ciudades jonias. Encargado Conon por Atenas de romper esta funesta negociacion, nada pudo conseguir; porque los espartanos le acusaron ante Artajerjes de haber vendido los intereses de la Persia, empleando sus tesoros en levantar los muros de una ciudad enemiga; le atribuyeron el proyecto de quitarle al gran rey la Eolia y la Jonia, y en fin vendieron á Artajerjes las colonias griegas del Asia para comprar la ruina del héroe ateniense. Teribazo no concluyó la paz; pero dió dinero á los espartanos, prendió á Conon y le envió á Susa. Créese que allí le degollaron; pero nada de cierto refiere la historia sobre su fin; lo único que se sabe es que desapareció sin dejar mas rastro que los brillantes vestijios de sus azañas y virtudes.

Así es como las pasiones y la mala política de los griegos destruyeron de un golge los frutos de tantas victorias y virtudes. Reunidos por el interés comun, habian triunfado de la potencia mas formidable, imponiéndola la ley; habian conocido todas las ventajas de una confederacion de la cual sacaban á un mismo tiempo su gloria y su seguridad. Divididos despues por necias envidias y por la ambicion del mando, se habian entregado á todos los escesos del rencor y del odio; siendo unos con otros mas crueles, que aquellos

á quienes trataban con desprecio de bárbaros. En fin, despues de la ruina de los principios, de las leyes y de las costumbres, ocasionada por sus discordias, se encuentran envilecidos, hasta arrastrarse delante de estos bárbaros, aun sin haber sido vencidos; sacrificándoles solemnemente la libertad de las colonias que habian sacado de la esclavitud. Tal fué el efecto de la rivalidad de Esparta y Atenas. ¡Qué diferencia entre la emulacion que escita á las cosas grandes, y la ambicion que conduce á la desgracia por la injusticia!

Pero la cadena con que Esparta habia ligado á la Grecia estaba rota ya: la discordia alimentaba en todas partes el fuego de la guerra. Los espartanos se aprovecharon de las facciones que habia en Corinto para penetrar en esta plaza, donde cometieron crueles matanzas; pero los atenienses y beócios vencieron á los lacedemonios y los obligaron á retirarse. La república, que habia vivido mucho tiempo bajo la proteccion de Atenas, estaba entonces ajitada por disputas sangrientas de la democrácia y de la oligarquia. Esparta, para sostener á los ricos, envió á Teleucio á aquella isla con veintisiete bajeles. Desembarcó en ella y destruyó el gobierno popular. Los atenienses, que querian sostenerlo, enviaron á Trasíbulo, pero en el camino le asesinaron unos paisanos sublevados contra las vejaciones de la tropa. Así la indisciplina ateniense motivó la muerte del libertador de Atenas.

Esta ciudad iba viendo caer á todos sus héroes. Sin embargo, un jóven guerero llamado Isícrates, daba á los veinte años esperanzas de resucitar la antigua gloria: se le dió, á pesar de su corta edad, el mando de una division; venció en Lequeo las tropas que Ajesilao habia apostado en aquel punto, y obligó á los espartanos á evacuar la Beocia. En premio de estas azañas se le dió el mando jeneral, vacante por la muerte de Trasíbulo, y justificó esta eleccion defendiendo las ciudades del Helesponto y derrotando en una emboscada al espartano Anaxibías. Pero ínterin conseguia estas victorias, un cuerpo de jinetas y lacedemonios talaba el Atica. Cábrias marchó contra el enemigo y lo rechazó; mas alejándose mucho de Atenas, que quedó desguarnecida, Teleucio entró de noche en el Pireo, cojió y quemó muchos buques y alarmó la ciudad.

Al fin del año del mundo 3617, Atenas y Esparta, cansadas de tantos desastres, hicieron la paz entre sí y con la Persia. Este tratado ignominioso que con razon llama Plutarco *ruina y y desonor de la Grecia*, tomó el nombre del espartano Antálcidas, que lo negoció y firmó. En virtud de esta paz, las ciudades griegas del Asia y la isla de Chipre volvieron á poder de los persas: los atenienses no conservaron mas posesiones que las islas de Lemnos y Sciros, y la dominacion de los espartanos se redujo á la Laconia y la Mesenia. Todas las ciudades de Grecia fueron libres y esentas del dominio de Esparta, Tebas, Atenas y Corinto, disminuyéndose el poderío de estas cuatro potencias, á las cuales temia el titulado gran rey de Persia. Cimon habia puesto la ley 60 años atrás á Artajerjes Lonjimano, y la Grecia la recibió de Artajerjes Mnemon en la paz de Antálcidas. Esparta fué la causa de semejante ignominia, que habia entablado la negociacion escitando contra sí el odio jeneral, cuyos efectos no tardaron en manifestarse.

Pelópidas y epaminondas.— Las pasiones que habian puesto en fermentacion toda la Grecia no se estinguieron por aquella paz oprobiosa, fruto del cansancio y no de la razon; y así despues de un corto descanso volvieron con nueva violencia. Tebas y Corinto estaban disgustadas del tratado que habia puesto esentas de su dominio muchas ciudades que antes lo reconocian, cuando Esparta, contribuyendo á disminuir la fuerza de las otras repúblicas, conservaba la suya en la mayor parte del Peloponeso. La ambicion de los lacedemonios dió nuevos alimentos al odio jeneral; bajo un lijero pretesto declararon la guerra á los de Olinto y se apoderaron de Potidea, ciudad aliada de ellos. Otro atentado mas odioso aumentó al estremo la ecsasperacion. La ciudad de Tebas estaba ajitada por dos partidos, el de la democrácia y el de la oligarquia, cuyos intereses opuestos nunca se concilian hasta que los oprime otro tercer partido. El primero quiere la igualdad, y casi siempre marcha á la anarquía; el segundo, bajo el pretesto de conservar el órden público, poniendo el gobierno en manos de los hombres mas ricos, ilustrados y distinguidos, es el mas detestable porque siempre tiende á la tiranía. Hallándose entonces muy animadas una contra otra, el jeneral espartano Febidas, que a-

atravesaba la Beocia con un cuerpo de tropas destinadas al sitio de Olinto, aprovechándose de aquella lucha intestina, prometió su ausilio á los ambiciosos oligarcas, y con el favor de ellos se apoderó de la ciudadela. El partido popular quedó entregado á la venganza de sus enemigos que proscribieron á todos los jefes de la democrácia; y cuatrocientos ciudadanos huyeron y buscaron un asilo en Atenas, ciudad constantemente enemiga de la tiranía oligárquica. Entre estos desterrados se distinguia Pelópidas, conocido ya por sus azañas, y cuyo noble carácter prometia á su patria un héroe y un libertador. Epaminondas, digno partícipe de su gloria y que debia sobrepujarle, estaba unido con él por los lazos de una amistad tan firme, que ninguna emulacion pudo debilitarla: se conservó igualmente en la prosperidad y en los infortunios; aunque Epaminondas era del mismo partido que su amigo, no le acompañó en la fuga y permaneció tranquilo en Tebas: su amor á la literatura y á la filosofía, haciendo que se le creyese esento de ambicion, le libertó de las persecuciones de un gobierno suspicaz.

Era evidente que Febidas, apoderándose de Cadmea en tiempo de paz, habia hollado el derecho de jentes y alarmado todas las ciudades libres. El senado de Esparta probó en esta ocasion la iniquidad de su justicia, porque condenó á Febidas á una multa y conservó la ciudadela en su poder. ¡Política ratera, indigna de cualquier nacion, cuanto mas de unos hombres que se jactaban de tener unas severas costumbres! Pero no fué esto solo; mandó tambien dar la muerte á Ismenias, jeneral tebano y jefe del partido popular. Este acto de violencia convirtió en irreconciliable el justo odio de los tebanos; —las proscriciones civiles son verdaderas desgracias; las que ejerce la influencia estranjera son verdaderos insultos. Nada ciega como la ambicion: el mismo Ajesilao defendió á Febidas diciendo que si su empresa no era justa, era al menos muy útil. Su orgullo por su patria le hacia olvidar la primer mácsima de moral que él mismo habia proclamado antes, á saber: «La justicia es la primera de to»das las virtudes; porque si to»dos los hombres fueran justos, »no habria necesidad de leyes.» Además no tardó Esparta en probar la verdad de otra mácsima, que á menudo se pierde de

vista, y es que todo lo que es injusto, á la larga se hace mas dañoso que útil. Al principio todo parecia favorable á la política ambiciosa de los lacedemonios. Los olintios, que despues de sometidos se habian rebelado y asesinado al jeneral espartano Teleucio, fueron vencidos y domados por Ajesilao. El gobierno de Tebas, protejido por los espartanos, se veia obligado á seguir sus leyes. Atenas y Corinto temian sus ejércitos. Parecia consolidada la dominacion de Esparta en toda la Grecia, y aquella orgullosa república estaba muy distante de prever que el destino habia designado dos ciudadanos de Tebas para arruinar su poderío.

Caracter de Pelópidas y Epaminondas.—Estos dos hombres eran Pelópidas y Epaminondas, grandes solo por la virtud y sin mas ambicion que la libertad de su patria. Célebremente iguales por sus triunfos militares, brillaban por cualidades diferentes; Pelópidas, rico, jeneroso, ocupado únicamente de los negocios públicos, sobresalia en todos los ejercicios del cuerpo, sus únicos entretenimientos. Epaminondas, pobre, desinteresado, reusaba hasta los socorros de la amistad, y esento de ambicion, solo cultivaba las letras y la filosofia, y nada pudo separarle de su estudio sino el estremo peligro de la patria. Escelente ciudadano, justo en sus acciones y sincero en su lenguaje, miraba como un delito la mentira, aunque fuera en chanza. Sometido á la tiranía aristocrática y á la dominacion estranjera, esperaba con impaciencia la ocasion de romper estas dos cadenas.

Libertad de Tebas.—El orgullo de Lacedemonia le proporcionó los medios. De hombres cuerdos es tratar bien á los enemigos vencidos; porque el oprimido á quien se reduce á la desesperacion se convierte en un héroe invencible. El senado de Esparta, queriendo someter toda la Grecia á sus voluntades, envió órdenes á Atenas para que echase á los tebanos refujiados. Esta persecucion los determinó á tentar la mas audaz empresa. Pelópidas les dió armas, y concibió el proyecto de entrar á su cabeza, y derribar el odioso gobierno aristocrático. Con tiempo confió el plan de esta conspiracion á los amigos que habia dejado en Tebas, para que los favoreciesen en lo posible. Pelópidas y doce de sus compañeros entraron de noche en la ciudad vestidos de labradores, y se ocultaron en casa de Caronte, cuya

fidelidad les era conocida: allí se reunieron otros cuarenta y ocho de los suyos. Filídas, secretario de la majistratura suprema y amigo oculto de los conjurados, convidó aquella misma noche á un banquete á todos los jefes del gobierno para alejarlos de sus funciones y entregarlos reunidos á la venganza de sus enemigos. Estando en lo mas alegre de la comida llegó un correo de Atenas con cartas que revelaban la conspiracion y todas sus circunstancias. Arquías, jefe de la oligarquía, embriagado de placer y de vino, tomó la correspondencia y la puso en su lecho sin leerla, diciendo: *los negocios sérios para mañana*; y se entregó de nuevo á la alegría que animaba á los convidados.

Entretanto los conspiradores se pusieron en marcha, divididos en dos pelotones: uno á las órdenes de Pelópidas, se dirijió á casa del gobernador Leontides, que pereció despues de haber vendido bien cara su vida: el otro, introducido en casa de Filídas, mató en la sala del banquete á todos los convidados. Reuniéronse despues entrambos, forzaron las cárceles, se apoderaron de los almacenes de los proveedores, y corrieron por las calles gritando LIBERTAD! Epaminondas con su espada y su elocuencia los ayudó poderosamente. Los demás desterrados que se habian vuelto á Atenas, creyendo descubierta y malograda la conspiracion, acudieron prontamente al saber este suceso inesperado, seguidos de un ejército ateniense. Las ciudades de Beocia enviaron socorros á Pelópidas, á quien el pueblo, entusiasmado por su valor y sus discursos, llamaba su libertador. Los lacedemonios se encerraron en la ciudadela y fueron sitiados por Pelópidas y Epaminondas, que ya habian reunido doce mil hombres. La guarnicion, falta de víveres, capituló; y el senado de Esparta, siempre inflecsible, condenó á muerte á los jenerales que habian firmado la capitulacion.

Cleombroto, rey de Esparta, penetró en Beocia con un ejército y la taló. Esta invasion amedrentó á Atenas, que apenas levantada de entre sus ruinas tenia necesidad de la paz, y así estaba resuelta á romper su alianza con Tebas; pero Pelópidas, tan hábil como valiente, halló medio de comprometer á los atenienses y obligarlos á pelear con Esparta. Conociendo el carácter presuntuoso de Sfodrias, jeneral de las tropas espartanas que es-

taban en el Atica, hizo que un falso confidente le incitase á atacar el Pireo. Sfodrias lo emprendió y salió mal, porque los atenienses, avisados por Pelópidas, estaban prevenidos. Atenas se quejó de esta ostilidad y pidió el castigo del agresor; pero fué absuelto por la intercesion de Ajesilao, movido por las lágrimas de su hijo, que era amigo de aquel jeneral. Irritados los atenienses de que se les negase la justicia, renovaron su alianza con Tebas. Cábrias, que mandaba el ejército de Atenas, detuvo con sus hábiles movimientos la marcha de Ajesilao. Embarcándose despues venció en un combate naval la escuadra de los espartanos cerca de Naxos, les cojió treinta y dos embarcaciones, y entró triunfante en el Pireo. Timoteo, hijo de Conon, almirante de otra escuadra ateniense, taló las costas de la Laconia, se apoderó de Corcira, y batió una escuadra espartana matando al jeneral Mnesipo, que la mandaba. Diez navíos que Dionisio, tirano de Siracusa, enviaba en socorro de los espartanos, fueron apresados por Ifícrates, sucesor de Timoteo en el mando de la escuadra ateniense.

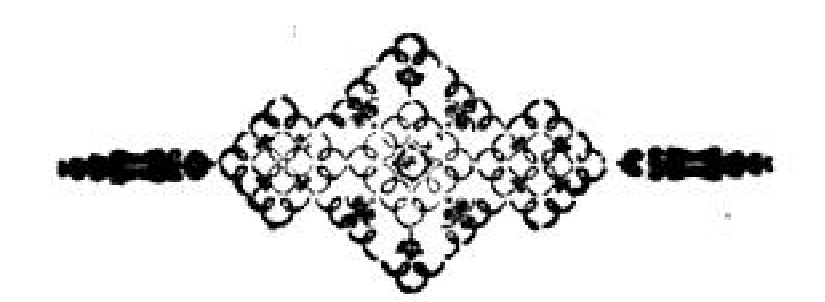
FIN DEL TOMO CUARTO.

ÍNDICE

DE LOS LIBROS, CAPITULOS Y MATERIAS

CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

CONTINUA EL LIBRO SESTO.



HISTORIA
UNIVERSAL
ANTIGUA Y MODERNA.
TOMO V.

STAT SUA CUIQUE DIES.

VIRG.

HISTORIA
UNIVERSAL
ANTIGUA Y MODERNA,

FORMADA PRINCIPALMENTE

CON LAS OBRAS DE LOS CELEBRES ESCRITORES

EL CONDE DE SEGUR, ANQUETIL Y LESAGE,

Y CON PRESENCIA DE LAS ESCRITAS

POR

M. MILLOT, MULLER, CHATEAUBRIAND, BOSSUET, THIERS, GUIZOT, GUAY, MICHELET, MIGNET, ROBERTSON, NODIER, MONTESQUIEU, ROLLIN, MARIANA, MIÑANA, SOLIS, TORENO, MARLIANI, MICHAEL etc.

FINALIZANDO

CON UN DICCIONARIO BIOGRÁFICO UNIVERSAL.

OBRA COMPILADA

POR UNA SOCIEDAD HISTORIOGRAFA,

BAJO LA DIRECCION DE

A. MARTINEZ DEL ROMERO,

INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES ARTÍSTICAS Y LITERARIAS, NACIONALES Y ESTRANJERAS.

MADRID:
1842.

Oficina del Establecimiento Central,
calle de Atocha, núm. 63, cuarto principal.

HISTORIA

UNIVERSAL.

CONTINUA EL LIBRO SESTO.

CONCLUSION DEL CAPITULO VIII.

COMBATE DE TEJIRA Y BATALLON SAGRADO.—A pesar de toda la habilidad de Ajesilao, no pudo este obligar á Pelópidas á entrar en batalla. El diestro tebano con sus ájiles movimientos evitó una accion decisiva y redujo la guerra á combates de puestos que le daban tiempo y medios para ejercitar sus tropas. Ajesilao fué herido en uno de estos pequeños encuentros, en que Antálcidas le echaba en cara riendo, enseñaba á los tebanos el arte de la guerra. No tardaron en mostrar que se habian aprovechado de las lecciones en el primer encuentro de consideracion que se verificó cerca de Tejira. Pelópidas habia formado un cuerpo de jóvenes unidos por el lazo de una amistad inviolable y de la confraternidad militar, que no les permitia abandonar al compañero en el combate: este cuerpo, que fué célebre con el nombre de *batallon sagrado*, se ilustró por la primera vez en la accion de Tejira. Pelópidas, al frente de estos valerosos guerreros, desbarató un cuerpo de lacedemonios, lo puso en fuga y decidió la victoria, que fué mas gloriosa para el jefe tebano, porque hasta aquel dia los espartanos no habian sido venci-

Oficina del Establecimiento Central,
calle de Atocha, núm. 65, cuarto principal.

HISTORIA

UNIVERSAL.

CONTINUA EL LIBRO SESTO.

CONCLUSION DEL CAPITULO VIII.

COMBATE DE TEJIRA Y BATALLON SAGRADO.—A pesar de toda la habilidad de Ajesilao, no pudo este obligar á Pelópidas á entrar en batalla. El diestro tebano con sus ájiles movimientos evitó una accion decisiva y redujo la guerra á combates de puestos que le daban tiempo y medios para ejercitar sus tropas. Ajesilao fué herido en uno de estos pequeños encuentros, en que Antálcidas le echaba en cara riendo, enseñaba á los tebanos el arte de la guerra. No tardaron en mostrar que se habian aprovechado de las lecciones en el primer encuentro de consideracion que se verificó cerca de Tejira. Pelópidas habia formado un cuerpo de jóvenes unidos por el lazo de una amistad inviolable y de la confraternidad militar, que no les permitia abandonar al compañero en el combate: este cuerpo, que fué célebre con el nombre de *batallon sagrado*, se ilustró por la primera vez en la accion de Tejira. Pelópidas, al frente de estos valerosos guerreros, desbarató un cuerpo de lacedemonios, lo puso en fuga y decidió la victoria, que fué mas gloriosa para el jefe tebano, porque hasta aquel dia los espartanos no habian sido venci-

dos por un enemigo igual en número y mucho menos inferior.

La guerra que perturbaba á la Grecia no convenia entonces á la política de Artajerjes, porque ocupaba necesariamente una parte del dinero y de las fuerzas que deseaba emplear contra el Ejipto rebelado; y así se valió de la influencia que tenia con los estados griegos para ponerlos en paz. Renovóse pues el tratado de Antálcidas, porque todos los partidos querian tener el apoyo de la Persia; y las ciudades griegas, recobrando su independencia, arrojaron las guarniciones que les habian puesto los lacedemonios. Esto dió motivo á algunas turbulencias que sosegó la prudencia de Ifícrates. Este jeneral pasó despues con un cuerpo de veinte mil griegos á militar con sueldo de Artajerjes en el Ejipto; espedicion que no tuvo el écsito que esperaban los persas. Lacedemonia se hallaba abatida como lo habia sido Atenas, y la Grecia tuvo algunos momentos de descanso hasta que lo turbó la ambicion de Tebas. Esta república, apenas se vió independiente, quiso dominar á su vez. Los recientes ejemplos de la venganza que sigue á la opresion, y del abatimiento que castiga el orgullo, no impidieron á los tebanos que intentasen quitar á las ciudades vecinas la libertad que ellos mismos habian recuperado casi milagrosamente. Hicieron guerra á Platea y á Tespias, y las destruyeron. En vano intervino Atenas en favor de ellas: Tebas le respondió tan altaneramente, que los atenienses rompieron la alianza que tenian con aquella república.

Batalla de Leuctres ó Leuctras.—Esparta tomó las armas; pero antes de comenzar las ostilidades se abrió una negociacion con la esperanza de terminar amigablemente aquellas desavenencias. En una de estas reuniones declaró Ajesilao á los tebanos, que la guerra era inevitable, si no ejecutaban puntualmente el tratado de Antálcidas, restituyendo su libertad á las ciudades de Beocia. Epaminondas, separado de las letras y puesto al frente del gobierno por el voto de sus conciudadanos, estaba en el congreso y respondió que Esparta debia dar la libertad á las ciudades de la Laconia y Mesenia, antes de interesarse por la independencia de la Beocia. Ajesilao, irritado, borró de la lista de la confederacion griega el nombre de Tebas, se aca-

baron las conferencias, y se declaró la guerra.

Esparta envió con prontitud á Beocia un ejército de once mil lacedemonios y trece mil aliados, á las órdenes del rey Cleombroto, que ecsijió de Tebas por medio de parlamentarios la reedificacion de Tespias y Platea. Negada esta demanda, marchó ácia Leuctras, donde concentró sus fuerzas. Las de Tebas solo eran de seis mil hombres; pero tenian por jefes á Pelópidas y Epaminondas. Este mandaba el ejército, y empleando en esta ocasion una nueva táctica, llevó todas sus tropas al ala izquierda, dejando en la derecha y el centro una línea muy débil que estendió para pasar á la de Cleombroto. Este, al ver las disposiciones del enemigo, quiso mudar su órden de batalla, y mientras operaba este movimiento, Pelópidas le atacó al frente del batallon sagrado y desordenó á los espartanos. Epaminondas marchó entonces al frente del ala que habia fortificado, y decidió la victoria. Cleombroto se defendió con un valor digno de Esparta, mas pereció con su hijo Cleónimo, sus principales subalternos y la flor del ejército. Hubo un gran combate alrededor de su cádaver, pugnando los unos por arrebatarlo, los otros por defenderlo. Viendo Epaminondas que solo este empeño de honor prolongaba la accion, dejó á los lacedemonios que se llevasen su rey, marchó con todas sus fuerzas contra la izquierda del enemigo, y la destrozó. La caballería tebana, penetrando en los cuerpos espartanos, rompió sus filas y trocó la retirada en una entera derrota, manifestando su superioridad con respeto á la lacedemonia; porque los espartanos ricos, al entrar en combate, daban sus caballos á soldados nuevos que no sabian manejarlos, y los jinetes de Tebas estaban muy ejercitados. Antes de la batalla dijeron á Epaminondas que los auspicios no eran favorables, y respondió con un verso de Homero.

«Defender á la patria es el »mejor presajio.»

Los lacedemonios perdieron en esta batalla cuatro mil hombres, y los tebanos cuatrocientos. Epaminondas, siempre sencillo en sus costumbres y puro en sus sentimientos, no se ensoberbeció con tan señalada victoria, y se contentó con decir: «Soy feliz »por la alegría que este triunfo »dará á mis padres.»

Esparta manifestó en esta circunstancia la austeridad de su

orgullo: cuando llegó la noticia de la derrota, se estaban celebrando unos juegos, y los éforos no permitieron que se interrumpiesen. Se dió la enorabuena á los padres de los muertos, se recibió con desprecio á los vivos, y apenas se atrevian á mirarlos sus madres y mujeres: segun la costumbre, se les debia escluir de los banquetes públicos y obligarles á que se cortasen la mitad de la barba, y á que anduviesen con un vestido grosero; pero como el número de los fujitivos era tan considerable, Ajesilao creyó necesaria la induljencia. «Que duerma, »dijo, la ley por un dia: maña»na la despertaremos.»

Tebas victoriosa, halló aliados en todas partes: los de Elida, Fócida, Lócrida y Eubea siguieron el partido del mas fuerte, que siempre parece el mejor. Los aristócratas de Argos, temiendo perder su poder, protejidos por Lacedemonia, quisieron comprimir á los partidarios de la democrácia; mas estos sublevaron al pueblo, que degolló á los ricos y á los magnates. El ejército de Epaminondas y Pelópidas, engrosado con estos nuevos aliados, ascendió en breve á sesenta mil hombres. Corrió el Peloponeso y pasó el Eurotas á pesar de la resistencia del enemigo, que le mató mucha jente. Desmintióse entonces el antiguo proverbio de que las espartanas jamás habian visto el humo de un campamento contrario. Epaminondas penetró en los arrabales: Ajesilao, enmedio de tan gran peligro, ni perdió la esperanza ni la serenidad; dió libertad y armas á seis mil ilotas, guarneció con hombres intrépidos todos los puertos, se atrincheró en una altura con el grueso de su ejército, y á pesar de las murmuraciones de los ciudadanos y sarcasmos del enemigo, evitó prudentemente toda accion jeneral, cuyo mal écsito pudiera arruinar la república. En este momento peligroso, en que Lacedemonia tenia necesidad de mayor esfuerzo y union para salvarse, se formó una conspiracion dirijida á mudar el gobierno. Doscientos de los conjurados se habian apoderado ya de un puesto importante: el senado queria que se les atacase y diese muerte. Ajesilao tuvo este medio por peligroso, mucho mas ignorándose el número de los cómplices. Se encaminó él solo adonde estaban los rebeldes y les dijo: *Camaradas: no es ese el punto que os encargué que ocupáseis*: y les indicó el lugar donde

debian ir. Admirados de su osadía, y creyendo ignoraba la conspiracion, le obedecieron. Un lacedemonio, llamado Iscolas, imitó en este sitio el sacrificio heróico de Leónidas. Encargado de defender un paso estrecho y rodeado por el enemigo, envió al campamento los soldados mas jóvenes, y conservando solo algunos ancianos guerreros, defendió el paso hasta morir.

Epaminondas pudo haber tomado á Esparta; pero como la fortuna no le deslumbraba, comprendió que la ruina de Lacedemonia armaria toda la Grecia contra Tebas; se contentó únicamente con humillar el orgullo espartano, obligándola en el tratado de paz á restituir la Mesenia á sus antiguos dueños. Los mesenios, sabedores de esta noticia inesperada, acudieron de Sicilia á poseer aquella tierra amada que sus padres habian dejado y que ellos no esperaban gozar. Al mismo tiempo edificó Epaminondas á Megalópolis en la orilla del Alfeo, y la pobló de árcades, enemigos de los lacedemonios. Observados estos por los mesenios y los árcades, perdieron para siempre la influencia que habian ejercido tan duramente sobre los pueblos de Grecia.

Prision y juicio de Pelópidas y Epaminondas.—La gloria mas brillante no era defensa entre los pueblos griegos contra la accion de las leyes que hacian sagrado el amor de la libertad. Pelópidas y Epaminondas, que esperaban ser recibidos en triunfo por los tebanos, fueron presos y puestos en juicio por haber conservado el mando del ejército cuatro meses mas del término prescrito por las leyes. En vano empleaba Pelópidas su elocuencia para justificarse: Epaminondas triunfó por su noble osadia. «Ciudadanos, les dice: »moriré contento si se declara »en la sentencia que he vencido »á los enemigos en Leuctras, si»tiado á Esparta, libertado á Me»senia y hecho á Tebas árbitra de »la Grecia, y que he concluido »todas estas acciones gloriosas »sin el consentiminnto ni par»ticipacion de los tebanos.» Esta firmeza de carácter produjo buen efecto y se absolvió á los acusados. Los enemigos de Epaminondas lograron que se le diese como por insulto un empleo muy inferior á su rango y dignidad. El lo desempeñó con esactitud, diciendo muchas veces: *Los empleos honran á los ciudadanos; pero los ciudadanos pueden tambien honrar los empleos.*

Una nueva conspiracion estalló en Lacedemonia: Ajesilao perdió la paciencia, y de acuerdo con los éforos marchó contra los rebeldes, los aprisionó y entregó á la severidad de las leyes. La orgullosa Esparta imploró en esta ocasion el ausilio de las ciudades que habia oprimido poco antes. Atenas y Corinto, envidiosas de Tebas, consintieron en hacer alianza con Esparta bajo la condicion de una perfecta igualdad entre sí. Los árcades, viendo á Lacedemonia caida, la atacaron y tomaron á Palene: los tebanos se declararon por los árcades, y aunque Cábrias defendia la entrada del Peloponeso al frente de veintidos mil atenienses y corintios, Epaminondas forzó el paso despues de una sangrienta batalla, tomó á Sicion y cercó á Corinto; pero Cábrias, reforzado con nuevas tropas, le obligó á retirarse. Acostumbrada Tebas á las victorias, le quitó el mando á su jeneral.

El odio que animaba á los griegos unos contra otros, los cegaba hasta el punto de implorar la intervencion del rey de Persia en sus querellas, y de solicitar vergonzosamente el apoyo de su enemigo natural, que solo deseaba que se dividiesen y arruinasen. Nada mas opuesto al buen sentido que la pasion. Lacedemonia le habia pedido socorros, y aunque solo obtuvo al principio dos mil mercenarios, esperaba refuerzos mas considerables. Pelópidas fué al Asia para desacer esta negociacion, y tan hábil en la política como en la guerra, logró su intento. Artajerjes hizo alianza con Tebas, sostuvo la independencia de Mesenia y prometió mantener el equilibrio entre Atenas, Esparta, Tebas y Corinto. En este tiempo Dionisio, tirano de Siracusa, envió socorros á los lacedemonios, y Arquidamo, hijo de Ajesilao, consiguió una victoria de los árcades y arjivos, que se llamó *la batalla sin lágrimas*, porque no pereció en ella ni un solo espartano.

Entonces empezaba la Macedonia á fijar la atencion de los griegos. Perdicas, y Ptolemeo hijo de Amintas, disputaban aquella corona: Pelópidas, á quien escojieron por árbitro, terminó su desavenencia y trajo en reenes á Tebas á Filipo, tercer hijo de Amintas y célebre despues por sus azañas, y las de su hijo Alejandro. Este príncipe se educó en Tebas y aprendió en esta ciudad el arte de la guerra y del gobierno. Una república sirvió de maestra al dominador de la Grecia.

Privada Tebas del apoyo de los atenienses, halló en la Tesalia un aliado no menos poderoso. Vamos á darlo á conocer.

TESALIA.

Este pais, llamado así de Tésalo, padre, ó segun otros hijo de Greco, es célebre en la primitiva historia de Grecia, ya por ser el primer pais donde residieron los helenos, cuyo dominio sucedió al de los pelasgos, ya por el diluvio de Deucalion, y finalmente por la espedicion de los argonautas á la Cólquida bajo las órdenes de Jason (1350 años antes de Cristo). Esta espedicion, célebre en los siglos heróicos de Grecia, tenia por objeto, segun el lenguaje alegórico de los mitólogos, y hablando de otro modo mas natural, apoderarse de los tesoros que guardaba Æéta, rey de la Cólquida, desde la muerte de Friso, descendiente de Eolo, ó por decirlo aun mas claro, libertar á la Grecia de los piratas del Ponto-Euxino. Para sustraerse Friso, hijo de Atámas rey de Beocia, á las asechanzas de su madrastra Ino, se alejó de Orcomenes y se refujió en la Cólquida en la corte de Æéta. Dícese que su hermana Hele, compañera de su fuga, murió en la travesía y dió su nombre al Helesponto, que verdaderamente significa *mar de Hele*. Se refiere tambien que Æéta, llevado de la codicia, mandó matar alevosamente á Friso para apoderarse de sus tesoros con mas seguridad. Quedó sin castigo este crímen hasta que Pélias, usurpador del trono de Yolcos, queriendo perder á Jason, heredero lejítimo de este reino, pretestó enviarle á pedir los tesoros de Friso, y vengar con este pretesto la muerte de este descendiente de Deucalion, de quien eran orijinarios. El animoso Jason se entusiasmó y entró con mucho gusto en una empresa que le haria célebre, y se dió á la vela atravesando el Ejeo, el Helesponto y el Ponto-Euxino, para la Cólquida, donde recobró las riquezas de Friso con ayuda de Medea, hija de Æéta, á quien habia sabido agradar.

Juntóse con Jason para tamaña empresa la flor de los héroes griegos. Acompañábanle Cástor y Pólux, hijos de Tíndaro, rey de Esparta, tan célebres por su valor como por su estrecha amistad; Peleo, rey de una de las comarcas de Tesalia, y padre de Aquiles; Teseo, digno émulo de Hércules; y en fin, el cantor de Tracia, el divino Orfeo, quien siendo pontífice y poeta, sembró

en su carrera todos los beneficios de la armonía social. Todos estos guerreros que eran cincuenta y cuatro, iban en una embarcacion prolongada y mayor que cuantas se habian visto hasta entonces en los mares de Grecia, y que sorprendió á todos los contemporáneos de estos héroes por su tamaño y su construccion;—circunstancia que bastaria á confirmar la opinion que se tiene, de que ecsistia algun pueblo civilizado en el norte de Grecia cuando este pais yacia en estado de barbárie.

Pero esta espedicion, ya bastante célebre en sí misma, todavia lo es mas respecto á la navegacion; sobre todo si se ha de dar crédito á lo que se cuenta de que los argonautas, así llamados del nombre de su nàvio Argo, pasaron del Ponto-Euxino al Océano, y luego regresaron al Mediterráneo por el estrecho de Gades. A ser cierta esta navegacion en el siglo en que se supone, debe considerarse como uno de los hechos mas notables de la antigüedad.

Tesalia, despues de los siglos heróicos, esperimentó algunas conmociones políticas, casi semejantes á las que ocurrieron en las demás partes de Grecia. Se dividió en cierto número de principados, entre los cuales sobresalieron Larisa y Feras. La historia de Tesalia no empieza á ofrecer claridad ninguna hasta el reinado de Licofronte, quien en tanto que Tebas, engrandecida repentinamente por el jenio de Epaminondas, humillaba la altivez de Esparta, sentaba por su parte en la Tesalia los fundamentos de una potencia que su sucesor Jason aumentó hasta el punto de hacer temible este reino al resto de la Grecia.

Dotado Jason de aquellas cualidades necesarias en el fundador de un grande imperio, alcanzaba además tales fuerzas corporales, que podia ocuparse en las faenas mas pesadas, sin fatiga alguna, y le animaban á la par tales alientos que nunca el trabajo le domó. Inaccesible á los alagos del placer, prudente, hábil, sabiendo aprovecharse del ardid en lugar de la fuerza cuando lo requerian las circunstancias, utilizándolo todo para su ambicion, y no fiando nada del acaso; gobernaba á sus súbditos con bondad, y se habia granjeado amigos. Cuando el ateniense Timoteo, con quien estaba unido por los vínculos de la ospitalidad, fué citado en Atenas á comparecer ante la asamblea del pue-

blo, Jason se despojó de las insignias soberanas, y juntándose como mero particular con los amigos del acusado, contribuyó con sus instancias á que se le absolviese.

Entonces estaba la Tesalia rodeada de pueblos bárbaros, y dividida en gran número de estados menores independientes. Habiendo sometido á los unos y hecho alianza con los otros, confió Jason sus ideas de engrandecimiento á diferentes jefes tésalos. Pintóles el poder de Esparta como aniquilado con la batalla de Leuctras; el de los tebanos careciendo de base y no pudiendo subsistir por mucho tiempo; Atenas reducida á su marina, contra la cual podrian luchar en breve las naves tésalas, y para cuya construccion ofrecia tantos recursos el pais; añadiendo que todo ello ponia en las manos de Tesalia el imperio de Grecia y aun acaso el de Persia, cuya debilidad habian dado á conocer las espediciones de Ajesilao y del jóven Ciro. Fácilmente persuadió Jason con este dircurso á unos ánimos naturalmente ambiciosos; y de comun acuerdo fué electo jeneralísimo de las fuerzas tésalas.

En estas circunstancias solicitaron los tebanos alianza con Lacedemonia, y aunque se hallaba entonces en guerra con los fóceos, toma Jason sus mejores tropas, y con una marcha rápida se junta con los tebanos, cuyo ejército se hallaba al frente del lacedemonio. Sin embargo, á fin de que la victoria no diese a Tebas una influencia que era contraria á sus miras, indujo á los tebanos á que firmasen por su mediacion una tregua con Esparta, y penetrando luego en la Fócida la taló enteramente, y regresó á Tesalia colmado de gloria y rico de botin.

A punto estaban de celebrarse en Delfos los juegos píticos, cuando Jason manifestó su intencion de asistir á ellos con su ejército; y creyóse jeneralmente que desearia influir en la junta que presidia á estos juegos, y hacer que le confiasen su direccion; pero los habitantes de Delfos sospecharon con mas fundamento que su intento era apoderarse del tesoro sagrado. Habiendo preguntado estos al oráculo de qué medio se valdrian para evitar tamaño sacrilejio, les respondió Apolo que él se encargaba de ello, y de allí á pocos dias fué asesinado Jason al frente de su ejército por siete conjurados, resentidos con la severidad de su disciplina. Cuéntase que pereció

en el momento en que meditaba una liga universal de los griegos que llevára la guerra al corazon de la Persia; empresa que luego concertó Filipo, rey de Macedonia, y que ejecutó su hijo Alejandro.

Polifronte y Polidoro, hermanos de Jason, le sucedieron en el trono; pero el primero despues de haber muerto á Polidoro, pereció á manos de un asesino llamado Alejandro. Este nuevo rey, entregado á las pasiones mas viles, embrutecido con vicios groseros, sin fé en los tratados y por consiguiente tímido y cobarde en los combates, mostró mas inclinacion al latrocinio que ambicion de conquistas. Una tropa de vagabundos manchados con vicios, y convertidos en satélites suyos, llevaba por su órden la desolacion á sus estados y á los pueblos vecinos. Viósele entrar en una ciudad aliada al frente de estos bandidos, convocar á los ciudadanos en la plaza pública, degollarlos y saquear sus casas. Al principio tuvieron estos salteadores un écsito feliz; pero siendo vencidos por los tebanos unidos á diferentes pueblos de Tesalia, se vió en estado de no poder continuar su furor sino contra sus súbditos.

Los habitantes de Feras vivian sobresaltados, pero no se atrevian á manifestar su odio; el propio Alejandro, poseido del mismo terror que inspiraba, esperimentaba la suerte propia de los tiranos, esto es, aborrecia y era aborrecido. Era tan bárbaro, que cubria sus víctimas con pieles de animales montaraces y azuzaba contra ellas sus perros de presa. Su crueldad se aumentaba con la desconfianza; todo se le hacia sospechoso, temblaba delante de sus mismos guardias, y aun la reina era objeto de sus sospechas. Pasaba las noches en la parte mas inaccesible de su palacio; para llegar al aposento donde descansaba era menester subir con una escala, y la entrada estaba guardada por un alano, que conocia únicamente á él, á Tebe su esposa y al esclavo encargado de cuidarle. Tal era el estado del déspota á quien un asesinato habia puesto en el trono de Tesalia, y que se mantenia en él por medio del terror.

En tanto los tésalos, oprimidos con un yugo cada dia mas odioso, recurrieron á los tebanos para que los librasen de aquel estado. Nombraron estos á Pelópidas para que marchase contra el tirano, y el jeneroso tebano se apoderó de una de sus

ciudades llamada Larisa, sometiéndola á sus órdenes; luego concibió otra mayor conquista sobre el ánimo feroz de Alejandro procurando hacerle justo y humano; pero alejado el ejército tebano, tornó Alejandro á sus pasadas violencias, y los tebanos enviaron entonces á Pelópidas en clase de embajador para reclamar el cumplimiento del último convenio. Alejandro, despreciando el derecho de jentes le mandó meter en un calabozo, donde cubierto de andrajos, cargado de cadenas, privado de alimento, y echado sobre paja, insultaba el orgullo del tirano, le amenazaba con el castigo prócsimo, hablaba al crímen el idioma de la virtud y desafiaba el puñal que estaba suspendido sobre su cabeza. Tebe, mujer del tirano, y que miraba con orror sus crueldades y disoluciones, avergonzada de la miseria en que yacía un héroe oprimido por su indigno esposo, visitó en secreto á Pelópidas y le consoló con jenerosas lágrimas en su infortunio.

Indignada Tebas con esta perfidia, envió nuevamente un ejército contra semejante mónstruo. Empero estas tropas mandadas por jefes inespertos, no hacian ningun progreso en la Tesalia, á pesar de militar en ellas Epaminondas: este servia en clase de voluntario y sin que tuviese la mas mínima autoridad, hasta que los soldados, cansados de la inaccion en que estaban, le confirieron el mando (367 años antes de Cristo).

Deseando estaba de batirse el ejército bajo las órdenes de Epaminondas; pero recelando este por la vida de Pelópidas se contentó con inquietar á Alejandro. Otorgóle una tregua de treinta dias, con la condicion de que pondria en libertad á su prisionero; y regresó á Tebas contento con haber librado á su amigo de las cadenas de este mónstruo. Mas no tardó Alejandro en oprimir de nuevo á sus súbditos con violencia, y estos recurrieron de nuevo á los tebanos, quienes enviaron otra vez á Pelópidas con siete mil hombres.

Impaciente este por vengarse de la esclavitud en que le habia tenido el tirano, penetró apresuradamente en Tesalia, y acampó en un pueblo llamado Cinocéfalos, rodeado de altas colinas. Salió á su encuentro Alejandro al frente de veinte mil hombres, contando con la superioridad del número. La caballería tebana rompió por de pronto la de los tésalos; pero la infanteria de es-

tos, que habia sido hábilmente colocada en unas alturas, cargó con ímpetu sobre la tebana, y casi estaba para retroceder cuando acudiendo Pelópidas con su caballería reanimó á los suyos con su presencia y auyentó al enemigo.

Alentado el jeneral tebano con este triunfo, y estimulado además por el odio que tenia á Alejandro, le busca con la vista, le descubre, se dirije ácia él y le desafia: el tirano, insensible á esta provocacion, se atrinchera en lo mas cerrado de sus batallones, y entonces Pelópidas enfurecido se arroja sobre las tropas que le rodean y procura abrirse pasó hasta él; pero es detenido por un bosque de lanzas y cae traspasado de heridas. A esta vista, el valor de los tebanos se convierte en desesperacion, y arrojándose sobre el enemigo, le derrotan y le matan mas de tres mil hombres (364 años antes de Cristo).

La muerte de Pelópidas causó igual dolor en Beocia que en Tesalia. Los soldados, llenos de dolor, cortaron su pelo y las crines á los caballos. Los jenerales no pudieron obtener de ellos sino despues de muchos esfuerzos que tomasen algun alimento: todo el ejército queria seguir á su jeneral. El pueblo y los majistrados de las ciudades por donde pasó su cuerpo, salieron al encuentro de la pompa fúnebre con coronas y trofeos; los tésalos y los beocios se disputaron el honor de darle sepultura, y los primeros, para lograrlo, alegaron motivos tan poderosos, que los tebanos cedieron á sus deseos.

Uniéronse los tebanos á los tésalos para vengar la muerte de Pelópidas, derrotaron á Alejandro, y le obligaron á que restituyese las plazas de que se habia apoderado, é igualmente á que en lo sucesivo se tuviese por su tributario. Siete años despues, este tirano fué asesinado en su palacio por Tebe su esposa, la cual cansada de su crueldad y de sus violentos caprichos, resolvió en fin matarlo. Luego que hubo concertado bien el plan, avisa á sus tres hermanos Tisífono, Fitolao y Licofronte, que su marido meditaba perderlos: estos conspiran al punto contra su vida, y la víspera del dia señalado para ejecutar su muerte se mantienen ocultos en el palacio: luego que Alejandro sube de noche á su estancia y queda dormido, Tebe despide al esclavo y al alano que velaban cerca de él, introduce á sus hermanos, y los arma con la

misma espada del tirano. Entonces avergonzados de degollar á un hombre indefenso, titubean por un momento; pero amenazándoles Tebe de que si vacilan despertaria al rey, le hieren por fin y le dan muerte.

Los conjurados se repartieron la autoridad que ejercieron al principio con moderacion; pero pronto cometieron tantas y tales injusticias, que los tésalos se vieron obligados á llamar en su ausilio á los reyes de Macedonia, quienes les ayudaron á espulsar los tiranos; pero se aprovecharon luego de esta intervencion para convertir la Tesalia en provincia macedonia.

Batalla de Mantinea.—(Año del mundo 3641. — Antes de Cristo 363.) No descansaba entretanto la ambicion de Tebas, y la Grecia, inquieta con su poder, pensaba en los medios de contenerla, cuando una desavenencia entre los tejeos y los mantineos les sirvió de pretesto para presentarse armados en el Peloponeso. Estos dos pueblos solicitaron entonces el ausilio de los espartanos y el de los atenienses formando todos una liga ofensiva y defensiva contra Tebas. Epaminondas al frente de los beocios y de un cuerpo de caballería tésala, hizo que Tejeo y parte de la Arcadia se declarasen en su favor. Su primera intencion fué atacar á los atenienses; pero teniendo los espartanos reunidas sus fuerzas en Mantinea, creyó mas oportuno dirijir contra ellos sus primeros esfuerzos. Prócsima estaba á estallar en Grecia otra revolucion no menos importante, pues que de ella parecia pender el destino de esta comarca y saber quién tendria su imperio, si Tebas ó Lacedemonia. Pero mientras el ejército espartano, bajo los muros de Mantinea, se disponia para esta batalla, de la cual pendia un interés tan grande, formó Epaminondas el atrevido proyecto de sorprender á Lacedemonia, ciudad á la sazon indefensa, porque una parte de sus guerreros se hallaba en Arcadia, y la otra á las órdenes de Ajesilao, acababa de dirijirse al mismo punto. Encamináronse los tebanos á favor de la oscuridad, y al amanecer llegaron á Esparta, sorprendiéndose de encontrar allí á Ajesilao dispuesto á oponérseles. Este rey, noticioso por un desertor cretense de la marcha de Epaminondas, habia retrocedido apresuradamente, y ya ocupaba los puntos principales de la plaza. A pesar de esto, el jeneral tebano, mas bien sorprendido

que desalentado, dispone el ataque, y penetra hasta la plaza pública despues de haberse apoderado de parte de la ciudad. Ajesilao, acudiendo á todas partes, parecia multiplicarse, y se le vió á pesar de su edad avanzada, arrojarse á los puntos mas espuestos; y ayudado por su hijo Arquidamo que con los espartanos mas valientes habia atravesado el Eurotas y corrido á su socorro, consiguió rechazar al enemigo, persiguiéndole mucho mas allá de los términos de la ciudad. En esta circunstancia, Isadas, espartano valeroso, llamó la atencion de los majistrados al mismo tiempo que su severidad. Este guerrero, apenas adulto, al oir el ruido de las armas sale desnudo de su casa sin mas defensa que la espada en la mano: arrójase sobre los primeros tebanos que encuentra, da muerte á muchos, llama á gritos á sus conciudadanos, los anima y ayuda á arrojar de la ciudad al enemigo. Los éforos le concedieron una corona en premio de su valor; pero al mismo tiempo le condenaron á una multa por haber peleado sin escudo.

Epaminondas, obligado á retirarse por este revés, y zeloso por desquitarse de él prontamente con una victoria, se dirijió á Mantinea, donde estaban reunidas las fuerzas principales de Grecia. Pronto estuvieron los dos ejércitos uno enfrente de otro. Los lacedemonios con sus aliados formaban un grueso de veinte mil hombres de á pie y dos mil caballos; los tebanos tenian treinta mil infantes y tres mil jinetes. La suerte de Tebas y de Esparta se va á decidir.

Muerte de Epaminondas. — El ejército aliado se estendia en el llano al pie del monte Parquemo. Espaminondas siguió en su órden de batalla la misma táctica que le habia dado la victoria en Leuctres. Una de sus alas formadas en columna cargó con ímpetu sobre la liga macedonia. A pesar de esto, no hubiera podido romperla á no haber acudido él á animar á los suyos con su ejemplo y á reforzarlos con un cuerpo de tropa veterana que le acompañaba á todas partes. Los espartanos huyen á su llegada: Epaminondas los persigue con ardor y se halla rodeado de una multitud de enemigos, que le cubren con una nube de flechas. Por largo espacio estuvo guarecido con su escudo; pero al fin el espartano Calícrates, ó segun otros, Grilo, hijo de Jenofonte, le hirió con un venablo cuyo acero le quedó cla-

vado en el pecho. Empeñóse á su alrededor un sangriento combate, y los tebanos redoblando su valor, consiguieron llevarle á su tienda. Entretanto se peleaba en la otra ala con varias alternativas; pero al saberse la caida de Epaminondas se suspendió la accion. Ambos partidos, asombrados, tocaron á un mismo tiempo retirada, y cada uno levantó un trofeo en el campo de batalla.

Aun respiraba Epaminondas; pero al estraerle el acero que tenia clavado, debia ecsalar el último aliento. Habiendo manifestado recelo de que su escudo hubiese quedado en poder del enemigo, se lo presentaron y lo abrazó como compañero de sus triunfos. Preguntó despues por el enemigo, y le dijeron que huia y que la victoria era completa. «Pues bastante he vivido, dijo, »muriendo sin haber sido nunca »derrotado.» Quiso entonces que llamasen á dos jenerales beocios, Jálidas y Daifantes, para conferirles el mando; pero instruido de que no ecsistian, dijo á los que le rodeaban: «Aconsejad á los te»banos que hagan la paz.» Dichas estas palabras, mandó que le arrancasen el dardo de la herida, y la sangre corrió en abundancia. Uno de sus amigos se lamentó porque moria sin dejar hijos que renovasen sus azañas. «Te engañas, replicó, dejo dos »hijas inmortales, las victorias »de Leuctras y Mantinea. Este »dia no es el último de mi vida, »sino el primero de mi felicidad »y el colmo de mi gloria, pues »que queda Tebas triunfante, Es»parta humillada y Grecia li»bre.» Murió: en el mismo paraje le erijieron dos monumentos, un trofeo, y un sepulcro que consistia en una columna sencilla, de la cual pendia su escudo.

Este gran capitan y su amigo el ilustre Pelópidas prueban la influencia del jenio en la suerte de las naciones. La Beocia, antes de ellos, habia sido despreciada de los demás griegos por la simplicidad de sus habitantes, que servia de proverbio. Se desdeñaba su amistad, no se temia su odio, y sus fuerzas no tenian peso alguno en la balanza política de los estados. Pelópidas los sacó de su inaccion, ilustró su ignorancia, disciplinó sus tropas y los convirtió en un pueblo de soldados que en breve tiempo pudo disputar á los otros la soberanía de la Grecia. Epaminondas perfeccionó la obra de su amigo. Su habilidad en la táctica nueva, que él mismo creó, su amor á las letras y á la libertad, su gloria y su sencillez hicieron

que se llorase en su pérdida la de un filósofo superior y de un gran capitan. Sus conciudadanos, deseando imitarle porque le admiraban, fueron virtuosos patriotas y guerreros hábiles mientras él los gobernó. Dirijida Tebas por este jefe, triunfó del valor ateniense y del orgullo lacedemonio. El mismo decia riendo que *habia enseñado á los espartanos á alargar sus monosílabos*.

Pocos hombres han gozado de una gloria pura y sin mancilla; diríase que el cielo une siempre grandes defectos á las cualidades mas relevantes; la virtud incorruptible de Epaminondas lo puso no solo fuera de censura sino tambien de sospecha. Jamás tuvo que avergonzarse de una derrota ni de una debilidad. Su valor y su prudencia obligaron al odio y á la envidia á tributarle alabanzas. Cuando Ajesilao le vió atravesar intrépidamente el Eurotas, acrecentado con el deshyelo, esclamó: «¡Qué hombre! ¡qué prodijio!» Pero aun era mayor el reunir la sencillez al poder, y la modestia á la victoria: descendió sin murmurar desde los empleos mas altos á los mas subalternos obedeciendo á las leyes de su pais. Habia gobernado la república, y murió pobre. Preguntáronle un dia el por qué no se habia presentado en público, y respondió: *he tenido que labar mi manto*. Atenas, Esparta y Mantinea miraron su muerte como un triunfo tan grande, que se disputaron la gloria de haber contribuido á ella. Grilo de Atenas, hijo de Jenofonte, Calícrates lacedemonio y Maquerion de Mantinea, se jactaron á competencia de haber terminado los dias de este héroe. Como el poder tebano era debido únicamente á la superioridad de Epaminondas, este poder desapareció con él; y la muerte de este grande hombre disipó las esperanzas de gloria y de dominio que habian formado los tebanos bajo su gobierno. Sin embargo, no desistieron al pronto de sus pretensiones: aun se mantuvieron por algun tiempo en el número de los estados influyentes de la Grecia; pero sus esfuerzos, débiles y faltos de armonía, parecian mas bien tener por objeto el prolongar su ecsistencia, que adquirir una sólida superioridad.

MUERTE DE AJESILAO.—Conociendo los tebanos cuán grande era su pérdida, propusieron la paz á los vencidos bajo la condicion honrosa de que cada uno conservase lo que poseia. Solo Ajesilao se opuso á ella, no que-

niendo reconocer la independencia de los mesenios; y este dictámen, conforme al orgullo de sus compatriotas, fué aprobado en Esparta; pero la Grecia toda le acusó de haber sacrificado la tranquilidad pública á su ambicion particular. A la edad de ochenta años conservaba Ajesilao el mismo ardor belicoso de su juventud; y como la guerra contra Tebas era cada vez menos activa, buscó otra de mas peligro y gloria. Tacos, rey de Ejipto, pidió á Lacedemonia socorro contra los persas, y se vió con asombro á un monarca octojenario ofrecerse para mandar esta espedicion. Ajesilao llegó á Ejipto con un cuerpo de tropas espartanas. Los ejipcios, que solo le conocian por sus azañas y que esperaban un monarca rodeado de esplendor, se admiraron de ver no mas que un viejecillo cojo y mal vestido que hablaba pocas palabras, y le despreciaron. El mandaba las tropas de tierra, y Cábrias, ateniense, las de mar. Tacos no quiso seguir el consejo que le daba Ajesilao de mantenerse á la defensiva, y marchó á Fenicia. Durante su ausencia una sedicion colocó á Nectanebo en el trono de Ejipto, y Ajesilao abrazó su partido; política que en Lacedemonia pareció prudente y que la posteridad, siempre justa, mira como una perfidia. Nectanebo triunfó de otro rival, que le disputaba el cetro, con el ausilio de Ajesilao, y esta fué la última azaña del rey de Esparta. Volviendo á Lacedemonia, le arrojó una tempestad á la costa de Africa, donde cayó enfermo y murió á los ochenta y cuatro años de edad y cuarenta y cinco de su reinado, llevándose consigo, digámoslo así, la fortuna de Esparta, á quien ya no se le verá hacer sino un papel secundario en la historia de Grecia (361 antes de Cristo). Su sobriedad, su espíritu, su denuedo, sus talentos militares y su respeto á las leyes de su pais, inmortalizan su nombre, y su fama hubiera sido mayor, si la parcialidad para con sus amigos y su patria, y su amor á la guerra, no le hubiesen hecho algunas veces infrinjir los deberes de la justicia.

Un año despues de la espedicion de Ajesilao á Ejipto, falleció Artajerjes Mnemon, y le sucedió Oco, el mas inumano de sus hijos, y matador de todos sus hermanos y de los grandes que eran objeto de sus sospechas. El sátrapa Artabazo se sublevó por evitar la muerte: Cares le socorrió con un cuerpo de tro-

pas atenienses que batieron á los persas; pero las amenazas de Oco, las obligaron á evacuar el Asia. Cinco mil tebanos, mandados por Pammeno, facilitaron todavia al sátrapa el medio de vencer al ejército real; pero Oco consiguió á fuerza de oro que Tebas retirase aquellas tropas, y Artabazo, despojado de todo ausilio, se refujió á la corte de Filipo, que acababa entonces de ascender al trodo de Macedonia.

En este mismo año, el 3646 del mundo y 358 antes de Cristo, tuvieron los atenienses que sostener una guerra, llamada de los *aliados*. Las islas de Chio (ó Quio), Cos y Rodas, formaron una liga para sustraerse al dominio de Atenas; y esta ciudad empleó todas sus fuerzas para someterlas. En el sitio de Chio, habiendo Cábrias forzado la entrada del puerto, fué rodeado por los enemigos y pereció con la embarcacion que mandaba. Este jeneral se habia distinguido en las guerras de Atenas contra Esparta por su feliz intrepidez. Hallándose en una ocasion rodeado por los lacedemonios con el cuerpo de su mando, dió órden á sus soldados de apiñarse unos contra otros, cubiertos con los escudos rodilla en tierra, y presentando las picas; así rechazaron la masa de los enemigos que los atacaron muchas veces sin poder romperlos. Los atenienses levantaron el sitio de Chio, y Cares, que sucedió á Cábrias, no fué mas feliz en los de Sámos y Bizancio. Este jefe presuntuoso queria dar batalla en una posicion mala y teniendo contra sí un viento furioso; pero Timoteo, hijo de Conon, é Ifícrates, se opusieron á ello y escusaron á su patria una derrota. Entonces denunció al ejército su resistencia, y despachó á Atenas un correo con pliegos en que los acusaba de traidores.

Leido el mensaje, el pueblo obcecado en el primer rapto de su cólera, llama á estos dos jefes y manda que se les forme causa. Timoteo compareció el primero y fué sentenciado á una multa de cien talentos, sin que pudiesen librarle de la parcialidad de los jueces ni sus muchas azañas, ni las sesenta y cinco ciudades traidas por sus esfuerzos al dominio de la república, ni sus años, ni la justicia misma de su causa. No hallándose en estado de pagarla, se retiró á Calcis en la Eubea, lleno de indignacion contra sus ingratos conciudadanos, y murió á poco tiempo en este destierro voluntario. Habia restituido á Atenas, siguiendo

los pasos de su padre, el dominio del mar: como se le acusaba de lento, los atenienses frívolos y burlones, le pintaron durmiendo, mientras que la Fortuna, sentada á su lado, cojia ciudades en una red. Viendo este cuadro Timoteo, dijo: «Si dormido conquisto ciudades ¿qué no haré despierto?»

Ifícrates, su colega, no se sometió tan fácilmente á los caprichos de la muchedumbre: presentóse á juicio en la asamblea del pueblo rodeado de una tropa de jóvenes armados de puñales, cuyo brillo mas poderoso que su elocuencia, intimidó á los jueces y fué absuelto. Sus amigos censuraron esta temeridad y él les respondió: «Toda mi vida he empleado mi brazo en la defensa de mis conciudadanos; yo seria un mentecato si no me sirviese de él para defenderme á mí mismo.» Estas palabras prueban que en Atenas los majistrados violaban la justicia y los ciudadanos insultaban ya á la ley en aquella época de decadencia. Ifícrates estaba dotado de una fuerza tan prodijiosa, que en un combate naval, habiendo llegado al abordaje con un buque contrario, cojió á un enemigo entre sus brazos, lo levantó en alto y se lo llevó á su galera. Su habilidad en las evoluciones militares hacia que se distinguiesen los soldados que él enseñaba, y se les llamaba *Ifícrates* por elojio. Uno de sus acusadores era descendiente de Armodio, y orgulloso de su cuna echó en cara á Ifícrates la bajeza de su estraccion. Este le respondió: «En mí comienza la ilustracion de mi familia: la de la tuya acaba en tí.»

En tanto Cáres, dueño del mando, no condujo las fuerzas atenienses contra Bizancio, so pretesto de que le faltaban víveres; y entonces se puso al sueldo de Artabazo sublevado contra la Persia. Habiendo ayudado á este rebelde á derrotar los ejércitos de Oco, escribió á Atenas diciendo que acababa de alcanzar sobre los persas una victoria que podia compararse con la de Maraton; pero esta noticia solo produjo una alegría pasajera, pues los atenienses, aconsejados por el orador Isócrates, ó mas bien por el temor de ofender al rey de Persia, llamaron á Cáres, y ofrecieron la independencia y la paz á las ciudades de Rodas, Bizancio, Cos y Chio que habian intentado sacudir su yugo. Así terminó al cabo de tres años esta guerra designada en la historia bajo el nombre de guerra social (356 años antes de Cristo)

CAPITULO IX.

GUERRA CONTRA FILIPO, REY DE MACEDONIA.

(Año del mundo 3646.—Antes de Cristo 358.)

Estado de Tebas, de Esparta y de Atenas, despues de las últimas guerras.—Civilizacion de Macedonia. —Educacion de Filipo. — Formacion de su falanje macedonia. — Reinado de Filipo. — Epoca de Demóstenes. — Azañas de Filipo. — Toma de Gnido. — Nacimiento de Alejandro el Grande. — La guerra sagrada. — Orijen del nombre *mausoleo*. — Empresas de Filipo contra la Grecia. — Arenga de Demóstenes. — Armamento de los atenienses.—Mala fé de Filipo. — Su presidencia en el consejo de los anfictiones. — Mando de Focion. — Primeras azañas de Alejandro el Grande. — Arenga de Demóstenes. — Batalla de Queronea. — Victoria de Filipo. — Honores tributados á Demóstenes.— Destierro del orador Esquines. — Muerte de Filipo. —Su necrolojia.

Despues de la inútil y sangrienta guerra que se habian hecho las dos repúblicas de Esparta y de Tebas, para alzarse con la supremacía de la Grecia, guerra en que ambas se habian debilitado sobremanera, Atenas era quizá el único estado que se hallaba en aptitud de tomar una superioridad decidida sobre los demás, tanto por su marina, como por la influencia que esta le daba en las costas y en las islas; pero la guerra social la hizo perder estas ventajas, y alejó la ocasion de apoderarse otra vez de aquella preeminencia, que luego veremos pasar á Macedonia.

Feliz Atenas por haber recobrado su independencia y por ver humillada á Esparta, no tenia zelos de Tebas, desde que esta habia perdido sus dos guerreros, ni podia recelar las armas del gran rey, que renunciando á toda idea de invasion en Grecia, conocia ya el verdadero medio de vencer á los griegos sin

combate, corrompiéndolos y dividiéndolos; y para esto el oro y la intriga eran mejores que el hierro y la fuerza. Argos, Corinto, Micenas, la Elida y la Arcadia gozaban de la independencia que les aseguraba el tratado de Antálcidas. En esta época de paz florecieron las artes y la filosofía, y dieron nueva direccion á los ánimos. Al estruendo de las armas sucedieron los aplausos tributados á los actores escénicos, á las disputas de los retóricos y á los vencedores en los juegos olímpicos. Ya no ecsistian los héroes; la gloria casi se habia olvidado; los placeres fueron el objeto de la ambicion; los poetas, los pintores, los músicos y las cortesanas estragaban rápidamente las costumbres, inspirando el amor del lujo y del descanso, y consumiendo gran parte de las riquezas particulares y públicas. Los atenienses se habian entregado con tanto desenfreno á esta aficion inmoderada de las artes y del placer desde el tiempo de Pericles, que despues de la guerra de Tebas consagraron á los juegos públicos y á los teatros las sumas reservadas por ley espresa para el armamento anual de los bajeles y la defensa de la patria.

En el transcurso de los últimos acontecimientos se alzaba en la estremidad de Grecia una potencia que en breve debia mudar su aspecto, y efectuar en el mundo conocido de los antiguos, una de las revoluciones mas sorprendentes que nos ha trasmitido la historia. Confundida la Macedonia hasta entonces con los demás estados situados al Norte de Grecia, era mirada por los griegos con el desprecio que prodigaban ellos á todo lo que era estranjero ó ajeno de su civilizacion, y aun á todo lo que no entraba en la confederacion helénica. El primer rey de esta nacion de quien habla con alguna certidumbre la historia, es Carano, príncipe arjivo, de la estirpe de los Heráclidas, quien fué á establecerse al frente de una colonia en Edeso, pueblo de la Ematia, llamada despues Macedonia, 807 años antes de Jesucristo. Mejor procuró Carano granjearse la amistad de los habitantes de aquel pais por medio de beneficios, que someterlos ó espulsarlos. Sus primeros sucesores imitaron despues su prudencia, y se asociaron con las tribus guerreras de las cercanías, á quienes no hubieran podido subyugar; — política que puede considerarse como la primera causa de la

grandeza á que llegó Macedonia.

PERDICAS I superó á sus antecesores, y fué mirado como el fundador del reino. Alejandro I, sesto sucesor suyo, tuvo una parte importante y honorífica en los negocios de la Grecia y de la Persia, y estendió considerablemente su reino ácia el Oriente.

Su hijo PERDICAS II heredó los talentos de su padre, y durante la guerra del Peloponeso siguió el partido de los lacedemonios para vengarse de los atenienses, que habian impuesto tributo á sus mayores.

ARQUELAO I manifestó en este trono bárbaro la política y el tacto de un grande hombre. Tomó á Pidna y á otras ciudades de la Persia, hizo florecer á sus estados, abrió caminos y comunicaciones por todas partes; estableció arsenales, formó y disciplinó un cuerpo numeroso de caballería, favoreció la agricultura, é hizo mas él solo por la Macedonia, que todos sus antecesores. Tambien protejió las bellas artes, pues hermoseó su palacio con las obras maestras de Grecia. Los pintores y poetas fueron acojidos en su corte con honor; y en ella permaneció Eurípides por mucho tiempo. Pero este reinado venturoso duró seis años solamente. La muerte prematura de Arquelao aogó en su cuna por espacio de mas de cincuenta años la prosperidad de Macedonia, cuya historia no ofrece hasta Filipo sino una série de usurpaciones y de asesinatos.

AMINTAS II, último de estos reyes y padre de Filipo, despojado por los ilirios de una parte de sus estados desde los primeros años de su reinado, imploró el ausilio de los olintios, y para inclinarlos á que tomasen su defensa les cedió una grande estension de territorio; pero hallándose reintegrado de sus posesiones por la mediacion de los tésalos, proyectó quitar á los olintios lo que les habia cedido en sus apuros, y empezó contra ellos una guerra ruinosa, que los hubiera destruido á no haber acudido los griegos en su ausilio.

Amintas tuvo de su mujer Eurídice tres hijos, Alejandro, Perdicas y Filipo. Tenia otro natural, llamado Ptolemeo. Muerto el padre (año 375 antes de Cristo) le sucedió Alejandro, que vencedor de los ilirios, hizo la paz con ellos dándoles en reenes á su hermano menor Filipo, el cual fué devuelto apenas se cumplieron las condiciones del tratado. Este rey murió habiendo reina-

do solo un año, y le sucedió su hermano Perdicas, á quien disputó el cetro Pausanias, príncipe de la sangre real. Eurídice mandó llamar á Ifícrates, que entonces estaba en Metone con un ejército ateniense, y le recibió teniendo entre sus brazos á Perdicas y sobre sus rodillas á Filipo, el menor de sus hijos. «Acuérdate, le dijo, que Amin»tas era amigo de los atenienses »y que en otro tiempo te adoptó »y trató como hijo: hoy te envia »el cielo para que salves su fa»milia, amenazada por un rebel»de: concede á mis hijos el so»corro de tu ejército y la protec»cion de tu ciudad.» Enternecido el jeneroso Ifícrates por las lágrimas de Eurídice, arrojó á Pausanias del reino y restableció á Perdicas en el trono. Despues tuvo este rey que disputarlo contra Ptolemeo su hermano natural; siendo sus fuerzas casi iguales, nombraron por árbitro á Pelópidas que se decidió en favor de Perdicas, llevó á Tebas en reenes al jóven Filipo y rogó á Epaminondas que le educase en su casa. Diósele por ayo un célebre pitagórico. Este príncipe, reservado á una suerte tan ilustre, dotado de gran valor, de mucha penetracion y osadía, aprendió las leyes de las naciones civilizadas para reformar la suya, el arte de los grandes capitanes para igualarse á ellos, y las costumbres de los pueblos para subyugarlos. Diez años hacia que Filipo estaba en Tebas cuando sabedor de la muerte de Perdicas que habia perecido en un combate contra los ilirios, se escapó furtivamente, y de repente apareció en Macedonia (360 años antes de Cristo).

Entonces contaba este reino sus enemigos por el número de sus vecinos: los ilirios lo amenazaban con una invasion; los peonios lo infestaban con sus robos; armábanse los tracios á favor de Pausanias, y los atenienses pretendian colocar en el trono á Arjeo, cuyas pretensiones debia sostener su jeneral Máncias con un ejército de mar y tierra. Mas que nunca necesitaba Macedonia de un rey prudente, activo, y sobre todo que fuese de edad competente para poder gobernar por sí mismo: así es que se veia con temor el cetro en manos de un niño. En medio de circunstancias tan críticas, apareció Filipo á los macedonios como un Dios tutelar; y aunque al pronto solo le confiaron la rejencia y tutoría del jóven Amintas, luego depusieron á este violando el derecho esta-

blecido de los herederos á la corona, para colocarle en un trono que solo él podia libertar de una ruina, la cual se miraba de otro modo como inevitable. Entonces tenia Filipo veinticuatro años, y ya poseia el arte de ganarse los corazones. Gracia, habilidad, memoria, elocuencia, todo realzaba en su persona el prestijio de la grandeza. Afable, jeneroso, y pronto sobre todo en discernir el mérito, nadie sabia emplearlo tan oportunamente como él.

Habia sido huesped y discípulo de Epaminondas, y durante su permanencia en Tebas habia estudiado en el injenio de tan grande hombre el secreto de serlo él tambien un dia. De manera, que apenas sentado en el trono, procuró hacer por su patria lo que el ilustre tebano habia hecho por la suya. Tiempo hacia que la Macedonia conocia únicamente desastres: algunos triunfos de poca importancia, hábilmente dispuestos, reanimaron el valor de la tropa, enseñándola á estimarse lo bastante para osar defenderse. Tomó por modelo el batallon sagrado de Tebas para formar la célebre falanje macedonia que subyugó la Grecia, conquistó el Asia y resistió por algun tiempo al coloso romano. Tenia mil hombres de frente y dieziseis de fondo: los soldados llevaban unas picas llamadas *sarisas* de veinte pies de largo. Este cuerpo escojido, adiestrado perfectamente, é impenetrable á todo ataque, protejia las retiradas, decidia las victorias y triunfaba de todos los ostáculos. El único inconveniente de esta masa era no poder maniobrar sino en las llanuras y ser inútil en los paises montuosos.

Pero Filipo conoció lo muy importante que le era la paz, ínterin se preparaba á la guerra: así se le vió comprar al pronto la retirada de los peonios, y obligar al rey de Tracia á sacrificarle Pausanias, para marchar despues con mas desembarazo contra Arjeo. Derrotó el partido de este pretendiente, que murió en la batalla; y no tan solo puso en libertad á los atenienses prisioneros en la accion, sino que les dejó ir sin pedirles reenes, y les hizo entregar sus bagajes. Esta estudiada moderacion acaso influyó mucho para que Atenas firmase con él una paz, por entonces necesaria á su política.

Siguió estableciendo en el estado un órden escelente: reforzó el ejército, aumentó las rentas públicas, embelleció con mo-

aumentó su capital, hizo reinar la paz y la justicia, introdujo las ciencias, las letras y las artes, atrajo á su corte con liberalidad á filósofos célebres é ilustres estranjeros, envió embajadores á todas las potencias, los recibió de ellas, y se halló en situacion de estender á lo lejos el dominio de un reino que habia salvado de una ruina casi inevitable, y que por la fuerza de su jenio salia de la oscuridad mas completa, para adquirir inesperadamente el mas glorioso esplendor.

Demóstenes.—Al mismo tiempo como para realzar su triunfo, la suerte le preparaba un digno rival: no era este ni un rey poderoso, ni un guerrero ilustre, sino el célebre orador Demóstenes, que probó con los ostáculos que logró oponer al jenio de Filipo, cuán grande es la fuerza de la palabra, y cuán fulminante el rayo de la elocuencia. Tenia dos años menos que el rey de Macedonia: su padre era poseedor de unas ferrerías, cuyas rentas aseguraron la independencia de su hijo. Demóstenes fué discípulo de Platon y de Isócrates: los aplausos dados á un discurso de Calímaco escitaron su entusiasmo y le inspiraron la aficion de un arte en que muy luego debia sobrepujar á sus rivales y á sus mismos maestros. Habíale la naturaleza favorecido en el injenio mas que en el órgano de la palabra, pues tartamudeaba y no podia pronunciar algunas letras sino con gran dificultad; pero ¿de qué no es capaz una voluntad firme y decidida? Por grandes que sean los ostáculos que se la presenten ella sabe derribarlos y pasar adelante. La primer vez que se presentó en la tribuna fué acojido por la multitud con gritos y silbidos. Indignado de esta injuria, pero no desesperanzado, juró que venceria á la naturaleza y lo consiguió. Yendo á la orilla del mar, se ejercitaba en hablar alto metiéndose piedras en la boca, y al ruido de las olas encrespadas declamaba con fuerza para acostumbrarse á no hacer caso de la ajitacion y de los murmullos del pueblo. La irritabilidad de sus nervios comunicaba á sus hombros un movimiento convulsivo desagradable y contrario á la dignidad oratoria: para triunfar de este hábito, se ensayaba en una tribuna estrecha, sobre la cual estaba suspendida una pica cuya punta reprimia el movimiento involuntario que queria correjir. Lejos de imitar la imprudencia y descuido de sus rivales, que se fiaban en el talen-

to de la improvisacion, creyendo que nunca es demasiada la correccion en lo que ha de decirse ante una asamblea respetable, sobre materias que interesan al estado, se encerraba á menudo en un retrete subterráneo para meditar, componer y correjir sus oraciones, y aun se pelaba la mitad de la cabeza para imposibilitarse de salir de casa. Por esta razon decia el orador Demades, que los discursos de Demóstenes *olian á aceite*, aludiendo á la lámpara de que se servia para trabajar.

La elocuencia de este hombre célebre, que le dió tanto imperio sobre sus conciudadanos, era grave, impetuosa, severa, veemente; y para dominar al pueblo no se valió nunca de adulaciones y lisonjas, sino de duras reprensiones. Recordábale su pasada gloria y su corrupcion presente: elojiaba con tono cáustico y mordaz la actividad y talentos del enemigo, y despertaba, cuando era ocasion, de su letargo á los atenienses con el rayo de sus apóstrofes. Ora invocaba á los dioses para que libertasen á su desgraciada patria de la prócsima ruina, ó ya para inflamar el valor de sus conciudadanos, evocaba con terrible acento las sombras de los héroes de Salamina, de Maraton y de Platea. Pero lo que daba mas intensidad y prestijio á sus palabras era su amor ardiente por la patria, que jamás pudo ser adormecido, aterrado ni corrompido. Cuando Demóstenes empezaba á observar con inquietud los rápidos progresos de Filipo, estaba Atenas recelosa del armamento del rey de Persia, cuyo objeto se ignoraba. Los atenienses creian que era contra la Grecia y pensaban en impedir la invasion atacándole: Demóstenes, que veia un peligro mas cierto por la parte de Macedonia, les persuadió que armasen una escuadra, pero que se astuviesen de cualquier imprudente medida, capaz de irritar á los persas.

Entonces principiaba Esparta á reponerse de sus derrotas pasadas, y á amenazar á Tebas que se hallaba sin jenerales. Demóstenes persuadió á los atenienses, que á pesar de la alianza no permitiesen que los espartanos se apoderasen de Megalópolis. Atenas siguió este consejo y envió tres mil hombres en socorro de aquella ciudad para mantener la balanza entre los tebanos y los lacedemonios.

El poder de Filipo aumentaba entonces, y con él su osadía.

Despues de haber derrotado á los ilirios, se apoderó de Anfípolis, colonia ateniense; y como no queria inspirar sospechas á esta república, declaró independiente á aquella ciudad; pero dejó en ella hombres hábiles y adictos, que poco despues persuadieron á los habitantes que se entregasen al rey de Macedonia. Animado por el buen écsito de esta empresa, subyugó á los peonios y se apoderó de Potidea, arrojando de esta ciudad la guarnicion ateniense. Demóstenes lo observaba é hizo en vano los mayores esfuerzos para que los atenienses se mostrasen sensibles á esta injuria: el artificioso Filipo los adulaba, les hacia magníficas promesas y solicitaba su amistad al mismo tiempo que atacaba á sus soldados. Su astucia le valió tanto en los diferentes pueblos de Grecia, que lejos de oponerse á sus progresos, le hacian árbitro de las desavenencias. Una de sus mas importantes operaciones fué la toma de *Gnido*, pais abundante en oro, de donde sacó anualmente la suma de tres millones, renta superior á la de Atenas. Con ellos aumentó su ejército, compró espías y adictos, y conquistó muchas ciudades; por lo cual decia que ninguna fortaleza era inespugnable como pudiese entrar en ella un mulo cargado de dinero. Atenas y Tebas en vez de oponerse á sus designios, se ocupaban en alimentar dos facciones opuestas, que se hacian la guerra en la isla de Eubea. Esta guerra, de poca importancia, se terminó en breve: un cuerpo de tropas atenienses desembarcó en Eubea y lanzó de ella á los tebanos.

El año del mundo 3648 y el 356 antes de Cristo, Olímpias, mujer de Filipo, dió á luz á Alejandro Magno, el mismo dia que el insensato Eróstrato puso fuego al templo de Efeso, con el objeto de inmortalizar su nombre. Se despreció la locura de Eróstrato, que quemó no mas que un templo, y se admira la de Alejandro que incendió el Asia.

En el mismo momento en que se anunció á Filipo el nacimiento de su hijo, recibió la noticia de que habia ganado el premio en los juegos olímpicos y de que su jeneral Parmenion habia conseguido una completa victoria de los ilirios. Escribió á Aristóteles, el famoso filósofo de Estajira: «Soy padre, y doy gracias á »los dioses, no tanto por haber»me dado un hijo, como de ha»ber hecho que naciese en vues-

»tro tiempo. Espero que por »vuestros cuidados tendré un su»cesor digno de mí.»

GUERRA SAGRADA.—En 3649 del mundo y 355 antes de Cristo, empezó una guerra relijiosa, primero parcial y despues nacional, que duró diez años y se llamó *sagrada*. Los fóceos habian labrado un campo perteneciente al templo de Apolo: se les acusó por ello de sacrilejio y los anfictiones los condenaron á una enorme suma. Filomelo, jefe de los fóceos, se opuso á la ejecucion de esta sentencia, apoyándose en un verso de Homero, segun el cual el templo de Delfos dependia de la Fócida y debia estar bajo la proteccion de su gobierno. Juntó sus huestes, venció á los lócrios, entró en el templo, rompió el decreto de los anfictiones y obtuvo con sus amenazas un oráculo favorable de la sacerdotisa. Los anfictiones mandaron á los griegos que hiciesen guerra á los fóceos: estos fueron sostenidos secretamente por Atenas y Esparta; pero los tésalos, tebanos y locrios siguieron el partido de los anfictiones. Filomelo, que no tenia dinero para pagar sus tropas, se apoderó del tesoro del templo de Delfos, cuya administracion le pertenecia de derecho segun él afirmaba. Esta guerra fué cruel, como todas las de relijion. En otras querellas se combaten los enemigos sin aborrecerse; pero en aquellas en que se cree está el cielo ofendido, se inflaman las pasiones, cada cual piensa vengar á los dioses, y detesta á su adversario como culpable y sacrílego. Los tebanos asesinaron á los prisioneros, y en un combate en que fueron derrotados los fóceos, Filomelo, su jefe, se dió la muerte por no perecer en el suplicio. Sucedióle su hermano Onomarco, el cual volvió á reunir las tropas desalentadas y consiguió algunas victorias.

ARTEMISA reina de Caria, se hizo célebre por su ternura conyugal. (Año del mundo 3650.—Antes de Cristo 354.) Amaba con la mayor pasion á Mausolo su esposo, que por su dureza era aborrecido de sus vasallos. Este rey conquistó las islas de Rodas y Cos; pero la muerte puso fin á sus conquistas. Artemisa, inconsolable, le erijió un túmulo tan magnífico, que por él tomaron el nombre de Mausoleo los monumentos funerales. Mas no encerró en él las cenizas de su esposo: se las bebió mezcladas en agua. Prometió un premio al orador que compusiera el mejor elojio fúnebre; Teopompo é Isó-

crates lo disputaron, y el primero quedó vencedor. Artemisa llenó los deberes de reina tan bien como los de esposa; los rodios, creyéndola abatida por la afliccion, y favorecidos por Demóstenes, se rebelaron. La viuda sostuvo sus ataques y los derrotó completamente; mas no pudiendo triunfar de su dolor, murió dos años despues de su esposo.

La guerra sagrada continuaba, y mientras los griegos se debilitaban peleando unos con otros, Filipo estendia sus conquistas en Iliria y Tracia. En el sitio de Metona, un flechero de Anfípolis, llamado Aster, vino á ofrecerle sus servicios, asegurándole que nunca habia errado un pájaro. Filipo le dijo burlándose, que se serviria de él cuando hiciese la guerra á las golondrinas. Aster, ofendido de este desprecio, entró en Metona, y cuando vió al rey acercarse á la muralla le disparó una flecha que llevaba escritas estas palabras: *al ojo derecho de Filipo*; y en efecto se lo saltó. El rey hizo que disparasen la misma flecha con esta inscripcion: *Filipo hará aorcar á Aster*. Tomó la ciudad y cumplió su palabra. Luciano que es el que refiere esta fábula merece en ella bastante poco crédito. Otros dicen que al atravesar á nado el rio que riega á Metona y estando para darse el ataque, fué herido por una flecha desde las murallas, y es lo mas creible. A pesar del dolor de la herida llegó á la orilla opuesta, donde su médico Critóbulo le sacó el acero, pero no pudo conservarle el ojo.

Este acontecimiento no entibió el ardor del monarca macedonio. A ruego de los tésalos volvió á presentarse de repente en Tesalia, adonde se habia arrojado Failo, hermano de Onomarco, para sostener contra ellos al tirano Licofronte, cuñado y sucesor en el trono de Alejandro de Feras. Entonces Onomarco acude al socorro de su hermano y de Licofronte, á quienes ya habia vencido Filipo. Los dos ejércitos se encontraron en la costa de Magnesia (352 años antes de Cristo) y al cabo de una lucha sangrienta, fueron derrotados los fóceos y perseguidos hasta la orilla, no lejos de la cual se hallaba apostada la escuadra de los atenienses sus aliados. La mayor parte, habiéndose echado á nadar para buscar un refujio, perecieron en las olas con Onomarco. Filipo mandó buscar el cuerpo de este jeneral, y empañó el lustre

de su victoria mandando que le colgasen en un patíbulo. En este combate murieron seis mil fóceos; y tres mil que se rindieron, fueron inumanamente arrojados al mar.

Pero esta barbárie, dicen algunos, fué mas bien un cálculo de la política de Filipo, que efecto de su carácter. Tranquilo espectador hasta entonces de la guerra sagrada, juzgó acaso que habia llegado el instante de aprovecharse del desaliento de ambos partidos para estender su dominio en la Grecia; y esta crueldad podia tener por objeto adquirir entre los griegos una reputacion de piedad que debia inducirlos á reclamar su mediacion contra los sacrílegos fóceos. En efecto, esta política tuvo el resultado que esperaba; pues apenas se divulgó en la Grecia la noticia de su victoria, cuando esclamaron por todas partes que Apolo le habia escojido para vengar sus aras. Así queria él que el fanático pueblo lo creyese, porque antes de empezar el combate mandó que sus soldados se pusiesen coronas de laurel, como yendo á pelear en nombre del Dios á quien estaba consagrado este árbol. — Es la credulidad dolencia muy antigua del hombre, epidemia inveterada, que ha cundido en todo el linaje humano y que divide en dos clases el mundo; bribones que guian y tontos que se dejan guiar.

La fortuna favorable á este rey impedia entonces al de Persia aprovecharse de las discordias de los griegos. La Fenicia se habia rebelado á favor de Nectanebo, rey de Ejipto. Memnon, jeneral de mucha nombradía, arrojó á los persas de Tiro y de Sidon, y los príncipes de Chipre entraron en la liga. Por otra parte, ocho mil voluntarios griegos bajo el mando de dos atenienses, Focion y Evágoras, hijo de Nicocles, ofrecieron sus servicios al rey de Persia. Pero ofendido Memnon de la ingratitud de Nectanebo, abrazó el partido de Oco y le entregó á Sidon. Los sidonios, en la desesperacion de verse abandonados al furor de su implacable enemigo, quemaron su ciudad y perecieron en las llamas que la devoraban. Fenicia y Chipre se sometieron; Oco aprovechándose rápidamente de su triunfo, entró en Ejipto, batió á un cuerpo de griegos cerca de Pelas, marchó sobre Menfis, hizo huir á Nectanebo, que se retiró á Etiopia, y conquistó completamente todo su reino cubriéndolo de sangre y de ruinas.

Despues de haber destruido los archivos y documentos públicos, derribó los templos, destruyó las leyes, ultrajó la relijion y saqueó las ciudades; y de vuelta á Susa se entregó á la mas vergonzosa disolucion, abandonando el gobierno del imperio al eunuco Bagoas, su favorito. Este, nacido en Ejipto, era ambicioso, ingrato, cruel y sobre todo supersticioso: emponzoñó á su amo para vengar la muerte del buey Apis, inmolado por las órdenes de este príncipe, y estendió su saña á Arsaces, sucesor de Oco, y á toda la familia real.

Estas revoluciones del Oriente, la debilidad de Esparta y Tebas, y el letargo de Atenas, persuadieron á Filipo que era llegada la ocasion de conquistar la Grecia, y dirijió sus tropas á las Termópilas para hacerse dueño de este paso importante. Demóstenes, que penetró sus designios, sube á la tribuna, reprende con veemencia la incuria de los atenienses, y les anuncia su ruina cierta si se dejan engañar por los artificios de Filipo, y no vuelan á las armas dejando los placeres. En esta oracion impetuosa y rápida manifiesta la ambicion de Filipo y describe su carácter con rasgos muy esactos. Unas veces, para atemorizar á sus conciudadanos, ensalza el poder, la munificencia, el valor y la actividad de Filipo, y lo representa como un guerrero indomable, cubierto de heridas y de gloria; como un héroe que nunca descansa, sediento de peligros, despreciador de la fortuna, que acaba con el oro lo que no puede con el acero; en fin como un príncipe feliz y hábil que ha encadenado la inconstancia de la suerte. Otras veces para escitar el enojo y las esperanzas de Atenas, lo pinta como un imprudente que mide sus proyectos, no con sus fuerzas sino con su quimérica ambicion; como un temerario que abre él mismo la tumba de su poder, y que á un leve impulso caerá en el precipicio que ha formado, como un perjuro usurpador cuya grandeza colosal no tiene mas bases que la injusticia y la perfidia; como un tirano odioso al cielo por su impiedad, á los hombres por sus vicios, á sus vasallos por sus violencias, y entregado por los dioses al cuchillo del primero que se presente para servirlos. A estos cuadros añade la representacion mas cáustica de la perversidad, pereza y descuido de los atenienses. «¿Hasta cuándo, les di»ce, durmiendo enmedio de tan »gran peligro os pasеareis por la

»plaza preguntando qué cosa hay »de nuevo? ¿Qué mayor novedad »que ver á un bárbaro, á un ma»cedemonio, vencedor de Atenas »y árbitro de la Grecia?»

En fin despertaron los atenienses al trueno de este elocuente orador: interrumpieron sus placeres, armaron sus tropas, tripularon sus naves y enviaron fuerzas suficientes á Tesalia y á las fronteras de Macedonia. Filipo, vencido esta vez por Demóstenes, que le aterraba mas que un ejército, halló guardadas las Termópilas, se retiró y suspendió la ejecucion de sus grandes designios. Algun tiempo despues se acercó con su ejército á Olinto, y adormeció á los atenienses con cartas llenas de espresiones amistosas. Esquines, Demades y otros oradores de Atenas ganados por su oro, elojiaron sus pacíficas disposiciones y se opusieron á los consejos vigorosos de Demóstenes. Los olintios querian resistir á Filipo, y acaso le hubieran rechazado, á no haber caido en sus manos por la traicion de Euticrato y Lastenes, dos ciudadanos principales de Olinto, que introdujeron á los macedonios en la plaza. El rey la entregó al saqueo y vendió por esclavos la mayor parte de sus habitantes. Filipo sabia pagar la traicion y despreciar á los que la hacian: aquellos dos infames que le habian sacrificado su patria, se quejaron de la insolencia de los soldados macedonios que los llamaban traidores: Filipo les respondió: «No hagais caso de mis »soldados: son hombres groseros »acostumbrados á dar á cada cosa »su propio nombre.» Siendo tan detestados y estando tan mal protejidos, no podian escaparse del furor de sus enemigos; así murieron asesinados.

Todo concurria entonces á favorecer la ambicion de Filipo: los tebanos se pusieron bajo su proteccion temiendo á Esparta, y forjaron la primer argolla de la cadena de Grecia. Isócrates, á la sazon de ochenta años, tenia mas virtud que conocimiento del mando; y creyendo que su elocuencia podria detener á un conquistador, y que la ambicion escucharia la voz de la justicia, dirijió á Filipo una larga oracion ecsortándole á que diese la paz á los griegos. Representábale el mérito de la moderacion, cuya gloria es mas pura que la de las conquistas: le incitaba á mover sus ejércitos contra el rey de Persia, enemigo comun. «Los a»tenienses, le decia, recelan tus »proyectos, censuran mis elojios

»y temen tus artificios; pero »nunca podré creer que un descendiente de Hércules solicite »quitarle á la Grecia su libertad.» Atenas, mas alarmada cada dia de las empresas del rey de Macedonia, le envió embajadores para ecsijir esplicaciones. Filipo engañó ó sobornó á todos, escepto á Demóstenes; pero dicen, aunque es increible, que le deslumbró ó le intimidó de tal manera con la enerjía y artificio de su discurso, que este elocuente orador no supo responderle; suposicion falsa, atendidos los conocimientos y el talente de Demóstenes. Otros dicen que esperimentó delante del rey una timidez ridícula, pareciendo que su elocuencia y su firmeza se habian quedado en la tribuna donde pronunciaba sus arengas.

Las promesas y los tratados no eran nada para Filipo: solia decir que á los niños se engaña con juguetes, y á los hombres con juramentos; aun es hoy aplicable este dicho; mas tambien hay otra clase de juguetes para los hombres, que no son mas que unos niños grandes. En esta ocasion prometió á los atenienses dejarles la entera posesion de la isla de Eubea, en compensacion de Anfípolis, romper con los tebanos y reedificar á Tespias y á Platea. Esquines creyó de buena fé lo que decia Filipo: Demóstenes aseguró que no cumpliria su palabra; y en efecto, el rey de Macedonia se apoderó de las Termópilas, taló la Fócida, reunió el consejo de los anfictiones, y obtuvo la presidencia de aquella asamblea, que, dándole este título, lejitimaba en cierto modo su poderío sobre la Grecia. Para comprender lo grande de este paso, dice Guay, convendrá tener presente la naturaleza y atribuciones del consejo de los anfictiones, cuyo orijen hemos citado ya en otro paraje de esta obra, hablando del reinado de Anfition. Este consejo se habia formado al principio de una junta de diputados de las doce naciones de la antigua Grecia, las mas poderosas en la época de su institucion. Cada una de estas naciones no tenia sino dos votos, aunque le era permitido enviar mas de dos representantes. Así, cualquiera que fuese el número de estos, la dieta anfictiónica solo contaba siempre veinticuatro votos. En lo sucesivo el número de los sufrajios no se aumentó ni se disminuyó cuando se juntaron ó se subdividieron los pueblos que la habian fundado. Los pueblos se repartieron los dos votos

que poseia la nacion de que derivaban. Así Lacedemonia tomó uno de los dos sufrajios de los dorios, y Atenas uno de los dos que tenian los jónios.

El objeto de este consejo, que se reunia dos veces al año, una en Delfos ácia la primavera, y otra en las Termópilas ácia el otoño, era deliberar sobre los intereses comunes de la liga anfictiónica, cuya primera condicion era que todas las ciudades debian estar íntimamente unidas entre sí, á fin de ser de esta manera mas terribles á los bárbaros. Si alguna desavenencia entre dos de estas ciudades hacia temer por la tranquilidad, se sometian aquellas al consejo, y se terminaba por árbitros, sin que fuese permitido á las partes echar mano de las armas; y como esta confederacion se hallaba bajo la proteccion de Apolo, la custodia del templo de Delfos, donde era adorado este Dios, la de los tesoros que se guardaban en él, y de los privilejios anecsos al santuario, estaban espresamente confiadas á los anfictiones.

A pesar del objeto positivo de este instituto, la historia no da á conocer que siempre haya tenido el resultado que se habian propuesto los fundadores. En efecto, en la guerra de Tebas, en la guerra pérsica y en la del Peloponeso, en que por un lado se ve á las ciudades anfictiónicas armadas unas contra otras, y por otro, algunas de estas ciudades aceptar ignominiosamente el yugo de los bárbaros, nada indica la intervencion ni aun la mas mínima influencia de los anfictiones. Pero acaso esta nulidad es solo supuesta; acaso solo dimana respecto de nosotros de la falta de documentos que nos informáran de la naturaleza del papel que pudo representar dicho consejo en estos grandes acontecimientos. Como quiera que sea, y cualquiera que fuese su grado efectivo de fuerza ó de debilidad en tiempo de Filipo, lo cierto es que aun le quedaba entonces á este tribunal un nombre respetable por su antigüedad, y cuya influencia en materia relijiosa aun no se habia menoscabado.

Por lo tanto, el rey de Macedonia, como diestro político, conoció al punto que el partido que podia sacar su ambicion de este resto de preponderancia era restablecerlo, convirtiéndolo en su provecho. En efecto, formando parte de este consejo, borraba su orijen bárbaro á los ojos de los griegos, y agregaba la Macedonia á la confederacion grie-

ga, á cuya cabeza todo le convidaba á marchar sin oposicion. Así, alcanzaba el dominio de Grecia sin conquista, y sin correr la suerte de una lucha que aun venciendo podria debilitarle.

A la noticia de los pasos de Filipo abrieron los ojos los atenienses, fortificaron el Pireo y alarmaron el Pelòponeso. Filipo que sabia ser prudente ó temerario, segun las circunstancias, se detuvo repentinamente por no ecsasperar los ánimos, que habituados mucho tiempo á la libertad, eran muy difíciles de someter. Aparentando contentarse con el honor de haber terminado la guerra sagrada, volvió á sus estados, y pidió á todos los pueblos de la Grecia la confirmacion del decreto de los anfictiones. Irritada Atenas de ver un macedonio al frente de la confederacion griega, no quiso sancionar el decreto; pero Demóstenes les hizo ver el peligro de atraer sobre sí sola las armas de Filipo, y les probó la necesidad de aumentar sus fuerzas para resistirle; pero sin dar pretestos lejítimos á su ambicion. El rey de Macedonia no era hombre capaz de contentarse con una presidencia honorífica: su sosiego no era mas que aparente para adormecer al enemigo. Mientras que en sus cartas á Lacedemonia y á Atenas hablaba de paz, justicia, amistad y alianza, conquistaba parte de la Tracia; ocupaba la Tesalia y atacaba el Quersoneso, que habiendo estado sometido sucesivamente á Atenas, á Esparta y á los príncipes vecinos, era entonces independiente escepto la ciudad de Cardia que habia conquistado poco antes Cotis, hijo del rey de Tracia. Filipo derrotó á Cotis; pero Diópito, que se hallaba en las cercanías con un cuerpo de tropas atenienses, desbarató algunos destacamentos macedonios, y se apoderó de muchas ciudades. Filipo, como todo tirano, no respetaba ningun derecho; se mostraba gran defensor de los suyos, y se quejó al pueblo de Atenas de que Diópito hubiese infrinjido la fé de los tratados. Los oradores vendidos á él, apoyaron esta acusacion. Demóstenes defendió al jeneral, desenmascaró con su veemencia ordinaria la astuta y ratera política de Filipo, y consiguió que se absolviese al acusado.

En este tiempo mismo, Esparta, que habia perdido sus grandes hombres, su fama y la austeridad de sus costumbres, sin renunciar á su ambicion, atacó á los arjivos y á los mese-

nios, que de acuerdo con los tebanos imploraron la proteccion de Filipo. Los anfictiones, por influjo del rey de Macedonia, espidieron un decreto mandando á los lacedemonios que respetasen la libertad de Argos y Mesenia; y para apoyarlo marchó el ejército de Filipo ácia el Peloponeso. Esparta, amedrentada, pidió socorro á Atenas, y Demóstenes favoreció esta negociacion. Filipo escribió á los atenienses para interrumpirla y suspendió su marcha, pero continuando siempre sus intelijencias en Eubea se apoderó de la ciudad de Orea.

Focion.—Fué enviado contra él Focion al frente de un ejército ateniense. Discípulo de Jenócrates y austero como su maestro, con los pies desnudos en todas las estaciones, era elocuente no por los adornos del discurso sino por la lójica y la concision. Con pocas palabras refutaba largos razonamientos, y Demóstenes le llamaba *el hacha de sus oraciones*. Este jeneral que recordaba los talentos y las virtudes de Epaminondas y de Arístides, derrotó en batalla campal á Plutarco de Eretria, jefe de los partidarios de Filipo, y despues de la victoria se apoderó de la isla de Eubea y la conservó para su patria. El rey de Macedonia se quejó amargamente á los atenienses, mirando esta defensa lejítima de sus derechos como una infraccion de la paz siempre invocada y siempre violada por él. De nuevo llevó sus armas á la Tracia para privar á Atenas de los víveres que sacaba de aquel pais, y sitió á Perinto al frente de treinta mil hombres. Como los bizantinos querian socorrer la plaza, envió contra ellos la mitad de sus fuerzas. Tan audaz empresa derramó la consternacion en la Persia y despertó á los atenienses. Alejandro, que tenia entonces quince años, hizo su primera campaña en esta empresa y se distinguió por su valor entre los héroes de Macedonia.

Mientras que los ejércitos de Filipo amenazaban tantos paises, sus cartas á los atenienses censuraban las precauciones que estos tomaban contra él, y cuando atacaba las colonias de Atenas se quejaba de que buscasen aliados. «En el tiempo, les decia, »que teníamos guerra abierta, »os contentábais con armar na»ves contra mí, prender y ven»der á los que comerciaban en »Macedonia, favorecer á mis e»nemigos y hacer correrías en »mi territorio; y aora que esta-

»mos en paz llegais hasta el es»tremo de incitar al rey de Per»sia contra mí. Cuando este mo»narca tenia sublevadas sus pro»vincias y aun no habia sujetado »la Fenicia ni el Ejipto, me ec»sortábais á reunirme con vos»otros y con todos los griegos »contra el enemigo comun: vues»tra animosidad os impele á ha»cer alianza con él. Acordaos de »vuestros antepasados que pros»cribieron al hijo de Pisistrato »por haber llamado los persas á »Grecia y abominaron esta trai»cion como un crímen imperdo»nable; y vosotros ¿no os aver»gonzais de cometer la misma ac»cion que infamó la memoria de »vuestros tiranos?» Los oradores vendidos al rey, repetian y comentaban estas palabras, celebraban la buena fé de Filipo y conjuraban al pueblo á que no corriese á su perdicion, volviendo sin necesidad á una guerra tan peligrosa.

Demóstenes, inflamado de cólera, sube á la tribuna, reprende amarga y violentamente á los atenienses su adormecimiento y credulidad: les demuestra que Filipo les hace la guerra, aunque ellos se ostinan en conservar la paz, y para precaverlos contra sus artificios, les recuerda que ya ha engañado á otras muchas ciudades.

«¿Esperais, les dice, que con»fiese claramente su agresion? »Ese es el colmo de la necedad. »No lo confesaria aunque mar»chase directamente contra el »Atica y el Pireo: pero vosotros »gustais que os adulen, no apro»bais sino los consejos que os »mantienen en reposo: dejais á »los estranjeros y aun á los es»clavos la libertad de decir lo »que piensan; y esta libertad, de »que teneis tanto orgullo y que »llevais hasta la licencia, la ha»beis escluido de la tribuna: es»tais dormidos, cuando el curso »de los sucesos os lleva á los ma»yores peligros! Ecsaminad la »conducta de Filipo con las de»más ciudades: solo le faltaban »cuarenta estadios para llegar á »Olinto, cuando declaró su vo»luntad á los habitantes de aquel »pueblo. *Es preciso*, les dijo en»tonces, *que vosotros salgais de »Olinto ó yo de la Macedonia.* »Pero antes, si se le acusaba de »meditar la ruina de los olintios, »miraba esta sospecha como una »injuria y les escribia para jus»tificarse. Antes de destruir la »Fócida, entró en ella como alia»do y amigo, acompañado de di»putados fóceos, los cuales ase»guraban que esta espedicion so»lo seria funesta á los tebanos.

»Recientemente, socolor de proteger la Tesalia, se apoderó de »Féras. Los habitantes de Orea »creian que iban á apaciguar sus »disensiones las tropas macedo»nias que los subyugaron.»

El orador acumula despues los mas poderosos argumentos para persuadir al pueblo, que en vez de deliberar sobre el Quersoneso y Bizancio, debe socorrerlos con prontitud.

«Demasiadas concesiones, a»ñade, se han hecho ya á Filipo, »pues se le ha concedido un de»recho cuya sola sospecha basta»ba en otro tiempo para suble»var á toda la Grecia, á saber: »el de invadir los pueblos y so»meterlos. Atenienses: durante »setenta y tres años fuísteis los »árbitros de Grecia: los lacede»monios gozaron de la misma su»premacía el intervalo de vein»tinueve: los tebanos, despues »de la batalla de Leuctras, tuvie»ron alguna superioridad; pero »ni á vosotros, ni á los tebanos, »ni á los lacedemonios se conce»dió jamás semejante domina»cion: muy lejos de sufrirla, to»dos los griegos, aun aquellos »que no tenian contra Atenas »motivo lejítimo de queja, se li»garon contra vuestros antepa»sados, que nada se les podia »echar en cara sino su preemi»nencia. Los lacedemonios es»perimentaron la misma suerte »cuando quisieron hacer algunas »mudanzas en las repúblicas; y »sin embargo, ni sus yerros ni »nuestras culpas eran nada en »comparacion de las empresas, »que de trece años á esta parte »forma Filipo contra los griegos. »Sin hablar de Olinto, Metona, »Apolonia y treinta y dos ciuda»des de Tracia, tan cruelmente »destruidas que ni aun quedan »rastros de ellas; sin recordar la »ruina de los fóceos, volved los »ojos á la Tesalia. ¿No ha des»mantelado sus pueblos y cam»biado su gobierno? La Eubea, »isla tan cercana á Tebas y á A»tenas ¿no la ha entregado á los »tiranos? ¡Qué orgullo en sus »cartas! *Yo no estoy en paz*, dice, »*sino con los que me obedecen*. Y »lo que él dice lo pone en ejecu»cion; y nosotros le dejamos en»grandecerse creyendo ganar el »tiempo que emplea en destruir »á los otros. Nadie empero igno»ra que Filipo, como una fiebre »contajiosa, ataca repentinamen»te al que parece que está muy »lejano del riesgo. Si un hijo de »la Grecia la arruinase así, se le »culparia de robar su mismo pa»trimonio: ¿qué diremos, pues, »de las invasiones y talas de Fi»lipo, que ni es griego, ni tiene

»nada comun con los griegos, y »ni aun es un bárbaro ilustre, »sino un miserable macedonio, »nacido en un pais de donde has»ta aora no ha salido siquiera un »esclavo bueno? Y sin embargo, »ved hasta dónde llega su inso»lencia. No satisfecho con las »ciudades que ha tomado y con »los honores que se le tributan »en los juegos píticos, presididos »por sus siervos, es dueño de las »Termópilas, protector del tem»plo de Delfos y presidente, en »ofensa nuestra, del consejo de »los anfictiones: gobierna la Te»salia, pone tiranos en Eretria y »en Orea, les quita á los corin»tios las ciudades de Ambracia »y Leucades, y á los aqueos la »de Naupacta, y aora amenaza »á Bizancio. Atenienses ¿cuál es, »pues, el orijen de este desór»den? ¿Por qué todos los grie»gos tan zelosos en otro tiempo »de su libertad, están en el dia »tan propensos á la esclavitud? »Por qué? porque habia entonces »en el corazon de todos los hom»bres un sentimiento conserva»dor de la libertad y precursor de »la victoria; y era el desprecio »del oro y el aborrecimiento á »todos los que se dejaban sobor»nar. Entonces no se compraba »ni á los oradores ni á los jene»rales: no se vendia ni la con»cordia que debe reinar entre los »griegos, ni la desconfianza que »siempre es necesaria contra los »usurpadores: en el dia todo esto »es materia de comercio como »en un mercado. Aora somos mas »poderosos que nunca en tropas, »en naves, en hacienda; pero »la corrupcion paraliza nuestras »fuerzas é inutiliza nuestros re»cursos. ¿Quereis que os de»muestre cómo obraban nues»tros mayores? Lo haré, no con »palabras, sino recordándoos una »antigua inscripcion grabada en »una columna de bronce: *sea »disfamado Arthmio, hijo de Py»thonax de Zelia, y mirado como »enemigo de los atenienses él y to»da su familia, por haber traido »el oro de los persas al Pelopone»so, y muera todo el que está no»tado de infamia.* Castigad pues, »á los traidores: corred á las ar»mas: defended al Quersoneso: »dad el ejemplo á la Grecia: ad»vertidla, instadla, despertadla: »esto es necesario para vuestra »salvacion y conveniente á vues»tra dignidad.»

Los atenienses siguieron estos consejos y se prepararon para la guerra: la intriga sin embargo prevaleció en la eleccion de jeneral, y se dió á Cáres el mando de la escuadra; pero como era conocida su codicia to-

das las ciudades le cerraron sus puertas. Este jeneral no menos vano que insolente, habiendo desembarcado en la costa de Palene, deshizo un cuerpo de ochocientos mercenarios al servicio del rey de Macedonia, y contentándose con este fácil triunfo, volvió á Atenas á reclamar la recompensa. Los olintios no habian sido socorridos por él, que fué su mision principal, pero no importa; despues de los sacrificios á los dioses, y sobre todo los banquetes al pueblo, Cáres recibió una corona de oro.

Remplazóle Focion y justificó la estimacion jeneral con grandes victorias; batió á Filipo, y le obligó á levantar el sitio de Bizancio. El rey de Macedonia, que sabia adelantar y retirarse á tiempo, engañó de nuevo á los atenienses con promesas y demostraciones pacíficas que les impidiesen formar contra él una liga activa y poderosa. Sus negociaciones duraron dos años, tiempo que empleó en invadir la Scitia, de donde sacó muchos caballos, granos, y rebaños. Al volverse le acometieron los tríbulos, y hubo una sangrienta batalla, en que el rey, herido y cercado de enemigos, hubiera perecido á no ser por los prodijios de valor que hizo Alejandro, jóven de diezisiete años, para llegar donde él estaba y salvarle.

BATALLA DE QUERONEA.—Despues de esta espedicion se aprovechó hábilmente de la acusacion que se hizo contra los locrios de Anfisa, de haber tomado algunas tierras del templo de Delfos, para que los anfictiones le nombrasen jeneralísimo de los griegos y le encargasen la venganza de la relijion ultrajada. Entró rápidamente en la Fócida; pero en lugar de marchar á Anfisa, se apoderó de Elatea. Esta noticia alarmó á Atenas; envió embajadores á todos los pueblos para que acudiesen á defender la libertad comun; y Demóstenes mismo fué á Tebas. Para contrarrestarle envió Filipo á esta ciudad un orador distinguido, llamado Piton, que empleó toda la fuerza de su elocuencia en persuadir á los tebanos, que debian ausiliar á Filipo para domar á los atenienses sus rivales, y tener parte en los premios de la victoria, ó conservar al menos la neutralidad en la lid. Demóstenes adquirió su mayor gloria en esta disputa, superándose á sí mismo en la pintura que hizo de la tirania de Filipo, y demostrando que la toma de Elatea era le ruina de Tebas. Su elocuencia triunfó: los

tebanos olvidaron las pasadas rivalidades, aceptaron la alianza de los atenienses, y Demóstenes estimó esta victoria como la mas gloriosa para él. Antes de pelear Filipo declaradamente contra la liga, quiso emplear todavia la astucia. Propuso la paz á los atenienses é hizo que el oráculo de Delfos hablase en su favor. Demóstenes se burló de esta estratejema, diciendo que la pitonisa filipizaba, y los atenienses reusaron la paz. El rey entró en Beocia con veintidos mil hombres: el ejército griego era igual al suyo en número y valor; pero las intrigas de Cáres hicieron que el mando recayese en él y en Lizicles que no era mejor jeneral. De este modo la envidia contra los grandes hombres atrae la ruina de los estados.

La batalla se dió en la llanura de Queronea el año del mundo 3666, y 338 antes de Cristo. Filipo mandaba el ala derecha de su ejército y Alejandro la izquierda. Este desordenó al principio el batallon sagrado de los tebanos; pero Lízicles derrotó al mismo tiempo el centro de los macedonios. Orgulloso por este triunfo, y deseoso de aumentarlo, persiguió á los fujitivos gritando que no pararia hasta las fronteras de Macedonia. Filipo observó este yerro, y dijó: «Los atenienses no saben vencer.» Entonces sin perder un momento se arrojó con su falanje á la espalda de los atenienses, los derrotó completamente, y se reunió con el ala victoriosa que mandaba su hijo.

Cuéntase que Demóstenes, que habia peleado con valor hasta entonces, se dejó poseer del terror jeneral, tiró las armas, huyó rápidamente, y habiéndosele agarrado el manto á unas zarzas, creyó que era un macedonio, y le pidió que le perdonase la vida. Atenas perdió en esta batalla tres mil hombres. La pérdida de los tebanos fué mayor. La fama de estas dos repúblicas era tan grande, que Filipo despues de haberla vencido, se entregó á la alegría mas infame é indecente, insultando á los muertos en el campo de batalla, danzando y cantando una parodia del decreto que Demóstenes habia hecho espedir contra él. ¡Estos son los héroes!—Demades, prisionero ateniense, indignado de aquella infamia le dijo severamente que parecia á Agamenon haciendo el papel de Tersites (1): el rey, en

(1) Tersites, griego cobarde é insolente, que Aquiles, picado de sus inju-

lugar de ofenderse, le dió la libertad y despidió sin rescate á todos los atenienses. Despues hizo la paz con Atenas; mas no quiso perdonar á los tebanos haber abandonado su alianza.

Demóstenes, citado en juicio porque habia sido el consejero de una guerra tan desgraciada, fué absuelto y colmado de honores; lo cual hace poner en duda y desechar como una impostura la anécdota de las zarzas y de su huida. Los atenienses continuaron siguiendo sus consejos. Tuvo el encargo de pronunciar el elojio fúnebre de los que murieron en Queronea, y les mandó erijir un triunfo con una inscripcion honrosa. Enmedio de una fiesta pública un heraldo llevó á la plaza los hijos de aquellos valientes guerreros y gritó: «La guerra ha dejado huérfanos á estos niños; pero hallan en el pueblo de Atenas un padre que los protejerá y los animará para merecer un dia los primeros empleos de la república.» Demóstenes dió de su propio caudal una suma destinada á la reparacion de las murallas. El pueblo decretó que se le diese una corona de oro. El orador Esquines se opuso á este decreto. La elocuencia de su discurso, que se ha conservado, justifica su celebridad; pero Demóstenes le venció. Su oracion terminada por un veemente apóstrofe á los atenienses, es la obra maestra de la elocuencia griega, y se llama la arenga de la corona. Esquines fué desterrado á Rodas, y en el momento de su partida, Demóstenes le obligó á aceptar una cantidad de dinero. La recibió y le dijo: «¿Cómo podré yo abandonar sin dolor, una patria en que dejo un enemigo tal, que apenas puedo esperar encontrar en otra parte amigos que se le parezcan?» Puso en Rodas una escuela de oratoria y leyó su oracion y la de Demóstenes. Los oyentes aplaudieron la suya pero mas la de su adversario. Entonces dijo: «Si la oracion de Demóstenes os entusiasma, ¿qué seria si se la hubiérais oido pronunciar á él mismo?» Y sin embargo la elocuencia de Esquines era tan seductora que se dió el nombre de las tres gracias á tres de sus principales oraciones.

Lízicles fué condenado á muerte. Licurgo, su acusador, le di-

rias, mató de un puñetazo, era tan feo que habia pasado á proverbio para espresar un rostro espantoso diciéndose: *es mas feo que Tersites, ó tiene cara de Tersites.*

rijió estas veementes palabras: «¿Y cómo ó Lízicles, esclamó el »orador, Atenas ha sufrido la hu»millacion de una derrota? Mil »atenienses han quedado muer»tos en el campo de batalla, y »dos mil jimen actualmente en »las cadenas de los vencedores: »un trofeo levantado por el ene»migo atestigua nuestra ignomi»nia á los ojos de todos, y la Gre»cia está á punto de sufrir el yu»yo de la esclavitud; tú manda»bas en aquel dia funesto, y aun »vives y te atreves á presentar»te en la plaza pública, delante »de esos mismos ciudadanos á »quienes has reducido á la servi»dumbre, siendo un monumen»to vivo de tu ignominia, y »causa de la ruina de Atenas!» El pueblo, poseido de indignacion, no quiso oir mas: Lízicles fué llevado al cadalso, y Focion fué nombrado en su lugar á propuesta del areópago. En cuanto á Cáres no parece que fué objeto de ninguna persecucion: acaso debió su salvacion á sus riquezas ó á la nulidad de su carácter. En efecto, era un hombre de quien decia jocosamente Timoteo, que era mas propio para llevar el bagaje de un jeneral que para serlo.

Mando de Filipo en Grecia. —En esta importante ocasion, los lacedemonios, dejenerados, no hicieron nada por la Grecia. En la asamblea jeneral de todos los estados de este pais se decretó hacer la guerra á los persas y se dió á Filipo el mando de todas las tropas griegas. A esta época trae la historia el término de la ecsistencia política de Grecia, la cual ya no hace papel de ningun modo, sino como provincia de Macedonia, hasta su conquista por los romanos.

Una gloria mas alta se presentaba á su ambicion: ya se preparaban sus jenerales Parmenion y Atalo, para pasar al Asia; pero su fortuna habia llegado á su término: la discordia se introdujo en su familia, y murió víctima de la venganza de un particular. Habia repudiado á la reina Olimpias, cuyo carácter zeloso é iracundo no podia sufrir, y se casó con Cleopatra, sobrina de Atalo. En vano Alejandro le advirtió que este nuevo enlace que le prometia otros herederos al trono, le esponia á él mismo al peligro de haber de disputar algun dia el imperio. «Hijo mio, le respondió »Filipo: cuantos mas competido»res tengas, mas ocasiones te se »ofrecerán de hacer triunfar tu »mérito, y la rivalidad no podrá »comprometer tus derechos ni

»tu gloria.» Declaróse públicamente el himeneo de Filipo y Cleopatra, y se celebró con una pompa correspondiente á las circunstancias. Alejandro, obligado á asistir á esta ceremonia, poseido de indignacion guardaba silencio durante una fiesta que proclamaba en su opinion la desgracia de su madre Olimpias. Enmedio del rejio banquete, cuando todo debia temerse de un carácter tan impetuoso como el suyo, Atalo, tio de la jóven reina, tuvo la imprudencia de provocarle. Engreido con la nueva fortuna de su sobrina, convida en alta voz á toda la nobleza macedonia á que haga con él libaciones á los dioses, pidiéndoles que concedan á Filipo felices frutos de su nuevo himeneo y herederos lejítimos de su corona. «Miserable, esclama »entonces Alejandro ardiendo »en ira: pues qué, ¿me tienes por »un hijo bastardo?» Y al decir esto le arroja su copa á la cabeza.

Atalo responde á este golpe con otro semejante, y al punto reina en toda la asamblea el desórden y la confusion. Filipo, poseido de rabia, saca la espada, y quiere arrojarse sobre su hijo; pero su precipitacion evitó felizmente el golpe: vacilando con la embriaguez y la herida de que estaba cojo, cayó en presencia de los convidados. Entónces Alejandro, abusando de la circunstancia, esclamó en tono de ironia: «He ahí, macedonios, el »monarca que se dispone á con»duciros al Asia, y apenas pue»de pasar de una mesa á otra.»

Muerte de Filipo.—(Año del mundo 3668.—Antes de Cristo 336). Este príncipe en aquel momento de enojo se marchó al Epiro con su madre. Un corintio, llamado Demarato, hombre prudente, que tenia mucho influjo en el ánimo de Filipo, le persuadió que llamase á su hijo y le perdonase. El rey seguia preparándose para la espedicion de Persia; y habiendo consultado al oráculo sobre el écsito de la guerra, recibió esta respuesta equívoca: «El toro está ya coro»nado para el sacrificio.» Filipo la interpretó en su favor; pero el suceso probó que la víctima designada no era el rey de Persia. Se celebraban en Macedonia las bodas de Alejandro, rey de Epiro y hermano de Olimpias, con Cleopatra hija de Filipo, á las cuales estaban convidados todos los hombres principales de Grecia. Recibió de todas las ciudades felicitaciones, coronas, oradores y poetas: y se iba á re-

presentar una trajedia en la cual aparecería el rey como triunfador del Asia.

Poco tiempo antes de todos estos acontecimientos, Atalo, estando ébrio, habia afrentado ignominiosamente á un jóven macedonio llamado Pausanias, quien pidió justicia á Filipo; mas este repugnando castigar á Atalo, oyó las quejas del jóven con indiferencia; trató de calmarle llenándole de favores, y aun le dió uno de los primeros empleos á su lado. Pero todos estos honores no fueron bastantes á apagar el resentimiento de Pausanias, quien enfurecido con esta denegacion de justicia, determinó vengarse con el mismo rey. Salió Filipo de su palacio para ir al teatro con una comitiva brillante: delante de él iban doce estátuas, de las cuales una le representaba con los atributos de un dios. Marchaba rodeado de los grandes del reino, y seguido de una guardia numerosa: las aclamaciones universales celebraban su gloria. En el momento en que estaba mas embriagado con los favores de la fortuna, se presenta Pausanias, atraviesa por enmedio de la muchedumbre, llega al rey, le da de puñaladas y le deja muerto. Así pereció Filipo de Macedonia, á los cuarenta y siete años de su edad, y veinticuatro de su reinado.

Sin embargo, Pausanias, aprovechándose del desórden que movió el acontecimiento, huyó precipitadamente á las puertas de la ciudad, donde se asegura que Olimpias habia apostado caballos para favorecer su fuga. Pero Perdicas, Atalo y Leonato, que habian salido en seguimiento suyo, le alcanzaron cuando iba á montar á caballo, y trabóse entonces una lucha entre ellos y el asesino, que fué fácilmente derribado y muerto á estocadas. Su cuerpo fué colgado de un patíbulo, y estuvo espuesto durante muchos dias á las miradas del pueblo.

Causó en Grecia no menos alegría que sorpresa la noticia de la muerte de Filipo: en Atenas decretó el pueblo el omenaje de una corona de oro al asesino; hizo sacrificios á los dioses para tributarles gracias por la muerte del tirano, y se cantaron himnos de triunfo, como si le hubiesen muerto en una batalla: los habitantes de Atenas se coronaron de flores y adornaron los templos con guirnaldas. El mismo Demóstenes manchó su gloria dando gracias á los dioses por la muerte de un hombre. Pero estas demostraciones de júbilo por

parte de los atenienses, eran tanto mas bajas en la circunstancia presente, cuanto procedian por el asesinato de aquel Filipo á quien acababan de humillarse con la sumision mas servil.

Fué este príncipe uno de los reyes mas hábiles, cuya memoria ha conservado la historia. Sacó la Macedonia de su oscuridad y la llenó de gloria: era pobre y la enriqueció: era ignorante y la ilustró; y el ejército, que antes no tenia disciplina ni reputacion, fué bajo sus órdenes el mejor del Oriente. Sus predecesores pagaban tributo á las repúblicas de Atenas, Esparta y Tebas; y en pocos años se hizo jefe de toda la Grecia. Si Alejandro conquistó el Asia, Filipo concibió el proyecto y proporcionó los medios para esta empresa; y Ciceron, juzgando á estos dos hombres ilustres, dice, acaso con razon: «El hijo es mas »célebre por sus azañas; pero el »padre era mas grande hombre.» Filipo presentaba una mezcla singular de virtudes y vicios: jeneroso algunas veces, frecuentemente cruel, siempre disimulado era infatigable en la guerra, disoluto en su palacio, constante en sus amistades privadas, tirano de su familia, impenetrable en sus designios, pérfido en su política, y tan atrevido en sus proyectos como hábil para ejecutarlos. Para conocer su intrepidez, basta el elojio que hizo de ella Demóstones, su mas cruel enemigo: «He visto, dice, á este »mismo Filipo, á quien disputa»mos el imperio de la Grecia, »cubierto de heridas, privado de »un ojo, con la clavícula rota, »una pierna y una mano estro»peadas; determinado siempre á »arrostrar los peligros y á entre»gar á la fortuna la parte de su »cuerpo que ella quiera para lle»gar á la gloria con las restan»tes.» Siempre se observó en él una mezcla de griego y de macedonio, orijinada de la diversidad entre su cuna y su educacion. A la ecsaltacion, dureza y pasiones violentas de los bárbaros de su pais, juntaba las luces, la finura y la elocuencia que habia aprendido en Tebas: y enmedio de sus vicios y defectos se notaban algunos vestijios de las virtudes que durante su infancia habia observado en la casa de Epaminondas. Una vez le incitaban á que desterrase á un hombre que habia dicho mal de él. «¿Quereis, replicó, que vaya á otra »parte á repetir lo que ha dicho »aquí?» En otra ocasion se admiraban de los beneficios que hacia á un griego llamado Nica-

nor, que le satirizaba con frecuencia; pero ganado por su liberalidad, lo elojiaba despues en todas partes. «Ya veis, dijo Filipo á sus amigos, que está en »mano de los reyes hacer que los »amen ó los aborrezcan.» Gustaba mucho de la verdad atrevida. Una pobre mujer, á cuya solicitud no quiso atender, diciéndole que no tenia lugar para oirla ni leer su peticion, le dijo: «¿Pues para qué eres rey?» Entonces lo leyó y concedió lo que suplicaba. Otra mujer anciana llamada Machaeta, sufrió una sentencia injusta de Filipo; esta sin inmutarse se presentó á él y le dijo: «Apelo.—¿A quién? re»plicó Filipo.—Apelo de Filipo »embriagado y dormido, á Filipo »en ayunas y despierto.» Ecsaminó de nuevo la causa, conoció su injusticia y la reparó. Se le acusó de haberse entregado al sueño en una circunstancia crítica: «Es verdad, dijo, que yo dor»mia, pero velaba Antipatro.» Con estas y otras palabras semejantes consiguió tener ministros y jenerales mas adictos que los que se pueden adquirir á fuerza de oro. Contaban delante de él que cada una de las diez tribus de Atenas nombrada anualmente un jeneral. «Felices atenienses, »dijo, que cada año encuentran »en su ciudad diez buenos jene»rales! y yo no he podido encon»trar en toda mi vida mas que á »Parmenion.» El recuerdo de las lecciones de Epaminondas hacia que temiese los efectos de la adulacion, y así habia encargado á uno de sus oficiales que le dijese todas las mañanas: «A»cuérdate, Filipo, de que eres »mortal.» Filipo, aunque hombre de gran talento, no estaba esento de supersticion. Le habian pronosticado que un carro seria la causa de su muerte, y proibió que los hubiese donde él estaba. Para conservar la credulidad, se dijo despues de su muerte, que estaba esculpido un carro en el puñal con que fuё asesinado.

Los juicios que ha dado la posteridad, dice el historiador Guay, respecto de Filipo, han sido dictados hasta aora con parcialidad; porque la posteridad, imbuida por los escritos de los atenienses, no le ha juzgado sino con presencia de las acusaciones consignadas en las arengas de Demóstenes, que siempre nos lo representa como aspirando á hacerse señor, ó mas bien tirano de Grecia, y que no viendo en él sino el opresor de un pueblo libre, le ha confundido con los reyes de Persia, quienes despóticos

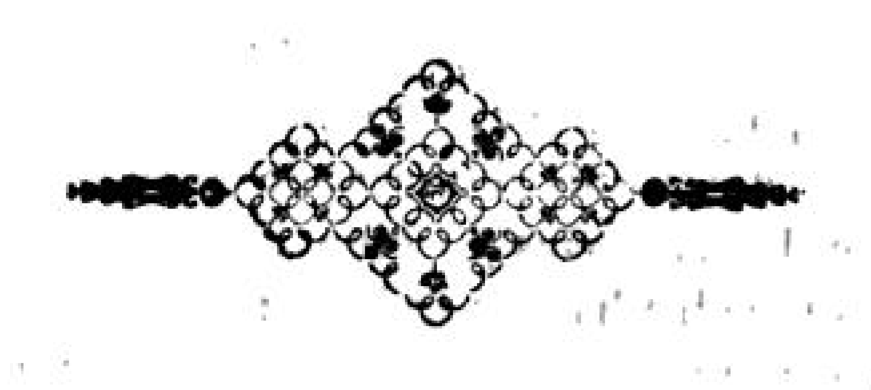
en su imperio, querian sujetar la Grecia bajo el yugo de su vil despotismo. Sin embargo, desechando á un lado estas preocupaciones, escusables acaso entre los atenienses, y á las que debemos ser del todo indiferentes, hagamos justicia á Filipo, y reconozcamos que merece ocupar un lugar honorífico entre los mayores soberanos; y que á menos de ser ingratos, debieron contarle sus vasallos en el número de los pocos reyes buenos.

Acaso hay derecho á hacerle algunas reconvenciones en punto á moral; mas ninguna merece en cuanto á política, porque no se le puede dar por delito el haber trabajado para el engrandecimiento de Macedonia, su reino, y fundado este engrandecimiento á pesar de los griegos sus enemigos. Ecsaminemos además si verdaderamente ensalzó el poder macedonio á costa y sobre las ruinas de la Grecia.

Lejos de hacer uso de un poder despótico contra los griegos despues de la victoria de Queronea, solo pensó en ejercer sobre ellos una preponderancia mucho mas suave de la que habian ejercido Esparta y Atenas antes que él; y en lugar de tratar á la Grecia como una nacion conquistada, solo trabajó en reunir los varios pueblos de ella para la ejecucion de un proyecto que debia interesarles tanto como á él mismo, cual era la conquista y ruina del imperio persa. Ni aun en justicia se puede imputar este proyecto únicamente á su ambicion; pues esta empresa no era de hecho mas que una defensa lejítima contra un poder, cuya política era hacia tiempo, meter la discordia en el cuerpo helénico para debilitarlo, arruinarlo, y someterlo luego al yugo del despotismo oriental, bajo el que hubiera perdido la Grecia sus leyes, sus costumbres, sus artes, y todo cuanto habia hecho ó todavia podia hacer para labrar su gloria. Todas las repúblicas de Grecia continuaron rijiéndose por sus propias leyes, bajo el ascendiente poderoso que le habian dado la doble direccion de los juegos píticos del templo de Delfos, la presidencia del consejo anfictiónico y el jeneralato de las fuerzas griegas: y respecto á todo aquello que les era particular, quedaron enteramente independientes. Además en ningun tiempo gozaron de una paz tan completa, y aun puede decirse que tampoco estuvieron jamás tan libres, porque la libertad individual se vió entonces menos comprometida por las facciones.

A estos justos elojios que en nuestra opinion no se le pueden negar respecto de su conducta pública, es preciso añadir los que mereció por su conducta privada, pues él mismo fué su secretario y su ministro de estado, su administrador de hacienda y su mejor jeneral, y aun el mas intrépido de sus soldados, si hemos de juzgar las muchas cicatrices de que estaba cubierto su cuerpo.

Sucede con la reputacion de los príncipes, continua el citado Guay, lo que con todas las cosas de este mundo; esto es, está sometida al imperio de las circunstancias, y en algun modo pendiente de la casualidad. Lo que ha perjudicado á la del monarca macedonio, á pesar de sus grandes calidades é inumerables títulos de gloria, fué el no haber sus pueblos comprendido sus vastas miras políticas hasta el penúltimo año de su vida. En efecto, hasta entonces habia podido creer la Grecia que su intencion era avasallarla; y de aquí se orijinaron aquellas veementes y repetidas invectivas en las que se le deprimia mas bien por sistema que por convencimiento: y cuando en fin se descubrió el objeto de su política, ya era muy tarde, ya se habia pronunciado el juicio sobre su conducta, consignándolo en las obras maestras de la elocuencia griega; y por desgracia suya, este juicio, aceptado sin ecsámen, es el que ha prevalecido en los siguientes siglos.



CAPITULO X.

CONQUISTAS DE ALEJANDRO EL GRANDE.

(Año del mundo 3668.—Antes de Cristo 336.)

Retrato de Alejandro.—Su admiracion por Homero.—Su caballo Bucéfalo.—Gobierno de Alejandro.—Sus empresas en el esterior.—Sus primeras conquistas.—Revolucion en Grecia.—Sitio, toma y destruccion de Tebas.—Embajada de Atenas á Alejandro.—Clemencia de Alejandro con Atenas.—Su nombramiento de jeneralísimo de los griegos.—Fuerza de su ejército.—Su marcha al Asia.—Batalla del Gránico.—Conquista del Asia menor.—Escesos vergonzosos de Alejandro.—Muerte de Clito, amigo de Alejandro.—Remordimientos del rey por este asesinato.—Batalla de Hidaspe.—Revolucion y retirada del ejército de Alejandro.—Temeridad de Alejandro.—Vuelta de Alejandro á Babilonia.—Su muerte.—Cuadro literario de la Grecia durante la tercera edad.—Píndaro, Eschilo, Sófocles, Eurípides, Aritófanes, Empedocles, Anaxagoras, Herodoto, Tucídides, Ctesias, Platon, Aristóteles, Jenócrates, Diójenes, Zenon, Epicuro, Pirron, Arístipo, Menandro, Fídias, Meton, Polignoto, Zeuxis, Protójenes, Praxiteles, Policleto, Apeles y Lísico.—Oradores.

Retrato de Alejandro.—A la muerte de Filipo, tomó posesion Alejandro del reino de Macedonia, que las victorias y la política de su padre habian transformado en potencia dominante de la Grecia, y que él mismo debia levantar en breve á la clase de grande imperio sobre las ruinas de la monarquía persa.

Entonces tenia veinte años: dotado por la naturaleza de las prendas mas raras, recibió tambien de ella los jérmenes de los vicios mas peligrosos. Su temperamento fogoso le disponia á la violencia, y la elevacion de su alma le inclinaba á los sentimientos jenerosos. Heredó de Filipo su ambicion desenfrenada, y Aristóteles imprimió en

su corazon los principios de muchas virtudes. Sus facciones eran regulares, su tez florida y encarnada, la nariz aguileña, los ojos grandes y llenos de fuego, los cabellos rubios y rizados, la cabeza alta pero un poco echada ácia el hombro izquierdo, la estatura mediana, el talle fino y esvelto, el cuerpo bien proporcionado y fortificado por el contínuo ejercicio. Era celebrada su lijereza en la carrera y su elegancia en el vestir. A un injenio muy penetrante se unia el deseo insaciable de instruirse: amaba y protejia las ciencias, las letras y las artes. Su conversacion era agradable y viva, su amistad constante: todo era grande en sus afectos y pensamientos.

El celebre Aristóteles decia en una de sus cartas, escrita despues de la muerte de su real discípulo: «Alejandro de Macedonia »no carecia de habilidad en el »consejo, ni de valor en el cam»po de batalla, ni de gracia »cuando hacia beneficios. Tal »vez se mostró cruel en los cas»tigos, pero fué clemente con »mas frecuencia. Ninguno fué »mas intrépido en los combates »ni mas liberal en las recompen»sas. Su discernimiento brillaba »en los negocios difíciles, y »su valor crecia á proporcion »del peligro.» Este elojio es digno de fé, porque Alejandro á fines de su vida estada reñido con este filósofo, que la calumnia acusó de haber tenido parte en la muerte del rey.

Con tantas ventajas esperimentaba siempre una comezon de dominar que se manifestaba en sus miradas, ademanes, palabras y acciones. La ambicion y varias muestras del carácter que se admiraban en Filipo, se notaban en su hijo, con la diferencia de que en el primero estaban mezcladas con prendas que las morijeraban, mientras que en el segundo la firmeza dejeneraba en ostinacion, el amor de la gloria en frenesí, y en furor el arrojo:—Filipo empleó varios medios para el logro de sus fines; Alejandro solo hizo uso de su espada.

Era tal la altivez de su carácter y su ambicion, que proponiéndole de muy jóven que fuese á disputar el premio en los juegos olímpicos, dijo: «Yo iria »si fueran reyes mis competido»res.» Cuando su padre Filipo conquistaba algunas ciudades, en vez de alegrarse, decia con enfado: «No me dejará nada que »hacer.» Hombres semejantes son ó la gloria ó el azote del jénero humano, segun empleen

bien ó mal sus talentos y su poder. Aristóteles le habia enseñado las matemáticas, la filosofía y la historia: á sus lecciones debió la elocuencia conveniente á un príncipe, esto es, un estilo mas grave que florido y mas lleno de pensamientos que de palabras; y así, para espresar su gratitud á su maestro, decia que Filipo le habia dado el vivir y Aristóteles el vivir bien. Su admiracion á Homeo rayaba en entusiasmo. Lo preferia á Hesiodo, diciendo: «Este es el »poeta de los pastores, y aquel »el de los reyes.» Despues de la batalla de Arbela, encerró la Iliada en una cajita de oro que habia sido de Darío, y mandó hacer una nueva copia de aquel poema, la cual se llamó *la copia de la cajita*: Los grandes talentos tenian derecho á su amistad. El famoso Apeles, su pintor favorito, se enamoró de la bella Campaspe, de la cual estaba prendado Alejandro. Cuando este supo el amor secreto que se tenian, disimuló su enojo, los perdonó y los casó.

Aun no bien era jóven, recibió su padre embajadores del rey de Persia. Alejandro, con una prudencia superior á su edad, les preguntó, no por los pensiles de Babilonia ni por las riquezas del palacio de Susa, oyendo con indiferencia lo que decian del magnífico plátano y la vid de oro, cargados de esmeraldas y rubíes, bajo los cuales daban audiencia los monarcas persianos; sino por los caminos que conducian á la alta Asia, ó Asia mayor, la poblacion de Persia, la fuerza y la táctica de los ejércitos del gran rey, y la conducta de éste con sus vasallos. Uno de los embajadores dijo: *Este es un gran príncipe: el nuestro no es mas que rico.*

BUCEFALO.—Habian traido á Macedonia un soberbio caballo de Tesalia llamado *Bucéfalo*, porque tenia la cabeza semejante á la de un buey. Habia derribado ya á los escuderos mas ájiles y atrevidos que emprendieron domarle; y viendo el príncipe que querian venderlo, dijo: «¡Qué escelente caballo pierden »por su poca maña y su timi»dez!» Filipo, para correjir el orgullo de su hijo, le permitió que lo montase. Alejandro no lo puso al sol como los otros, porque no se espantase de su sombra: lo alagó por algun tiempo, saltó sobre él con prontitud, resistió con firmeza á sus botes impetuosos, y le domó tan completamente que en lo sucesivo se dejaba conducir por el príncipe y doblaba las rodillas para

que subiese. Bucéfalo salvó la vida de Alejandro sacándole de una batalla contra los indios, á la cual le habia precipitado su temeridad. Este combate fué el término de los trabajos y de la vida de este célebre caballo, y el rey dió su nombre á una ciudad que fundó en las orillas del Hidaspes.

Antes de ser rey, habia dado Alejandro pruebas de su valor heróico salvando la vida de Filipo en la batalla con los tríbalos, y de la violencia de su carácter, cuando en las bodas de su hermana Cleopatra faltó al respeto que debia á su padre. Insaciable de toda especie de gloria, hubiera querido ser el mas sabio de los filósofos y el mas grande de los monarcas; y por esto riñó á Aristóteles, que hubiese publicado un tratado de metafísica, cuya esclusiva posesion deseaba, diciéndole en una carta: «Ten entendido que mas »deseo superar á los otros hom»bres en los conocimientos de las »ciencias sublimes, que en la es»tension de mi poder.» Su padre, digno de apreciarle, fué el primero que adivinó la grandeza que le destinaba la suerte: así cuando domó el Bucéfalo y mostró tanta osadía en una edad tan juvenil, esclamó: «Bus»ca, hijo mio, otro reino mas »grande, porque la Macedonia »no te basta.»

Sin embargo, cuando tantos indicios mas seguros que los embusteros oráculos, anunciaban á la Grecia un señor, al Asia un conquistador y un héroe al mundo, la Persia, el Peloponeso, la Beocia, el Atica y los bárbaros de Tracia é Iliria pensaban en sacudir el yugo que creian roto por la muerte de Filipo. Los facciosos renovaban sus intrigas en la corte de Macedonia. Olimpias creia que ella era la reina: los grandes aspiraban al poder, los ilirios tomaban las armas: los oradores de Grecia, declamando contra la tiranía é insultando la sombra de Filipo, á quien hasta entonces habian tributado servilmente los omenajes de sus elojios, despreciaban la juventud de Alejandro; y nadie preveía que este príncipe, á quien llamaban niño, muy en breve seria para ellos el mas terrible de los hombres.

Su gobierno. — Lejos de espantarse con tantas dificultades y peligros, mostró su autoridad á los cortesanos, su beneficencia á los pueblos, y su vigor á sus enemigos. Castigó á los asesinos de su padre, libró á los macedonios de los impuestos es-

cesivos que pagaban, para hacerles mas soportables las levas de hombres que necesitaba: distribuyó recompensas á los compañeros de su padre en la milicia, y uniendo hábilmente la suavidad á la firmeza, ganó el afecto de sus vasallos. Pero al mismo tiempo mancilló esta primera gloria permitiendo á su madre Olimpias el asesinato de Cleopatra y de su hijo, y enviando al suplicio á Atalo, á quien aborrecia por sospechas de intelijencia con los enemigos, á pesar de que este jeneral, para ganar su confianza, le entregó las cartas de Demóstenes, que queria hacerle partidario del rey de Persia. Despues de haber restablecido el órden público y consolidado su autoridad, procuró calmar la fermentacion de Grecia. Los acarnanios, los ambracios, los tebanos y los árcades, que habian arrojado de sus paises las guarniciones macedonias, acababan de declarar que no reconocian á Alejandro por jeneral de los griegos: los arjivos, los de Elida y los espartanos se proclamaron independientes, y Atenas fomentaba todos estos movimientos. Los pueblos mas cercanos á la Macedonia se preparaban á hacer jeneral la defeccion, mientras los bárbaros del norte amenazaban invadir este reino. Alejandro, para disipar la tempestad, se valió del arte y de la osadia: espantó con amenazas á unos enemigos, y ganó á otros con promesas. Los tésalos fueron los primeros que le reconocieron por jefe, y el consejo de los anfictiones le confirió el mando jeneral de las tropas griegas que habia obtenido su padre. Autorizado con este decreto, se presentó á las puertas de Tebas, que renunció á oponérsele por entonces: los atenienses, desconcertados por la rapidez de su marcha, le enviaron diputados para apaciguar su ira. Demóstenes era uno de ellos, mas no quiso presentarse por creer este paso demasiado humillante para él y para su patria. Esquines le acusó despues de haber vendido los intereses de la Grecia á los persas, sus eternos enemigos; pero Demóstenes rechazó victoriosamente esta acusacion.

Despues de haber comprimido Alejandro con su presencia la coalicion que contra él se habia formado, volvió á Macedonia y marchó contra los bárbaros. Los jetas, despreciando su juventud, se habian rebelado: los venció y taló su pais. El paso del monte Hemo, que atravesó á

pesar de la dificultad de los parajes y el número de los enemigos, mostró cuán grandes eran su fortuna y su osadia; subyugó en poco tiempo á los peonios, trácios, tribalos é ilirios. Los celtas, movidos por la fama de sus azañas, le enviaron diputados para asegurar su amistad. Alejandro, creyendo que estos pueblos le temian, preguntó á los diputados cuál era la causa de su miedo, y ellos respondieron con altivez: «Los celtas no »temen sino que el cielo se cai»ga.» El héroe se sonrió y concluyó la alianza con ellos. En la guerra con los jetas pasó el Istro; y para evitar que los bárbaros se rebelasen de nuevo apenas se ausentase, ecsijió de los príncipes y reyes vencidos que le siguiesen al Asia con sus principales oficiales, de modo que solo quedasen en aquellos paises jefes sin talento ni reputacion.

Destruccion de Tebas.-- Mientras terminaba tan gloriosamente esta guerra, Demóstenes y Licurgo esparcieron la voz de que habia muerto peleando contra los tríbalos. A esta noticia principió de nuevo la fermentacion en Grecia. Los desterrados de Tebas, escitados por los atenienses, volvieron á su patria, entraron de noche en la ciudad, degollaron á dos oficiales macedonios, y se apoderaron del gobierno. Informado Alejandro de esta sublevacion, volvió á pasar el Istro y el monte Hemo, entró en Macedonia, atravesó en seis dias la Tesalia, se apoderó de las Termópilas y llegó á Onquesta en Beocia, donde dijo á los que le acompañaban: «Demóstenes »me llamaba niño, cuando hice »la guerra á los tríbalos, y jóven »cuando llegué á Tesalia; yo le »probaré al pie de las murallas »de Atenas, que ya soy un hom»bre.»

Antes de vengarse de los tebanos empleó la benignidad y las ecsortaciones para darles tiempo de reflecsionar el peligro á que se esponian: prometió por medio de un parlamentario, libertad y seguridad á todos los que pasasen á su campo, ó reconociesen su poder; y no ecsijió mas satisfaccion que la entrega de Fénix y Protuto, autores principales de la rebelion. Los tebanos, mofándose de su jenerosidad, lejos de condescender, pidieron que les entregasen dos jenerales suyos, Antipatro y Filotas, y proclamaron desde lo alto de una torre, que recibirian como amigo á todo soldado macedonio que tomase el partido de los tebanos y del rey de Persia, liga-

dos para libertar la Grecia de un odioso tirano. Conociendo Alejandro que era perdida toda esperanza de negociacion, sitió á Tebas, favorecido por la guarnicion macedonia, que ocupaba la ciudadela Cadmea. Segun Ptolemeo, testigo ocular, los tebanos se adelantaron tanto en una salida, que atacados por la falanje no pudieron volver á la plaza, sino mezclados con los enemigos. Segun Diodoro, Perdícas se apoderó de una puerta durante la salida de los tebanos, y proporcionó á los macedonios la entrada de la ciudad. Los tebanos en este desastre mostraron el valor heredado de los guerreros de Leuctras y Mantinea. Los plateos, los fóceos y tespienses que servian estonces en el ejército de Alejandro, acordándose de que los tebanos habian destruido en otro tiempo sus ciudades, vengaron con atrocidades sus antiguas injurias: no perdonaron ni á las mujeres ni á los niños, y degollaron á sus víctimas hasta á los pies de los altares. Refiérese que Timoclea, dama tebana, habiendo sido violada brutalmente por un capitan, y queriendo vengar su honor tan villanamente ultrajado, lo condujo á un pozo en donde le dijo habia arrojado su dinero y alajas. Acércase él al brocal, y la valiente señora le agarra de los pies y le precipita dentro; arrojándole despues encima cuantas piedras pudo haber á mano. Alejandro, lejos de castigarla, la concedió libertad. Los lacedemonios que militaban al sueldo del rey, no fueron menos bárbaros y crueles. La espantosa matanza duró un dia entero, y en ella perecieron seis mil tebanos: todas las mujeres fueron reducidas á la esclavitud, y la ciudad quedó enteramente asolada, escepto los templos, la casa del poeta Píndaro y las de las familias tebanas que habian dado ospitalidad á Filipo y á su hijo. Estos edificios fueron respetados de órden de Alejandro. Nada puede justificar la crueldad: en vano se escusó Alejandro de su barbárie con la necesidad de satisfacer á sus aliados; las ruinas de Tebas pesaron sobre su alma. Por eso cuando en lo sucesivo le pedia un tebano de los que escaparon de la carniceria alguna gracia, la concedia al punto. Sus bárbaros soldados querian destruir los sepulcros de los tebanos muertos en la batalla de Queronea: mas el rey les mandó respetar los monumentos del valor desgraciado.

Cuando se supo en Atenas la ruina de aquella gran ciudad,

fué jeneral la consternacion y se interrumpieron los grandes misterios de Ceres, que se celebraban entonces. Demóstenes, Esquines y Stratocles lamentaron con elocuencia el infortunio de Tebas: los atenienses dieron asilo á los tebanos que se salvaron del estrago; pero al mismo tiempo enviaron embajadores á Alejandro, so pretesto de felicitarle por sus victorias, pero en verdad para desarmar su cólera. Alejandro los acojió favorablemente; pero ecsijió que el pueblo ateniense le entregase nueve oradores suyos que miraba como los principales motores de la liga formada contra él, los cuales eran Demóstenes, Licurgo, Hiperides, Polieucte, Cáres, Caridemo, Efialtes, Diótimo y Merocles. Demóstenes subió á la tribuna para persuadir á sus conciudadanos que desechasen una proposicion tan peligrosa, recordándoles el apólogo de los pastores que perdieron sus rebaños, porque en el tratado con los lobos les entregaron los perros. El interés personal de Demóstenes estaba demasiado patente en esta ocasion para que su discurso hiciese impresion en un pueblo aterrado; pero el orador Demades, menos comprometido, le sostuvo con habilidad, é hizo que el pueblo diese un decreto para suplicar al rey que dejase al cargo de Atenas el castigo de los culpables, é implorar su clemencia á favor de los tebanos fujitivos. La sangre derramada en Tebas habia estinguido en Alejandro el deseo de mas venganza, y Demades, á quien Atenas envió de embajador porque Alejandro le profesaba particular cariño, consiguió de él todo lo que quiso. Fuese que la venganza estuviese ya satisfecha, ó que deseara desembarazarse de todos los ostáculos que pudieran retardar su espedicion al Asia, este príncipe se dejó persuadir, contentándose con el destierro de Caridemo. Poco despues se reconcilió de tal modo con los atenienses, que les encargó que velasen por la tranquilidad de la Grecia durante su espedicion al Asia, y les dejó el gobierno de ella en el caso de su fallecimiento.

Restablecida la paz, volvió á Macedonia, donde hizo celebrar juegos públicos en honor de Júpiter y de las musas. Poco despues pasó á Delfos á consultar el oráculo sobre la guerra del Asia. Como la pitonisa reusase subir al trípode, la cojió en sus brazos y la subió á su pesar. Ella esclamó: «No es posible resis»tirte, hijo mio.» —«Ese oráculo-

»lo me basta, dijo soltándola A-»lejandro.» Los diputados de todas las ciudades de Grecia reunidos en Corinto le nombraron jeneralísimo, y el rey declaró en aquella asamblea que todos los pueblos griegos eran libres y les proibió volver á recibir á los desterrados ni reconocer tirano alguno.

ESPEDICION DE ALEJANDRO AL ASIA.—Habiendo llegado el momento de poner en planta sus grandes designios, reunió su ejército, compuesto de doce mil macedonios, siete mil aliados, cinco mil mercenarios, todos de infantería á las órdenes de Parmenion; cinco mil tríbalos é ilirios, mil y quinientos jinetes macedonios, al mando de Filotas; otros mil y quinientos jinetes tésalos, conducidos por Calas, y seiscientos griegos por Erijio; y en fin, novecientos trácios y peonios de tropas lijeras, á las órdenes de Casandro. La mayor parte de estos oficiales tenian mas de sesenta años, y su consejo semejaba en la gravedad á un senado. El tesoro del rey no era mas que de setenta talentos (1.879,920 reales), y el ejército tenia solamente provisiones para un mes. Los jenerales mas distinguidos eran Parmenion y sus hijos Filotas y Nicanor, Clito, Efestion, Casandro, Ptolemeo, Calas, Perdicas, Cratero, Celo, y Filipo, hijo de Amintas. Alejandro dejó el gobierno de Macedonia y el cuidado de la Grecia á Antipatro, de quien tenia entonces entera confianza. Antes de pasar al Asia distribuyó su patrimonio entre sus amigos; y como le preguntase Perdicas, qué guardaba para sí, respondió: LA ESPERANZA!

Despues de veinte dias de camino llegó á Setos, en donde le esperaban ciento cincuenta bastimentos; embarcóse y él mismo quiso hacer las faenas de un piloto. Atravesando en seguida el Helesponto llegó á la llanura de Troya, hizo un sacrificio á Minerva, le consagró sus armas, y tomó del templo las que se decian haber pertenecido al grande Aquiles, uno de sus abuelos maternos. Sobre la tumba de este héroe colocó una corona de flores, y Efestion su favorito puso otra sobre la tumba de Patroclo.

BATALLA DEL GRANICO. — Los persas entretanto, despreciando el cuerdo aviso de Memnon de Rodas, el mas hábil de los jenerales de Darío, que les aconsejaba evitasen toda accion decisiva, y se retirasen delante de los griegos, para envolverlos si pe-

netraban con imprudencia en el pais, reunieron un ejército de cien mil hombres en la ribera oriental del Gránico, para defender su paso. Ptolemeo, al frente de la caballería macedonia, principió la accion con intrepidez, pero sin resultado alguno. Alejandro y Parmenion, acudieron á su socorro, y pasaron el rio. La falanje decidió la victoria. Los mercenarios griegos, que combatian con los persas, fueron destrozados despues de una porfiada resistencia.

Prodijios de valor hizo Alejandro en esta batalla, pues combatió cuerpo á cuerpo é hirio á un hermano de Darío. Clito salvó la vida de Alejandro cortando el brazo á un jinete persa llamado Spitrobates, sátrapa de Lidia y yerno de Darío, que ya tenia levantada la cimitarra sobre la cabeza del rey. La victoria quedó por los macedónios y puso en su poder al Asia menor. El rey mandó á Lísipo que fundiese de bronce las estátuas de veinticinco de sus compañeros de armas muertos en la batalla. Estas estátuas se vieron por muchos años en una ciudad de Macedonia, llamada Dio, de donde fueron trasportadas á Roma mucho tiempo despues. Los prisioneros griegos fueron condenados á trabajar en las minas de Tracia por haber militado contra sus compatriotas; pero constante en su sistema de no manifestar ninguna enemistad con la Grecia, envió á Atenas trescientas armaduras persas para que se consagrasen á Minerva depositándolas en la ciudadela, donde se pusiese esta inscripcion: «Alejandro, hijo »de Filipo, y todos los pueblos »de la Grecia, á escepcion de »los lacedemonios, han ganado »estos despojos á los bárbaros »del Asia.» Esta preferencia fué lisonjera á los atenienses, pues Alejandro parecia mirar á Atenas como la ciudad única y digna de guardar los trofeos de su gloria.

Dueño Alejandro de Efeso, Mileto y la Cária en la primer campaña, envió los soldados casados á Macedónia para que descansasen el invierno con sus familias. Esta medida, muy agradable á la tropa, le produjo un gran número de reclutas que le trajo Perdicas para la campaña siguiente. Darío, rey de Persia, intentó sobornar algunos asesinos que matasen al rey de Macedonia, y logró por sus emisarios corromper á Alejandro, hijo de Erope, cuyos hermanos habian sido cómplices en la

conspiracion de Pausanias, el asesino de Filipo. Sus intentos fueron descubiertos; pero el rey, acordándose de que al subir al trono fué el primero que se pasó á su lado contra los facciosos, le perdonó; y este acto de clemencia causó entre los griegos el mayor entusiasmo.

Llegada la primavera, conquistó la Frijia y cortó el famoso nudo gordiano (v. tomo II, páj. 140) porque un oráculo habia prometido el imperio del Asia á quien le desatase. De Frijia marchó á la Capadocia. Dábale sin embargo cuidado la espedicion que hizo á Grecia Memnon de Rodas; pero libre de este temor por la muerte de aquel guerrero cuando iba á atacar la isla de Eubea, continuó sus empresas con tanta rapidez como felicidad. Pasó los desfiladeros del Tauro sin encontrar en ellos oposicion, y ocupó la Cilicia. Habiendo sanado de una peligrosa enfermedad orijinada de bañarse en las aguas frias del Cidno, por la habilidad de su médico y por la confianza que tuvo en su lealtad, tomando el remedio, á pesar de habérsele escrito que se habia mezclado con él un veneno, marchó contra Darío, que se habia adelantado hasta Iso con todas las fuerzas de su imperio, y le derrotó en una gran batalla, cuyos trofeos fueron la familia real, que cayó en poder del vencedor y que fué tratada por él con el mayor miramiento; el tesoro de Darío, que Parmenion sorprendió en Damasco, la Siria, la Palestina, la Fenicia y el Ejipto, sin encontrar mas resistencia que en las plazas de Tiro y de Gaza, de las cuales se apoderó á fuerza de armas. Alejandro quiso imitar á Aquiles, arrastrando alrededor de los muros de Gaza á Betis, que habia defendido valerosamente esta ciudad. El rey se olvidó en esta ocasion, que de los héroes solo se deben imitar las virtudes.

Desde la Judea envió á Leónidas, uno de sus maestros, mas de cien talentos de mirra; acordándose de que en su infancia aquel ayo severo le habia reprendido porque prodigaba el incienso en un templo y lo echaba á manos llenas en el fuego. «Príncipe, le habia dicho: sé »mas económico, y no disipes »con tanta profusion este aro»ma precioso hasta que hayas »conquistado el pais que lo pro»duce.»

Siempre ávido de combates y de gloria, hizo Alejandro una escursion en Arabia. Habiéndose

adelantado por la noche casi solo con su temeridad ordinaria, entró en el campo enemigo, tomó un leño encendido, volvió con él á sus tropas y mandó hacer muchas ogueras. Los árabes, amedrentados de tanta osadia, huyeron. En una de sus marchas se espuso á riesgo de perecer por salvar del peligro á su ayo Lisímaco que era muy viejo y no podia seguirle. Púsoselo sobre sus hombros, y así lo llevó hasta salir del peligro. El corazon de Alejandro ofrecia la mezcla mas singular de orgullo y de bondad; y los vicios y las virtudes de aquel alma volcánica eran igualmente grandes. Penetró en el Ejipto y proyectó dos empresas, la una bien insensata y que pudo costarle la vida y la gloria, y fué atravesar los desiertos abrasadores de la Libia, para que el oráculo de Ammon le declarase hijo de Júpiter. Plutarco refiere que el gran sacerdote, queriendo llamarle hijo mio en lengua griega que hablaba mal, en vez de servirse de la palabra *Opaidion*, pronunció *Opai-dios*, lo cual significaba hijo de Júpiter; y que esta equivocacion que hizo sonreir á Alejandro, dió lugar á todas las fábulas que se han forjado sobre este oráculo. Lo que no queda duda es que los sacerdotes, sobornados, le aclamaron hijo de Júpiter, y que en adelante unió Alejandro este título á los demás que tenia. La otra empresa, como ya hemos referido en otro lugar de esta obra, digna de un grande hombre y de un rey sabio, fué la construccion de Alejandría en la embocadura mas occidental del Nilo, para que sirviese de emporio al comercio europeo con el del mar Rojo y el de Indias.

Dueño de todas las provincias litorales de la Persia, marchó á atacarla en su mismo centro: atravesó el Eufrates y el Tigris, y se encontró con el ejército de Darío en la gran llanura de Arbela. Aconsejáronle que atacase de noche; mas él dijo que queria *ganar* y no *robar* la victoria. La procsimidad de tan gran peligro no le impidió dormir profundamente; y admirándose de ello sus jenerales dijo: «¿Por qué no »hemos de estar tranquilos, si »el enemigo ha venido á ponerse »en nuestras manos?» Un eclipse de luna que sobrevino aterró á los macedonios. El rey mandó al adivino Aristandro que les dijese que aquel eclipse era presajio de la victoria: porque el sol era el númen de los griegos y

la luna de los persas. Al dia siguiente se dió la batalla en la cual quedó arruinado el antiguo imperio de los persas. Alejandro, despues de la victoria, escribió á las ciudades de Grecia anunciándoles el triunfo y confirmando la libertad de todas. Envió ricos despojos á la ciudad de Crotona en memoria de un ciudadano, el atleta Filo, que armó una galera á su costa para pelear contra Jerjes en favor de los atenienses y espartanos, cuando tantos pueblos temerosos del gran rey los habian abandonado. El amor ardiente de la gloria griega, que manifestaba Alejandro en todas las ocasiones, hacia que le perdonasen su dominacion.

No teniendo ya enemigos que vencer despues de la victoria decisiva de Arbela, hizo Alejandro su entrada triunfante en Babilonia, en Susa y en Persépolis, donde estaban reunidas todas las riquezas de los reyes de Persia. La vista de la antigua capital de un pais tan temido en otro tiempo, recordó á los griegos la invasion de Jerjes, los animó á la venganza y les hizo cometer gran número de crueldades. Un anciano griego llamado Demarato, habitante de aquella capital, derramó lágrimas de alegría, deseando que toda la Grecia estuviese presente para ver á un héroe de su pais sentado sobre el trono de Jerjes. Sin embargo allí empezó á mancillarse la gloria de Alejandro, entregándose á los mismos deleites que habian afeminado á los persas, y quemando el magnífico palacio de Jerjes al salir de un banquete, por instigacion de la ramera Tais. Entretanto Darío esperimentaba la suerte de los monarcas desgraciados. Besus y otros sátrapas que le acompañaban en su fuga á la Bactriana, le trataron como á un prisionero, le injuriaron de mil modos, y cuando se vieron perseguidos por Alejandro, le dieron la muerte. El rey de Macedonia alcanzó y castigó á los traidores.

Mientras que en el centro del Asia consumaba la ruina del trono de Ciro, los lacedemonios, habiendo sabido que Antipatro hacia la guerra á los tracios, intentaron sacudir el yugo de los macedonios, sublevaron el Peloponeso y juntaron un ejército de veintidos mil hombres. Antipatro marchó contra ellos con cuarenta mil guerreros. Vinieron á una batalla sangrienta en que el jeneral macedonio, no pudiendo penetrar en las filas espartanas, finjió retirarse á

una llanura donde podia desenvolver todas sus fuerzas, y deteniéndose de repente rodeó al enemigo y lo batió. Ajis, rey de Esparta, murió despues de haber hecho heroicidades. Esta jornada costó tres mil hombres á los espartanos y arruinó su potencia.

Antipatro dió cuenta á Alejandro de su victoria con mucha modestia, para no escitar su envidia, porque la prosperidad iba aumentando los vicios del conquistador y atenuando sus virtudes. Filotas, uno de sus jenerales mas estimados, mostraba el orgullo que acompaña siempre á la gloria militar. En vano le decia su padre Parmenion: «Hijo, hazte mas pequeño:» Filotas continuaba humillando á sus rivales, y á veces se tomaba la libertad de censurar las acciones del rey. Sus enemigos le acusaron de traicion, y Alejandro mandó matarle; y temiendo el resentimiento de Parmenion, hizo dar muerte alevosamente á este ilustre y respetable jeneral. Corrió despues á las armas para aogar el remordimiento de tamañas injusticias. Subyugó la Sogdiana que se habia sublevado, venció á los scitas é hizo alianza con ellos, y acabó la conquista del imperio persa con la del pais de los masajetas, donde mató á un leon que le acometió; pero dió la muerte en un convite á su amigo Clito, porque celebraba las azañas de Filipo y de Parmenion, y censuraba con demasiado atrevimiento sus vicios.

Este héroe sin embargo, disipada con la muerte de su amigo la doble embriaguez del vino y de la ira, se entregó á un dolor y remordimiento tan vivo, que determinó morir, y fueron necesarias para que conservase su vida, las amonestaciones de sus amigos y la adulacion de todo el ejército, que se hizo cómplice en aquel homicidio declarándole justo.

En seguida marchó á la conquista de la India, cometiendo en el camino otra grande injusticia, cual fué dar la muerte al filósofo Calístenes, porque se opuso á que los griegos le adorasen como á un dios.

Taxilo, uno de los reyes indios, se hizo aliado de Alejandro. Poro, rey del pais que está entre el Indo y el Hidaspes, le resistió; fué vencido, hecho prisionero y tratado por el vencedor *como rey*, segun se lo pidió el mismo Poro.

Insaciable Alejandro de conquistas, queria pasar el Ganjes; pero los macedonios deseo-

sos de sosiego despues de tantas marchas, combates y victorias, le obligaron con sus ruegos y lágrimas á volver á Babilonia, bajando por el Hidaspes hasta el Indo, por el Indo hasta el mar Eritreo, y siguiendo las provincias litorales de este mar hasta llegar á Babilonia. En Pasagarda celebró su matrimonio con Statira, hija de Darío, y mandó á los principales de su corte y ejército que contrajesen igualmente alianzas con las familias mas distinguidas del pais, para consolidar su imperio uniendo tan estrechamente á los vencedores y á los vencidos.

Harpalo, que á la sazon era gobernador de Babilonia y se habia enriquecido por medio de esacciones, temiendo que Alejandro le castigase, se escapó á Atenas con cinco mil talentos. Antipatro ecsijió que se le entregase. El delincuente, para conseguir el apoyo de Focion, le ofreció quinientos talentos que fueron reusados. Algunos historiadores dicen que Demóstenes, debiendo ir contra él, no lo hizo, seducido por la oferta de una copa magnífica del valor de veinte talentos, y que pretestó una violenta opresion de garganta para no subir á la tribuna. Uno de sus rivales se burló de enfermedad tan repentina sirviéndose de una frase que en griego es equívoca, para dar á entender que la copa y no la esquinencia, le impedia hablar. Añaden que el orador, temiendo el enojo del pueblo se desterró á Trecena. Pausanias duda este hecho: y en efecto, parece imposible que el qué resistió noblemente al poder de Filipo y Alejandro, se dejase sobornar por una joya, aunque preciosa. Entretanto Alejandro mandó llamar á Antipatro de Macedonia porque habia concebido sospechas de él, y acaso le preparaba la suerte de Parmenion;—sin embargo nunca le era mas necesaria la conservacion de sus amigos, habiendo muerto en Ecbatana su valido Efestion. Mas estos temores y los proyectos ambiciosos del rey, se desvanecieron con la muerte que encontró en Babilonia entre los desórdenes de un banquete. Dejó una fama inmortal y un imperio en embrion.

Ninguno ha tenido mas esplendor sobre la tierra. Su nombre célebre ha atravesado los siglos. Su magnanimidad, la fuerza de su valor, la estension de su injenio, y su audácia estrema aun escitan la admiracion. En vano Tito Livio, que no creia que un griego hubiese adquirido mas

gloria que los romanos, atribuye la mayor parte de sus triunfos á la debilidad y á las faltas de sus enemigos; pues no se pueden negar en Alejandro los mayores talentos y una habilidad igual á su ambicion. Los escesos fueron el defecto de sus grandes cualidades.

Dos hombres diferentes y casi opuestos ofrece Alejandro al juicio de la historia. Antes de la toma de Babilonia, hubiera podido elojiar á un príncipe prudente, liberal y templado, clemente, filósofo, protector de la independencia de los griegos, y vengador de su gloria; pero cuando embriagado con la fortuna y sentado sobre el trono de Jerjes, vistió el traje de los persas, ostentó el orgullo de sus sátrapas, y adquirió los vicios de las cortesanas, no nos ofrece la historia mas que un rey ingrato, uno de esos muchos déspotas sanguinarios y verdugos de los pueblos infelices, un hombre débil y con todas las miserias de la supersticion, y un insensato, cuya loca ambicion no hubiera podido satisfacerse ni con la ruina del mundo.

Alejandro es una gran leccion para los hombres y para los reyes. En él deben ver todo lo que puede la embriaguez de la fortuna, sobre un alma jenerosa y grande, que hubiera podido servir de modelo á los héroes, si el vicio no lo hubiese infestado. Este paso rápido del bien al mal, de la sabiduría á la locura, de la moderacion al furor, y de la gloria al oprobio, hará estremecerse al hombre razonable, al borde del abismo que aondan las pasiones. El héroe macedonio merecia en gran manera la respuesta de aquel pirata, á quien preguntó qué derecho tenia para infestar los mares: *El mismo que tú para infestar al mundo. Me llaman pirata porque lo hago con una pequeña embarcacion; y á tí te llaman héroe, porque haces lo mismo con una gran escuadra!*

A pesar de todo no han faltado hombres célebres que se hayan hecho los panejiristas de Alejandro. Oigamos al célebre Montesquieu en su *Espíritu de las Leyes*, libro 10, cap. 14, donde dice: «Si es cierto que todo se lo »dió la victoria, tambien hizo to»do para procurársela. Al princi»pio de su empresa, prestó poca »atencion en el acaso: cuando la »fortuna le puso sobre los acon»tecimientos, la temeridad fué »muchas veces uno de sus me»dios..... Resistió á los que que»rian que tratase como señores »á los griegos, y á los persas co»mo esclavos: pensó únicamente

»en unir entrambas naciones, y »en hacer desaparecer las distin- »ciones del pueblo conquistador »y del pueblo vencido..... adoptó »las costumbres de los persas, »para no agriarlos obligándolos »á adoptar las costumbres de los »griegos..... Parecia que solo ha- »bia conquistado para ser el mo- »narca particular de cada na- »cion, y el primer ciudadano de »cada ciudad..... Su mano se cer- »raba para los gastos privados, »y se abria para los públicos. »¿Necesitaba gobernar su casa? »Lo hacia un macedonio. ¿Habia »que pagar el pré á los soldados, »dar parte de su conquista á los »griegos, y hacer la fortuna de »cada hombre del ejército? Se »encargaba de ello Alejandro. »Dos acciones malas hizo, incen- »diar á Persépolis, y matar á Cli- »to; pero las hizo célebres con »su arrepentimiento, de modo »que se olvidaron sus acciones »criminales, para tener presen- »te el recuerdo de su respeto »ácia la virtud (1).»

Por imponente y respetable que sea el nombre del caballero Montesquieu, nos parecen la mayor parte de estas ideas mas injeniosas que sólidas. Vasto era sin duda el jénio de Alejandro; pero su desmesurada ambicion era poco capaz de un sistema de prudencia. Siempre triunfó, pero á menudo tuvo necesidad de una dicha que no es fácil prometerse sin temeridad. Si subyugó á los persas, quienes estaban preparados á otro yugo por el despotismo de sus reyes, tambien cansó la paciencia de los macedonios, á pesar del entusiasmo que le inspiraban sus victorias. La fundacion de muchas ciudades en diferentes paises, particularmente de Alejandría en Ejipto, prueba que tenia grandes miras; «pero estas ciudades, »dice el abate Mably, no las mi- »raba sino como los trofeos que »los griegos acostumbraban le- »vantar en los lugares en que »habian ganado una batalla.» Su continencia y su respeto con la familia de Darío, le hacen mucho honor; ¿pero puede dudarse que su vida posterior no haya empañado enteramente el brillo

(1) Guay, en su *Curso de Historia*, apoyado con las opiniones de Montesquieu, trata de sincerar la conducta de Alejandro, y hace un grande elojio de sus virtudes, al mismo tiempo que procura encontrar motivos para rebajar sus crímenes. Nosotros creemos con Millot, que fué un tirano tan admirable en sus buenas acciones, como detestable en sus tiranías.

de estas primeras virtudes? En fin, si meditaba llevar la guerra al Africa, á Sicilia y á España, despues de haber conquistado la India hasta las fuentes del Ganjes, ¿no es esto una prueba de que no conoció los límites donde deben encerrarse las empresas humanas?

Apreciemos las cosas por su efectiva utilidad. Alabemos á Alejandro por haber querido desecar las lagunas de Babilonia, y romper los diques del Eufrates para crear una escuadra; por sus proyectos de marina y de comercio; pero confesemos que hizo mas mal que bien, no solo á los pueblos vencidos, sino á sus propios vasallos que dejó entregados á la discordia.

Mientras que recorria la India, como ya hemos referido en otro lugar, unos bracmanes viéndole pasar al frente de su ejército, dieron una patada contra el suelo. El quiso saber el significado de aquella accion, y le respondieron que cada hombre no poseia mas tierra que la que podia ocupar; que su naturaleza no era diferente de la de los demás, aunque la ambicion lo llevase á los confines del mundo para causar mal á otros y á sí mismo; y en fin, que moriria y no tendria mas tierra que la necesaria á su sepultura. El recibió bien esta leccion filosófica; pero todas las moralidades sobre la nada de las grandezas humanas, se estrellan contra la fuerza de las pasiones; —el ambicioso seguirá siempre su quimérico deseo, en tanto que le parezca una realidad.

CUADRO LITERARIO DE LA GRECIA EN SU TERCERA EDAD.

Hemos visto á la Grecia en su tercera edad brillar con todo el esplendor de la juventud, desplegar toda la fuerza de la virilidad, y dar al fin tristes indicios de su vejez, y funestos presajios de su decadencia. Fuertes por sus virtudes, ricas por su industria, invencibles por su amor á la libertad, rivales en la carrera de la gloria y reunidas por su consagramiento á la patria comun, las repúblicas griegas arrostraron y vencieron los ejércitos de los dos monarcas mas poderosos que tuvo el Asia; y la Grecia demostró que el número de su héroes escedia al de los sátrapas, cortesanos y esclavos de Susa, Persépolis y Babilonia. Justa era su causa, y grande y pura fué su victoria; pero nació del orgullo la ambicion. Atenas y Esparta no tenian ya necesidad de defenderse y sintieron

el deseo de dominar. La discordia, la envidia y el odio destruyeron el espíritu público: las riquezas, adquiridas por las conquistas, corrompieron las costumbres. No solo se sufrió, sino tambien se imploró la intervencion del enemigo comun en sus particulares querellas; y los reyes de Persia consiguieron por la intriga y la corrupcion, ventajas que no hubieran obtenido por las armas.

A pesar de esto, los talentos, las ciencias y las artes hicieron rápidos progresos, que contribuyeron en cierto modo á la afeminacion de las costumbres; y como las virtudes varoniles de los antiguos tiempos se debilitaban de dia en dia, se sacrificaron los deberes á los placeres, y la emulacion que antes habia de gloria, vino á ser de lujo. La vanidad se sustituyó á la altivez, la pasion de los juegos y espectáculos llegó á tal estremo, que los tesoros del estado y los fondos destinados á levantar ejércitos se gastaron en diversiones. El nombre de la patria resonaba aun en la tribuna de los oradores; pero no corrian los ciudadanos á defenderla con el mismo ardor.

Cuando la monarquía macedonia, saliendo repentinamente de la nada, amenazó á la libertad de Grecia, los temores y las rivalidades impidieron la reunion de los pueblos; y Filipo, ausiliado de su oro, encontró pocos ostáculos. La memoria de los antiguos triunfos y el odio á la opresion produjeron algunas resistencias parciales; pero bastó la derrota de Queronea para desalentar á los descendientes de los héroes de Salamina, Platea y Maraton; y toda la Grecia, sometida á la dominacion efectiva de Alejandro. recibió con entusiasmo la sombra de libertad que le daba un vano decreto en cambio del sacrificio de su independencia.

Interin recorria el Oriente el conquistador del Asia, los griegos gozaron de un reposo profundo; solo Esparta levantó por un momento el estandarte de la libertad; pero aun no lo habian enarbolado cuando ya estaba abatido. La Grecia fué durante la vida del héroe macedonio el teatro sosegado de las artes, de las ciencias, de las letras, de los juegos y de los placeres. Esta última parte de la tercera edad era brillante todavia; el poder habia desaparecido, pero quedaba la gloria;—habia menos grandeza pero mas sosiego. Los griegos no llevaban lejos sus ejércitos, pe-

ro los estranjeros acudian de todas partes á aquel feliz pais para asistir á sus juegos, admirar sus poetas y artistas, consultar sus filosófos y enriquecerse con sus luces. Así adquirió un nuevo poder que sobrevivió á su ruina, siendo la escuela del mundo y el centro de los conocimientos y de la civilizacion, y haciendo que la admirasen por la urbanidad, filosofía, elocuencia y modelos de las artes, tanto como habia sido celebrada por sus azañas y virtudes. Pero antes de conseguir tan dulce imperio, tuvo que sostener largas y terribles tempestades: ya habia perdido el poder, y la muerte de Alejandro la privó de la tranquilidad. Los tiranos que le sucedieron sin remplazarlo, no respetaron ni aun el fantasma de libertad que le habia dejado el héroe de Macedonia: violaron todos los derechos y trastornaron todas las instituciones, y con sus discordias sangrientas derramaron sobre aquellos hermosos paises todos los males de la guerra civil y de la tiranía. Enmedio de estos escesos brillaron algunas centellas de heroismo y de independencia; pero se apagaron bien pronto á la vista de las águilas romanas. Los nuevos señores del mundo restituyeron la tranquilidad á la Grecia; aquellos fieros conquistadores respetaron la antigua gloria del pueblo subyugado, y los vencedores se hicieron discípulos de los vencidos, suavizaron su yugo, y les dejaron las formas de la libertad.

Antes de pasar á la historia de la cuarta edad, en que pereció la independencia de los griegos, volvamos los ojos por la última vez al periodo glorioso que acabamos de recorrer. La narracion de los sucesos nos ha dado á conocer á los héroes y oradores que la ilustraron: aora daremos alguna idea de los filósofos, poetas, historiadores y artistas, que contribuyeron tanto como los guerreros á la inmortalidad de su patria.

Pindaro, natural de Tebas, fué el mas grande de los poetas líricos, y aun hoy es el mas famoso. Nadie le igualó en fuerza, elevacion y armonía. Fué coronado muchas veces en las fiestas de Grecia, y se concedieron á su jenio los omenajes que ordinariamente tributa la adulacion á los reyes. Habíasele asignado un sitio distinguido en los juegos públicos de Delfos. Allí se sentaba sobre una especie de trono y encantaba á los concurrentes con los sonidos melodio-

sos de su lira. Tuvo sin embargo por rival á la célebre Corinna, tambien tebana, que le disputó cinco veces el premio. Sus paisanos, á pesar del aprecio en que le tenian, le condenaron en una ocasion á pagar una multa, porque habia celebrado en hermosos versos la gloria de Atenas, de quien eran enemigos. Fué contemporáneo de Jerjes.

ESQUILO de Atenas, perfeccionó la trajedia que habia inventado Thespis. Ya hemos hablado de él porque empezó á distinguirse en la segunda edad.

SÓFOCLES de Atenas, nació veintisiete años despues de Esquilo, y catorce antes de Eurípides. Distinguióse en los empleos civiles y militares, y su jénio trájico le inmortalizó. A la edad de ochenta años, acusado por un hijo ingrato, que alegaba estar su padre falto de razon, y pedia que se le impidiese el manejo de su hacienda, leyó delante del pueblo su trajedia EDIPO EN COLONA, que acababa de escribir. Los jueces, indignados, reconocieron su justicia y le condujeron en triunfo á su casa. Su rival Eurípides, que le disputó constantemente la palma trájica, murió antes que él. Sófocles, superior á todo sentimiento de envidia, se mostró en público vestido de luto. A la edad de veintiocho años habia concurrido con Esquilo al premio de la trajedia. Los jueces y espectadores, divididos, no podian convenirse en la decision, y la disputa dejeneraba en tumulto, cuando el célebre Cimon y diez jenerales colégas suyos que acababan de triunfar de los persas, fueron escojidos por árbitros y adjudicaron el premio á Sófocles. Esquilo no pudo consolarse de ser vencido, y se desterró á Siracusa. Sófocles murió en la alegría que le causó su último triunfo á la edad de noventa y un años.

EURIPIDES fué tambien la gloria de Salamina su patria. Quizá bastaria para su elojio decir que era amigo de Sócrates y digno rival de Sófocles. Tiene menos vigor y elevacion que su antagonista, pero mas gracia y delicadeza. Su moral era tan pura como su diccion, y daba en versos muy bellos, consejos muy importantes á los reyes y á las naciones, imitando el ejemplo de su amigo el poeta Agaton. Este decia á Arquelao, rey de Macedonia, que un monarca debe acordarse principalmente de tres cosas: «que tiene que gober-»nar los hombres: que tiene que »gobernarlos segun las leyes,

»y que no los ha de gobernar »siempre.» Arquelao reprendió en una ocasion á Eurípides por que el dia de su cumpleaños no le habia hecho regalo alguno segun se acostumbraba. Eurípides, que nunca solicitó ningun favor, le respondió: *Cuando el pobre dá, pide*. Murió en Macedonia á la edad de setenta y seis años. Sus conciudadanos quisieron que se trasladase su cadáver á Salamina; pero Arquelao quiso conservarlo y le labró un magnífico sepulcro.

Despues de muertos estos tres poetas trájicos, Aristófanes, su contemporáneo, supuso en una de sus comedias, que en el averno habia un trono destinado al poeta mas célebre; pero que estaba obligado á cederlo cuando se presentase otro poeta mejor. Esquilo ocupaba el trono de la trajedia. Eurípides quiere quitárselo y Sófocles á ambos. Los tres combaten con las armas de la sátira: Baco, que descendió entonces al teatro para restituir á la tierra al mejor poeta trájico y consolar á los atenienses por la inundacion de malas trajedias, asigna á Esquilo el primer lugar, á Sófocles el segundo, y á Eurípides el tercero; y conforme á esta sentencia, manda que Esquilo sea restituido á la vida. Este juicio de Aristófanes, muy impugnado despues, era conforme á la opinion de los atenienses sus contemporáneos. Lo que es cierto es que Esquilo tenia mas elevacion y grandilocuencia; Sófocles mas perfeccion, y Eurípides mas naturalidad. «El primero, dice Aristóteles, pintaba á »los hombres mas grandes de lo »que pueden ser; Sófocles, como »debian ser, y Eurípides como »son.»

Aristófanes, el mas célebre, mordaz y licencioso de los poetas cómicos, floreció en Atenas en el siglo de Pericles, é hizo olvidar á sus predecesores Magnes, Cratino, Crates y Eupolis. Con la gracia de este último templó la hiel de Cratino, y presentando en sus alegorías los intereses principales de la república, satirizó las intrigas del senado, la corrupcion de los majistrados, la envidia de los jenerales, el orgullo de los filósofos, y la versatilidad del pueblo. Algunas veces se procuró reprimir la licencia escénica; pero la aficion del pueblo triunfó casi siempre de la autoridad, hasta que los poetas cómicos fueron aterrados por el ejemplo de Anaxándridas, condenado á morir de hambre, por haber parodiado insolentemente, aplicándo-

los al pueblo de Atenas, unos versos de Eurípides cuyo sentido era: «la naturaleza dá sus órde»nes y se cura muy poco de las »leyes que la contrarían.»

Anaxagoras, discípulo de Tales, fué el primero que enseñó en Atenas la filosofia: distinguió el espíritu de la materia, y reconoció una intelijencia suprema que organiza, anima y conserva el universo. Fué desterrado como impío por haber dicho que la luna no era diosa, sino un globo semejante al de la tierra.

Empedócles de Agrijento embelleció los asuntos mas astractos con las gracias de la poesía. Los agrijentinos quisieron hacerle rey; pero él les aconsejó que fuesen libres, iguales y virtuosos. «Correis, les decia, tras los pla»ceres como si debiéseis morir »mañana, y edificais vuestros pa»lacios como si nunca hubié»seis de morir.» Era semejante á Homero en la intelijencia. Ilustró su patria con leyes y la filosofia con escritos. Su poema de la naturaleza fué su obra mejor: en ella dice que Dios, intelijencia suprema y fuente de verdad, no puede ser entendido sino por el espíritu. Cuéntase aunque con falsedad, que fué mas notable por su vanidad, la cual le hizo arrojarse al cráter del monte Etna en Sicilia, con la esperanza de que los sicilianos le mirasen como una divinidad que se habia volado repentinamente á su propia esfera, puesto que el cuerpo no se encontraba en parte alguna; pero que una erupcion posterior del volcan, arrojó fuera las chinelas quemadas del filósofo y se descubrió el hecho verdadero de la pretendida deidad (1).

Herodoto. Ya hemos hablado en la pájina 96 del tomo IV, de Herodoto y de Tucídides: únicamente añadiremos aquí respecto al primero, que las turbulencias de su patria y las discordias de los griegos, le obligaron á huir á Italia, donde acabó su vida.

Ctesias de Gnido, historiador célebre, fué médico de Artajerjes I. Contó los sucesos de que fué testigo y los que habia leido en los archivos de Susa. Aristóteles duda de la verdad de sus narraciones.

Platon, discípulo de Sócrates, viajó al Ejipto, cuyos sacerdotes le hicieron conocer su historia, su filosofia y sus leyes antiguas. Se cree que no le fueron desconocidos los libros de Moisés. Su vasto jénio abra-

(1) Véase la páj 99 del tomo IV, donde se habla de Empedócles.

só todas las partes de la filosofia. Creia la ecsistencia de Dios, la eternidad del alma y los premios y castigos de la otra vida. Su moral estaba llena de verdades; su metafísica de imájenes; su lejislacion de quimeras sublimes. Su brillante injenio, su estilo puro y enteramente ático, sus sabios principios, la elevacion de sus sentimientos y su carácter amable, escitaron la admiracion jeneral y le adquirieron el epíteto de *divino*. No tomó parte en los negocios públicos, prefiriendo el estudio. Muchos reyes, y entre otros Dionisio el menor, tirano de Siracusa, le llamaron á su corte para ilustrarse con sus lecciones. En Atenas tenia su escuela á la estremidad de un arrabal en el jardin de Academo; por lo cual sus discípulos tomaron el nombre de *académicos*. Se dividieron en dos sectas: unos que conservaron este nombre porque continuaron enseñando en el mismo jardin, y otros que daban sus lecciones en el Liceo, paseándose, por lo cual se les llamó peripatéticos.

Aristóteles, natural de Stajira, ciudad de Macedonia, fué el jefe de los peripatéticos. A la edad de diezisiete años estudió la filosofia en la escuela de Platon. Volvió á su patria donde logró el favor de Filipo, y se le encargó la educacion de Alejandro, concluida la cual, volvió á abrir su escuela en el Liceo de Atenas. Su vastísimo talento perfeccionó la dialéctica; su inmensa erudicion la prueban sus obras numerosas que abrazan todas las ciencias. Su filosofia, atravesando los siglos y sobreviviendo á las ruinas de Atenas y Roma, fué por mucho tiempo la única doctrina recibida en las escuelas modernas, que miraron sus preceptos como oráculos, de los cuales no habia que separarse; pues era tratado como hereje el que combatiese sus errores sobre la física, los cuales están probados por inumerables descubrimientos nuevos.

Aristóteles habia adquirido demasiada gloria para no ser blanco de la envidia. Eurimedonte le citó ante los tribunales por delito de impiedad, y temiendo la suerte de Sócrates, se retiró á la isla de Eubea, donde falleció. La indignacion que le causó la muerte de Calístenes y su intimidad con Antipatro, hicieron que se le tuviese por cómplice en la muerte de Alejandro el Grande; pero los historiadores mas graves desmienten esta calumnia, y atribuyen la muerte del

conquistador del Asia á su verdadera causa, que fué la intemperancia.

JENÓCRATES, uno de los sucesores de Platon, profesaba los mismos principios que su maestro; pero con demasiada austeridad en la doctrina, y aridez en el estilo. Platon le ecsortaba á que *sacrificase á las Gracias*. Filipo y Alejandro quisieron ganar á este filósofo con sus regalos, pero fué incorruptible. Se tenia una idea tan alta de su probidad, que citado por testigo en un pleito, los jueces le dispensaron del juramento. Gustaba de la soledad, y pocas veces se le vió en público. Su virtud hizo tanta impresion en un siglo corrompido, que logró apartar á muchos jóvenes de Atenas de la carrera de los vicios.

DIÓJENES, contemporáneo de Alejandro, era de la secta de los cínicos, que tenian por jefe á Antístenes, discípulo de Sócrates. Estos filósofos vivian austeramente sin mas vestidos ni muebles que una capa, una alforja, un báculo y una escudilla. Hacian consistir la felicidad en la independencia, y la independencia en la pobreza. Diójenes ecsajeró su sistema, porque despreció no solo las riquezas sino tambien las leyes, la decencia, los usos de la sociedad y el jénero humano. Sus chanzas eran mordaces, y desenfrenada su insolencia. Llevaba desnudos los pies y dormia en una tinaja. Cuando Alejandro llegó á Corinto, todos los filósofos concurrieron á felicitarle escepto Diójenes. El rey fué á verle y le preguntó qué queria que hiciese por él. «Que te »apartes, dijo el cínico, y no me »quites el sol.» Los cortesanos se irritaron con esta respuesta que á ellos les pareció insolente, y Alejandro les dijo: «A no ser »Alejandro, quisiera ser Dióje»nes.» La vanidad de uno y otro se entendian.

Este cínico, mas insensato que filósofo, creyéndose superior á la especie humana porque la despreciaba, se paseaba á mediodia con una linterna, y preguntándole qué buscaba, respondió: *un hombre*. Entró una vez en casa de Platon ajando las alfombras, y dijo: *Piso la vanidad de Platon*. *Sí*, respondió este, *pero con una vanidad todavia mayor*. A estos mentidos filósofos se les dió el nombre de *cínicos* por su mordacidad y desvergüenza.

ZENON, jefe de la secta estóica, habia sido discípulo de Crátes el cínico; pero incomodado por la independencia de esta secta, de la cual conservó la austeridad,

se adirió á la doctrina de Jenócrates. Sus principales discípulos fueron Cleantes, Lísipo y Posidonio: llamóseles estóicos, porque daban sus lecciones debajo de los pórticos, llamados en griego *stoa*. Despreciaban el deleite y el dolor, y hacian consistir la felicidad solo en la virtud: llamaban *supremo bien* á la conformidad con el órden, y *mal*, lo que le era contrario. Su doctrina pura y sublime, mantuvo el vigor y el espíritu público en los pueblos que la adoptaron, aunque demasiado austera y superior á las fuerzas de la humanidad.

Epicuro daba lecciones en Atenas en un jardin. Nada nos queda de las muchas obras que escribió, pero su grande fama dura todavia. Lucrecio y Ciceron entre los antiguos, y Gasendo entre los modernos, han esplicado su sistema. Opuesto á los estóicos, hacia consistir el mal en el dolor, y la felicidad en el deleite: atribuia la formacion del mundo al acaso, y no creia que los dioses cuidaban de las cosas de la tierra. El soberano bien, segun él, era el descanso y la ausencia del dolor: así dió por atributo á las divinidades la impasibilidad. Su conducta era austera y su doctrina relajada. Para evitar los males producidos por los escesos y los tormentos que causan los vicios, fué siempre virtuoso, templado y frugal. Sus virtudes no fueron imitadas y se abusó de su doctrina, la cual afeminó las costumbres y corrompió los pueblos que abandonaron las mácsimas de Zenon por seguir las suyas.

Pirron, ciudadano de Elida dudaba de todo, y formó la escuela de los *escépticos*. Decia que no habia nada cierto y que siempre se debia suspender el juicio. Las consecuencias de este sistema son muy peligrosas, pues hace dudar de la justicia, la virtud y el honor; y conforme á sus principios, la justicia y la injusticia no dependen del órden eterno establecido por Dios, sino de los intereses y convenciones humanas. El escepticismo conduciendo á la indiferencia para el bien ó el mal, arruina el principio social; pues no es posible ser buen ciudadano, sin creer con firmeza en la virtud.

Aristipo, discípulo de Sócrates, fué acusado por los académicos y estóicos de ser un novador, estableciendo una alianza monstruosa entre la virtud y el deleite. Hacia consistir la felicidad en una série de sensaciones agradables; y así todo lo referia

á sí mismo y no estaba ligado al universo sino por su interés; los deberes no eran mas que un cambio de utilidades. Respetaba las leyes para no ser inquietado, y hacia bien para recibirlo.

Segun su doctrina, se debe olvidar lo pasado, no temer lo futuro y pensar solo en lo presente. Su complacencia filosófica le adquirió el favor de Dionisio, tirano de Siracusa, á quien aduló bajamente. Reprendiéronle una vez por haberse echado á sus plantas para pedirle una gracia á favor de un amigo suyo, y respondió: «¿Tengo yo la culpa »de que este hombre tenga las o»rejas en los pies (1)?»

MENANDRO era un poeta cómico ateniense, que segun Quintiliano eclipsó á sus predecesores, y poseyó toda la sal de Aristófanes con un gusto mas fino y delicado.

FIDIAS. Este artista es inmortal como los monumentos atenienses que dirijió. Sus obras tenian un carácter de grandeza tal, que segun Quintiliano, representaba mejor á los dioses que á los hombres. Su obra maestra fué la estátua de Minerva, de veintiseis codos de altura. Ya en otro paraje de esta obra hemos hablado de él.

METON, célebre astrónomo: de una observacion del solsticio de estío, hecha diez meses antes de la guerra del Peloponeso, dedujo el periodo de diezinueve años solares que hacen doscientas treinta y cinco revoluciones lunares, y que restituye el sol y la luna casi al mismo punto del cielo. Los autores cómicos le atacaron en vano con sus sátiras. Los atenienses grabaron los puntos solsticiales y equinociales en sus murallas, y fijaron el principio del año y la renovacion de los arcontes en el novilunio siguiente al solsticio del estío.

POLIGNOTO consagró su talento á la gloria de Grecia. Los anfictiones le dieron gracias por haber pintado en un pórtico de Atenas los sucesos de la guerra de Troya, y decretaron que en cualquier ciudad que se hallase fuese alimentado á espensas del público.

ZEUXIS. Este pintor superó á todos sus rivales en fuerza y colorido: decia con orgullo que regalaba sus obras porque era imposible pagarlas.

PROTÓJENES era amigo de Aristóteles y adquirió mucha gloria en pintura.

PRAXITELES fué uno de los es-

(1) Véase la nota puesta en el tomo II, páj. 125.

cultores mas hábiles: su obra maestra fué un Cupido que regaló á la cortesana Frine. Esta mujer célebre por su hermosura y sus vicios, se obligaba á reedificar á su costa la ciudad de Tebas, con tal que se le pusiese esta inscripcion: *Alejandro la destruyó: Frine la ha reedificado.*

Policletes se distinguió por las bellas estátuas de bronce que formó.

Apeles, cuyo nombre recuerda la gloria de la pintura, perfeccionó este arte tanto por sus escritos como por sus cuadros. Hizo muchos retratos de Alejandro: el que mas se celebró, fué el que le representaba con un rayo en la mano. Cuando fué á la corte de Ptolemeo, rey de Ejipto, los envidiosos quisieron perderle. Se retiró á Efeso, y para vengarse pintó el famoso cuadro de la calumnia. Venus saliendo del mar, era la mas perfecta de sus producciones.

Lisipo, inmortal entre los escultores, fué la gloria de Sicion, su patria. Alejandro habia proibido que se le representase en estátua ó en pintura á no ser por la mano de Lísipo y de Apeles. La obra maestra de Lísipo fué una estátua de bronce de Alejandro. Neron tuvo el mal gusto de mandarla dorar.

Oradores. Las declamaciones que se atribuyen á Gorgias, el primer griego que abrió una escuela de retórica, y las que llevan el nombre de Antístenes y de Alcidamas, no contienen nada de interesante para la historia de la Grecia; pero las de Antifon, el maestro de Tucídides, nos dan á conocer algunas partes del derecho civil de Atenas. Andócido ofrece muchos detalles sobre el carácter de su rival Alcibiades, que reunia numerosos vicios á cualidades eminentes; en las declamaciones de Iseo se encuentran las leyes atenienses sobre las herencias.

Los oradores Lísias, Isócrates y Demóstenes se elevan demasiado sobre estos retóricos. Una gracia inimitable era el don del primero; y esplica muy bien los trastornos violentos que acompañaron á la decadencia del poder de Atenas: sus escritos son una sátira sangrienta contra la democrácia. Isócrates junta á las bellas cualidades de Lísias un espíritu mas vasto y un carácter lleno de dulzura, de nobleza y de patriotismo; manifiesta la posicion en que se encontraba la Grecia poco antes de perder su independencia.

Contemporáneo de Isócrates, el autor de las Filípicas, ha tra-

zado con un pincel mas atrevido el cuadro de las locuras y de los vicios de su siglo. Puede decirse de él que se distingue por la gracia como Lísias, ó por una grandeza moral que obliga al respeto, como Isócrates;—todas las cualidades que constituyen á un orador,* él las reunió en grado eminente. Siempre se le ve como debe ser; sea cualquiera el objeto que trate, jamás queda inferior á lo que espera el lector; nunca es débil, nunca ecsajerado. En las arengas de Isócrates se ve al hombre que, casi centenario, se dió la muerte cuando supo la derrota de los griegos en Queronea; fué tan buen ciudadano como Demóstenes y quizá mejor político; conociendo las divisiones que reinaban en las repúblicas corrompidas de la Grecia, queria evitar una guerra entre ellas y la Macedonia, y procuraba dirijir las miras de Filipo ácia la conquista de la Persia; pero lo que en Demóstenes conmueve el alma profundamente, es ver á este grande hombre luchar solo contra la perversidad de su siglo, en favor de la espirante libertad de su patria. Por corrompida que estuviese la república de Atenas, su caida nos afecta como lo haria la muerte de un amigo. ¡Qué de útiles lecciones no pueden sacarse de los escritos de Demóstenes! El mal que perdió á Atenas amenaza á todos los estados.

Esquines no parece un rival indigno de Demóstenes; su arenga contra Timarco, que traficaba en placeres infames, produce detalles muy curiosos sobre las costumbres de su tiempo. Las cartas de Fálaris y de otros muchos escritores, políticos y filósofos, no carecen de adornos, pero casi todas son supuestas ó por lo menos de orijen sospechoso.

Pitagoras floreció tambien en esta época; pero considerado como lejislador y filósofo, pertenece á la historia de la Grecia magna en donde hablaremos de él.

CAPITULO XI.

SUCESORES DE ALEJANDRO.

Rejencia de Perdicas. — Rejencia de Antipatro. — Rejencia de Polisperconte. — Gobierno de Demetrio Falereo. — Esterminio de la familia de Alejandro. — Guerra de Antígono. — Casandro, rey de Macedonia. — Alejandro, rey de Macedonia. — Demetrio Poliorcetes, rey de Macedonia. — Pirro, rey de Epiro y de Macedonia. — Lisímaco, rey de Tracia y Macedonia. — Seleuco, rey de Siria y Macedonia. — Ptolemeo Cerauno, rey de Macedonia. — Antígono, rey de Macedonia. — Guerra contra Atenas y Esparta. — Arato y la confederacion aquea. — Revolucion de Esparta, causada por Ajis y Leónidas. — Destierro de Leónidas. — Su vuelta. — Proscricion y muerte de Ajis. — Muerte de Leónidas. — Reinado de su hijo Cleómenes. — Sus azañas. — Batalla de Selasia. — Muerte de Antígono. — Reinado de Filipo, hijo de Antígono. — Filopémen. — Gobierno tiránico de Macánidas. — Suplicio de la estátua. — Guerra entre Filipo y los romanos. — Su derrota. — Sitio y rendicion de Argos.

Ya hemos visto en la historia de Persia, que luego que dejó de oirse la voz de Alejandro, su última voluntad estaba ya desobedecida; su familia despreciada pasaba bajo la dependencia de algunos jenerales ambiciosos, dispuestos á devorar sus despojos; y el dueño del Oriente, poco antes tan terrible, no presentaba mas que la imájen triste de un tizon apagado enmedio del vasto incendio que causado habia. Las dinastías derribadas por él no ecsistian ya; las repúblicas plegadas bajo su yugo militar, habian perdido el hábito y el prestijio de la libertad; al morir dejaba las partes de su imperio inmenso sin dueño lejítimo, sin leyes espresas y sin union. Los antiguos derechos destruidos, las nuevas pretensiones suscitadas, el orgullo de los vencedores, la debilidad de los vencidos, el valor de las tropas y su adesion á diferentes jefes iguales en talento, en ambicion

y en valor, abrian un campo sin límites á aquella anarquía militar, á aquellas discordias sangrientas que Alejandro habia previsto, y que tan acertadamente llamó sus juegos fúnebres.

Rejencia de Perdicas.—(A. M. 3683.—A. C. 321.) Al morir Alejandro no señaló sucesor, sino que dió á Perdicas el anillo real. Como ya hemos referido en otro paraje de esta obra los acontecimientos sucedidos despues de la muerte del héroe macedonio, no haremos aquí mas que tocarlos, añadiendo alguna otra circunstancia. Perdicas reunió los jenerales y convinieron en nombrar por rey á Arideo, hermano natural de Alejandro, que era imbécil por efecto de un brebaje que le dió en su juventud la envidiosa y cruel Olimpias, mujer del rey Filipo. Convínose tambien en asociar al mando al hijo que pariese Rojana, si era varon, pues quedaba embarazada. Repartióse despues el imperio en varios gobiernos, que se dieron á los jenerales, y estos fueron á sus provincias resueltos á hacerse independientes en ellas, así como Perdicas, á quien se nombró rejente del imperio y tutor de los reyes, estaba determinado á despojarlos sucesivamente. El primero á quien acometió fué á Ptolemeo, gobernador de Ejipto; pero las tropas de Perdicas, que amaban mucho á su competidor, dieron muerte al rejente ambicioso, y entregaron el mando á Ptolemeo.

Rejencia de Antipatro. — Ptolemeo prefirió á un destino tan tempestuoso el mando del Ejipto, y cedió la rejencia á los jenerales Arideo y Piton, que la abandonaron bien pronto por no someterse á las intrigas de Eurídice, mujer del rey Arideo, que queria mandarlo todo. Antipatro, que habia conservado el gobierno de Macedonia y Grecia, pasó al Asia para arreglar los negocios del imperio, fué nombrado rejente, hizo un nuevo repartimiento de las provincias, dejó á Antígono y á Seleuco, gobernadores de Siria y Babilonia, el cuidado de oprimir á Eumenes, que mandaba las reliquias del partido de Perdicas, y se volvió á Europa con la familia real.

Cuando se supo en Grecia la muerte de Alejandro, se reanimaron las esperanzas de los amigos de la libertad: los atenienses, siempre prontos y lijeros, se entregaron á la alegría, creyéronse independientes, y á pesar de los prudentes consejos

de Focion, levantaron un ejército, equiparon una flota, y siguieron las insinuaciones furibundas de Leóstenes, á quien nombraron jeneral de las tropas. Demóstenes volvió entonces de su destierro y fué recibido en triunfo: la tribuna resonó de nuevo con su elocuente voz, y ecsortó al pueblo á que sublevase toda la Grecia para defender su independencia contra la ambicion de Antipatro. En vano luchó Focion contra el parecer de Demóstenes; en vano quiso manifestar la imposibilidad de vencer, con fuerzas tan poco numerosas y divididas, los ejércitos formidables y aguerridos de los jenerales de Alejandro;—la pasion no escucha la sabiduría; resolvióse la guerra. Casi todas las ciudades del Peloponeso tomaron el partido de Atenas, y Leóstenes, á la cabeza de un ejército considerable, venció dos veces al rejente, le obligó á encerrarse en Lamia, batió á Leonato, jeneral macedonio que venia en socorro de su coléga, y que murió en la batalla, y obligó á Antipatro á evacuar la plaza en virtud de una capitulacion. Estos triunfos embriagaban á los atenienses, y previendo Focion las consecuencias de la guerra, decia: «¿Cuándo sal»dremos de victorias?» Bien pronto se justificaron sus temores. Antipatro recibió los refuerzos que traia del Asia el jeneral Crátero, venció al ejército aliado, trató separadamente con cada república, destruyendo la alianza con las discordias y sospechas que sembró en todas, y marchó á Atenas que la habian dejado sola. Los atenienses, abandonados, pasaron segun su costumbre, de la arrogancia al abatimiento, y enviaron á Focion para que desarmase el enojo de Antipatro. Focion salvó á Atenas de una ruina que parecia inevitable; mas no pudo impedir que las condiciones de la paz fuesen duras. Antipatro le decia: «Yo haré por tí todo lo que »no sea incompatible con mi se»guridad ni con la tuya; pero es »fuerza preservar mi autoridad »y tu vida contra la inconstan»cia de este pueblo versátil y »revoltoso.» Ecsijió que se le entregasen á Demóstenes é Hipérides, que se restableciese la aristocrácia en Atenas, que se recibiese en la ciudadela guarnicion de macedonios, y que los atenienses pagasen los gastos de la guerra. Demóstenes é Hipérides, sabiendo la suerte que se les reservaba, huyeron. Hipérides buscó un asilo en un templo

de Ejina, de donde le sacó violentamente Arquias, oficial macedonio, y lo entregó á Antipatro, que lo mandó matar. Demóstenes se refujió al templo de Neptuno en la isla de Calauria. Arquias le ecsortaba á que confiase en la clemencia de Antipatro y se entregase. Demóstenes no dió en el lazo; prefirió morir libre y tomó un veneno. Los atenienses decretaron que el mayor de su familia fuese en lo sucesivo alimentado á costa del público en el Pritáneo, y le erijieron una estátua con esta inscripcion: «Demóstenes: si tu po»der hubiera igualado á tu elo»cuencia, jamás hubiera triun»fado de la Grecia el Marte ma»cedonio.»

Atenas se sometió á Antipatro, y fué gobernada por Focion, que suavizó el yugo estranjero con sus virtudes. Severo y justo, llamó á los desterrados, empleó á los buenos ciudadanos, comprimió á los facciosos, y si no pudo dar la independencia á su patria, la hizo gozar al menos de las ventajas de la paz. Entonces se arrepintió Atenas de no haber seguido sus consejos cuando impugnaba los proyectos de Demóstenes. «Los ora»dores soberbios y presuntuo»sos, decia Focion, se parecen »á los cipreses, que son altos pe»ro no dan fruto.» Preguntándole cuál era la ocasion favorable para hacer la guerra, respondió: «Cuando los jóvenes es»ten dispuestos á guardar sus fi»las, los ricos á contribuir, y los »oradores á no dejarse corrom»per.»

Rejencia de Polisperconte.—(A. M. 3684.—A. C. 320.) Sintiendo Antipatro que estaba prócsima su muerte, nombró por rejente del imperio á Polisperconte, el mas antiguo de los jenerales de Alejandro, creyendo que los demás le admitirian mejor que á su propio hijo Casandro, jóven cruel y vicioso, que apenas murió su padre, cuando ausiliado por Ptolemeo y Antígono, disputó la autoridad al nuevo rejente. Esta division fué á los principios favorable á los griegos. Polisperconte para tenerlos á su favor, llamó á los desterrados y volvió á las ciudades su antigua independencia. Además hizo venir á Macedonia á Olimpias, madre de Alejandro, para fortificar su partido con un nombre tan respetable. En estas circunstancias Atenas era un punto demasiado importante para que ambos rivales no procurasen apoderarse de él: Alejandro, hijo de Polisperconte, acudió

con un cuerpo de tropas para ocupar la ciudad y restablecer en ella la democrácia; pero Nicanor, jeneral de Casandro, se habia hecho ya dueño del Pireo. La presencia de estos dos cuerpos enemigos llenó á Atenas de tumultos y facciones. Los atenienses, animados por la esperanza que Polisperconte daba á todas las ciudades de recobrar su libertad, acusaron á Focion de traidor echándole en cara que estaba en intelijencia con el partido de Casandro para mantener la oligarquia, de la cual fué siempre partidario. En vano pretendió defenderse: la junta era tumultuosa y compuesta de los hombres mas facciosos y depravados de la ciudad, y no quisieron escucharle. El acusado, que segun la costumbre, podia pronunciar su sentencia, dijo: «Ciudadanos: me condeno á la muerte; pero debeis absolver á todos los que amenazais con el mismo suplicio que á mí, porque no han hecho mas que obedecer á su jefe.» Su jenerosidad fué inútil: le acompañaron en la muerte los que habia querido salvar. Este gran varon, á quien vulgarmente llamaban *el hombre de bien*, llegó con indiferencia á su calabozo, rodeado de algunos ciudadanos virtuosos que lloraban, y de una gavilla de infames que le insultaban. Conservó su valor hasta el último momento, bebió tranquilamente la cicuta y envió á decir á su hijo que olvidase la injusticia de la patria. (A. M. 3685.—A. C. 319.)

Tal fué la suerte de uno de los hombres mas grandes de Atenas; habia mandado cuarenta y cuatro veces los ejércitos. Era discípulo de Platon, y hacia lo que enseñaba su maestro. Enemigo del lujo, desinteresado, inflecsible cuando se trataba del interés público, austero consigo mismo, é induljente con los demás, hacia la guerra con gloria y amaba la paz por principios; porque en su opinion, ella debia ser el objeto de todo gobierno. Decia que la guerra mas justa debilitaba siempre al estado. Su mujer era digna de él por su modestia y virtudes. Una dama de Jonia reprendia la sencillez de sus vestidos y le mostraba sus adornos y joyas. La prudente ateniense le dijo: «Mi único adorno es mi marido, que hace veinte años que manda á nuestros guerreros.» La elocuencia de Focion era fuerte como su virtud y sábia como su entendimiento: ni usaba de ornatos supérfluos, ni se afanaba por obtener los elojios de la multitud, cuya lijere-

za conocia. En una ocasion que se aplaudió mucho su discurso, se volvió á un amigo y le preguntó: «¿Hé dicho por acaso algun »disparate?» Cábrias le dió el mando de seis galeras para que fuese á cobrar las contribuciones que debia una colonia, y él le dijo: «Las fuerzas que me »dás son muchas si voy á un pue»blo amigo, y pocas si le he de »encontrar enemigo.» Su austeridad desagradó muchas veces á los frívolos atenienses que le echaban en cara su arqueamiento de cejas como signo de una condicion dura, y él les respondió: «Atenienses: mi sobrecejo nun»ca os ha hecho mal; pero la risa »de vuestros aduladores os ha o»bligado muchas veces á llorar.» Despreciaba á los oradores verbosos, y miraba la concision como el gran mérito de un discurso. Un dia le preguntaron en qué pensaba, y respondió: «En ver »cómo puedo quitar algunas pa»labras á lo que tengo que de»cir en la asamblea.» Un orador fuerte en la tribuna y cobarde en los combates, le insultaba porque se oponia á la guerra; Focion le dijo: «A lo menos no me »mueve el interés; pues si hay »guerra, te mandaré, y si hay paz »me mandarás tú á mí.» Indignado de la alegría que mostraron los atenienses cuando murió Filipo: «Considerad, les dijo, que »el ejército que os venció en »Queronea, no ha perdido mas »que un hombre.»

Cuando Filipo triunfaba de toda la Grecia siempre fué vencido por este grande hombre, que defendió contra él la isla de Eubea, le quitó la plaza de Megara, y lo venció en batalla campal. Alejandro, á quien todo el mundo obedecia, no pudo obligar á Focion á que recibiese cien talentos que le enviaba en prueba de su aprecio. «Si el »rey, dijo, estima mi probi»dad, permítame que la con»serve.» El conquistador se irritó y dijo que no miraba como amigos á los que reusaban recibir favores suyos. Entonces Focion le pidió que diese libertad á dos corintios y á un ciudadano de Imbros; Alejandro la concedio al momento, y encargó á Crátero que le diese en soberanía una ciudad de Asia; Focion, que tenia tan poca ambicion como codicia, se negó á admitirla, y su grandeza de alma hizo tanta impresion en Alejandro, que en el mismo tiempo que embriagado por el orgullo y creyéndose mas que hombre, suprimia en sus cartas á los mas grandes personajes la palabra *Carin*, que

quiere decir *alegría* y *salud*, nunca omitió esta fórmula de cortesía en las que escribió á Focion. El carácter libre de este gran político no estravió nunca su prudencia. Los atenienses no querian enviar su contingente al ejército de Alejandro, y él les dijo: «O sed los mas fuertes »ó amigos de los mas fuertes.» El pueblo ateniense, cuya ingratitud adquirió una celebridad igual á la gloria de sus víctimas, no contento con haber inmolado á Focion, mandó trasladar su cadáver fuera del Atica, y proibió que se le hiciesen honores fúnebres. Los habitantes de Megara le erijieron una pira; y una dama de aquella ciudad que asistia á la ceremonia, levantó un cenotafio ó túmulo vacío en el mismo lugar, recojió los huesos del héroe, los enterró en su hogar, y dijo: «Sagrado hogar: con»fíote los preciosos restos de »un hombre virtuoso: consér»valos fielmente: tú los restitui»rás al túmulo de sus antepasa»dos cuando los atenienses sean »prudentes y justos.» Su voto fué oido: al crímen sucedió el arrepentimiento, y las reliquias de este varon ilustre volvieron á Atenas. El pueblo le erijió una estátua de bronce, y sentenció á muerte á sus acusadores.

Gobierno de Demetrio Falereo.—Alejandro, hijo de Polisperconte, se retiró de Atenas, y Casandro se hizo dueño de la ciudad. Puso tropas en la ciudadela y dejó por gobernador á Demetrio de Falera. Este hombre, muy estimado en Atenas por su elocuencia, valor y sabiduría, se habia declarado por la independencia de la república y contra la dominacion de Alejandro desde el tiempo de Hárpalo. Adquirió celebridad como filósofo y como hombre de estado: su justicia y vigor mantuvieron la tranquilidad pública; aumentó las rentas, disminuyó los gastos, hizo respetar las leyes, alivió á los pobres y administró por diez años con tanta moderacion que Atenas no sintió que tenia un dueño. Polisperconte atacó de nuevo en vano esta ciudad.

Esterminio de la familia de Alejandro.—(A. M. 3689.—A. C. 315.) La Macedonia entretanto era teatro de las mayores atrocidades. Olimpias hizo asesinar al rey Arideo, á su esposa y á todos los partidarios de Casandro que pudo haber á las manos, al mismo tiempo que Eumenes, único apoyo de la familia real en el Asia, fué vencido, preso y muerto por Antígono. Casandro se vengó cruelmente:

(A. M. 3690.—A. C. 314.) sitió á Olimpias en Pidna, se apoderó de la plaza, hizo que los macedonios condenasen á muerte á la reina, y encargó á los parientes, de los que ella habia enviado al suplicio, la ejecucion de la sentencia.

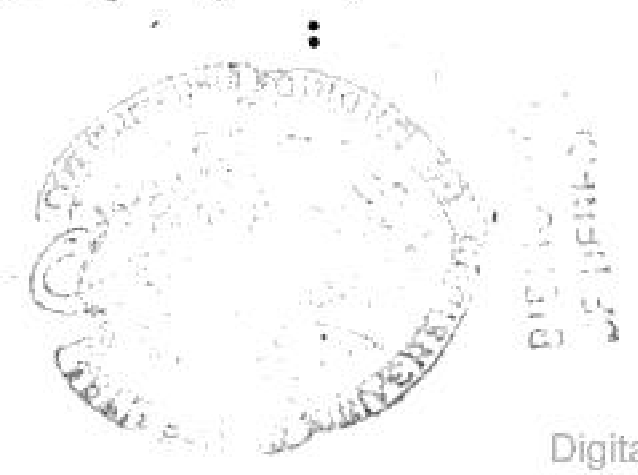
Tan ambicioso y feroz como Olimpias, pero mas disimulado, disfrazó Casandro por algun tiempo sus intenciones criminales con la máscara de la virtud. Las ruinas de Tebas, alrededor de las cuales vagaban sus antiguos habitantes, eran para los griegos un monumento de dolor y humillacion. Casandro tomó á su cargo reedificarla; todas las repúblicas de Grecia, y principalmente Atenas, contribuyeron á esta empresa; y aquella ilustre ciudad recobró en poco tiempo su antiguo esplendor. Casandro, habiéndose ganado el afecto de los griegos, se apoderó de la Argólida y de la Mesenia. Pero como algunos macedonios, fatigados de la guerra con Polisperconte, manifestasen desear que se pusiese en el trono á Alejandro, hijo del conquistador, detenido prisionero socolor de seguridad en la fortaleza de Anfípolis, Casandro lo mandó degollar, como tambien á su madre Rojana. Polisperconte hizo venir á su campamento á Hércules, hijo de Alejandro el Magno y de Barsina, su concubina, con el objeto de elevarlo al trono; pero movido por los consejos de Casandro, se reconcilió con este, inmolando al hijo y á la madre. Poco despues murió el rejente y no tardó en seguirle su hijo, y Casandro quedó dueño de Macedonia. Al mismo tiempo mandó Antígono dar muerte en el Asia menor á Cleopatra, hermana del conquistador, porque Ptolemeo, gobernador de Ejipto, solicitaba casarse con ella para adquirir derechos al imperio de Alejandro.

Mientras Macedonia y Asia sufrian estas violentas tempestades precursoras de otras mayores, Atenas gozaba de una profunda paz bajo el sabio gobierno de Demetrio Falereo. Mas esta felicidad no fué de larga duracion. Demetrio Poliorcetes, hijo de Antígono, empezaba á adquirir celebridad por sus grandes prendas y defectos. Su hermosura, valor y magnificencia, la estension y vivacidad de su injenio, su jenerosidad despues de la victoria, su firmeza en los infortunios, que le proporcionaba recursos nuevos, su habilidad en el arte de los sitios y en inventar máquinas de guerra, y

su infatigable actividad, escitaban justamente la admiracion; pero tan grandes cualidades estaban mancilladas por un amor escesivo á los deleites, una desenfrenada ambicion, y una inconstancia incapaz de fijarse.

Guerra de Antigono.—(A. M. 3698.—A. C. 306.) Su padre Antígono, no contento con poseer la mitad del Asia, le envió á subyugar la Grecia. Demetrio llegó á Atenas con una escuadra de cincuenta buques, cuando nadie pensaba en semejante invasion; se hizo dueño del Pireo, y propuso á los atenienses restablecer la democrácia; propuesta que fué recibida con aclamaciones de alegría. Demetrio Falereo conocia muy bien al pueblo de Atenas para entregar á su ingratitud una nueva víctima; y así pidió al vencedor que le permitiese ir á Tebas. Poliorcetes, que le estimaba, se lo concedió. El suceso justificó su prevision. Los mismos atenienses, que entusiastas de sus virtudes le habian erijido tantas estátuas como dias tiene el año, las derribaron todas en una hora, lo condenaron á muerte en rebeldía y prodigaron sin freno los mayores honores á Antígono y á su hijo, dándoles los títulos de reyes y de dioses salvadores, y llevando sus imájenes con las de otras deidades en las fiestas de Minerva. Demetrio Falereo, sabedor de los ultrajes que le habian hecho los atenienses, dijo á sus amigos: «Aquellos ingratos pueden destruir mis estátuas, mas »no las virtudes que hicieron »erijirlas.» Primero se refujió en la corte de Casandro y despues en la de Ptolemeo, rey de Ejipto, que fué su amigo mas que su protector. Este sabio ilustró su vida pública con la prudencia de su administracion, y su retiro con buenos escritos que desgraciadamente no han llegado hasta nosotros.

Demetrio Poliorcetes conquistó la isla de Chipre, venció á Ptolemeo en una batalla naval, y tomó igualmente que su padre el título de rey: ejemplo que siguieron Ptolemeo en Ejipto, Seleuco en Babilonia, Lisímaco en Tracia y Casandro en Macedonia. Demetrio atacó despues la isla de Rodas con un ejército de cuarenta mil hombres. (Año del mundo 3700.) Este cerco famoso honró igualmente á los sitiadores y á los sitiados. Los rodios habian adquirido mucho poder por la estension de su comercio, el buen cultivo de su isla y la magnificencia de su capital: tenian leyes justas, una libertad



prudente, ciudadanos valerosos y marineros hábiles. La defensa, á la cual contribuyeron las mujeres con el mismo valor que los hombres, fué ostinada. Las obras de los sitiadores eran destruidas apenas estaban acabadas de hacer. Demetrio inventó en este sitio una nueva máquina de guerra, llamada el *helépolis*, la mayor que se habia visto hasta entonces: tenia nueve pisos, y en cada uno catapultas y balistas, con dos arietes de hierro, movidos por mil hombres. Una mina que socavaron los rodios debajo del camino por donde debia ir la máquina, la hizo caer y estrellarse. Demetrio en fin, despues de un año de esfuerzos inútiles, se vió obligado á levantar el sitio y dejar á los rodios su independencia. Enmedio del tumulto de los combates, asaltos y salidas, el célebre pintor Protójenes concluia sosegadamente uno de sus mejores cuadros. Demetrio, hecha la paz con los rodios, fué á verle y le manifestó su sorpresa por la tranquilidad que habia tenido enmedio de tan grandes peligros. El pintor respondió: «Yo estaba seguro de que »habias declarado la guerra á los »rodios y no á las artes.»

La libertad de Rodas se debió en gran parte á la espedicion que en esta misma época hizo Casandro contra Atenas. Demetrio marchó á defenderla y lanzó al enemigo del Atica. El vencedor se alojó en el templo de Minerva y lo profanó con sus disoluciones. Allí hizo la apoteosis de algunas cortesanas y les erijió altares. Para colmo de humillacion, los atenienses tuvieron que darle quinientos talentos, que regaló á Lamia, una de ellas. Ensoberbecido con sus victorias, y émulo de la gloria de Alejandro Magno, hizo que le declarasen en Corinto jeneralísimo de la Grecia, aspirando por este medio á la posesion de todo el imperio.

CASANDRO, REY DE MACEDONIA. —Coligado Casandro con Seleuco, Ptolemeo y Lisímaco, opuso un poderoso ejército al de Antígono y Demetrio, que fueron vencidos en la batalla decisiva de Ipso, en Frijia. Antígono pereció en ella, Demetrio huyó, y los vencedores dividieron definitivamente el imperio de Alejandro en las cuatro monarquías de Ejipto, Siria, Tracia y Macedonia. Demetrio, fujitivo, buscó un asilo en Atenas, y esta ciudad, que le habia erijido templos cuando era feliz, le cerró las puertas cuando le vió desgraciado.

ALEJANDRO, REY DE MACEDONIA.—Despues de la batalla de Ipso, poseia Casandro tranquilamente la Macedonia, y dominaba en la Grecia. Para hacer mas respetables sus derechos á los ojos de los macedonios, se habia casado con Tesalónica, hermana de Alejandro el Grande: favorecido por el destino, no tuvo mas enemigos que sus remordimientos. Aborrecíanle, le despreciaban, pero era obedecido; mas un trono adquirido por tantos crímenes no debia ser sólido. Casandro murió dejando tres hijos, Filipo, que le sobrevivió poco tiempo, Antipatro y Alejandro que se disputaron la corona. Antipatro asesinó á su madre porque le reprendia su ambicion: sobrevivió poco tiempo á este crímen, y Alejandro reinó solo. La muerte de Casandro dejó á los griegos alguna esperanza de libertad: mas la ambicion activa de Demetrio no les permitió conservarla por mucho tiempo. Habiéndose reconciliado con Seleuco, obtuvo grandes posesiones en Asia, juntó un ejército y una escuadra, se presentó en el Pireo, y tomó á Atenas. El pueblo aterrado esperaba los efectos de una venganza, que hubiera sido justa; mucho mas cuando el vencedor mandó que se reuniese en el teatro, y lo rodeó de tropas armadas. Satisfecho Demetrio de haber castigado su bajeza é ingratitud con algunas horas de miedo, lo perdonó. Marchó en seguida á apoderarse del Peloponeso: derrotó completamente junto á Esparta á los lacedemonios, mandados por su rey Arquidamo. El valor de los habitantes y las turbulencias de Macedonia, le impidieron tomar aquella ciudad. Atravesó la Grecia para socorrer á Alejandro contra Antipatro; pero este ya habia muerto, y Alejandro acabó de conquistar la Macedonia ausiliado por Demetrio.

DEMETRIO POLIORCETES, REY DE MACEDONIA.—Quiso Alejandro libertarse de un protector, cuyas fuerzas temia, por medio de un asesinato; pero Demetrio se anticipó, le dió la muerte y se coronó rey de Macedonia. Mas al punto se declararon contra él Lisímaco, rey de Tracia, y Pirro, rey de Ejipto.

PIRRO, REY DE EPIRO Y DE MACEDONIA.—(A. M. 3711.—A. C. 293.) La suerte habia destinado á Pirro á las aventuras mas románticas, y las borrascas de su vida principiaron con su nacimiento. Niño de pecho era cuando un usurpador destronó á su padre Eácidas, y escapado del pu-

ñal de los rebeldes, le condujeron á Iliria á la corte del rey Glaúcias. Este, aunque temia el poder de Casandro, perseguidor entonces de toda la familia de Olimpias, enternecido por las caricias del niño que se agarró de su vestido, le protejió y educó, y cuando fué jóven, le dió tropas con cuyo ausilio ascendió al trono de sus padres. Pirro, ya en el trono y creyéndose bastante seguro y fuerte, cometió la imprudencia de pasar á Iliria; pero durante su ausencia, sus vasallos se sublevaron y pusieron el cetro en las manos de su tio Neoptolemo. Privado así de la corona, juntóse á la fortuna de Demetrio Poliorcetes, señor entonces de Atenas, y le siguió á la batalla de Ipso, en la que dió pruebas de raro talento y de un valor á toda prueba. Despues de esta jornada, en que así Demetrio como él quedaron sin estados, pasó en clase de reen á Ejipto, y contribuyó poderosamente á acelerar la paz entre Demetrio y Ptolemeo.

Sus nobles prendas y gracias personales le granjearon el afecto de los ejipcios y la amistad de Berenice, esposa favorita de Ptolemeo. Este rey, á instancias de su mujer, lo casó primeramente con su hija Antígona, y luego le confió un ejército y armada, con cuyas fuerzas consiguió recobrar su reino de Epiro. Entró en él, venció á los rebeldes é hizo un tratado con Neoptolemo, en cuya virtud debian reinar juntos, pero Neoptolemo proyectó envenarlo, y Pirro, avisado á tiempo de esta traicion, que descubrió su esposa Antígona, convidó á un banquete á su tio y lo mandó asesinar, quedando por único rey del Epiro. Despues ausilió á Alejandro, hijo de Casandro, contra su hermano Antipatro; pero Alejandro trocó por su alianza la de Poliorcetes que tan funesta le fué. Muerto el hijo de Casandro, invadió Pirro la Macedonia al mismo tiempo que Demetrio penetraba en el Epiro y entregaba sus pueblos al saqueo. Salió al encuentro de Pirro otro ejército macedonio, mandado por Pantauco, uno de los jenerales mas hábiles y valientes de Grecia. La batalla fué sangrienta y muy disputada. Pantauco enmedio de ella, desafió al rey de Epiro y le buscaba y llamaba á gritos. Pirro acudió á encontrarse con él, le atacó denodadamente, recibió una lijera herida y le dejó tendido en el campo de batalla. Siguióse á este triunfo la derrota de los macedonios. La glo–

ria de Pirro se aumentó sobremanera en este combate: decian que semejaba á Alejandro en el talento, el semblante y la osadía, cuando los demás reyes solo le imitaban en el lujo, la guardia y la soberbia. Este jóven guerrero se hacia adorar de los soldados atribuyéndoles modestamente su gloria. Habiendo sabido que le llamaban *el águila de Epiro*, les dijo: «Si yo soy un »águila, vosotros sois mis alas: »porque vuestras espadas son »las que me han elevado tan »alto.» Su mansedumbre era igual á su valor. Habiéndole dicho que unos oficiales jóvenes habian hablado mal de él en un banquete, los mandó llamar y les preguntó si era cierto que habian proferido aquellas injurias; uno de ellos respondió: *Sí, y mucho mas hubiéramos dicho, si no se hubiera acabado el vino*. El héroe se rió y los perdonó.

Satisfecho con su triunfo y con las ventajas que Demetrio le ofrecia, concluyó una tregua con él. Pero no tardó su rival en hacerle una nueva injuria. El rey de Epiro habia casado con Lanassa, hija de Agatócles, tirano de Siracusa, y recibió en dote la isla de Corcira. Lanassa, ofendida de que su esposo le prefiriese otras mujeres, se retiró á dicha isla, mantuvo intelijencias secretas con Demetrio, se dejó robar por este príncipe y casó con él. Pirro, indignado, entró de nuevo en Macedonia, atacada por Lisímaco en la parte de Tracia. Demetrio salió al encuentro á Pirro; pero todo su ejército se pasó al competidor. Demetrio, despojado de sus estados por segunda vez, se salvó bajo el traje de un campesino, volvió al Asia, hizo la guerra á su bienechor Seleuco, fué vencido y preso, y acabó sus dias en un castillo entregado á la intemperancia. Pirro, vencedor, no quiso dejar al partido de Poliorcetes la oportunidad de reacerse: despues de dividir la Macedonia con Lisímaco, marchó á Atenas, que le abrió sus puertas y le hizo grandes honores; en pago del buen acojimiento, él les dió por consejo que no permitiesen á ningun rey, ni aun á él mismo, entrar en la ciudad.

LISIMACO, REY DE TRACIA Y MACEDONIA. — De vuelta á Macedonia encontró aquel pais en fermentacion, porque los macedonios se consideraban humillados teniendo que obedecer á un rey de Epiro, vasallo otro tiempo de sus soberanos. Lisímaco, aprovechándose de estas disposiciones, sublevó toda la nacion

y obligó á Pirro á entrar en su reino. Algunas ciudades que le dió el rey de Tracia le determinaron á hacer la paz.

Sobrado ardiente era el jenio de este príncipe, para mantenerse encerrado por mucho tiempo en los estrechos límites de un reino tan pequeño como el Epiro. La suerte le presentó una ocasion de llevar sus armas á Italia: la gloria de la empresa tuvo mas poder sobre su alma que los peligros, y entró en ella sin titubear. Los tarentinos, lucanos y samnitas, que hacian entonces la guerra á los romanos, imploraron el ausilio de Pirro y determinó socorrerlos. Cíneas, uno de sus favoritos, ministro hábil y prudente, que se oponia aunque en vano á esta resolucion, le mostraba todas las dificultades de la empresa, y le preguntaba: «¿Qué utilidad piensas sacar de una guerra tan peligrosa en un pais tan lejano?»—«Vencidos los romanos, le dijo el rey, seremos dueños de la Italia.»—«Y conquistada la Italia ¿qué harás?» —«La Sicilia, dividida en facciones, no podrá resistirnos.»—«¿Y se terminará allí la guerra?» =«No: porque pasaremos al Africa; y Cartago, que apenas pudo resistir á Agatocles, nos ofrecerá una victoria fácil.»—«Ya veo que con tanto poder podremos apoderarnos de Macedonia y Grecia; ¿y qué haremos despues?» —«Entonces, mi querido Cíneas, descansaremos y pasaremos la vida en banquetes y diversiones.» —«¿Y quién nos quita hacer esto último desde aora? ¿para qué esponernos á tantos peligros, hacer tantos desgraciados, derramar tanta sangre, y conseguir dando tantos y tan inciertos rodeos, lo que aora tenemos seguro sin ningun trabajo?» Pirro era rey y ambicioso, y no quiso escuchar el lenguaje de la prudencia. Desembarcó en Italia, donde la fama de sus azañas le habia precedido y aumentado sus fuerzas. Antes de combatir propuso á los romanos su mediacion para la paz: el cónsul Levino le respondió, que los romanos ni le querian por árbitro, ni le temian como enemigo. Los ejércitos se encontraron junto á Heráclea, y esta fué la vez primera que los griegos pelearon con los romanos. Pirro, acercándose al campamento enemigo observó su órden y dijo: «Estas »disposiciones no son muy bár»baras, aunque tomadas por »bárbaros: veremos en la prueba »lo que saben hacer.» Jamás habia encontrado enemigos tan formidables, ni de tanta audácia y

ostinacion. Siete veces tuvo que volver á la carga contra ellos; pero en fin, sus elefantes, desconocidos hasta entonces en Italia, rompieron las filas de los romanos, y estos fueron derrotados. Despues de la victoria, envió á Cíneas á Roma para hacer proposiciones de paz. Apio Claudio persuadió al senado que las reusase. Cíneas, admirando la majestad del senado romano, dijo á su rey, que parecia una asamblea de reyes. Los romanos enviaron á Fabricio para que persuadiese al rey de Epiro que se retirase. Pirro quiso ganarle con regalos, y el fiero romano le dijo: «Guarda tu oro; yo guardaré »mi pobreza y mi virtud.»

La campaña siguiente comenzó por un combate de jenerosidad. El médico de Pirro formó el proyecto de envenenarle y avisó su intento á los romanos. Fabricio, que era cónsul, escribió al rey una carta en que le daba cuenta de la traicion. Pirro, conmovido por este acto de probidad, envió sin rescate á todos los prisioneros, y ofreció de nuevo la paz que no fué aceptada. Poco despues dió á los romanos una gran batalla junto á Asculum: la noche separó á los combatientes sin ninguna ventaja decisiva. Pirro quedó señor del campo y parecia vencedor; pero él mismo dijo á los que le daban la enorabuena: *Con otra victoria como esta soy perdido*. La dificultad de esta guerra y la esperanza de hacer mayores progresos en Sicilia, le movieron á pasar á aquella isla, dejando guarnicion en Tarento. Venció en muchos encuentros á los cartajineses y mamertinos, se hizo dueño del pais, y creyó bastante consolidado su poder para dar el trono de Sicilia á su hijo Heleno. Sus conquistas y la embriaguez de la fortuna habian alterado su carácter; y este príncipe tan suave en Epiro, se mostró tirano en Sicilia. El efecto ordinario de las injusticias es la rebelion; los pueblos apelan á ella como su última razon contra los tiranos. Los samnitas y tarentinos, ostigados por los romanos, le instaban á que volviese á Italia: al salir de Sicilia, los mamertinos y cartajineses le mataron mucha jente en la retirada, en la cual tuvo que combatir diariamente; y en una ocasion debió la vida solo á su fuerza, abriendo por medio de un sablazo á un cartajinés que tenia ya levantado el acero sobre su cabeza. Llegó á Italia, marchó contra los romanos, mandados por Manio Curio, y junto á

Benevento se dió la última batalla de esta guerra. (A. M. 3750. —A. C. 254.) Los elefantes de Pirro, heridos por los dardos de los enemigos, se volvieron contra sus filas y las desordenaron. La matanza fué grande, y completa la victoria de los romanos. Pirro, engañado en sus proyectos y perdidas sus esperanzas, volvió al Epiro con solo ocho mil hombres. Cuéntase que dijo al dejar la Sicilia: «¡Qué hermoso campo de batalla les queda ahí á los romanos y cartajineses!» Su espedicion en esta isla habia durado seis años.

SELEUCO, REY DE SIRIA Y MACEDONIA.—Entretanto la Macedonia habia caido en poder de Seleuco, rey de Siria, que venció y mató á Lisímaco en una gran batalla. Este pais y la Tracia quedaban por su muerte á merced del vencedor.

PTOLEMEO CERAUNO, REY DE MACEDONIA.—Llegado que hubo Seleuco á la capital de sus nuevos estados, se creyó en plena seguridad; pero Ptolemeo Cerauno, desterrado de Ejipto, y colmado de beneficios, lo asesinó cobardemente, y terminó con esta perfidia los dias del mas grande y del último de los capitanes de Alejandro.

La ambicion de reinar, que lo habia empujado á este crímen, encontraba todavia otros ostáculos que era necesario destruir con un crímen nuevo. Acababa de proclamarse por reina á Arsinoe su hermana, viuda de Lisímaco; y el pérfido Cerauno, engañándola con una ternura finjida, se casó con ella; pero luego que se vió dueño de su persona, el bárbaro la asesinó é igualmente á sus hijos. Libre entonces de todo concurrente, se hizo proclamar rey de Tracia y Macedonia; mas el cielo no le permitió gozar por mucho tiempo del fruto de sus crueldades. Un ejército inumerable de galos, habiendo atravesado la Jermania y la Panonia, entró en Macedonia bajo las órdenes de Belgio. Cerauno, ciego como lo están todos los príncipes la víspera de su ruina, reusó el socorro de los dardanios, desechó las proposiciones de paz de los galos, que solo pedian un tributo, y al frente de un ejército débil atacó á los bárbaros, que lo envolvieron, le dieron muerte, disiparon sus tropas y saquearon sus estados.

En esta crisis, un jeneral macedonio llamado Sóstenes, reunió las reliquias del ejército, sorprendió á los bárbaros desordenados por la victoria, hizo

en ellos una gran matanza y los arrojó de Macedonia. Poco tiempo despues invadió este pais otro ejército de galos mandado por Brenno, y dió á Sóstenes una batalla en que este jeneral fué vencido y muerto. Brenno ocupó la Tesalia, atravesó las Termópilas por el mismo sendero que Jerjes, y se dirijió á Delfos con la intencion de saquear el templo de Apolo, diciendo que los dioses de los griegos debian pagarle tambien tributo.

Al acercarse á aquellos lugares, un espantoso terremoto que abrió las rocas y derribó los árboles, esparció la consternacion entre los bárbaros. Este fenómeno, que la credulidad tomó por un prodijio, reanimó el valor de los griegos, que viéndose socorridos por los dioses, acudieron de todas partes, se precipitaron sobre los galos y destruyeron la mayor parte de ellos. El resto abandonó la Grecia, y buscando nueva fortuna en Asia, se estableció en una provincia llamada despues Galacia. Brenno, despues de haber asegurado su retirada, y no pudiendo sobrevivir á su derrota, se dió la muerte.

Libre de este azote la Macedonia, llegó á ser el objeto de una nueva guerra entre Antíoco, sucesor de Seleuco, y Antígono, hijo de Demetrio Poliorcetes. Este, que se hallaba entonces en Grecia, se adelantó á su rival y se apoderó del reino. El rey de Bitinia se declaró por él. Antíoco lo atacó: Antígono acudió en su ausilio, y la lucha acabó por un tratado que daba á Antíoco toda el Asia, dejando á Antígono la Macedonia.

Tal era la posicion de esta comarca cuando Pirro volvió á Grecia. Su primer empresa fué destronar á Antígono, en cuyo ejército servia un cuerpo de galos, que habian escapado de las anteriores derrotas. Pirro lo venció y consagró en el templo de Minerva sus escudos con esta inscricion: «Pirro, habiendo derrotado en batalla campal á los indomables galos, dedica á Minerva los escudos que les ha cojido. Nada tiene de admirable su victoria, porque el valor es hereditario en la familia de los Eácidas.»

Hábil el rey de Epiro en el arte de vencer, sabia aprovecharse poco de la victoria, y codiciaba mas una nueva gloria que un reino nuevo: en vez de perseguir á Antígono y completar su derrota, que hubiera reunido la Macedonia á sus estados, emprendió una nueva guer-

ra contra Lacedemonia, solo con la ambicion de triunfar de este pueblo célebre; pero guerra impolítica, porque dejaba el Epiro descubierto á las invasiones de Antígono.

Cleónimo, rey de Esparta, aborrecido de sus conciudadanos por sus violencias, se vió obligado por ellos á descender del trono: su colége Areo, humano, prudente y valeroso, era amado jeneralmente. Al mismo tiempo recibió Cleónimo una injuria que acabó de ecsasperar su jenio impetuoso. Quelidónida su mujer, rompió los lazos conyugales por entregarse al amor de Acrotato, hijo de Areo: y su marido, arrebatado de ira por los dos ultrajes, abjuró todo sentimiento noble, y decidido á hacer traicion á su patria para asegurar su venganza, huyó al campamento de Pirro y le incitó á defender su causa y restituirle su autoridad.

El rey de Epiro, siempre digno del sobrenombre que le daban sus soldados, entró en el Peloponeso con la rapidez de un águila, y como no se habia previsto esta invasion, los espartanos, aterrados, le enviaron embajadores para entrar en esplicaciones. Pero Pirro les dió vagas respuestas, continuó su marcha, y llegó á Esparta sin hallar ostáculos. Los lacedemonios, creyendo cierta su ruina, quisieron enviar sus mujeres á la isla de Creta: y ya estaba el senado redactando el decreto de la partida, cuando Arquidamia se presentó en él con una espada en la mano, y dijo en nombre de todas las mujeres: «Romped ese »decreto injurioso, porque no le »obedeceremos. Nos desonrais »creyéndonos tan cobardes que »sobrevivamos á la ruina de la »patria. Estamos resueltas á »vencer ó á morir con vos»otros.» Su valor fué premiado: se quedaron y combatieron como los hombres. Se armaron á los esclavos; todos los habitantes, sin escepcion de clase, secso y edad, armados de espadas y azadones, abrian fosos, plantaban empalizadas y peleaban. Quelidónida, al frente de sus compañeras, las animaba con su ejemplo: llevaba al cuello un lazo escurridizo para aorcarse con él si el enemigo entraba en la ciudad.

Acostumbrado el rey de Epiro á no hallar ostáculos, é irritado de una resistencia que habia creido imposible, renovaba incesantemente los ataques. Acrotato le rechazaba haciendo prodijios de valor. Pirro reunió todas

sus fuerzas y dió un asalto jeneral. Terible fué el combate y espantosa la carnicería. Enmedio del peligro, las mujeres no se separaban de sus maridos: la victoria estaba indecisa. En este momento se presentó el rey Areo que llegaba de Creta con un refuerzo de dos mil habitantes de esta isla. Este ausilio reanimó el valor de los sitiados, debilitó el de los sitiadores y los obligó á ceder. Pirro quiso reunirlos otra vez; pero su caballo, herido por un venablo, le apartó á pesar suyo del combate, y su ejército le siguió. El rey de Esparta picó con calor la retaguardia del enemigo y la destrozó dando muerte á Ptolemeo, hijo de Pirro. Este, desesperado y terrible en los combates como su ascendiente Aquiles, se lanza enmedio de los enemigos, derriba á todos los que se le oponen, atraviesa con su espada al jeneral de la caballería lacedemonia, y obliga á los espartanos á retirarse.

La resistencia de Esparta restituyó el valor á las demás ciudades del Peloponeso. Argos se rebeló y Pirro corrió á sujetarla: introducido en la ciudad á favor de un partidario suyo llamado Aristias, que mandaba una faccion que le era afecta, obligó á los arjivos á retirarse á una fortaleza, pero fueron pronto socorridos por Areo y Antígono que acudieron rápidamente. Rodeado Pirro de enemigos y casi bloqueado en una ciudad cuyos habitantes se armaban contra él, quiso salir en el momento en que entraba Areo. Perseguido por un tropel de combatientes en una calle estrecha, recibió un duro golpe de la javalina de un soldado, y furioso se vuelve y levanta el brazo para vengarse; pero la madre del jóven arjivo, que presenciaba la pelea desde el tejado de su casa, á la vista del peligro que corria su hijo, cojió con las dos manos una gruesa teja y la lanzó con furor sobre el casco del rey. Pirro, gravemente herido cae del caballo; los enemigos se arrojan sobre él y le cortan la cabeza.

Viéndose su ejército sin jeneral, se rindió al rey de Macedonia. Su hijo Alcioneo le trajo la cabeza de Pirro: el padre indignado le castigó por ello, le reprendió su inumanidad, honró con sus lágrimas al héroe vencido, y le hizo magníficos funerales. Algun tiempo despues Alcioneo encontró á Heleno, hijo de Pirro, errante, sin asilo y sin mas vestido que una capa rota. El príncipe le consoló y le llevó á

su padre: y Antígono le dijo: *Hijo mio, esta buena accion te restituye á mi gracia: mas debia haber sido completa, vistiendo á Heleno y quitándole esa capa que desonra mas al vencedor que al vencido*. Luego abrazó á Heleno y le volvió el reino de Epiro. El corazon del historiador, fatigado de tantas atrocidades, se detiene con placer cuando encuentra alguna accion jenerosa como esta.

Pirro llevó á la tumba la reputacion de un intrépido guerrero y un hábil jeneral; pero no tuvo plan en su política ni freno en su ambicion. Nadie le escedió en el arte de mandar un ejército, mas nunca supo gobernar una monarquía. Su jenio era esclusivamente para la guerra; y fué superior á los jenerales de su siglo en el arte de las evoluciones, en la eleccion de los puestos y en el talento de ganar la voluntad de los soldados. Scipion preguntó á Annibal una vez cuál era en su opinion el mas sabio de los jenerales: el cartajinés dió el primer lugar á Alejandro, el segundo á Pirro, y reservó el tercero para sí.

GUERRA CONTRA ATENAS Y ESPARTA.

(Año del mundo 3736.)

ARATO Y LA CONFEDERACION AQUEA.—Libre Antígono de un rival tan temible, creyó era llegado el momento de poder marchar sin ostáculos por las huellas de Filipo y Alejandro, y restituir á la Macedonia el imperio de Grecia; y así despues de haber consolidado su influencia en las ciudades del Peloponeso, penetró en el Atica. Atenas, acostumbrada largo tiempo á mudar de dueño, le opuso débil resistencia; apoderóse de la ciudad y recibió en ella los omenajes que aquel pueblo frívolo tributaba alternativamente á sus defensores y á sus enemigos. El rey de Macedonia se propuso despues subyugar á Esparta, debilitada por la guerra que habia sostenido contra Pirro, y por sus recientes discordias; pero detuvo sus proyectos un pueblo poco conocido hasta entonces, y que despues adquirió mucha celebridad por su valor y su amor á la libertad.

Desde tiempos muy remotos formaban los aqueos una pequeña república, compuesta de doce ciudades, débil y oscura,

pero prudente y feliz. Una libertad arreglada por las leyes mantenia el órden público. Sus diputados se reunian anualmente en Ejio, y allí elejian un presidente, un tesorero y un canciller, y decidian en comun de la guerra y de los tratados. Estas ciudades se ausiliaban recíprocamente contra las empresas de la ambicion, y admitian á su alianza á todas aquellas que despues de haber sacudido el yugo de la tiranía, querian gozar de una libertad inofensiva. Los aqueos no aspiraban á la celebridad: sin embargo la reputacion de su union y honradez hizo que muchas grandes ciudades como Tarento, Síbaris y Crotona aceptasen sus leyes para poner fin á las disensiones que las aflijian. Dimas, Patrás, Elis y Leoncio, fueron las principales ciudades de esta confederacion. El gobierno era democrático y compuesto de los diputados de las ciudades. Filipo y Alejandro les quitaron la libertad, y los aqueos quedaron sometidos á sus sucesores hasta la entrada de Pirro en el Peloponeso. Entonces arrojaron á los tiranos que les habia puesto Antígono, recobraron su libertad, y se constituyeron de nuevo en república. Al mismo tiempo Sicion se sublevó contra Nicocles que se habia apoderado de esta ciudad. Un jóven llamado Arato, que cuando niño se habia escapado de la matanza de su familia, concibió con algunos desterrados el jeneroso proyecto de restituir á su patria la independencia. Escalando de noche las murallas de la ciudad, sorprendió la guardia, la auyentó y ecsortó á los ciudadanos á defenderse. El pueblo, animado al grito de libertad, se sublevó, quemó el palacio del tirano, llamó á los desterrados y se unió á la liga de los aqueos. Arato sirvió en el ejército de la confederacion, y probó por su obediencia á los jefes, que respetaba la disciplina tanto como amaba la libertad: su valor y prudencia le adquirieron la confianza pública y fué nombrado jeneral del ejército que los aqueos levantaban para defenderse contra el rey de Macedonia y el tirano de Argos. Arato, en lugar de defenderse atacó. Corinto era la barrera del Peloponeso, y solo con cuatrocientos hombres se apoderó de la ciudad. La fortaleza era tenida por inespugnable. Arato vendió sus campos y las joyas de su mujer para pagar á un corintio que le indicó un sendero, abierto en las rocas, por el cual llegó á la ciudadela, arrojó á los ma-

cedonios y puso en ella guarnicion aquea. La toma de esta ciudad dió tanta reputacion á la liga, que Megara y otras muchas repúblicas se adirieron á ella, como tambien el rey de Ejipto Ptolemeo, de quien nada temian los confederados, porque era notoriamente enemigo de la tiranía y no se espantaba del nombre de república.

En este mismo tiempo, que eran los años 3778 del mundo y 226 antes de Cristo, enviaron los romanos embajadores á los étolos y aqueos, para que se ligasen con ellos contra Teuta, reina de Iliria, cuyos vasallos infestaban con sus piraterías las costas de Grecia é Italia. Los corintios, lisonjeados con esta atencion de Roma, admitieron á sus diputados en los juegos ístmicos: y los atenienses, estremados en sus odios y aficiones, dieron el derecho de ciudadanía á los romanos sin prever que admitian en su casa nuevos señores.

Todos los tiranos de Grecia temian y aborrecian á Arato. Arístipo que reinaba en Argos, intentó varias veces asesinarle. Pero Arato, sin guardias, estaba defendido por el amor de sus conciudadanos, cuando el tirano lleno de terror iba siempre rodeado de tropas con espada en mano, miraba como enemigos á todos los hombres inclusos sus cortesanos y familia: en su casa no habia escalera, y su cuarto muy elevado, se cerraba con una trampa, por la cual se echaba una escala para subir y bajar. Para vengarse Arato de sus cobardes maquinaciones le acometió y le venció. Arístipo perdió la vida en la batalla. Poco despues triunfó de un modo mas suave de Lisiades, tirano de Megalópolis, y consiguió por su elocuencia enérjica y dulce que renunciase á su poder. La liga aquea, fortificada con tantas conquistas y alianzas, llegó á ser el estado preponderante en Grecia y heredó el poder que habian perdido Atenas, Esparta y Tebas.

Al mismo tiempo, un rey virtuoso y digno de los dias gloriosos de Lacedemonia, hacia vanos esfuerzos para restablecer el imperio de las leyes de Licurgo y las antiguas costumbres. Los lacedemonios mostraban todavia intrepidez en los grandes peligros; pero esta república habia perdido su verdadero poder, que consistia en el desprecio de las riquezas y en el amor de la igualdad. Un éforo llamado Epitadeo, que aborrecia á su propio hijo, hizo que se adoptase una ley permitiendo á los ciudadanos de-

jar su caudal á quien quisiesen. Esta ley y la introduccion del oro estranjero, fruto de las conquistas, corrompieron la república y dieron orijen á la desigualdad de caudales: los vicios del lujo y de la miseria, envilecieron los ánimos y aceleraron la decadencia. Poco á poco se concentraron las riquezas, de modo que solo se contaban mil espartanos propietarios, y el resto de la poblacion se componia de artesanos y forasteros. Los ricos, como siempre, oprimian á los pobres y los encarcelaban para cobrar el dinero que les habian prestado. Tal era el estado de Esparta cuando Ajis y Leónidas subieron al trono. Leónidas, avaro, altivo y voluptuoso, seguia el torrente del siglo. Ajis, á la edad de veinte años, admiraba á sus conciudadanos, ofreciéndoles en sí mismo la imájen de un antiguo lacedemonio. Inspirado por el amor de la gloria y de la patria, sumiso á las leyes, amigo de la libertad, partidario de las antiguas costumbres, aflijido profundamente de la corrupcion de sus conciudadanos y del abatimiento de su pais, concibió la noble idea de reformar la república, resucitar los antiguos reglamentos, y restituir á Lacedemonia su fuerza y esplendor: comunicando sus proyectos á los que creia capaces de favorecerlos, adirió muchos ciudadanos jóvenes á su partido. Estaba seguro de los pobres, que componian la mayor parte del pueblo, porque defendia sus intereses; pero los viejos sostenian ostinadamente sus caudales y preocupaciones, y las mujeres aborrecian toda mudanza contraria al lujo y á los placeres. Solo Arquidamia y Ajesístrata, abuela y madre de Ajis, aprobaron sus nobles designios y le animaron á ejecutarlos. Ajis convocó al pueblo, propuso el restablecimiento de las antiguas costumbres, la abolicion de las deudas y el repartimiento de las tierras (1): Leónidas lo impugnó vi-

(1) "Toda reforma que altere las bases de la propiedad, es imprudente *por lo menos*," dice Lista en su traduccion del Segur, censurando los medios que Ajis empleó para reformar á Esparta. Convenimos en la proposicion, siempre que las riquezas sean el resultado del trabajo. No somos nosotros de los que predican esa nivelacion de fortunas, crímen político cuya conveniencia propalan muchos demagogos, alucinando al pueblo, y que seria el colmo de la mayor injusticia, porque privaria injustamente de lo suyo á los hombres laboriosos, para darlo insensatamente á unos cuantos vagos y alborotadores. Pero cuando la propiedad se

vamente. El uno invocaba el derecho de propiedad, el sosten del órden público; el otro las antiguas leyes, los intereses del pueblo y la gloria inseparable de la libertad. Prolongada y violenta fué la lucha: los ricos, como es consiguiente, habian comprado los sufrajios de un gran número de artesanos, y la codicia se defendió encarnizadamente contra la justicia: en fin, la proposicion de Ajis fué adoptada por la mayoría de un solo voto; y ya porque se creyese imposible mantener la tranquilidad pública con un rey opuesto á la reforma, ya porque el partido vencedor está siempre dispuesto á abusar de la victoria, Leónidas fué depuesto so pretesto de que habia infrinjido las leyes casándose con una estranjera, y le sucedió su yerno Cleombroto, amigo y zeloso partidario de la antigua disciplina. Presentáronse en la plaza pública todos los documentos de las deudas, y se quemaron con gran pesadumbre de los acreedores, y no menor alegría del pueblo y

alcanza por medios violentos, por medio de usurpaciones, por concesiones las mas veces de los tiranos, de lo que no les pertenece, para darlo precisamente á individuos que han oprimido al pueblo, subyugándolo y encadenándolo, á fin de que los reyes pudieran mejor esquilmarlos y robarlos: cuando las riquezas son el fruto de las dilapidaciones de la fortuna pública, ó de la venta de la justicia al mayor postor, y hay individuos que así se enriquecen á espensas del pobre pueblo, como desvergonzadamente hacen alarde de sus rapiñas, y muchos de los cuales pudiéramos señalar al mencionado Sr. Lista, que cubiertos con el manto de patriotas, son verdaderos ladrones de oficio; justo y conveniente seria despojar á estos ladrones respetables, poniendo despues sobre su frente un cartel de infamia, que el verdugo leyese despues al pueblo, para que vieran los pobres quienes son muchos de esos ricos que insultan su miseria.

Esto es tomando la proposicion en jeneral; pero contraigámonos á Esparta. Por la narracion de los sucesos, hemos visto de qué modo se habian hecho ricos muchos lacedemonios, y no creemos por lo mismo tan respetable la posesion de sus riquezas.—Además, tratábase de revivir la sencillez de las antiguas costumbres, de restituir al pueblo el poder que tenia en los dias bellos de su libertad, y creemos que todo medio era lícito para conseguirlo.

No es esta nota lugar á propósito para hablar de la necesidad de alterar las bases de la propiedad y manifestar si seria del todo imprudente. Unicamente decimos con Mirabeau que "Les grandes richesses sont le produit des mauvaises lois, ou de leur administration vicieuse; la pauvreté l'est aussi par conséquent." (*Sur les hôpitaux.*)

de la juventud, que decian no haber visto jamás fuego mas claro y hermoso.

Asegurado parecia ya el buen écsito de la revolucion; pero la avaricia del éforo Ajesilao lo echó todo á perder. Este hombre artificioso, persuadió á Ajis que se granjearia muchos enemigos si ejecutaba á la par las dos leyes, porque el trastorno seria mas notable; y que convendria mejor, abolidas por el presente las deudas, diferir el repartimiento de las tierras y hacerlo gradualmente. Ajis lo creyó y se perdió: esta dilacion descontentó al pueblo; y por su inconstancia natural, dió oidos á los ricos que entonces solicitaban seducirlo. Entretanto Ajesilao y Lisandro, salieron de majistratura, y los nuevos éforos, escojidos en el partido contrario, acusaron á Ajis y á Cleombroto, de alterar la tranquilidad pública con sus innovaciones. Favorecido Ajis por sus partidarios, se defendió con vigor; y en virtud de una ley que quitaba la autoridad á los éforos cuando los reyes estaban convenidos, no solamente triunfó de la acusacion, sino que logró que los éforos fuesen depuestos por haber violado dicha ley.

Esta victoria debia consolidar su poder; pero habiéndose ligado entonces Lacedemonia con los étolos y los aqueos, Ajis tuvo que ponerse al frente del ejército y marchó á unirse con Arato. Durante su ausencia, Ajesilao, que habia sido nombrado éforo otra vez, descontentó al pueblo por su violencia, por el desprecio con que miraba las órdenes de Cleombroto, y por las guardias que siempre llevaba, hasta tal punto, que todos supusieron en él proyectos de aspirar á la tiranía. Incitado el pueblo por los ricos que prodigaban sus riquezas para sublevarlo, restituyó el trono á Leónidas y anuló los decretos anteriores. Ajis volvió á Esparta y fué proscrito, teniendo que refujiarse á un templo para salvar la vida. Cleombroto buscó un asilo del mismo jénero; pero le sirvió de mas el amor de su mujer Quelónida, hija de Leónidas. Esta princesa virtuosa, fiel siempre al infortunio, habia seguido á su padre en su destierro á pesar de las órdenes de su marido; pero apenas vió á Leónidas en el trono y á su esposo prócsimo al cadalso, se vistió de luto, se reunió á Cleombroto, y sus lágrimas y súplicas le salvaron la vida. Fué desterrado, y Quelónida, firme siempre en el cumplimiento

de sus deberes de hija y esposa, le acompañó en el destierro á pesar de las instancias de su padre. No atreviéndose á emplear la fuerza para sacar á Ajis del asilo, quiso Leónidas engañarle proponiéndole que fuese su coléga en el trono: Ajis no se fió y se libertó de sus artificios para caer en el lazo de tres falsos amigos en quienes confiaba. Anfáres y otros dos traidores le persuadieron que saliese con ellos una noche para bañarse y le entregaron á los éforos. Su firmeza no se desmintió en tan gran peligro, y sostuvo su causa con elocuencia; pero su ruina estaba decidida y le condenaron á muerte. Un soldado que estaba presente empezó á llorar, y Ajis le dijo: «No llores la muerte de un ciudadano virtuoso, sino la maldad de los que le condenan.» Fué conducido á la prision, y el pueblo, cuando supo la sentencia, se sublevó y quiso librarle: al mismo tiempo los soldados reusaban dar la muerte á su rey; pero Anfáres, que entonces era majistrado, hizo que el verdugo le aogase con un dogal. Arquidamia y Ajesístrata penetraron por medio del tumulto y se presentaron á la puerta de la prision. Anfáres les permitió que entrasen, y despues que se hubo gozado con las lágrimas que derramaron sobre el cadáver de su hijo, las hizo matar. Murieron como espartanas. Ajesístrata, presentando el cuello al verdugo, dijo: «Ojala sea mi muerte útil á Esparta!»

¡Qué de amargas reflecsiones se agolpan á la imajinacion, al considerar tamaña injusticia, para cuya ejecucion estuvieron acordes todos los poderes! ¿En dónde estaban pues las leyes de Licurgo, y por qué se le daba el nombre de república á aquel pais? ¿Qué era entonces un rey en Esparta? Un rey absoluto, un tirano. ¿Qué otra cosa eran los éforos sino miserables servidores, prostituidos á los déspotas de Lacedemonia, los cuales olvidando la moral y la santidad de las leyes, se valieron de tres hombres infames para sacar mañosamente del paraje sagrado, al que no tenia mas delito que el haber querido mejorar las costumbres, y el bienestar del pueblo? Procedimiento tan villano y baladí se premió en la persona de Anfáres con el cargo de la majistratura, y el desventurado Ajis y su desgraciada familia perecieron á manos del verdugo!!

CLEÓMENES.—Leónidas no pu-

do apoderarse de Arquídamo, hermano de Ajis, que se escapó de la muerte con la fuga. Prendió á su mujer y la obligó á casarse con Cleómenes, hijo suyo. Esta desgraciada princesa conservó siempre un odio mortal al rey Leónidas; pero fué sensible al amor de su marido que despues hizo brillar en el trono las virtudes de Ajis. El rey Leónidas terminó muy pronto su vida toda manchada de crímenes orrendos. Cleómenes su hijo y sucesor, resuelto á ejecutar los grandes proyectos de Ajis, creyó con razon que solo en la guerra podria adquirir la gloria y autoridad nesarias para hacer las reformas: y así, aprovechándose de la primera ocasion, persuadió á la república que se declarase contra los aqueos, se puso al frente de las tropas, dió pruebas de su jenio militar, tomó á Mantinea y obligó á Arato á retirarse. Algun tiempo despues derrotó á los aqueos en una gran batalla dada junto á Megalópolis. Asegurado entonces del afecto de las tropas y del pueblo, cuyo orgullo lisonjeaban sus victorias, volvió inopinadamente á Esparta, sorprendió en la mesa á los éforos que conspiraban su perdicion, é hizo que sus soldados los degollasen á todos, escepto á Ajesilao que se salvó en una capilla consagrada al Miedo, y que se habia edificado á la puerta del tribunal para consagrar el temor saludable que se debe á las leyes. Cleómenes arrojó de la ciudad á ochenta del partido contrario á la antigua disciplina. Reunió despues al pueblo, lamentó la suerte de Ajis, reabilitó su memoria, puso en vigor sus decretos, hizo que se adoptase la ley del repartimiento de las tierras, dió el ejemplo siendo el primero en renunciar á sus bienes: y despues de haber restablecido las comidas públicas y los demás reglamentos de Licurgo, volvió al ejército para consolidar con nuevas victorias su autoridad. Favorecido de la fortuna, tomó muchas plazas del Peloponeso, ganó otra batalla á los aqueos, los obligó á pedir la paz y dictó las condiciones de ella, siendo la primera que se le nombrase jeneral de la liga aquea.

Arato, irritado, no pudo resolverse á perder el mando que habia gozado treinta y tres años, y sacrificando á su resentimiento los intereses de su patria, envió emisarios á Antígono, hermano y sucesor de Demetrio, hijo de Antígono I, para avisarle, que si queria oponerse á la ambicion de Cleómenes, Arato le ausiliaria

y le entregaria á Corinto en rehenes. Al mismo tiempo usó de su grande influencia para hacer que los de Megalópolis pidiesen socorro al rey de Macedonia. Así es como las pasiones de los griegos los conducian á su ruina.

La envidia que los dividia puso un término á su gloria, inspirándoles el deseo fatal de llamar al principio en sus querellas á los reyes de Persia. El oro estranjero perpetuó despues la guerra y la discordia: siempre desunidos, no pudieron oponer sino débiles ostáculos á la ambicion de Filipo y Alejandro. Las mismas rivalidades los doblegaron al yugo del conquistador del Asia; y en el momento en que la muerte de Pirro, la feliz revolucion de Esparta y los triunfos de la liga aquea daban una justa esperanza de hacer revivir la antigua libertad, estos mismos griegos, lejos de aleccionarse con tantas desgracias, aun cometen las mismas faltas que les habian perdido. Los aqueos, los étolos, los espartanos, los tebanos y los atenienses, en vez de unirse con lazo indisoluble para hacer frente á los reyes que los querian subyugar, se dividen nuevamente. El mismo Arato, que habia merecido por su valor el título glorioso de restaurador de la libertad, sacrifica el interés público á su envidia contra Cleómenes, y corre ciego ante el yugo macedonio. En fin, bien pronto veremos á estos pueblos incorrejibles en sus estravíos implorar unos despues de otros la proteccion de los romanos, y forjar con sus propias manos, ellos mismos sus cadenas.

Antígono se aprovechó hábilmente de esta ocasion para intervenir en los negocios del Peloponeso, y accedió á las proposiciones de Arato. Los aqueos hicieron alianza con él, rompieron la negociacion de los espartanos y continuaron la guerra contra ellos.

Batalla de selasia.—Sin espantarse Cleómenes de estos nuevos ostáculos, redobló su actividad y consiguió nuevos triunfos; pero Antígono penetró con veinte mil hombres en el Peloponeso, y se apoderó sin que el espartano pudiese impedirlo de Orcomeno y Mantinea, y amenazó las fronteras de la Laconia. (A. M. 3779.—A. C. 225.) El valor del rey de Esparta creció con su peligro: libertó y armó á los ilotas, y con este aumento de fuerzas, engañando á los enemigos con su celeridad, se presentó repentinamente delante de Mega-

lópolis, y la tomó por asalto. Los habitantes de esta ciudad quisieron mas bien desterrarse de ella que someterse á los espartanos y separarse de la liga aquea. Sin embargo, no tardaron en arrepentirse de haber llamado á Antígono, porque este los trató, no como aliados, sino como vasallos: les hizo pagar sus tropas, levantó las estátuas de sus tiranos y Arato lamentó su funesta política.

Cleómenes, aprovechándose del momento en que los macedonios estaban en cuarteles de invierno, los acometió y venció, y taló la Argólida. El estío siguiente Antígono marchó á la Laconia con treinta mil hombres. Cleómenes le recibió con veinte mil hombres en Selasia, cerca del monte Olimpo. (A. M. 3781.—A. C. 223.) El combate fué ostinado, y la victoria estuvo indecisa por mucho tiempo. Eúclidas, hermano de Cleómenes, mandaba el ala derecha de los lacedemonios, apostado sobre una altura: los aqueos y las tropas de Antígono que le estaban opuestas, debian segun las órdenes del rey, contenerle y no atacarle en una posicion tan fuerte. El jóven Filopémen, que entonces era simple capitan en las tropas aqueas, observando en el ejército enemigo un movimiento de que se podia sacar ventaja, no esperó órden ninguna, animó con su ejemplo á los que le rodeaban y marchó contra los espartanos. Los aqueos y macedonios le sostuvieron, se apoderaron de las alturas, rodearon á Eúclidas y esterminaron sus tropas. Este suceso decidió la accion. A pesar de todos los esfuerzos de Cleómenes, la falanje macedonia, acometiendo con las lanzas bajas, desbarató á los lacedemonios. Mas fué necesario matarlos para vencerlos. Seis mil quedaron muertos en el campo de batalla: las tropas ausiliares casi todas perecieron, y Cleómenes volvió á Esparta con solo doscientos hombres. Cuando vió rodeada su ala izquierda y muerto á su hermano, esclamó: «Eres »perdido, mi querido Eúclidas; »pero á lo menos has muerto co»mo espartano: tu muerte ser»virá de ejemplo á nuestros hi»jos, y las matronas de Esparta »la celebrarán en sus cancio»nes.» La alegría de Antígono fué tan grande por haber vencido á Cleómenes y á Esparta, que gritando ó *dichosa jornada*! echó sangre por la boca y contrajo una calentura lenta, de la cual murió algunos meses despues víctima de los favores de la for-

tuna. En este gran desastre manifestó Esparta su heredada firmeza, y en el momento de su ruina fué digna de su antigua gloria. Lamentáronse los males públicos y no las desgracias privadas, y los viejos envidiaban la suerte de los jóvenes que habian perecido por la patria.

Cleómenes no tuvo ánimo para ver el espectáculo de Lacedemonia prócsima á sufrir el yugo del vencedor: perdida la esperanza de socorrerla, buscó los medios de vengarla y se embarcó con su familia para Ejipto, donde esperaba que le diesen tropas. Un anciano le reprendió su fuga, díjole que un descendiente de Hércules debia morir á manos de los macedonios antes que mendigar ausilios en la corte de uno de los sucesores de Alejandro. Cleómenes respondió: «Para buscar la muerte, es »necesario que sea útil y laudable; morir para evitar la adversidad, es abandonar cobardemente la patria.» Antígono entró en Lacedemonia, y satisfecho con su victoria y la fuga de Cleómenes, no cometió ninguna ostilidad; pero dió un golpe mortal á la república aboliendo la leyes de Licurgo. Despues volvió á Macedonia, donde murió. (A. M. 3782.-A. C. 222.) Cleómenes fué muy bien recibido de Ptolemeo Everjetes; pero cuando este se preparaba á darle socorros para volver al Peloponeso, murió, y su hijo y sucesor Filopator, injusto, cruel y suspicaz, aborrecia á Cleómenes porque era amado del pueblo de Alejandría, y le mandó prender; pero el rey de Esparta, libertado por sus amigos, corrió con ellos las calles de la ciudad por ver si podian sublevar al pueblo, y no habiéndolo conseguido, se dieron la muerte unos á otros. Filopator mandó degollar á la madre, mujer é hijos de Cleómenes, é hizo colgar en una cruz el cuerpo de este ilustre príncipe.

Poco tiempo despues la isla de Rodas, que no pudieron conquistar ni los persas, ni los ejipcios, ni Demetrio Poliorcetes, fué casi destruida por un espantoso terremoto, que arrancó los árboles de raiz, asoló los campos, partió los peñascos, destruyó los edificios y derribó el célebre Coloso de ciento treinta y cinco pies de altura que estaba situado á la entrada del puerto, por entre cuyas piernas pasaban los buques, y que fué la primera entre las siete maravillas del mundo. El valor de los rodios los habia defendido de sus contrarios:

su prudencia les dió amigos en todas partes. Los reyes de Sicilia, Ejipto, Siria y Macedonia, prodigaron sus tesoros para favorecer á la república que en breve llegó á tener su antiguo esplendor. Los étolos, pueblo valiente, pero turbulento, y que vivian del merodeo, ajitaban entonces la Grecia. (A. M. 3783.-A. C. 221.) Aprovechándose de la ruina de Esparta y de la retirada y muerte de Antígono, devastaron el Peloponeso. Arato reunió el ejército aqueo y marchó contra ellos, pero la suerte engañó su valor y fué batido en Cáfias; y como los étolos se reforzaban diariamente con los griegos de la clase ínfima, ávidos de latrocinios, imploraron de nuevo el socorro del rey de Macedonia.

Otro Filipo, rey de Macedonia.—Filipo, hijo de Demetrio, habia sucedido á su tio Antígono II. La juventud de este príncipe, las victorias de los étolos y la esperanza que aun conservaban los espartanos de la vuelta de Cleómenes con tropas ejipcias, reanimaron el amor de la libertad. La juventud lacedemonia corria á las armas: los ancianos la llamaban á la gloria: las matronas á la venganza: toda la república estaba en movimiento. Ya habia perecido en una asonada un éforo del partido macedonio; pero repentinamente se supo que Cleómenes habia muerto en Ejipto, y que Filipo, aliado con los aqueos, llegaba á Corinto y marchaba contra los étolos. Esparta trocó en luto su alegría, y su esperanza en consternacion: y el yugo le pareció tanto mas insoportable cuanto mas cerca se habia hallado de romperlo. Desde entonces estuvo sometida á varios tiranos mas sanguinarios y feroces, cuanto mas temian la vuelta de la libertad que el pueblo pudiera conseguir despertando, y haciendo el último esfuerzo de la desesperacion. Uno de estos tiranos odiosos era Guilon, el cual hizo degollar á los éforos, y condenó á la muerte ó al destierro á cuantos ciudadanos le inspiraban sospechas.

Apenas subió al trono Filipo, mostró que queria seguir las pisadas del padre de Alejandro, cuyo nombre llevaba. Ambicioso, activo y valiente, quizá hubiera adquirido la misma fama, si Roma no se hubiese presentado á disputarle su fortuna.

Antes de entrar en el Peloponeso hizo alianza con muchos príncipes de Iliria, y entre otros con Demetrio de Faros, á quien los romanos habian echado del

pais. Los arcananios y epírotas se unieron á los macedonios y aqueos. Dorímaco, jeneral de los étolos, entró en el Ejipto y lo devastó; pero Filipo, sin atender á este falso ataque, se apoderó de las principales ciudades de Etolia y saqueó la Elida. Un llamado Apeles, privado suyo, cometió orribles escesos en las ciudades amigas, y se condujo no como aliado, sino como tirano de los aqueos. Todos temblaban de su poder, y nadie se atrevia á acusarle: solo Arato dijo la verdad al rey y le representó las justas quejas de los pueblos. Filipo reparó el desórden, y Apeles, para vengarse como buen cortesano, despues de haber emprendido en valde asesinar á Arato, intrigó con los enemigos del rey, é hizo que muchas de sus espediciones saliesen desgraciadas. Arato, que siempre le observaba, puso de manifiesto sus crímenes y Filipo le condenó á muerte.

El rey de Macedonia, vencidos sus enemigos y afirmada su autoridad en Laconia, hizo la paz con los étolos, siendo mediadoras las repúblicas de Rodas y Bizancio. Entonces meditaba un proyecto mas vasto. Annibal habia penetrado en Italia con un ejército cartajinés, y acababa de ganar la batalla de Trasimeno. Filipo creyó oportuna esta ocasion para engrandecerse á costa de los romanos; pero su escuadra fué vencida por la de ellos junto á Apolonia: este primer revés hizo mas perverso su carácter, ya enchido del orgullo del poder y alterado con sus disoluciones, y se vengó de su desgracia en los aliados, imponiendo contribuciones á los aqueos y talando la Mesenia. Arato, á quien no intimidaba el esplendor del trono, le reprendió con severidad sus injusticias. El rey, importunado por un censor tan rijido, hizo darle un veneno; pero á fin de ocultar este crímen, capaz de sublevar toda la Grecia, se le administró una ponzoña lenta que le destruyó poco á poco el principio de la vida. Arato conoció la causa del mal que le consumia, y esperó con firmeza una muerte segura sin prorumpir en quejas inútiles: y como uno de sus amigos se manifestase alarmado de verle escupir sangre en abundancia, Arato le dijo: «Este es, amigo »Cefalion, el fruto de la amistad »de los reyes.»

Mientras Filipo fué dócil á los consejos de este grande hombre, peleó con felicidad y reinó con gloria; pero habiendo perdido

por su crimen un apoyo tan saludable, la victoria desertó de sus banderas y de sus consejos la prudencia. Su desenfrenada tiranía hizo odiosa y aborrecible su autoridad, y la mayor parte de los griegos, cansados de su dominacion, imploraron el yugo de la república romana, que consolaba de su derrota á las naciones conquistadas, asociándolas á su poder, grandeza y libertad.

Arato habia capitaneado diezisiete veces á los aqueos: pocos hombres célebres se le han igualado en virtudes. Su único defecto, era la incertidumbre que se apoderaba de él en los trances de la guerra, lo cual algunas veces era ventajoso á los enemigos; pero cuando llegaba el momento de pelear, su talento se desplegaba en toda su fuerza. Su muerte (A. M. 3793.—A. C. 211) causó luto jeneral. Los aqueos quisieron levantarle un monumento, y Sicion, su patria, les disputó este honor: sus ecsequias fueron magníficas: se le erijieron altares, y llevó al sepulcro el título de libertador de los aqueos y fundador de su república.

El rey de Macedonia, favorecido por sus aliados, hizo algunos progresos en Iliria y tomó la ciudad de Isso. Los romanos, cuya fortuna se habia mejorado despues de la toma de Capua y Siracusa, se decidieron á atacar con vigor al rey de Macedonia. Los lacedemonios y étolos, se declararon por Roma, y los arcananios y aqueos siguieron el partido de Filipo.

Macanidas, que entonces era tirano de Esparta, penetró de concierto con los étolos en el territorio de los aqueos. (A. M. 3796.—A. C. 208.) Filipo lo rechazó, y aunque despues volvió con los ausilios que le enviaba Atalo, rey de Pérgamo, le venció segunda vez. El poder macedonio daba zelos á Rodas, á Atenas y al rey de Ejipto, que temian que Filipo subyugase toda la Grecia: y por consideracion á estos pueblos, el rey de Macedonia hizo á los étolos proposiciones de paz, que fueron desechadas. El ejército de los macedonios y aqueos, marchó á Elis con el objeto de apoderarse de esta ciudad; pero el procónsul Sulpicio, que habia venido á socorrerla con cuatro mil romanos, animó á los habitantes, y rechazó al enemigo á pesar del valor de Filopémen, que mató con su propia mano al jeneral de caballería de los eléos. La retirada de los aqueos desordenó á los macedonios. Filipo enfurecido

se arrojó enmedio de la infantería romana: el combate fué largo y sangriento: y el rey, cercado de enemigos, tuvo mucha dificultad en abrirse paso con el socorro de sus mas valientes soldados. Libre del peligro, volvió á Macedonia invadida por algunos príncipes ilirios, aliados de los romanos. Al año siguiente, Sulpicio y Atalo llegaron con sus escuadras á Eubea, se apoderaron de Orea, fueron rechazados de Calcis, y tomaron en la Beocia á Opunta, que Filipo no pudo socorrer á tiempo.

Filopemen. — En la misma campaña amenazó Macánidas el Peloponeso, y hacia temer á los aqueos la ruina de su república. En tan gran peligro nombraron jeneral de la confederacion á Filopémen, célebre ya por muchas azañas y digno de suceder á Arato. Era natural de Megalópolis, y estudió en la escuela de Acesilao, cuya filosofía tenia por objeto inspirar á los ciudadanos el amor de la patria y enseñarles la ciencia del gobierno. Desde su infancia tomó por modelo á Epaminondas, y prefirió á las demás lecturas la de los libros militares de Anjelus y la historia de Alejandro el Grande. Cuando los cuidados de la administracion y de la guerra le dejaban algun tiempo libre, se dedicaba á la agricultura, y se endurecia ya en el trabajo, ya en el ejercicio de la caza. Hemos visto cuánto contribuyó á la victoria de Selasia. En el ataque le atravesó un dardo entrambos muslos: se temia que al arrancarlo, la piel unida al arma imposibilitase la estraccion ó hiciese incurable la herida: él rompió el dardo, arrancó los dos pedazos, y continuó batiéndose. Despues de la batalla, Antígono, admirado del movimiento de su ala derecha, al cual debia la victoria, preguntó á Alejandro, jeneral de aquellas tropas, quién las habia mandado marchar sin recibir órden. Alejandro respondió que un jóven capitan aqueo habia acometido con sus soldados, siguiendo su ejemplo los demás. Antígono le dijo: «Ese jóven aqueo se ha portado »como un gran jeneral, y tú co»mo un capitan de compañía.» Despues quiso atraerlo á su servicio; pero Filopémen amaba demasiado su patria para vivir á sueldo de un príncipe estranjero. Su fama se aumentó con la muerte de Demofanto, príncipe de los étolos, á quien mató él mismo en un combate.

Cuando el voto de sus conciudadanos le puso al frente del

ejército y del gobierno, hizo innovaciones en la táctica, dió mas fondo á los batallones: los acostumbró á marchar y combatir sin romper las filas, é hizo que los soldados llevasen picas mas largas y escudos mas anchos. Desterró el lujo de la república, restableció el órden en la hacienda, y no permitió magnificencia sino en las armas. Vestido siempre sencillamente y adornado de su gloria, parecia mas bien un soldado que un jeneral. Convidado un dia á comer en casa de un ciudadano, no encontró en ella mas que á la señora, que no le conocia; y creyendo que era un criado que antecedia á su señor, le pidió que partiese un poco de leña. Dejó Filopémen su capa y se puso á trabajar sin contestar una palabra: llegó el dueño de la casa, y admirado de verle en aquel ejercicio, le dijo Filopémen: «¿Qué quieres? es preciso »pagar mi desaliño.»

Despues de haber tomado todas las disposiciones necesarias para asegurar la victoria, marchó contra Macánidas y le presentó batalla. Los espartanos pelearon con intrepidez, y aun penetraron en el ala derecha de los aqueos; pero mientras Macánidas la perseguia, Filopémen flanqueó su ejército, lo desordenó y le cortó la retirada. Macánidas quiso evitar su encuentro; mas el héroe le lanzó su venablo con tanta fuerza, que le atravesó el peto y el cuerpo, y le derribó muerto sobre el campo. Esparta perdió en este combate cuatro mil de sus mas valientes. La conquista de Tejea fué consecuencia de esta victoria, y para inmortalizarla los aqueos, erijieron á su jeneral una estátua de bronce.

Poco despues se celebraron los juegos némeos, y concurrieron á ellos Filopémen y sus compañeros de armas. Se presentó en el momento que el músico Pílades cantaba estas palabras de un poeta antiguo: «Yo soy »quien corona vuestras frentes »con las flores de la libertad.» Todo el pueblo volvió sus ojos á Filopémen y le saludó con los mayores aplausos. Nabis sucedió á Macánidas en el gobierno de Lacedemonia. Este tirano venció en crueldad á su antecesor. Compuso su guardia de tropas estranjeras, envió al suplicio á cuantos temia, desterró á los ciudadanos mas distinguidos, y se apoderó de sus riquezas. Reconciliado Filipo con los espartanos despues de la muerte de Macánidas, le dió en depósi-

to la ciudad de Argos, donde cometió las mayores atrocidades. Su crueldad era injeniosa: inventó una máquina en forma de estátua semejante á la reina Apaga, su mujer. Estaba vestida de ropas magníficas que ocultaban las puntas de hierro de que se habia guarnecido los brazos y el cuerpo. Si algun ciudadano rico le negaba el dinero que pedia: «Espero, le decia, que »mi mujer será mas feliz que »yo.» Nabis acercaba su víctima á la estátua, que cojiéndola entre sus brazos terribles, le clavaba todas sus puntas, hasta que sacrificaba sus bienes por libertarse del suplicio.

Despues de la derrota de los espartanos, los étolos y epírotas, favorecidos débilmente por los romanos, hicieron la paz con Filipo. Cada victoria, en lugar de satisfacer la ambicion de este príncipe, le hacia mas insaciable. Aumentó su ejército, juntó una grande escuadra, declaró la guerra á los rodios y pasó al Asia para pelear contra Atalo. (A. M. 3802.—A. C. 202.) Llegó hasta Pérgamo, y rechazado de sus muros, asoló el pais; pero los rodios derrotaron su escuadra. Tomó á Scios, ciudad de Bitinia, y degolló una parte de los habitantes: vendió por esclavos á los demás, y destruyó el pueblo. Sitió á Abidos, negó toda capitulacion, y ecsijió que la plaza se rindiese á discrecion. Los abidenos, desesperados, resolvieron perecer: comisionaron á cincuenta ciudadanos para que matasen las mujeres y los niños que estaban refujiados en el templo de Diana, echar al mar el oro y la plata, y quemar la ciudad en el momento que la atacasen los macedonios. Tomadas estas orribles disposiciones, combatieron como furiosos en la brecha, hasta que la noche suspendió el asalto. Los cincuenta encargados de la matanza de las mujeres y niños, y del incendio de la ciudad, no tuvieron valor para ejecutar estas órdenes inumanas. Filipo entró en la plaza, mas no pudo impedir que los abidenos degollasen sus familias y se diesen despues la muerte unos á otros.

GUERRA ENTRE FILIPO Y LOS ROMANOS.—Poco satisfecho Filipo de este lúgubre triunfo, y no pudiendo permanecer en reposo, volvió á Grecia y entró en el Atica. Roma le declaró la guerra y envió una escuadra al socorro de Atenas. Los atenienses presentaron la batalla al rey de Macedonia, que los venció é hizo huir á la ciudad; mas no pudo

penetrar en ella y hubo de limitarse á talar el territorio. Obligado á marchar contra los romanos, estos lo vencieron junto al rio Aoo, y tuvo que entablar negociaciones de paz con Quincio Flaminio; pero el orgullo de Filipo y la altivez de Roma no pudieron ponerse acordes, y nada se concluyó. La escuadra romana llegó al puerto de Atenas, los habitantes de esta ciudad se creyeron libres; y en el esceso de su alegría derribaron las estátuas de Filipo. La tiranía de los reyes de Grecia y del Asia era tan detestada, que se creían libres porque habian cambiado únicamente de señores. Entretanto Nábis, dueño de la mayor parte del Peloponeso, continuaba engrandeciéndose con el terror, y enriqueciéndose con el pillaje. Los aqueos habian mudado de jeneral y de fortuna; porque privados del jenio de Filopémen, resistian débilmente á los espartanos. Muchos historiadores han censurado que este héroe no sirviese en el ejército que ya no mandaba; pero es probable que un hombre tan virtuoso se ausentase no por orgullo sino por prudencia, para evitar que su crédito en el ejército y el pueblo inspirase sospechas al nuevo jefe de la república. Viajó por Creta y tuvo parte en las guerras civiles que desolaban entonces aquella isla.

La isla de Creta, gobernada republicanamente desde Idomeneo, se hizo célebre y floreciente por la sabiduría de sus leyes, por la moderacion de su política y por el valor de sus habitantes. Jamás eran atacados, porque siempre estaban dispuestos á defenderse; y nadie los aborrecia porque no tenian ambicion ninguna. Jamás se les vió armados en cuerpo de nacion, pero proporcionaban soldados valientes y escelentes arqueros indistintamente á todos los príncipes; lo cual mantenia en ejercicio sus guerreros sin comprometer su gobierno. De todas partes iban á estudiar sus leyes, su táctica y disciplina. Arato les debió en gran parte sus talentos militares, y Filopémen pasó sin duda á aquella isla para adquirir nuevas luces.

Batalla de Cinocefalas.—(A. M. 3807.—A. C. 197.) Durante su ausencia estalló la tempestad que amenazaba al rey de Macedonia. El de Pérgamo, los étolos, Nábis y los tebanos se adirieron al partido de Roma. Despues de muchos movimientos y combates de poca importancia, se encontró el ejército romano

con el de Filipo en Tesalia, junto á la cumbre llamada Cinocéfalas: las fuerzas de cada uno ascendian á veinticinco mil hombres. Quincio Flaminio elijió hábilmente este campo de batalla, en que la desigualdad del terreno impedia á la falanje moverse en masa, y hacer uso de su fuerza. Los romanos la desbarataron, mataron ocho mil macedonios é hicieron cinco mil prisioneros. La caballería étola contribuyó en gran manera á la victoria. Filipo completamente vencido, pidió la paz, y se sometió á las condiciones que el senado le quisiese imponer. Mientras no se ratificaba el tratado, se hizo una tregua de cuatro meses, pagando el macedonio cuatrocientos talentos por el pronto y dando en reenes á su hijo Demetrio. El senado nombró comisionados para arreglar todos los negocios de Grecia, y concluyeron un tratado cuyas condiciones fueron: que todas las ciudades griegas de Asia y Europa serian libres: que Filipo retiraria de ellas sus guarniciones: que entregaria los prisioneros y tránsfugos, pagaria mil talentos, y dejaria á Demetrio en Roma en calidad de reen. (A. M. 3808.—A. C. 196.)

Ignorábanse en Grecia los artículos de paz. Los juegos ístmicos se celebraban en Corinto; y en el momento en que el pueblo estaba reunido en el estadio, se presenta un heraldo, pide silencio y pronuncia en alta voz estas palabras: «El senado, el »pueblo romano, y Tito Quincio »Flaminio, jeneral victorioso, »habiendo vencido á Filipo y á »los macedonios, dejan libres de »toda guarnicion é impuestos á »los corintios, locrios, fóceos, eu»beos, aqueos, magnesios, tésalos »y perrebos; los declaran libres »y quieren que se gobiernen por »sus leyes y costumbres.» El profundo silencio que reinaba en la asamblea se prolongó algunos momentos por la sorpresa. Los griegos, no pudiendo creer lo que oian, pidieron que se leyese segunda vez la proclama, y entonces los transportes de alegría fueron universales. Rodeaban á Quincio, besaban sus manos y vestidos, le coronaban de flores, y despues esclamó uno gritando: «Una nacion hay que »combate por la libertad de los »pueblos. Ostáculo ninguno se o»pone á su marcha, y á la voz de »un heraldo, esta potencia jene»rosa, abate la tiranía y liberta »la Grecia y el Asia.» La misma proclama se publicó en los juegos némeos y escitó las mismas aclamaciones de admiracion, jú-

bilo y gratitud. De ninguno de sus triunfos consiguió Roma una gloria mas pura.

Filopémen, que volvió entonces, aunque veía con placer el abatimiento de Filipo que oprimia la Grecia, y cuyos emisarios habian intentado en varias ocasiones asesinarle, sin embargo, como verdadero hombre de estado y amigo previsor de la libertad, traslucia la ambicion de Roma por entre el velo de su finjida moderacion: miraba como poco sólida una libertad que era debida únicamente á la proteccion de una potencia estranjera; y como Aristeneto en el consejo de los aqueos ecsortase á sus conciudadanos á complacer en todo á Roma, Filopémen no se pudo contener y le interrumpió diciendo: «¿Qué prisa tienes de consumar la ruina de la Grecia?»

Sitio y rendicion de Argos.— El procónsul fué obedecido en todas partes, y solo Nábis se negó á dejar libre la ciudad de Argos. El senado mandó á Quincio que le obligase á cederla, y los romanos marcharon contra Esparta: Nábis, vencido en un combate, ofreció entregar la plaza; pero como Quincio ecsijia la libertad de los pueblos marítimos, cien talentos y reenes, la negociacion no tuvo efecto. Quincio sitió á Argos al frente de cincuenta mil hombres; y aunque los espartanos se defendieron con intrepidez, los romanos penetraron en la ciudad. Enfurecidos los lacedemonios, pusieron fuego á los edificios mas cercanos á la muralla, y los romanos, espantados, se retiraron. Al fin, Nabis entregó la ciudad, y la paz se hizo. Satisfecho Quincio de haber libertado la Argólida, corrió las ciudades de la Grecia, restableció en todas el órden y la justicia: reunió en Corinto sus diputados, dió cuenta de sus operaciones, declaró que si habia concedido á Nábis la paz, fué solo por evitar la ruina de Esparta; ecsortó á los griegos á la union y volvió á Roma con su ejército á gozar los honores del triunfo mas glorioso y merecido. Esto era por los años del mundo 3809, antes de Cristo 195.

CAPITULO XII.

GUERRA CONTRA LOS ROMANOS.

Guerra de Antíoco. — Perseo, último rey de Macedonia. — Ruina de Corinto. — Reduccion de la Grecia á provincia romana, bajo el nombre de Acaya. — Sitio, bloqueo y toma de Atenas por Sylla. — Reflexiones políticas sobre la historia de Grecia. — Hombres célebres en las ciencias, filósofos é historiadores de la cuarta edad. — Panecio. — Demetrio Falereo. — Dionisio de Alicarnaso. — Diodoro Sículo. — Plutarco. — Arriano, Apiano y Herodiano. — Costumbres de los griegos. — Matrimonios. — Ecsequias. — Reflexiones sobre las artes, la literatura y las ciencias de los griegos. — Agricultura. — Comercio. — Marina y navegacion. — Arquitectura. — Ordenes, dórico, jónico, corintio, toscano y compuesto. — Escultura. — Pintura. — Pintura en cáustica. — Música. — Arte militar. — Poesía. — Rapsodas. — Juegos. — Teatros. — Historia. — Elocuencia. — Filosofía. — Sectas. — Jeometría. — Astronomía. — Jeografía. — Medicina. — Ciencia económica.

Guerra de Antioco. — Enemigos los étolos de toda potencia que se opusiese á sus piraterías, odiaban á los romanos desde que dominaban en Grecia; y aunque eran sus aliados ostensibles, incitaban á Nábis á la venganza y mantenian relaciones con Antíoco el Grande, rey de Siria, ecsortándole á que pasase el Archipiélago con un ejército. Nábis siguió sus consejos, sublevó las ciudades marítimas y sitió á Githium. El pretor Acilio llegó á las costas de Laconia con una escuadra, y los aqueos dieron el mando de sus ejércitos á Filopémen y declararon la guerra á los lacedemonios. Filopémen armó algunos buques que fueron batidos por la escuadra de Nábis; pero reparó este revés venciendo al tirano en batalla campal cerca de Esparta, y obligándole á encerrarse en la ciudad.

Rota la paz, siguieron los étolos sus proyectos con mas osadía: contrajeron alianza con Antíoco y emprendieron apoderarse á un mismo tiempo de Deme-

triada, Calcis y Lacedemonia. Tres jenerales fueron encargados de estas espediciones: Diocles sorprendió á Demetriada, Thos fué rechazado de Calcis, y Alexámenes, finjiendo socorrer á Esparta, introdujo en ella mil hombres que Nábis recibió como libertadores: el étolo, socolor de conferenciar con él, lo apartó de su tropa, le derribó del caballo é hizo que sus soldados le matasen. Este triunfo debido á la perfidia, fué de corta duracion: mientras los étolos corrian al palacio para robarlo, los hicieron pedazos y vengaron la muerte de Nabis con la de Alexámenes.

Aprovechándose Filopémen de esta confusion, entró con sus tropas en la ciudad, reunió el pueblo, le ecsortó á restablecer sus leyes y su libertad, y á unirse á la confederacion aquea; impidió á sus tropas que cometiesen los escesos acostumbrados en la victoria, reusó un presente de ciento veinte talentos, que le hacian los lacedemonios, y consiguió una gloria inmortal debida mas bien á sus virtudes que á sus armas.

Entretanto el rey de Siria, atraido á Grecia por los étolos, fué derrotado en las Termópilas por el cónsul Manio Acilio, y se volvió al Asia, dejando espuestos á los étolos á la venganza de Roma. El cónsul aconsejaba á los étolos se entregasen á la clemencia del senado, pero estos lo reusaron. Pedia se les entregasen á los vencedores las puertas de Heráclea su capital. Esta humillacion les pareció insoportable: y además habian ofendido demasiado á los romanos para creer en su induljencia. Rota toda negociacion, sitió el cónsul á Heráclea; los étolos combatieron con desesperacion; pero no bastaron sus esfuerzos; porque Acilio la tomó por asalto, la entregó al pillaje, y forzó la ciudadela á capitular. El resto de la nacion se encerró en Naupacta, y no trató la paz con Roma hasta que se supo la derrota de Antíoco en Magnesia, ciudad del Asia menor. Los étolos pagaron mil talentos y entregaron á los romanos sus armas y caballos.

Poco despues de esta época, el cónsul Manio Acilio, en una escursion que hizo al Peloponeso, proyectó apoderarse de Esparta; pero Filopémen, enemigo de toda dominacion estranjera y aborreciendo la ambicion de Roma tanto como la de Filipo, entró osadamente en la ciudad, reanimó el valor de los lacedemonios y obligó al cónsul á

retirarse. Algun tiempo despues Lacedemonia puso á este mismo Filopémen en la necesidad de marchar contra ella, porque atacaba la libertad de los puertos de Laconia que los aqueos protejian. Creyendo los espartanos que los desterrados restituidos á Lacedemonia despues de la paz, tenian intelijencia con los aqueos y favorecian la causa de las ciudades marítimas, los proscribieron, mataron á treinta y se separaron de la confederacion, escribiendo al cónsul Fulvio, sucesor de Acilio, que ponian su ciudad bajo la proteccion de los romanos. Los aqueos declararon la guerra á Esparta y enviaron diputados á Roma para hacer al senado árbitro en esta diferencia. Filopémen se acercó á Esparta con un ejército y pidió el castigo de los que infrinjiendo los tratados, se habian apoderado del puerto de Los. Todos los ciudadanos mas distinguidos salieron de la ciudad para conferenciar, pero durante la conferencia, los proscritos de Esparta que estaban en el campo de los aqueos, se echaron sobre sus conciudadanos y degollaron á ochenta. Alborotóse la ciudad; Filopémen entró en ella sin resistencia; y miráudola, no como el ornamento de la Grecia, sino como una esclava de Roma, demolió sus muros, licenció sus tropas mercenarias, y dió el último golpe á aquel pueblo famoso, aboliendo las leyes de Licurgo que por tanto tiempo lo habian hecho grande.

Envidioso el senado romano de los progresos de la confederacion aquea, favoreció á Esparta, anuló la sentencia de los aqueos, y dispuso que Esparta entrase en la liga, pero sin pagar tributo, sin recibir guarnicion, y conservando su independencia.

Desde entonces favorecieron los romanos á todos los pueblos enemigos de los aqueos. Los mesenios, por instigacion del senado, se separaron de la liga aquea y aun le hicieron la guerra y se apoderaron de Coron. Filopémen, aunque enfermo y con setenta y ocho años de edad mandaba todavia el ejército. Marchó á Mesenia y fué dichoso en los primeros encuentros; pero los enemigos, habiendo recibido un gran refuerzo, le rodearon; los aqueos huyeron cediendo á la superioridad del número. Filopémen, peleando en la retaguardia, hacia olvidar su vejez con los prodijios de su valor; pero resbaló su caballo y él fué herido y preso. (A. M. 3821.—A. C. 183.) Dinócrates, jeneral de los

mesenios, le espuso cargado de cadenas en el teatro de Mesenia á la vista del pueblo: despues le arrojó en una prision y le mandó matar. Cuando le presentaron el veneno que debia terminar su vida, preguntó al verdugo cuál habia sido la suerte de los aqueos, y señaladamente la de un oficial llamado Licortas, á quien apreciaba sobremanera. Dijéronle que los aqueos se habian abierto paso peleando valerosamente y que estaban en seguridad. Entonces dijo: «Pues si se ha salvado el ejército, muero contento.»

La muerte de este grande hombre enfureció de tal manera á los aqueos, que todos tomaron las armas: el deseo de la venganza centuplicó sus fuerzas. Talaron y destrozaron la Mesenia, se apoderaron de la capital, hicieron que se les entregasen los asesinos de Filopémen y los mataron á pedradas junto á su sepulcro: Dinócrates evitó este suplicio dándose la muerte. Las cenizas del héroe fueron trasladadas á Megalópolis; los pueblos salian á recibir la fúnebre comitiva, y toda la Grecia enlutada lamentaba su perdida gloria y libertad. En este mismo año murieron tres de los hombres mas grandes que ha tenido el mundo, Annibal, Scipion y Filopémen.

Los romanos, aprovechándose de la division de los pueblos y del despotismo insensato de los reyes, seguian con su habilidad ordinaria el proyecto de subyugar la Grecia.

Perseo, ultimo rey de Macedonia.—Filipo veia en su familia la discordia que él habia sembrado en Grecia. Perseo, uno de sus hijos, aborrecia mortalmente á su hermano Demetrio. Este, educado por los romanos, podia con su apoyo hacerse temible algun dia, y Perseo resolvió arruinarlo. Primero lo acusó falsamente de haberle querido matar en unos juegos militares, y de haber venido por la noche con jente armada para asesinarle. La inocencia de Demetrio triunfó de esta calumnia. Su hermano no se desanimó y le persiguió de tal manera, que Demetrio, para poner su vida en seguridad, quiso escaparse estando ausentes Filipo y Perseo. Este habia dejado junto á su hermano un traidor, que con la apariencia de amistad, espiaba sus pasos y meditaba su ruina. Demetrio, guiado por sus pérfidos consejos, escribió, para hacer mas segura su fuga, al gobernador de una provincia; y la carta, que fué entregada al rey, pareció un delito. Filipo, oprimido de

pesares, debilitado por la edad, y siempre irritado contra los romanos, condenó á muerte á Demetrio, y le siguió en breve. Perseo subió al trono ensangrentado y manchado ya con sus crímenes, para envilecerlo con su cobardía.

Embriagado por las alabanzas de sus aduladores cortesanos, se creyó capaz de luchar contra Roma. Aumentó su ejército, envió emisarios á Grecia para sublevarla y buscar aliados. Eúmenes, rey de Pérgamo, dió aviso al senado de los proyectos de Perseo, que para vengarse, hizo que dos piratas atacasen á Eúmenes cuando volvia al Asia; y en efecto le hirieron y dejaron por muerto; pero socorrido por unos pescadores, sanó y volvió á su trono, del cual se habia ya apoderado su hermano Atalo, á la noticia de su muerte.

Paulo Emilio, al frente de un ejército romano atacó á Perseo: desbarató la falanje, consiguió la victoria junto á Pidna y conquistó toda la Macedonia. Perseo, que ni sabia vencer ni morir, fué cargado de cadenas, adornó el triunfo de Paulo Emilio, y terminó sus dias en el cautiverio.

Atenas sometida á los romanos, Esparta vencida, destruidos los étolos, subyugada el Asia y reducida la Macedonia á provincia romana, no ofrecian ostáculos á la ambicion de un senado dueño de tantos reyes y pueblos. Los aqueos únicamente recordaban con sus azañas é independencia, el poder y la libertad de la Grecia; —Roma resolvió su ruina: sembró primero la division entre las ciudades de la confederacion y adquirió en ellas partidarios. Luego que las vió desunidas, y sin esperanzas de ausilios de Macedonia ni del Asia, envió representantes que hablaron con el tono de señores, trataron á los aqueos como vasallos insubordinados, é hicieron informaciones jurídicas contra aquellos que habian favorecido á Perseo tanto con sus consejos como con sus socorros. Calícrates, indigno por su bajeza del nombre aqueo, vendió á su patria, y delató á los ciudadanos mas distinguidos por su amor á la independencia. Mil de estos fueron enviados á Roma, entre ellos el célebre historiador Polibio. El senado los desterró, sin juzgarlos ni oirlos, á diferentes ciudades de Italia. Sus compatriotas estuvieron pidiendo por mucho tiempo su libertad, pero no se les permitió volver á Grecia hasta diezisiete años despues. La mayor parte

habian muerto de miseria y de pesar, y solamente trescientos volvieron á su patria.

Algunos años despues hizo la Grecia un último esfuerzo para recobrar su independencia: la libertad, semejante á una lámpara que se está apagando, arrojó todavia un esplandor antes de espirar.

Demócrito, primer majistrado de los aqueos, atacó algunos años despues á Esparta, que tenía la proteccion de los romanos, y saqueó la Laconia. Roma envió comisionados á Corinto para quejarse de esta infraccion de los tratados. Los griegos, irritados, recibieron con desprecio sus reconvenciones, y Critolao, jeneral de los corintios, recorrió la Grecia para incitar los pueblos á defender su independencia.

Ruina de Corinto. — El cónsul Metelo, que estaba á la sazon en Macedonia, envió á Corinto diputados para aconsejar á los aqueos que no se espusiesen á la venganza de Roma; pero el pueblo los insultó y echó de la ciudad.

Critolao decia en alta voz que para resistir á Roma, bastaba quererlo: que todos los pueblos, indignados contra su tiranía, no esperaban mas que una señal, y que ostentando una audácia noble, serian sostenidos por los reyes de Oriente.—Fácilmente creen las pasiones lo que desean; y el vivo recuerdo de la perdida libertad hacia que se acariciase la mas lijera esperanza de recobrarla. Tebas, Arcadia, Eubea y una gran parte del Peloponeso, se ligaron contra los romanos, movidos por las ecsortaciones de Critolao. Metelo propuso de nuevo la paz, con el sacrificio de algunas ciudades; pero reusaron escucharle. A la cabeza de su ejército marchó contra los griegos, los derrotó y les cojió mas de mil prisioneros. Critolao, desesperado de la salud de la patria, se dió la muerte. Dieo, su sucesor, reunió catorce mil hombres. Metelo, continuando rápidamente y atacándolos con ventaja, degolló á un cuerpo de mil árcades, tomó á Tebas, abandonada por sus habitantes, y marchó á Corinto donde Dieo se habia encerrado.

A este tiempo llegó el cónsul Mummio con nuevos refuerzos y tomó el mando del ejército romano. Tres majistrados aqueos, afectos á Roma, entraron en Corinto por órden de Mummio á hacer proposiciones de paz; pero se les encerró en un calabozo. Los sitiados hicieron una vi-

gorosa salida y obligaron á los romanos á alejarse. Dieo, ensoberbecido con este triunfo, presentó la batalla. Aceptóla Mummio con finjida timidez para precipitar al enemigo, que avanzó rápidamente en la parte mas estrecha del istmo. La caballería romana, que estaba emboscada, atacó á los griegos por el flanco, y les cortó la retirada. Dieo, perdida la batalla y la esperanza, fué á Megalópolis su patria, mató á su mujer, quemó su casa y se envenenó. Los aqueos se dispersaron. Corinto quedó casi desierta y Mummio la entregó al saqueo: vendiéronse á las mujeres y á los niños; apartáronse las estátuas y los cuadros; y quemáronse las casas y destruyéronse las murallas hasta los cimientos, el mismo año que pereció Cartago, que era el 147 antes de Cristo, y el 3857 del mundo.

Demoliéronse las fortificaciones de todas las ciudades que habian tomado parte en la insurreccion, y para esta atroz venganza se pretestó el insulto hecho á los embajadores romanos.

Grecia reducida a provincia romana.—El senado envió comisionados á toda la Grecia: declaráronla provincia romana, abolieron en todas las ciudades el gobierno popular, y pusieron majistrados con el cargo de gobernarlos por sus antiguas leyes. Esta nueva provincia recibió el nombre de *Acaya*; título glorioso para los aqueos, porque recordaba que este pueblo habia sido el último que defendió la libertad de Grecia.

Bajo la dominacion romana, las ciudades griegas disfrutaron por mucho tiempo de una profunda paz. Gobernadas por sus majistrados, ya no tuvieron mas héroes, pero produjeron hombres ilustres en las artes y ciencias. Despues, cuando Mitridates sublevó al Asia y á una parte de Europa contra Roma, Arquelao su jeneral se apoderó de Atenas, y la puso bajo la direccion de un ateniense llamado Aristion. Encargado Syla por el senado para combatir á Mitridates, entró en la Grecia al frente de cinco lejiones. Todas las ciudades le abrieron sus puertas, escepto Atenas, que fiel al partido de Mitridates, resistió á los romanos. La altura de las murallas, y el valor de los habitantes hizo largo el sitio. Syla cortó los árboles del Liceo para hacer máquinas, y robó los templos de Delfos y Epidauro para pagar sus tropas. La defensa fué tan ostinada como el ataque, y Atenas parecia haber vuelto á encon-

trar su antiguo valor. Syla convirtió el sitio en bloqueo, y la falta de víveres obligó á los atenienses á capitular. Sus diputados hicieron á Syla un discurso elocuente, en el cual recordaban con orgullo la gloria de su patria y las azañas de sus antepasados. El feroz Syla interrumpiéndolos, les dijo: «No he venido aquí para oir las azañas de vuestros mayores, sino para castigar vuestra rebelion. Sometéos, ó pereced.» Rota la negociacion, dió un nuevo asalto á la ciudad, la entregó al saqueo, degolló la mayor parte de sus habitantes, entre ellos al gobernador Aristion y á sus partidarios, demolió el Pireo y quemó el arsenal. Despues de haber vencido á Mitridates cerca de Queronea y de Orcomene, puso de nuevo toda la Grecia macedonia y las demás ciudades griegas del Asia, bajo la dominacion romana.

Los griegos subyugados, hicieron estallar en épocas diferentes su ardiente amor por la libertad. Cuando las guerras civiles, tomaron el partido de Pompeyo contra César; y despues de la muerte de este último, arrostrando la ira de Octavio, levantaron los atenienses varias estátuas á Casio.

Roma era la capital del mundo político: Atenas, de las artes y la literatura. A ella venian de todos los paises á estudiar las ciencias y á recibir lecciones de buen gusto y elocuencia. Ciceron y su hijo se instruyeron en sus escuelas. Tito y Marco Aurelio, confiaron á maestros griegos la enseñanza de sus hijos. En Roma era menospreciado el que no sabia la lengua griega. En la decadencia del imperio, Basilio, Gregorio y Crisóstomo adquirieron en Atenas los conocimientos que esparcieron en la iglesia cristiana; y solo el despotismo de los musulmanes logró destruir la dominacion de la inteligencia que habia remplazado á la de las armas.

Despues de la caida de estas repúblicas y monarquías, Roma reinó sin participacion de nadie, y conservó su dominio hasta el momento en que los vicios de los descendientes de Rómulo igualaron á los de las naciones que habia aerrojado;—entonces les fué arrebatado el cetro del mundo por la mano de los pueblos setentrionales y por el furor fanático de los árabes. El poder descansa sobre las costumbres; cuando los que le poseen cesan de merecerlo, pasa á manos mas virtuosas ó mas hábiles,

y los grandes imperios perecen por sus propias faltas. La virtud es el cimiento del poder: las naciones caen cuando se corrompen.

REFLECSIONES POLITICAS SOBRE LA GRECIA.

Al concluir los anales de este pueblo célebre, necesario es echar sobre él una ojeada política, y ecsaminar la importancia del papel que representó, y su influencia sobre los destinos del jénero humano. La Grecia, primera escuela de las ciencias y las artes, patria noble del injenio y de la gloria, debe recomendarse al eterno reconocimiento del mundo, no solo por haber sido la cuna de la civilizacion y fecundado su jérmen, sino tambien por haber defendido sus frutos contra bárbaras usurpaciones. Antes de despuntar en el seno de Grecia, probára inutilmente la civilizacion nacer y arraigar en Asia, dice Guay. En vano la serenidad del cielo, la blandura del clima y la incomparable fertilidad del suelo en esta hermosa parte del mundo, convidaban al hombre al cultivo de las artes, á la apacibilidad de las costumbres, al desarrollo del pensamiento y á los progresos de las luces: la influencia perniciosa del despotismo y la contínua sucesion de los bárbaros que corrian á disputarse esta tierra de bendicion, aogaron muy pronto las semillas de tan nobles disposiciones; las cuales para jerminar y crecer necesitaban un asilo mas seguro donde no se dejasen sentir las frecuentes ajitaciones del centro del Asia: necesitaban el abrigo de las montañas de Grecia, y la proteccion de los mares que la rodean.

Separada del Asia por el Helesponto, cerrada al Norte por una cordillera que la separa de las dilatadas llanuras de Europa, y protejida por un elemento que siempre inspiró terror á los bárbaros del Asia, la Grecia les presentaba por todas partes una barrera inespugnable; y como si hubiese querido la naturaleza dar la última mano á su obra, hizo nacer en este rincon de tierra una raza de hombres admirablemente organizados, activos, valientes, intrépidos, aptos para las ciencias y para las artes, para los trabajos de la guerra y para los de la paz, idóneos para todo jénero de gloria, y destinados á abrir á Europa la carrera de la civilizacion y á servirle de baluarte contra las inundaciones de la barbárie asiática. La Euro-

pa, parte la mas pequeña del globo, debe á los griegos su influencia sobre todas las naciones; y ellos son los que han presentado al hombre bajo sus mas nobles relaciones. Ninguna historia es mas interesante para el observador filósofo, que la del pueblo que poseyó en grado supremo las cualidades á que debe la Europa su superioridad. En efecto, la Grecia fué el escudo de Europa en las batallas de Maraton, de Salamina y de Platea. Hasta entonces la civilizacion habia sucumbido siempre bajo el poder de los bárbaros; pero en estas tres jornadas de eterna memoria, llevó la primera notable ventaja. Estrellóse por primera vez el número contra la intelijencia, y la fuerza reconoció un freno.

Lo que empezára el heroismo fué llevado á término feliz por la perseverancia y el injenio. El glorioso tratado de Cimon puso fin á la primera guerra pérsica, y aclamó la victoria de la civilizacion. Su antorcha, al abrigo del soplo de los bárbaros, difundió por todas partes luz mas viva y resplandeciente. Las colonias griegas propagaron sus reflejos al Occidente por las costas de Sicilia y por las playas de aquella Italia que debia cumplir mas tarde los brillantes destinos de la Grecia, convirtiéndose en centro de civilizacion para los bárbaros del Norte. De esta suerte se estendian rápida y progresivamente el círculo de la dominacion griega, y la influencia de las luces que esparcia sobre sus conquistas. Por último, cuando con la retirada de los diez mil, y bajo las banderas de Ajesilao hubo adquirido la Grecia el conocimiento de sus fuerzas, vémosla coronar su obra en tiempo de Alejandro. La primera guerra pérsica y la espedicion de este insigne capitan son en la historia de la humanidad los dos sucesos mas célebres de que los hombres han conservado memoria. La guerra pérsica habia salvado la civilizacion en su cuna; la espedicion de Alejandro aseguró para siempre su triunfo. Esta espedicion fué en sí una cosa nueva y verdaderamente admirable; pues no presentó el carácter de ninguna de las incursiones que la habian precedido. Efectivamente, en vez de vencer por la fuerza, venció Alejandro por el arte; fundó en lugar de destruir; ilustró en vez de entorpecer; y aun podria decirse que en vez de encadenar, libertó, puesto que mejoró la condicion de los pueblos. Hasta entonces no habia habido en el mundo mas

que naciones aisladas, de índole y costumbres diferentes, enemigas y desconocidas las unas de las otras. La espedicion de Alejandro puso en contacto y reunió en un mismo sistema todas las naciones del Oriente, que se replegaron bajo la antorcha resplandeciente de la Grecia. De esta union resultó el primer imperio civilizado, arto diferente de los bárbaros imperios de Asiria y de Persia, y el cual pasando á los romanos cambió de dueño sin cambiar de carácter. — Tal fué la mision de Grecia, tal el papel que representó este célebre punto de la tierra, donde nacieron, dice Ciceron (1), la civilizacion, las ciencias, la economía y las leyes, para propagarse desde allí por todo el universo. *Unde humanitas, doctrina, fruges, leges ortæ, atque in omnes terras distributæ.*

Pero las revoluciones que esperimentaron los estados de Grecia, y las situaciones en que se vieron por sus conecsiones y mútuas diferencias, y sus guerras con las naciones estranjeras fueron tan varias, que su historia es la mejor escuela de instruccion en la ciencia política. La prueba mas segura de la falsedad ó esactitud de principios políticos astractos, es su aplicacion á la esperiencia actual, y á la historia de las naciones. La opresion que los estados de Grecia sufrian bajo sus antiguos déspotas, que no estaban sujetos á ninguna limitacion constitucional de poder, fué un motivo muy justo para que establecieran nueva forma de gobierno, que les prometia el goce de mas libertad. Creemos tambien con el ciudadano Heredia (2), que sus virtuosos lejisladores arreglaron estas nuevas formas de gobierno con un espíritu verdaderamente patriótico; pero en cuanto al mérito real de aquellas fábricas políticas, es cierto que en la práctica estaban muy lejos de corresponder á lo que se esperaba de ellas en teoría. En vano buscamos en la historia de Lacedemonia ó de Atenas la bella idea de una república bien ordenada. Las revoluciones de gobierno que esperimentaban con frecuencia y las facciones eternas en que se veian embrolladas, demuestran claramente que

(1) Cic. pro Flac.

(2) *Lecciones de Historia universal* por el ciudadano José María Heredia, ministro de la audiencia de Méjico: 2 vol. Toluca, 1831.

habia un defecto radical en la estructura de la máquina, que escluia la posibilidad de un movimiento regular y seguro. El pueblo en aquellos gobiernos sufria mas servidumbre y opresion que los vasallos de las monarquías mas despóticas. Los esclavos formaban la mayoría de los habitantes en todos los estados de Grecia, y tenian en los ciudadanos amos rigorosos y mas crueles que los reyes á quienes llamamos déspotas, como el odiado Fernando VII en España, y Nicolás actual emperador de Rusia. Como la servidumbre era consecuencia de las deudas, aun en los hombres libres, muchos de ellos estaban sujetos al dominio tiránico de sus conciudadanos. Ni las clases mas ricas gozaban por eso de independencia. Perpétuamente estaban divididas en facciones, que se ponian servilmente á las órdenes de los jefes contendientes de la república. Estas partes solo se mantenian unidas por su corrupcion. Así el todo era un sistema de servilismo y abatimiento de espíritu, que nada dejaba libre ó injénuo en la condicion de los individuos; ni nada que pudiese dar motivo de encomio á quien apreciase la dignidad de la naturaleza humana.

Tales fueron las principales repúblicas de la antigüedad. Sus gobiernos prometieron en teoría la felicidad política de sus ciudadanos, pero nunca la dispensaron en la práctica. «En la de»mocrácia, dice el doctor Fer»gusson, deben los hombres a»mar la igualdad; respetar los de»rechos de sus conciudadanos; »estar contentos con el grado de »consideracion que puedan pro»porcionarse con sus talentos, »medidos imparcialmente y com»parados con los de un rival; tra»bajar para el público, sin espe»ranza ó provecho, y rechazar »toda tentativa para crear una »independencia personal.»

Todos los males y la ruina final de las repúblicas griegas deben atribuirse á dos causas: la imperfeccion de sus leyes fundamentales en cuanto á la division del poder, y la ignorancia en que estaban de que la justicia y el respeto mútuo, fundado en la igualdad de derechos, son las únicas bases en que descansan sólidamente la ecsistencia y prosperidad de los estados. Ellas, guiadas al contrario por un espíritu de envidia ó ambicion, nunca tuvieron otro objeto que el de vengarse y oprimirse mútuamente; y solo en los momentos angustiados de la invasion de los

persas olvidaron este funesto espíritu que llevó á Lisandro á Atenas y á Epaminondas á Esparta, preparando de este modo la Grecia al yugo de Filipo, ó del primer rey ó pueblo poderoso que hubiera querido encadenarlos.

Las democrácias de la Grecia no tenian por lo tanto ninguna organizacion regular; y el pueblo no hallaba en sus principios y en sus mácsimas ningun recurso para levantarse de su última caida. Los griegos tenian además sobrada imajinacion é ideas para obrar sistemáticamente en política; pues como hemos visto, se dejaban guiar por sus pasiones y por sus prevenciones. La mayor parte de las constituciones de los cantones helvéticos son tan regulares como las de las repúblicas griegas; pero el carácter tranquilo y nada fogoso, y las costumbres inocentes de los suizos, los ponen al abrigo de los uracanes populares. Entre los griegos, cada uno queria gobernar, nadie obedecer; el espíritu de partido aogaba el sentimiento moral; á la insolencia se daba las mas veces el nombre de valor; se divertian con la mentira y el perjurio; y ciudades en otro tiempo respetables, escandalizaban con su impiedad á los mismos tiranos. Los ciudadanos de la clase media estaban en pugna y eran la envidia del populacho; los mas audaces eran tambien los mas dichosos. La avaricia dominaba á los lacedemonios; y en fin, el carácter nacional se alteró de una manera prodijiosa.

Solo en los periodos infantiles de la historia griega se hallan los ejemplos espléndidos de patriotismo y de virtud heróica que siempre deleitarán con su contemplacion á las almas ardientes de la juventud no corrompida. La circunstancia mas notable que se nos ofrece al comparar los últimos periodos de Grecia con los primeros, es la mudanza total en el espíritu del pueblo. El ardor del patriotismo, la sed de gloria militar, y el entusiasmo de libertad, declinaron con la grandeza y opulencia de la nacion, y les siguió un entusiasmo de otra especie, y mucho menos digno en su objeto, á saber: la admiracion de las bellas artes, una pasion violenta á objetos de gusto y á refinamientos de lujo. Esto nos conduce á considerar á la Grecia bajo el aspecto en que aun perdida ya su libertad, continuó atrayendo la admiracion de otras naciones.

Agobiada bajo el peso de sus

propias divisiones y de la potencia romana, dice el abate Mably (1), la Grecia conservó una especie de imperio mucho mas honorífico sobre los vencedores. Sus luces y su gusto por las letras, la filosofia y las artes, la vengaron por decirlo así, de su derrota, y sujetaron á su vez el orgullo de los romanos. Los vencedores se hicieron discípulos de los vencidos, y aprendieron una lengua que Homero, Píndaro, Tucídides, Jenofonte, Platon, Demóstenes, Eurípides y otros injenios elocuentes habian embellecido con todas las gracias de su espíritu. Oradores que ya encantaban en Roma, fueron á recibir de los griegos aquel gusto fino y delicado, quizá el mas raro de los talentos, y aquellos secretos del arte que prestan al jenio una nueva fuerza; fueron, en una palabra, á formarse el talento de embellecerlo todo. En las escuelas de filosofia en que los romanos mas distinguidos se despojaban de sus preocupaciones, aprendian á respetar á los griegos, llevando despues á su patria su reconocimiento y su admiracion, y Roma se veia obligada á suavizar su yugo. Temia abusar de los derechos de la victoria, y por sus beneficios distinguia á la Grecia de las otras provincias que habia subyugado. ¡Qué gloria para las letras, haber evitado al pais que las habia cultivado, males que no habian podido garantirle sus lejisladores, sus majistrados ni sus capitanes. Ellas se han vengado del desprecio que les manifiesta la ignorancia, y están seguras de ser respetadas cuando se encuentren tan justos apreciadores del mérito como los romanos.

(1) Observations sur les Grecs.

Estas reflecsiones juiciosas nos conducen á dar algunos detalles sobre las artes, la literatura, la filosofia y las ciencias, al mismo tiempo que presentemos el cuadro de los hombres célebres durante la cuarta época de Grecia. No pudiendo profundizar materias tan interesantes, procuremos tocar los primeros principios, y formarnos una justa idea. El hablar sobre ellos es infinitamente mas útil que todas esas relaciones de guerra, de combates, de intrigas, de cambios pequeños, que se sacan de la inmensidad de las cosas humanas, para formar con ellas bibliotecas en que la razon no encuentre casi alimento; mucho mas útiles en fin, que todos esos

catálogos de nombres y de fechas amontonadas que agobian cruelmente la memoria, sin dar al espíritu las nociones mas importantes. El saber nada mas que palabras y hechos indiferentes, no presta utilidad ninguna; lo que importa saber es lo que interesa á la humanidad.

HOMBRES CELÉBRES EN LAS CIENCIAS, FILÓSOFOS E HISTORIADORES DE LA CUARTA EDAD.

PANECIO, filósofo estóico, natural de Rodas, estudió en Atenas. La severidad de su moral, la fuerza de sus razonamientos y su erudicion le adquirieron grande fáma, que se estendió mas allá de su patria, y llegó hasta Roma. Esta, que los griegos llamaban todavia ciudad bárbara en la época de la espedicion de Pirro, solo estimaba la gloria de las armas y las virtudes enérjicas que mantenian la libertad y el respeto de las leyes y de las costumbres, y despreciaba el epicureismo que las afemina. Ignoraban las artes hasta tal punto, que cuando Mummio envió á Italia las obras maestras de los mas hábiles escultores de Grecia, mandó que si en el viaje se deterioraban algunas estátuas, el comisionado de la conduccion pondria otras en su lugar. Lista dice, y es una verdad, que esta era ignorancia peculiar de Mummio; pues que desde las conquistas de Siracusa por Marcelo, y del Asia menor por Manlio Vulsoro, admiraban y codiciaban los romanos las obras de las artes griegas.

DEMETRIO FALEREO.—La historia manifiesta la prudencia de su administracion y la ingratitud de los atenienses. Tuvo mucha fama como orador; pero su elocuencia se resentia del abatimiento en que estaba la Grecia. Hay en sus oraciones mas habilidad que fuerza, mas adornos que pensamientos, y se nota en ellos mas deseo de agradar que de convencer. Fué discípulo de Teofrasto, escritor demasiado florido, pero muy hábil en la pintura de los vicios y pasiones.

Posteriormente, otros oradores, como Basilio, Gregorio y Crisóstomo, gozaron de una gran celebridad por su brillante imajinacion y por el mérito mas sólido que daba á sus escritos la pureza de la moral cristiana.

DIONISIO DE ALICARNASO, nació en Cária, el año 3973 del mundo, 31 antes de Cristo, y pasó á Italia en la época de la batalla de Accio *(Actium)*. Hizo sábias indagaciones acerca del orijen del

pueblo romano. Es muy estimado su libro de *las Antigüedades de Roma*, cuyos primeros tiempos describe con esactitud. Investigador de la verdad, no se curaba de adornarla, y es mas bien un erudito que un hablista. Se creia perdida una parte de sus obras; pero se ha encontrado en la biblioteca ambrosiana.

Diodoro siculo, *ó de Sicilia*, vivia en tiempo de César y Augusto. Su *Biblioteca histórica* tenia cuarenta volúmenes, de los cuales solo han quedado quince. Esta obra comprendia la historia de los tiempos fabulosos de Grecia, la de los persas y griegos desde la espedicion de Jerjes hasta la muerte de Alejandro, y los sucesos de los jenerales que se repartieron su imperio. Su estilo es claro y juiciosas sus reflecsiones; pero se le acusa de haber adoptado los errores de Ctesias y las tradiciones de los sacerdotes del Oriente.

Plutarco nació en Queronea, ciudad de Beocia. Su injenio brillante y fecundo vengó á sus paisanos de la acusacion vulgar que los suponia faltos de imajinacion. Es quizá entre todos los autores griegos, el que se lee en el siglo presente con mas placer y utilidad. Vivia en tiempo de Neron é hizo muchos viajes á Italia en el reinado de Vespasiano. Para pintar mejor los hombres ilustres, visitó los paises donde habian nacido. Plutarco tiene celebridad como historiador y como filósofo. Se ha conservado la mayor parte de *las vidas de los hombres ilustres* y *sus obras morales*. Las *vidas* son su obra principal. Es admirable por la sencillez de la narracion y la orijinalidad en los retratos: no se limita á contar las acciones de los hombres famosos; sino que además les dibuja la fisonomía, pinta su carácter, nos hace oir sus palabras, y nos da un esacto conocimiento de sus hábitos y costumbres. Es una guia útil para los jóvenes amantes de la gloria, porque los hace vivir familiarmente con los modelos que deben imitar. A veces son largas sus digresiones, pero siempre interesa por la gracia de su narracion. Se ve en su fuerza la bondad del historiador y el candor en su neglijencia, lo cual da á su estilo un colorido orijinal é inimitable.

Sus *obras morales* son una mezcla confusa de bellezas y defectos, errores y verdades, profundos pensamientos y preocupaciones populares. Son una mina fecunda donde están los metales preciosos envueltos entre

estoria. Es difícil leer estas obras de seguida; pero es imposible no volver á ellas muchas veces. Dignas de los hermosos dias de la Grecia, son, por decirlo así, un cuadro de ellos. En ellas se ve la libertad, la anarquía, el jenio, la superstición, mucha erudicion y no menos inconsecuencias; tiene una severa moral con la tolerancia de algunos vicios, inesplicable en otro pais y otra época distinta de aquella en que las pasiones deificadas hallaban apoyo en la tierra y modelos en los dioses. Plutarco se distinguió mucho entre los filósofos de su tiempo, siendo tan estimable por su conducta como por sus obras; y si los estranjeros admiraban su sabiduría, los habitantes de Queronea amaban y respetaban en él un buen hijo, un buen padre, un sábio majistrado y un escelente ciudadano.

Un célebre escritor del siglo XV decia, que si se hallase en el caso de tener que arrojar al mar todos los autores antiguos reservando uno solo, salvaria á Plutarco.

Arriano, Apiano, Eliano y Herodiano, florecieron en tiempo de los emperadores y tuvieron alguna reputacion como escritores históricos; pero mucha menos que los sabios de que hemos hablado.

Costumbres de los griegos. —Estos vivian en un pais encantado, verdadera imájen de la juventud de la tierra. No ambicionando otra cosa que gloria y placeres, rodeados de fábulas, prestijios é ilusiones, su imajinacion activa los acercaba á las divinidades, dando á estas las pasiones humanas, y animaba el mundo divinizando todos los seres de la naturaleza.

Si iban á tomar una decision importante, Júpiter los ilustraba á todos por un oráculo: el vuelo de las aves les anunciaba los reveses ó las prosperidades. Si marchaban al combate, Marte conducia sus guerreros: y si se entregaban al placer, Venus y el Amor los esperaban en bosques de mirtos. Apolo y las Musas, variando sus diversiones, hacian resonar los teatros con sus acentos armoniosos. Si buscaban el sosiego de los campos, sus Driadas los acojian en la espesura de las selvas: las Nayades refrescaban con sus ondas cristalinas sus cuerpos fatigados: Pan velaba con los pastores en defensa de los rebaños: Diana guiaba á la caza sus lebreles ardientes y rápidos: Himeneo recibia los juramentos de los esposos: Lucina consolaba á las mujeres en los dolores del parto, y

otras divinidades presidian las ecsequias de los difuntos.

Los afectos tiernos y las pasiones rencorosas, se alimentaban en los altares del amor, del himeneo, de la discordia y de la venganza. No habia accion humana en que no interviniese una deidad: todo era poético, alegórico; y en las fiestas, costumbres y ceremonias, las imájenes risueñas y los emblemas injeniosos, recordaban al espíritu y al corazon del hombre la alianza eterna del cielo y la tierra.

Matrimonios. — Los esposos iban al templo coronados de flores: el sacerdote les presentaba una rama de yedra, símbolo de su union: ofrecian sacrificios á Diana y á Minerva, para aplacar á estas castas divinidades, que no estaban sometidas á las leyes del himeneo: á Júpiter y á Juno, modelos de los amores eternos: al cielo y á la tierra para pedir su fecundidad: á las Parcas, de las cuales depende la duracion de la vida: á las Gracias que embellecen á los esposos: á Venus y al Amor, móviles de la felicidad conyugal. Depositaban trenzas de sus cabellos en los sepulcros de los labradores, para honrar la agricultura y animar los trabajos domésticos. Se juraban fidelidad en presencia de sus padres, y volvian á su casa acompañados de músicos y bailadores. La habitacion estaba iluminada y adornada de guirnaldas. Al ir al templo, llevaban flores en la cabeza, y al volver cestillas de frutas, imájenes agradables de abundancia y prosperidad.

Se cantaban versos en honor de Himeneo, jóven natural de Argos, que en tiempos antiguos habia libertado á unos atenienses del poder de los piratas, y consiguió la mano de una doncella de Atenas en premio de su azaña.

Despues iban á la sala del festin: los poetas cantaban epitalámios al son de la lira. Un niño coronado de mosquetas y ojas de encina, llevaba una cesta de pan y cantaba un himno, cuyo estrivillo era:

Yo troqué mi antiguo estado,
si bien próspero y dichoso,
por otro mas venturoso,
que hace la vida feliz.

Un coro de jóvenes bailadoras adornadas de mirto, formaban danzas voluptuosas, que representaban los juegos, los caprichos y la embriaguez del amor. El padre encendia una antorcha nupcial, y conducia su

hija á casa del esposo. Al entrar en ella, llevaba una olla destinada á cocer cebada; una de sus criadas la acompañaba con un cedazo, y en la puerta estaba colgado un instrumento para moler grano, emblemas que recordaban los deberes de una vida laboriosa. Los convidados cantaban y bailaban alrededor de la casa, cuya entrada defendian los amigos del novio. Al dia siguiente, se le daba la enorabuena con nuevos cantos consagrados al Himeneo.

Las costumbres de Grecia, ofrecian al estranjero dos cuadros muy diferentes. Llegando á Corinto ó Atenas, no veia mas que placeres: deslumbraba sus ojos el lujo de las elegantes cortesanas, que echaban en sus cabellos polvos amarillos, se daban de negro en las cejas y de blanco y encarnado en las mejillas. El oro y las pedrerías brillaban en sus vestidos: los guerreros célebres, los poetas y oradores coronados les ofrecian las palmas que habian adquirido. Los majistrados las consultaban y parecian tener la mayor influencia en las asambleas públicas. Todo presentaba la imájen de la licencia y de la corrupcion.

Pero si huyendo de los placeres tumultuosos, queria buscar el viajero la fuente de la felicidad, debia penetrar en el interior de las familias, y allí encontraba otras costumbres, otro culto. La imájen de Venus casta escitaba el respeto: una tortuga, colocada por Fidias á los pies de esta estátua, recordaba á la belleza la obligacion de defenderse, de vivir dentro de la casa y no esponerse á las miradas indiscretas.

No se veian allí las tertulias brillantes, ni los alagos indecentes y pérfidos de las Baquis, Lais, Frines, y Lámias, sino el pudor misterioso y el virtuoso amor, la dulce confianza y la laboriosa actividad: allí era el deleite moderado, casto el deseo, constante la felicidad; y el deber estaba reunido á la ventura. Los griegos, tan severos con las esposas como induljentes con las cortesanas, ecsijian que aquellas viviesen encerradas, y así solo se presentaban en las fiestas relijiosas y ceremonias públicas, acompañadas siempre de criadas y esclavas. Los majistrados velaban para que estuviesen con compostura y sin lujo. La mujer infiel á su marido, era escluida de los templos y de las fiestas públicas. Si el respeto de los griegos á las virtudes domésticas mantuvo largo tiempo la

austeridad de las virtudes republicanas, la aficion á los teatros y á las cortesanas fué una de las causas que las hizo decaer. Sus esposas estaban escluidas de las diversiones tan amadas del pueblo; pero se interesaban vivamente en las azañas de los maridos é hijos y en la gloria de su patria, sobre todo en Esparta, donde su valor escitaba el de los hombres; su estimacion premiaba la heroicidad, y su desprecio castigaba la cobardía.

Argos debió su salvacion al heroismo de una mujer. En una guerra contra los espartanos habia perdido seis mil hombres que eran la flor de sus guerreros: los demás consternados tendian ya sus manos á las cadenas; cuando Telesila, célebre ya por sus escritos, reune las mujeres mas capaces de coadyuvar á su proyecto, les pinta las desgracias y ultrajes que las amenazan, la ruina de su patria y la ignominia de la esclavitud: les distribuye armas tomadas de los templos y de las casas particulares, y puesta con ellas en las murallas, rechaza al enemigo espantado de esta imprevista resistencia.

Temiendo el jeneral lacedemonio si era vencedor, que se le echase en cara la muerte de tantas mujeres, y si era vencido, la ignominia de serlo por enemigos tan débiles, se retiró, hizo un tratado y dejó á los arjivos su territorio y su independencia. Se tributaron grandes honores á estas valerosas mujeres. Las que murieron fueron enterradas en el camino de Argos á Laconia; y á las demás se les permitió erijir una estátua á Marte. En frente del templo de Venus se puso sobre una columna el retrato de Telesila, con algunos libros á sus pies y la vista fija en un yelmo que iba á ponerse. Se instituyó una fiesta anual, en la que las mujeres se presentaban vestidas de hombres y los hombres de mujeres.

Ecsequias.—Atentos los lejisladores de Grecia á fortificar los vínculos sociales, prolongaron los deberes mas allá de la tumba, y mandaron honrar la memoria de los difuntos. En los primeros tiempos se enterraban los cadáveres: despues fueron quemados, recojiendo las cenizas en urnas, que se depositaban en los sepulcros, donde el dolor venia á derramar lágrimas, sembrar flores y ofrecer libaciones. Cuando moria un ciudadano se perfumaba el cadáver, se coronaba la cabeza de flores y se cubria con un velo: se ponia en

sus manos una torta amasada con miel para aplacar al Cerbero (1), y en su boca una moneda de plata para pagar la barca de la laguna estijia conducida por Caronte. De este modo quedaba espuesto veinticuatro horas á la vista de los que venian á cumplir los últimos deberes, y habia á la puerta un caldero de agua lustral para que se purificasen. Unos hombres enlutados iban delante de la comitiva fúnebre entonando cantos lúgubres: seguian despues mujeres plañendo, que se cortaban los rizos de sus cabellos para dejarlos sobre la tumba; y concluida la ceremonia, se daba el eterno adios al difunto. A veces se repetian las ecsequias en el aniversario de su nacimiento. En estos dias de tristeza las mujeres olvidaban el cuidado de su adorno para entregarse al dolor, hasta tal punto que fué preciso proibir por una ley que se diesen golpes é hiriesen el semblante. Otra ley declaraba incapaz de los empleos públicos al hijo que descuidase hacer las ecsequias de su padre; y muchos jenerales, como ya hemos narrado, fueron condenados á muerte por no haberlas hecho despues de la victoria, á los soldados muertos en la batalla (2). A los guerreros que morian por la patria, se les hacian funerales magníficos: las honrosas inscriciones de sus tumbas inmortalizaban sus nombres y azañas, y los oradores mas célebres pronunciaban su elojio.

REFLECSIONES SOBRE LAS ARTES, LA LITERATURA Y LAS CIENCIAS DE LOS GRIEGOS.

AGRICULTURA.—A medida que los griegos iban adquiriendo conocimientos y estendiendo la esfera de sus ideas, iban tambien apreciando las ventajas de la agricultura, ácia la cual habian manifestado tanta aversion, cuando apenas gustaban los primeros frutos de la sociedad. La agricultura es quien

(1) Cerbero, perro con tres cabezas y tres gargantas, que guardaba la puerta de los infiernos y del palacio de Pluton. Nació del jigante Tifon y de Equidna. Dícese que acariciaba las almas desgraciadas que bajaban á los infiernos, y devoraba á las que querian salir. Yendo Orfeo á buscar á Eurídice, lo durmió al sonido de su lira; y cuando Hércules bajó á los infiernos para sacar á Alceste, este héroe le encadenó y le hizo ir detrás.

(2) Veáse la nota de la páj. 153 del tom. IV de esta obra.

puebla y mantiene los estados y la que procura las verdaderas riquezas: de ella depende la felicidad de las naciones colocadas en un terreno fértil. La abundancia de las producciones naturales atrae los demás bienes, ó impide conocer su necesidad. Sin los frutos de la tierra, los demás bienes son una inutil posesion: en la fábula de Midas se ve esto realizado, y hálo llegado á confirmar la esperiencia. Así es que muchos filósofos de la antigüedad, y en particular Jenofonte, se dedicaron á ella y hubieran debido profundizar mucho. Sus ideas se limitan á la práctica comun, quizá la mejor cuando se pone sumo cuidado. No es necesario creer por el testimonio de Plinio, que un grano de trigo producia á menudo cien espigas en Beocia y en Ejipto, para convencernos de los recursos que pueden sacarse de la tierra bien cultivada. Segun refiere Ciceron, la mayor cosecha en Sicilia era de diez por uno. Siendo el terreno del Atica poco á propósito para los cereales, y únicamente bueno para la plantacion de olivares que los atenienses cultivaban con esmero, suplieron este defecto con sus colonias. Bizancio, segun Demóstenes, les daba cuatrocientos mil medimnos (1) de trigo al año, y el medimno se vendia al precio de cinco dracmas (2). De lo que se ve que la moneda era rara y que se vivia barato. En tiempo de Solon se vendia un buey en cinco dracmas solamente, y en tiempo de Sócrates se daban tres dracmas por un cerdo. Tal era el precio módico de las cosas necesarias á la vida.

Comercio.—Atenas, sin embargo, se habia dedicado al comercio desde la espedicion de Jerjes. La marina le habia abierto sus canales, pero era muy limitado. Jenofonte en su *Tratado de las rentas*, ecsorta á los atenienses á que no descuiden nada para hacerlo florecer; á que protejan á los comerciantes sean ciudadanos ó estranjeros; á que les hagan préstamos con las seguridades convenientes, y á que les provean de buques: supone, lo cual deberia ser una regla de gobierno, que la riqueza de los particulares constituye la de la nacion: recomienda en particu-

(1) Medimno, medida para los áridos, equivalente á una fanega nuestra.

(2) Cada dracma equivalia á cincuenta y ocho maravedises de vellon. Habia dobles dracmas marcadas con un buey, y equivalian á ciento dieziseis maravedises de vellon.

lar la esplotacion de las minas del pais, y en fin, les dice que los fondos del comercio mas ventajoso es elaborar por medio de la industria las materias que se poseen.

Un pueblo tan amigo de la celebridad, es claro que no podia ser muy comerciante. Corinto fué por su posicion la escala necesaria del comercio del Asia, Ejipto é Italia. Rodas, mas sabia é industriosa, se dedicó á la esportacion de vino, madera, miel y mármol; y por eso dijeron los poetas que en aquella isla llovia oro. Fué mas dichosa por su industria que si hubiera sido conquistadora; al contrario de los griegos, que arrastrados por su imajinacion, sometieron siempre el juicio á las pasiones. Su juventud parecia que habia de durar siempre; pero en breve se convirtió en vejez sin haber pasado por la edad varonil.

Mucho han perfeccionado los modernos la teoría del comercio. No puede dudarse que este proporciona á los estados bastantes riquezas, cuando está dirijido por buenos principios; ¿pero cómo han podido imajinar ciertos economistas y hombres de gobierno, que la opulencia era la base de la felicidad de los estados? ¿Cómo se han podido descuidar las costumbres, la educacion, las leyes, y abandonar los ciudadanos á una funesta depravacion, para concentrar la política en el estrecho círculo de la hacienda? La historia presenta mil ejemplos de naciones corrompidas por las riquezas, de naciones pobres con todo el oro del Perú, que nunca han estado mas cerca de su ruina que cuando parecian disponer de los tesoros del universo. Un gobierno sabio protejerá el comercio, la industria, procurará arreglar y mejorar la hacienda por medio de planes económicos; pero que no olvide nunca que lo esencial en una nacion es tener buenos ciudadanos.

Tan floreciente se puso Alejandría en tiempo de los Ptolemeos, que hizo olvidar á Tiro y á Cartago. Un canal de comunicacion mandado hacer por Filadelfo, desde Copto al mar Rojo, pobladas sus orillas de posadas y osterias para la comodidad de los mercaderes, atrajo todo el comercio del Asia meridional. El Ejipto, curado de su antigua superstición, apreció la mar tanto como antes la habia aborrecido. La marina de Filadelfo la hacen ascender á ciento veinte bajeles de alto bordo, y cuatro mil buques menores.

MARINA Y NAVEGACION.— Mucho se habia perfeccionado la marina despues de la invasion de los persas. Los barcos ó galeras de mucho bordo tenian diversas órdenes de remos, y los tripulaban con unos doscientos hombres. No es nuestra intencion hablar aquí sobre las dificultades que podian ofrecer estas filas ú órdenes de remos colocados oblicuamente, y multiplicados muchas veces para hacer ostentacion y gala en un dia de funcion; nos limitamos solamente á hacer algunas observaciones concernientes á la navegacion. La flota de Alejandro, bajando por el Indo, llegó á Susa diez meses despues de su salida, empleando tres meses por el rio y siete por el mar de la India, desde Patala á Susa. Hasta entonces no habian los griegos conocido el Océano, cuyo flujo y reflujo fué para ellos un espectáculo estraño. Posteriormente el trayecto de la costa de Malabar al mar Rojo se hizo en cuarenta dias segun Plinio (Lib. 6, cap. 23). Alejandro y sus sucesores creian que el Ponto-Euxino comunicaba con el Océano. No debe admirarnos tanto esta ignorancia como las atrevidas escursiones de los navegantes, en un tiempo en que tan pocos ausilios y tantos ostáculos habia. El globo era desconocido, y no habia guia alguna sobre los mares.

Los griegos en jeneral, esos grandes escritores que tantos monumentos preciosos han dejado en poesía, historia, elocuencia y aun filosofía, han olvidado absolutamente escribir sobre objetos de práctica, cuyo conocimiento interesa á la sociedad. ¡Cuán superiores les son en esto los modernos! ¡Qué de luces no se han derramado desde hace algun tiempo sobre la agricultura, las ciencias, las artes y el comercio, por medio de luminosos escritos, tanto mas estimables cuanto que tienen por objeto una utilidad cierta!

ARQUITECTURA. — Despues de la derrota de Jerjes, el espíritu activo de los atenienses, que de otro modo se hubiera adormecido por falta de objeto, tomó del lujo una direccion nueva, y se desplegó magníficamente en todas las obras de gusto. La administracion de Pericles fué una era de lujo y esplendor. Las artes resplandecian á la vez con un brillo admirable, y la arquitectura, la escultura, y tambien la pintura segun quieren afirmar algunos, se elevaron á la cumbre de la perfeccion. Esta edad de oro de

las artes en Grecia duró cerca de un siglo, hasta despues de la muerte de Alejandro el Grande.

La arquitectura elevó esos soberbios monumentos, cuyas proporciones encantan á la vista, mientras que las moles ejipcias solo tienen el poder de asombrar. Los griegos fueron los autores del sistema de arquitectura que universalmente se reconoce por mas perfecto. La arquitectura griega consistia en tres órdenes distintos: el *dórico*, el *jónico*, y el *corintio*.

El dórico tiene una grandeza varonil y un carácter de fuerza superior á los otros dos: por eso es mas propio para obras de gran magnitud y de un jénero sublime, que está unido esencialmente con la pureza y sencillez. De este órden es el templo de Teseo en Atenas, edificado diez años despues de la batalla de Maraton, y que hoy subsiste casi entero.

El jónico es lijero y elegante. El primero tiene una grandeza varonil; el segundo una elegancia delicada. El jónico tambien es sencillo, porque la sencillez es un requisito esencial á la verdadera belleza. De este órden eran el templo de Apolo en Mileto, el del oráculo de Delfos, y el de Diana en Efeso.

El corintio caracteriza un siglo de lujo y magnificencia en que la pompa y el esplendor se habian vuelto la pasion predominante, pero no habian estinguido aun el gusto de lo sublime y lo bello. Intenta unir todos los caractéres indicados, pero no satisface á un juicio esacto y puro, y solo agrada á un gusto corrompido.

Los órdenes *toscano* y *compuesto* son de orijen italiano. Parece que la arquitectura etrusca estaba aliada muy de cerca á la griega pero que solo poseyó un grado inferior de elegancia. La columna de Trajano en Roma es de órden toscano, menos notable por la belleza de sus proporciones que por la escultura admirable que la adorna. El órden compuesto es lo que su nombre indica; y prueba que los griegos habian apurado todos los principios de grandeza y belleza en los tres órdenes orijinales, y que no era posible formar otro sino combinándolos.

La arquitectura gótica no contradice estas observaciones. El efecto que produce no puede atribuirse á las reglas de simetria ó armonia en las proporciones entre las varias partes; sino depende de cierta idea de estension, tristeza y solemnidad que

son partes importantes del sublime.

Los edificios suntuosos son un gasto ruinoso para los mismos estados si no se procede en su construccion con una sabia economía. Vitruvio menciona y alaba una ley de Efeso, que evitaba grandes abusos en este jénero. El arquitecto antes de emprender alguna obra pública, debia manifestar el precio de su construccion, dando en fianza todos sus bienes. Si los gastos no escedian del presupuesto, se le recompensaba; si escedian en una cuarta parte, la pagaba el público; pero si ascedian en mucho mas, era de cuenta del arquitecto.

Escultura.—Antes de Pericles, era informe todo lo que habia producido la escultura. Las estátuas de los griegos, lo mismo que las de los ejipcios, tenian los brazos colgando y pegados al tronco; los muslos, las rodillas y las piernas juntas una á otra, sin jesto, sin actitud y sin elegancia. Fidias de Atenas perfeccionó este bello arte, porque unia muchos conocimientos á un talento superior. Fidias y Alcamenes tuvieron el encargo de hacer cada uno una estátua para que la mejor que saliese se pusiese sobre una columna. Puesta la estátua de Fidias en el suelo al lado de la de Alcamenes, parecia espantosa; la de éste, admirable. *Colocadla en donde debe estar*, dijo Fidias; hízose, y entonces vieron la superioridad que le daba la ciencia de la optica. Su Minerva de oro y marfil fué tambien una de sus grandes obras.

Mucho se ha hablado de las causas de la superioridad de los griegos en la escultura, y nosotros convenimos con el parecer de Heredía, el poeta cubano, de que dependió en mucha parte de la frecuencia con que tenian á la vista la figura humana casi desnuda, y en todas sus varias actitudes, como se verificaba en su *palestra* y en los juegos públicos. Así las estátuas antiguas respiran grandeza unida con una sencillez perfecta, porque sus actitudes no son el resultado de una disposicion artificial de la figura, como sucede en las academias modernas, sino la naturaleza libre. Por esto en el gladiador moribundo, cuando observamos la relajacion de los músculos y la falta visible de la fuerza y de la vida, no podemos dudar que la naturaleza fuese el modelo inmediato que tuvo presente el escultor. Y esta naturaleza era efectivamente

superior á lo que vemos hoy en la raza ordinaria de los hombres. La práctica constante de los ejercicios jimnásticos, daba una conformacion mas bella al cuerpo que la que puede hallarse hoy en los pupilos viciados de la afeminacion moderna, hijos artificiales de la moda y del lujo. Una causa secundaria de la eminencia de los griegos en las artes era su teolojía, que daba ámplio ejercicio al jenio del escultor y del pintor.

Miron de Atenas, Policteto, Lísipo de Sicion, Scopas de Paros y Praxíteles, de quien ya hemos hablado, fueron celebérrimos escultores. Contábanse mas de seiscientas obras de Lísipo. Las Venus de Praxíteles escitaban la admiracion. Por un precio igual dió á escojer entre dos Venus á los habitantes de Cos, los cuales prefirieron la menos bella porque estaba cubierta y la otra desnuda; ejemplo de pudor que se alabaria aun en los mismos espartanos. Nuestros grandes artistas modernos estudian la naturaleza en las estátuas antiguas, muchas de las cuales se han escapado de las injurias del tiempo. Nada hay que haga mas honor al gusto de los antiguos.

PINTURA. — De la habilidad de los griegos en la pintura debemos hablar con mas desconfianza que de su escelencia en la escultura, porque las muestras que ecsisten de la primera son rarísimas, y las obras que se han conservado no serian probablemente las mejores. Digan los escritores y los apasionados á las bellezas del injenio griego, lo que quieran; nosotros no podemos conceder superior mérito á los griegos en la pintura que á los artistas posteriores. Los milagros que Plinio y otros autores cuentan de la pintura griega, no pueden afirmarse, y parecen tanto menos creibles en cuanto que por confesion del mismo Plinio, los griegos no empleaban mas que cuatro colores, el blanco, el amarillo, el rojo y el negro. Suponemos que conocerian esa degradacion imperceptible de luces, ese claro-oscuro que ocupa el medio entre las luces y las sombras, que hace resaltar las figuras y aparecer los últimos términos; pero dudamos que produjesen los mismos efectos. ¿Qué podia pues hacerse con esos cuatro colores? ¿cómo podia copiarse á la naturaleza? Esas frutas pintadas con tanta verdad, que nos dicen llegaban á picar las aves, y esos caballos pintados, que hacian relinchar á los

caballos naturales, son relaciones y cuentos maravillosos con los que Plinio ha plagado sus escritos. ¿Qué hubiera dicho el señor Plinio, si hubiese visto las obras de Rafael, de Murillo, de Claudio Lorena, de Velazquez, de Salvator Rosa, de Andrea del Sarto y de ese gran catálogo de artistas que cuentan las escuelas italiana, española, flamenca y otras?

Las pinturas encontradas en el Herculano, Pompeya y el sepulcro Nasoniano de Roma, hay quien dice que fueron probablemente obras de artistas griegos, apoyados en que los romanos nunca fueron eminentes en ninguna de las artes subalternas al dibujo; pero nosotros no somos de ese parecer porque no hay datos en que apoyarse. Estraño es sobremanera, que siendo los romanos tan justos admiradores de las bellezas artísticas de los griegos, á quienes tomaron en todo por modelo, así como conservaron algunas de sus hermosas estátuas, no hubiesen hecho lo mismo con sus obras clásicas de pintura, caso de tenerlas y de haber sido tan prodijioso el arte entre ellos, como asegura Plinio. Y no se nos diga que la série de guerras y revoluciones populares á que estuvieron sujetos los griegos, puede haber causado su estravío y su ruina; porque ya hemos visto que luego que la Grecia cayó en poder de los romanos, libres sus habitantes de las turbulencias que los ajitaban, se ocuparon esclusivamente de las artes, y creemos que una de ellas seria la pintura. De consiguiente debió llegar á los romanos parte de esos prodijios que refiere Plinio, y es muy regular que al través de los tiempos hubieran llegado tambien hasta nosotros. En cuanto á reglas de perspectiva es absoluta su ignorancia.

Pintura encaustica. — Esta consistia en aplicar por medio del fuego sobre madera ó marfil la cera mezclada con colores diferentes. El conde de Cailus encontró el secreto. Los antiguos no conocian la pintura al óleo. Plinio manifiesta que antes de Neron no se pintaba sobre lienzo; y afirma que los grandes maestros rara vez pintaban al fresco. Algunos mosáicos ecsisten de la antiguedad que pueden pasar por cuadros regulares.

Ya hemos hablado de Polignoto, de Zeuxis, de Protójenes, rival de Apeles, de quien este al hacer el elójio decia: *que no sabia dejar el pincel*, aludiendo á que pecaba por un esceso de nimia esactitud y correccion. He-

mos mencionado en otro paraje á Parrasio, á quien Zeuxis reconoció por vencedor despues de haber sido engañado, dicen, por una cortina que habia pintado; y á Timanto, célebre por su cuadro de Ifijenia en donde habia cubierto bajo un velo el dolor inespresable de Agamenon.—Se dice que Apolodoro inventó la májia del claro-oscuro, antes de lo cual segun Plinio, ningun cuadro llamaba la atencion de los espectadores.

Sea como quiera, los honores y recompensas que se prodigaban á los artistas, eran sin duda el mejor medio de estimular y perfeccionar los talentos; el esceso puede tacharse únicamente á los atenienses. Cuanto mas vivamente conocian el precio de las bellas artes, mas hubieran debido conocer la superioridad de las virtudes, de las buenas acciones, y del mérito esencial, que en vez de entretener á los ciudadanos, los ilustra y gobierna para asegurar su dicha. Cuando los talentos agradables son mas considerados que los otros, cuando absorven las recompensas debidas á los servicios, cuando se apura para ellos la riqueza que la patria reclama, y cuando se hace gala de apreciarlos mirando con desden todo lo demás; entonces las costumbres, las leyes, los principios y el gobierno están amenazados de muerte. Atenas lo esperimentó. Cuando sériamente se ocupaba de las estátuas, de los cuadros y de los espectáculos, ya hemos visto á la ramera Frine, manceba de Praxíteles y de otros muchos, ofrecer desvergonzadamente la reedificacion de Tebas, con tal que pusiesen una inscricion que dijese haberla ella reedificado despues de destruida por Alejandro. Zeuxis, cubierto de púrpura y de oro, ostentaba fastosamente su orgullo en los juegos olímpicos; y Parrasio se presentaba con insolencia á la multitud adornado con una corona de oro en la cabeza, mientras Sócrates y Focion bebian la cicuta!!......

Musica. Una cosa de las mas notables en las costumbres de la antigua Grecia es la importancia que se daba á la música. En cierto modo formaba parte de la constitucion y de las leyes. La austera Esparta cuidaba de ella como de un objeto de tanta consecuencia, que estaba proibida toda innovacion en música. Platon sostiene la necesidad de esta ley, y no imajinamos otro motivo para ello que la estremada sensibilidad de los griegos, y la viva impresion que hacia sobre ellos la armonía.

Ya se habian probado las ventajas de esta, tanto para civilizar los pueblos, suavizar las costumbres selváticas, é inspirar el amor á la virtud, como para escitar á las heróicas acciones por las alabanzas de los grandes hombres; porque el canto y la poesía tendian á este objeto. En una palabra, la música entraba esencialmente en la educacion de la juventud. Polibio, autor grave y juicioso, dice que era tan necesaria á los árcades en particular, que habiéndola descuidado Cineta, una de sus ciudades, se hizo famosa por el esceso de su ferocidad y barbárie, de que entonces habia pocos ejemplos. Plutarco y otros célebres filósofos consideran á la música como un admirable medio de calmar las pasiones y arreglar el espíritu y el corazon. Pero trataban de una música varonil, sencilla y majestuosa, que no participaba de la licenciosa molicie que el mismo Platon y Aristóteles censuraban al teatro de su siglo. Debe aplicarse sus principios á la poesía y al baile comprendidos uno y otro en la idea jeneral de música. Los romanos dejaron á los esclavos un arte tan estimado entre los griegos.

En un principio no tenia la lira mas que tres cuerdas. Timoteo, en el reinado de Filipo, las aumentó hasta once, y posteriormente se le añadieron otras. Háse disputado por mucho tiempo si los antiguos habian conocido el *contrapunto*; pero por lo que nos ha llegado de su música y de sus escritos, principalmente por las reglas de práctica de Aristóxenes, lib. III, se vé claramente que jamás tuvieron de él la menor idea (1). Su música estaba dividida en diezi-ocho tonos, que marcaban con caractéres particulares. La escala inventada en el siglo XI por Güido de Arezzo (ó Aretino) ha facilitado el arte infinitamente mucho mas; y podemos asegurar que en esto como en otras muchas cosas, son superiores los modernos á los antiguos.

Arte militar.— Perfeccionándose todas las bellas artes, no impidieron los progresos del arte militar. Todas las victorias de los griegos se pueden atribuir á la disciplina de las tropas y á la pericia de sus jenerales. Entraremos en algunos detalles sobre la milicia, porque importa tener una idea de los resortes

(1) Dictionnaire de Musique par J. J. Rousseau. Véase la voz Contre-point.

que han producido los grandes acontecimientos, y decidido el destino de las naciones.

Los ciudadanos nacian para defender la patria, debian ser sus soldados, y el espíritu republicano, el amor de la libertad y de la gloria hacian naturalmente héroes. Un espartano tenia que pelear en los combates desde la edad de treinta años hasta sesenta. Los jóvenes y los ancianos custodiaban la ciudad, en donde vivian con mas dureza que los otros en el ejército. La guerra solamente templaba un poco la austeridad de este pueblo, cuyas instituciones tenian la guerra por objeto. Licurgo habia encontrado el secreto de hacer de esta un placer para ellos. En cuanto á los atenienses, desde la edad de dieziocho años, se consagraban al servicio de la república por un juramento solemne, y llevaban las armas hasta los sesenta años. Hombres que combatian por sus propios bienes, por sus mujeres y sus hijos, y sobre todo por su libertad, debian ser superiores á los guerreros ordinarios; y sin embargo ¡cuánto no consiguen las naciones modernas con el honor y con la disciplina!

Cuando las guerras se prolongaron, y se hicieron en paises lejanos, hubo necesidad de acudir al mantenimiento de las tropas. Pericles señaló un pré para los soldados. El infante tenia cuatro óbolos que equivalian á veinticuatro maravedises nuestros; el jinete una dracma, y tres óbolos el marinero. Hemos visto á los mismos espartanos sirviendo al sueldo de los persas. Las armas de los griegos eran el casco, la coraza, el escudo, la espada, la lanza y el dardo, el arco y las flechas. Estas armas se perfeccionaron con el tiempo. Ificrates, ateniense, hizo los escudos mas cortos y lijeros, y mas largas las picas y las espadas; y mandó hacer corazas de lino, mojadas en vinagre y sal, que eran, segun refieren, mejores que las de hierro, cosa estravagante y difícil de comprender. Las tropas se ejercitaban en evoluciones militares, y esta parte importante adquirió mucha perfeccion.

La infanteria constituia la fuerza principal de los ejércitos griegos; y habian abandonado los carros, tan comunes en otro tiempo y tan inútiles ó mas bien peligrosos. Su caballería, poco numerosa por falta de caballos, combatia en buen órden. No conocian ni los estribos, ni las sillas, ni las botas, y sabian parar-

se sin ellas. Sin frenos y sin bridas dirijian perfectamente sus caballos;—tanto pueden suplir la industria y la costumbre á los socorros que nosotros creemos necesarios.

En las guerras de Esparta contra los mesenios, la ciudad de Itoma, por sola su posicion sobre una montaña, habia sostenido un sitio de diezinueve años. El arte de la guerra aun estaba en su cuna; pero hizo rápidos progresos á medida que se ilustró la Grecia, y que los pueblos meditaron sobre sus intereses. Los campamentos ventajosos, la buena disposicion y órden de batalla, las maniobras sabias, los secretos del ataque y defensa de las plazas, no fueron ya secretos. Empleóse toda suerte de máquinas de guerra, catapultas, balistas, torres movibles, tortugas y arietes, cuya descripcion se encuentra en varios parajes. Basta leer los sitios de Siracusa y de Tiro, para concebir los recursos que proporcionaban á los antiguos el injenio y el valor.

No es necerio repetir que el vigor de la disciplina, las recompensas y las penas, la pasion de la gloria y el temor de la infamia fueron las causas principales que dieron á los griegos tanta superioridad sobre sus enemigos. Ningun medio descuidaban para formar hombres invencibles. Aunque los espartanos estuviesen acostumbrados desde la infancia á arrostrar la muerte, llevaban, como dejamos referido, trajes encarnados, á fin de que no apareciese la sangre de los heridos. En todos los jéneros se debe ayudar á la naturaleza; y algunas veces cosas pequeñas en la apariencia, producen grandes efectos. ¿Qué no pueden producir los dos grandes móviles del corazon humano, la esperanza y el temor, cuando su accion está dirijida con sabiduría?

Poesia. — Un gusto delicado, una imajinacion viva, un injenio fácil y fecundo, una lengua rica y armoniosa, y talentos escitados por la emulacion mas ardiente, es lo que ha proporcionado á los griegos la ventaja de ser en literatura los maestros y los modelos de todos los pueblos ilustrados. Su lengua incomparable se plegaba á todo, embelleciendo todos los asuntos. Bajo la pluma de Homero ya reunia las gracias, la fuerza, la majestad y era digna de Júpiter ó de Venus. Esto prueba evidentemente que antes de Homero habia habido buenos escritores; porque las lenguas se forman con lentitud, y no pueden per-

feccionarse sino con los trabajos literarios. En todas las naciones han precedido las composiciones poéticas á las de prosa, sin duda porque la poesía es el fruto de la imajinacion y del sentimiento. Una especie de instinto inclina á los hombres sensibles á cantar sus placeres, su felicidad, los dioses que adoran, los héroes que admiran, los hechos que quieren grabar en la memoria; y les enseña á servirse de la medida ó de la rima para espresar sus ideas con mas adorno y enerjía. Esta es la razon porque se encuentran versos entre los salvajes. La vivacidad de las pasiones ha contribuido á los progresos de este bello arte; pero su objeto ha sido á menudo el interés de la humanidad. El de la Iliada fué aogar entre los griegos una discordia fatal, escitándolos al heroismo por el espectáculo de las azañas de sus antepasados. Si se hubiesen conocido mejor las virtudes pacíficas, si Homero hubiese conocido mejor las ventajas que nacen de dichas virtudes, hubiéralas celebrado ciertamente. Sus poemas son la fuente del arte dramático, inventado en tiempo de Solon. Háse cuestionado la fidelidad de Homero como historiador; pero los hechos principales de su narracion probablemente son auténticos.

Difícil es creer que el objeto de estos poetas haya sido principalmente curar las pasiones con la fuerza de lo poético; pero no cabe duda que buscando los sufrajios de los espectadores, les daban escelentes lecciones de sabiduría, y que en el teatro no resonaban mácsimas propias para corromper las costumbres, ni envilecer las almas. ¡Cuán útiles serian las representaciones teatrales, si el encanto del placer sirviese únicamente de vehículo á los sentimientos nobles y virtuosos!

La comedia sobre todo, empleando el ridículo contra el vicio, podria ser una de las mejores escuelas para la sociedad, por mas que hayan dicho en los púlpitos frailes imbéciles y estúpidos oradores. Inconcebible es cómo los atenienses, despues de haber gustado la moral de sus poetas trájicos, eran capaces de aplaudir las bufonadas y arlequinadas indecentes de un Aristófanes. Hicieron casi un crímen el que Eurípides hubiese puesto en boca de Hipólito estas palabras: *Mi lengua ha pronunciado un juramento, pero mi corazon no ha consentido en él*, aunque el juramento de que se tra-

taba pareciese contrario al deber; y al mismo tiempo toleraban que se burlasen de los dioses, del gobierno, de los majistrados, y aun del mismo Sócrates, en piezas que escandalizaban igualmente á la relijion y á la pública honestidad.

La comedia griega se divide en *antigua*, *media* y *nueva*. La primera no conoció freno; era una sátira licenciosa, y una imitacion burlesca de personas verdaderas, que se veian presentadas en el teatro con sus propios nombres. Las leyes reprimieron esta licencia estremada y produjeron la *media*. Esta, nacida bajo los treinta tiranos, disfrazó los nombres solamente, y ultrajó á las personas, aguijoneando mas bien que amortiguando la malignidad del pueblo. En fin, Alejandro reprimió esta audaz licencia, y apareció la comedia *nueva*. Esta pintó las costumbres sin herir á los ciudadanos; ella, segun la espresion de Boileau, presentó un espejo en que cada uno podia reconocerse, reirse de sus propias faltas y aprender agradablemente á correjirse.

De la comedia antigua no nos queda nada; de la segunda ó *media* son ejemplo los dramas de Aristófanes. La grosería de sus burlas y la malevolencia que muchas veces se las inspiró, son una grave imputacion á la moral del pueblo que le toleraba. Con todo, sus obras no dejan de tener mérito, en cuanto ilustran las costumbres antiguas.

Menandro fué el astro brillante de la comedia nueva; poseia una vena de la agudeza mas delicada, con la mayor pureza de sentimientos morales. Por desgracia solo nos quedan de sus obras algunos fragmentos, conservados por Ateneo; mas en su copista y traductor Terencio podemos ver gran parte de su mérito.

Necesario es ser muy idólatra de la antigüedad para no convenir en que los grandes poetas de nuestros tiempos son superiores á los griegos en el arte dramático. Reconociendo que estos han sido nuestros maestros, no nos lleva nuestra veneracion hasta elojiar sus defectos, á costa de la justicia debida á sus émulos.

El furor de los atenienses por los espectáculos, los premios que adjudicaban á los poetas, el honor de ser preferido públicamente á los que tenian la misma carrera, todo aceleró los progresos de un arte tan interesante. Se han necesitado muchos siglos

para sustituir el buen gusto á las farsas groseras de nuestros antepasados: Atenas, por el contrario, tuvo muy luego su Sófocles y su Eurípides. Este pueblo frívolo hizo en cierto modo del teatro un negocio de estado. Laudable hubiera sido por ello si hubiese tenido siempre por objeto el mejoramiento de las costumbres; pero Aristófanes y sus secuaces estaban autorizados para esparcir el veneno en la república. ¿Qué idea se deberá formar de un estado en que los bufones tienen el derecho de insultar á la misma virtud, y el poder de sublevar á los ciudadanos contra ella?

Todos los otros jéneros de poemas, la oda, la elejía, la poesía pastoril y el epígrama, nos han venido de la Grecia. Los modernos los han perfeccionado. Toca al jenio, guiado por el órden natural, aprovecharse de los antiguos modelos, observando sus defectos é imitando con mas gusto sus bellezas.

Rapsodas.—Despues del tiempo de Homero y Hesiodo, se aumentó el gusto á la poesía; y con tal motivo se levantaron unos hombres llamados *Rapsodistas* ó *Rapsodas*, cuya ocupacion era recitar en los juegos y fiestas públicas las composiciones de los poetas mas antiguos, comentar su mérito, y esplicar su doctrina. Algunos de estos, que fundaron escuelas de instruccion, recibieron de sus discípulos el nombre de *Sofistas*, ó instructores de la sabiduría.

Juegos.—Los griegos ambicionaban toda suerte de gloria: las turbulencias civiles, facciones populares, guerras sangrientas, é invasiones de los enemigos, no les quitaban la aficion á los juegos públicos: suspendiendo sus divisiones, corrian para reunirse unos con otros y disputar pacíficamente la palma de la trajedia, la lira y la historia, ó el premio de la carrera, la lucha, el cesto ó el pujilato. Los sitios en que se celebraban estos certámenes, parecian templos consagrados á la Paz enmedio de los campos de batalla: estaban llenos de inscriciones en honor de los vencedores. Cada ciudad depositaba en ellos una gran suma de dinero y sus mejores cuadros y estátuas: además estaban enriquecidos con los regalos de los príncipes estranjeros. Los oráculos que allí se consultaban, aumentaban el número de los concurrentes y el brillo de las funciones. A pesar de la oscuridad de los oráculos y de la venalidad bien conocida de los sacer-

dótes, la supersticion del pueblo y la política de los gobiernos mantenian la credulidad. Las convulsiones de la Pitia ó sacerdotisa de Delfos, sus ojos estraviados, sus gritos dolorosos, y sus erizados cabellos, persuadian al vulgo que un dios la impelia y le dictaba su respuesta. Muchas ciudades y repúblicas fueron destruidas por la palabra de un pontífice corrompido ó de una vírjen ó sibila delirante.

Teatros.—Saliendo de estas reuniones jenerales, volvian los griegos á sus ciudades, donde su principal diversion era el teatro. El de Atenas era vastísimo, pues cabian en él treinta mil personas. La parte anterior de la escena se dividia en dos: los actores ocupaban la mas elevada, y el coro la mas baja. La orquesta quedaba vacía: en ella se celebraban los certámenes de baile, música y poesía. Las mujeres estaban sentadas en el anfiteatro, separadas de los hombres y de las cortesanas ó rameras. A los majistrados, jenerales y corporaciones, se reservaban sitios distinguidos: los demás se colocaban tumultuosamente, se paseaban, disputaban, compraban vino, frutas y pasteles, y solian pasar allí la noche. En un mismo dia se representaban *mimos* ó parodias burlescas de la trajedia ó la comedia; *pantomimas* que solo consistian en jestos, farsas, trajedias y comedias: los actores usaban máscaras en que estaban pintadas las facciones con rasgos muy fuertes, y cuya boca estaba construida de tal modo, que aumentaba la fuerza de la voz. Es probable que la trajedia y comedia de los griegos y romanos estaban puestas en música, y se cantaban como el recitado de la ópera italiana. A veces se empleaba una persona en recitar ó cantar el papel, y otra en hacer la accion ó jesticulacion correspondiente. Por medio de máquinas injeniosas, que jiraban sobre ruedecillas, se presentaba al espectador ya la parte interior, ya la esterior de un edificio: otras servian para la bajada de los dioses, la aparicion de las sombras, y para imitar el fuego y el estruendo del rayo.

El asiento del teatro costaba al principio una dracma por persona. Pericles, deseando entretener á los atenienses con placeres para que no pensasen en los negocios, redujo el precio de los asientos á un óbolo, y aun distribuyó dinero á los pobres, con que los pudiesen comprar. Los griegos se entregaban con suma aficion á las representaciones,

donde veian las aventuras de sus dioses, las azañas de sus reyes, y la gloria de su patria descrita por célebres poetas. Para satisfacer la aficion al teatro, se llegó al estremo de gastar en esta diversion los tesoros reservados para armar las escuadras y pagar las tropas.

Historia.—Una de las principales obligaciones que tenemos de respetar á los griegos, es por habernos dado á conocer la historia. Una confusa amalgama de hechos sin órden ni método, tradiciones frecuentemente absurdas, transmitidas sin saberse cómo, son las que han formado los anales de casi todas las naciones, sirviendo solo para perpetuar su ignorancia, hasta que habiéndose jeneralizado el arte de pintar el pensamiento, algunos escritores laboriosos é ilustrados han recojido, ecsaminado y puesto en órden los materiales históricos para formar de ellos un cuerpo de obra instructivo é interesante. Por fábulas que hayan podido introducirse en las obras de esta especie, cuando abrazaban antigüedades cuyos monumentos ya no ecsistian, se encuentran demasiadas verdades útiles: y aun lo que no es menos precioso, por medio de las mismas fábulas, se aprende á suspender el juicio, y á formar dudas necesarias para descubrir la verdad. Los errores de los antiguos, despues de haber engañado por mucho tiempo á una multitud de espíritus crédulos, han producido las reglas de crítica, por las cuales debemos garantirnos del error.

Dícese de Herodoto, que amaba demasiado lo maravilloso para poder discernir bien la verdad; pues se le ve narrar con cierto aire de candor esas ficciones brillantes que han merecido á la Grecia el reproche de falsedad. *(Græcia mendax.)*

Dionisio de Halicarnaso, á quien se alaba como un buen historiador y un buen crítico, al hacer el paralelo de Herodoto y de Tucídides, da la preferencia al primero, por razones que no creemos dignas ni de un crítico, ni de un historiador. Critica al último por la eleccion de su objeto, la tristeza de sus espectáculos, la falta de episodios y de digresiones, y por la severidad con que trata las faltas de otro, etc. Acaso se deberia criticarlos por haber puesto en la historia muchas arengas que la embellecen á espensas quizá de la verdad.

Polibio de Megalópolis, alumno de Filopémen, amigo del gran-

de Scipion, merece la preferencia entre todos los historiadores griegos mencionados, y de la mayor parte de los latinos. De su historia universal, que contiene todos los acontecimientos desde los primeros años de la segunda guerra púnica, hasta la conquista de Macedonia, no quedan mas que los cinco primeros libros con algunos fragmentos. Dionisio de Halicarnaso dice que no puede sostenerse la lectura de Polibio, porque no sabe colocar las palabras. Este crítico era aficionado á la bella fraseolojia y preferia ciertamente las palabras á las cosas. Bruto juzgaba mejor: estudiaba á Polibio la víspera de la batalla de Farsalia.

Ya hemos hablado de Platon y Aristóteles. Las obras del primero contienen muchos rasgos morales y detalles políticos: este filósofo da á conocer la vida literaria y privada de los principales sabios de su siglo, y proporciona materiales importantes para la historia del espíritu humano, manifestando cuáles eran las esperanzas y las ideas de los antiguos filósofos sobre la inmortalidad. Ningun filósofo ha tratado este objeto mejor que Platon; pero él mismo conocia muy bien que solo Dios puede darnos la certidumbre y disipar las tiniebIas que ocultan el porvenir. En él se encuentran una multitud de opiniones y ceremonias que han pasado al cristianismo. El judío Filon tomó de él la interpretacion alegórica, y los padres de la iglesia, que tenian mas imajinacion que conocimiento de lenguas, mas calor en los sentimientos que crítica y precision en sus juicios, elevaron á las nubes al *divino* Platon, el amigo del lenguaje simbólico y de los dogmas misteriosos.

Aristóteles se diferencia de Platon como el buen sentido difiere del espíritu, y como la razon madura del hombre hecho, de la imajinacion ardiente de la juventud. Lo que nos resta de su obra sobre la política es en estremo instructivo; pero Aristóteles es célebre sobre todo por el imperio esclusivo que ejerció durante muchos siglos sobre las escuelas árabes y cristianas. Su doctrina ha sido la fuente de muchos errores, y no creemos que estos errores pertenezcan á sus comentadores mas bien que á él, como dicen algunos. Su moral es una obra magna: su historia de los animales contiene observaciones cuya precision se disputaba en otro tiempo, pero que han venido á confirmar los descubrimientos modernos.



Teofrasto ha escrito sobre las plantas con una claridad y gracia que no poseia en tan alto grado su maestro Aristóteles. En sus obras se puede tomar el conocimiento de las producciones naturales del Asia y de la Grecia.

Los escritos sobre la música recojidos por Meibomio, y aun el poema de Nicandro sobre los venenos, contienen rasgos históricos. Los fragmentos de los jeógrafos recopilados por Hudson, tienen tambien su especie de interés; ¿pero quién podria profundizarlo todo? Apenas se ha llegado á las fuentes de ninguna ciencia: ninguna de ellas es todo lo que podría ser ni lo será jamás. La verdad está en Dios solo; buscarla es nuestra principal mision sobre la tierra.

Elocuencia.—Antes de Pericles habia tenido Atenas pocos oradores; porque la tribuna de las arengas era un teatro abierto al zelo y á la ambicion. Por esto se atribuye á Pericles el orijen de la verdadera elocuencia, que reune el arte de convencer por la razon, al talento de persuadir por el sentimiento. La elocuencia no podia dejar de florecer en una ciudad en que los honores y la fortuna eran el fruto de los sufrajios populares; en donde imperaba sobre las deliberaciones y sobre la misma república; y en donde el hombre mas elocuente se hacia tambien el mas poderoso. No nos admiremos que Demóstenes, escitado por semejante motivo, hiciese tan grandes esfuerzos para sobresalir en su carrera. Ya en otro paraje hemos hablado de los oradores.

Luego que el arte de la oratoria tuvo crédito, hubo maestros para enseñarla. Los sofistas en jeneral se erijieron en retóricos. Sus preceptos y ejemplos se hacian contajiosos. En vez de seguir los principios de la verdad y de la naturaleza, aprendian á desnaturalizar todos los objetos, á hacer lo pequeño grande, á dar á lo falso el colorido de la verdad, á sostener indiferentemente el pró y el contra, á deslumbrar en fin con prestijios cuya impresion no podia ser durable. Se necesitaba un filósofo como Aristóteles ó un orador como Ciceron para dar una buena retórica. Además, solo el estudio de los grandes modelos, el ejercicio frecuente, y sobre todo el talento y el jenio son los que pueden hacer verdaderos oradores. La elocuencia debe estudiarse en las Filípicas y otras grandes obras semejantes. Las buenas reglas dirijen el gus-

to; y los buenos modelos lo animan y lo forman.

Filosofia.—Cuando los espíritus están en movimiento, y la curiosidad, la emulacion y otros motivos diversos los llevan al estudio, todos no pueden seguir la misma carrera; y si las bellas letras tienen un atractivo insensible para unos, las ciencias para otros no son menos encantadoras. La pasion de saber y el amor á la verdad se desarrollan aun enmedio de las musas. Luego que principian á ser conocidos los placeres de la razon, se embotan los de la imajinacion en los espíritus activos y serios, que prefieren lo sólido á lo agradable, ó mas bien que encuentran un entretenimiento y placer en lo verdadero. El hombre, la sociedad y la naturaleza les ofrecen una materia inmensa de reflecsiones y de ensayos. Abrazan la filosofia porque no encuentran en otra parte con que satisfacer sus inclinaciones.

Los primeros filósofos fueron sabios, aplicados principalmente al estudio y práctica de los deberes. Meditaban sobre lo que puede asegurar la ventura de los particulares y de los estados; á este objeto se dirijian sus mas profundas contemplaciones; no conocian ni las vanas sutilezas, ni las disputas de palabras, ni el espíritu de sistema y de secta que tantos errores y estravagancias produjeron, cuando se salieron de la esfera de las cosas sensibles para crear causas intelectuales, y cuando se sacrificó el amor de lo verdadero, al deseo de hacer triunfar la opinion. Entonces se perdieron en las hipótesis sobre el orijen del mundo, sobre la primera causa, sobre el soberano bien, etc., etc. La sabiduría se evaporó en desvaríos y en sofismas. Lo que una buena mujer dijo á Tales de Mileto, viéndole caer en un oyo cuando contemplaba los astros, podia aplicarse muy bien á la mayor parte de los antiguos filósofos, y á muchos de los siglos posteriores. *¿Cómo quieres conocer el cielo, si no ves lo que está debajo de tus pies?* Por lo menos hubieran debido preferir lo útil á las quimeras de la imajinacion.

Sectas filosóficas.—La filosofia griega se divide en dos ramos principales, la secta *jónica*, y la secta *itálica*: una y otra se subdividen en otras muchas sectas. Tales, contemporáneo de Solon, fundó la secta jónica (640 A. C.) y fué célebre por sus conocimientos en jeometría y en la astronomía de su tiempo. Ape-

nas se saben sus doctrinas metafísicas; enseñó, como hemos dicho en otro lugar, la ciencia de una primera causa y de una providencia universal; pero supuso que la divinidad animaba el universo como el alma el cuerpo humano. Las doctrinas morales de la escuela jónica eran puras y racionales. Los discípulos mas eminentes de Tales fueron Anaximandro y Anaxágoras.

Despues de la secta jónica estableció la *itálica* ó italiana Pitágoras, que nació por los años 586 A. C. Se supone que sacó de Ejipto mucha parte de su ciencia, y tenia, como los sacerdotes de aquel pais, una doctrina pública para el pueblo, y otra particular para sus discípulos: la primera ofrecia un buen sistema de moral, y la segunda consistia probablemente en misterios ininteligibles. Sus nociones de la divinidad eran semejantes á las de Tales; pero creia en la eternidad del universo y su coecsistencia con Dios. (Véase la páj. 100 del tomo IV de esta obra). Sus principales discípulos fueron Empedocles, Epicarmo, Ocelo, Lucano, Timeo, Arquitas, Zeleuco y Carondas.

La secta *eleática* fué fundada por Jenófanes, como quinientos años A. C. Sus principales defensores fueron Parménides, Zenon y Leucipo, ciudadanos de Elea. Las nociones metafísicas de esta secta eran absolutamente inintelijibles. Sostenian que las cosas no tenian principio ni fin, ni esperimentaban mudanza alguna, y que todas las variaciones que veíamos en ellas, solo estaban en nuestros sentidos. Con todo, Leucipo enseñó la doctrina de los átomos, de los cuales suponia formadas todas las sustancias materiales. De esta secta fueron Demócrito y Heráclito.

La *escuela socrática* nació de la jónica. Ya hemos hablado en otro paraje de Sócrates y de su doctrina. Atacó las supersticiones politeísticas de su patria, y por eso fué víctima de una acusacion de impiedad.

La secta *cirenáica* cultivó la moral de Sócrates, pero los *cínicos* la llevaron á un esceso estravagante. En su opinion, la virtud consistia en renunciar á todas las comodidades de la vida. Se vestian de andrajos, dormian y comian en las calles, ó vagaban por los campos, con un palo y un morral. Condenaban como inútiles todos los conocimientos; asociaban la impudencia á la ignorancia, y se abandonaban sin restriccion á chocarrerias é invectivas.

La secta *megariana* fué la inventora feliz del silojismo lójico.

Platon fundó la secta *académica*: las doctrinas de este filósofo han tenido un influjo mas vasto sobre los entendimientos humanos que las de ningun otro de la antigüedad, y lo han debido en parte á su mérito real, y acaso mas á la elocuencia con que las desenvolvió su autor. Platon tuvo las ideas mas sublimes de Dios y de sus atributos. Enseñó que el alma humana era parte de la divinidad, y que su alianza con la intelijencia eterna podia adelantarse hasta llegar á comunicarse con el ser supremo, si se abstraia de todas las corrupciones que sacaba del cuerpo; doctrina por cierto muy lisonjera al orgullo humano y enjendradora del entusiasmo místico, del cual se han sabido aprovechar esos hombres que se llamaron frailes; y doctrina en fin, que tan poderoso imperio tiene sobre las imajinaciones ardientes.

La filosofia *platónica* tuvo por principales opositores cuatro sectas notables, la *peripatética*, la *scéptica*, la *estóica* y la *epicúrea*.

Ya hemos hablado en otros parajes de Aristóteles. Estableció su escuela en el Liceo de Atenas: las opiniones de este filósofo han hallado partidarios mas celosos y opositores mas empeñados que las de ningun otro. Su metafísica es oscurísima por la brevedad sentenciosa de sus espresiones, y ha dado márjen á infinitos comentarios. Su doctrina sobre la divinidad es equívoca. Unas veces quiere que el mundo sea Dios; otras admite un Dios superior al mundo. Las tinieblas que ha esparcido sobre casi todas las materias que trató, las han aumentado mucho mas la ignorancia de los peripatéticos modernos. Pero sus obras de física son el resultado de una grande observacion y del conocimiento de la naturaleza. Su poética y arte de retórica muestran á la vez gusto y juicio. La pasion peculiar de Aristóteles fué la de clasificar, arreglar y combinar los objetos de sus conocimientos de tal modo, que se pudiesen reducir estos á pocos principios; propension muy peligrosa en filosofia, y que no puede menos de embarazar los progresos de la ciencia.

Pirron fundó la secta llamada *scéptica*. Sus discípulos no formaban sistema alguno, sino procuraban debilitar los fundamen-

tos de todos los demás. Inculcaban la duda universal como la única sabiduría verdadera. En su opinion no habia diferencia esencial entre el vicio y la virtud, sino en cuanto los habia separado el convenio de los hombres. Suponian que la tranquilidad de espíritu era el estado de mayor felicidad, y que solo podia alcanzarse mirando con una indiferencia absoluta todos los dogmas ú opiniones.

Los estóicos proponiéndose el mismo fin, la traquilidad de espíritu, tomaron una senda mas noble para llegar á él. Emprendieron hacerse superiores á todas las pasiones y afectos de la humanidad. Creian que toda la naturaleza, y Dios mismo, alma del universo, estaban sujetos á pocas leyes inmutables; y que siendo el alma humana parte de la divinidad, no podia el hombre quejarse de que le rijiese la necesidad á que cedia la divinidad misma. Que sus penas y placeres se determinaban por las mismas leyes que determinan su ecsistencia: que la virtud consistia en acomodar la disposicion de nuestras almas á las leyes inmutables de la naturaleza, y el vicio en oponernos á ellas: por consiguiente, que el vicio era una locura, y la virtud la sabiduría verdadera. En las meditaciones de Marco Aurelio Antonino hay una bella pintura de la filosofía estóica.

Epicuro enseñó que la suprema felicidad del hombre consiste en el deleite; pero limitó su término de modo que solo significase la práctica de la virtud. Empero, si el objeto del hombre debe ser el deleite, cada uno lo sacará de las fuentes que crea mas propias para proporcionárselo. Puede ser que el deleite de Epicuro fuese casto y moderado; al menos, así nos dicen que era. Pero otros hallan deleites en la intemperancia y el lujo, y tal fué el gusto de sus principales sectarios. Epicuro creia que la divinidad miraba con indiferencia todas las acciones de los hombres. Por consiguiente, sus prosélitos no tenian mas guia que sus conciencias y el deseo instintivo de su felicidad.

Por la reseña que acabamos de hacer, se ve que la filosofía griega en jeneral apenas presenta mas que una pintura de la imbecilidad y de los caprichos del entendimiento humano. Sus maestros, en vez de esperimentar y observar, se contentaron con formar teorías; y como estas no tenian hechos por base, solo han servido para con-

fundir el entendimiento, y retardar igualmente el adelanto de la sana moral y los progresos de los conocimientos útiles.

Jeometria.—A pesar del gusto de los sistemas, los griegos cultivaron la jeometría, esa ciencia, que procediendo únicamente por demostraciones, es tan propia para disgustar al espíritu de toda opinion incierta. Pitágoras la enseñaba á sus discípulos. Anaxágoras, Platon, Aristóteles y otros muchos, hicieron uso de ella. Eúclides de Alejandría, cuyos *Elementos* serán siempre estimados, la perfeccionó ácia el año 300 antes de Jesucristo. Arquimedes hubiera sido un Newton en nuestro siglo. Las máquinas que empleó contra los romanos en el sitio de Siracusa, le parecian un juego en comparacion de sus descubrimientos científicos. Habiendo propuesto que si se le daba un punto fijo fuera de la tierra, la moveria como á cualquier otro cuerpo, dícese que probó esta asercion, moviendo una de las mayores galeras y mas cargadas, por medio de una máquina á la cual no hizo mas que aplicar el dedo. Rollin ha puesto en duda esta esperiencia; pero no puede dudarse que Arquimedes fué un prodijio de jenio. Ausiliado de la hidrostática, descubrió el robo de un platero, que en una corona de oro hecha para el rey Hieron, habia añadido otro metal al oro de que debia componerse. Su espejo ustorio para abrasar la flota de Marcelo, se mira en nuestros dias como una quimera. Se ha visto el de Buffon, y aun niegan el de Arquimedes.

Astronomia.—Esta fué introducida en Grecia por Tales, que dió á conocer el movimiento del sol y de la luna, el año solar, la causa de los eclipses, y la constelacion de la osa menor en cuya cola se encueutra la estrella polar, descubrimiento tan necesario á los navegantes. Anaximandro, su discípulo, inventó la esfera, segun Plinio, ó las cartas jeográficas, segun Strabon, y puso en uso los relojes solares. Pero estas pretendidas invenciones de los griegos, vienen seguramente del Ejipto ó de la Fenicia. Su ignorancia en astronomía se disipó muy lentamente. El mismo Anaximandro no creia que el sol fuese mas grande que el Peloponeso; y á pesar de las lecciones de Tales, en tiempo de Demetrio Falereo no tenia el año mas que trescientos sesenta dias. Meton, sin embargo, publicó en Atenas, durante la guerra

del Peloponeso, su *Enneadecateride*, llamado hoy el *número de oro*, que es un ciclo de diezinueve años, al cabo de los cuales vuelve la luna á comenzar su curso con el sol casi á una misma hora con algunos minutos de diferencia.

Eudoxio, discípulo de Platon, encontrando pocos recursos en Atenas para la astronomía, fué á estudiar á Ejipto, de donde sacó el conocimiento de las constelaciones y de los planetas. Acia la misma época, Piteas que vivia en una colonia de los fóceos, hizo sobre la sombra del sol al tiempo del solsticio, una observacion célebre, por la cual determinó la latitud de su patria. Atravesó el Mediterráneo, entró en el Océano y se adelantó hasta la isla de Thule (la Islandia); en seguida penetró en el mar Báltico, hasta la embocadura de un rio á quien llama Tanais, y que verosímilmente es el Vístula; y habiendo observado que los dias alargaban en el solsticio de verano á medida que el sol avanzaba ácia el Norte, estableció la distincion de los climas por la lonjitud de los dias y las noches.

Strabon y aun el mismo Polibio, han atacado la realidad de los viajes de Piteas, suponiendo inabitables los climas que decia haber recorrido. ¡Tan conveniente es suspender nuestro juicio en las cosas que ignoramos! Herodoto no podia dejar de reirse (estas son sus mismas palabras) de los que creian que la tierra estaba rodeada del Océano; y no imajinaba cómo los navegantes de Necos pudieron haber visto el sol en una posicion contraria á la en que nosotros le vemos en Europa. Muchos siglos despues ¿no se ha negado altamente la ecsistencia de los antípodas? ¿no se ha tachado de error y de locura á los que la admitian? ¿no se ha querido hacer y se ha hecho una herejía de esta verdad, solo porque hubo un hombre que no alcanzaba á lo que hoy no duda la persona mas ignorante en la ciencia? Convengamos en que se han dicho muchas necedades por hombres muy respetados, y á quienes el espíritu de secta y relijion ha ensalzado con sobrada adulacion y menguada crítica.

Las observaciones astronómicas ilustraron á Aristóteles sobre la figura y tamaño de la tierra. La redondez de su sombra en los eclipses de luna, la desigualdad de las alturas meridianas segun los climas, le hicieron conocer que era esferoide. Luego que Alejandría se convirtió en asilo

de las ciencias, Eratóstenes, bajo Ptolemeo Everjetes, hizo nuevas observaciones para medir la circunferencia del globo; Hiparco, su contemporáneo, hizo la enumeracion de las estrellas fijas, y descubrió su movimiento particular alrededor de los polos de la eclíptica. Plinio llama á Hiparco *el confidente de la naturaleza*. Bajo el reinado de Antonino, fué cuando el famoso Ptolemeo dió un curso completo de astronomía.

JEOGRAFIA.—La jeografia que tan enlazada está con esta ciencia, puesto que las observaciones astronómicas sirven para medir la tierra, y fijar la posicion de los lugares, no podia avanzar sino con lentitud y á medida que se descubrian los paises y se ecsaminaban. Cosa estraña es que Homero no supiese en esta materia mas que Herodoto: los griegos, en tiempo de Jerjes, no se imajinaban que pudiese haber mas tierra que hasta las columnas de Hércules. La navegacion los ilustró; el comercio estendió su conocimiento. Las conquistas de Alejandro fueron muy útiles á la jeografia, é hizo nuevos progresos bajo los sucesores de este príncipe. Strabon, en tiempo de Augusto, y Ptolemeo despues, hicieron muchos adelantos. Este último se ocupó en determinar la lonjitud y latitud; único método para llegar á una esacta precision.

En este jénero, como en todas las ciencias esactas, los antiguos son infinitamente inferiores á los modernos. Su jeografia está plagada de errores. Y ¿cómo no habia de ser así, pues M. de L'Isle ha probado con observaciones astronómicas, que los habia muy considerables aun en las mejores cartas modernas? El disminuye al Asia sobre quinientas leguas, y al Mediterráneo, como unas trescientas. Admiremos cómo han podido hacer los antiguos tan grandes progresos, con tan pocos ausilios, cómo sin telescopios y sin números árabes, han podido ser astrónomos y jeómetras.

DESCUBRIMIENTOS MODERNOS ATRIBUIDOS A LOS ANTIGUOS.—Algunos escritores los honran con nuestros mas principales descubrimientos. Los pitagóricos pensaban que la tierra y los planetas jiraban alrededor. Empedocles, que una tradicion ridícula, como hemos dicho ya, supone haberse precipitado en el volcan del monte Etna en Sicilia, referia al peso del aire el fenómeno del sifón, en que el agua permanece suspendida, ín-

terin el dedo se mantiene aplicado á la abertura. El mismo filósofo habia imajinado una especie de fuerza de atraccion poco diferente de la atraccion neutoniana. Ciceron y Séneca esplicaban el flujo y reflujo por la presion de la luna. Pero estas eran nada mas que conjeturas y sistemas aventurados, pues carecian de pruebas. La gloria de los modernos está en haber hallado por medio de la observacion, el secreto de la naturaleza.

MEDICINA.—Necesaria ésta bajo muchos conceptos, mas por culpa de los hombres que por debilidad de la naturaleza, era todavia una ciega y limitada rutina, poco antes de la guerra del Peloponeso. Desde el siglo de Homero, en que ni los ungüentos ni los emplastos se conocian indudablemente, puesto que de ellos no dice una palabra, cuando habla hasta de los menores remedios, no se ve que estuviese perfeccionada. Si Pitágoras merece un lugar entre los célebres médicos, como pretende Celso, acaso seria por su equívoca reputacion de hombre universal. Heróﬁlo, que vivia cerca de 570 años antes de Cristo, parece no obstante haber adquirido conocimientos médicos. Se asegura que obtuvo el permiso de disecar aun estando vivos, los criminales condenados á muerte, y si puede creerse á Tertuliano, disecó seiscientos. ¿Pero es esto creible? Herodico de Sicilia, maestro del célebre Hipócrates, es mirado como el jefe de las dos sectas de medicina que se llaman *dietética y jimnástica,* cuyos remedios consisten en la dieta, el réjimen y los ejercicios corporales. Debia pues, ser muy superior á los charlatanes que estendian á su presencia tantas recetas inútiles ó dañosas.

HIPÓCRATES, en fin, vino á arrojar sobre la ciencia un tesoro de luz y sabiduría. Este grande injenio nació en la isla de Cos, ácia el año 460 antes de nuestra era. Aun cuando se pusiesen en duda los servicios que hizo á los griegos segun la mayor parte de los historiadores, durante la orrible peste que asolaba el Atica y se estendia hasta la Persia, como ya hemos referido en el tomo II de esta obra, páj. 123, sus obras que subsisten, y subsistirán admiradas siempre como obras maestras, bastarán á hacer su mayor elojio. Habíase instruido recopilando todas las observaciones de sus predecesores, y nadie mejor que él supo aprovecharse de ellas. Los remedios mas simples le parecian los mas

eficaces, y aun los empleaba lo menos posible. La sencilla confesion que hace de algunas de sus faltas, y de muchas curaciones inútiles, prueba cuán superior era á la ciega presuncion, y que su gloria la cifraba en el bien público. El célebre Galeno, bajo el reinado de Marco Aurelio, le miraba como su maestro.

Triste es para la humanidad que los médicos, lo mismo que los filósofos, se hayan dividido en tantas sectas rivales, cuyos opuestos principios conducen á prácticas contrarias. *Empíricos dogmáticos*, *metodistas*, *brunanios*, *brousistas*, etc., son nombres que deben inspirar miedo, porque suponen un hombre sistemático que no ve las enfermedades sino al través de sus preocupaciones. Caton, á lo que parece, hablaba de semejantes hombres cuando dijo: *Todo se pierde si los griegos nos traen su literatura, y particularmente si nos envian sus médicos. Ellos han jurado matar por medio de la medicina á todos los que llaman bárbaros* (1).

BOTANICA, QUIMICA, ANATOMIA, etc.—La botánica, de quien necesita particularmente la medicina, estaba todavia en la infancia. Dioscórides y Plinio casi no han conocido mas que seiscientas plantas. Desde el principio del siglo XVI se conocian mas de seis mil, y despues con el método se ha perfeccionado mucho la ciencia. La química médica es una ciencia moderna que trae su orijen de los árabes. La anatomía no ha podido hacer progresos sino en siglos posteriores, en que ya la superstición no ha impedido la diseccion de los cadáveres. Hoy se cuentan anatómicos cuyos conocimientos asombrarian á nuestros antepasados. Así es que la cirujía y la farmácia, separadas al presente de la medicina, de la cual formaban parte en otro tiempo, han adquirido una admirable perfeccion, desconocida á toda la antigüedad. Pero los ejercicios del cuerpo, la lucha, el disco, la carrera á caballo, todos estos juegos en que tanto gustaban distinguirse los griegos; los ejercicios militares, que entraban en los deberes del ciudadano, la accion, en fin, y la sobriedad valen mucho mas que todos los remedios.

CIENCIA ECONÓMICA.—Una ciencia esencial al gobierno, muy poco cultivada por los griegos, ó por lo menos muy descuidada por sus escritores, es la ciencia

(1) PLIN.

económica. Apenas sabemos algo sobre su sistema de hacienda, su administracion, sus principios en esta materia, y sobre muchos detalles mas interesantes y útiles en sí, que aquellos con que han enchido sus historias. La sabia Atenas parecia preferir siempre lo especioso á lo sólido. Sus filósofos, esceptuando un número muy pequeño, se abismaban en vagas especulaciones, se dedicaban á discursos sobre jeneralidades, y desdeñaban lo que unido á las costumbres y á las leyes, constituye la base de la felicidad de los ciudadanos. Tantos sistemas sobre el orijen del mundo, sobre el soberano bien, no hacian mas sabios á los hombres, ni mas floreciente al estado. La república imajinaria de Platon ¿vale tanto como unos buenos principios sobre la vida comun y sobre el gobierno del estado?

Tenemos dos tratados de Jenofonte, uno titulado *Económica* y otro *Rentas*. El primero es respecto á la economía privada; el segundo á las rentas de Atenas. Estos trozos preciosos, aunque bastante superficiales, merecen ser leidos. El autor encomia con razon los cuidados domésticos, sobre todo la agricultura, sin instruir mucho sobre esta materia: no habla ni aun del enjerto; y segun él, el arte consiste en la observacion de la naturaleza; pero la ignorancia, y no la pereza, es la que perjudica en la cultura de las tierras. Este principio, verdadero en jeneral, seria falso y pernicioso si escluyese todo método nuevo; porque por mas que se ensalcen los usos antiguos ¿no han sido reformados en muchas cosas? ¿y cuánto no hay todavia que perfeccionar? Convengamos, sin embargo, en que el trabajo hará mas que todo. Inspírese amor á él por el bienestar que debe producir, y como el grande arte para hacer fecunda la tierra.

El tratado sobre los medios de aumentar las rentas del Atica, es mas curioso, porque ofrece cosas menos conocidas. Sin repetir lo que ya se ha dicho en otro paraje, espondremos sencillamente algunas ideas de Jenofonte, dignas de un ecsámen particular. El se adiere principalmente al comercio, que era en efecto el recurso de un pais estéril. Insiste sobre las ventajas de la situacion de Atenas, y la ecsajera cuando quiere que se la mire, no solamente como el centro de la Grecia, sino como el del universo. Recomienda

con razon se haga por atraer de todas partes y por todos los medios á los estranjeros, para que se aprovechen de su industria y bienestar. Cada estranjero pagaba un tributo de doce dracmas. *Ponedlos en el caso*, dice el autor, *de que nos amen y nos sirvan con utilidad*. Es preciso conocer la necesidad de romper las trabas del comercio, y sobre todo abreviar los procedimientos que retardan las operaciones y alejan á los estranjeros. Propone se construyan mercados, almacenes, buques mercantes, y patentiza el provecho que de todo pudiera sacarse;—empresas por cierto mucho mas preferibles á todas las de lujo y ornato, que traen en pos de sí la ruina de los pueblos.

Respecto á la esplotacion de minas, espone que *la plata no se parece á las otras producciones de la tierra, y que la grande abundancia jamás la hace bajar de precio; que el oro, si fuese mas comun que la plata, haria aumentar el precio de esta y él bajaria*. La última proposicion es probable; pero si la gran abundancia de la plata no la hace bajar de precio ¿no aumenta ella el precio de los jéneros? ¿no se necesita mas plata para vivir? ¿y no es esto lo mismo que si la plata bajase?

A juzgar de todo esto por la misma obra de Jenofonte, los atenienses estaban nada mas que medianamente instruidos en hacienda y economía política. Algunos particulares se enriquecian en la esplotacion de minas, mientras el estado descuidaba este recurso. El autor propone medios para conciliar el interés del estado con el de los particulares. Observa sabiamente que todo no se debe emprender á la vez; que es necesario proporcionar las empresas á las facultades; que el buen resultado de un primer establecimiento facilitará el de un segundo, y este el de otros muchos. Manifiesta aderirse á una idea quimérica al pedir que se establezcan majistrados para que hagan observar una paz perpétua; pero advierte que *el medio mas seguro de vencer á sus enemigos es no hacerse ninguno*. Concluye con ecsortar á que se consulten los oráculos para saber si el cielo autoriza la ejecucion de sus proyectos, y el ausilio de qué dios es menester implorar particularmente. ¿Era posible imajinar que un filósofo creyese necesarios los oráculos en un negocio de hacienda? Sin duda alguna, pues el objeto era contemporizar con la supersticion del pais.

Si los griegos han carecido de buena fé sobre este punto de que tanto se ocupan hoy las naciones modernas, es porque tenian menos motivos para ocuparse de él. Las guerras eran menos dispendiosas, ya porque ordinariamente volvian los combatientes á sus casas despues de la campaña, ya porque los ejércitos eran pequeños, y rara vez compuestos de tropas mercenarias. Además la marina, que constituia la fuerza principal de los atenienses, costaba poco á la república. Por una ley de Solon, los mil y doscientos ciudadanos mas ricos estaban divididos en setenta y cinco compañías de á dieziseis hombres; cada una de las cuales tripulaba una galera que los dieziseis mandaban alternativamente. Como habia disputas sobre mas ó menos riquezas, Demóstenes hizo establecer por otra ley, que todo particular cuyos bienes ascendiesen á diez talentos, equiparia una galera; dos si tenia doble cantidad; y que los que no poseyesen diez talentos se unirian á otros hasta juntar dicha cantidad. Con semejantes recursos en caso necesario, y con la industria y comercio, podia Atenas sostenerse sin la ciencia económica de los modernos, ignorada de sus vecinos. Los vicios, y no la falta del dinero, causaron su total ruina.

Estos detalles nos han parecido importantes para manifestar hasta qué punto se elevó el espíritu humano en una nacion de donde han partido para el mundo muchos conocimientos.

FIN DE LA HISTORIA DE GRECIA.

LIBRO SETIMO.

HISTORIA DE SICILIA.

CAPITULO PRIMERO.

Descricion de la Sicilia. — Sus primeros habitantes. — Sus tiempos fabulosos. — Establecimiento de las colonias griegas.

DESCRICION DE LA SICILIA. — Escribir la historia de Sicilia no es haber salido todavia de la Grecia; es recorrer sus brillantes colonias, en las que hallaremos el mismo cielo, los mismos dioses y leyes, el mismo amor á la gloria y á la libertad, tiranos crueles, héroes magnánimos, pueblos valientes, insustanciales, entusiastas é ingratos.

Los griegos, atacados y subyugados por los macedonios, cayeron despues bajo el dominio de los romanos. Veremos la Sicilia, desunida como la Grecia, dividida en muchas repúblicas y tiranías, luchar algun tiempo contra Cartago y Roma, y sumerjirse despues para siempre en el abismo del imperio romano, destinado á conquistar el mundo, y caer este en poder de los bárbaros del Norte.

SUS PRIMEROS HABITANTES. — La Sicilia se llamó antiguamente Trimacria, porque tiene la forma de un triángulo. La fábula dice que en los tiempos primitivos fué habitada por los cíclopes y lestrigones. Los troyanos, huyendo de su patria abrasada, fundaron las ciudades de Erix y Ejesta. Los primeros habitantes conocidos fueron los sicanios, cuyo orijen se ignora. En fin, los sículos, procedentes de Italia, dieron su nombre á la isla. Su cir-

cuito es de ciento ochenta y dos leguas, ó cuatro mil trescientos estadios. Es fertilísima en trigo y vino, y aun se cree que producia el trigo espontáneamente, y que se propagó de Sicilia á toda Europa. Por esta razon se consagró esta isla á Ceres. Los poetas dicen que Pluton vió á Proserpina, hija de aquella diosa, en las amenas llanuras del Etna, tan sembradas de flores, que los perros en aquella tierra embalsamada pierden el rastro de los animales que persiguen. Estas llanuras están en el centro de Sicilia cercanas á una caberna subterránea, por la cual volvió Pluton á los infiernos, llevando robada á Proserpina. Añaden que esta, Diana y Minerva, deseando conservar su virjinidad, vivian retiradas en aquellas praderas trabajando un velo de flores para Júpiter. Ceres dió la isla á Pluton por dote de su hija. Sin embargo, la ciudad de Himera fué consagrada á Minerva, y la de Siracusa á Diana. Las ninfas, para agradar á esta diosa, hicieron saltar de la tierra la fuente Aretusa en la isla Ortijia muy cercana á la playa. Algunos poetas dijeron que Pluton descendió al infierno por la abertura de otra fuente, llamada Cianea.

Tiempos fabulosos.— Ceres enseñó á los sicilianos la agricultura, y les dictó sus primeras leyes. El historiador Filisto, pariente de Dionisio el tirano, dice que los sicanios eran un pueblo oriundo de las orillas del Sícoris, hoy Segre, en Cataluña. Esta opinion, dice Lista, parece fundada atendidas las contínuas emigraciones de los pueblos de orijen céltico. Pero como en los primeros tiempos la navegacion era poco conocida, la opinion de los que hacen á los sicanios oriundos de Italia, parece la mas probable.

Los sicanios habitaron al principio en las montañas en pequeñas aldeas gobernadas por régulos, y poseian toda la isla; pero las erupciones del Etna los hicieron retirarse al occidente. Mucho tiempo despues la colonia italiana de los sículos, ocupó la parte abandonada de la isla: entre ellos y los sicanios hubo contínuas guerras, cuyos pormenores son mal conocidos.

Establecimientos de las colonias griegas.—Aprovechándose los griegos de estas divisiones se apoderaron de las costas, y establecieron colonias en ellas. Ya en la pájina 135 del tomo IV, hemos hecho relacion de cómo se formaron varias colonias griegas en Sicilia y cuáles fueron

los primeros griegos que se establecieron allí. Aquí añadiremos, que las principales ciudades de la Sicilia deben su orijen á una empresa comenzada por el ateniense Teocles, y continuada por los dorios y los jonios. Arquias de Corinto fundó á Siracusa (A. M. 3295.—A. C. 709): los de Naxos, atravesando el estrecho de Mesana, hoy Mesina, fundaron á Rhegium (Reggio.) La dulzura del clima y la fertilidad del suelo elevaron estas colonias á un grado de prosperidad que solo podian igualarles las ciudades de la Italia inferior. Un arjivo, á pesar de las leyes de su patria que condenaban á muerte á los que alentaban las emigraciones, fundó en la Grecia magna la poderosa república de Crotona, rival de la voluptuosa Síbaris. Esta última era obra de los trecenios y de algunos otros pueblos de Acaya; sus afeminados habitantes plantaron los jardines de Pœstum (Pesto); y orgullosos con la inmensa poblacion de su ciudad, concibieron el proyecto de trasladar á ella los juegos olímpicos queriéndola hacer al mismo tiempo el punto de reunion de todos los griegos.

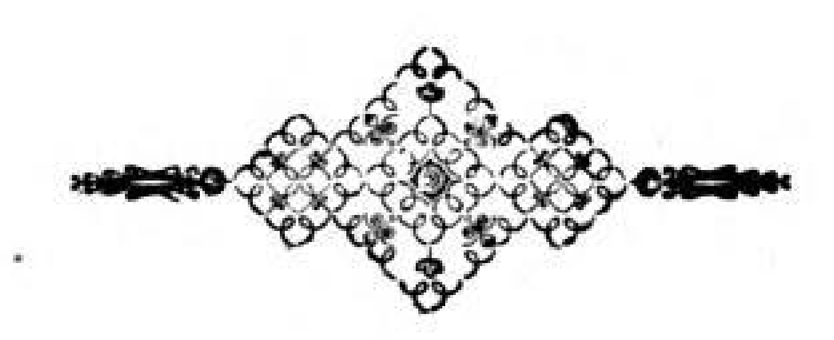
Los lacedemonios edificaron á Tarento (645) pero la constitucion y las costumbres de esta colonia se apartaron prontamente del órden severo y del vigor de la madre patria.

La tradicion, que hace descender á los samnitas y sabinos de los lacedemonios, parece no haber tenido otro fundamento que cierta relacion en el lenguaje y costumbres de entrambos pueblos.

Los gnidios y los eolios fundaron á Cumas en Italia; tambien edificaron á Lipara, en los lugares en que segun la fábula, el dios de los vientos encadena las tempestades en el seno de un volcan. Los marsos descendieron de sus montañas, para ir á construir á Nápoles á la orilla del mar. Las colónias que se establecieron en la parte meridional de Italia dieron por esta razon al pais el nombre de *Grecia magna*.

Rica, estensa y fuerte la Sicilia, y defendida por el mar contra las invasiones esteriores y á propósito por sus muchos puertos para el comercio y la navegacion, hubiera podido balancear el poder de las grandes potencias de Europa y Asia, si sus habitantes se hubiesen reunido bajo un solo gobierno; pero la Sicilia estuvo siempre dividida en naciones diferentes, gobernadas ya en repúblicas ya en mo-

narquías, procurando todas estenderse y sin cesar combatiéndose. De este modo prepararon una rica presa á la ambicion de Roma y de Cartago; y la Sicilia llegó á ser la causa principal de sus guerras y el teatro de sus luchas sangrientas.



CAPITULO II.

Jelon. — Guerra con Cartago y batalla de Himera. — Deucecio. — Espedicion de los atenienses en Sicilia. — Hieron y Trasibulo. — Ley del petalismo. — Dionisio el tirano. — Dueño del poder soberano. — Paz con Cartago. — Dionisio el jóven. — Su caida. — Gobierno de Dion. — Dionisio restituido al trono. — Timoleon. — Sus azañas. — Segunda caida de Dionisio. — Toma de Siracusa por Timoleon. — Su juicio. — Su ceguera y su muerte.

Jelon.—(A. M. 3519.—A. C. 485.) Antes del reinado de Jerjes en Asia, y de Jelon en Siracusa, nada cierto nos han transmitido los historiadores de la antigüedad, acerca de la historia de Sicilia. Solamente sabemos que Cleandro, tirano de Jela, habiendo perecido á manos de un asesino, dejó la corona á su hermano Hipócrates; y que este confió el mando de sus tropas á Jelon, de una familia sacerdotal y mas recomendable aun por su mérito personal que por su nacimiento. Concilióse por su valor y habilidad el amor del pueblo y del ejército. Conquistó de los siracusanos á Camarina, y como hemos dicho en la pájina 131 del tomo IV de esta obra, se distinguió en otras muchas espediciones. Al morir el tirano Hipócrates, dejó dos hijos. El partido republicano, muy poderoso en aquella ciudad, no queria reconocer la autoridad de estos. Jelon, sopretesto de sostenerlos, tomó las armas contra sus habitantes que querian recobrar la libertad, se apoderó de Jela, é hizo luego que el pueblo le declarase rey. En este tiempo Siracusa se gobernaba republicanamente y ardia en facciones: una de ellas venció á las demás, y desterró á un gran número de ciudadanos, que imploraron la proteccion de Jelon. Este marchó con ellos á Siracusa y derrotó á sus enemigos. Todos los siracusanos, cansados ya de la anarquía, y afectos á Jelon por la gloria que habia adquirido, se sometieron á él y le dieron el trono con un poder absoluto.

Los cartajineses le atacaron: vencidos en el primer encuentro, pidió á Atenas y Esparta socorros que no llegaron; sin ellos triunfó de sus enemigos, y aumentó sus fuerzas de modo que diez años despues, cuando Jerjes atacó á los griegos, ofrecia ausiliarlos con veinte mil infantes, dos mil caballos, dos mil flecheros y otros tantos honderos, y doscientas galeras; y aun propuso pagar los gastos de la guerra, con tal de que se le nombrase jeneralísimo;—oferta que los griegos no aceptaron, sospechando de él, y no sin razon; pues al mismo tiempo habia enviado á Grecia un ajente suyo llamado Cadmo, con grandes regalos que debia entregar al rey de Persia en caso de que saliese vencedor. Jerjes, tan poco sincero como él, le ofrecia su amistad é incitaba á los cartajineses á que lo atacasen, lo que hicieron con el siguiente motivo.

Guerra con Cartago y batalla de Himera.—Teron, tirano de Agrijento, habia echado del trono á Terilo, rey de Himera. El primero descendia de Cadmo, el fundador de Tebas, y una de sus hijas era esposa de Jelon. Los cartajineses, sopretesto de restituir á Terilo su autoridad, hicieron una invasion en Sicilia. Jelon levantó un ejército de cincuenta y cinco mil hombres para socorrer á su suegro. Hamilcar, el mas hábil de los jenerales cartajineses, sitió á Himera al frente de trescientos mil guerreros, divididos en dos campamentos fortificados; uno, de las tropas de tierra, y otro donde tenia guardados sus bajeles, defendidos por la jente de mar. Sabiendo Jelon que el enemigo esperaba de Selinonte un cuerpo de caballería ausiliar, mandó á un destacamento de la misma arma que se presentase á las puertas del campo cartajinés. Este ardid surtió efecto: los cartajineses abrieron sus filas creyendo que eran aliados. Apenas entraron los siracusanos en el campamento, mataron á Hamilcar que estaba haciendo un sacrificio, é incendiaron la escuadra, al mismo tiempo que Jelon con el resto de su ejército acometia al otro campo.

La victoria fué de las mas completas, porque pereció la mitad de los treinta mil cartajineses y la otra mitad quedó cautiva: solo veinte naves volvieron al Africa. Todos los tiranos de Sicilia se unieron al vencedor: Cartago, temiendo que pasase al Africa, pidió la paz. Jelon la concedió, y la primer condicion

del tratado fué que los cartajineses no volverian á ofrecer á Saturno víctimas humanas;--triunfo de la humanidad y no de la ambicion, y por tanto mas glorioso para Jelon.

Este, terminada la guerra con tanta felicidad, quiso ausiliar á los griegos contra los persas; pero sabiendo el resultado de la batalla de Salamina, y dando un ejemplo de moderacion muy raro en la prosperidad; renunció á la gloria de las armas, y se limitó á la que es mas agradable y sólida, gobernando los pueblos en justicia y paz. En lugar de activar los trabajos de los arsenales, promovió los de los talleres, y en vez de presentarse al frente de los ejércitos, fué el primero de los agricultores. Cuando volvió á Siracusa, se presentó desarmado y sin guardias ante el pueblo armado, y dió cuenta de su administracion, dejándole en libertad de escojer la forma de gobierno que mas le pluguiese. Admirado y reconocido el pueblo, lo restituye al trono, y manda erijirle una estátua que lo representaba vestido de ciudadano.

En tiempo de Timoleon que queria destruir todos los emblemas de la monarquía, se hizo proceso, á imitacion de los ejipcios, á todos los reyes de Siracusa, y sus estátuas fueron derribadas escepto la de Jelon. Este príncipe sobrevivió solamente dos años á esta accion, mas célebre que todos sus triunfos. Sus ecsequias se hicieron sin pompa como él mismo lo habia mandado; pero la gratitud pública le erijió un túmulo magnífico, rodeado de nueve torres, en el mismo sitio donde estaba enterrada su mujer Demareta. Los cartajineses, cediendo á un bajo deseo de venganza, destruyeron este monumento; pero mientras se aprecie la virtud, será honrada la memoria de Jelon. Su padre habia sido gran sacerdote; y como el oráculo predijese que uno de sus cuatro hijos seria tirano, esclamó: «¡Perezcan todos »cuatro agobiados bajo el peso »de todas las desgracias, antes »que ninguno de ellos llegue á »tan alto puesto á costa de la li»bertad!» Consultó de nuevo al oráculo, y tuvo por respuesta que no desease para sus hijos otro castigo que las inquietudes y zozobras que trae consigo el oficio de rey.

La virtud de Jelon desmintió esta prediccion, pero salió cierta en sus dos hermanos: este rey ha sido quizá el único á quien el poder hizo mejor en vez de cor-

romperlo. Aunque se apoderó con injusticia de Jela, espió esta violencia gobernando sabiamente y restituyendo la libertad á Siracusa. Como hábil administrador, aumentó la poblacion de esta ciudad transportando á ella los habitantes de Megara y Camarina. Por sus órdenes y ejemplo salieron los siracusanos de la ociosidad, y su territorio fué tan productivo que el rey pudo enviar una gran cantidad de trigo á los romanos, aflijidos entonces por una hambre espantosa. Empleó los prisioneros cartajineses en los trabajos públicos. Para hacer la guerra á Cartago, habia echado una contribucion sobre el pueblo: este murmuró, y Jelon, siempre accesible á las quejas, convirtió el impuesto en empréstito, y lo pagó despues con fidelidad. Se reprendia en él su poco amor á las artes. Acaso descuidó de intento la música y la poesía por no aumentar la propension de los siracusanos á la molicie; pero promovió la arquitectura y empleó el botin de los cartajineses en edificar dos templos, uno á Ceres y otro á Proserpina. Ansioso de toda suerte de gloria, consiguió en los juegos olímpicos el premio de la carrera de los caballos. Su reinado fué justo y suave, y no tuvo otro defecto á los ojos de los republicanos, sino el haber hecho por mucho tiempo amar la monarquía.

HIERON I y TRASIBULO.

(Año del mundo 3552. — Antes de Cristo 452.)

Hieron, que ocupaba el trono de Jela, sucedió á su hermano Jelon. Esperábase que fuese manso y prudente, porque era aficionado á las letras; pero los cortesanos, que casi siempre oponen sus intereses privados al de las naciones, y que corrompen á los reyes para mejor dominarlos, le embriagaron con el veneno de la lisonja, le inspiraron avaricia para enriquecerse ellos, y crueldad para que mirase como facciosos á los que se quejaban con justicia y tenian valor para decir la verdad. Los deleites arruinaron su salud, y separado de los placeres pudo oir la voz de la reflecsion. Sus conversaciones con Simónides, Píndaro, Baquílides y Epicarmo ilustraron su mente y mejoraron sus costumbres. Simónides fué el que tuvo mas gloria en su conversion; y Jenofonte nos ha conservado este hecho en un tratado sobre el arte de gobernar, intitu-

lado *Hieron*, que es un diálogo entre el rey y Simónides. En él se lamenta Hieron de la desgracia de los príncipes en no tener amigos, y el poeta pinta las obligaciones de los reyes. Allí se encuentra esta hermosa mácsima: «La gloria de un soberano no »consiste en que le teman, sino »en que teman por él. Debe disputar con los otros reyes, no el »premio de la carrera olímpica, »sino la palma de hacer mas fe»lices sus pueblos.»

Hieron fué dichoso en la guerra: conquistó á Naxos y á Catania y murió despues de haber reinado once años. Trasíbulo, su hermano, le sucedió y heredó solo sus defectos, de modo, que hizo mas sensible la pérdida de sus dos hermanos. Esclavo de sus favoritos y de sus pasiones, fué el verdugo de sus súbditos; desterró á unos, confiscó á otros los bienes y castigó la verdad con el destierro y las quejas con los suplicios. Cansados los siracusanos de sufrirle, imploraron el ausilio de los pueblos vecinos. Trasíbulo fué sitiado en Siracusa; y como todos los príncipes que son muy crueles son tambien muy cobardes, se defendió mal, capituló, salió de la ciudad despues de haber reinado un año, y se retiró á Lócres. Nada se sabe de la duracion ni del fin de su vida. Siracusa lo olvidó, recobró su libertad y prosperó bajo el gobierno popular durando sesenta años, hasta que Dionisio restableció la tiranía.

Petalismo.—Para consagrar el recuerdo de su independencia, el pueblo siracusano erijió una estátua colosal á Júpiter libertador, y votó una fiesta solemne y anual en que debian sacrificarse á los dioses cuatrocientos cincuenta toros y hacer con su carne un banquete público para los pobres. Algunos partidarios de la tiranía escitaron turbulencias, pero fueron vencidos; y para reprimir á los enemigos de la democrácia, se estableció una ley, semejante al ostracismo de Atenas, llamada *petalismo*;—porque los ciudadanos daban sus votos en una oja de olivo.

Deucecio, jefe de los sicilianos propiamente dichos, los reunió en cuerpo de nacion y fundó una ciudad llamada Polisa junto al templo de los dioses Pálici, que servia de asilo á los esclavos maltratados por sus señores. Este templo gozaba de mucha fama, porque se creia que los juramentos hechos en él eran mas sagrados que en otras aras, y que su violacion era castigada con mas severidad por los dio-

ses. Deucecio sometió algunas ciudades vecinas y estendió su poder; pero vencido por los siracusanos en una batalla, se vió abandonado de todo su ejército. No consultando mas que á su desesperacion, entró solo y de noche en Siracusa y al dia siguiente quedaron admirados los siracusanos de ver prosternado al pie de los altares un enemigo tan terrible y tantas veces triunfante, y oirle declarar que entregaba á Siracusa su vida y sus estados. Los majistrados convocan la asamblea que fué numerosísima. Algunos oradores veementes escitan las pasiones del pueblo, pintan las pérdidas anteriores, y piden para espiar tanta sangre derramada, la muerte del enemigo comun, que el cielo mismo entregaba á la venganza. Esta proposicion ororizó á los senadores antiguos: y uno de ellos dijo que Deucecio no era ya enemigo sino suplicante, y por tanto inviolable;—y que era vil é impío oprimir á un desgraciado. Añadió que en lugar de agradar á Némesis, escitarian su enojo, y que era menester en esta ocasion manifestar la clemencia y la jenerosidad siracusana.

Todo el pueblo siguió este dictámen: señaló á Deucecio por lugar de destierro la ciudad de Corinto, y se le dieron medios con que pudiese subsistir de una manera honrosa.

Espedicion de los atenienses en Sicilia.—Durante la guerra del Peloponeso, deseosos los atenienses de agregar á sus dominios la Sicilia, enviaron á ella una espedicion, que sitió á Siracusa y la puso en mucho riesgo; pero los siracusanos, mandados por el valiente Hermócrates, socorridos por muchas ciudades de Sicilia y por un cuerpo lacedemonio á las órdenes de Jílipo, destruyeron la armada y el ejército ateniese, y dieron muerte á su jeneral Nícias, sin que volviese á Atenas ni un soldado ni un buque (A. M. 3591.—A. C. 413).

DIONISIO EL TIRANO.

(Año del mundo 3598. — Antes de Cristo 406.)

Los reveses entibian, pero no apagan la ambicion. Cartago habia reparado sus pérdidas y aumentado su poder. En los estados como en los particulares, la sed de las riquezas se aumenta mientras mas poseen, y la fertilidad de la Sicilia tentaba incesantemente la codicia de los o-

pulentos cartajineses, por lo cual enviaron de nuevo á esta isla un grande ejército. Hermócrates, desplegando el mismo valor que tan funesto habia sido á los atenienses, venció en muchos encuentros al nuevo enemigo.

Un jóven llamado Dionisio, cuyo destino era oprimir su patria, la servia entonces con ardor y se distinguia en el ejército por su habilidad é intrepidez. Se ignora su estraccion: unos historiadores dicen que descendia de una ilustre familia, y otros que sus padres eran de la ínfima plebe. Las gloriosas azañas de Hermócrates escitaron la envidia de sus compatriotas, y una faccion le condenó al destierro. Indignado de esta injusticia, quiso entrar en Siracusa á mano armada y vengarse de sus enemigos; pero murió en el combate. Dionisio, que le acompañaba, fué herido; y para sosegar el enojo del pueblo, sus padres esparcieron la voz de que habia muerto; y no volvió á Siracusa hasta que el tiempo hubo calmado las pasiones populares.

Aprovechándose los cartajineses de las disensiones de los siracusanos, atacaron á Agrijento, una de las ciudades mas bellas y opulentas de Sicilia. Tenia un templo de Júpiter de trescientos cuarenta pies de largo, sesenta de ancho y ciento veinte de alto. Para formar idea de la riqueza de sus habitantes, basta saber que habian abierto fuera de la ciudad un lago de un cuarto de legua de circunferencia y treinta pies de profundidad. Exeneto, uno de sus conciudadanos, vencedor en los juegos olímpicos, entró en Agrijento con trescientos carros tirados por caballos blancos. Otro, llamado Jilias, poseia un gran palacio, abierto siempre para hospedar á los viajeros. Un dia entró en él un cuerpo de caballería de quinientos hombres maltratados por una tempestad: los hospedó y mantuvo, y les dió armas y vestidos.

Los cartajineses se apoderaron de esta gran ciudad, y su pérdida causó en Sicilia una jeneral consternacion. El pueblo de Siracusa murmuraba contra sus majistrados que no la habian socorrido; pero por temor á ellos nadie se atrevia á acusarlos. Entonces sale Dionisio de su retiro, sube á la tribuna y reprende á los jefes de la república su neglijencia. Al principio se le condenó á una multa como sedicioso; y no pudiendo, segun la ley, continuar su oracion hasta ha-

ber pagado, el historiador Filisto, que era rico, le prestó allí mismo el dinero necesario. Dionisio, despues de haber satisfecho á la ley, volvió á su discurso: como era instruido y estaba ejercitado en la elocuencia, pintó muy patéticamente la gloria y el infortunio de Agrijento; imputó los males de Sicilia á la traicion de los jenerales, al orgullo y codicia de los grandes, y en fin, á la venalidad de los majistrados, corrompidos por el oro cartajinés. Señaló como único remedio la deposicion de los culpables, y el nombramiento de otros jefes escojidos del pueblo mismo y entre las filas de los amigos de la libertad.

Este discurso alagüeño para las pasiones, y que espresaba los deseos de la muchedumbre, comprimidos por el temor, fué unánimemente aplaudido; se depuso á los jefes de la república y se nombraron otros, de los cuales fué presidente Dionisio.

Era mas dificil deponer á los jenerales. Dionisio intrigó mucho tiempo para hacerlos sospechosos; pero cansado de la lentitud de este método, se valió de otro mas pronto y eficaz. A consecuencia de las turbulencias de Siracusa, habíase desterrado á una porcion de ciudadanos que deseaban volver á sus bienes y á su patria; y siendo necesario levantar tropas contra los cartajineses, Dionisio representó que era una locura pagar soldados estranjeros cuando habia tantos siracusanos que deseaban merecer su reabilitacion sirviendo á la patria. De este modo obtuvo que volviesen, y aumentó con ellos su partido. Al mismo tiempo la ciudad de Jela pedia que se reforzase su guarnicion. Entonces estaba dividida en dos facciones, la del pueblo y la de los ricos. Dionisio fué á ella con tres mil hombres; y poniéndose la primer máscara de los tiranos, que es casi siempre la popular, se declaró contra los ricos, los condenó á muerte, confiscó sus bienes, dobló el sueldo de las tropas, y pagó la guarnicion que mandaba el lacedemonio Déxipo, hombre incorruptible á quien no pudo sobornar ni asociar á sus proyectos. Cuando volvió á Siracusa fué recibido en triunfo por el pueblo; pero oponiendo á la alegría jeneral un rostro severo y apesadumbrado, dijo: «Mientras os entretienen »aquí con espectáculos y os o»cultan los peligros que os ame»nazan, los cartajineses se pre»paran á atacaros. Muy pronto »estará el enemigo á vuestras

»puertas y la traicion dentro de »las murallas. Vuestros jenera»les os dan fiestas, y dejan sin »pan á vuestros soldados. El e»nemigo no disimula ya sus es»peranzas: el jeneral cartajinés »acaba de enviarme un oficial »para ecsortarme á que siga el »ejemplo de mis colégas, y para »invitarme con grandes prome»sas á vender á mi patria en fa»vor de Cartago. Soy incapaz de »tal infámia; pero preveo que la »conducta de mis compañeros »en el mando, hará que yo pa»rezca su cómplice; y así renun»cio á las dignidades que me ha»beis conferido: quiero mejor »abdicar mi autoridad, que ver»me acusado de intelijencia con »unos traidores.»

DUEÑO DEL PODER SOBERANO.— Dichas estas palabras, el pueblo, siempre inclinado á desconfiar, se enfurece y grita que es necesario gobernar como en tiempo de Jelon para salvar la patria; y sin mas deliberacion proclama á Dionisio jeneralísimo con poderes absolutos. Dionisio conoció que era menester apresurarse para perfeccionar su proyecto, temiendo que el pueblo, espantado de su misma obra, llegase á conocer que habia nombrado un señor. Invitó á todos los ciudadanos que no llegaban á la edad de cuarenta años á reunirse con víveres para treinta dias en Leoncio, ciudad llena de desertores y estranjeros, conociendo bien que la mayor parte de los siracusanos, y sobre todo los mas ricos, no le seguirian. Salió en efecto con poca jente y se acampó cerca de Leoncio. A media noche hubo en su ejército un gran tumulto escitado por los emisarios de Dionisio: este finje temor, huye apresuradamente y se refujia con sus partidarios mas decididos á la ciudadela de Leoncio.

Al rayar el dia reunió el pueblo, se quejó del odio que le habia acarreado su fidelidad, aseguró que habian querido asesinarle, y pidió que se le permitiese para su seguridad tener una guardia de seiscientos hombres. El pueblo, que rara vez hace conjuraciones, pero que las cree con facilidad, se la concedió. El juntó mil hombres, les dió armas, los pagó con magnificencia, hizo grandes promesas á las tropas estranjeras, despidió á Déxipo, de quien no se fiaba, hizo venir á Siracusa la guarnicion de Jela, compuesta toda de sus partidarios, reunió á sus banderas los desertores, los hombres sin obligaciones, los desterrados y los delincuentes, y con

esta comitiva, digna de un tirano, volvió á la ciudad. El pueblo, consternado, temiendo á un mismo tiempo á Dionisio, á su escolta y á los cartajineses, se sometió al yugo con resignacion. Dionisio, para afirmar su autoridad, se casó con la hija de Hermócrates, cuya memoria era venerada, y dió su hermana en casamiento á Polixeno, cuñado de aquel jeneral: hizo sancionar en una asamblea pública todas sus operaciones, y envió al suplizio á Dafne y á Demarco, ciudadanos animosos, únicos que se opusieron á su usurpacion. De esta manera llegó un simple escribano á ser rey de Siracusa.

Poco despues los cartajineses sitiaron á Jela: Dionisio la socorrió débilmente, limitándose sin dar batalla, á favorecer la fuga de una parte de los habitantes: el enemigo degolló á los demás. Este suceso dió motivo á que se sospechase que Dionisio estaba de intelijencia con Imilcon, jeneral de los cartajineses. Los habitantes de Camarina abandonaron su ciudad por no esperimentar la suerte que los de Jela. El espectáculo de estas víctimas arruinadas por el enemigo y mal defendidas por el tirano, escitó una sedicion en el campamento, y una parte de las tropas abandonó á su jeneral y se volvió á Siracusa, robó el palacio de Dionisio y ultrajó y dió muerte á su mujer. Los ricos y los grandes, aprovechándose de esta ocasion, envian algunos hombres de caballería para matar al tirano; pero defendido por los soldados estranjeros, llega á Siracusa con quinientos hombres, pone fuego á las puertas de la ciudad, entra en ella y manda degollar á todo el partido aristocrático que defendia la entrada.

Paz con Cartago.—En esta situacion estaba Siracusa, cuando Imilcon envió á ella un parlamentarío para tratar de paz bajo la condicion de que se le cediese una pequeña parte de la Sicilia, y Dionisio reinase en Siracusa; lo que confirmó la antigua sospecha de que Dionisio habia hecho traicion á su patria. La paz se firmó el año del mundo 3600, 404 años antes de Cristo, en la época de la muerte de Darío Noto.

Cierto Dionisio de ser aborrecido, creyó que no podia reinar sino por el terror; y así inmoló parte de sus vasallos para espantar á los demás, fortificó un cuartel en la ciudad llamado la Isla, con muchas tropas principalmente estranjeras, haciendo construir muchas tiendas y almace-

nes en su recinto; dió todos los empleos á los de su partido y las mejores tierras de los proscritos á sus amigos, repartiendo las demás entre los ciudadanos y mercenarios.

Asegurada de esta suerte su dominacion, quiso consolar á los siracusanos de la pérdida de su libertad haciéndoles adquirir gloria. Se puso al frente de su ejército y subyugó algunos pueblos que en la última guerra habian dado socorro á los cartajineses. Mientras sitiaba á Erbeja, se amotinaron las tropas siracusanas que tenia en su ejército, llamaron á los desterrados y le obligaron á huir á Siracusa con los soldados que le fueron fieles. Los rebelados le siguieron, se apoderaron del Epípolis, le cortaron toda comunicacion con el campo, pusieron á precio su cabeza y prometieron la ciudadanía á los estranjeros que lo abandonasen. A muchos ganaron por este medio, y con su ausilio y el de algunos aliados sitiaron la ciudadela. Reducido Dionisio á la mayor estremidad y perdida toda esperaza, deliberaba con sus amigos acerca del jénero de muerte que debia terminar su vida; pero Filisto le reprende su desesperacion, reanima su valor y le ecsorta á emplear la astucia y la fuerza. Dionisio entró en negociacion con los rebeldes, y les pidió el permiso de salir de la ciudad con los suyos, lo que se le concedió dándosele para ello cinco bajeles. La necesidad de equiparlos le hizo ganar tiempo: los siracusanos, engañados por una falsa seguridad, desarman una parte de sus tropas: Dionisio habia llamado secretamente á algunos campanios que estaban de guarnicion en las plazas de los cartajineses; estos llegan en número de mil y quinientos; fuerzan las puertas y se abren paso hasta la ciudadela: los siracusanos se desaniman: Dionisio aprovecha el momento favorable, sale impetuosamente de la fortaleza, dispersa á sus enemigos y se apodera de la ciudad. Instruido por la esperiencia del peligro de los escesos, detiene la matanza, promete el olvido de lo pasado y despide á los campanios.

Temeroso de una nueva rebelion, aprovechó el momento en que los ciudadanos estaban ocupados en los trabajos de la recoleccion para rejistrar todas las casas, y apoderarse de las armas que habia en ellas. Esparta, que acababa de destruir la democrácia en Atenas, le envió embajadores que lo reconocieron por

rey de Siracusa. Asegurado ya, volvió á sus proyectos de gloria, y se apoderó de Naxos, Catania y Leoncio, enriqueció á Siracusa con sus trofeos y formó el designio de apoderarse de Reggio; pero renunció á él, porque tuvo que apaciguar una nueva sedicion de sus tropas. Sabiendo entonces que las guarniciones cartajinesas estaban muy disminuidas á causa de una enfermedad contajiosa, creyó oportuna la ocasion para arrojarlas de Sicilia, y se preparó á la guerra. Entonces mudó de aspecto Siracusa, y se convirtió en un vasto arsenal aquella poblacion que antes solo pensaba en fiestas, ceremonias y espectáculos. En todas partes se fabricaban armas, se construian máquinas, se tripulaban galeras, se ejercitaban combatientes; y en poco tiempo se alistaron y armaron ciento cincuenta mil hombres. Dionisio mismo se habia transformado en un príncipe manso, moderado y clemente. Para adquirir aliados pidió por esposa la hija de un rico ciudadano de Reggio; pero los de esta ciudad le respondieron que solo podian darle la hija del verdugo; burla que despues les costó cara. Mejor recibido en Lócros, casó con Dorisca, hija de un hombre poderoso de esta ciudad. Tambien se casó con una siracusana, llamada Aristómaca, hija de Hiparino y hermana de Dion, ciudadano muy estimado por sus talentos y virtudes.

Aunque esta bigamia era contraria á las costumbres de Occidente, Dionisio se mostraba en todo superior á las leyes. Trató con dulzura á sus dos mujeres, parecia amarlas igualmente, y mandó á sus tesoreros dar á ellas y á Dion cuanto dinero pidiesen.

Dion era discípulo de Platon, y deseando ilustrar á Dionisio por las luces de la filosofia y hacerle conocer la necesidad de unir la moral al poder para su felicidad y la pública, incita á Platon á ir á Siracusa y á pronunciar los acentos de la verdad en el palacio de la tiranía.

Dionisio recibió con agrado al filósofo; pero no adoptó sus principios. Un dia en presencia de su cuñado se burló de Jelon, y Dion le dijo: «Respeta á un »príncipe tan grande. Se te per»mite reinar porque él hizo ama»ble la monarquía: tú la haces »aborrecer, y por tu causa no se »permitirá reinar á otros.»

Concluidos los preparativos, reunió Dionisio el pueblo y le propuso la guerra contra Cartago, diciendo que debia anticiparse al

enemigo dispuesto ya á declararla. El pueblo aprobó unánimemente su designio, porque detestaba á los cartajineses, mucho mas despues que estaba persuadido á que habian sido fautores de la tiranía de Dionisio. La guerra empezó con furor; y á la primer señal el populacho de las ciudades de Sicilia robó y asesinó á los mercaderes cartajineses. Dionisio mandaba un ejército de ochenta mil hombres, y su escuadra constaba de doscientas galeras y quinientas barcas. Sus victorias fueron rápidas. y conquistó la mayor parte de las ciudades sometidas á los cartajineses ó á sus aliados. Al año siguiente Cartago envió á Sicilia un ejército mandado por Imilcon, y una escuadra de cuatrocientas galeras á las órdenes de Magon. Estos dos jenerales se apoderaron de Erix y Mesina, y casi toda la Sicilia abandonó á Dionisio. Este príncipe, resuelto á acometer al enemigo, mandó á su almirante Leptino que le esperase en Catania; mas este no obedeció y huyó, y Dionisio tuvo que volverse á Siracusa bloqueada por Magon. Imilcon siguió al enemigo, y colocó sus tiendas en un templo de Júpiter cercano á la ciudad. Magon se apoderó de los dos puertos pequeños, é Imilcon del arrabal de la Acradina, robando los templos de Ceres y Proserpina, talando los campos y destruyendo todos los sepulcros sin perdonar á los de Jelon y Demareta. Pero Polixeno, cuñado del tirano, trajo socorros de Grecia é Italia, y la escuadra siracusana derrotó á la cartajinesa.

Dionisio estaba entonces ausente recojiendo víveres, y los siracusanos orgullosos por su victoria, se amotinaron para recobrar su libertad. El tirano llega y quiere felicitar al pueblo por su victoria. Un ciudadano llamado Teodoro le interrumpe y dice: «Lisonjeas nuestro orgullo »con vanas enorabuenas y con »la esperanza de librarnos de los »contrarios; ¿pero es paz la servidumbre? ¿tenemos algun enemigo mas cruel que Dionisio? »Si vence Imilcon, no hará mas »que ecsijirnos una contribucion; pero Dionisio se enriquece con nuestros caudales y se alimenta con nuestra sangre. Sus »torres nos aprisionan, sus satélites mercenarios nos ultrajan, é »irritan á los dioses contra nosotros robando los templos. Probemos á Esparta y á nuestros »aliados que no somos indignos »del nombre de griegos, y que »amamos tanto como ellos la li-

»bertad. Si Dionisio quiere des»terrarse, abrámosle las puertas: »si quiere reinar, probémosle »que somos valientes.»

Conmovido el pueblo, pero incierto en su resolucion, fijaba silencioso sus miradas en los embajadores de Esparta. El lacedemonio Ferécides, jefe de la escuadra, subió apresuradamente á la tribuna. Todos esperaban de un espartano un discurso enérjico á favor de la libertad; pero ¡cuál fué su sorpresa, cuando le oyeron declarar que su república le habia enviado para socorrer á Siracusa contra los cartajineses, y no para privar á Dionisio de su autoridad! Todos se desanimaron, y la llegada de la guardia obligó á la asamblea á disolverse. Esta tentativa infructuosa produjo un escelente resultado, porque aterrado Dionisio del odio que inspiraba, trató de hacerse popular, de atraer con liberalidad á los que no podia vencer con rigores, y ganar los ánimos con una benevolencia mas afectada que sincera.

Rara vez se consiguen domar los ímpetus del carácter. Dionisio, aun cuando queria gobernar como un buen rey, daba indicios de un tirano. Tuvo sospechas de Polixeno, y este huyó por salvar su vida. Enfurecido Dionisio de que se le hubiese escapado, reprendió á su hermana Jesta porque no le avisó su partida. «¿Crees, le respondió »ella, que soy tan cobarde que »no hubiera acompañado á mi es»poso á haber sabido sus peli»gros y su ausencia? Mas bien »querria llamarme en cualquier »otro pais la mujer de Polixeno, »que en Siracusa la hermana del »tirano.» Dionisio se vió obligado á admirar su noble altivez, y la virtud de esta heroina la granjeó tanto aprecio, que los siracusanos, despues de destruida la tiranía, le conservaron los honores, la dignidad y la renta de princesa. Cuando murió hubo luto jeneral y todos los ciudadanos asistieron á sus funerales.

FIN DEL TOMO QUINTO.

ÍNDICE

DE LOS LIBROS, CAPITULOS Y MATERIAS

CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

CONTINUA EL LIBRO SESTO.

LIBRO SETIMO.

HISTORIA DE SICILIA.

HISTORIA

UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA.

TOMO VI.

Stat sua cuique dies.

VIRG.

HISTORIA
UNIVERSAL
ANTIGUA Y MODERNA,

FORMADA PRINCIPALMENTE

CON LAS OBRAS DE LOS CELEBRES ESCRITORES

EL CONDE DE SEGUR, ANQUETIL Y LESAGE,

Y CON PRESENCIA DE LAS ESCRITAS

POR

M. MILLOT, MULLER, CHATEAUBRIAND, BOSSUET, THIERS, GUIZOT, GUAY, MICHELET, MIGNET, ROBERTSON, NODIER, MONTESQUIEU, ROLLIN, MARIANA, MIÑANA, SOLIS, TORENO, MARLIANI, MICHAEL etc.

FINALIZANDO

CON UN DICCIONARIO BIOGRÁFICO UNIVERSAL.

OBRA COMPILADA

POR UNA SOCIEDAD HISTORIOGRAFA,

BAJO LA DIRECCION DE

A. MARTINEZ DEL ROMERO,

INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES ARTÍSTICAS Y LITERARIAS, NACIONALES Y ESTRANJERAS.

MADRID:
1842.

Oficina del Establecimiento Central,
calle de Atocha, núm. 65, cuarto principal.

HISTORIA UNIVERSAL.

CONTINUA EL LIBRO SETIMO.

CONCLUSION DEL CAPITULO II.

Interin la tiranía seguia oprimiendo á Siracusa, un azote que puede mas bien compararse á ella, pero que es mas rápido aun, arruinó el ejército cartajinés;—la peste. Dionisio aprovechó la ocasion, atacó á los enemigos por tierra y mar, quemó su escuadra, y permitió retirarse á los cartajineses, mas no á sus aliados. Solo los españoles lograron capitulacion y fueron incorporados en la guardia real. Dionisio, dueño de Sicilia, atacó á Reggio. Todos los griegos de Italia formaron una liga contra él; pero los galos se declararon á su favor. Magon volvió á Sicilia, fué vencido, y firmó la paz. Dionisio pasó á Italia con todas sus fuerzas, ganó una victoria en que hizo diez mil prisioneros que devolvió sin rescate, é hizo la paz con todos sus enemigos escepto los de Reggio, cuya ciudad atacó vigorosamente. En este sitio recibió una herida. Los habitantes, privados de víveres y reducidos á la mayor estremidad, se rindieron. Dionisio dió la libertad á los que pagaban su rescate y vendió á los demás. Fitta, que habia ecsortado á la defensa á sus conciudadanos probó toda la crueldad de Dionisio, que mandó atarle á un palo y azotarle con varas. Para aumentar su pena vinieron á

decirle que á su hijo se le habia aogado en el mar. El desgraciado padre respondió: «Mi hijo es »mas feliz que yo en un dia.»

La vanidad de Dionisio ambicionaba todos los jéneros de gloria: queria conquistar la palma de las letras, así como la de las armas. Este noble sentimiento templó algunas veces sus vicios y le inspiró el aprecio de los hombres animados que le resistian. No amaba la virtud, pero admiró y respetó la de sus dos mujeres. Animó con recompensas la industria y los talentos; y si fué cruel como la mayor parte de los tiranos, tuvo tambien grandes cualidades que no son comunes en ellos.

Su rigor como rey, lo hizo aborrecible; su vanidad como poeta, ridículo. Envió á Olimpia á su hermano Tearides para disputar el premio de la carrera y de la poesía. La magnificencia de sus carros, la voz sonora de los lectores que habia escojido, produjo al principio un aplauso jeneral; pero cuando se empezaron á leer sus versos, todos se echaron á reir. Sus carros, mal conducidos, se estrellaron contra una meta, y la galera en que volvieron sus enviados, quedó desmantelada en una tempestad.

La adulacion de su corte le consoló del rigor con que le habian tratado los griegos; mas no fué todo adulacion, pues habiendo leido una composicion suya al poeta Filoxeno, éste la criticó libremente. Ofendido el tirano, le envió á una carcel que se llamaba *la Cantera*. Mandóle soltar por la intercesion de algunos amigos, y le convidó á comer. De sobremesa leyó Dionisio otros versos, y le preguntó á Filoxeno cómo le parecian. El crítico sonriéndose, respondió: *que me lleven á la Cantera*. Esta osadía quedó impune. No así la de Antifon, que preguntándole Dionisio cuál era la mejor especie de bronce, respondió: «Aquella con que se fundie»ron las estátuas de Harmodio y »Aristójiton.» Este dicho le costó la vida.

Segunda vez fué silbado en Olimpia, y se enfureció de tal modo, que mandó matar á muchos de sus amigos. Para distraerse de este pesar, hizo una espedicion á Epiro, y restableció en el trono á Alcestes rey de los molosos. Hizo despues una irrupcion en Toscana, y robó una ciudad y un templo, cuyos saqueos le valieron cuatrocientos talentos. En otra guerra contra los cartajineses, perdió una batalla en que murió su hermano Leptino

y tuvo que ceder muchas plazas de Sicilia á los enemigos. Pero gozó el triunfo mas agradable, y se puso loco de placer por haber ganado el premio de la trajedia en las fiestas de Baco que se celebraban en Atenas. No es posible describir el esceso de su alegría: mandó hacer públicas acciones de gracias á los dioses; echó presos de las cárceles; prodigó sus tesoros; hubo fiestas en todas las casas: el incienso humeaba en todos los templos, y el imbécil se entregó de tal manera á los placeres de la mesa, que estuvo para morir de una indijestion. ¡Palabras nos sobran si hubiéramos de hacer reflecsiones sobre un hombre tan tirano y tan despreciable, y sobre el pueblo que le toleraba sin arrancarle el cetro de las manos! ¡Todo un pueblo celebrando las sandeces de su rey! ¡Y qué tiene de estraño, si el rey era todo y el pueblo nada!!...

Tenia Dionisio muchos hijos de sus dos mujeres. Dion queria que fuesen preferidos los de Aristómaca, su hermana, porque siendo de Siracusa, eran superiores sus derechos á los de una estranjera. Otro partido poderoso en la corte intrigaba á favor de Dionisio el jóven, hijo de Dorisca, á quien su padre habia ya designado por heredero; pero como los consejos de Dion no dejaban de hacerle impresion, temiendo los médicos que alterase sus disposiciones, le dieron un narcótico que lo hizo pasar al sueño de la muerte. Falleció de cincuenta y ocho años de edad.

Este buen rey tenia tan poco respeto á los dioses como á los hombres. Volviendo á Siracusa con viento favorable despues de haber robado el templo de Proserpina en Lócros, dijo á los suyos: «*Ya veis cómo los dioses favorecen á los sacrílegos!*» En otra ocasion despojó á una estátua de Júpiter del manto que tenia, que era de oro macizo, diciendo: «*Esta tela es demasiado pesada para el verano, y demasiado fria para el invierno;*» y lo remplazó con un manto de lana que era á propósito para todas las estaciones. Quitóle á Esculapio, dios de Epidauro, la barba de oro, diciendo que *no era razon que el hijo estuviese con barbas, y su padre Apolo sin ellas*. En la mayor parte de los templos habia tablas de plata con esta inscripcion: *á los dioses buenos*, y se apoderó de ellas diciendo: «*Quiero aprovecharme de la bondad de los dioses.*» Como se representaba á estos con el brazo estendido, y una copa ó coro-

na de oro en la mano, él las tomaba diciendo que era necedad estar siempre importunando á los dioses y no recibir lo que ellos nos ofrecian con la mano estendida.

El temor, inseparable de la tiranía, le inspiraba una desconfianza que lo hacia mas desgraciado que sus víctimas. Hizo matar á su barbero porque se jactaba de poder degollarlo cuando quisiese: desde entonces le afeitaron sus hijas; y cuando fueron mayores no se fiaba de ellas, por lo cual le quemaban únicamente la barba con cáscaras de nueces. Mandaba rejistrar los aposentos de sus mujeres antes de entrar en ellos. Su cama estaba rodeada de un foso profundo con un puente levadizo. Su hermano y sus hijos, no entraban en su cuarto sino rejistrados y desarmados.

PITIAS Y DAMON.—No conoció los placeres de la amistad pero sentia su valor. Habiendo condenado á muerte á un ciudadano llamado Damon, este pidió un término para la ejecucion y el permiso de hacer un viaje necesario á su familia, dejando en la cárcel por fiador á su amigo Pitias. El tiempo prescrito estaba prócsimo, el dia de la ejecucion llegaba, y el tirano tuvo la curiosidad de visitar á Pitias en su calabozo. Habiéndole echado en cara la estravagancia de su conducta, y burládose de su necedad en presumir que Damon con su vuelta se manifestase tan caballero como él, díjole Pitias con firme voz y noble aspecto: «Señor: antes quisiera sufrir »mil muertes que mi amigo fal»tase á su honor; pero no falta»rá. Estoy tan seguro de su vir»tud como yo de mi ecsistencia. »Ruego á los dioses que conser»ven juntamente la vida y la in»tegridad de mi amigo Damon; »que le permitan cumplir sus »deberes honrosos, y que no »vuelva hasta despues de mi »muerte; que así habré redimi»do una vida mil veces de mayor »consecuencia, de mas estima»cion que la mia; mas aprecia»ble para su amable mujer, para »sus inocentes hijos, para sus »amigos y para su patria. Dioses! »sostenedme para sufrir por mi »Damon aunque sea la peor de »las muertes.» Dionisio quedó confundido por la dignidad de estos sentimientos, y mucho mas por el modo afectuoso con que fueron pronunciados. Sintió herido su corazon por una lijera sensacion de penetrar la verdad, pero mas bien sirvió para dejarle perplejo que para decidirlo.

Titubeó: hubiera querido hablar, pero miró á otro lado, y se retiró silencioso.

Llegó el dia fatal; Pitias fué conducido entre los guardias, con un aire tranquilo y satisfecho al lugar de la ejecucion. Dionisio acudió tambien; fué conducido en un trono portátil, tirado de seis caballos blancos, y permaneció atento y pensativo á la resolucion del prisionero. Llegó Pitias: subió con lijereza al tablado, y mirando por algun tiempo el aparato de la muerte, se volvió y con un continente apacible se dirijió de este modo á la multitud: «Mis súplicas han »sido oidas; los dioses han sido »propicios. Conozco que los vien»tos le han sido contrarios hasta »ayer. Damon no habrá podido »venir, porque no está en su ma»no allanar imposibles. Mañana »estará aquí; y la sangre que hoy »se derrame, rescatará la vida de »mi amigo. Oh! quisiera poder »arrancar toda duda de vuestro »corazon, toda sospecha sobre el »honor del hombre por quien »voy al suplicio cual si fuese á »un banquete. Estoy seguro que »mañana acusará á los elementos »y á los dioses de mi muerte. »Pero me adelanto á prevenir su »écsito. Verdugo: haz tu oficio.» Al pronunciar estas últimas palabras se levantó un murmullo entre el pueblo: oyóse una voz distante que clamaba: *Párese la ejecucion*; y el inmenso jentío repitió apresurado las mismas palabras. Un hombre pedia á gritos le abriesen paso: cubierto de polvo y de sudor se apea, sube precipitado las gradas del cadalso, y arrojándose en los brazos de Pitias, esclama casi sin aliento: «Te he salvado, te he salva»do, mi querido amigo: los dioses »me han oido. Aora no tengo »que sufrir mas que una muer»te, y de otro modo hubiera »quedado entregado á la deses»peracion, mil veces mas cruel, »porque causaba la tuya; tu vida »es mas amable que la mia.» Pálido, y casi sin poder articular las palabras, Pitias en los brazos de Damon, replicaba con acento interrumpido: «Fa»tal precipitacion! ¡ impaciencia »cruel! ¡Qué poderes envidiosos »han obrado imposibles en tu »favor! Pero no hay remedio; »si no puedo salvarte con mi »muerte, no te quiero sobre»vivir.»

Dionisio, asombrado, lo contempló todo, y penetrado su corazon, y desengañado, no pudo menos de confesar verdades tan incontestables probadas por los hechos. Bajó de su trono, subió

al cadalso y esclamó: «Vivid, pa»reja incomparable, vivid. Ha»beis dado un testimonio indu»dable de la ecsistencia de la »virtud! Vivid felices! y eter»na sea vuestra fama; fórme»me yo por vuestros preceptos, »pues me habeis invitado con el »ejemplo para hacerme digno de »participar de tan sagrada a»mistad.»

La espada de Damocles.—No ignoraba este tirano cuál era su posicion. Damocles, uno de sus cortesanos, ensalzaba á todas horas la felicidad del príncipe, su riqueza y poder, la magnificencia de su palacio y la vanidad de sus placeres. «Puesto que envi»dias mi felicidad, le dijo Dio»nisio, yo haré que la goces.» Le mandó colocar en un lecho de oro, servirle un banquete magnífico y rodearle de esclavas de rara hermosura, prontas á ejecutar sus órdenes. Damocles, respirando los perfumes mas esquisitos, viendo á su disposicion una mesa espléndida, parecia loco de contento; pero de repente levantó los ojos y vió pendiente sobre su cabeza la punta de una espada de mucho peso atada al techo con una cerda de caballo. Huyó el placer, tembló de miedo y pidió por favor que se le libertase de una felicidad tan peligrosa (1). ¡Qué espantosa imájen de la tiranía, sobre todo, cuando está trazada por el mas hábil y afortunado de los tiranos!.

DIONISIO LLAMADO EL JOVEN.

(Año del mundo 3618. — Antes de Cristo 386.)

Las azañas de Dionisio, su popularidad en los últimos tiempos de su vida, la riqueza del estado y la costumbre de obedecer, habian familiarizado á los siracusanos con la monarquía. Dionisio el jóven subió al trono pacíficamente y sin ostáculos, y mostró al principio tanta suavidad é inercia, cuanta habia sido la actividad y el rigor de su padre. Los talentos de Dion podian ser útiles al nuevo rey. Aquel ciudadano le ofreció ir al Africa á negociar la paz, ó bien si Dionisio preferia la guerra, mandar los ejércitos y tripular á su costa cincuenta galeras. Su zelo agradó al rey; pero mal interpretado

(1) *Etre heureux comme un roi, dit le peuple hébeté:*
Hélas! pour le bonheur que fait la majesté?

(Voltaire.)

por los cortesanos, se hizo sospechoso como dirijido, decian, á apoderarse de su autoridad. Dion no asistia á sus orjías, y queria preservar al rey contra sus consejos corruptores. Ellos le presentaron á los ojos de Dionisio como un rival peligroso y un censor importuno: es verdad que su severidad esterior auyentaba á los jóvenes y hacia menos amable su virtud. Platon le reprendia la dureza de su carácter y consiguió dulcificarlo. El rey amaba las letras y las artes: bueno y afable para los que se le acercaban, daba á sus amigos un grande imperio sobre su ánimo. Dion, que lo sabia, le inspiró un vivo deseo de ver á Platon. Este filósofo resistió largo tiempo á sus instancias; pero la esperanza de hacer un gran bien á la Sicilia le determinó á emprender el viaje. Su llegada á Siracusa aterró á todos los cortesanos, que daban ya por cierta la reforma de los abusos; y para que se opusiese al filósofo un hombre hábil, partidario de sus privilejios, hicieron que volviese del destierro el historiador Filisto. El rey hizo grandes honores á Platon: le agradó sobremanera su trato y en breve le amó con pasion. Ni podia vivir sin él, ni hacer nada sin su consejo. La córte se transformó en Academia. En un sacrificio, cuando el pregonero clamó segun costumbre: «Conserven los dioses por largo tiempo »á la tirania y al tirano.» Dionisio le dijo irritado: «¿Cuándo acabarás de maldecirme?» Esta esclamacion consternó á Filisto y á sus amigos y se aplicaron mas que nunca á desacreditar á Dion y á Platon. «En otro tiempo, »decian al rey, no pudieron los »atenienses con cincuenta mil »hombres tomar á Siracusa, y »aora te va á destrônar uno solo »de sus sofistas, dándote en lugar »de la autoridad verdadera una »soberanía que su academia no »puede definir.» La casualidad favoreció sus intrigas. Interceptaron unas cartas escritas por Dion á los embajadores de Cartago, en que los ecsortaba, si querian una paz sólida, á no tratar sin que él estuviese presente á las conferencias con el rey de Siracusa. Persuadieron á Dionisio que este trato con el enemigo era una traicion. El príncipe, habiendo ocultado algunos dias su resentimiento, salió á pasearse con Dion á la orilla del mar, le mostró las cartas, se quejó de él, y sin escuchar su justificacion, hizo que se embarcase para el Peloponeso. Al punto se esparció la voz de que

Platon iba á ser condenado á muerte; pero Dionisio se contentó con hospedarle y guardarle con todo miramiento en la ciudadela para impedirle que fuese á buscar á Dion;—porque la amistad que profesaba al filósofo, era zelosa como el amor, y á cada momento le prodigaba las quejas y las caricias.

Platon queria valerse de esta amistad tiránica para conseguir la gracia y la vuelta de Dion. Dionisio le prometió una y otra, á condicion de que no le desacreditaria en Grecia; pero el filósofo, cansado de ver que lo entretenia con vanas escusas, ecsijió y obtuvo permiso para volver á Atenas, donde fué nombrado arconte, y Dion costeó las fiestas y espectáculos que tuvo que dar su amigo. Viajó despues por toda la Grecia admirado y querido, y los espartanos le dieron la ciudadanía.

Entretanto el rey de Siracusa, amante de la filosofía, á pesar de sus cortesanos llamó á su palacio á los sabios mas célebres de aquel tiempo; pero ninguno pudo llenar el vacío de Platon, y ansioso de volverle á ver, le escribió que si no venia á Siracusa, Dion permaneceria desterrado. La amistad volvió á traer á Platon á Sicilia. Al principio gozó de mucho favor; pero como no cesaba de instar por la vuelta de Dion, y Dionisio en vez de llamarle, hacia vender sus tierras, riñeron el rey y el filósofo. Los guardias quisieron matar á Platon, acusándole de que aconsejaba á Dionisio que abdicase; Dionisio le salvó la vida y le dejó volver á Grecia.

Su caida.—La sabiduría salió con él de Siracusa, y Dionisio, privado de sus consejos, se entregó desenfrenadamente á los placeres. Al vicio siguió como siempre la injusticia, y obligó á su hermana Areta, mujer de Dion, á casar con Timócrates, uno de sus favoritos. Ultrajado Dion, resolvió vengarse y destronar al tirano. Levantó tropas, y llamó á los desterrados de Sicilia que se hallaban en Grecia; pero solo veinticinco se unieron á él. Habiendo reunido ochocientos guerreros en la isla de Zacinto, les manifestó su proyecto: titubearon al ver que con tan pocas fuerzas iban á combatir á un príncipe que tenia un ejército de ciento diez mil hombres y cuatrocientos navíos; pero la elocuencia de su jefe los decidió. Despues de sufrir violentas tempestades que los echaron á la costa de Africa, desembarcaron en Minoa, pequeña ciudad

de Sicilia, cuando Dionisio estaba ocupado en una espedicion contra Italia, y Timócrates mandaba en su ausencia. Este despachó al príncipe un correo que se durmió en el camino, y un lobo le llevó el saco donde tenia los pliegos y carne para el viaje; de modo que Dionisio no supo lo que pasaba hasta mucho tiempo despues del desembarco de Dion.

Este jefe se acercó á Siracusa, y se reunieron á él los descontentos; lo que hizo que sus fuerzas ascendiesen á cinco mil hombres. Todos iban coronados de flores, y el pueblo en lugar de resistirles, se sublevó y volvió su furia contra los satélites del tirano. Timócrates, perseguido con ánsia, no tuvo tiempo para entrar en la ciudadela y huyó. Todos los ciudadanos salieron á recibir á Dion, vestidos como en las ceremonias públicas. Solo se oia el son de los instrumentos y gritos de júbilo, y la toma de Siracusa fué mas bien una fiesta que una victoria. Un heraldo anunció al público que Dion y Megaclés habian venido para destruir la tiranía en Siracusa. Dion subió á la tribuna y ecsortó al pueblo á coadyuvar á este designio. Se esparcieron flores sobre él, se le dieron muchos aplausos, y él y su hermano fueron nombrados á unanimidad jenerales, con un consejo de veinte adjuntos.

Dionisio, sabedor de estos sucesos, se introdujo en la ciudadela, donde fué sitiado. Hizo una salida, y aunque una herida que recibió Dion fué causa de que los suyos desmayasen, este valiente jefe corrió por la ciudad, llamó al pueblo en su socorro, animó aun á los mas cobardes, y rechazó al enemigo obligándole á encerrarse en la fortaleza.

Conociendo Dionisio la movilidad del pueblo y su propension á la desconfianza, escribió á Dion, é hizo que le escribiese su antigua esposa cartas llenas de artificio, en que le recordaban su antiguo zelo por la conservacion de la tiranía ó el gobierno monárquico. Dion tuvo que leer estas cartas en la asamblea del pueblo, porque el secreto hubiera aumentado las sospechas: los siracusanos recelaron de él, le quitaron el mando de la escuadra y se lo dieron á Heráclides. Dion se quejó, echó en cara sus intrigas al nuevo jeneral de la marina; mas no por eso faltó á la obediencia, ni dejó de tributar á Heráclides los honores debidos á su empleo. Poco tiempo despues llegó Filisto de Italia en

socorro de Dionisio; pero fué vencido, preso y llevado al suplicio. Entonces consintió Dionisio en rendir la ciudadela, con tal que se le permitiese ir á Italia: el pueblo no queria consentirlo; pero habiéndose levantado un viento favorable, el rey huyó en un bajel con todos sus tesoros.

GOBIERNO DE DION.—Culpóse á Heráclides de haberlo dejado pasar; pero el pueblo olvidó sus intereses por las adulaciones del jeneral de la marina, que para granjearse el afecto de la plebe, propuso que se repartiesen las tierras y se suprimiese el sueldo de las tropas estranjeras; y como Dion se opusiese á esta medida, irritados los siracusanos le depusieron y nombraron otros veinticinco jenerales y á Heráclides por presidente de ellos. Estos procuraron seducir á los soldados estranjeros para que abandonasen á Dion; mas nada lograron. Entonces quisieron atacarlos; pero Dion avanzó al frente contra sus enemigos, los amedrentó y dispersó, y se retiró al distrito de Leoncio. Los siracusanos atacaron la escuadra del rey y la derrotaron; pero habiéndose entregado á comer y beber para celebrar la victoria, Nipcio, comandante de la fortaleza, salió con su jente, sorprendió á los enemigos dispersos, hizo gran matanza en ellos, saqueó la ciudad, robó las mujeres y los niños, y los encerró en la ciudadela.

Los siracusanos dejaron de ser ingratos luego que se vieron en la desgracia, y resolvieron llamar á Dion. Los diputados del pueblo fueron adonde estaba, se arrojaron á sus pies y le pidieron que olvidase la injusticia de sus conciudadanos. Dion reunió sus soldados y les dijo llorando: «Peloponesios, vosotros »podeis deliberar sobre esta pe»ticion; pero á mí no me es líci»to dudar cuando mi patria está »en peligro: la salvaré con vos»otros ó moriré con ella. Acor»daos únicamente que no aban»doné á mis aliados en el peli»gro, y que si los dejo es para »socorrer á mis conciudadanos »en su infortunio.»

Todos los estranjeros pidieron á gritos que los condujese á Siracusa. Cuando llegó cerca de la ciudad, los enemigos personales de Dion le impidieron la entrada: el resto del pueblo combatia con ellos para obligarles á abrir las puertas, y Nipcio, en una salida que hizo al mismo tiempo, mató todos los habitantes que encontró y puso fuego á la ciudad. El incendio termi-

na la discordia; reúnense todos los ciudadanos, abren las puertas, marcha Dion contra el enemigo, sus tropas dan gritos de alegría y furor, destroza á los soldados de Nipcio, liberta la ciudad, y Heráclides y Teodoto, jefes de los facciosos, se entregan á merced del vencedor. Aconséjase á este que dejase desfogar en ellos la furia del soldado, y respondió: «Aprendí en la academia el arte »de vencer mi cólera: no basta »ser humano con los hombres »honrados: es menester serlo con »los enemigos. La mayor victoria »es la de las propias pasiones: si »Heráclides ha sido envidioso y »perverso para conmigo, no por »eso he de manchar yo mi glo»ria vengándome á sangre fria.»

Nombrósele jeneralísimo, y el primer acto de su autoridad fué restituir á Heráclides el mando de la escuadra. Estrechó despues el sitio de la ciudadela y mandó que se dejase libre el camino del mar: la guarnicion, como habia previsto, se aprovechó de la ocasion y huyó dejando libre á Siracusa. Las princesas salieron de la ciudadela. Areta venia triste y temblando, con los ojos bajos, esperando una sentencia severa por su matrimonio forzado con Trimócrates. Hincó la rodilla delante de Dion, este la abrazó, volvió á poner su hijo en sus brazos y la recibió en su casa como antes. Platon le escribió con este motivo: «La Grecia entera »tiene los ojos fijos en vos, y os »mira como el hombre mas sabio »y afortunado de la tierra.» Queria Dion establecer en Siracusa el gobierno aristocrático de Lacedemonia; pero el ambicioso Heráclides, tantas veces culpable y absuelto por la clemencia de Dion, se adirió al partido popular. Dion le llamó al consejo; y él respondió osadamente que no iria sino á la asamblea del pueblo. Los soldados habian querido muchas veces matarle y Dion se habia opuesto á ello; pero en esta ocasion, cansado de tantos insultos les permitió la venganza. Heráclides fué asesinado: el pueblo lloró su muerte y Dion sufrió el suplicio interior que padecen las almas nobles cuando han cometido un delito. Atormentábale por las noches un fantasma en figura de una mujer colosal que le seguia á todas partes y barria con estrépito su casa. La muerte de su hijo, que se mató á sí mismo, puso el colmo á sus desgracias. Cálipo de Atenas, uno de sus íntimos amigos, conspiró contra él con el objeto de apoderarse de Siracusa. Súpolo Dion

por medio de su mujer y su hermana, que habian descubierto la conjuracion. Cálipo fué acusado y se presentó á Dion, derramó lágrimas y le aseguró de su inocencia, haciendo el juramento mas terrible con una antorcha en la mano, cubierto con el manto de Proserpina, y condenándose á los suplícios mas orrendos si era perjuro. Sin embargo, las princesas recibieron poco despues nuevos avisos, y los amigos de Dion le aconsejaron anticiparse al pérfido; pero el meticuloso Dion, arrepentido del primer homicidio, no quiso cometer el que conceptuaba segundo, y prefirió el peligro á los remordimientos. Cálipo sobornó unos soldados que le asesinaron en su cuarto, y encerró á su mujer en una prision donde parió un hijo que murió en el mismo calabozo.

Dionisio restituido al trono. —El infame homicida gobernó á Siracusa, ó por mejor decir, la oprimió. El pueblo, consternado, se quejaba de la paciencia de los dioses; pero habiendo salido el tirano algun tiempo despues para rendir á Catania, el pueblo se rebeló y Siracusa se puso en libertad. Cálipo atacó á Mesina y perdió en el asalto la mayor parte de sus soldados. Todas las ciudades de Sicilia le cerraron las puertas. Ocultóse algun tiempo en las cercanías de Reggio, donde le encontró un siracusano llamado Leptino, y le inmoló con el mismo puñal que habia servido para asesinar á Dion.

Al mismo tiempo Icetas, príncipe de Leoncio, sacó de la prision á Aritómaca y á Areta; pero ganado por la faccion popular, hizo que se embarcasen para el Peloponeso y mandó echarlas al mar en el camino: atrocidad que despues castigó Timoleon. Muerto Cálipo, los amigos de Dion escribieron á Platon pidiéndole consejo sobre la forma de gobierno que debian adpotar. El filósofo les dijo que escojiesen reyes como en Esparta, un senado para hacer las leyes y treinta y cinco majistrados para ejecutarlas. Interin se deliberaba sobre este asunto, Hiparino, hermano de Dionisio, llegó á Siracusa con una escuadra, se apoderó de la autoridad, y mandó dos años. Sucedióle un siracusano llamado Nipsea; pero Dionisio, al frente de un ejército estranjero, desembarcó en Sicilia, le atacó y recobró el trono. Para dar gracias á los dioses por este feliz suceso, envió el tirano estátuas de oro á Olimpia y á Delfos. Los atenienses las intercep-

taron, y á pesar de sus reclamaciones las emplearon en pagar su propio ejército.

Los infortunios de Dionisio, no habiéndole ilustrado, le hicieron feroz. Llenó á Siracusa de sangre, y despojó, mató ó desterró á los mejores ciudadanos. Los desterrados se refujiaron en Leoncio, y los cartajineses, aprovechándose de las disensiones, conquistaron gran parte de la isla. Los desterrados de Siracusa enviaron una embajada á Corinto para pedir socorro contra Dionisio y contra los cartajineses. Icetas, que aparentaba favorecerlos, los engañaba y negociaba ocultamente con Cartago, con la esperanza de apoderarse, ausiliado por ellos, de Siracusa.

TIMOLEON.—Afectada Corinto de la suerte de su antigua colonia, acojió favorablemente la embajada: resolvió hacer independiente á Siracusa, declaró la guerra á Dionisio, y dió el mando de las tropas ausiliares á Timoleon, jefe de una familia principal de Corinto. Era soldado intrépido, esperimentado capitan, hábil político, amigo constante de la libertad, y puro y benéfico en sus costumbres; — una sola pasion tuvo en la vida, y fué el odio á la tiranía. Siendo jóven, su hermano mayor Timófanes, á quien amaba tiernamente, pero no tanto como á su patria, y á quien habia salvado la vida en un combate, tan ambicioso como era moderado Timoleon, se apoderó de la autoridad en Corinto, á favor de un partido. Timoleon hizo vanos esfuerzos para obligarle á abdicarla, y despues de haber empleado alternativamente argumentos, caricias, ruegos y amenazas, se juntó á los que conspiraban contra él, é hizo que dos de los conjurados le asesinasen en su presencia. Corinto, los filósofos y el mismo Plutarco han elojiado este crímen; pero muchos hombres virtuosos censuraron el fratricidio: su madre maldijo á Timoleon, proibiéndole la entrada en su casa; y el corazon del delincuente, el mas inflecsible de los jueces, le castigó con los remordimientos. Detestando su crímen y la vida, reusó el alimento y quiso dejarse morir. Los esfuerzos de sus amigos lograron que renunciase á este nuevo delito; pero vivió en la soledad veinte años, siempre melancólico, hasta que los votos de sus conciudadanos le restituyeron á la escena del mundo, y tomó el mando de las tropas destinadas á Sicilia.

Deseando Icetas impedir esta espedicion, escribió á Corinto

que los cartajineses no permitirian que desembarcasen tropas griegas en Sicilia, y que él tendria que ceder al poder de Cartago y ausiliarla. Este nuevo ostáculo redobló el ardor de los corintios en lugar de amortiguarlo. Timoleon llegó con diez galeras á las costas de Italia. Allí supo que Icetas habia vencido á Dionisio, ocupaba una parte de Siracusa, y tenia sitiado al rey en la ciudadela; y que los cartajineses dominaban el mar para impedir que los corintios se aprocsimasen á la isla. Timoleon entró en el puerto de Reggio, donde le bloquearon veinte galeras cartajinesas. Los embajadores de Icetas declararon á Timoleon que si queria podia ir á Siracusa, pero habia de ser sin tropas.

Segunda caida de Dionisio. — Timoleon opuso la astucia á la fuerza, pidió una conferencia con los habitantes de la ciudad, los embajadores y los oficiales de la escuadra enemiga. Los majistrados de Reggio estaban de acuerdo con él, y reunida la asamblea, mandaron cerrar las puertas de la ciudad para que los jenerales cartajineses no supiesen lo que pasaba en el puerto. Timoleon prolongó la discusion para ganar tiempo, y entretanto nueve de sus galeras se dieron á la vela y escaparon. El jeneral corintio, advertido de ello secretamente, mientras la asamblea deliberaba, salió con disimulo, se embarcó en la décima galera, y se reunió con las otras.

Estrañamente sorprendidos quedaron los cartajineses de verse vencidos en astucia. Advertido Icetas de la llegada de Timoleon, tenia para oponerle ciento cincuenta galeras, cincuenta mil hombres, y trescientos carros. Timoleon, que no tenia mas que mil soldados, evitó encontrarse con su escuadra y desembarcó en Tauromenio. El corto número de sus tropas no inspiraba confianza á los sicilianos, y los de Siracusa se veian sin esperanza de salvacion entre los cartajineses, Icetas y Dionisio. Timoleon, á quien ningun ostáculo desalentaba, marchó á Andrana. Icetas le salió al encuentro con un cuerpo de cinco mil hombres: el corintio le derrotó, se apoderó de su campamento y equipajes y tomó á Andrana situada al pie del Etna. Dionisio, que no lo temia tanto como á Icetas, y se hallaba privado de víveres, sin mas opcion que la de elejir su vencedor, se entregó á Timoleon, el cual hizo entrar en la ciudadela cuatrocientos sol-

dados: el rey les dió sus armas y muebles y dos mil hombres á toda prueba. El se embarcó por la noche con sus tesoros, pasó por medio de la escuadra cartajinesa sin ser observado hasta el campamento de Timoleon, de donde fué á Corinto. Allí acabó sus dias en la disolucion. No pudiendo tiranizar mas á los hombres, se hizo maestro de escuela; tal vez, dice Ciceron, para tiranizar á los niños.

Icetas tenia sitiada aun la ciudadela de Siracusa; pero habiéndose alejado con Magon, jeneral de los cartajineses, para atacar á Timoleon que estaba en Catania, Leon, comandante de la fortaleza despues de la partida de Dionisio, hizo una salida, halló desordenados á los sitiadores, los destrozó, se apoderó de la Acradina y habiéndola fortificado la unió á la ciudadela. Timoleon entretanto recibió un refuerzo de Corinto, y al frente de cuatro mil hombres se apoderó de Mesina y marchó contra Siracusa. Sus emisarios ganaron á los soldados griegos que habia en el ejército de Icetas y los reunieron á los corintios. Magon, temeroso de alguna traicion, embarcó su ejército y pasó al Africa. Timoleon era demasiado hábil para no aprovecharse de esta defeccion: marchó á Siracusa y la tomó por asalto. Despues de esta victoria, ecsortó á los siracusanos á que arrasasen la ciudadela, el palacio y los sepulcros de los reyes, y mandó que se estableciesen los tribunales en el mismo sitio donde estuvo la fortaleza.

La mayor parte de los habitantes habian perecido víctimas de Dionisio ó de los cartajineses: Timoleon ecsortó á los de Corinto á que fundasen una segunda colonia en Siracusa. Los corintios hicieron proclamar en toda Grecia que transportarian á su costa á los que quisiesen domiciliarse en Siracusa. Acudieron sesenta mil hombres de diversas provincias: formóse causa á las estátuas de los reyes, y todas fueron derribadas escepto la de Jelon; sobre lo cual dice Rollin: «Si se hiciera lo mismo con to»das las estátuas de los reyes, »no sé si quedarian muchas en »pie.»

Restablecida la tranquilidad en Siracusa, marchó Timoleon contra Icetas y le obligó á renunciar á la alianza de Cartago, arrasar sus fortalezas y vivir en Leoncio como un ciudadano. Venció é hizo prisionero á Leptino, tirano de Apolonia y lo envió á Corinto.

Entretanto Magon, mal reci-

bido en Cartago, se dió la muerte; y Asdrubal y Amilcar tuvieron el encargo de conducir á Libea setenta mil hombres y arrojar á los griegos de Sicilia. Timoleon, aunque solo pudo reunir siete mil soldados, atacó á los cartajineses cerca del rio Himera y logró una victoria completa. Los tiranos de Sicilia, fundando la esperanza de su conservacion, como todos los príncipes enemigos de sus vasallos, en el socorro de los estranjeros, se sublevaron contra Timoleon, é hicieron alianza con Cartago. Pero el corintio los venció á todos y llevó á Siracusa á Icetas, su mujer y su hija. El pueblo los mató en venganza de la muerte de Dion, Areta y Aristómaca. Al mismo tiempo dos siracusanos acusaron á Timoleon de malversacion, y aunque el pueblo se indignó de esta osadía, Timoleon quiso que se le pusiese en juicio: «Mis deseos se han »cumplido, dijo, pues Siracusa »es independiente.» Fué absuelto, y esta célebre causa dió nuevo lustre á su sabiduría y á su virtud.

Cuando hubo vencido á los tiranos, arrojado á los enemigos, restaurado las ciudades destruidas y dado al pueblo buenas leyes, abdicó su autoridad y vivió en una casa de campo con su familia, gozando en su retiro de su propia gloria y de la felicidad de Siracusa. En su vejez se quedó ciego; mas siempre le consultaban como á un oráculo. Cuando el pueblo se hallaba en alguna situacion crítica, salia Timoleon de su retiro y atravesaba la ciudad en un carro, enmedio de las aclamaciones públicas, daba su dictámen, que era seguido relijiosamente, y volvia á su soledad acompañado de las bendiciones del pueblo. Luto jeneral y lágrimas sinceras honraron la tumba de este grande hombre, que espió un solo crímen con perpétuos remordimientos y con una vida larga llena de gloria y virtudes.

El aniversario de su muerte se celebraba con juegos; y para honrar su memoria, mandó el pueblo que en todas las guerras con estranjeros se diese el mando á un jeneral corintio. En sentir de Plutarco, fué superior á Epaminondas, Temistocles, Ajesilao y demás héroes de la Grecia; y nosotros creemos que tiene razon, pues no es imitado el ejemplo de Timoleon por aquellos que llegan al poder sin tiranizar al pueblo, retirándose y dejándole su libertad, habiendo antes peleado para conseguírsela.

CAPITULO III.

Gobierno tiránico de Sosistrato.—Su destierro.—Pretension de Agatocles al poder.—Su crueldad.—Su guerra con los cartajineses.—Su victoria.—Matanza en Siracusa.—Muerte de Agatocles.—Hieron.—Hieronimo.—Toma de Siracusa por Marcelo, y reduccion de la Sicilia á provincia romana.

Si las leyes de Timoleon eran á propósito para establecer una prudente libertad, la poblacion que atrajo á Siracusa, no era propia para mantener en ella la concordia por mucho tiempo; porque siendo hombres de tantas naciones diferentes, cada uno llevaba sus hábitos y preocupaciones; y así no gozó la ciudad mas que veinte años de su libertad, y aun esta turbulenta, por la propension de los militares á la tiranía, la ajitacion de los amigos de la democrácia y el orgullo de los oligarcas. Los cartajineses, que nunca renunciaron al proyecto de dominar la Sicilia, fomentaban los partidos y atizaban el fuego de las disensiones.

Sosistrato, uno de los jenerales siracusanos, con el ausilio de las tropas, adquirió una autoridad casi soberana, é imitando á sus tiranos predecesores, echó de los empleos, desterró y robó á los partidarios de la democrácia. Uno de ellos, llamado Démas, poderoso por sus riquezas y guerrero ilustre, le opuso una larga resistencia.

Agatocles.—Démas tenia por amigo á Agatocles, hijo de un alfarero, pero dotado de una fuerza prodijiosa y de una hermosura estraordinaria. Los agrijentinos elijieron por jefe á Démas, y este dió el mando de mil hombres á Agatocles: al frente de este cuerpo mostró tanta audácia y habilidad é hizo tales azañas, que su fama corrió por toda Sicilia. Démas murió, y su viuda, enamorada de Agatocles, casó con él, llevándole en dote un inmenso caudal.

Su riqueza, su crédito para con

el pueblo, su valor y ambicion, le hicieron sospechoso á Sosistrato, y este proyectó asesinarle. Agatocles huyó á Italia con algunos de sus amigos: por la violencia de su carácter fué arrojado de dos ciudades; en los campos le perseguia Sosistrato; y habiendo reunido algunos aventureros y desterrados, atacó y venció las tropas de su perseguidor.

Sosistrato, mas ambicioso que hábil, no conociendo sus fuerzas, pretendió destruir en Siracusa todas las formas del gobierno democrático; el pueblo se sublevó y lo desterró. Echado de la ciudad con setecientos de los principales partidarios de la oligarquía, pidió socorro á los cartajineses, y con su ausilio proyectó restablecer la tiranía. Los siracusanos llamaron contra él á Agatocles y le dieron el mando de las tropas. El nuevo jeneral justificó esta eleccion. Venció á los enemigos, y recibió siete heridas en el combate. Cuando volvió á la ciudad, no pudiéndose contener, manifestó su deseo de obtener el poder supremo. El pueblo se irritó, y los demócratas proyectaron asesinarle. Diósele noticia de este designio, y queriendo saber si era cierto, vistió un esclavo con sus ropas y le mandó ir al sitio donde los conjurados debian ejecutar su designio. El esclavo fué muerto, y Agatocles se escapó disfrazado, de los puñales enemigos. Cuando los siracusanos se creian libres de su ambicion y se alegraban de su muerte, se presenta repentinamente á las puertas de la ciudad, mandando un ejército de estranjeros que habia levantado en Sicilia. La sorpresa aumentó el temor: se entró en negociacion en lugar de combatir, y el pueblo permitió á Agatocles entrar en la ciudad, ecsijiéndole el juramento de licenciar sus tropas y de no emprender nada contra la democrácia. Agatocles juró todo lo que quisieron: despidió sus soldados, pero indicándoles lugar y medios para reunirse á la primer señal.

Su crueldad.—Poco tiempo despues, con el pretesto de una espedicion que los siracusanos meditaban contra la ciudad de Erbita, reunió su ejército, lo aumentó con muchos soldados elejidos de la ínfima plebe, y les dijo: «Antes de pelear con los »estranjeros, libertaos de otros »enemigos mas peligrosos. Sira»cusa tiene un senado compues»to de seiscientos tiranos mas »terribles que los cartajineses: »mientras ellos y sus parciales vi»van no tendremos tranquilidad:

»destruid las sanguijuelas del »pueblo y apoderaos de sus bie»nes.» A estas infames palabras dió la señal de matanza: los soldados enfurecidos degollaron á todos aquellos que por sus riquezas y dignidad eran objeto de su avaricia y envidia. Ni á edad ni á secso perdonaron: en esta carnicería que duró cuarenta y ocho horas, perecieron mas de cuatro mil víctimas. Agatocles dió la señal de que cesase, y reuniendo á los ciudadanos consternados que quedaban, les dijo: «Vuestra enfermedad era muy »grave y pedia un remedio vio»lento: he destruido vuestros ti»ranos y consolidado la democrá»cia: desde hoy me entrego á la »soledad y al descanso.»

Como todos los cómplices de sus crímenes tenian necesidad de su apoyo para que las violencias quedasen impunes, le conjuraron á que retuviese el poder soberano; Agatocles, como forzado por ellos, subió al trono, objeto constante de su ambicion.

Su guerra contra los cartajineses.—Su primer acto fué abolir las deudas y repartir igualmente las tierras entre todos los ciudadanos. El pueblo, recibiendo los bienes de los grandes, se unió á él por el vínculo del interés; y Agatocles, creyéndose mas seguro, fué menos cruel y dió leyes bastante buenas. Para entretener al ejército, se puso en campaña y se apoderó de todas las ciudades de Sicilia que no pertenecian á Cartago; pero á pesar de este miramiento, los cartajineses enviaron contra él á Amilcar con un ejército, al cual se reunieron los descontentos de la isla: Agatocles perdió una gran batalla y se encerró en Siracusa, donde, sitiado por los cartajineses, se creyó perdido sin recurso. En este instante crítico, su jenio le inspiró el proyecto mas audaz. Arma todos los esclavos: deja en la ciudad no mas que la guarnicion necesaria para defender las murallas: con el pretesto de hacer una espedicion en las costas de Sicilia, embarca todo su ejército, se da á la vela y llega á las playas de Cartago. Para colmo de temeridad, temiendo debilitar sus tropas si dejaba algunas en los bajeles, dice á sus soldados: «He ofrecido á Proserpi»na y á Ceres sacrificarles la es»cuadra si nuestro viaje tenia »écsito feliz: cumplid mi prome»sa para que los dioses nos den »la victoria.» Dichas estas palabras coje una antorcha; sus soldados entusiasmados le siguen,

y todas las naves quedan reducidas á humo y ceniza. Obligado el ejército por esta resolucion desesperada á vencer ó morir, marchó contra los enemigos mandados por Bomilcar y Hannon. Agatocles, antes de empezar el combate, usó de un raro artificio para dar nuevo esfuerzo á sus tropas. Soltó de repente un gran número de lechuzas que habia reunido, las cuales, no pudiendo volar mucho de dia, fueron á posarse en los escudos de los soldados que miraron este fenómeno como un signo evidente de la proteccion de Minerva. Pelearon con sumo ardor y alcanzaron una feliz victoria. Hannon pereció en la batalla: Bomilcar se retiró, no sin dejar sospechas de traicion, y cuando llegó á Cartago, intentó hacer una revolucion para usurpar el poder supremo; pero el pueblo se armó contra él y le hizo morir.

Aprovechándose Agatocles de la victoria, taló los campos, tomó muchos fuertes, y se apoderó de una ciudad muy considerable, llamada la gran ciudad. Atemorizados los cartajineses, enviaron órden á Amílcar para que saliese de Sicilia y fuese á socorrer la patria. Amílcar, antes de obedecer, quiso asombrar y engañar á los enemigos. Para esto hizo pasar por delante del puerto varios trozos de naves sicilianas, con el fin de hacer creer á los siracusanos que su rey, escuadra y ejército habian perecido. El pueblo, consternado, queria ya capitular, cuando entró en el puerto un esquife con la noticia de la victoria de Agatocles, y la cabeza de Hannon. Arrojáronla al campo de los cartajineses, y este regalo orrendo difundió en ellos el terror. Agatocles habia hecho alianza en Africa con Ofelas, rey de Cirene, prometiéndole el trono de Cartago. Ofelas llega á su campo, y el siracusano, tan pérfido como cruel, le asesina y se hace dueño de su ejército. Durante su ausencia, muchas ciudades de Sicilia habian sacudido el yugo. Informado de ello, se embarca y deja el mando del ejército á Ascagarto su hijo.

La fama de Agatocles, mas aumentada con el esplendor de una invasion contra Cartago, le proporcionó medios para levantar un nuevo ejército en Sicilia, y arregló en breve las cosas de la isla; pero un correo que llegó del Africa al mismo tiempo, le anunció que su hijo, atacado á la par por tres cuerpos cartajineses, habia sido del todo der-

rotado. Vuelve al Africa con prontitud, y aunque su ejército estaba en una situacion deplorable, la fortuna no cesó de favorecerle. Seis mil griegos que militaban en sus banderas, iban á pasarse una noche á los cartajineses; pero habiéndose prendido un grande incendio en el campo de estos, cuando vieron llegar un cuerpo que creian enemigo, huyeron apresuradamente á Cartago, imajinando que Agatocles iba detrás de ellos. Los seis mil griegos viendo este desórden, pensaron que otro cuerpo siciliano batia á los enemigos, y se volvieron atrás. Su llegada al campo de Agatocles produjo el mismo terror que habia puesto en huida á los cartajineses. Soldados y oficiales huyeron, y los esclavos, únicos dueños del campamento, lo saquean, se emborrachan y ponen fuego á las tiendas, que en breve fueron consumidas por las llamas. Agatocles sin víveres, sin equipajes y sin esperanza habia formado el designio de abandonar el ejército. Sus soldados y su hijo penetran su intencion, lo prenden y lo cargan de cadenas. El desórden se siguió á la indisciplina: la discordia de los jefes, la licencia de los soldados, el incendio del campo y el temor de los cartajineses, escitaron una sedicion en cuyo tumulto se escapó Agatocles, y favorecido por la noche, se embarcó y volvió á Sicilia. Enfurecido el ejército por este abandono, asesinó á su hijo y nombró jenerales que concluyeron un tratado, en cuya virtud los cartajineses debian proporcionarles transportes para pasar á Sicilia y cederles la ciudad de Selinonte.

Agatocles, cuando llegó á la isla, levantó otro ejército, tomó por asalto la ciudad de Ejesta y degolló á sus habitantes. Desde que se supo la muerte de su hijo y la capitulacion del ejército, su crueldad se convirtió en ferocidad, y mandó á su hermano Antandro que diese muerte á todos los habitantes de Siracusa, amigos ó parientes de los soldados del ejército del Africa.

Jamás se vió una igual carnicería: las calles se llenaron de cadáveres, y se tiñeron de sangre las murallas de la ciudad y las aguas del mar. Un desterrado llamado Dinócrates se puso al frente de los ciudadanos armados, venció al tirano, y le obligó á pedir la paz y á ofrecer que renunciaria al trono con tal que le dejasen dos fortalezas. Desechadas estas proposiciones, dióle fuerzas la desesperacion; marchó

contra los rebeldes, los derrotó y destrozó. Un cuerpo numeroso de ellos que se habia atrincherado en una montaña, capituló con la circunstancia de salvar las vidas, y rindió las armas: Agatocles los mandó degollar á todos, escepto á su jefe Dinócrates á quien tomó, en atencion á sus vicios, por amigo y compañero. El tirano habia llegado á aquel estremo de odiosidad en que la crueldad es abominada y no temida. Hubo muchas conspiraciones que le hicieron sensible la mansion de su palacio. Por eso se convirtió en corsario, atacó las costas de Italia y las islas Eolias, cuya paz nadie habia turbado hasta entonces, les impuso grandes tributos, les robó sus tesoros y saqueó sus templos. A estas últimas y vergonzosas victorias se siguió en breve una muerte digna de él. Alenon, ciudadano de Siracusa, á quien habia injuriado, le envenenó el limpiadientes con una ponzoña tan activa, que despues de haberle quemado la boca, se derramó con rapidez por todo su cuerpo y lo convirtió en una llaga contínua. Aun todavia respiraba y padecia los mas atroces tormentos cuando se le puso en una hoguera, cuyo fuego terminó sus crímenes y su ecsistencia.

Un cuerpo de soldados que servia en el ejército de Agatocles se apoderó de Mesina, degollando á los habitantes y tomando á sus mujeres por esposas. Diéronse á sí mismos el nombre de mamertinos ó protejidos del dios Marte. Siracusa, poco menos desgraciada, era víctima de la anarquía: Menon, que se apoderó de la autoridad, fué desposeido por Heracto que se contentó con el título de pretor. Timon y Sosistrato, jefes de dos facciones, le disputaron la autoridad, al mismo tiempo que los cartajineses atacaron la Sicilia.

Espedicion de Pirro a Sicilia.—(A. M. 3720.—A. C. 284). Los siracusanos llamaron en su socorro á Pirro, rey de Epiro, que estaba en Italia, y que cansado de la resistencia que le oponian los romanos, deseaba una ocasion de dejar aquella empresa tan peligrosa; mucho mas cuando se creia con derechos al trono de Siracusa, por estar casado con una hija de Agatocles. Timon y Sosistrato le entregaron las tropas, el tesoro y la autoridad, y le recibieron en Siracusa como un libertador. Complació la vanidad de los siracusanos volviendo á poner bajo el dominio de esta ciudad las demás que se habian hecho in-

dependientes. Su afabilidad le ganó al principio el amor de todos; pero en lugar de echar á los cartajineses de Lilibea, como deseaban los sicilianos, quiso emprender la conquista de Africa, y con las levas y contribuciones enajenó los ánimos: el rigor los ecsasperó mas; y pasaron del amor al odio, y de la lisonja á las amenazas. Entonces sus aliados de Italia, que no podian resistir á los romanos, le llamaron, y Pirro dejó la Sicilia, previendo que aquella isla seria bien pronto el campo de batalla entre romanos y cartajineses.

Hieron.—Despues de su partida, se apoderaron las tropas de la autoridad y elijieron por jefe á Hieron. Su padre era de una familia distinguida, y su madre esclava. Habia adquirido gloria peleando bajo las órdenes de Pirro: su valor, su talento, y mas que todo la moderacion de su carácter, le ganaron los votos y fué proclamado rey. Su reinado fué largo y justo, sin reprendérsele mas que un acto de injusticia, que solo las circunstancias pudieran disculpar. Habia en su ejército un cuerpo de soldados indisciplinados, habituados al crímen y á la sedicion, y que muy unidos entre sí, no permitian que se castigase á ninguno de ellos. Hieron, en un combate contra los mamertinos, los puso en la vanguardia, los abandonó apenas los vió empeñados en el combate y los dejó asesinar hasta el último, por aquellos feroces enemigos. Los mamertinos, atacados por los cartajineses y siracusanos pidieron ausilio á los romanos, que entonces habian acabado de conquistar la magna Grecia. Roma envió un ejército á Mesina. En la primer batalla dejaron solo á Hieron los cartajineses, esperando que destruido el ejército de Siracusa, les seria fácil subyugar la Sicilia, pues á los romanos no los temian, porque las escuadras de Cartago podrian impedirles siempre el paso á la isla. Hieron, ofendido de este doblez, se alió con Roma y la sostuvo fielmente.

La dulzura de su gobierno restituyó la prosperidad á Siracusa; protejió las artes y las letras, y escribió un tratado de agricultura. Fué tan rico su estado, que en una hambre que desolaba á Italia, pudo enviarla gratuitamente grandes remesas de granos. Rodas fué casi destruida por un terremoto. Hieron, para que se repusiese, le envió mucho dinero, muebles y ropas. Los regalos que hizo á Ptolemeo Filadelfo, rey de Ejipto, superaban

en magnificencia á los que solian hacer los monarcas mas opulentos del Oriente. Pero el mayor prodijio de su reinado, fué la alianza de la monarquía y de la libertad, en un pais donde no se habia conocido sino la licencia ó la tiranía. Desterró la discordia de Siracusa sin derramar sangre y sin cometer crueldades, é hizo dócil el pueblo mas sedicioso de la tierra. Reinó cincuenta y cuatro años, y murió cerca de los ciento de su edad, llorado de sus vasallos y de los pueblos estraños.

Hieronimo.—Antes de morir quiso abolir la realeza, porque su nieto Hieronimo era muy jóven y temia grandes turbulencias en su minoridad; pero la ambicion de su hija Demarata, mujer de Andronodoro, le apartó de este proyecto sabio. Heráclea, otra hija suya, mujer de Zoipo, menos ambiciosa, se opuso inútilmente á las intrigas de su hermana. Despues de la muerte del rey, el partido de Andronodoro proclamó á Hieronimo: los republicanos no se movieron y se limitaron á no dar su consentimiento. Andronodoro arrojó de Siracusa quince tutores que el difunto rey habia nombrado en su testamento, y que eran ciudadanos muy distinguidos. El jóven Hieronimo se entregó á la disolucion, fué despreciado y se formaron conspiraciones contra él. Uno solo de los conjurados llamado Teodoro, fué descubierto y guardó el secreto de sus cómplices, acusando solo á los amigos del rey y á Trason, zeloso partidario de la alianza con Roma. El rey los mandó matar sin mas pruebas. Al mismo tiempo los romanos ecsijian que se renovase la alianza; pero muerto Trason, tuvieron pocos amigos en la corte: Hieronimo, alentado con las victorias de Annibal en Italia, se negó á firmar el tratado, añadiendo al desaire injurias y espresiones de burla sobre los desastres de la república. Entretanto los conjurados no descubiertos, pusieron en ejecucion su plan y asesinaron al rey cuando pasaba por una calle estrecha. Era tan justamente aborrecido, que su cadáver quedó en aquel sitio muchos dias sin que nadie pensase en darle sepultura.

Andronodoro reunió sus amigos y se apoderó de un cuartel de la ciudad. El pueblo estaba dudoso; pero los conjurados sacaron de la cárcel á Teodoro, y las tropas y ciudadanos se declararon por él. Andronodoro capituló á pesar de su esposa que

le repetia estas palabras de Dionisio: «No se debe dejar el trono »sino por fuerza.» El pueblo, para recompensar la docilidad de Andronodoro, le elijió majistrado igualmente que á Temisto, cuñado de Hieronimo. Los ajentes de Cartago, Hipócrates y Epícides, mal vistos del partido dominante, pidieron una escolta para retirarse. Se les concedió; pero hubo la inadvertencia de no señalarles dia para la partida. Se detuvieron, pues, y favorecieron las intrigas de Demarata que instaba sin cesar á su marido para que se pusiese al frente de las tropas, esterminase el partido republicano y se apoderase del trono. Andronodoro consintió en ello y confió el proyecto á Temisto su colega, que habló de él imprudentemente al cómico Aríston: este lo reveló al senado, se dió decreto de muerte contra los culpables y se ejecutó en Andronodoro y Temisto, apenas se presentaron en la asamblea. Un senador subió entonces á la tribuna y esclamó: «Dísteis la muerte al rey Hieronimo no debiendo ser castigado aquel jóven sino sus tutores. Pero »vosotros les confiásteis las majistraturas y os han hecho traicion. »Sus ambiciosas mujeres, que »los han incitado á conspirar, son »la verdadera causa de nuestros »males, y solo con la muerte »podrán espiar sus delitos y asegurar la tranquilidad pública.» Un grito jeneral anuncia el proyecto de esterminarlas, y los pretores en lugar de contener al pueblo, le escitan. Demarata y Harmónia, mujer de Temisto, perecieron. Heráclea, mujer de Zoipo, no habia conspirado, y su marido, ardiente partidario de la democrácia, era entonces embajador en Ejipto. A pesar de esto, los asesinos vuelan á la casa de campo donde vivia retirada con sus dos hijas: ni la belleza, ni la inocencia, ni las lágrimas, ni las súplicas pueden enternecer á aquellos tigres. Dan de puñaladas á la madre, cubren con su sangre á las hijas y las deguellan despues. El crímen estaba ya consumado, cuando llegó la órden de salvar á aquellas desgraciadas víctimas.

Toma de Siracusa por Marcelo.—A pesar de estas sangrientas disensiones, Siracusa podia conservar su independencia manteniéndose neutral entre Roma y Cartago; pero el pueblo, lisonjeado por Hipócrates y Epícides, los nombró majistrados y se adirió al partido cartajinés. El cónsul Marcelo, despues de haber ecsortado en vano á los de Sira-

cusa á que arrojasen á dichos estranjeros, sitió la ciudad por tierra y mar. Apio, al frente del ejército, dirijia el ataque contra el Hexápilo, y Marcelo, con sesenta galeras acometió á la Acradina. La fuerza y valor del ejército romano hubieran triunfado en breve de Siracusa, á no estar defendida por el jenio de Arquímedes, el primer jeómetra de la antigüedad. Su habilidad en la mecánica hizo durar el sitio ocho meses: construyó máquinas que levantaban y arrojaban al enemigo piedras de enorme peso: otras hacian caer sobre las galeras unas vigas que las agujereaban: la mas estraordinaria de todas era una mano de hierro que salia de la muralla, agarraba la proa de una nave, la levantaba en alto y la estrellaba dejándola caer. Cuéntase además que construyó un espejo ustorio de tal fuerza, que abrasaba las galeras espuestas á sus rayos. Cansado Marcelo de sus vanos esfuerzos, convirtió el sitio en bloqueo al cabo de ocho meses, y dejando á Apio delante de la ciudad, recorrió la Sicilia y sometió casi todos sus pueblos. Volvió á Siracusa y supo que la plaza habia recibido víveres por diferentes convoyes que la escuadra cartajinesa habia conseguido introducir en el puerto. Perdiendo la esperanza de hacerse dueño de la ciudad, pensaba ya en retirarse cuando un soldado romano descubrió cerca del puerto de Trojilo un pedazo de muralla mas bajo que los otros, al cual se podia subir con escalas ordinarias. Aprovechándose el cónsul de esta noticia, elijió para el ataque una noche en que los siracusanos celebraban fiestas en honor de Diana. Los romanos rompieron sus puertas, subieron al muro y se apoderaron del Epípolis. El ruido del asalto hizo creer á los habitantes que el enemigo era dueño de la ciudad; pero el cuartel de la Acradina aun se resistia defendido ostinadamente por Epícides. Marcelo ecsortó á los sitiados á capitular y á evitar la ruina de una ciudad tan ilustre; mas no fué oido. La peste, que hacia estragos en la ciudad y en el campo romano, prolongó la duracion del sitio. Aun se dudaba de su écsito, cuando se acercó á Siracusa una poderosa escuadra cartajinesa, mandada por Bomilcar; Epícides salió de la plaza para ecsortarle á pelear; pero presentándose Marcelo con sus galeras, el cartajinés temió y se retiró. Epícides, desanimado, en lugar de vol-

ver á Siracusa, se dió á la vela para Agrijento. Los siracusanos, consternados, pidieron entonces capitulacion; pero los mercenarios y desertores, temiendo ser entregados á los romanos, degüellan á los majistrados y hacen una orrible carnicería en la ciudad. Enmedio del tumulto, un oficial siciliano entregó á Marcelo una de las puertas de la Acradina. Entra, y aunque habia prometido últimamente á los diputados del gobierno respetar la ciudad, la entregó al saqueo para castigar la resistencia de tres años, condenando en sus enemigos la virtud mas digna de estimacion, y olvidando que el valor del vencido es la gloria del vencedor. (A. M. 3790.—A. C. 214).

El cónsul Marcelo deseaba ver á Arquimedes, cuyo jenio habia triunfado por tanto tiempo de las fuerzas romanas. Le buscaron por todas partes, y un soldado le encontró ocupado en tirar líneas y hacer cálculos, sin que le distrajese de su profunda meditacion el estruendo de una ciudad tomada por asalto. El soldado manda que le siga para presentarle al cónsul. Arquímedes, sin moverse ni mirarle, le dijo: «Espera á que haya re»suelto este problema.» El soldado cree que le insulta, y le atraviesa el cuerpo con la espada. Marcelo, aflijido por esta desgracia, tributó grandes honores á este hombre célebre, asistió á sus funerales, le erijió un monumento y concedió grandes privilejios á su familia. Mas de cien años despues, Ciceron, siendo cuestor en Sicilia, buscó y halló su sepulcro. Lo reconoció viendo una columna, sobre la cual estaba grabado un cilindro circunscrito á una esfera, con una inscricion en la que se mencionaba que Arquímedes habia hallado la relacion de aquellos dos volúmenes.

Los cartajineses fueron arrojados poco despues de las plazas que aun poseian en Sicilia, y esta isla quedó reducida á provincia romana.

LIBRO OCTAVO.

HISTORIA DE CARTAGO.

CAPITULO PRIMERO.

Fundacion de Cartago.—Su situacion.—Dido.—Gobierno republicano de Cartago.—Conquistas de los cartajineses en España.—Relijon.—Gobierno.—Comercio.—Ciencias y artes.

FUNDACION DE CARTAGO.—Cartago, colonia de Tiro, tuvo mas gloria que su metrópoli, y hubiera sido la señora del mundo, por su opulencia, á no haber triunfado de ella el hierro y la pobreza de Roma;—victoria funesta que corrompió á los vencedores y preparó su decadencia.

Los autores varían acerca de la época en que fué fundada Cartago; pero como su ruina se verificó 145 años antes de Cristo, y todos convienen en darle algo mas de setecientos años de duracion, es probable que fué edificada el año 3058 del mundo, 946 antes de Cristo, época anterior á la fundacion de Roma, y que corresponde con el reinado de Joas en Judá.

SU SITUACION.—En la estremidad meridional del Africa principia una cadena de altas montañas que se dirije ácia el Norte: divídese en seguida en dos ramales que se prolongan al Este y al Oeste. La rama occidental se llama Atlas ó Daran; la oriental, conocida bajo el nombre de *montañas de la luna*, contiene las fuentes del Nilo. Inmensas llanuras de arena se encuentran al pie de estas montañas, y mas allá, el centro del Africa parece una tierra desecada por la ac-

cion de los rayos del sol; acaso llegará á ser habitable dentro de algunos miles de años si nuestro globo subsiste, y si es cierto que se va enfriando insensiblemente (1) como pretenden algunos naturalistas.

Cartago estaba situada en el fondo de un golfo; el cuartel mas elevado de la ciudad se llamaba *Byrsa*, donde habia una ciudadela, y el inferior *Megara*; este último estaba colocado sobre una lengua de tierra que formaba un doble puerto, y delante de la cual habia una isla habitada; las calles que rodeaban al gran puerto se llamaban *Kotton*.

Dido, llamada por otro nombre Elisa, fué biznieta de Itobal, rey de Tiro, y padre de Jezabel. El esposo de Dido se llamaba Acerbos, Siquerbas ó Siqueo, que fué asesinado por Pigmalion, rey de Tiro, su cuñado, que deseaba apoderarse de sus riquezas. Dido huyó con estas y con los tirios sus partidarios á Utica, colonia fenicia, y en un terreno que compró edificó una ciudad y le dió el nombre de *Cartada ó ciudad nueva*; los griegos la llamaron *Carchedon*, y los romanos *Carthago* (2). Las relaciones fabulosas, como hemos referido en el primer tomo de esta obra, dicen que le cedieron el terreno que pudiese cojer la piel de un toro, y que dividiéndola en tiras muy angostas, llegó á abarcar suficiente recinto para edificar una fortaleza, á la cual se dió el nombre de *Byrsa* ó *cuero de buey* (3). Cuéntase tambien que al abrir los cimientos de la ciudadela se encontró una cabeza de caballo, presajio de la gloria militar que habia de adquirir el nuevo pueblo.

Dido habia hecho voto de no casarse segunda vez. Jarbas, rey de Jetulia, pueblo bárbaro cercano á Cartago, la amenazó con guerra si no le recibia por esposo; y la reina, no queriendo vio-

(1) Buffon y varios modernos jeólogos.

(2) *Urbiis antiqua fuit, Tyr tenuere coloni,*
Carthago, Italiam longe Tiberinaque contra
Ostia, dives opum studiisque asperrima belli;
Quam Juno fertur terris magis omnibus unam
Posthabita coluise Samo.
VIRG. ÆN. 1. 32.

(3) *Mercatique solum, facti de nomine Byrsam*
Taurino quantum possent circumdare tergo.
VIRG. ÆN. 1. 367.

lar su fé, ni esponer su pueblo, pidió tiempo para responder, ofreció un sacrificio á los manes de Siqueo, subió á una oguera, se dió de puñaladas y pereció en las llamas.

La historia de Eneas y de Dido contada por Virjilio, es una ficcion inventada para alagar la vanidad de los romanos. Cartago fué edificada 300 años despues de la ruina de Troya, y 70 antes de la fundacion de Roma.

Gobierno republicano en Cartago.—Parece que Cartago, fiel á la memoria de Dido, no quiso tener otro rey, así como ella no habia querido tener otro marido, y adoptó el gobierno republicano. Primero tomó las armas para ecsimirse del tributo que pagaba á los príncipes vecinos. Despues atacó á los mauritanos y numidas, y fué señora de una gran parte del Africa. Habiendo disputado acerca de los límites con los de Cirene, colonia lacedemonia situada en la orilla del mar, cerca de la Sirte mayor (1), se convinieron en que dos jóvenes saldrian de cada ciudad, y que el punto donde se encontrasen seria la frontera de los dos estados. Dos hermanos cartajineses, llamados los Filenos, muy lijeros en la carrera, llegaron antes que los otros á un lugar mucho mas lejano de Cartago que de Cirene. Los cireneos, en lugar de conformarse con el tratado, dijeron que los Filenos habian salido antes de la hora prescrita, y que no reconocerian el límite fijado si no se enterraban vivos en él los cartajineses, en testimonio de su verdad. Los Filenos consintieron en ello, sacrificando su vida por la patria; y sus conciudadanos levantaron en aquel sitio dos altares, llamados *aras de los Filenos*, que limitaban al Oriente el territorio de Cartago, al Occidente terminaba en las columnas de Hércules y en la Mauritania, y al Sur en los desiertos de Numidia.

Como el odio de los romanos, que queria borrar hasta el nombre de Cartago, entregó á las llamas los archivos de esta república, nada se sabe con certidumbre acerca de la historia de sus primeros tiempos. No se sabe ni cómo se abolió la monarquía, ni qué lejislador formó la planta del nuevo gobierno, ni en

(1) Llamábase *Sirte menor* la baia formada por la parte meridional de una curva que describia el *Africa propia* á lo largo de la costa. La continuacion de esta en direccion al Norte, era la *Sirte mayor*.

qué época se apoderaron los cartajineses de Cerdeña: solo se sabe que el conquistador de las Baleares se llamaba Magon, como parece indicar el nombre mismo de Puerto Mahon, llamado *Mago* por los romanos. Diodoro Sículo asegura que este Magon era hermano del célebre Anníbal, lo que no es creible, pues mucho tiempo antes de la segunda guerra púnica, eran dueños los cartajineses de aquellas islas; y el silencio de Tito Livio acerca de este hecho, prueba su falsedad.

CONQUISTAS DE LOS CARTAJINESES EN ESPAÑA.—España, la mas rica de las conquistas de Cartago, era conocida por el comercio de los fenicios que edificaron en ella la célebre colonia de Gades. Los españoles la atacaron, pero fué defendida por los cartajineses. Se ignora la época de estas guerras: solo se sabe que Cartago no se internó en este pais hasta el intervalo que medió entre la primera y la segunda guerra púnica. Entonces Asdrubal fundó la nueva Cartago, capital del poder cartajinés en España. Este pais estaba dividido en un gran número de pueblos agricultores, y gobernados la mayor parte democráticamente, que se hallaban en el primer periodo de la civilizacion; lo que prueba, como dice Lista, que el catálogo de reyes de España anteriores á la llegada de los cartajineses, es finjido. Acaso hayan creido los historiadores que los reyezuelos de algunos cantones poseyeron toda la península. Los habitantes antiguos de España, descendian probablemente de los celtas, ya fuese este pueblo natural de la península, ya viniese de otra parte á poblar en ella. Los españoles parece son descendientes de Tubal, hijo de Jafet y nieto de Noé; pero este punto, como otros muchísimos de la historia, quedará para siempre en la oscuridad. Su historia conocida, solo empieza en la venida de los fenicios, y en el establecimiento de las colonias griegas que se fundaron en muchos puntos de sus costas.

Los cartajineses habian conservado la lengua fenicia ó cananea, cuyos nombres eran casi todos significativos. Hannon quiere decir *benéfico*: Dido, *amable*: Sofonisba, *discreta*: Anníbal, *protejido por el señor*. La palabra *Pení*, de la cual se formó el adjetivo púnico, procede evidentemente de la voz *Fenicios*. Cartago conservó siempre relaciones íntimas con su metrópoli, y le pagaba una suma a-

nual. Tiro velaba por su conservacion, é impidió que Cambises la atacase. Cuando Alejandro destruyó la capital de la Fenicia, las mujeres y niños que escaparon de la matanza, hallaron en Cartago una segunda patria.

Los cartajineses proibieron á sus vasallos visitar las islas Canarias descubiertas por entonces. Manifestaban temer que el pueblo pudiese hallar en otra parte una patria mejor; y hubieran querido encerrar el mundo entero para poderlo gobernar arbitrariamente. La codicia, sin embargo, los empeñó á no renunciar á los viajes marítimos, pero hacian un misterio de sus descubrimientos para evitar la concurrencia de las otras naciones; por lo tanto no es posible determinar hasta dónde pueden haberse estendido. Ellos reinaban en Sicilia, en Malta, en la isla de Gozza y en las Baleares, como hemos dicho, en Cerdeña, en Córcega y en España: sus escursiones las llevaron en el Africa occidental hasta Cabo verde, y en Europa hasta las islas británicas, y quizá hayan ido mas lejos.

Relijion.—Los dioses de ambos paises eran los mismos. Cartago adoraba principalmente á Saturno, Júpiter, Hércules, al Jenio propio de la ciudad, y á una deidad que llamaban Celeste. Polibio nos ha conservado un tratado concluido entre Filipo, el penúltimo rey de Macedonia, y los cartajineses: comienza así: «Este tratado se ha concluido en »presencia de Júpiter, Hércules, »Juno, Apolo, del Jenio de Car»tago, Marte, Yolao, Triton y »Neptuno.» Celeste ó Urania era la luna. La supersticion entre ellos, hizo atroces las costumbres. En las grandes calamidades se sacrificaban á Saturno víctimas humanas, y algunas veces hasta sus propios hijos; y las madres aogando el grito de la naturaleza, veian con ojos serenos sacrificios tan orribles. Plutarco, hablando de esta costumbre atroz dice, que «es menos inju»rioso á la divinidad el ateismo, »que ultrajarla ofreciéndole en »sacrificio la sangre de los hom»bres.» En tiempo de Jerjes, Jelon, rey de Siracusa, habiendo derrotado á los cartajineses, les impuso por condicion de paz la abolicion de los sacrificios humanos; pero una ley tan saludable, solo fué observada en tanto que no la pudieron violar sin riesgo. Consultaban á los adivinos en todos los negocios importantes, y la credulidad consagraba todos los errores. Esta bárbara costumbre, estaba adoptada

por casi todos los pueblos, hasta el establecimiento del cristianismo. Su abolicion es uno de los beneficios de esta relijion moral; ¡dichosa revolucion, si hubiese podido impedir que hombres infames titulados mas adelante ministros de un Dios de paz, no hubiesen sido atroces, tiranos y fanáticos furibundos, imitando á Saturno y ecsijiendo los mismos sacrificios!

Gobierno.—El de Cartago estaba muy bien constituido, pues en el espacio de quinientos años libertó á esta república de las ominosas cadenas de la tiranía, y de los desórdenes espantosos que la anarquía produce. Por todas partes y en todos tiempos ha habido una lid contínua entre los grandes y el pueblo; entre los que todo lo tienen y los que nada poseen; entre los que huelgan y los que trabajan; pero en Cartago, Esparta y Creta, el poder de estas dos clases estaba balanceado por otro tercero: en Cartago residia en los *sufetes*, á los cuales algunos quieren dar el nombre de reyes. La palabra *sufetes* viene de la hebrea *sofét* que quiere decir juez. Los sufetes eran dos majistrados anuales cuyo poder semejaba mucho al de los reyes de Esparta ó á los cónsules romanos. Hacian ejecutar las leyes y mandaban casi siempre los ejércitos. Escojíaseles en las familias mas antiguas y ricas, á fin de que tuviesen el tiempo necesario para consagrarse enteramente á la administracion (1). El poder lejislativo residia en un senado compuesto de quinientos ciudadanos escojidos entre los mas ricos. Sus atribuciones eran imponer contribuciones, redactar las leyes, decidir de la paz y de la guerra, dar audiencia á los embajadores, seguir la correspondencia de los jenerales, oir las quejas de las provincias y decidir todos los asuntos cuando no habia empate de sufrajios: en este caso resolvia la asamblea del pueblo. Se nombraba del senado mismo un consejo de cien individuos llamado *de los ancianos*. Sus empleos eran perpétuos y tenian la misma autoridad que los éforos en Esparta y los censores en Roma. A este tribunal daban cuenta los jenerales de su conducta; tribunal demasiado severo, porque castigaba aun con la muerte los malos sucesos, como si el mejor jeneral mandase á la fortuna. Cuando los sufetes salian de su empleo se les nombraba preto-

(1) Aristot. politic. II.

res; lo cual les daba el derecho de presidir los tribunales, velar por la recaudacion de los impuestos y proponer nuevas leyes. Del consejo de los ancianos se escojian cinco personas, que pueden compararse á los *savj* de Venecia, presidido por los sufetes. Estas cinco personas se hallaban revestidas de un gran poder, pues estaban encargadas de informar al senado sobre las leyes que se proponian, y sobre todos los negocios de importancia. Estos empleos no gozaban sueldo. Aristóteles, al mismo tiempo que elojia este gobierno, hace contra él algunas observaciones que no parecen fundadas para algunos autores. La primera es contra la acumulacion de los empleos; pero esta costumbre, dicen, formó grandes hombres en Grecia, Cartago y Roma, obligando á los ciudadanos á estudiar á un mismo tiempo el arte de la guerra, la ciencia de la administracion y la de las leyes; ramos diferentes, pero mas ligados entre sí de lo que se piensa. Su separacion en los tiempos modernos ha dado orijen al espíritu de corporacion y funestas rivalidades, y se opone á la union de los ciudadanos; produce á la verdad guerreros, administradores, majistrados y jurisconsultos; pero pocos hombres de estado (1). El otro defecto que censuraba Aristóteles en el gobierno de Cartago, y que nosotros convenimos en que lo era, se reducia á ecsijir cierta renta para ascender á los empleos; ley que es una verdadera fuente de corrupcion y avaricia, por mas que digan algunos de sus panejiristas que solo la propiedad da un interés directo en la conservacion del órden, porque las personas ricas están menos espuestas á la tentacion de enriquecerse. Además la verdadera desgracia de Cartago fué que habiendo las riquezas introducido la corrupcion é irritado la avaricia, todo se vendió aunque no fuese propiamente venal; y entonces según la observacion del citado Aristóteles, los majistrados no escrupuliza-

(1) Sean los que fueren los efectos de esta separacion, dice Lista, es indispensable en el dia, porque cada ramo es ya una ciencia inmensa, que necesita toda la aplicacion de un hombre de gran talento. La profesion de estadista ó de diplomático es una de las mas difíciles; porque tiene que tomar elementos de todas las demás. En la antigüedad podian con menos dificultad reunirse las cualidades de guerrero, administrador y político, porque estas artes estaban en su infancia.

ron desquitarse de los adelantos hechos para su empleo, á espensas de los particulares y del estado.

Comercio.—La posicion de Cartago la hizo comerciante: su marina fué poderosa y á ella debió su preponderancia. Sacaba de Ejipto el lino, el papiro, el trigo, el velámen y la cabullería ó cordaje. En el mar Rojo compraba especería, aromas, perfumes, oro y perlas. Fenicia le enviaba púrpura y ricas telas, trocadas por el hierro, estaño, cobre y plomo del Occidente. Los cartajineses fueron factores de todas las naciones, y su ciudad fué el vínculo de todos los estados y el centro de su comercio. Acúsase á los cartajineses de codiciosos, vicio orijinado mas bien de su posicion que de sus leyes. Gozaban de las ventajas y sufrian los inconvenientes propios de toda nacion mercantil. Despues de adquirir grandes riquezas por su trabajo útil, suele suceder que se corrompan las costumbres y se destruya la fuerza nacional por los progresos del lujo y por el esceso mismo de la prosperidad. Cartago, fuerte ya por su comercio, halló una nueva fuente de riqueza y de corrupcion en las minas de oro y plata que benefició en España. La poblacion de esta república fué á los principios mas inclinada á la guerra que á la industria; pero luego que se enriquecieron, se afeminaron sus costumbres, y se acostumbraron á pagar soldados mercenarios en vez de ir ellos mismos á la guerra. Cartago sacaba muchas tropas de los pueblos aliados y tributarios. Los númidas formaban su caballería, los españoles su infantería, los baleares eran sus honderos, sus flecheros los cretenses, y los galos sus tropas lijeras; de modo que con sus riquezas levantaba ejércitos inmensos sin incomodar á su poblacion, hacia grandes conquistas sin derramar su sangre, y transformaba los otros pueblos en instrumentos de su ambicion. Bien á costa suya conoció, aunque ya demasiado tarde, el peligro de este sistema. Los ejércitos mercenarios no tenian amor á la patria, y no fueron temibles al enemigo sino en tiempo de prosperidad. Cuando llegó el de los reveses, no pudo resistir mas su masa indisciplinada al ataque de un pueblo, cuyas lejiones compuestas de ciudadanos, ignoraban el desaliento y la desercion, y combatian con el ardor y la constancia que solo puede inspirar el amor de la gloria nacio-

nal. Apenas los soldados mercenarios veian incierto el suceso ó retardadas las pagas, desertaban al enemigo. «Las tropas estran»jeras, dice Maquiavelo (1), son »inútiles ó peligrosas las mas »veces, ya se las emplee en cali»dad de ausiliares, ó en la de »asalariadas, y nunca tendrá se»guridad el príncipe que cuente »con tales soldados, porque tie»nen poca union entre sí, son »ambiciosos y no guardan disci»plina ni fidelidad: valientes en»tre los amigos, cobardes en »presencia del enemigo, sin te»mor de Dios y sin buena fé con »los hombres; de manera que el »príncipe para retardar su cai»da, tiene que poner su princi»pal estudio en evitar la ocasion »de depender del valor de tales »tropas. En una palabra, ellas »roban al estado en tiempo de »paz, como lo ejecuta el enemi»go en tiempo de guerra. ¿Y có»mo ha de ser otra cosa? No po»niéndose al servicio del estado »esta clase de tropas sino por el »interés de un salario, que nun»ca es tan cuantioso que equi»valga al riesgo de perder la vi»da, solo sirven con gusto en »tiempo de paz, y luego que se »declara la guerra, es muy difi»cil sujetarlos á una rigorosa su»bordinacion.»

Así Cartago tuvo que pedir la paz despues de sus derrotas, cuando Roma, enmedio de los reveses mostraba mayor altivez, coraje y osadía. Como la falsedad es compañera inseparable de la debilidad, Cartago, cuando era vencida, recurria al artificio, y se dudó de su sinceridad hasta tal punto, que la espresion de fé *púnica* llegó á ser una injuria.

Parece que la temperancia era una virtud de los cartajineses, ó por lo menos, que la ecsijian de aquellos cuya intemperancia es ordinariamente mas funesta. Los majistrados se abstenian del vino ínterin estaban en su empleo; los soldados no podian beber mientras estaban en campaña; estos llevaban en los dedos tantas sortijas como campañas habian hecho; sortijas que eran una distincion gloriosa;—el honor es el estímulo de los guerreros.

Hannon, uno de sus navegantes, tuvo órden de dar la vuelta al Africa por el estrecho de Jibraltar. Faltáronle los víveres en el camino, y á no ser por este incidente hubiera ejecutado, como los fenicios dirijidos por Necos, una de las mas grandes em-

(1) El príncipe de Nicolás Maquiavelo, cap. XII.

presas que hayan podido imajinar los antiguos. Pero al estender su imperio, estendia Cartago su ruina; porque el espíritu de conquista, peligroso á todos los pueblos, es casi incompatible con el réjimen y el interés de los pueblos mercantiles.

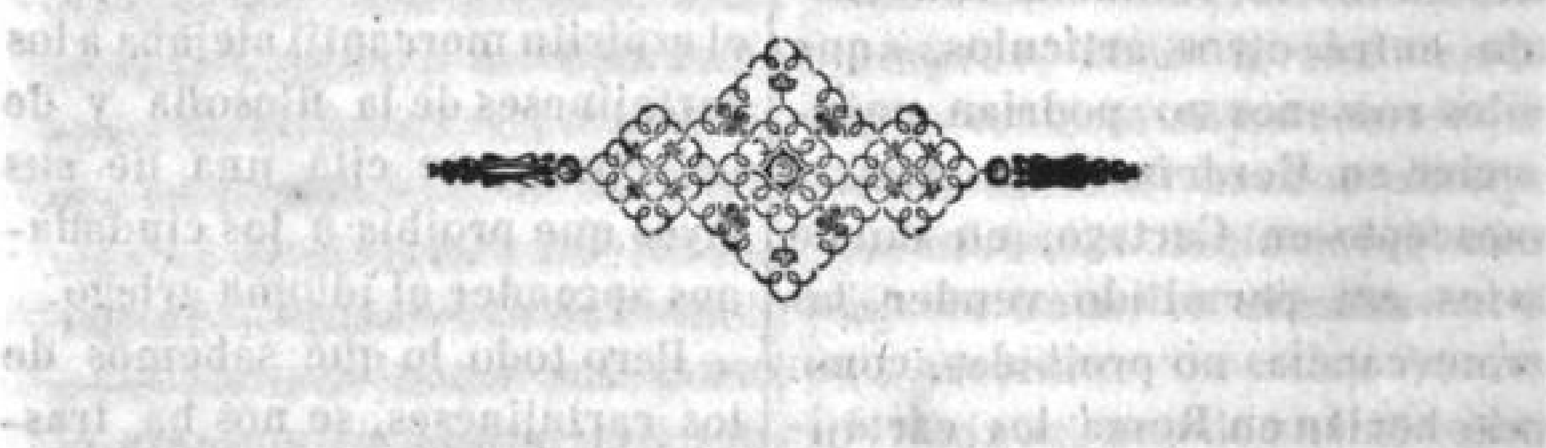
Cartago hizo muchos tratados con la república romana; el primero bajo el consulado de Bruto, en el cual se fijaban ciertos límites á la navegacion de los romanos, obligándose los cartajineses á no hacer ningun perjuicio al Lacio. Este tratado, que Polibio nos ha transmitido todo entero, prueba que desde entonces se levantaba una mútua desconfianza entre ambos pueblos. Por un segundo tratado, concluido el año 405 de Roma, 348 antes de Cristo, se habia convenido entre otros artículos, «que »los romanos no podrian nego»ciar en Cerdeña ni en Africa, »escepto en Cartago, en donde »les era permitido vender las »mercancías no proibidas, como »lo harian en Roma los cartaji»neses.» Convenciones que despues se renovaron con algunas variaciones. Estas convenciones suponen por parte de los cartajineses una superioridad de poder, y por la de los romanos sobradas fuerzas para hacerse temer.

Ciencias y artes.—Repréndese en los cartajineses haber descuidado las ciencias y las artes: sin embargo, Masinisa, educado en Cartago, era muy instruido: Annibal dió pruebas de su aficion á la bella literatura; y Magon escribió veintiocho libros sobre agricultura. Se ha conservado el *Periplo* de Hannon, relativo á las colonias del Africa, prueba ostensible del espíritu emprendedor y ardiente de los cartajineses. Clitómaco ilustró la secta académica y brilló en Atenas. Ciceron elojiaba mucho sus *consolaciones* á los cartajineses cuando fué arruinada su ciudad. En fin, Terencio nació en Cartago, y Roma debió á su rival el mayor de sus poetas cómicos. A pesar de estas escepciones, debe confesarse que el espíritu mercantil alejaba á los cartajineses de la filosofía y de las letras; y se cita una de sus leyes que proibia á los ciudadanos aprender el idioma griego.

Pero todo lo que sabemos de los cartajineses, se nos ha trasmitido por sus enemigos los romanos, cuyo odio implacable sobrevivió á la ruina de Cartago, borró la memoria de sus leyes y de su lengua, la quitó del catálogo de las naciones, y quemó sus archivos al mis-

mo tiempo que sus murallas; y acaso no hubiera llegado á nosotros el nombre de Cartago, si el orgullo de Roma no se hubiese interesado en contar su ruina. No se debe juzgar á un pueblo por el testimonio de sus enemigos, y es imposible el negar el aprecio y aun la admiracion á una república, que durante setecientos años conservó la tranquilidad interior, y adquirió por sus armas y su industria tanta gloria y poder.

La oposicion principal que ecsistia entre el carácter nacional de los romanos y cartajineses, puede esplicarse facilmente si se atiende á los efectos que produce una vida mercantil en el jenio y las costumbres de las naciones. Los vicios de un pueblo comercial son el egoismo, la disimulacion, la avaricia, acompañada de una carencia de toda virtud heróica y patriótica. Los efectos favorables del comercio son la frugalidad, la industria, la cortesanía jeneral de modales, y el adelanto de las artes útiles. No perdamos de vista estas consecuencias del espíritu comercial, y veremos los principales rasgos del carácter cartajinés opuesto al romano.



CAPITULO II.

GUERRA DE CARTAGO CONTRA SICILIA.

Guerra contra Jelon, rey de Siracusa.—Batalla de Himera.—Toma de Agrijento.—Guerra contra Dionisio.—Guerra contra Timoleon.—Guerra contra Agatocles.—Guerra contra Pirro.

Guerra contra Jelon.—Cuando Jerjes pensó en invadir la Grecia, incitó á los cartajineses á invadir la Sicilia donde ya poseian algunos puertos. Veintiocho años antes de esta época, cuando Roma espelió á Tarquino, esta república y la de Cartago concluyeron un tratado de comercio en que se habló de Africa y Cerdeña, como posesiones cartajinesas. Tambien se mencionaron las ciudades de Sicilia que ocupaba. En el mismo tratado se obligaron los romanos á abstenerse de navegar mas allá del promontorio de Mercurio cercano á Cartago; lo que prueba la pequeña fuerza de Roma, y la mucha de su rival en aquellos tiempos.

Batalla de himera.—Cartago, en virtud de su pacto y alianza con Jerjes envió á Sicilia un ejército á las órdenes de Amílcar, que fué derrotado junto á Himera por Jelon, rey de Siracusa, con muerte de su jeneral y ciento cincuenta mil soldados. Cartago creyó ver á Jelon á sus puertas é hicieron la paz á condicion de renunciar á los sacrificios humanos, pagar los gastos de la guerra y edificar dos templos donde se conservasen dos ejemplares del tratado.

Toma de agrijento.—Despues de la desgraciada espedicion de los atenienses contra Sicilia (1), los ejestanos que los habian llamado, temiendo la venganza de Siracusa, imploraron y obtuvie-

(1) Año del mundo 3592.—Antes de Cristo 412.

—Año de Roma 341.—Año de Cartago 434.

ron el ausilio de los cartajineses. Annibal, nieto de Amílcar, el que pereció en la batalla de Himera, pasó con una escuadra á Sicilia y desembarcó en el sitio donde despues fué edificada Libea. Se apoderó de Selinonte y de Himera, y manchó sus laureles cometiendo grandes crueldades. Cuando volvió á su patria, todo el pueblo salió á recibirle, y su entrada fué en triunfo. Tres años despues volvió á Sicilia, llevando por lugarteniente á Imilcon, hijo de Hannon. Su ejército, segun el historiador Timoteo, constaba de ciento veinte mil hombres.

Mientras que sitiaba á Agrijento, murió de la peste que hacia grandes estragos en sus tropas. Los cartajineses para aplacar á los dioses fueron perjuros; y violando el tratado hecho con Jelon, inmolaron un niño á Saturno, y echaron al mar otras víctimas en honor de este Dios. Imilcon se apoderó de Agrijento y Jela, y concluyó un tratado con Dionisio el tirano, por el cual se añadian á las antiguas posesiones de Cartago las ciudades de Selinonte, Himera, Agrijento, Jela y Camarina; se aseguraba la independencia de los leontinos y mesenios, y á Dionisio la corona de Siracusa.

GUERRA CONTRA DIONISIO (1).— Dionisio, que solo habia hecho la paz para consolidar su usurpacion, preparó grandes armamentos, declaró la guerra á Cartago, y tomó la plaza de Moria. Imilcon, que fué sufete al año siguiente, ausiliado de Magon, comandante de la escuadra, recobró aquella ciudad, animó á los descontentos de Sicilia contra Dionisio, se apoderó de casi toda la isla y sitió á Siracusa por mar y tierra; pero despues de haber visto destruido su ejército por una enfermedad contajiosa, fué atacado y vencido por Dionisio. Obligado á abandonar á sus aliados, logró con dificultad el permiso de volverse al África con los pocos cartajineses que le quedaban. Habiendo llegado á Cartago, no pudo sufrir las quejas y lágrimas de sus conciudadanos, y se dió la muerte.

La noticia de su desastre consternó al Africa. Los pueblos tributarios y aliados, sabiendo que sus tropas quedaron entregadas á la venganza de Dionisio y á la esclavitud, se indignan, corren á las armas, se reunen en número de doscientos mil hombres, se apoderan de Tu-

(1) Año del mundo 3600.—Antes de Cristo 404. —De Cartago 444.—De Roma 342.

nez y marchan contra Cartago.

Esta ciudad supersticiosa, que se cree perdida, confia mas en los sacrificios que en el valor, y atribuye sus reveses á la ira de Ceres y de Proserpina, que hasta entonces no tenia altares en Africa y les erije dos templos, cuando ya su socorro no era muy necesario; porque aquella multitud indisciplinada de africanos, derramada por los campos sin jefes, máquinas ni almacenes, se desbandó cuando hubo consumido todos los frutos del pais, y Cartago quedó libre de sus terrores.

Al año siguiente Magon, sufete y jeneral, murió en una batalla que perdió en Sicilia. Los siracusanos ecsijian la evacuacion total de la isla por los cartajineses; pero mientras se conferenciaba llegó el hijo de Magon con un cuerpo numeroso de tropas, venció á los siracusanos y dictó la paz. Cartago conservó sus posesiones y Siracusa pagó los gastos de la guerra. Algun tiempo despues hubo una peste en Africa y una nueva rebelion de los africanos; el tiempo puso fin á la enfermedad, y las armas á la rebelion.

GUERRA CONTRA TIMOLEON (1).

—Cuando los sicilianos arrojaron á Dionisio el jóven del trono de Siracusa, los cartajineses favorecidos por Icetas, tirano de Leoncio, hicieron nuevos esfuerzos para dominar la Sicilia: pero habiendo Timoleon restablecido el órden en Siracusa, desertaron las tropas sicilianas que servian en el ejército cartajinés; y Magon, su jeneral, se embarcó para el Africa, donde se le puso en juicio y se dió la muerte por evitar el suplicio. La sentencia se ejecutó en su cadáver que fué puesto en la horca. Amílcar y Asdrubal desembarcaron cerca de Lilibea con setenta mil hombres. Timoleon los venció completamente apoderándose del campamento y del tesoro. Cartago, acostumbrada á no arriesgar mas sangre que la de los mercenarios, quedó consternada al saber que habian muerto tres mil cartajineses en aquella accion. Pidió la paz y se hizo un tratado que le dió por límite en Sicilia el rio Halico.

En este tiempo Hannon, uno de los ciudadanos mas ricos y distinguidos por su talento y osadía, formó el proyecto de usurpar el poder soberano. Habia fijado para la ejecucion de este gran designio el dia de las bodas de su hija, á las cuales

(1) Año del mundo 3656.—Antes de Cristo 348.
—De Cartago 498.—De Roma 405.

estaban convidados muchos senadores que debian ser envenenados en el banquete. Descubrióse la conspiracion; mas á pesar del enojo, fué preciso disimular por el gran número de cómplices; y el senado, en lugar de formarle causa, se contentó con proibir por una ley el lujo de las fiestas nupciales. Hannon, desesperando de triunfar con asechanzas secretas, resolvió valerse de la fuerza. Prodiga sus tesoros, soborna á muchos de la plebe, arma los esclavos y proyecta sublevar el pueblo y las tropas; pero viendo en contra suya la masa de los ciudadanos, se retira á un castillo con veinte mil de los suyos y solicita en vano el ausilio del rey de Mauritania. Atacado, y abandonado de su tropa, es preso y conducido á Cartago, donde sufrió un castigo tan atroz como el crímen. Se le azotó con varas, se le arrancaron los ojos, se tostó su cuerpo al fuego y se le colgó de la horca. Todos sus parientes fueron condenados á muerte para impedir que se vengasen.

Guerra contra Agatocles. — (A. M. 3671.—A. C. 333.) La opulencia y fertilidad de Sicilia escitaban constantemente la codicia de los cartajineses. Creyendo encontrar un asociado util á sus designios, favorecieron las maquinaciones de un jóven y valiente aventurero llamado Agatocles, el cual con el apoyo de aquellos se hizo tirano de Siracusa; pero apenas subió al trono este hombre estraordinario por su jenio y su ferocidad, pensó en echar á los cartajineses de la isla. Amílcar, que mandaba el ejército de Cartago, le venció completamente y le sitió en Siracusa: Agatocles medita y ejecuta el proyecto atrevido de transferir la guerra al Africa: desembarca en ella con su ejército, quema su escuadra y marcha á Cartago, vence á cuarenta mil hombres mandados por Bomilcar y Hannon, que traian veinte mil cadenas para amarrar á los siracusanos vencidos, y tala los campos. Su invasion causó la ruina de Tiro que no pudo recibir los ausilios que esperaba de Cartago contra Alejandro el Grande. Amenazados los mismos cartajineses con los mayores peligros, no pudieron dar á su metrópoli mas que estériles consuelos, y solo pudieron dar asilo á las víctimas que se libertaron de la espada de los macedonios.

Nunca se habia visto Cartago en mayor peligro; pero en vez de atribuir sus desgracias á la habilidad del enemigo ó á la im-

pericia de sus jenerales, creyó que los dioses estaban irritados contra ella, porque no se sacrificaban á Saturno los niños de las principales familias, como antiguamente, sino los de los pobres ó esclavos. Para espiar esta impiedad, inmolaron doscientos hijos de las mejores casas; y el fanatismo fué tal, que mas de trescientas personas se declararon culpables de haber sustraido sus hijos de los altares, se ofrecieron para ser sacrificadas y lo fueron.

El senado, sin embargo, conociendo que para defenderse se necesitaban otros medios que estos crueles olocaustos, mandó que Amílcar pasase al Africa; pero fué muerto, y su ejército derrotado junto á Siracusa. Entretanto Agatocles tuvo que pasar á Sicilia, y dejó á su hijo el mando del ejército de Africa. Los cartajineses vencieron al príncipe: cuando Agatocles volvió, no pudo tomar la superioridad y huyó de Africa, abandonando su ejército que se entregó á los cartajineses. Agatocles pereció poco despues. Su espedicion al Africa, aunque no logró su efecto completo, sirvió de modelo á la de Scipion el africano.

En este tiempo, el ruido de las conquistas de Alejandro, hacia temer á Cartago que despues de haber tomado posesion del Ejipto, quisiese apoderarse de toda el Africa; para averiguar sus designios, envió á Amílcar, hombre astuto y prudente, que finjiéndose desterrado, logró la confianza del héroe, y dió aviso al senado de todo lo que pudo averiguar. Su crédito con Alejandro hizo que los cartajineses sospechasen de él, le creyeron espía del rey, y despues que este murió, su ingrata patria le condenó á perder la vida.

Guerra contra Pirro.—Pirro, cuya ambicion amenazaba al mundo entero, como la de Alejandro, invadió la Italia. Era yerno de Agatocles, y por lo tanto enemigo de los cartajineses; y así estos prometieron á Roma su ausilio contra el rey de Epiro, y Magon ofreció ciento veinte bajeles; pero aquella altiva república no los aceptó. Pirro, no habiendo podido triunfar de Roma, pasó á Sicilia y la conquistó con tanta rapidez, que en poco tiempo les quitó á los cartajineses todas sus ciudades escepto á Lilibea; pero volvió á Italia, viendo que los sicilianos le reusaban los medios de pasar al Africa con su ejército. Entonces fué nombrado Hieron rey de Siracusa, y poco despues empezó la primera guerra púnica.

CAPITULO III.

PRIMERA GUERRA PUNICA.

(Año del mundo 3741. — Antes de Cristo 263. — De Cartago 583. — De Roma 409.

Causa de esta guerra. — Declaracion del senado. — Invencion del *cuervo*. — Combate naval de Micala. — Espedicion de Régulo al Africa. — Embajada de Régulo á Roma. — Sitio de Lilibea y combate de Drepano. — Batalla de Egusa, y fin de la primera guerra púnica.

Causa de esta guerra. — La desercion de una lejion romana fué la primer causa de esta guerra sangrienta, que mudó la faz del mundo, derribó á Cartago y dió el imperio de la tierra á los romanos. Estos desertores se apoderaron de Reggio, é hicieron alianza con los mamertinos, dueños y opresores de Mesina. Los bandidos de estas dos ciudades hacian orribles estragos en los paises vecinos, y sus piratas robaban con preferencia las posesiones de Roma y Cartago. Cuando los romanos hubieron concluido la guerra con Pirro y sus aliados, sitiaron á Reggio, la tomaron, degollaron á los desertores y reservaron trescientos para castigarlos en Roma con el último suplicio. La destruccion de Reggio aterró á los mamertinos, que debilitados con la ruina de sus amigos y temerosos de la suya, no pudieron acordarse entre sí ni para la sumision ni para la resistencia; y así unos entregaron la ciudadela á los cartajineses y otros llamaron á los romanos en su socorro.

Este suceso causó mucha incertidumbre y una discusion muy acalorada en el senado romano: por una parte los zelos del poder de Cartago, señora de casi todo

el Occidente, del Mediterráneo, y el temor de que dominase en Sicilia, desde la cual podria fácilmente hacer desembarcos en Italia, inspiraban á muchos senadores el deseo de acceder á los votos de los mamertinos y defenderlos: por otra, no podian desentenderse de cuán vergonzoso era emprender una guerra tan injusta á favor de unos bandidos semejantes á los de Reggio, y hacerse en cierto modo cómplices de sus crímenes.

El senado, contenido por estos motivos, no se atrevió á declararse á favor de los de Mesina; pero el pueblo, mas violento, se decidió abiertamente por la guerra, y obligó al senado á declararlo.

Toma de Mesina y Agrijento. —El cónsul Apio Claudio que mandaba el ejército, burló la vijilancia cartajinesa, pasó el estrecho, desembarcó en Mesina y se apoderó de esta ciudad. Cartago, que se vengaba de sus derrotas cometiendo crueldades, mandó aorcar al jeneral cartajinés y envió nuevas tropas para sitiar á los romanos en Mesina. Claudio las venció y las obligó á levantar el sitio.

Al año siguiente fué la Sicilia teatro de diversos combates entre las dos naciones. Los romanos hicieron grandes esfuerzos para apoderarse de Agrijento, plaza de armas de los cartajineses en Sicilia, ganaron una batalla contra sus enemigos, y despues de seis meses de sitio, se hicieron dueños de la ciudad. Estas victorias, aunque gloriosas para Roma, no podian tener resultados decisivos, mientras Cartago, señora del mar, reparaba fácilmente sus pérdidas con nuevos ejércitos que sus riquezas formaban y sus bajeles ponian en Sicilia con grande celeridad.

Invencion del cuervo.—Los romanos no tenian marina y transportaban sus tropas en las galeras de sus aliados. Pero el amor de la patria y de la dominacion hizo sus milagros acostumbrados: se construyeron en dos meses ciento veinte galeras, y los soldados se acostumbraron á bogar. Las galeras eran pesadas y groseras, y para remediar los defectos de la construccion inventaron los romanos una máquina, á la cual dieron el nombre de *cuervo*: era una especie de puente de madera con garfios de hierro, que se aferraba sobre el navío enemigo y facilitaba el abordaje. La escuadra cartajinesa constaba de ciento treinta buques, y su comandante Annibal montaba una galera

de cinco órdenes de remos que habia sido de Pirro, y que fué apresada por los cartajineses en la guerra que este príncipe les hizo.

COMBATE DE MICALA.—Las dos escuadras se encontraron en la costa de Micala. Annibal, despreciando la ignorancia de los marineros romanos y la pesadez de sus buques, se adelantaba confiadamente para apresar sin dificultad aquellas naves que apenas podian maniobrar; pero, ¡cuánto fué su asombro al ver que los romanos, bajando á la par todos sus cuervos, aferraban los buques enemigos, echaban puentes sobre ambas escuadras y convertian, por decirlo así, el combate naval en una batalla de tierra! Las velas y maniobras eran inútiles, y solo el valor iba á fijar la fortuna. Los romanos vencieron; apresaron ochenta naves y la del comandante cartajinés, que se escapó en una chalupa. En esta batalla fué jeneral de los romanos el cónsul Cayo Duilio.

Este primer triunfo naval, produjo en Cartago tanta consternacion como alegría en Roma, donde se erijió una columna llamada *rostral*, porque estaba adornada con las proas de las naves apresadas. Esta columna ha triunfado del tiempo, y aun subsiste.

ESPEDICION DE REGULO AL AFRICA.—Alentada Roma con este suceso, dió muchos combates en el intervalo de dos campañas, que ejercitaron su marina y le produjeron grandes ventajas. Pero como la opulencia de Cartago le daba sin cesar nuevas fuerzas, los romanos resolvieron llevar sus armas al Africa para terminar la querella. Los cónsules Régulo y Manlio mandaban una escuadra de trescientas naves con ciento treinta mil hombres de desembarco. La de los cartajineses, mandada por Hannon y Amílcar, tenia veinte naves mas. Dióse la batalla en las aguas de Ecnomo, puerto de la costa meridional de Sicilia; despues de un ostinado combate se decidió la victoria por los romanos, que apresaron bajeles y destruyeron treinta, habiendo perdido venticuatro de los suyos. Dueños ya del mar, arribaron al Africa, tomaron el puerto de Clipea, talaron el pais é hicieron veinte mil prisioneros. (A. M. 3749.—A. C. 255.)

Como despues de las victorias se cometen mas yerros que despues de la derrota, los romanos, cegados por la prosperidad, en vez de redoblar sus esfuerzos pa-

ra dar el último golpe á sus enemigos, llamaron á Manlio con la mayor parte del ejército, y solo dejaron á Régulo cuarenta naves, veinticinco mil hombres de infantería, y quinientos de caballería. Régulo no se desanimó por la disminucion de fuerzas, sino continuó avanzando en el pais. Los cartajineses le salieron al encuentro; pero sus jenerales, poco hábiles, se acamparon en un pais quebrado, donde les eran inútiles sus elefantes y su caballería. Régulo, aprovechándose de este yerro, los derrotó completamente, se apoderó de su campo, tomó á Tunez y se aprocsimó á Cartago. Los numidas, aliados siempre de los que vencian, talaron los campos: los romanos conquistaron doscientos pueblos, y Cartago amedrentada pidió la paz. Régulo, que podia terminar la guerra con gloria, inutilizó las negociaciones por su altanería. Reusó las propuestas que se le hicieron; dictó condiciones muy duras, y dijo groseramente á los diputados de Cartago: *Es menester saber vencer ó someterse*. Los cartajineses, indignados, respondieron que preferian la muerte á una paz vergonzosa. En este instante crítico, y cuando juzgaban inevitable su ruina, Jántipo, jeneral espartano muy hábil, les trajo un cuerpo de tropas griegas, reanima su valor abatido, y les muestra que no fueron vencidos sino por la ignorancia de sus jefes. Ejercita sus tropas en presencia de ellos y les prueba que desconocian los primeros elementos del arte de la guerra: su fama, sus discursos y su osadía le ganaron la confianza de los cartajineses, que pusieron en sus manos la suerte de la patria, y le dieron el mando de un ejército de doce mil hombres, cuatro mil caballos y cien elefantes. El de los romanos estaba reducido á quince mil hombres y quinientos caballos.

Jántipo sale de Cartago, coloca sus elefantes en primera línea, y detrás de ellos su falanje y la infantería cartajinesa, la caballería en las álas, y en los intervalos de esta los mercenarios y las tropas lijeras. Régulo opuso á los elefantes su infantería lijera, detrás de la cual estaban sus coortes en columnas. La caballería se colocó en las álas. Polibio observa que este órden de batalla, bueno para libertarse del ataque de los elefantes, tenia el defecto de presentar el flanco á la numerosa caballería de los enemigos. Dada la señal, los dos ejércitos se acome-

tieron con furor. La infantería de la izquierda de Régulo trastornó todo lo que encontró por delante, y sus flecheros y coortes rechazaron á los elefantes; pero la caballería cartajinesa atacó por el flanco á la romana, la arrolló, se precipitó despues sobre el centro y lo desordenó al mismo tiempo que la falanje griega penetró en sus filas. La derrota de los romanos fué completa: todo su ejército pereció ó fué prisionero, escepto dos mil hombres que se retiraron á Clipea. Régulo, que huia con quinientos hombres, fué cojido y llevado á Cartago. Jántipo, temeroso de la envidia, dejó modestamente que los cartajineses se jactasen de la victoria que le debian, y se volvió á su patria. Algunos historiadores dicen que los jenerales de Cartago, envidiosos de su gloria, le echaron al mar.

Cartago se habia libertado de un peligro estremo; pero tenia muchas pérdidas que reparar antes de resolverse á empresas de consideracion. Roma despertó de su ilusion con la ruina de su ejército; conoció que era menester mas tiempo y mas esfuerzo para derribar á su enemigo y la guerra continuó sin ventajas notables de una ni de otra parte.

Embajada de Régulo a Roma.—(A. M. 3755.—A. C. 249). Despues de haber tenido los cartajineses á Régulo en un largo cautiverio, le enviaron á Roma para proponer el canje de los prisioneros; obligóse á volver á la servidumbre si la proposicion era desechada. Este verdadero romano, mas grande en la adversidad que en la fortuna próspera, en vez de favorecer una negociacion que le hubiera dado la libertad, declaró al senado que seria un ejemplar funesto sacar de cautiverio á los ciudadanos que habian tenido la cobardía de rendirse al enemigo. El senado fué de su dictámen y se negó á canjear. La familia de Régulo, aflijida, y el pueblo enternecido por su desgracia, le conjuraron en vano á quedarse en Roma y á evitar las cadenas y los suplicios que le reservaba un pueblo bárbaro. Vencedor de sí mismo, inflecsible en sus principios y fiel á su palabra, volvió á Cartago, donde se le metió prisionero en un calabozo, y despues se le espuso al sol cortados los párpados: al fin le encerraron en una arca llena en su interior de puntas de hierro, donde pereció entre espantosos tormentos. Su indomable valor y la atroz barbárie del enemigo,

eternizarán su gloria y el oprobio de Cartago.

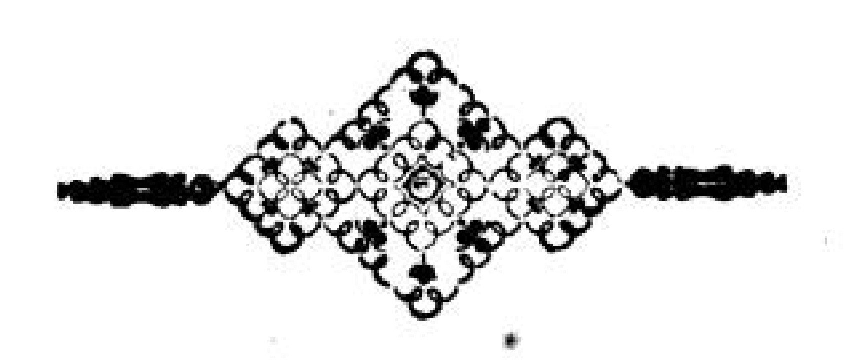
Autores hay que niegan la embajada de Régulo y su suplicio, fundados en el silencio de Polibio, historiador contemporáneo. Las tradiciones del pueblo romano son siempre sospechosas en todo lo perteneciente á Cartago.

SITIO DE LILIBEA Y COMBATE DE DREPANO.—(A. M. 3757.—A. C. 246). La guerra se hizo con mas furor. Una escuadra romana de trescientas sesenta naves venció á la cartajinesa de doscientas, apresando ciento catorce de estas: libertó los dos mil romanos que se habian refujiado en Clipea, y volviendo triunfante á Italia, fué destruida por una tempestad. Poco tiempo despues vencieron los romanos á Asdrubal en Sicilia, le apresaron ciento cuarenta elefantes y sitiaron á Lilibea, la plaza mas fuerte de los enemigos, cuya guarnicion era de diez mil hombres al mando de Imilcon. Despues de muchos asaltos inútiles, las máquinas de los romanos fueron quemadas y el sitio se convirtió en bloqueo. El pueblo de Roma, ostinado en su rencor, se alistó en gran número para el ejército de Sicilia. El cónsul Claudio Pulcher quiso atacar por la noche la escuadra enemiga cerca de Drepano; pero el jeneral cartajinés Asdrubal se le anticipó, no le dejó tiempo para formarse en batalla, lo derrotó y le apresó noventa y tres buques. El cónsul huyó con solos treinta. Su coléga Junio fué aun mas infeliz, porque toda su escuadra quedó destruida. Despues desembarcó en Sicilia y se apoderó de Erix, donde el célebre Amílcar Barca le tuvo bloqueado dos años.

COMBATE DE EGUSA Y FIN DE LA PRIMERA GUERRA PUNICA.—(A. M. 3763.—A. C. 241). En el espacio de cinco años alternaron las victorias y las derrotas de una á otra parte. Roma por fin, hizo un esfuerzo estraordinario y puso en la mar doscientas naves á las órdenes del cónsul Lutacio. La escuadra cartajinesa, que estaba en las aguas de Africa, mandada por Hannon, se acercó á Lilibea estrechada por el jeneral romano, y se encontraron junto á una pequeña isla llamada Egusa. Los romanos se habian ejercitado mucho en las faenas marítimas con la esperanza de vengar las derrotas anteriores. Cartago, dueña del mar en los cinco años últimos, adormecida con una falsa seguridad, habia descuidado su marina, compuesta entonces de nueve le-

vas y estrajeros mercenarios, hombres sin valor ni instruccion. Desde el primer choque de los romanos cejaron: perecieron cincuenta de sus buques, otros cincuenta fueron apresados con diez mil hombres. Lutacio unió sus tropas á las del sitio de Lilibea, y Cartago, sin fuerzas ya despues de esta derrota, encargó á Amílcar que hiciese proposiciones de paz. Lutacio no imitó la imprudente altanería de Régulo, oyó al contrario favorablemente la propuesta del enemigo. Su conducta fué aprobada en Roma, cansada de la guerra tanto como su rival, y la paz se hizo bajo las condiciones siguientes dictadas por el cónsul: «Habrá, si »el pueblo romano lo aprueba, »amistad entre Roma y Cartago »bajo estas bases: los cartajine»ses evacuarán la Sicilia, no ha»rán guerra á Hieron, y no mili»tarán contra los siracusanos ni »sus aliados. Volverán sin res»cate á los romanos todos los »prisioneros, y les pagarán en »veinte años dos mil doscientos »talentos euboicos de plata (1).» Roma aprobó el tratado, reduciendo á diez años el término del pago, añadiendo mil talentos á la suma, y ecsijiendo que los cartajineses evacuasen todas las islas situadas entre Africa y Sicilia.

(1) El talento euboico de plata se componia de cinco mil seiscientos setenta y cinco dracmas, y cada dracma equivalia á cincuenta y ocho maravedises de vellon. (*Apéndice al diccionario militar español-francés por el Mariscal de campo* CONDE MORETTI. Madrid 1828.)



CAPITULO IV.

SEGUNDA GUERRA PUNICA.

Causa de esta guerra y usurpacion de Sardinia.—Anníbal, gobernador de España.—Sitio y toma de Sagunto.—Principio de la segunda guerra púnica.—Espedicion de Anníbal á Italia.—Batalla del Ticino.—Batalla del Trebia.—Batalla del Trasimeno.—Campaña de Fabio.—Batalla de Cannas.—Batalla del Metauro.—Consulado de Scipion.—Tregua.—Batalla de Zama.

CAUSA DE ESTA GUERRA Y USURPACION DE SARDINIA.—En la primera guerra púnica, Roma y Cartago se habian estudiado recíprocamente y ensayaron sus fuerzas: en la segunda, se conocian muy bien y se aborrecian mas, convertida la envidia del mando en odio mortal. En la primera, pelearon por el dominio, y en la segunda para destruirse. Los vencedores ignoran siempre la necesidad de la moderacion, y olvidan que toda paz humillante es una injuria que convida á la venganza, y una tregua engañosa que solo se observa hasta cobrar fuerzas; y que la desesperacion de un enemigo oprimido prepara muchas veces los mayores peligros al vencedor injusto. Cartago se vió sumerjida con una guerra intestina, movida por sus mercenarios, á los cuales quiso obligar á una disminucion en las pagas: el valor de Amílcar puso fin á esta guerra larga y peligrosa; pero habiéndose apoderado algunos de los rebeldes de la isla de Sardinia (Cerdeña), los romanos los echaron de ella, y en vez de devolverla á los cartajineses, la agregaron á su imperio. Cartago tuvo que consentir esta usurpacion, y para reparar tantas pérdidas mientras llegaba el dia de vengarlas, llevaron sus armas y dirijieron su ambicion á la Hispania.

Amílcar-Barca, despues de

vencidos los mercenarios y los numidas que se habian rebelado, llevó un ejército á aquel pais, y logró muchas victorias. Famoso ya por sus azañas en Sicilia y Africa, y además por su valor, firmeza y cordura, terrible en los combates, benigno despues de la victoria, amigo de consejos suaves, y consumado político, reunia todas las cualidades de un gran jeneral y de un hábil estadista. Implacable enemigo de los romanos, obligó á su hijo Annibal cuando era niño de nueve años, á jurar al pie de los altares odio eterno á Roma; y nadie ha cumplido mejor su juramento. Este gran capitan, enseñando á su hijo con sus lecciones y ejemplos, conquistó toda la Bética, la Contestania y la Edetania, pasó el Ebro y llegó hasta el Rubricato, en cuyas orillas edificó la ciudad de Barcino; pero murió demasiado pronto para su patria en una batalla contra los edetanos.

Asdrubal, su yerno, le sucedió, y para asegurar sus conquistas, edificó en las playas de los contestanos la nueva Cartago, llamada hoy Cartajena, que por su posicion naval y mercantil llegó á ser una de las principales ciudades de Europa.

Roma veia con inquietud y envidia los progresos de Asdrubal, y hubiera tomado las armas para echarle de Hispania, á no verse entonces amenazada por los galos. Negoció pues en lugar de combatir, contentóse con limitar las conquistas de que no podia apoderarse, y concluyó con Asdrubal un tratado, por el cual se proibia á los cartajineses pasar al Norte del Ebro.

Annibal, gobernador de España. —(A. M. 3784.—A. C. 220.) Asdrubal, continuando sus triunfos, subyugó á todos los pueblos que se hallaban entre la mar y el rio; y despues de ocho años de victorias en España, murió asesinado por un esclavo galo en venganza de la muerte de su señor. Tres años antes de su muerte, habia pedido tener en su compañía á su cuñado Annibal, jóven entonces de veintidos años de edad. En este tiempo el gobierno de Cartago propendia á la oligárquia: las familias de Hannon, Imilcon, Magon, Adherbal, Amílcar y Asdrubal, gozaban de mucho crédito. Estaban divididas en dos facciones: la de Amílcar y Asdrubal se llamaba la faccion barcina; la otra tenia por jefe á Hannon. La primera era ambiciosa y la segunda pacífica. Las azañas de Amílcar y Asdrubal, daban mucho esplendor á

su partido, que proyectaba sin cesar nuevas conquistas. El de Hannon, queria consolidar el poder de Cartago por la paz y comercio, y se opuso á la partida de Annibal para España. Hannon representó enérjicamente al senado cuán peligroso seria enviar al ejército un jóven á que se acostumbrase á las tradiciones del mando militar radicado en su familia, y dijo que temia que aquella pequeña chispa levantase un incendio inestinguible. A pesar de sus reflecsiones, ganó la faccion barcina, y Annibal fué enviado á España. Los soldados, gozosos, creyeron ver en él al grande Amílcar, y reproducidas sus facciones, su vigor, su intrepidez, su presencia de ánimo; pero con un jenio mas vasto, fecundo y flecsible, dotado de fuerza y artificio, y capaz de triunfar tanto por la astucia como por la osadía. Se distinguió sirviendo bajo el mando de Asdrubal en tres campañas; y cuando murió este jeneral, el pueblo y el ejército le dieron el mando á pesar de la oposicion de sus rivales. Cornelio Nepote asegura que sin atender á su corta edad, se le nombró sufete ó rey. Desde que se puso al frente del ejército se propuso pasar á Italia. Conquistó muchas ciudades de los olcades, carpetanos y vacceos, pueblos del interior de España, y estendió á toda la península el terror del nombre cartajinés. Los españoles se ligaron contra él y le opusieron un ejército de cien mil hombres, que Annibal venció junto al Tajo, y se aplicó despues de las victorias á ganar con favores y regalos á los aliados y vencidos, queriendo asegurar con esta prudente política el logro de sus vastos designios.

Sitio y toma de Sagunto.— El tratado concluido con Roma no podia contener su jenio ambicioso, que buscaba las ocasiones de infrinjirle, y asi puso sitio á Sagunto, colonia de los griegos de Zacinto y aliada de los romanos, aunque situada al sur del Ebro. Los saguntinos invocaron la proteccion de Roma, que envió diputados para reclamar contra esta violacion de la fé jurada; pero Annibal no quiso oirlos, ni fueron mejor admitidos en Cartago, á pesar de los consejos de Hannon, que peroró en vano contra la injusticia de semejante agresion. Sagunto, reducida á la estremidad, pidió capitulacion; pero Annibal propuso condiciones tan humillantes, que los saguntinos prefirieron la muerte á la ignominia de

aceptarlas. Impelidos por la desesperacion, formaron una oguera en la plaza, y arrojaron en ella sus riquezas, el tesoro del estado y á sí mismos. El incendio se comunicó rápidamente á toda la ciudad en el mismo momento que se desplomó una torre batida por el ariete cartajinés. Los enemigos entran por la brecha, se apoderan de la plaza, degüellan á todos los que encuentran armados, y libertan del incendio un botin considerable.

PRINCIPIO DE LA SEGUNDA GUERRA PUNICA. — (A. M. 3785.— A. C. 219.) La noticia de este desastre llenó á Roma de consternacion. El enojo por un ataque tan atrevido en desprecio de los tratados, la vergüenza de haber permitido la ruina de una ciudad tan fiel, el temor del jenio y de los proyectos de Annibal, despertaron con nuevos furores el antiguo odio. El pueblo se conmueve y acude á la plaza: el senado se reune; pronúncianse en él oraciones veementísimas, y se decide por unanimidad que salgan embajadores para Cartago, á preguntar si Sagunto fué atacada por órden suya, y ecsijir en satisfaccion la entrega de Annibal á los romanos. El senado de Cartago queria, segun su costumbre, ganar tiempo, responder de un modo vago á una pregunta tan terminante, y oponer la astucia púnica al orgullo romano. Fabio, embajador de Roma, mostrando un paño de su vestido que tenia doblado en sus manos, dijo: «Aquí está la paz ó »la guerra: escojed.»—«Da lo »que quieras,» le respondieron. —«Os declaro la guerra, y esta »será terrible,» dijo el romano desplegando su ropa.—«La a»ceptamos de buena voluntad, »y la haremos con la misma,» respondieron todos los senadores.

Así quedó rota la paz que habia durado veinticuatro años, á la edad del mundo 3787, antes de Cristo 217, el año de Roma 536, y de Cartago 629. Entonces tenia Annibal 26 años de edad.

ESPEDICION DE ANNIBAL A ITALIA.—Antes de poner Annibal en ejecucion el vasto plan que meditaba desde su primera juventud, envió al Africa los soldados españoles que servian en su ejército, é hizo venir á España á los africanos para que unos y otros, militando fuera de su patria, fuesen mas sumisos. Dejó de guarnicion en Africa cuarenta mil hombres, quince mil en España, y sesenta naves para la defensa de sus costas. Ofreció

en Gades un sacrificio á Hércules, y marchó á ejecutar la empresa mas atrevida que hasta entonces habia meditado ningun hombre, como era la de atravesar la España y las Galias, y trepar por los Alpes para invadir la Italia.

Salió de Cartago Nova con un ejército de cien mil hombres de infantería, doce mil de caballería y cuarenta elefantes. Pasó el Ebro, sometió todos los paises que habia entre este rio y Emporias, pequeño puerto cercano á los Pirineos, que separan la España de la Galia. Allí dejó á Hannon con once mil hombres para guarnecer las provincias que acababa de conquistar, y pasó el Pirineo con cincuenta mil hombres de infantería, nueve mil caballos y dieziseis elefantes. Marchó hasta el Ródano, cuyo paso defendian los galos en la ribera oriental. Anníbal habia enviado dos dias antes á Hannon, hijo de Bomilcar, con un cuerpo de tropas para que pasase el Ródano mas arriba y en un paraje no defendido. Cuando Hannon habia ya ejecutado esta órden, se presentó Anníbal enfrente de los galos para pasar el rio. Sus soldados le atravesaban, unos en barcas, otros á nado, otros en canoas hechas de troncos huecos, habiendo roto la corriente con barcos puestos en fila y atados. Los galos, colocados en la orilla opuesta, daban gritos espantosos, golpeaban sus escudos con las lanzas, arrojaban dardos y se animaban unos á otros para el combate. Pero de repente vieron á sus espaldas la division de Hannon, que despues de pegar fuego al campo de los galos, que estaba en las colinas inmediatas, marchaba contra ellos. Atacados de frente y por retaguardia, se desaniman y huyen. Libre ya el ejército de Anníbal de todo ostáculo, atravesó sosegadamente el rio: los elefantes lo pasaron en grandes balsas cubiertas de tierra, para que aquellos animales no conociesen que dejaban la orilla.

En este tiempo los dos cónsules, Scipion y Sempronio, habian salido con dos ejércitos, el uno á España y el otro á Sicilia. Sempronio debia embarcarse en Libea y pasar á África. Scipion pensaba tomar bajeles en Masilia para conducir sus tropas á España; pero sorprendido de saber que el enemigo, anticipándose con una marcha rápida, estaba cerca del Ródano, envió trescientos hombres de caballería para reconocerle. Anníbal destacó quinientos numidas: estas

dos tropas se empeñaron en un combate ostinado y sangriento. Los romanos perdieron la mitad de su jente; pero auyentaron á los numidas. Esta accion sirvió de presajio para el écsito de la guerra; y segun los augures, anunciaba á los romanos la victoria, pero á mucha costa.

Annibal recibió al mismo tiempo embajadores de los galos cisalpinos, que le prometian víveres y socorros contra los romanos. Este gran capitan, queriendo seguir su plan sin ostáculos, se alejó del mar para evitar todo encuentro con Scipion, y llegó al Ródano tres dias despues que lo pasaron los cartajineses.

No teniendo esperanzas de alcanzarlos, vuelve á Masilia, (Marsella) envia á su hermano á España con la mayor parte de sus tropas, y se embarca con las demás para Jenna, determinado á reunirse con el ejército romano que estaba en la Galia cisalpina, y esperar á Annibal á la bajada de los Alpes. Este atravesó el pais de los alobrojes, que es el Delfinado y Saboya actual: halló los pueblos divididos y los reconcilió: les dió víveres para asegurarse de su amistad, y empezó á subir los Alpes.

Estas montañas escarpadas no presentaban ningun camino. Obligado á seguir senderos estrechos y resbaladizos, rodeados de precipicios, veia á cada paso abismos á sus pies, y en las alturas montañeses belicosos que se oponian á su tránsito. El intrépido Annibal, triunfó á la vez de la naturaleza y de los enemigos; y despues de haber perdido gran número de hombres y caballos, muertos por los enormes peñascos que los galos hacian rodar sobre ellos, ó caidos en los precipicios, se apodera de una fortaleza en la cual encontró provisiones y reanimó su tropa estenuada de cansancio.

Continuando su marcha, y engañado por la perfidia de los guias, se vió atacado en un desfiladero estrecho, y salió del peligro haciendo prodijios de valor. En fin, despues de nueve dias de esfuerzos estraordinarios y de peleas incesantes, llega á la cumbre de los Alpes, y descansa en ella dos dias. Sobreviene entonces una nevada copiosísima que desalienta á los soldados: Annibal los reanima mostrándoles los hermosos campos de Italia, y lisonjeando su codicia con la esperanza del saqueo de Roma.

Tranquilo ya el soldado, vuelve á cojer sus armas, olvidando los peligros con la perspectiva

del oro; pero el hielo hacia impracticables los senderos; la nieve cubria los precipicios, y en su engañosa superficie tragaba los hombres y los animales: los peñascos desprendidos sepultaban coortes enteras. Anníbal abre con el fuego y el hierro un camino por enmedio de las rocas. Algunos historiadores añaden la fabulosa circunstancia de haber echado vinagre sobre los peñascos enrojecidos por el fuego para ablandarlos. Las acciones de este grande hombre no necesitan de ecsajeracion para mirarlas como prodijiosas. El ejército descendió en fin á una llanura fértil, donde el soldado olvidó en breve tiempo sus trabajos y peligros.

Anníbal á pesar de sus victorias anteriores, debió prever las dificultades de la invasion cuya gloria habia mirado únicamente. Salió de España con cerca de sesenta mil combatientes, y ya no le quedaban mas que doce mil africanos, ocho mil españoles y seis mil caballos, segun él mismo hizo grabar en una columna, y sin embargo, aun no habia peleado con los romanos. Seis meses hacia que el ejército estaba en marcha: quince dias habia tardado en atravesar los Alpes, y se hallaba en el mes de setiembre en el pais de los taurinos, que no quisieron aliarse con Anníbal contra Roma. Para castigarlos, se apoderó de su ciudad, degolló á los habitantes y marchó al Ticino (*Tesino*).

Batalla del Ticino.—La rapidez de su marcha admiró á los romanos, superados en audacia y ambicion por la primera vez. Sempronio recibió la órden de volver de Sicilia á Italia, y Scipion pasó el Pó y se acampó cerca del Ticino. El jeneral cartajinés, para aumentar el valor de sus tropas, hizo combatir en su presencia á los cautivos galos, prometiendo la libertad y algun dinero al que venciese, y dijo á sus tropas «que serian bastante »cobardes si no combatian por »el imperio del mundo con ma»yor ánimo que el que habian »mostrado aquellos galos, que »solo esperaban por premio un »mezquino interés.» Empleando despues la elocuencia que le fué muchas veces tan útil como el valor, les recordó sus antiguas azañas, deprimiendo con destreza el mérito de la de los romanos.

Scipion pasó el Ticino: Anníbal al frente de su ejército ofrece un sacrificio á Júpiter, rompe con una piedra afilada la cabeza de un cordero, y se consagra á mo-

rir del mismo modo, si no cumplia á sus tropas las promesas que les ha hecho. Dada la señal, los dos ejércitos, animados por el antiguo aborrecimiento, se precipitan con furia el uno al otro. La infantería romana se resistió al principio contra los flecheros y la caballería pesada de Cartago; pero los numidas desbarataron la caballería enemiga y cayeron sobre las lejiones, que atacadas por todas partes, se retiran al otro lado del Ticino, vuelven á pasar al Pó y rompen los puentes. El cónsul Scipion herido en el combate y rodeado por los enemigos, debió su salvacion al valor de su hijo, jóven de diezisiete años, y que mereció despues, terminando esta guerra, el renombre de *Africano*. La victoria siempre proporciona aliados, y todos los galos cisalpinos abrazaron la causa de Annibal.

Batalla del Trebia.—(A. M. 3786.—A. C. 218.) Sempronio, que habia vuelto de Sicilia con sus tropas, marchó al Trebia, pequeño rio que entra en el Pó, junto á Plasencia, y se reunió con el ejército de Scipion. Annibal no tardó en aprocsimarse. Scipion queria se evitase el combate para ejercitar los nuevos reclutas y esperar la mudanza de los galos inconstantes; pero Sempronio, mas presuntuoso que hábil, acusó á la prudencia de timidez, y quiso venir á las manos. No deseaba Annibal otra cosa; porque frecuentemente decia, que en las empresas estraordinarias y en las guerras de invasion, es menester animar contínuamente el valor de las tropas con nuevas azañas.

Despues de haber colocado á Magon con dos mil hombres en emboscada en un prado cubierto de matorrales á las orillas de un arroyo, mandó á un cuerpo de numidas que pasase el Trebia á fin de atraer al enemigo. Sempronio envió contra ellos su caballería: los numidas se retiran con precipitacion, y el temerario romano los sigue con todo el ejército que aun no habia tomado alimento alguno.

Empieza el combate: penetra la caballería cartajinesa en las filas de los romanos, y Magon con las tropas de su emboscada, los acomete por la espalda, y los derrota completamente. Solo diez mil hombres se abrieron paso por medio de los enemigos; —los demás perecieron. Annibal no tuvo en esta batalla mas pérdida que la de sus elefantes, que murieron de frio. Como estaba muy adelantada la estacion,

tomó cuarteles de invierno, hizo descansar sus tropas y ganó aliados en Italia, dando libertad sin rescate á todos los prisioneros que no eran romanos.

Al año siguiente los romanos fueron mas felices en España. Scipion venció é hizo prisionero á Hannon y conquistó el pais comprendido entre los Pirineos y el Ebro. Annibal se dirijió á Toscana; pero al llegar á la cima del Apenino, una tempestad orrible le impidió continuar y se volvió ácia Plasencia con pérdida de mucha jente. Cerca de esta ciudad dió un combate á Sempronio, en el cual quedó indecisa la victoria.

Batalla del trasimeno.—A. M. 3787.—A. C. 217.) Flaminio y Servilio, que eran los nuevos cónsules el año despues, reunieron sus ejércitos en Arecio, ciudad de la Toscana. Annibal marchó contra ellos, y para encontrarlos mas pronto, atravesó un pais pantanoso cuyo aire deletéreo causó la muerte á muchos soldados, y á él la pérdida de un ojo.

Roma, cuyo odio era poco escrupuloso en los medios de vengarse, envió varios emisarios al campamento cartajinés para que asesinasen á un adversario tan temible. Lejos de su patria y rodeado de enemigos, Annibal se ponia cabellos postizos ó trajes de varias edades y profesiones, y mudaba de vestido con tanta frecuencia, que ni aun sus mismos amigos podian reconocerle. Este capitan ambicioso que queria llenar el universo de la fama de su nombre, se veia obligado por el temor de la muerte á ser desconocido en su propio campo.

Llegó cerca de Arecio y estudió el carácter de Flaminio antes de medirse con él: reconoció que era temerario y codicioso de victoria, y para hacerle abandonar una posicion ventajosa que ocupaba, taló las llanuras. No bastando esto, finjió marchar ácia Roma, teniendo á Crotona á su izquierda y el lago Trasimeno á su derecha. El cónsul le siguió: el cartajinés atravesó un valle estrecho; dejó emboscadas á la entrada y en los lados del desfiladero, y se acampó sobre una altura en la estremidad opuesta.

El ardiente Flaminio entró temerariamente en el valle sin enviar batidores que lo rejistrasen. Los africanos caen por todas partes sobre él, y en vano hizo los mayores esfuerzos para restablecer el órden; su intrepidez, comunicada á sus soldados, hizo

que peleasen con valor, pero sin regla. A pesar de esta desventaja, resistieron por mucho tiempo hasta que Flaminio fué muerto por un galo: entonces los romanos huyeron por el desfiladero que estaba defendido por los enemigos. Diez mil hombres se abrieron paso y huyeron por el camino de Roma: quince mil fueron muertos, y seis mil prisioneros. En esta victoria que debia Anníbal á su habilidad, solo perdió mil quinientos soldados.

Hallóse Roma en la mas terrible consternacion, cuando el pretor, subiendo á la tribuna, pronunció tristemente estas palabras: «Ciudadanos: acabamos »de perder una gran batalla.» Entonces recurrió el senado al medio de que se valia la república en las grandes calamidades: se elijió por dictador á Fabio, y Minucio Rufo fué el jeneral de la caballería. Anníbal, que á pesar de su victoria no pudo tomar á Espoleto, infirió de la resistencia que le hizo esta plaza, la que esperimentaría en Roma, y se contentó con talar el pais desde la Umbria á la Apulia, matando todos los hombres que encontraba armados y esparciendo el terror para que Roma perdiese los amigos y ausiliares.

CAMPAÑA DE FABIO. — Fabio, ilustrado por las faltas de sus predecesores, y mas hábil que ellos, seguia los movimientos del jeneral sin comprometerse, y le picaba la retaguardia sin empeñar ninguna accion decisiva. Cuando Anníbal, incomodado de sus maniobras, queria atacarle, le encontraba atrincherado en una fuerte posicion, y le provocaba inútilmente. Este diestro romano, sabia que un pais invadido lo gana todo cuando ha ganado tiempo. Anníbal se burlaba en público de su timidez; pero admiraba en secreto aquella hábil contemporizacion, y reconocia en Fabio un enemigo digno de él. Previendo Fabio que Anníbal pasaria al salir de Campania, por el valle de Casilino, que separa los territorios de Capua y Falerno, emboscó en el desfiladero de la salida cuatro mil hombres, y con el resto del ejército se apostó segun costumbre en las alturas. Anníbal cayó en el lazo y se halló cercado por todas partes. Privado de víveres, rodeado de enemigos que ni aun acometer podian, y no teniendo ningun camino de retirarse, parecia su ruina cierta; entonces le salvó una astucia. Reunió dos mil bueyes, les ató á los cuer-

nos gabillas de sarmientos, les pegó fuego, y arrojó los animales á fuerza de golpes ácia las cumbres de las montañas. Los bueyes furiosos se dispersan y prenden fuego á los matorrales. Los cuatro mil hombres de la emboscada creyeron que los romanos de las alturas eran acometidos, y así dejaron su puesto y volaron á socorrer á las lejiones. Annibal, hallando el paso libre, apresuró su marcha y salió sin pérdida de una posicion que debió ser su sepulcro. Tomó despues el camino de la Apulia siempre incomodado y perseguido por los romanos.

Poco tiempo despues, Fabio fué llamado á Roma por el senado, y encargó á Minucio que no arriesgase ninguna accion durante su ausencia. Este no obedeció: sabiendo que la caballería enemiga se dispersaba para hacer víveres y forrajes, la atacó y venció haciendo muchos prisioneros. Este triunfo le ensoberbeció y le ganó el afecto de la plebe romana, ávida de acontecimientos, deseosa de combates y victorias, y que llevaba á mal las lentitudes de Fabio. Cuando el dictador volvió al ejército, Minucio, que habia conseguido por el favor del pueblo dividir el gobierno del ejército con él, ecsijió que mandase cada uno un dia. Fabio prefirió la division de las tropas y le entregó la mitad del ejército. Annibal, informado de la desavenencia que habia entre los jenerales y del repartimiento de sus fuerzas, puso asechanzas á Minucio y lo atrajo ácia una colina, detrás de la cual habia una fuerte emboscada de infantería. Cuando le vió muy empeñado, le atacó por frente y espalda, y lo hubiera destruido infaliblemente; pero Fabio, viendo que cejaban los romanos, dijo á los suyos: «Salvemos al imprudente Minucio: arranquemos la victoria al enemigo, y á nuestros rivales la confesion de su yerro.» Cae sobre Annibal y le obliga á retirarse. Entonces dijo el cartajinés: «Bien sabia yo que esa oscura nube que por tantos dias se mantuvo en la montaña, descargaria con gran tempestad.»

Este mismo año Cneyo Scipion derrotó la escuadra cartajinesa y le apresó veinticinco naves. Reunióse despues con su hermano en España, pasó el Ebro, se hizo dueño de Sagunto por traicion, y sacó de esta plaza los hijos de las familias mas distinguidas de España, que Annibal habia dejado en ella co-

mo prendas de la sumision del pais.

Batalla de cannas.—(A. M. 3788.—A. C. 216.) Al año siguiente Roma elijió por cónsul á Terencio Varron, y á Paulo Emilio. En ninguna época se habian levantado mas que cuatro lejiones; pero entonces se levantaron ocho de cinco mil hombres cada una, las cuales reunidas con los ausilios de los aliados, formaron el ejército mas poderoso de cuantos habia puesto en campaña la república. Varron, presuntuoso y confiado en sus fuerzas, habia dicho que la guerra no concluiria mientras se pusiesen al frente de las tropas hombres tímidos como Fabio; y que él acometeria al enemigo apenas lo encontrase. Este ardor agradaba al pueblo, y le ganó sus aplausos. Su primera accion parecia un anuncio de realizar sus promesas, pues mató en ella mil y quinientos cartajineses. Anníbal no tenia entonces víveres, y necesitaba ganar una victoria: los españoles estaban disgustados y querian abandonarle; cualquiera detencion le hubiera sido funesta. Por este motivo le pareció ventajosa la pérdida que acababa de esperimentar, previendo que redoblaria la ciega confianza del cónsul y lo determinaria á dar pronto la batalla.

Los dos ejércitos se encontraron uno enfrente de otro junto á Cannas, pueblo situado en las riberas del Aufido. Anníbal ocupaba una llanura vasta y á propósito para desplegar su caballería. Emilio queria atraer al enemigo á un terreno mas favorable á la infantería. Varron, presuntuoso como todos los ignorantes, no siguió su dictámen; y apenas llegó el dia en que le tocaba mandar, presentó la batalla. Anníbal arengó á sus tropas de este modo: «Al fin he »obligado á los romanos á com»batir. Compañeros: acordaos »de vuestras azañas. Tres vic»torias han puesto en nuestro »poder las llanuras de Italia: la »de hoy os hará dueños de sus »ciudades y tesoros, y del poder »de Roma. Basta de palabras, y »empiecen las obras. Los dioses »me anuncian que voy á cum»plir todas las promesas que os »he hecho.»

El ejército romano tenia ochenta y seis mil combatientes, y el de Anníbal cincuenta mil. Emilio mandaba la derecha, Varron la izquierda, y Servilio el centro: Anníbal se habia colocado de manera que el viento diese de cara á los romanos y

les echase el polvo á los ojos. Apoyó su ala izquierda en el rio: la infantería española y gala estaba en el centro: las cortes africanas, repartidas en las alas para sostener la caballería. Annibal empezó el ataque con los españoles y galos, estendiendo sus álas ácia adelante, y dejando detrás los africanos, de modo que su ejército formaba un semicírculo convecso. Las lejiones romanas, viendo atacado su centro, se estrecharon para oponerse en masa al enemigo. Annibal, cediendo poco á poco, se retiró perseguido ardientemente por las lejiones; y cuando las vió muy entradas en la concavidad del semicírculo que habian formado las tropas retirándose, mandó que las alas y los africanos los atacasen por el flanco. Los romanos, obligados á hacer frente por todas partes, no pudieron restablecer su órden de batalla; y atacados en todos sentidos y descompuestas sus filas, fueron derrotados. Emilio pereció cubierto de heridas: dos cuestores, veintiun tribunos militares, Servilio, Minucio y ochenta senadores fueron muertos: mas de setenta mil cadáveres cubrieron el campo de batalla, hasta que Annibal, cansado de matanza, gritó que se perdonase á los vencidos. Diez mil hombres que habia en el campo romano quedaron prisioneros. El cónsul Varron huyó á Venusa con setenta caballos: cuatro mil romanos escaparon de esta cruel batalla;—la pérdida de Annibal no llegó á seis mil hombres.

Maherbal, uno de sus jenerales, le aconsejaba que marchase al instante contra Roma; y no pudiendo hacer que se resolviese á ello, le dijo: «Annibal: sa»bes vencer, mas no aprove»charte de la victoria.» Todos los historiadores, escepto Polibio, censuran como un yerro la indecision de Annibal; pero este juicio es demasiado precipitado, y nos parece mejor el silencio prudente del historiador griego. Annibal solo tenia treinta mil combatientes, en Roma habia una poblacion numerosa y heróica; y durante un sitio que precisamente debia ser largo, podian volver las lejiones de España y oprimir á los sitiadores. Annibal debió esperar refuerzos de Cartago. Sin embargo, en la época de sus derrotas él mismo se arrepintió de no haber seguido el consejo de Maherbal, creyendo acaso que hubiera sido mas glorioso perecer sitiando á Roma, que ser vencido al pie de las murallas de Cartago.

Despues de su victoria envió al Africa á su hermano Magon, que derramó en presencia del senado cartajinés un almud de anillos de oro, quitados á los caballeros romanos muertos en la batalla de Cannas. Ninguna oracion, por elocuente que fuese, hubiera podido dar una idea tan grande y tan completa de su triunfo.

Imilcon, celoso partidario de la faccion barcina, tomó ocasion de esta victoria para burlarse de Hannon y de sus amigos, opuestos siempre á la guerra. Hannon le respondió con serenidad: «Siempre me gustará una paz »sólida, mas que una guerra »ruinosa. Annibal se jacta de »haber destrozado á los roma»nos, y sin embargo nos pide un »nuevo ejército para pelear con »ellos. Saquea las ciudades de »Italia, y nos pide trigo y dine»ro: ¿qué mas pediria si fuese »vencido?» Y votó que no se le enviasen socorros. Pero á pesar suyo se mandó levantar treinta mil hombres, aunque las intrigas de su faccion retardaron la ejecucion del decreto. Desde entonces pudo preverse la ruina de Cartago, porque los hombres prudentes pueden oponerse á la guerra antes de comenzarla; pero cuando está declarada, ya sea justa ya injusta, todos los ciudadanos, como en Roma, no deben tener mas voluntad que la de la victoria.

Los pueblos de la Magna Grecia, y las ciudades de Tarento y Capua siguieron á la fortuna y tomaron el partido del vencedor. Annibal pasó el invierno en esta ciudad, que segun Marcelo, fué tan funesta á los cartajineses por sus delicias, como Cannas á los romanos por su infortunio. Perdieron en los placeres la disciplina, la gloria y las virtudes. Sin embargo, todavia ocuparon la Italia catorce años; y si es cierto que sus costumbres se corrompieron en Capua, fué por la relajacion que produce la victoria, aun mas que por las delicias del pais. Por otra parte, la causa mas evidente de la caida de Annibal fue la tardanza de los socorros de su patria; y la suerte, como acontece á menudo, se burló de su prevision y de su habilidad.

Cartago, á pesar de los progresos de los romanos en España, ordenó á Asdrubal pasase á Italia á reunirse con su hermano Annibal; pero los dos Scipiones le persiguieron, le obligaron á pelear, le derrotaron completamente y le dejaron en un estado de no poder atravesar los Piri-

neos. No fueron mas felices las armas de los cartajineses en Sicilia. Annibal cuyas fuerzas disminuian diariamente, no podia hacer ninguna empresa de consideracion; y en vano su activo jenio buscaba ocasiones favorables para reanimar la confianza de los suyos con nuevas azañas. El cónsul Marcelo, adoptando el prudente sistema de Fabio, llamado el *Contemporizador*, observaba é incomodaba siempre al enemigo sin arriesgarse á una batalla. El ejército romano, reforzado con nuevas levas, puso sitio á Capua y fortificó tan bien su campamento, que Annibal jamás pudo obligarle ni á pelear ni á levantar el sitio.

Entonces este grande hombre, intentando el último esfuerzo para sacar al enemigo de su posicion y libertar á Capua, marchó repentinamente contra Roma. Al acercarse, todos los ciudadanos corren á las armas y salen de las murallas. Ambos ejércitos estuvieron muchas veces para venir á las manos, pero apenas se daba la señal, se levantaba una tempestad orrible que impedia la batalla. Annibal creyó ver en este fenómeno repetido un decreto del cielo; pero lo que mas desconcertó sus planes fué la confianza de los romanos. A presencia suya hicieron salir nuevos refuerzos para el ejército de España, y las tierras en que acampaba se vendieron sin perder nada de su valor. Annibal, desalentado, se retiró, y Capua se rindió á los romanos.

Entretanto habíase cambiado el aspecto de los negocios de España. (A. M. 3792.—A. C. 212.) Cartago envió á aquel pais tres ejércitos á las órdenes de Magon, de Asdrubal, hijo de Jiscon, y de otro Asdrubal, hijo de Amílcar. Los dos Scipiones cometieron entonces una gran falta, que fué el dividir sus fuerzas. Publio Scipion atacado el primero, fué vencido y muerto. Masinisa, que acababa de quitar á Sifax el trono de Numidia, tuvo la mayor parte en esta derrota. Los tres ejércitos victoriosos atacaron á Cneyo Scipion, que al verlos llegar conoció la desgracia y muerte de su hermano, y le imitó peleando valerosamente y perdiendo la victoria con la vida. Pero algun tiempo despues Scipion el jóven llegó á España con un ejército, vengó á su padre y tio, y arrojó para siempre á los cartajineses de la Península.

Batalla del metauro.—(A. M. 3796.—A. C. 208.) Claudio Neron, y Marco Livio eran cón-

sules, cuando Cartago se resolvió, aunque tarde, á enviar refuerzos á Annibal. Un ejército partió á las órdenes de su hermano Asdrubal, siguiendo el mismo camino que habia llevado aquel grande hombre. Todo pareció desde luego favorecer sus designios. Halló los pueblos dispuestos á su favor y atravesó sin ostáculos las Galias. Habiendo pasado el Pó, envió un correo á su hermano previniéndole que se reuniria con él en la Umbria. Neron interceptó esta carta, y aunque la Galia cisalpina fuese la provincia ó departamento de su colega, conociendo cuán importante era impedir la union de los dos hermanos, abandonó su campamento, llevando consigo siete mil hombres, y dejando treinta y cinco mil para contener á Annibal.

Su marcha fué rápida: unióse con Marco Livio, y le instó á que no difiriese el ataque. Temiendo Asdrubal comprometer en una accion la suerte de su patria, evitó prudentemente la batalla y se retiró. Abandonado de sus guias, perdió el camino y los romanos le alcanzaron en las orillas del Metauro. El cartajinés tomó una posicion ventajosa, ordenó bien sus tropas y sostuvo la gloria de su nombre con la mayor intrepidez; pero viendo que la victoria se declaraba por los romanos, se arrojó enmedio de una coorte enemiga y halló una muerte digna del hermano de Annibal. La victoria de Livio y Neron decidió el écsito de esta guerra, aunque la historia lo haya atribuido á Scipion. Cartago perdió en la batalla del Metauro cincuenta y cinco mil hombres, entre ellos seis mil muertos. Se dió aviso á Livio de que habia un cuerpo enemigo que se retiraba, y dijo: «Dejad vivir á algunos para que »haya quien lleve á Cartago la »noticia de su derrota.» Neron volvió á Umbria para reunirse con su ejército y arrojó al campo cartajinés la cabeza de Asdrubal. Annibal al verla esclamó: «Ya conozco la suerte de Carta»go,» y se retiró al Brucio donde se sostuvo con mucha dificultad, privado de todo ausilio, y reducido á sus propias fuerzas.

Consulado de Scipion. — (A. M. 3800.—A. C. 204.) Entretanto el jóven Scipion conquistaba la España, y ganaba por aliado á Masinisa, rey poderoso en Africa, por la estension de sus dominios y el número y valor de sus vasallos, al mismo tiempo que Sifax, su rival, pasaba con el corto número de tropas que

tenia á la alianza de Cartago. Scipion volvió á Roma, y el pueblo, contando sus azañas y no su edad, le nombró cónsul. Su habilidad en los consejos, su valor en la guerra, la toma de Cartago Nova, su mérito personal y los favores de la fortuna, le granjearon la confianza de todos. Diósele por provincia la Sicilia con el permiso de pasar á Africa si lo juzgaba conveniente.

Tregua.—(A. M. 3802. —A. C. 202.) Esta grande empresa era el objeto de sus deseos. Cartago no le opuso ostáculos. Ninguna escuadra enemiga retardó su navegacion. Habiéndose embarcado cerca de Utica, derrotó los ejércitos de Sifax, y de otro Asdrubal, quemó sus campamentos é hizo prisionero á Sifax. Cartago consternada pidió la paz. Treinta senadores se arrojaron á los pies de Scipion, echaron la culpa de la guerra y de sus desgracias de Italia á la ambicion de Annibal, y prometieron en nombre de su república una entera obediencia al pueblo romano. Scipion les respondió: «Yo he venido á vencer y no á »tratar de paz: sin embargo, la »concederé una tregua si devol»veis los prisioneros, renun»ciais á la España, evacuais la »Italia y las Galias, entregais to»dos los buques, escepto veinte, »y pagais quince millones, y o»chocientos mil fanegas de gra»no. Con estas condiciones po»deis enviar una embajada á Ro»ma.» Cartago se sometió, y la tregua se hizo. Annibal recibió órden de volver al Africa. Al leer tan fatal decreto, bramó de dolor y de indignacion, acusó á los hombres, á los dioses y á sí mismo por no haber buscado la victoria ó la muerte al pie de las murallas de Roma despues de la batalla de Cannas;—sin embargo, cedió al destino y obedeció.

Batalla de zama.—(A. M. 3803.—A. C. 201.) El senado romano, orgulloso é irritado, no creyó las condiciones de la paz bastante duras para Cartago, ni bastante ventajosas para Roma, y por eso comisionó á Scipion la decision de este gran negocio. Octavio, que llevaba al Africa doscientos bajeles de transporte, sufrió una tempestad que lo arrojó á las playas de Cartago. El pueblo codicioso quiso apoderarse de esta rica presa. El senado tuvo la debilidad de consentir en ello á pesar de la tregua, y por órden suya cojió Asdrubal todos los buques. Scipion envió algunos oficiales que reclamasen contra esta infraccion:

el pueblo los insultó, y el senado no quiso oirlos. Annibal y su ejército se acercaban, y se habian reanimado el odio, el orgullo y las esperanzas de Cartago. En esto volvieron los embajadores que habia enviado á Roma. Scipion, mas jeneroso que sus enemigos, los dejó pasar tranquilamente, pero al mismo tiempo les declaró que iban á comenzarse las hostilidades, porque la tregua habia concluido.

Habiendo desembarcado Annibal en Africa, acampó su ejército cerca de Zama, á cinco leguas de Cartago, y envió espias á reconocer el campo romano: Scipion las descubrió y en lugar de castigarlas, les hizo ver muy por menor la fuerza y el órden de su ejército. El pueblo de Cartago queria ardientemente la guerra: solo Annibal aconsejaba la paz, cuya triste necesidad conocia. Pidió una conferencia á Scipion y le fué concedida. Al acercarse estos dos grandes hombres, guardaron por un rato profundo silencio, mirándose con cierta especie de respeto. En fin, Annibal habló primero, y despues de haber alabado con destreza las azañas de su rival, le representó las desgracias que ocasiona la guerra y la incertidumbre de los sucesos, citándose á sí mismo como un ejemplo ilustre de las vicisitudes de la fortuna: «Tú eres hoy, le dijo, lo que »yo fuí en el Trasimeno y en »Cannas. Usa mejor que yo de tu »prosperidad, y concede la paz »cuando aun puedes dictar sus »condiciones. Consentimos en »ceder la Sicilia, la Sardinia, la »España, y todas las islas, y nos »limitaremos al Africa mientras »vosotros domineis el universo.» Scipion se quejó de la perfidia de Cartago y de la violacion de la tregua: manifestó el aprecio que hacia de Annibal, y le dió gracias por sus consejos; pero al mismo tiempo le avisó que se preparase á combatir si no consentia en que se desarmasen las escuadras, en pagar el tributo ecsijido y en algunas indemnizaciones por el rompimiento de la tregua. Annibal no pudo resolverse á firmar un tratado tan vergonzoso para él, y tan contrario á los votos de sus conciudadanos y á los intereses de su patria. Tomáronse las armas por ambas partes: entrambos jenerales ecsortaron á sus tropas recordándoles sus triunfos y presentándoles para animarlas al combate, los motivos mas poderosos en el corazon de los hombres; porque de la decision de aquel combate pendia el destino de los

dos imperios. De una y otra parte se desplegó la misma habilidad en la disposicion de las tropas y la misma serenidad en la batalla; pero el valor y constancia de los romanos triunfaron de cuantos ostáculos les opuso el injenio de Annibal. Los cartajineses huyeron dejando en el campo de batalla veinte mil muertos y otros tantos prisioneros (1).

Annibal volvió á Cartago y declaró que ya no restaba ninguna esperanza de resistencia, y que era preciso sufrir la ley del vencedor. Scipion, aprovechándose de la victoria, acercó á la ciudad su ejército y su escuadra. Llegó á sus reales un bajel cubierto de ramas de oliva con embajadores que venian á implorar su clemencia, y á los cuales mandó que le esperasen en Túnez. Los oficiales querian tomar y arrasar á Cartago; pero, ó impelido de su carácter humano y jeneroso, al cual repugnaba destruir aquella nobilísima ciudad, ó temiendo la fuerza que suele dar la desesperacion, ó no queriendo dejar á un sucesor la gloria de aquel sitio dificil y de terminar la guerra, concedió la paz, añadiendo á las condiciones ya propuestas, que los cartajineses no conservarian mas que diez embarcaciones, entregarian los elefantes, restituirian á Masinisa lo que le habian quitado, no emprenderian ninguna guerra ni aun en Africa sin el permiso de Roma, y pagarian los sueldos del ejército romano hasta la ratificacion del tratado. Cuando Annibal leyó estos artículos en el senado de Cartago, Jiscon declamó violentamente contra unas condiciones tan vergonzosas. Indignado Annibal de una tan intem-

(1) Los siguientes versos son tan bellos, y tan propios del asunto de que tratamos, que no podemos resistir al deseo de copiarlos:

. . . . . . La triunfadora Roma,
Aquella á cuyo imperio
Se rindió en silenciosa servidumbre
Obediente y postrado un hemisferio;
¡Cuántas veces jimió rota y vencida
Antes de alzarse á tan escelsa cumbre!
Vedla ante Annibal sostenerse apenas:
Sangre itálica inunda las arenas
Del Tesin, Trebia y Trasimeno undoso;
Y las madres romanas,
Como infausto cometa y espantoso,
Ven acercarse al vencedor de Cannas.
¿Quién le arrojó de allí? ¿Quién ácia el sólio,
Que Dido fundó un tiempo, sacudia
La nube que amagaba al Capitolio?
¿Quién con funesto estrago
En los campos de Zama el cetro rompe
Con que leyes dió al mar la gran Cartago?
La constancia: etc.

(Quintana. *Oda al combate de Trafalgar*).

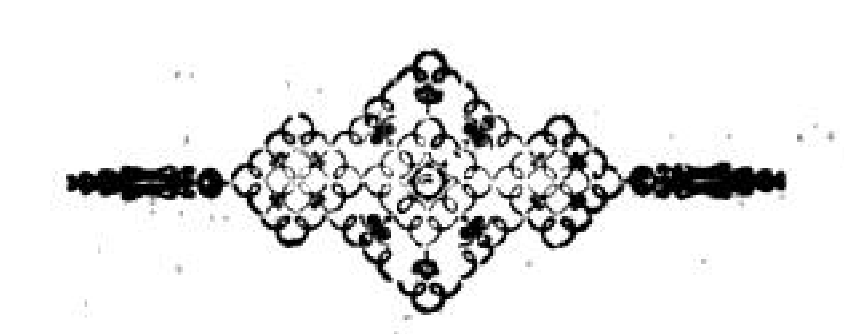
pestiva oposicion, cojióle y le echó fuera de su silla; y como esta violencia escitase murmuraciones en el senado, dijo Annibal con firmeza: «Salí de Cartago á la edad de nueve años: »he militado treinta y seis é ignoro vuestras costumbres: solo »conozco bien la situacion en que »os hallais, para la cual no encuentro recurso. Abandonados »de los amigos, sometidas á los enemigos las provincias, destruida vuestra escuadra, vencidos, »esterminados vuestros ejércitos »y vacío el tesoro, no podeis oponer á los romanos, sino viejos, niños, mujeres é inválidos. »En lugar de quejaros de las »condiciones de la paz, dad gracias á los dioses que os la envian, y firmad vuestra salvacion »aceptándola.» Creyéronle, y se hizo la paz.

Los embajadores enviados á Roma, todos del partido de Hannon, censuraron en el senado romano la ambicion de Annibal que era el único, segun decian ellos, que habia aconsejado y prolongado la guerra. Lisonjearon el orgullo del vencedor con viles sumisiones, y prodigaron grandes elojios á la jenerosidad del pueblo romano, tan acostumbrado á vencer, que para aumentar su imperio preferia la clemencia á la victoria. El senado y el pueblo ratificaron la paz, y mandaron á Scipion que volviese á Italia con el ejército. Antes de partir quemó quinientas naves en el mismo puerto de Cartago, é hizo aorcar á los desertores romanos que se le habian entregado.

Grandes dificultades hallaba el senado de Cartago en el cobro de las contribuciones necesarias para pagar á Roma el tributo estipulado. Viéndolos Annibal tan pesarosos, se echó á reir, y como le preguntasen, por qué insultaba de aquella manera al dolor público, respondió: «¿Es por »ventura mas intempestiva esta amarga risa que me veis, »que esas lágrimas que os veo »derramar? Cuando nos quitaron las armas, y nos quemaron »las naves, y nos impidieron toda guerra con los estranjeros, »entonces venia bien ese llanto, »porque aquel fué el golpe mortal que nos derribó dejándonos indefensos y aislados en»medio del Africa. Entonces »ninguno de vosotros dió un suspiro ¡y llorais aora porque os »piden algunos millones! Llorad, »sí, llorad la pérdida de la libertad comun, lamentad vuestra »patria, y sufrid resignados las »calamidades privadas! Os lo pre-

»digo de antemano: eso que tan»to os aflije hoy, dentro de poco »os parecerá la menor de vues»tras desventuras!»

Mientras Cartago jemia consternada por su ruina y humillacion, que hacia mas doloroso el recuerdo de su esplendor pasado, Roma recibia con alegres aclamaciones á Scipion, que volvia con los despojos de su rival. Se le decretó los honores del triunfo, y el pueblo le dió el glorioso renombre de *Africano*.—La segunda guerra púnica duró diezisiete años.



CAPITULO V.

INTERVALO DESDE LA SEGUNDA A LA TERCERA GUERRA PÚNICA.

(Año del mundo 3804. — Antes de Cristo 200. — De Cartago 645. — De Roma 553.

Democrácia de Cartago. — Fuga de Annibal. — Victoria de Annibal contra Eumenes. — Muerte de Annibal.

DEMOCRACIA DE CARTAGO. — Luego que Cartago hubo perdido su gloria, caminaba á grandes pasos á su ruina por la dejeneracion de las costumbres. El pueblo, que ya no respetaba al senado, se apoderó de la autoridad; todo se gobernaba por intrigas; y el egoismo que es el mas mortal veneno de los estados, estinguió en todos los corazones el amor de la patria. Las facciones, que como hemos visto, sembraban la discordia y corrompian el espíritu público, habian impedido reforzar á Annibal en Italia: violando la tregua de Scipion, precipitaron á Cartago en el abismo y la privaron de todos los medios de salvarse; y en los cincuenta años que pasaron desde la segunda á la tercera guerra púnica, no la permitieron rejenerar su espíritu, ni adquirir fuerzas.

Sin embargo, á los principios gozó Annibal de la consideracion debida á sus antiguas azañas. Fué pretor varias veces, y mandó con felicidad algunas espediciones contra los numidas; pero el odio de los romanos le perseguia en el seno mismo de su patria, y le obligó á deponer las armas. Reducido al gobierno interior de la república, mostró el mismo cuidado por la justicia que el que habia mantenido la disciplina y fijado la victoria en sus ejércitos. Reformó

abusos, descubrió fraudes, castigó á los concusionarios, é hizo pagar á los dilapidadores lo robado.

Su firmeza le dió por amigo al pueblo, y por enemigos á los grandes, que le acusaron en Roma de mantener intelijencias con Antíoco el grande, rey de Siria, con el fin de renovar la guerra. En vano Scipion, su rival, le defendió: la jenerosidad del héroe de Roma aumentó su gloria, pero no impidió las violentas resoluciones que dictaba el rencor. El recuerdo del Trasimeno y de Cannas, siempre presente al senado romano, le hacia creer que mientras viviese Annibal, podria Cartago recobrar su poder. Envió, pues, tres comisionados á esta ciudad para pedir que se le entregase aquel temible enemigo.

FUGA DE ANNIBAL.— (A. M. 3809.—A. C. 195.) Informado Annibal de este mensaje, y conociendo el odio que le tenian los ricos y la versatilidad del pueblo, se escapó de noche en una nave, llorando el oprobio de su patria mas que su infortunio. Llegó á Tiro, donde recibió todos los honores debidos á su gloria, y pasó á Efeso, donde Antíoco le recibió favorablemente. Annibal le persuadió que enviase un ejército á Grecia y una escuadra á Cartago para favorecer el armamento de los africanos; y viendo al rey inclinado á su dictámen, escribió esta noticia á sus amigos; pero los cobardes senadores dieron aviso del proyecto á Roma, que envió embajadores á Antíoco para disuadirle de su empresa. Algunos historiadores dicen que uno de ellos fué Scipion, y que en una conversacion con Annibal le preguntó: «Cuál era á su parecer el mayor de los capitanes.» Annibal respondió que «Alejandro Magno; pues con treinta mil hombres habia derrotado á ejércitos numerosísimos y conquistado el Ejipto y el Asia.»—«Y el segundo ¿quién es?» preguntó Scipion.—«Pirro, superior á todos en la disposicion de las tropas, en la eleccion del terreno, y en el arte de ganar aliados.»—«¿Y el tercero?»—«Ese soy yo,» respondió Annibal con dignidad. «¿Qué mas pudiérais decir, replicó Scipion sonriéndose, si me hubiéseis vencido?»—«Entonces me creeria superior á Alejandro y á todos los jenerales del mundo.»

Los embajadores romanos ganaron partidarios en la corte de Siria, haciendo sospechoso á

Annibal á los ojos del rey. Annibal, que lo conoció, le dijo: «Niño era cuando juré odio á »los romanos; este odio me trajo á tu reino. Si quieres paz »con ellos, busca otros conseje»ros; que en tanto yo iré bus»cando por toda la tierra nuevos »enemigos á esa república de »Roma.» Esta franqueza le devolvió por algun tiempo la amistad del rey, quien le dió el mando de una division de su escuadra, é hizo la guerra á los romanos; pero no siguió sus consejos: pasó á Grecia y fué vencido. Entonces le predijo Anníbal que los romanos no tardarian en seguirle al Asia.

Victoria de annibal contra eumenes.—(A. M. 3820.—A. C. 184.) Vencido Antíoco en Magnesia, Anníbal se refujió á la corte de Prusias, rey de Bitinia, y mandó su escuadra en una guerra contra Eumenes, rey de Pérgamo. Justino y Cornelio Nepote refieren que consiguió la victoria con una astucia que parece fabulosa. Llenó de serpientes un gran número de cántaros, é hizo que los tirasen á las embarcaciones de los enemigos, los cuales al principio se rieron de tan estraños proyectiles, pero aterrados despues por las serpientes que salian de las vasijas rotas, fueron vencidos con facilidad. Prusias, ostigado por los romanos, se resolvió á entregarles su víctima, y le quitó todos los medios de fugarse.

Muerte de annibal.—(A. M. 3822.—A. C. 182.) Quincio Flaminio le perseguia en este nuevo retiro. Anníbal, teniendo en sus manos el veneno que siempre llevaba consigo, esclamó: «Li»bertemos de sus continuos te»mores al pueblo romano, ya »que no puede aguardar á la »muerte de un anciano: tú, pue»blo dejenerado, que en otro »tiempo advertiste á Pirro la »traicion de un asesino, ¿cómo »aora encomiendas á un varon »consular, que seduzca á un rey »para que viole la ospitalidad y »asesine á su amigo?» Dicho esto tomó el veneno y murió. Así pereció á los setenta años de edad, uno de los mas grandes jenerales de la antigüedad, vencido mas bien por culpa de sus conciudadanos que por la habilidad de sus enemigos. Tuvo, como casi todos los conquistadores, mas talento que virtud. Artificioso y cruel, inspiró al pueblo, que tuvo siempre á su devocion, aquel profundo resentimiento que dobla las fuerzas y hace prodijios. Su odio contra Roma fué una pasion funesta,

que jamás le permitió prestarse, cuando era vencedor, á proposiciones de paz. Causó la ruina de Cartago, porque quiso, no solamente vencer, sino esterminar á su rival. Fué superior á Scipion en talentos mlitares; pero este le escedia en prudencia y humanidad: la posteridad admira con cierto orror al héroe de Cartago: á la admiracion que inspira el de Roma, se juntan el aprecio y el cariño: el uno aparece como un torrente impetuoso, cuyos vestijios son ruinas: el otro, semejante á un rio majestuoso y benéfico, todo lo embellece y fecunda en su noble curso.

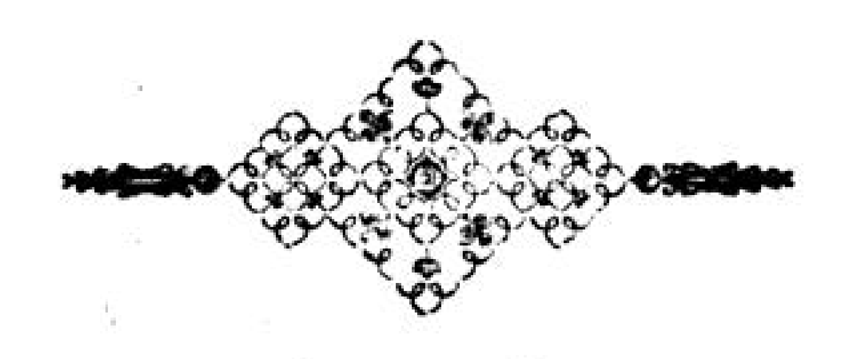
La historia de Cartago hasta la tercera guerra púnica, no conserva sino la memoria de algunos combates de poca consideracion entre aquella ciudad y sus tributarios Sifax y Masinisa que fueron alternativamente sus aliados y enemigos.

Sifax se habia casado con Sofonisba, cartajinesa é hija de Asdrubal. Habiéndole derrotado Masinisa se apoderó de Cirta, capital de la Numidia, pero en el momento de su triunfo, vencido por la belleza de Sofonisba, este fiero africano, ardiente como el sol de su comarca, despreció las leyes, rompió los tratados, hizo que la reina faltase á sus primeros lazos, se casó con ella, y para agradarla abrazó el partido de Cartago. Sitiado al punto por los romanos, que querian castigar su defeccion y devolver á Sifax su mujer y su trono, no escuchó mas que á su furor celoso, y forzó á la infortunada Sofonisba á tomar un tósigo para que no volviese á caer en los brazos de su rival. Creyéndose con esto libre de los empeños que tenia con Cartago, se acercó á los romanos, quienes encontrándole útil para sus proyectos le devolvieron su confianza. Scipion lo puso en posesion de todos los estados de Sifax, y como hemos visto, obligó á Cartago á restituirle todo lo que le habia tomado.

Este príncipe ambicioso, fuerte con el apoyo de Roma, dió una injusta estension á las cláusulas del tratado y quiso apoderarse de Leptina que pertenecia á los cartajineses. Negándose estos á cederla, tomó las armas, y se hizo dueño de muchas plazas. Cartago se quejó á Roma de esta violacion de la paz; el senado envió comisarios al Africa para arreglar las diferencias. El célebre Caton, el mayor miembro de esta diputacion, aborrecia á los cartajineses tanto como Aníbal á los romanos. Indignado

de ver los restos de la antigua opulencia de Cartago, se aumentó su odio, y desde que volvió á Roma no cesó de proponer en el senado el esterminio de su rival; y siempre que hablaba sobre cualquier asunto, concluia con estas palabras: *Delenda est Carthago.*

La discordia que se sigue siempre á los reveses, encendia cada vez mas las facciones en Cartago: el partido popular, esclavo cuando es débil, y tirano cuando domina, desterró á cuarenta senadores que se retiraron á Numidia. Masinisa envió sus hijos á Cartago para que solicitasen la vuelta de los desterrados: el pueblo los insultó, y Amílcar los persiguió hasta muy lejos de la ciudad. El rey de Numidia, irritado de esta injuria, declaró la guerra: los dos ejércitos pelearon. El jóven Scipion Emiliano, embajador de Roma en la corte de Masinisa, fué testigo de la batalla, y vió con admiracion que este príncipe, á la edad de ochenta años, dirijiendo un caballo fogoso, peleaba con el valor de un jóven, acudia rápidamente á todos los puntos, reunia sus tropas cuando se ponian en desórden, y conseguia por su intrepidez una victoria completa, despues de la cual dictó las condiciones de la paz, y obligó á sus enemigos á pagarle tributo. De cincuenta y ocho mil cartajineses, muy pocos escaparon á la espada de los numidas, y una peste consumió á los demás.



CAPITULO VI.

TERCERA GUERRA PUNICA.

(Año del mundo 3855.—Antes de Cristo 149.—De Cartago 697. —De Roma 604.)

Embajada de Cartago á Roma. — Declaracion del Senado.— Desarme de Cartago. — Muerte de Masinisa.— Consulado del segundo Scipion. — Capitulacion y ruina de Cartago.

EMBAJADA DE CARTAGO A ROMA. —Temerosa Cartago de la parcialidad de Roma á favor de Masinisa, y del cargo que se le hacia de haber seguido la guerra sin permiso del pueblo romano contra el tenor del tratado de paz, envió embajadores á Italia para conocer los intentos de sus dominadores orgullosos.

Entonces renovó Caton sus declamaciones furibundas, repitiendo que habia encontrado en Cartago, no una ciudad arruinada, sino una poblacion fuerte, un comercio opulento, una juventud numerosa y ardiente, grandes tesoros é inmensos acopios de armas. «Mirad esos fru»tos, decia arrojando higos del »Africa en el senado; observad »cuán frescos están, como que »se cojieron hace tres dias. Tan »corta es la distancia que nos se»para de nuestros implacables »enemigos. ¿Esperareis á que »vengan de nuevo á Italia á ta»lar los campos, robar las ciuda»des, destruir las lejiones, y a»menazar las murallas de Ro»ma?» En vano impugnaba Scipion Nasica con su prudente prevision á este orador austero y veemente, mostrando cuán necesaria era la ecsistencia de Cartago para evitar la corrupcion del pueblo, la relajacion de la disciplina y la decadencia de Ro-

ma. El senado, partícipe de los rencores de Caton, resolvió la guerra, socolor de que Cartago habia roto la paz, armando mas buques de los que el tratado permitia, insultado á los hijos de Masinisa, y haciendo la guerra á un príncipe aliado, que tenia en su corte un embajador de Roma. Los cartajineses en esta crítica circunstancia vieron debilitadas sus fuerzas y agravados sus infortunios por la defeccion funesta de Utica, que era la segunda ciudad del Africa, la cual los abandonó y se entregó á los romanos.

Los cónsules Manilio y Marcio Censorino recibieron órdenes del senado para partir con ochenta mil hombres, y la instruccion secreta de no volver sin dejar arruinada á Cartago. Los diputados de esta ciudad llegaron á Roma cuando ya se habia declarado la guerra. Sometieron humildemente la suerte de su patria á la decision del senado, y preguntaron qué satisfacciones ó sacrificios ecsijian. El senado, sin esplicarse positivamente, respondió que enviasen por reenes trescientos hijos de las familias mas distinguidas, y que obedeciesen á las órdenes que les darian los cónsules. A pesar de la dureza misteriosa de la respuesta, Cartago, hallándose sin ejércitos ni aliados, y no habiendo podido resistir á las fuerzas solas de Masinisa, resolvió enviar los reenes pedidos y someterse. La ciudad resonaba con gritos y jemidos: las madres desgraciadas desechas en lágrimas, se arrancaban los cabellos. Acompañaron á sus hijos hasta el puerto y les dieron un eterno adios. Los reenes llegaron á Sicilia, donde estaban los cónsules, que los hicieron partir á Roma y mandaron á los embajadores que esperasen en Utica. (A. M. 3856.—A. C. 148.) El ejército romano se embarcó poco despues cerca de esta ciudad. Los cónsules mandaron que Cartago entregase todas sus armas: en vano representó la ciudad que de esta manera se la esponia á la venganza de Asdrubal, que estaba al frente de veinte mil desterrados cerca de las murallas. No se atendió á sus representaciones y fué preciso obedecer. Una larga fila de carros cargados con doscientas mil armaduras y veinte mil máquinas de guerra, llegaron á Utica pocos dias despues; venian delante los senadores y los sacerdotes con la intencion de escitar la piedad é implorar la clemencia de los romanos. Censorino los recibió con

una altanera frialdad y les dijo: «Alabo vuestra pronta obediencia; pero el senado y el pueblo »romano quieren que Cartago »sea destruida. Salid, pues de e»lla, y pasad adonde querais con »tal que sea á ochenta estadios »de la costa.»

La indignacion quitó á los cartajineses la fuerza necesaria para responder; pero á la consternacion y á las lágrimas, siguieron en breve las injurias, los furores, y las imprecaciones. Los diputados volvieron á Cartago, y dieron cuenta del órden bárbaro que habian recibido. La desesperacion, comunicándose por toda la ciudad con la rapidez de un incendio, llenó de rabia á todos los corazones. Hombres y mujeres, ancianos y niños, juraron morir y sepultarse bajo las ruinas de su patria antes que abandonarla. Los cónsules, que nada temian de un pueblo desarmado, se descuidaron en acelerar su marcha, y en este intervalo repararon los cartajineses sus fortificaciones, llamaron á los desterrados, nombraron por jeneral á Asdrubal, y fabricaron armas. Todas las casas eran talleres, todos los hombres obreros. Como faltasen cuerdas, las mujeres dieron sus cabellos para formarlas. En poco tiempo reparó el valor todas las pérdidas. Los romanos, cuando llegaron, esperaban hallar esclavos sometidos, y encontraron una nacion armada que les hizo una resistencia increible. En vano para reparar su lentitud multiplicaron los atáques: los mismos sitiadores los asaltaban con frecuentes salidas, rechazaban sus coortes, llenaban los fosos del campamento, esterminaban á los forrajeadores, y quemaban las máquinas de guerra. Los cónsules, desconcertados por esta defensa ostinada, no hicieron mas que cometer yerros, castigados por derrotas, y mas de una vez estuvieron espuestos á una destruccion total de su ejército, de que los libertó Scipion Emiliano, que servia bajo sus órdenes como tribuno militar. Su vijilancia, valor y prudencia, le adquirieron mucha gloria en este sitio. (A. M. 3857.—A. C. 147.)

Consulado del segundo scipion. — (A. M. 3858. — A. C. 146.) Con la muerte de Masinisa, acontecida en este tiempo, perdieron los romanos un aliado fiel y animoso, y el valor cartajinés triunfaba de todos los esfuerzos de su rival. Al año siguiente, los nuevos cónsules no consiguieron mejor resultado. Los cartajineses los derrotaron



muchas veces, aumentaron sus tropas, y pidieron socorros al rey de Macedonia. Roma empezó á temer las consecuencias de su invasion en Africa; y habiéndose presentado de candidato para el empleo de edil, Scipion Emiliano, precedido de su fama, el pueblo impresionado por su semejanza con el *Africano*, olvidó las leyes á favor suyo. Le nombró cónsul á pesar de su juventud y le dió por provincia el Africa. Su llegada delante de Cartago salvó al cónsul Mancino, á quien ya rodeaban los enemigos, de ver destrozado su ejército. Scipion no halló en él ni órden ni disciplina; y así lo primero que hizo fué reformar los abusos, reparar las pérdidas, formar almacenes, y poner en rigor los reglamentos militares. Acercóse despues á Cartago, y reconociendo que una parte de la ciudad, llamada Megara, estaba menos fortificada que las otras, la escaló de noche y penetró en ella. Dueño del istmo que separaba los dos puertos, encerró el campo enemigo por medio de atrincheramientos y lo quemó.

Capitulacion y ruina de Cartago. — (A. M. 3859. — A. C. 145.) El hambre aflijia á los sitiados; pero recibieron víveres por el mar: Scipion, imitando la actividad de Alejandro, construyó una calzada para cerrar el puerto. Los cartajineses, tan infatigables como él, abrieron una nueva salida, por la cual salió su escuadra. Las naves romanas la atacaron, y despues de un porfiado combate consiguieron la victoria, y destruyeron, apresaron ó dispersaron los buques enemigos. Durante el invierno marchó Scipion á la ciudad de Néferis, donde los cartajineses reunian un poderoso ejército, en el cual fundaban todas sus esperanzas: lo derrotó con muerte de setenta mil africanos, y se apoderó de la plaza. La primavera siguiente estrechó á Cartago, la atacó en todos los puntos, se hizo dueño del puerto llamado *Kotton*, y pasando las murallas llegó á la plaza mayor, desde la cual se subia á la ciudadela por tres caminos. En tan estremo peligro los sitiados doblaban su furor, y la desesperacion les suministraba nuevas fuerzas. Ya no tenian mas murallas que sus escudos. A cada paso tenian los romanos que emprender nuevo combate, y la toma de las casas era un sitio. Las calles estaban llenas de cadáveres y heridos que arrojaban á los fosos con gárfios. Seis dias y

seis noches pelearon con igual encarnizamiento, sin conceder un solo instante al cansancio ni al reposo. En fin, al sétimo dia la ciudadela capituló entregarse, salvas las vidas de sus defensores: Scipion aceptó esta proposicion, esceptuando de ella á los tránsfugos. Salieron de la fortaleza cincuenta mil hombres, que fueron llevados á los campos vecinos. Novecientos tránsfugos, teniendo á su frente á Asdrubal, su mujer y sus hijos, se atrincheraron en el templo de Esculapio, adonde se subia por una escalera de sesenta gradas, decididos á perecer antes que rendirse. Pero Asdrubal, perdiendo su antiguo valor, y guiado por el cobarde deseo de salvar su vida, bajó precipitadamente con un ramo de oliva en la mano y se echó á los pies de Scipion. Los desertores, enfurecidos, le llenaron de imprecaciones y prendieron fuego al templo. La mujer de Asdrubal, poniéndose con sus hijos sobre un peñasco, á la vista de Scipion, esclamó: «Romano: no te mal»digo á tí; tú usas del derecho de »la guerra. Solo deseo que u»niéndote á los dioses de Carta»go, castigues como merece á ese »pérfido desertor de su familia »y de su patria. Traidor, dijo á »Asdrubal: el fuego va á consu»mirnos; pero tú, guerrero co»barde, vé á adornar el triunfo »del vencedor, y á sufrir des»pues el castigo digno de tu in»fámia!!» A estas palabras dió de puñaladas á sus hijos, los arrojó á las llamas, y se precipitó ella misma; —todos los desertores la imitaron.

Viendo el altivo Scipion la ruina de una ciudad tan poderosa, no pudo contener sus lágrimas, y quizá previendo la suerte futura de Roma, pronunció tristemente dos versos de Homero, cuyo sentido es este:

Un dia llegará en que arrasados
Del sagrado Ilion los muros sean;
Y Príamo y sus pueblos denodados
Destrozados se vean.

Cartago fué entregada al saqueo por muchos dias, separando aparte los tesoros que se hallaron en los templos. Dióse órden á los habitantes de Sicilia para que fuesen á recojer sus cuadros y estátuas; y se restituyó á Agrijento el famoso toro de Fálaris. Diez comisarios romanos hicieron demoler y arrasar todos los edificios de Cartago: se proibió habitar en su área, con orribles imprecaciones contra los que violasen este decreto. Se

dió á Utica la propiedad de todo el territorio situado entre Cartago é Hipona, y lo demás del pais quedó reducido á provincia romana, bajo el gobierno de un pretor.

Treinta años despues, Cayo Graco, para agradar al pueblo, reedificó á Cartago, y llevó seis mil romanos para la nueva colonia. Esta fué la primera establecida fuera de Italia. Mario se consoló de sus desgracias junto á las ruinas de esta gran ciudad. Apriano refiere que César restituyó á Corinto y á Cartago su antiguo esplendor. En tiempo de los emperadores fué Cartago la capital del Africa. Todavia ecsistia en el siglo VII; pero ácia fines de este fué destruida por los árabes, que borraron hasta sus vestijios, en el califato de Abdel-Melek.

FIN DE LA HISTORIA DE CARTAGO.

LIBRO NONO.

HISTORIA DE LOS JUDIOS.

CAPITULO PRIMERO.

PRIMERA Y SEGUNDA EDAD DEL MUNDO.

Creacion del mundo. — Muerte de Abel. — El diluvio. — Torre de Babel.

Creacion del mundo.—(A. M. 1.—A. C. 4003.) «Vergonzoso seria, dice Bossuet, á todo hombre bien educado, ignorar la historia del jénero humano, y las mudanzas memorables que el tiempo ha producido en el mundo. Enseñemos pues, á la juventud á conocerlas, y preparémosla, por medio de la historia universal al estudio de la historia particular de las naciones. Presentarémosle un grande espectáculo, en el que verá desenvolverse, por decirlo así, en pocas horas los siglos anteriores. Hallará en el nacimiento, elevacion y caida de los imperios, eternos monumentos del poder de Dios y de la debilidad de los hombres. Aprenderá, no en mácsimas abstractas, sino en ejemplos evidentes, á respetar la relijion que funda y conserva la moral, á amar la virtud y la justicia, sin las cuales no hay glória, ni poder duradero, y á detestar los vicios, las infámias y los crímenes, que traen la decadencia de las naciones, y todas las desgracias que el hombre sufre y de las cuales es causa y víctima.»

La antigüedad profana nos encubre bajo un velo oscuro el orijen de las naciones; y cuando han querido penetrarlo, los pue-

blos crean fábulas y los filósofos sistemas: y en los autores mas antiguos no se encuentran mas que novelas sin conecsion, ni verosimilitud. Moisés únicamente nos presenta en la historia de la relijion y del pueblo, que fué su depositario, la narracion seguida de los oríjenes del jénero humano. Una fuente tan sagrada ecsije nuestro respeto, y es un deber para nosotros presentar sin discusion las luces que ella derrama.

Imprudente seria querer sondear los misterios y la profundidad de los libros santos, pretendiendo esplicar sus oscuridades. Estos libros, además, nos han transmitido pocos detalles sobre los acontecimientos que precedieron al diluvio. Unicamente puede referirse lijeramente, como ellos lo hacen, que Dios con su palabra crió el cielo y la tierra en seis dias, y que formó al hombre. El último dia la mujer fué sacada del hombre para ser su eterna compañera. Colocados los dos en el paraiso terreste, debian gozar en él una perfecta y constante felicidad. El demonio, bajo la forma de una serpiente, los tentó; — y el orgullo los sedujo. Quisieron conocer el bien y mal, y comer el fruto proibido; — y sucumbieron. Su caida fué castigada por el destierro: sus cuerpos celestiales, se hallaron sujetos al dolor y la muerte. Salieron del paraje de delicias que los habia visto nacer, sin esperanzas de volver á entrar en él jamás; y sus almas, privadas del apoyo divino, fueron sujetas despues á las seducciones de los sentidos y al arrastre de las pasiones. Los pueblos todos, lamentando la perdida edad de oro, muestran haber conservado antiguas imájenes de la perfeccion primitiva del hombre, de la felicidad perdida, y del jardin de donde fuera desterrado.

Muerte de Abel. — (A. M. 128.—A. C. 3876.) Pronto empezó la tierra á poblarse, y los primeros hijos de Adan la ensangrentaron con el primer crimen. El inocente Abel y el feroz Cain dieron el primer ejemplo de las virtudes y de los vicios que han dividido el imperio del mundo. El cielo recibió las ofrendas de Abel y desechó las de Cain. Este, escuchando únicamente á su furor, mató á su hermano. Este homicidio fué castigado con la reprobacion eterna.

Perseguido Caín por la venganza divina, y por los tormentos de su conciencia, procuró

en vano errante de uno en otro asilo, calmar su ajitacion y evitar el odio del jénero humano. En todas partes halló la cólera celeste;—en todos le perseguia la imájen de su hermano. Sus hijos se hicieron, como él, objeto de la ira del cielo por sus desórdenes y vicios. Fundaron ciudades, inventaron artes, y se consagraron al deleite. Set, tercer hijo de Adan, y su numerosa familia, se libertaron de la depravacion, permaneciendo fieles á Dios y á la virtud. Henoc se distinguió por la pureza de sus costumbres y santidad de vida; de tal modo, que fué esceptuado de la ley comun, y se dice que Dios lo trasladó al cielo sin sufrir la muerte.

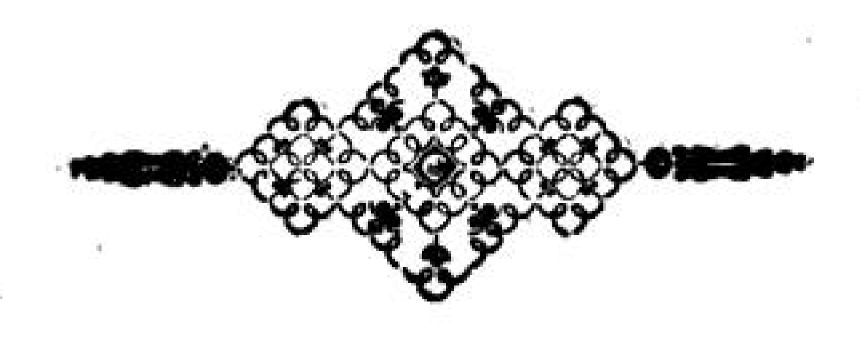
El diluvio.—(A. M. 1657.—A. C. 2347.) La mezcla de los hijos del cielo y los hijos de los hombres, esto es, de los buenos con los perversos, corrompió toda la haz de la tierra. Multiplicáronse las violencias y los crímenes; la virtud fué inmolada á las pasiones; la verdad al error; olvidóse al Ser supremo; reinó la idolatría, y tal fué la perversidad, que resolvió Dios destruir al jénero humano. Solo Noé y su familia, cuyas virtudes habian complacido al Eterno, se salvaron en el Arca, que por su órden celestial habia construido.

Esto es todo lo que nos dicen los autores sagrados de los 1656 años que han transcurrido desde la creacion hasta el diluvio. Casi todos los pueblos de la tierra han conservado la tradicion de este gran desastre, y sin embargo sus fábulas históricas no están siempre acordes entre sí. No ostante, todas afirman que en la infancia del mundo era el hombre mas dichoso, que su felicidad era el fruto de sus virtudes y piedad, y que los criminales estravíos del jénero humano acarrearon su ruina.

Torre de babel.— (A. M. 1757.—A. C. 2247.) Sem, Cam, y Jafet, hijos de Noé, volvieron á poblar el mundo. La memoria de Jafet se ha conservado en el Occidente, la de Sem en Oriente, y la de Cam en el Mediodia. La civilizacion, la cultura, y la industria hicieron progresos; pero tambien la corrupcion. Los orgullosos descendientes de Noé, quisieron edificar una torre altísima que llegase al cielo, en la llanura de Sennaar. Dios confundió su loca presuncion, dándoles idiomas diferentes. Dejaron la empresa porque no pudieron entenderse los unos á los otros, y se dispersaron,

nombrando cada seccion por rey ó jefe suyo al cazador mas diestro y valiente de ella. La vida del hombre se abrevió. Los héroes, célebres al principio por sus combates contra los animales feroces, buscaron una gloria mas perniciosa, peleando contra otros pueblos. El hierro destinado en otro tiempo á fecundar la tierra, la inundó de sangre.

Nembrot fué el primer conquistador, y fundó á Babilonia, cuyos habitantes, llamados caldeos, se dedicaron al estudio de los astros. Asur edificó á Nínive, y dió principio al imperio de Asiria. A esta época se refieren tambien los principios de la monarquía y lejislacíon ejipcia, y construccion de las pirámides; pudiendo juzgarse de la rapidez de los progresos de la poblacion y de las luces. Pero estas, ilustrando la tierra, inspiraron á sus habitantes un orgullo que los cegó, y les hizo perder de vista la primera y mas importante de las verdades. Olvidaron á la Divinidad, abandonaron el culto espiritual por el culto material, y adoraron los ídolos que habian formado. Esta ceguedad fué causa de la vocacion de Abraham. Dios escojió á este piadoso descendiente de Sem para conservar su culto en un pueblo que fuese el depositario de él, y á quien destinaba para estenderle un dia sobre el mundo entero. La vocacion de Abraham sucedió el año 2083 del mundo 1921, antes de Cristo.



CAPITULO II.

TERCERA EDAD DEL MUNDO.

Abraham.—Nacimiento de Ismael.—Nacimiento de Isaac.—Sacrificio de Isaac.—Muerte de Sara.—Casamiento de Isaac.—Muerte de Abraham.—Nacimiento de Jacob y de Esaú.—Nacimiento de José.—Asesinato de los siquemitas.—Nacimiento de Benjamin.—Infortunio de José.—Sueños de Faraon.—Reconocimiento de José y sus hermanos.—Muerte de Jacob.—Muerte de José.

ABRAHAM.

(Año del Mundo 2083.—Antes de Cristo 1921.)

La jenealojía de Abraham es la siguiente: Sem, Arfaxad, Salé, Hebert, Faleg, Reú, Sarax, Nacor, Taré, y Abraham. Taré, habitaba en Ur, tierra de los caldeos: salió de ella con Abraham su hijo, Sara su nuera, y Lot su nieto, hijo de un hermano de Abraham, y se estableció en Haran, donde murió de doscientos treinta y cinco años. Dios mandó á Abraham que dejase su patria, y fuese al pais que le señalase, prometiéndole que le haria padre de un pueblo célebre, que lo bendeciria, y maldeciria á sus enemigos, y que todos los pueblos de la tierra serian benditos en él. Abraham, entonces de edad de setenta y cinco años, obedeció y pasó á Siquen, ciudad de los cananeos, descendientes de Canaam, hijo de Cam. Dios prometió á Abraham que daria este pais á su posteridad. El patriarca estableció sus tiendas en una montaña, cerca de Bethel, se encaminó al Mediodia, y á causa de la esterilidad de aquella tierra, pasó á Ejipto, donde temiendo que la belleza de su mujer le causase persecuciones, dijo que era su hermana. El rey de Ejipto, viendo que era tan hermosa se la robó: delito que fué castigado por el cielo, y repara-

do por el mismo delincuente, que devolvió su mujer á Abraham con grandes regalos, quejándose de su disimulacion. Abraham volvió á Bethel, y se estableció allí: su sobrino Lot se separó de él porque aquella tierra no daba pastos suficientes para los rebaños de uno y otro, y se fijó en Segor, cerca de las riberas del Jordan.

Los reyes de Sodoma, Gomorra, Adama, Seboim y Segor, ciudades cananeas, eran á la sazon tributarios de Codorlahomor, rey de los elamitas, tribu que habitaba al Oriente del Tígris, y descendientes de Elam, hijo de Sem. Habiéndole negado el tributo, Codorlahomor los acometió y venció, y se llevó un riquísimo botin. Entre los cautivos iba Lot con su familia y bienes. Abraham para librarle, reune los mas valientes de sus siervos, ataca al vencedor, le derrota, le persigue hasta Dam, le quita el botin y liberta á su sobrino. Volviendo victorioso, Melquisech, rey y pontífice de Salen, le bendijo en nombre del Señor, y Abraham le dió la décima parte del botin que habia quitado á los elamitas.

NACIMIENTO DE ISMAEL.—(A. M. 2107.—A. C. 1897.) Dios renovó sus promesas á Abraham y le anunció que tendria un hijo: poco despues tuvo de su esclava Agar á Ismael, descendiente de los árabes. Abraham, circuncidó á su hijo Ismael, á todos los niños varones de sus criados y esclavos y á sí mismo, en señal de la alianza establecida entre su familia y el Señor. Los ánjeles anunciaron á Sara, que tendria un hijo.

Estos ánjeles, revestidos de forma humana, habiendo llegado á Sodoma fueron recibidos por Lot, que hizo los mayores esfuerzos para ponerlos á cubierto de los ultrajes de que estaban amenazados por los infames habitantes de aquella impía ciudad. Dios, para castigarla, hizo descender del cielo una lluvia de fuego sobre Sodoma, y sobre Gomorra, Seboima, Agama y Segor, tan perversas como aquella. El ánjel mandó al justo Lot que saliese de aquel pais con su familia, sin volver ninguno los ojos á aquellas ciudades proscritas. La mujer de Lot desobedeció, y fué convertida en estátua de sal. Sus hijas, que acompañaban á su padre en la fuga, creyeron despoblada la tierra con el incendio de Sodoma: cometieron un crímen enorme: quisieron ser madres y embriagaron á su padre para que no se resistiese

al incesto que meditaban. Sus hijos fueron Moab y Amnon, ascendientes de los moabitas y amonitas.

NACIMIENTO DE ISAAC.—(A. M. 2108. —A. C. 1896.) Abraham pasó á Jerara, ciudad cananea, de perversas costumbres: y temiendo que le matasen para quitarle su mujer, la llamó hermana, como habia hecho en Ejipto sucediéndole el mismo fracaso, porque Abimelech, creyendo que Sara no era mas que hermana de Abraham la robó; y.... advertido en un sueño de la injuria que hacia al santo patriarca, le reprendió su disimulacion, y la devolvió con muchos presentes.

En fin la promesa divina se cumplió, y Sara, mujer de Abraham, tuvo el hijo anunciado por los ánjeles. Diósele por nombre Isaac. Sara llevaba á mal la presencia de Agar, y Abraham por aviso del Señor la desterró con su hijo, de su casa al desierto, donde fueron afligidos por el hambre, la sed, y el cansancio; pero las oraciones de Agar fueron oidas de Dios, y un ánjel la consoló y proveyó á su mantenimiento. Ismael creció y fué el mas diestro cazador y escelente flechero. Su madre le casó con una ejipcia, y su familia habitó en el desierto de Faran.

En este tiempo hubo algunas desavenencias entre los criados de Abimelech y de Abraham que se terminaron por un tratado de alianza entre los dos, el mas antiguo de que hay memoria: se abrió un pozo y se plantó un bosque para conservar su recuerdo: los dos jefes hicieron regalos, y Abraham vivió por muchos años en aquel pais bajo la fé del tratado.

SACRIFICIO DE ISAAC.— (A. M. 2133.—A. C. 1871.) Su piedad habia sido recompensada hasta entonces con una felicidad no alterada; pero queriendo Dios probarle, le mandó sacrificar á su hijo sobre una montaña que le señaló. Habiendo llegado al sitio, erijieron un altar y lo cubrieron de leña. «¿Dónde »está la víctima?» preguntó Isaac, que igoraba la órden del Señor. «Dios proveerá» respondió el padre, y ató á su hijo y levantó sobre él el cuchillo para degollarlo. Un ánjel le detuvo el brazo, diciéndole: «No es»tiendas tu mano sobre ese niño: »Dios ha visto cuánto le temes; »pues por obedecerle no has »perdonado á tu hijo unijénito.» Abraham vió cerca de allí un carnero cuyas astas se habian

enredado entre los zarzales, le cojió y le sacrificó en lugar de su hijo. El ánjel renovó las antiguas promesas, diciéndole: «Todas las naciones de la tierra »serán benditas en el que des»cienda de vosotros, porque has »obedecido á la voz del Señor.»

Muerte de sara.—(A. M. 2145.—A. C. 1859.) A poco tuvo Abraham el dolor de perder á Sara, que murió á la edad de ciento veintisiete años en Ebron, en el pais de Canaam. Su marido la lloró y pidió á los cananeos que le vendiesen un terreno para sepultarla. Efron, hijo de Seor, quiso regalarle un campo y una caberna que en él tenia; pero Abraham no consistió en ello sino lo compró en cuatrocientos siclos (1) de plata, y enterró allí á su esposa en una caberna.

Casamiento de isaac.—(A. M. 2148.—A. C. 1856.) Viéndose ya muy anciano Abraham, resolvió casar á su hijo, é hizo jurar á Eliecer, criado el mas antiguo de su casa, que nunca permitiria que Isaac tomase por esposa á una cananea, y que iria á buscar la que habia de ser su nuera á la tierra adonde habitaba aun la familia del patriarca. El criado obedeció las órdenes de su amo y partió á Mesopotamia donde suplicó al Señor que viniese al sitio donde se hallaba la destinada esposa de Isaac. Su ruego fué oido; y Rebeca, hija de Batuel y sobrina Abraham, *moza de muy buen parecer y virjen muy hermosa*, vino á sacar agua de una fuente cercana. Pidióla el criado que le diese de beber, lo cual hizo Rebeca con mucho agrado, prometiéndole dar agua para toda su comitiva y camellos. Eliecer, en prueba de gratitud, la regaló zarcillos y braceletes de oro. Rebeca dió aviso á su madre de este encuentro, y su hermano Laban, hijo de Batuel, vino para dar ospitalidad al criado. Este pidió la mano de la doncella para su primo Isaac, y le fué concedida, y la condujo al pais de Canaam, donde se celebraron las bodas.

Muerte de abraham.—(A. M. 2183.—A. C. 1821.) Abraham, aunque viejo, casó con una jóven llamada Cetura, de la cual

(1) Siclo, moneda de plata de los hebreos: tambien se distinguia en *siclo del santuario* y *siclo de la congregacion*: el primero valia cuatro *mezuzas* hebreas ó *dracmas* áticas, y correspondia al *real de á cuatro* de Castilla: el segundo valia la mitad. Del primero, tenemos un ejemplar en nuestro gabinete numismático, ecsistente en la Biblioteca Nacional de Madrid.

tuvo varios hijos, entre ellos á Madian, ascendiente de los madianitas, nombró á Isaac por su heredero, hizo mandas á los hijos de las otras mujeres, y los envió á establecerse en la parte oriental del pais. Habia conservado en su vejez la felicidad y la salud, y cuando llegó á la plenitud de sus dias, segun la espresion de la Escritura, murió de edad de ciento setenta y cinco años.

Isaac é Ismael sus hijos, le llevaron á la caberna de Efron, hijo de Seor Hetheo, y le enterraron junto á su esposa Sara. Abraham floreció en la época que Inaco fundaba en Grecia el reino de Argos.

No trataremos de hacer reflecsion ninguna sobre lo que puede aparecer de estraño é inesplicable en la historia de Abraham; la filosofia debe respetar las tradiciones sagradas, y seria imprudente si emplease su crítica sobre los libros santos. Por lo mismo nos limitaremos á hacer algunas observaciones morales sobre la vida de este grande hombre, escojido para ser la estirpe y el padre de todos los creyentes. Enmedio de pueblos corrompidos conservó este varon piadoso las costumbres patriarcales; y testigo del lujo de los reyes, vivió sencilla y pastoralmente. La vida humana era todavia de larga duracion. Segun la Escritura, cuando Abraham era niño acababa de morir Noé, y Sem vivia aun. A pesar de las memorias que debian conservarse de las jeneraciones recientes, las leyes divinas estaban olvidadas, y la idolatría cegaba á los pueblos. La descendencia de Abraham fué elejida para libertar del olvido el culto espiritual. Abraham fué siempre célebre en el Oriente. Los hebreos, cuyo nombre fué tomado de Heber, ascendiente del patriarca, y los árabes le veneraron como á padre comun, y los caldeos, entre los cuales nació, le contaron entre sus grandes astrónomos. Aunque pastor, supo hacer la guerra, defender su independencia, y favorecer á sus aliados. Respetado por sus virtudes, trataba con los reyes como un igual suyo.

No podemos tener mas que unas nociones imperfectas de los acontecimientos de tan remotos siglos; pero no queda duda que el nombre de Abraham ha atravesado los tiempos, y ha sido venerado siempre entre los hombres.

ISAAC, JACOB Y JOSE.

Nacimiento de Jacob y Esaú. —(A. M. 2178.—A. C. 1836.) Estando Rebeca en cinta de Jacob y de Esaú, predíjola el Señor que los dos niños serian padres de dos pueblos, cuyas divisiones serian largas y crueles, y que el mayor serviria al menor. Nacieron los dos jemelos: Esaú fué cazador, y Jacob pastor. Esaú, ostigado un dia del cansancio y del hambre, vendió su derecho de primojénito á Jacob por un plato de lentejas: y empezó de este modo á verificar la prediccion hecha á su madre.

Isaac viajaba como su padre, por huir de los paises estériles, á otros donde había subsistencia para su familia y rebaños. Por algun tiempo habitó en los estados de Abimelech, rey de Jerara, donde imitó á su padre, y por la misma causa, en llamar á su mujer hermana; y cuando el rey supo la verdad le reprendió amistosamente. En aquel pais se aumentaron considerablemente las riquezas de Isaac; y el mismo Abimelech, temeroso de su poder, le mandó ausentarse: mas esta desavenencia se terminó por un tratado de alianza que celebraron el patriarca y el rey. Esaú, contra la voluntad de su padre, casó con Judit y Basemath, hijas de dos eteos, que era una de las tribus descendientes de Canaam. Isaac, siendo ya muy viejo, cegó, y viendo ya cercano su fin, quiso dar su bendicion á Esaú, y le mandó que trajese alguna caza y la aderezase para comerla. Jacob, por consejo de su madre Rebeca, se puso los vestidos de Esaú y finjió con pieles de cabra el bello que este tenia en las manos. Isaac, creyéndole Esaú, le dió su bendicion, á la cual estaban ligados todos los derechos de primojenitura. Cuando volvió Esaú de la caza, se quejó amargamente del engaño: Isaac, que reconoció la voluntad divina en lo que habia hecho, le consoló, le bendijo, y le pronosticó que aunque su descendencia se someteria á la de su hermano, vendria un tiempo en que sacudiria el yugo. Esaú irritado, meditaba el crímen de Cain: Jacob siguió el consejo de su madre Rebeca, y buscó un asilo en casa de su tio Laban en Mesopotamia. En el camino vió una noche una *escala mística, cuyo pie estaba sobre la tierra, y su remate tocaba en el cielo, y tambien ánjeles de Dios que subian y bajaban por ella.* El Señor le renovó en esta

vision las promesas hechas á su padre y abuelo, y le anunció que lo protejeria y restituiria á la tierra de Canaam. Jacob al despertar erijió un monumento en aquel sitio, y llamó á la ciudad cercana Bethel, que quiere decir casa de Dios, y antes se llamaba Luza.

Llegó al pais de Harán, y enamorado de Raquel, hija de Laban, su tio, la pidió en casamiento. Laban se la concedió; pero á condicion de que le sirviese siete años. Cumplido este término, le entregó á Lia, su hija mayor, en lugar de Raquel, la cual no pudo obtener sino despues de haber servido otros siete años á Laban. Nos abstenemos de hacer comentarios sobre este hecho, y lo dejamos á la consideracion de los lectores.

Hijos de Lia fueron Ruben, Simeon, Leví, y Judá: de Balá, esclava de Raquel, Dam y Neftalí: de Celfa, esclava de Lia, Gat, y Asér: de Lia, que despues de algun tiempo de esterilidad volvió á ser fecunda, Isacar, y Zabulon, y una hija llamada Dina.

Nacimiento de Jose.—(A. M. 2258.—A. C. 1746.) El Señor oyó los ruegos de Raquel, que hasta entonces habia sido estéril, y tuvo un hijo llamado José.

Queriendo Jacob volver á su pais, pidió á su suegro en recompensa de sus servicios, todo el ganado que naciese con manchas y colores variadas: y habiéndolo conseguido puso en los abrevaderos ramos de árboles verdes á medio descortezar, y las hembras concibieron todos los fetos variados: lo que aumentó escesivameute su caudal. Partió despues para su pais con sus mujeres, hijos, esclavos, y rebaños. Laban quiso impedir su viaje, pero el Señor le mandó no hacer ningun daño á su yerno, y celebraron los dos un tratado de alianza, levantando para memoria de él un majano en la montaña de Galaad, *al cual llamó Laban, el Majano del testigo; y Jacob el Monton del testimonio, cada uno segun la propiedad de su lengua.* (Gen. cap. XXXII, v. 47.)

Ignorando Jacob de qué modo le recibiria su hermano Esaú, le envió grandes regalos, y los conductores á su vuelta le dijeron que Esaú habia determinado salir á recibirle al frente de cuatrocientos hombres. Jacob, atemorizado, atravesó el vado de Jabóe, hizo marchar delante su carabana y pasó la noche en aquel sitio luchando con un hombre misterioso, que no pudiendo

derribarle, *tocó el nervio de su muslo, y le dejó cojo*. Mas ni aun de este modo pudo libertarse de los brazos de Jacob, hasta que le echó su bendicion, y trocó su nombre en el de Israel, que quiere decir *fuerte contra Dios*. Esaú recibió á su hermano con todo amor y ternura, se juraron eterna amistad y se separaron, Esaú á Séir y Jacob á Socoth, y despues á Salém.

Jacob, cuya vida habia sido ajitada con tantas calamidades y peligros, tuvo entonces una desgracia que le afligió profundamente. Siquen, hijo de Emor, príncipe de aquella tierra, violó á Dina, hija de Jacob, y ecsijió despues de este crímen, que el padre consintiese en casarla con él. Los hijos de Jacob, disimulando su enojo, le dijeron que su relijion les proibia dar sus hijas, ni hacer alianza con los incircuncisos; pero que si se circuncidaban Siquen y sus súbditos, accederian á su peticion y se daria un dote considerable á Dina. Los siquemitas se sometieron á esta condicion, y tres dias despues, cuando estaban enfermos de resultas de la operacion, los hijos de Jacob, Simeon y Leví, tomaron las armas, entraron en la ciudad, recobraron á su hermana, y en venganza de la injuria degollaron á todos los habitantes. Jacob reprendió ágriamente á Leví y á Simeon, caudillos de la empresa, una crueldad que le indisponia con los pueblos de aquel pais, y tuvo que emigrar á Bethel con toda su familia. De allí pasó á Efrata, donde murió Raquel, dando á luz á Benjamin, y fué enterrada en un lugar que despues se llamó Bethlehem. Jacob erijió junto al sepulcro de la mas amada de sus mujeres un monumento de piedra, que en tiempo de Esdras se conservaba todavia. Al mismo tiempo sufrió Jacob otro pesar, y fué el haber dormido su hijo mayor Rubén con Balá, una de sus concubinas. Jacob y Esaú fueron á Ebron á asistir á la muerte de su padre Isaac, que murió de ciento ochenta años de edad. Fué enterrado por sus dos hijos.

INFORTUNIOS DE JOSE.—(A. M. 2276.—A. C. 1728.) La vida de Jacob fué en lo sucesivo un perpétuo combate entre la virtud y la desgracia. Su hijo José, odioso á sus hermanos porque con el candor propio de la niñez habia descubierto algunas malas acciones de ellos, porque era objeto de la predileccion de Jacob, y mas que todo, porque les contaba los sueños que tenia y

que anunciaban los omenajes que ellos le habian de tributar, resolvieron matarle un dia que vino á buscarlos á Dotain, donde apacentaban sus ganados. Rubén los apartó de aquel mal propósito; se contentaron, quitándole la túnica, con meterlo en una cisterna seca, de donde le sacaron despues para venderlo á unos mercaderes ismaelitas, que llevaban aromas á Ejipto, en veinte monedas de plata. Despues destrozaron su túnica, la tiñeron en sangre de un cabrito y la presentaron á su padre diciendo que José habia perecido á manos de una fiera. Este pesar, y los desórdenes de Judá su hijo, y de sus nietos Er y Onan, aflijieron la vejez de Jacob.

Entretanto José, vendido en Ejipto á Putifar, jeneral de las tropas de Faraon, requerido de amores por la esposa de este magnate y acusado por ella del mismo crímen a que se habia resistido, fué echado en una cárcel. El rey, enojado contra su copero y panadero, los mandó poner en la misma prision. José les interpretó el sueño que habia tenido cada uno, favorable al primero y funesto al segundo. El suceso justificó sus predicciones; el panadero salió para el suplicio, y el copero volvió á recobrar su empleo en palacio.

Sueño de Faraon. — Faraon soñó en este tiempo que veia salir del Nilo siete vacas gordas, y luego otras siete flacas que devoraron á las primeras, y tambien siete espigas granadas que fueron devoradas por otras siete delgadas y picadas de tizon. Ninguno de los sabios y adivinos de Ejipto pudo interpretar el sueño. El copero se acordó del esclavo que habia esplicado el suyo, y le contó el suceso al rey, que mandó venir á José á su presencia; le dijo su sueño y le pidió la interpretacion. José le respondió que el sueño era un aviso de Dios, que anunciaba siete años de fertilidad en Ejipto, á los cuales se seguirian otros siete de escasez; y aconsejó á Faraon que elijiese para administrador de su reino un hombre hábil é industrioso, y que hiciera acopio en los años fértiles para impedir el hambre en los de esterilidad.

José gobernador de Ejipto.— (A. M. 2286.—A. C. 1718.) Admirando Faraon la sabiduría del jóven hebreo, y persuadido á que hablaba inspirado por el espíritu divino, le hizo vestir magníficas ropas, le dió su anillo y le nombró gobernador de Ejipto. Al mismo tiempo le col-

mó de honores, y le casó con Aseneth, hija de Putifar, sacerdote de Heliópolis, de la cual tuvo dos hijos, llamados Efrain y Manasés.

La prediccion de José se cumplió. Despues de siete años fértiles, toda la tierra fué desolada por el hambre, esceptuando el Ejipto, donde la prevision del gobernador habia almacenado inmensos acopios de trigo, que venian á comprar de todos los paises del Oriente. Como en la tierra de Canaam se sentia la misma escasez, Jacob, conservando á su lado á Benjamin, envió á Ejipto á sus diez hijos para que comprasen granos. Llegados á la presencia del gobernador, José que los reconoció, los recibió con severidad y finjió creer que eran espias. Ellos se disculparon, diciendo que eran hermanos, hijos de un mismo padre que habitaba en la tierra de Canaam; y que de otros dos hermanos uno habia muerto, y otro se habia quedado en la casa paterna. José aparentó dudar de la verdad de esta narracion y los tuvo en prision tres dias, al cabo de los cuales les dijo: «Si habeis »venido á Ejipto con buenas »intenciones, dejad en reenes á »uno de vosotros, llevad á vues»tra casa el trigo que habeis »comprado, y traedme á vuestro »hermano menor: entonces cree»ré vuestras palabras.» Los hermanos de José partieron, y al llegar á casa de Jacob, quedaron sorprendidos de vér cuando desataron los costales, dentro de ellos las cantidades de dinero que habian dado en precio de los granos: y no podian esplicar cómo se les trataba á un mismo tiempo con tanto rigor y con tanta jenerosidad.

Cuando Jacob oyó de sus hijos la relacion de su viaje, esclamó: «José murió; Simeon está »preso, ¡y quereis llevarme á »Benjamin! Todas vuestras fal»tas han recaido sobre mí, y no »consentiré jamás en confiar á »vuestra imprudencia al mas jó»ven y querido de mis hijos; no »lo dejaré ir.» Pero en fin, despues de haber sufrido todos los males de la escasez, les mandó volver á Ejipto á comprar trigo, y á pagar las sumas del acopio pasado, y les permitió llevar á Benjamin. José mandó á su mayordomo preparar un convite para todos los hermanos, les devolvió á Simeon, y les dijo que él se daba por pagado del precio de los sacos anteriores, y que las sumas que habian hallado eran sin duda un beneficio de Dios.

José asistió al convite de sus hermanos, recibió sus omenajes, manifestó su predileccion á Benjamin, y no pudiendo contener su ternura, salió del banquete, y dió órden de que se pusiera en los sacos el precio del trigo como la vez primera, y además en el de Benjamin la copa de oro en que el gobernador acostumbraba á beber. Los hermanos partieron al otro dia; pero fueron detenidos y vueltos á la ciudad de órden de José: rejistrados los sacos, José les reprendió el robo de la copa, y les dijo que partiesen dejando en Ejipto á Benjamin por esclavo suyo. Los hijos de Jacob rasgaron sus vestidos, se echaron á los pies de José, le suplicaron permitiese á todos participar de la esclavitud de Benjamin. José replicó que habiéndole dado Dios la ciencia de las cosas ocultas, no le permitia obrar con injusticia, y que solamente castigaria á aquel en cuyo saco se habia cojido el hurto. Entonces Judá le dijo: «No »seais insensible á nuestros ruegos, señor! Nuestro anciano padre morirá, si no le restituimos »su hijo querido Benjamin; retenerle es matar á Jacob. Yo »mismo le prometí volverlo á su »presencia; y así, puesto que fuí »su fiador, yo solo debo ser tu »esclavo. Sea cual fuere tu resolucion, me quedo al lado de »Benjamin, para no ser testigo »de la afliccion de mi padre.» A estas palabras no pudiendo contener ya José sus afectos, mandó á sus oficiales que saliesen del cuarto, y dijo en alta voz á sus hermanos: «Yo soy José: ¿*vive »aun mi padre?*» Ellos amedrentados, callaron. Enternecido José de su terror y silencio, continuó con voz mas suave: «Acer»caos: yo soy José, vuestro her»mano: nada temais: si me ven»dísteis, Dios me ha traido á es»te pais para vuestro bien. Id á »mi padre y decidle en mi nom»bre que soy árbitro de Ejipto, »y que venga sin detencion á es»te pais, donde le daré á él y á »todos vosotros y á vuestras fa»milias y rebaños la tierra de »Jessen, para que habiteis en »ella, y os daré todo lo necesario »para vuestro alimento. Id, a»nunciad á mi padre la gloria en »que me habeis visto, y volved »pronto con él.» Abrazólos y despidiólos con la mayor ternura.

Los hermanos de José partieron á la tierra de Canaam, con granos, vestidos, dinero, y regalos magníficos. Jacob, sabiendo que José vivia, y estaba ensalzado á tan gran dignidad, co-

mo si saliese de un sueño, no queria creerlos. Al fin, asegurado de ello, esclamó: «Nada tengo que desear si vive mi José. »Iré, y le veré antes de morir.»

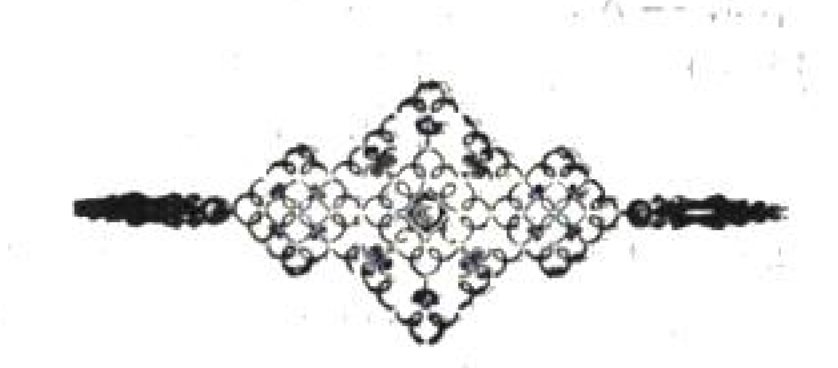
Partió Israel con toda su familia y hacienda, y las de sus hijos, á Ejipto, siendo el número de toda su familia setenta personas. José salió á recibir á su padre, le abrazó con la mayor ternura, y le aconsejó que dijese al rey que su profesion era de pastor, para que le permitiese ir á Jessen, sin detenerlo en la corte. Hízolo así, y partió para aquel pais con toda su familia. Como siguiese la escasez, los ejipcios para comprar trigo, hubieron de entregar al gobernador todo lo que poseian: pero José aconsejó á Faraon que les devolviese sus bienes, contentándose con recibir en calidad de tributo la quinta parte de las rentas, contribucion que pagaron desde entonces todas las tribus ejipcias, escepto la de los sacerdotes.

Muerte de Jacob.—(A. M. 2316.—A. C. 1688.) Jacob vivió diezisiete años en la tierra de Jessen, donde vió á su familia multiplicarse y enriquecerse estraordinariamente. Viendo acercarse su fin, pidió á José que no se enterrase su cuerpo en Ejipto, sino que se trasladase al sepulcro de sus mayores. José lo juró, y el patriarca terminó su vida á la edad de ciento cuarenta y siete años, habiendo adoptado antes de morir á Efrain y Manasés, hijos de José, reprendido á los demás hijos sus culpas, y predicho á Rubén el descaecimiento de su familia, y á Simeon y Leví la dispersion de las suyas; pero á Judá le profetizó que: «Jamás le seria quitado el cetro »hasta que viniese el que habia »de ser enviado para llenar la es»peranza de las naciones.» José, embalsamando el cadáver de su padre, mandó que se llevase luto en Ejipto por setenta dias, y acompañado de los oficiales y grandes de la corte, pasó á la tierra de Canaam, y enterró á su padre en la caberna que habia comprado Abraham. Volvió á Ejipto, vivió ciento diez años y vió hasta la tercera jeneracion de sus nietos.

Muerte de Jose.—(A. M. 2369. —A. C. 1695.) Antes de morir anunció á sus hermanos que el Señor los visitaria y los sacaria á la tierra de Canaam: y les mandó que conservasen su cadáver embalsamado y que lo tuviesen siempre enmedio de ellos. Despues de haber recibido sus promesas, espiró.

La vida de Jacob parece toda

entera representada por su lucha contra un ánjel; tuvo contínuamente que combatir contra la corrupcion que le rodeaba, y la desgracia que le perseguia. Su alma se fortificó con la virtud, y con esta triunfó de la adversidad. Pastor sencillo, recibió los omenajes que se tributaban á los reyes; y el nombre del patriarca ha llegado hasta nosotros tan brillante y mas puro que el de los mas famosos conquistadores. José es un modelo de todas las virtudes. Su paciencia en los trabajos, su fidelidad á su Señor, su moderacion en la prosperidad, de la cual no se sirvió sino para hacer feliz á su nueva patria, su mansedumbre y amor para con sus hermanos y el perdon jeneroso que les concedió, colmándolos al mismo tiempo de bienes, forman el cuadro del hombre verdaderamente virtuoso.



CAPITULO III.

Esclavitud de los hebreos. — Nacimiento de Moisés. — Su fuga á Ejipto. — Su vuelta. — Las plagas de Ejipto. — Partida de los israelitas. — Paso del mar Rojo. — El maná en el desierto. — El agua de la roca Horeb. — Cuarta edad del mundo, desde la ley escrita hasta el establecimiento de la monarquía hebrea. — Aparicion en el Sinaí. — Mandamientos de Dios. — El becerro de oro. — Lejislacion de Moisés. — Empadronamiento de los israelitas. — La serpiente de bronce. — La burra de Balaam. — Muerte de Moisés. — Orden de Dios á Josué. — Su muerte. — La profetiza Debbora, juez de Israel. — Jedeon, juez de Israel. — Sacrificio de Jepté. — Samson. — Su venganza. — Su muerte.

MOISES.

(Año del mundo 3433. — Antes de Cristo 1571.)

Esclavitud de los hebreos.— Habiéndose multiplicado escesivamente los hebreos en pocos años, los ejipcios, sospechosos de ellos, temian igualmente que permaneciesen en el reino ó que emigrasen. Habia en Ejipto un nuevo monarca, que no tenia para los israelitas las mismas consideraciones que su predecesor: este formó el bárbaro proyecto de impedir que se multiplicasen, los trató como esclavos, los obligó á los trabajos mas penosos, y les hizo que construyesen esos prodijiosos monumentos que atestiguan el poderío de los reyes de Ejipto y la servidumbre de sus vasallos. Pero viendo que se multiplicaban cada vez mas, á pesar de la miseria á que los habia reducido, mandó á las parteras que diesen la muerte á todos los israelitas varones que naciesen. Esta órden no se cumplió, porque aquellas mujeres temian mas á Dios que á Faraon. Entonces mandó arrojar al Nilo á todos los infantes varones. Una mujer de la tribu de Leví, no pudo resolverse á ejecutar esta órden cruel, y ocultó su niño por tres meses; pero temiendo al fin el castigo,

le espuso en el Nilo en una cestilla de juncos, y dejó á su hermana para que observase la suerte de aquella inocente víctima. Dios, que guardaba á este niño para grandes cosas, quiso que al mismo tiempo la hija de Faraon (que así se llamaban todos los reyes de Ejipto) llegase á aquel sitio para bañarse, encontrase la cesta, y enternecida por la hermosura del niño, resolviese salvarle. Mandó á sus esclavas que le buscasen una nodriza israelita: la madre, advertida por su hermana, acudió al momento y crió á su propio hijo. La princesa le dió el nombre de Moisés, que quiere decir *el libertado de las aguas*.

Su fuga a Ejito.—(A. M. 2483. — A. C. 1531.) Cuando Moisés fué de edad juvenil, se indignó del infortunio de sus compatriotas, y viendo un dia maltratado á uno de ellos por un ejipcio, peleó con este y le mató. Sabiendo que este asesinato se habia descubierto, huyó de Ejipto, y buscó un asilo en el pais de Madian. Allí defendió á las hijas de Jetro, sacerdote de aquel pueblo, contra los insultos de unos pastores: Jetro, en premio de esta accion jenerosa, le dió en matrimonio á Séfora, una de ellas.

Ocupado siempre de la desgracia de los hebreos, estaba un dia apacentando las ovejas de su suegro, en lo mas escondido del desierto, cuando se le apareció el Señor enmedio de una zarza que ardia y no se quemaba, y le mandó volver á Ejipto á anunciar á sus hermanos que iban á ser libres, y á decirles que él seria su conductor para guiarlos á la tierra de Canaam, cuya posesion se habia prometido á Abraham, Isaac, y Jacob. Le mandó además que se presentase al rey de Ejipto y le dijese: «El Señor ordena que los is»raelitas marchen al monte Ho»reb, y le ofrezcan allí un sacri»ficio.» Moisés, aterrado y creyéndose poco idóneo para tan gran mision, se escusó de ella, hasta que el Señor le prometió obrar prodijios en su favor; los obró allí mismo para alentar la desconfianza de Moisés, y le dió por asociado á su hermano Aaron. Moisés obedeció y partió á Ejipto con toda su familia.

Su vuelta a Ejipto.—Habiendo llegado á aquel reino, Aaron le salió al encuentro, como el Señor le habia anunciado: reunió los ancianos de Israel y les declaró la voluntad de Dios. Presentóse despues con su hermano á Faraon, que en vez de conceder el permiso para ha-

cer el sacrificio, oprimió á los israelitas con nuevas vejaciones. El pueblo jemia: Moisés estaba desanimado. El Señor le confortó y le mandó volver segunda vez al rey á hacer la misma peticion. Faraon, ostinado, ni reconoció la ecsistencia de Dios, ni creyó en las amenazas de Moisés. Aaron, habiendo cambiado á la presencia de todos, su vara en serpiente, los magos de Faraon imitaron este prodijio. En seguida transformó Moisés en sangre todas las aguas de los rios y arroyos de Ejipto, y el mismo milagro fué tambien reproducido por los májicos del rey, que insistió en su repulsa y en su incredulidad.

PLAGAS DE EJIPTO.—Entonces Moisés castigó sucesivamente al Ejipto con diferentes plagas. Esta comarca fué al principio cubierta de ranas, en seguida de mosquitos y moscas, que por todas partes infestaban el aire. A poco hizo perecer á todos los rebaños de Ejipto. Sus árboles y sus frutos fueron destruidos por un pedrisco espantoso. Todos los habitantes y animales se vieron llenos de úlceras. Los campos fueron desolados por bandadas de langostas, y espesas tinieblas cubrieron toda la comarca. Unicamente los sitios habitados por los israelitas se encontraban al abrigo de estos diferentes azotes.

Cada una de estas plagas aterraba al monarca, quien suplicaba á Moisés para que las hiciese cesar, prometiéndole la libertad de Israel. Pero muy luego volvia á caer en su endurecimiento, retractaba sus promesas, y no queria consentir la salida de Ejipto mas que á una parte de los hebreos.

En fin, el Señor manifestó su ira y su poder castigando al Ejipto con la última plaga, mucho mas terrible que todas las demás. Intérprete Moisés de la voluntad divina, dice á los israelitas: «El Señor va á castigar »de muerte á los primojénitos de »todos los ejipcios. Esta época »será la de vuestra libertad; y »este mes será en adelante el »primero del año para vosotros. »Pedid á los ejipcios ropas y »alajas y os las darán. Cada uno »de vosotros debe matar el dia »diez de este mes un cordero »sin mancha, macho de un año, »y un cabritillo de la misma »edad para su familia y su casa. »Y tomarán de su sangre, y pon»drán sobre los dos postes, y »sobre los dinteles de las casas »en que lo comieren. Tambien »preparareis pan sin levadura.

»La noche del dia decimocuarto »comereis todos estos panes y »corderos, de pie, ceñidos los »lomos, con zapatos en los pies, »y báculos en las manos. Y en »adelante, en la misma época »habrá todos los años igual so»lemnidad para consagrar el re»cuerdo de los beneficios del Se»ñor, de vuestra libertad y de »vuestra salida de Ejipto. Esta »misma noche pasará el Señor »al pais y herirá á los ejipcios, »y luego que viere la sangre en »el dintel y en los postes, pasará »á la puerta de la casa, y no de»jará al castigador entrar en »ella y hacer daño.» Cumplióse esta terrible amenaza: la noche del dia catorce perecieron todos los primojénitos de Ejipto desde el hijo del rey hasta el mas pobre pastor. Todo el Ejipto arrojó un grito doloroso: Faraon, consternado, llamó á Moisés y Aaron, y permitió al pueblo que pasase al desierto.

Partida de los israelitas.—(A. M. 2513.—A. C. 1491.) Los israelitas, en número de seiscientos mil hombres, sin contar los niños, salieron de Ejipto á pie bajo las órdenes de los dos profetas, con sus bienes y rebaños, y con los préstamos que les habian hecho los ejipcios. Moisés tenia entonces ochenta años. Los viajes del pueblo hebreo en el pais de Canaam y su esclavitud en Ejipto habian durado cuatrocientos años.

Siguiendo Moisés las órdenes del Señor, no condujo el pueblo ácia el pais de los filisteos porque temia que aterrado con la guerra sangrienta que habria que sostener, se quisiese volver á Ejipto: marchó pues de Ramases á Sócoth ácia el mar Rojo, llevando las reliquias de José; precedido durante el dia por una columna de nubes, y por la noche con otra de fuego que les sirvieron de guias en toda la peregrinacion. Moisés mandó segunda vez á los israelitas que comiesen durante siete dias los panes sin levadura, y los corderos sin dejar nada de ellos, proibiendo admitir ningun incircunciso á este banquete que tomó el nombre de *Jase* ó *Pascua,* que quiere decir *paso del Señor*. Ordenó además consagrar á Dios los primojénitos de hombres y animales, en memoria de los portentos obrados en Ejipto para salvar á Israel. Faraon, arrepentido de haberle dado libertad, marchó á su alcance con un poderoso ejército.

Paso del mar rojo.—Los israelitas, consternados preguntaron á Moisés: «si no habia bas-

»tantes sepulcros en Ejipto, y »por qué los habia traido donde »todos pereciesen en un mismo »dia.» Moisés respondió á estas quejas con nuevos prodijios. Estendió su vara sobre el mar Rojo, cuyas aguas se dividieron para abrir paso al pueblo de Dios: los ejipcios le persiguieron por el mismo camino: Moisés estiende de nuevo su vara, y las dos montañas de ondas que se habian elevado para formar el paso, cayeron sobre el ejército enemigo y lo sepultaron con su monarca.

Moisés celebró esta victoria con la composicion lírica mas antigua que se conoce. María, su hermana, y las mujeres israelitas la cantaron bailando al son de los instrumentos. El carácter de su poesía es sublime y dramático y lleno de la inspiracion que caracteriza á la profecía. Algunas frases bastarán aquí para dar una justa idea del espíritu de aquel tiempo y de la poesía mosáica: «Cantemos imnos al »Señor porque ha manifestado su »gloria y su grandeza y ha precipitado en el mar al caballo y »al caballero.

»El señor es mi fortaleza y el »objeto de mis alabanzas, por»que ha sido mi salvador, él es »mi Dios, y yo publicaré su glo»ria: él es el Dios de mi padre, »y yo ensalzaré su grandeza.

»El Señor se ha presentado »como un varon guerrero; su »nombre es el *Todopoderoso*.

»Los carros de Faraon y su »ejército han sido sumerjidos en »las aguas; y sus príncipes mas »esclarecidos se han sumerjido »en el mar Rojo.

»Los abismos los cubrieron, »y como una piedra descendie»ron á lo profundo.

»Tu diestra, oh Señor, se ha »señalado, y ha manifestado su »fuerza; tu diestra, Señor, ha »herido al enemigo de tu pue»blo.

»Y con la grandeza de tu omni»potencia y de tu gloria has derri»bado á tus adversarios; enviás»teles el fuego de tu cólera »que los ha devorado como una »paja.»

Los israelitas penetraron en el desierto del Sur, donde al cabo de algunos dias de marcha, aflijidos de la sed, no encontraron agua sino en un lugar llamado *Mara*, pero incapaz de beberse por su amargura. Moisés la endulzó arrojando en ella el tronco de un árbol, que le mostró el Señor.

El mana en el desierto.— Quince dias despues que el pueblo habia llegado á Elim, encon-

tró doce fuentes y setenta palmeros; pero habíase agotado el pan, y los víveres faltaban: entonces principiaron las murmuraciones y el pueblo echaba muy de menos las ollas de Ejipto. Despues de haberles reprendido Dios su ingratitud, operó un nuevo prodijio en su favor. Innumerable multitud de codornices cubrieron el campo, y el Señor hizo caer del cielo una cosa menuda á manera de elada nutritiva, que los hebreos llamaron *Maná*. Este don del cielo no faltó á los israelitas en los cuarenta años que viajaron por el desierto, escepto los sábados que no caía, porque estaba consagrado este dia, como lo habia prescripto Moisés, al descanso y al culto del Señor.

El agua de la roca de Horeb. —Los Israelitas continuaron su marcha. Tres meses despues de haber entrado en el desierto y encontrándose cerca de Rafidin, sufrieron otra nueva sed. Este pueblo incrédulo é indócil, dudó de la proteccion del Señor y de su poder, y censuró con ingratitud á Moisés por haberlos sacado de un pais fértil para hacerlos morir en un desierto. Moisés recurrió al Señor, que le dijo se acercase á la montaña de Horeb, con los ancianos, y que tocase con su vara á la roca. Hízolo, y se vió salir de ella una vena abundante que refrijeró al pueblo.

En aquella costa del mar Rojo habitaban los amalecitas, pueblo descendiente de Esaú, y fueron á atacar á los hebreos. Moisés, sentado sobre la montaña elevó las manos ácia Dios para implorar su socorro. Mientras que Moisés tenia los brazos levantados ácia el cielo, Israel tenia la ventaja; y cuando los bajaba, la fortuna favorecia á los amalecitas. Notando esto Aaron, sostuvo los brazos levantados á Moisés; y por este medio los hebreos, acaudillados por Josué, consiguieron una completa victoria sobre Amalec y destrozaron su ejército.

Jetro, suegro de Moisés, vino á Rafidin á felicitarlo por los prodijios de que habia sido instrumento, y antes de volverse á su casa le aconsejó sabiamente que se limitase á las funciones de sacerdote y lejislador, y que dividiendo el pueblo en secciones nombrase jueces para administrar la justicia en cada una; reservándose los casos de mayor entidad. Moisés adoptó este consejo y se libertó de un trabajo inútil y superior á sus fuerzas.

CUARTA EDAD DEL MUNDO DESDE LA LEY ESCRITA HASTA EL ESTABLECIMIENTO DE LA MONARQUIA HEBREA.

APARICION EN EL SINAI: LEY ESCRITA. — Apenas llegaron los israelitas al pie del Sinaí, mandó Dios á Moisés y á Aaron que les dijesen: «Ya habeis visto lo »que he hecho á los ejipcios, y »de la manera que os he traido cual el águila que bajo sus »alas conduce á sus polluelos. Si »pues, escuchas mi voz, y con»servas mi alianza, el único se»rás de todos los pueblos que yo »posea como mi propio bien; por»que toda la tierra me pertene»ce. Tú serás mi reino, y un rei»no consagrado al sacerdocio;— »tú seras la nacion santa.»

En seguida les anunció Moisés que el Señor se mostraria á ellos en el seno de las nubes sobre la cumbre del monte Sinaí. Mandóles que plantasen un valladar al pie de la montaña, y les previno que los que se atreviesen á traspasar estos límites serian castigados de muerte.

En el dia señalado, una espesa nube cubrió al Sinaí. Enmedio de los fuegos y de los relámpagos que brillaban en el cielo, y en el intervalo del trueno que retumbaba, se oyó la voz de Dios llamar á Moisés y á Aaron desde la cima de la montaña. El pueblo de Israel, que cubria toda la llanura, habiendo escuchado el sonido de la voz de Dios que hablaba á Moisés, se penetró de terror; y cuando el profeta bajó de la montaña le suplicaron pidiese al Señor que no volviesen á escuchar su voz formidable, cuyo eco no podian sufrir.

MANDAMIENTOS DE DIOS.—Vueltos Moisés y Aaron de la montaña, refirieron al pueblo los mandamientos de Dios y las leyes que prescribia á Israel. Estos mandamientos que los hebreos habian oido dictar á Moisés por el mismo Dios, contienen los principios de toda la moral, y harian inútiles todas las otras leyes para los hombres que se atuviesen á ellos esactamente, pues nos proiben la idolatría, todos los crímenes, y nos enseñan nuestros deberes. El pueblo de Israel juró la observancia de los mandamientos, construyó dos altares de piedra al pie del monte Sinaí y sacrificó víctimas al Señor. De este modo solemnizó Moisés esta memorable alianza de Dios con su pueblo.

Siendo Moisés llamado de nuevo á la montaña por el Señor, dejó á Hur y á Aaron la

direccion de los hebreos. Subió, penetró en la oscuridad que la cubria, se acercó á la llama que se veia brotar; y despues de haber estado cuarenta dias en presencia del Señor, bajó con dos piedras en donde estaban escritas todas las leyes que debian rejir en adelante al pueblo de Israel.

El becerro de oro.—La larga ausencia de Moisés hizo creer á los hebreos que ya no le volverian á ver. Este pueblo indócil y lijero, olvidando los beneficios del Señor, se sublevó contra su poder. Infiel al juramento que acababa de prestar, quiso crear se otro dios. Como habia visto á los ejipcios adorar al buey Apis, obligó á Aaron á que les hiciese un becerro de oro. Para ello dieron los israelitas todas sus alajas; y luego que estuvo fabricado, lo adoraron, y celebraron esta solemnidad con cánticos y bailes.

Moisés, al bajar con Josué de la montaña, creyó al principio que el ruido era acaso causado por un ataque del enemigo; pero cuando al acercarse vió aquella fiesta impía, penetrado de indignacion, tiró y rompió las piedras en que el mismo Dios habia escrito sus leyes. Separando en seguida á los hijos de Leví de las otras tribus, porque los encontró fieles, los alentó y los dió armas; y poniéndose á su cabeza, entró en el campamento, rompió el ídolo, y degolló cerca de veinte mil israelitas.

Espantados los hebreos, se prosternaron y pidieron á Moisés los reconciliase con el Señor. Penetrado Moisés de su arrepentimiento, aplacó la cólera de Dios que ya queria destruir á todos los hebreos, y crearse otro pueblo. Confirmó pues las primeras promesas hechas á Jacob, y renovó su alianza. La tribu de Leví fué esclusivamente consagrada á su culto y al sacerdocio, y Moisés trajo al pueblo otras nuevas losas escritas con sus leyes.

La lejislacion de Moisés es el monumento mas notable que nos ha conservado la antigüedad. Ella nos ofrece el admirable cuadro de un pueblo aislado de los otros pueblos, relegado en un desierto, sometiéndose á un gobierno puramente teocrático, conducido, ilustrado, y rejido, no por esos reyes que se dicen representantes de Dios, sino por Dios mismo; no recibiendo leyes, ni por tradicion, ni en pedazos, sino un código completo, hecho de una sola vez, y conteniendo detalladamente todas las leyes relijiosas, políticas, civiles, rura-

les, penales, y hasta los reglamentos de policía, de administracion y de disciplina.

Esta inconcebible obra llevó la moral enmedio de la corrupcion, produjo la luz en un siglo de ignorancia, y arrojó la civilizacion en el fondo de los desiertos.

La ley de los judios impone la muerte á todo homicida, aunque sea un animal irracional. El mismo castigo impone á la idolatría, la hechiceria, el rapto, el sacrilejio, el mal tratamiento de los padres, y la venta de un hombre libre. A los demás crímenes se aplica la pena del talion. Al robo, la restitucion múltipla segun los casos. La ospitalidad de los estranjeros era entre ellos de precepto rigoroso, en memoria de la que sus padres recibieron en tierra estraña. Por una ley rigorosa se les mandó esterminar á todos los habitantes de Canaam, y les proibió todo enlace y trato con ellos. Se les vedó la usura entre sí mismos. Un esclavo debia adquirir su libertad al cabo de siete años, y en el mismo término debian volver las propiedades enajenadas á sus antiguos poseedores: los frutos de la tierra en siete años se debian dar á los pobres. Se establecen castigos severos contra el testigo falso y el juez prevaricador: indemnizacion bien graduada por la violacion de los límites y los perjuicios causados: en fin, se impone la obligacion de socorrer y hacer bien al enemigo. Las leyes relijiosas debian ser la parte principal en un gobierno teocrático. Este código relijioso prescribe no solamente la celebracion de la pascua, del sábado y de todas las fiestas y ceremonias que deben observarse, sino los deberes de los sacerdotes y las reglas que hay que seguir para la eleccion de los pontífices: ordena tambien todo lo relativo á las formas mas minuciosas á esta ceremonia, todo lo concerniente al trato de los sacerdotes, su manera de vivir, sus horas de oracion, la eleccion de las víctimas, el jénero de purificacion para todos los estados de impureza, el de las espiaciones para todo jénero de delito: en fin, separa cuidadosamente los animales puros de los impuros, aquellos de que se deben abstener y de los que pueden servirse para el alimento y los sacrificios. Como Dios habia anunciado que las tablas de la ley deberian estar encerradas en un arca y un tabernáculo, que se colocarian al frente del campamento; que él mismo estaria oculto en una nube,

cubriendo á esta arca y á este tabernáculo, y que serviria de guia á su pueblo, gran parte del código se consagró á los detalles y forma de esta arca y sus ornamentos, así como á todos los materiales que deberian servir para su construccion.

Encabezamiento de los israelitas.—Luego que este código estuvo acabado, renovó Dios la alianza con su pueblo y ordenó su encabezamiento. El ejército de Israel, compuesto de diversos bandos, segun su clase y familia, fué de seiscientos tres mil quinientos cincuenta hombres, sin contar los levitas que ascendian al número de veintidos mil.

Despues de haber renovado la alianza y hecho el censo, se colocaron las tablas de la ley en el arca, que Moisés confió á la custodia de los levitas; y el mismo Dios, envuelto en una nube, se colocó sobre el arca como lo habia prometido.

A pesar de la presencia del Eterno, de la publicacion de sus leyes, y de la renovacion de sus promesas, volvieron las murmuraciones de los israelitas con motivo de la falta de alimentos; otro nuevo milagro les dió maná y codornices en grande abundancia; pero María la profetisa, hermana de Moisés, fué castigada con la lepra por haber unido su voz á la del pueblo descontento. Los emisarios que Moisés habia enviado á la tierra de Canaam, volvieron y asistieron á los israelitas, pintándoles la fuerza y número de los habitantes de aquel pais, por lo cual se sublevaron y no quisieron seguir adelante. Al mismo tiempo los cananeos y amalecitas bajaron de las montañas, acometieron á los hebreos y los persiguieron hasta Horma.

Posteriormente una nueva revolucion estallada contra Moisés, fué castigada por la muerte de Coré, Datán y Abirón, que eran sus jefes, y á quienes tragó vivos la tierra. En la misma época los príncipes de las tribus, envidiosos de Aaron, le disputaron el privilejio del sacerdocio. Habiendo tomado al Señor por juez, colocaron todos en el tabernáculo sus varas con sus nombres grabados; la de Aaron floreció únicamente, y el sacerdocio se le devolvió á él y á su familia para siempre. Poco despues, careciendo enteramente de agua los israelitas, estallaron en quejas contra Moisés y Aaron. El Señor ordenó á Moisés que por dos veces hiriese á la roca con su vara, saliendo al momento un agua muy abun-

dante para saciar al pueblo y á los animales. Pero el Señor, irritado contra sus profetas, les anunció una muerte prócsima. Aaron espiró pocos dias despues en la montaña de Hor, y le sucedió su hijo Eleazar.

La serpiente de bronce. — Una nueva derrota de los hebreos por el rey Arad, los castigó de su reciente sublevacion; pero su arrepentimiento posterior fué recompensado en seguida por una victoria completa sobre los cananeos. Habiéndose insubordinado de nuevo, envió el Señor contra ellos una multitud de serpientes que los mordian con crueldad; pero aplacado por sus oraciones, mandó construir para memoria una culebra de bronce, y todos los que la miraban quedaban sanos de sus heridas.

La burra de Balaam.—(A. M. 2553.—A. C. 1451.) Habiendo los amorreos impedido el paso á los israelitas, estos los destrozaron y se apoderaron de su territorio. Balac, rey de Mohab, temiendo igual suerte, envió á un profeta llamado Balaam, para que maldijese á los israelitas. Despues de haber reusado muchas veces el profeta, se decidió á montar sobre su burra y á ir á buscar al rey; pero espantada la burra por la vista de un ánjel, se detuvo á pesar de los golpes que la daba Balaam, la cual recibió el don de la palabra y se quejó de su crueldad. En seguida se apareció el ánjel al profeta y le transmitió las órdenes de Dios. Ocultando Balaam su mision al rey, se dirijió con él á las alturas de Baal, y allí en vez de maldecir á los israelitas segun las órdenes del rey, los bendijo. Predijo sus triunfos sobre los pueblos de Canaam, y aun anunció la venida del Mesías. Algun tiempo despues los hijos de Israel, seducidos por las mujeres moabitas, hicieron sacrificios á Baal, dios de aquella jente. El Señor, indignado, hizo morir á veinticuatro mil de estos perjuros, y prometió el sacerdocio á Finees, hijo de Eleazar, en recompensa de su zelo.

Habiéndose en seguida levantado los madianitas contra Israel, hizo marchar Moisés mil hombres de cada tribu contra ellos, los batió, mató á cinco de sus reyes y al profeta Balaam, y entregó sus ciudades al saqueo. Mandó á los suyos que degollasen á todos los habitantes y á sus mujeres, escepto á las doncellas, que ascendieron al número de treinta y dos mil. El botin ascendió á seiscientas se-

senta mil ovejas, setenta y dos mil bueyes y sesenta y un mil borricos: dióse la mitad de este botin al pueblo, y la otra á los levitas.

Despues de esta victoria, las tribus de Rubén y Gad, y la mitad de Manasés, pidieron que se las estableciese al oriente del Jordan. Moisés lo concedió; pero con la condicion de que dejando en aquel suelo las mujeres y niños, marchasen con sus hermanos á la conquista de toda la tierra de Canaam. Los límites de este pais eran al Norte el monte Líbano, al Occidente el Mediterráneo, al Sur el desierto de Sin, y al Oriente las montañas de Madian. Por órden del Señor se destinaron antes de la conquista las partes de aquella provincia que debian darse á cada tribu: la de Leví quedó sin territorio, pero se le señalaron cuarenta y ocho ciudades entre todas las demás, y seis de ellas habian de servir de asilo para los criminales, en las cuales estuviesen seguros de las venganzas personales y sometidos á la decision de la ley.

Tomáronse estas disposiciones cuando el pueblo de Israel, despues de haber abandonado el monte Horeb, llegó á una llanura del desierto cerca del Jordan, en frente de Jericó. Los cuarenta años que los israelitas debian pasar en el desierto, estaban cerca de su término. Moisés subió á la montaña de Fásia, en donde sus ojos descubrieron mas allá del Jordan la tierra prometida, en la cual no le habia Dios permitido entrar. Refirió á los israelitas las leyes del Señor, sus promesas y sus amenazas; recordóles que debian esterminar á todos los pueblos de Canaam, y no contraer alianza con ellos; les prescribió borrasen de la tierra prometida todos los vestijios de la idolatría, y de no ofrecer sacrificios á Dios, sino en los lugares designados por él. En seguida les dió nuevos reglamentos, relativos á sus fiestas, á su alimento, á sus vestidos, á sus matrimonios, á la repudiacion, á los sacrificios, al diezmo destinado para los levitas y á las partes que debian tener en los olocaustos. Los hebreos recibieron tambien de su lejislador, varias órdenes militares que arreglaban la eleccion de los combatientes, y los casos en que podrian estar esceptuados de la milicia. Estas ordenanzas proiben la devastacion de los campos, y la destruccion de los árboles frutales; quieren que los hebreos, implacables con los habitantes del pais



en donde deben establecerse, hagan la guerra humanamente contra los otros pueblos, proponen siempre la paz antes de principiar las ostilidades, y no permiten ningun desórden en las ciudades que hayan capitulado.

Despues de haber completado este código de policía, de administracion y de lejislacion, reunió Moisés al pueblo y le dijo: «Tengo ciento veinte años; »ya no puedo conduciros. Dios »me ha proibido que pase el Jor»dan y él marchará delante de »vosotros. El mismo guiará á »Josué, y por órden suya le pon»go á vuestra cabeza.» En seguida dirije estas palabras á Josué: «Sé firme y valeroso, porque tú »eres quien hará entrar este pue»blo en la tierra que el Señor ju»ró á sus padres le daria; y tú »tambien la repartirás á la suer»te entre las tribus. No te inti»mides; el Señor tratará á estas »naciones como ha tratado á los »reyes de los amorreos, y los es»terminará.»

Leyeron entonces los sacerdotes la ley á los israelitas, quienes juraron de nuevo su observancia. Moisés, en fin, cantó delante de Israel su último cántico, cuya profética elocuencia, aplaudida en el desierto, aun admira á los siglos ilustrados:

«Oid, cielos, lo que os hablo; »oiga la tierra las palabras de mi »boca.

»Las verdades que enseño »sean como la lluvia que se for»ma en las nubes.

»Derrámense mis palabras co»mo el rocío, como las gotas del »cielo que caen sobre la yerba »naciente, porque voy á celebrar »el nombre del Señor.

»Tributad el honor que es de»bido á la grandeza de nuestro »Dios.

»Sus obras son perfectas, y »sus caminos llenos de justicia.

»Dios es fiel en sus promesas, »y enemigo de toda iniquidad.»

Muerte de Moises.—Despues de haber dirijido sus últimas palabras al Señor, hizo oir al pueblo sus postreras profecías y dió á Josué sus instrucciones. Moisés, cuya vista no se habia debilitado, ni se le habian caido los dientes, y su salud estaba en todo su vigor, resignado á las órdenes de Dios, se separó de Israel, subió á la montaña y murió; ningun hombre hasta aora ha sabido el sitio de su sepulcro. Así es como la Escritura refiere la vida, las acciones, las leyes, las predicciones, y el fin de Moisés, el mas antiguo y el mas célebre de los lejisladores.

En la historia de este hombre y de este pueblo todo parece admirable, todo inconcebible. La fé solamente puede hacer que se crean tantos prodijios, y que se respete esa mezcla inaudita de ignorancia y de luces, de lujo y sencillez, de virtud é inumanidad, de obediencia y rebeldía, de impiedad y relijion.

Pero lo que todo hombre, aun el estranjero á nuestro culto, no puede dejar de admirar, es la estension de los conocimientos de Moisés, la audácia de su empresa, la constancia de su carácter, la firmeza de su valor, la habilidad con que supo reanimar á esclavos degradados, aguerrir á un pueblo en la servidumbre, disciplinar tribus salvajes, proporcionar las leyes á los tiempos y á las costumbres, resucitar el valor con promesas, apaciguar con castigos las sublevaciones, formar y civilizar una nacion en un desierto, repartir un pais que aun no habia conquistado, y ligar de tal manera las leyes á las costumbres, y la tierra al cielo, que el hombre protejido desde la cuna al sepulcro en todas sus acciones, usos, y voluntades, por preceptos que todo lo arreglan, no tenia otra eleccion que hacer, ni decision que tomar, ni consejos que pedir, puesto que todo estaba de antemano arreglado por él, desde los deberes mas elevados de su alma hasta los cuidados mas minuciosos de su conducta, de su familia, de sus propiedades, de su comercio, de su alimento, y de su vestido.

Así es que las leyes de Moisés, convertidas por los hebreos en relijion, sentimiento, usos, y costumbres, de tal manera se han grabado en el alma, en el corazon, en la imajinacion, y casi puede decirse en la carne de este pueblo, que la prosperidad, la desgracia, la dispersion, los ultrajes, las violencias, y mas de treinta siglos, no han podido destruir ni aun debilitar su impresion.

JOSUE Y LOS JUECES.

Orden de Dios a Josue.—Despues de la muerte de Moisés, mandó Dios á su sucesor, que pasase el Jordan. Josué, preparándose á hacerlo, envió emisarios á Jericó. El rey de esta ciudad lo supo y quiso castigarlos: la cortesana Raab los salvó habiendo recibido de ellos la promesa de que su casa seria respetada. En el paso del Jordan se repitió el prodijio del mar Rojo. Apenas los levitas

que llevaban el arca, tomaron la márjen del rio, las aguas inferiores corrieron y las de arriba se detuvieron hasta que pasó el pueblo. Antes de atacar á Jericó, mandó Josué que se circuncidasen todos los que no lo habian sido en el desierto, y celebró la pascua con solemnidad. El maná dejó de caer, no siendo ya necesario en un pais abundante. El pueblo acampó en Gálgala, y construyó un monumento de doce piedras, sacadas del fondo del Jordan, en memoria del paso portentoso de este rio. Un ánjel ordenó á Josué que todo el ejército con el arca al frente diese la vuelta al son de las trompetas alrededor de Jericó siete dias seguidos, y le predijo que al sétimo se desplomarian las murallas de la ciudad. Este anuncio se verificó; los hebreos entraron en la ciudad y no perdonaron á edad ni secso, mas cumplieron la palabra dada á Raab. Quemaron despues el pueblo y todas las riquezas que contenia, escepto los metales preciosos que se consagraron al Señor. Solo un hebreo se atrevió á ocultar para sí una parte del botin: crímen que castigó el Señor permitiendo que tres mil israelitas enviados á Hai por Josué, fuesen vencidos por los habitantes de esta ciudad. Descubierto el delincuente, fué apedreado y quemados los efectos que le habian impelido á la desobediencia. Josué atrajo á los habitantes de Hai á una emboscada, los venció, se apoderó de la ciudad, la incendió é hizo aorcar á su rey.

Todos los reyes del pais de Canaam, se confederaron contra el pueblo de Israel que amenazaba esterminarlos. Solo los gabaonitas quisieron hacer alianza con Josué, por lo cual Adonisedech, rey de Jerusalen, y jefe de la liga cananea, sitió su ciudad. Josué marchó contra ellos, derrotó su ejército, y faltándole dia para seguir el alcance, *mandó al sol y á la luna que se detuviesen y fué obedecido*. Adonisedech, y otros cuatro reyes cananeos se ocultaron en una caberna junto á Mazeda. Allí los encontraron los enemigos, y fueron aorcados por órden del jeneral israelita, que se apoderó en seguida de Mazeda, Lebna y Laquis; esterminó los ejércitos de los reyes de Gacer, Hebron, Dabir y Asor, y no dejó en pie mas ciudades que las de Gaza, Geth y Azoto. Conquistada la tierra de Canaam, se hizo su repartimiento efectivo entre las tribus, segun el Señor lo habia dispuesto antes de la muerte de Moisés.

Plantóse el tabernáculo de las nueve tribus y media, que estaban establecidas al Occidente del Jordan, en la ciudad de Silo: y las del Oriente, despues de una lijera desavenencia, reconocieron aquel altar por suyo y se unieron á las otras.

MUERTE DE JOSUE.— (A. M. 2570.—A. C. 1434.) Habiendo Josué reunido el pueblo de Siquen, le recordó los beneficios del Señor, y le prometió las mayores felicidades si obedecian la ley, y las mas terribles desgracias si eran infieles. Recibió un nuevo juramento de los israelitas, renovó la alianza de su pueblo con su Dios, enterró el cadáver de José en el sepulcro de Abraham y de Jacob, escribió en el libro de la ley la historia del pueblo hebreo durante su gobierno, y murió á la edad de ciento diez años. Sucedióle Judas en el gobierno del pueblo, venció á los cananeos en Berea, matándoles veinte mil hombres, y se apoderó de la ciudad de Sálen, llamada despues Jerusalen, de Galaa, Ascalon y Horma. Los pueblos vencidos en las llanuras, se retiraron á las montañas, desde las cuales hacian incursiones en las tierras de los israelitas.

Habiendo terminado su vida los que habian sido testigos bajo el gobierno de Moisés y Josué de las maravillas obradas por el Señor en favor de su pueblo, no guardó este la misma fé y el mismo respeto á la ley divina. Seducidos por el ejemplo de los pueblos infieles, y por los alagos de las mujeres cananeas, abandonaban frecuentemente el culto del verdadero Dios, y adoraban los ídolos de las naciones vecinas. Dios los entregaba en castigo al poder de sus enemigos, y cuando el infortunio correjia á los hebreos, era suscitado por disposicion divina un libertador, que con el nombre de juez gobernaba el pueblo y mandaba el ejército. A una nueva idolatría seguia un castigo semejante, y á este el arrepentimiento y libertad.

Así habiendo prevaricado el pueblo adorando á Baal y á Astaroth, fué vencido por Casan, rey de Mesopotamia, bajo cuyo yugo jimió esclavo ocho años, hasta que le libertó Otoniel. Eglon, rey de Moab, dominó despues á los israelitas durante dieziocho años. Aod dió de puñaladas al tirano, armó las tribus, y venció á los moabitas con muerte de diez mil de ellos. Sagan, su hijo y sucesor en la judicatura, venció á los filisteos,

de los cuales mató seiscientos por su mano con la reja de un arado.

La profetisa Debora, juez de Israel.—(A. M. 2719.—A. C. 1285.) Los israelitas reincidieron en la idolatría, y Dios los entregó al poder de Jabin, rey de Canaam, y de Asor, que los tuvo esclavizados veinte años. Mandaba sus ejércitos un jeneral llamado Sísara. La profetisa Débora, mujer de Lapidoth, gobernaba entonces á Israel: mandó á su jeneral Barac reunir diez mil hombres en el monte Tabor, y le anunció una victoria completa. Barac venció efectivamente y esterminó el ejército enemigo. Sísara, fujitivo, entró en la tienda de Haber Cineo, conocido suyo, para descansar; y Jael, mujer de Haber, le atravesó la frente mientras dormia, con un clavo que penetró hasta la tierra á fuerza de martillazos. Sísara pasó de este modo, dice la Escritura, del sueño natural al sueño de la muerte. Barac y Débora cantaron un cántico para celebrar esta victoria, y para recordar á los hebreos que solo la debian á la proteccion del Señor.

Bien pronto nuevas impiedades atrajeron desgracias nuevas sobre Israel.—Los madianitas los subyugaron. Jedeon, inspirado por un ánjel, los libertó. Derribó en seguida el altar de Baal, que hacia mal servicio á su padre. Hizo un sacrificio y el cielo recibió sus ofrendas. Para disipar las dudas que pudiese tener acerca de su mision, el Señor hizo caer el rocío únicamente sobre una piel que tenia estendida delante de su tienda; toda la tierra que la rodeaba quedó seca: y al segundo dia toda la tierra estaba empapada de rocío y la piel no recibió ni una gota.

Victoria de Jedeon, juez de Israel.—(A. M. 2759.—A. C. 1245.) Jedeon, habiendo armado al pueblo, marchó contra los madianitas; pero el Señor, para manifestar su poder, dispuso que solo pelease con trescientos. Un sueño vino á confirmarle su esperanza, mostrándole una tienda de madianitas, derribada por la caida de un pan de cebada que rodaba de lo alto de una montaña. Habiendo avanzado con sus trescientos hombres que llevaban trompetas y luces encendidas en cántaros, sorprendió por la noche el campamento de los madianitas, los que atemorizados por el ruido de las trompetas y de las luces, de tal manera se espantaron que dirijieron sus armas unos contra otros

y se esterminaron recíprocamente. Los enemigos fueron perseguidos, y los jefes cayeron en poder de Jedeon. Esta derrota costó á los madianitas ciento veinte mil combatientes. Los hebreos quisieron hacer á Jedeon su príncipe despues de esta victoria; título que reusó, pero empleó los zarzillos cojidos á los enemigos, que pesaban ciento setenta siclos de oro, y los vestidos de escarlata del rey de Madian, en hacer un éfodo precioso (ó ceñidor de sacerdote hebreo), trofeo de orgullo que en adelante fué un objeto de idolatría para los hebreos, y causó despues la ruina de Jedeon y de su familia. La victoria contra los madianitas fué seguida de una paz de cuarenta años. Cuando murió Jedeon, dejó setenta hijos de diferentes mujeres, y uno llamado Abimelech, de una concubina. Los hijos de Jedeon se entregaron al culto de Baal. Abimelech, devorado de ambicion, representó á los ancianos de Siquem, que estarian mejor gobernados por un príncipe que por setenta jefes: y habiendo ganado á los siquemitas, marchó contra sus hermanos, los degolló á todos, escepto al mas jóven, que logró escaparse, se apoderó de la autoridad soberana, y reinó tres años en Israel.

Una parte de los hebreos, escitados por Jonatam, y varios siquemitas, quisieron vengar á la familia de Jedeon. La guerra duró mucho tiempo, y al principio con ventaja para Abimelech. Apoderóse de muchas ciudades, pero en el bloqueo y sitio que puso á Thébes, una mujer, que estaba en una torre en donde se habian acojido varios habitantes, desplomó sobre él una rueda de molino, que le hirió al soslayo en la cabeza. Viendo prócsima su muerte, mandó á su escudero que le acabase de matar para que no se dijese que habia fenecido á manos de una mujer. (A. M. 2768.—A. C. 1236.)

Tola, su tio, y hermano de Jedeon, le sucedió y gobernó pacíficamente á Israel durante veintitres años, en calidad de juez. Sucedióle Jair de Galaad, que fué juez por veintidos años; sus treinta hijos le sucedieron en el mando de otras tantas ciudades.

Sacrificio de Jepte.—(A. M. 2817.—A. C. 1187.) Los israelitas volvieron á caer en la idolatría, y el Señor los entregó á los ammonitas y filisteos, bajo cuyo cautiverio jimieron diezi-ocho años, y sus oraciones alcanzaron un libertador. Los príncipes de Galaad habian declara-

do que se someterian al primer jefe que venciese á los ammonitas ó á los filisteos. Jepté, hijo natural de Galaad, que arrojado ignominiosamente de su familia, se habia puesto al frente de una cuadrilla de bandidos, incitado por los hebreos y asegurado de que le obedecerian, si batia á los ammonitas, marchó contra ellos, y prometió en olocausto al Señor al primero que saliese de su casa á recibirle, cuando volviese victorioso. Venció á los ammonitas, esterminó gran número de ellos, saqueó veinte ciudades, y volvió á Masfa, donde tenia su casa. Su hija única, aun no casada, salió á recibirle al frente de otras jóvenes, que venian tañendo y bailando en celebridad de la victoria. Jepté, rompió sus vestidos en señal de dolor, y contó á su hija el voto que habia hecho. Ella se resignó, pidió y obtuvo el permiso de llorar su virjinidad durante dos meses con sus compañeras. Al cabo de este tiempo volvió á su padre y el cruel sacrificio se verificó. Despues de este fatal acontecimiento, todas las doncellas de Israel se reunian una vez al año, y lloraban á la hija de Jepté de Galaad por cuatro dias.

Jepté subyugó la tribu de Efraim rebelada contra su gobierno. La tribu perdió en esta guerra cuarenta y dos mil hombres; las tropas de Jepté, para reconocer á los fujitivos y ocultos, los obligaban á decir *Scibboleth*, que significa espiga; y como los efraimitas pronunciasen *Sibboleth*, este defecto de pronunciacion los daba á conocer y eran asesinados.

El gobierno de Jepté duró seis años y murió en Galaad. Le sucedieron Absan, que juzgó á Israel siete años: Ahialon, que gobernó diez, y Abdon que gobernó ocho. Despues cayó el pueblo bajo el yugo de los filisteos.

Samson.—(A. M. 2848.— A. C. 1156.) Habia un hombre en la tribu de Dam llamado Manué, cuya mujer era estéril. Apareciósele un ánjel por dos veces, y le proibió comer nada impuro ni que se embriagase, porque debia parir un hijo que seria nazareo y consagrado á Dios, desde su infancia hasta el dia de su muerte.

Este niño, protejido por el cielo, creció rápidamente y llegó á tener una fuerza prodijiosa. Enamorado en su juventud de una filistea, casó con ella á pesar de su familia. Habiendo ido á buscar á esta mujer encontró un leon y le mató, y algunos dias despues vió que en su boca labraban miel unas abejas. En el

banquete de sus bodas propuso á los convidados este enigma: *el alimento salió del devorador y la dulzura del fuerte*. En rebancha ecsijió de ellos treinta vestidos si no podian adivinarlo. La mujer de Samson, atormentada por la curiosidad, obtuvo de su marido á fuerza de lágrimas y de importunidades la solucion del enigma. Ella fué indiscreta y lo reveló. Los convidados lo adivinaron y pidieron la apuesta de los treinta vestidos. Samson, irritado de la traicion de su mujer, fué á la ciudad de Ascalon, mató treinta hombres y con sus vestidos satisfizo lo que debia. Su infiel esposa le abandonó, y se casó con uno de los jóvenes de la apuesta.

Su venganza contra los filisteos.—(A. M. 2867.—A. C. 1137.) Esta injuria irritó á Samson contra los filisteos, cojió trescientas zorras y las ató unas con otras por la cola, poniendo en ellas tizones; y habiéndolos encendido, soltóá las zorras que corrieron por los trigos de los filisteos, los quemaron y destruyeron. Sabiendo los filisteos que la ira de Samson era ocasionada por la perfidia de su mujer, arrojaron á las llamas á esta esposa perjura con su padre Thamnath. No se satisfizo Samson con esta venganza. El solo combatió contra los filisteos, hizo en ellos una gran carnicería, y en seguida se ocultó en la caberna de Etam.

Amenazada la tribu de Judá por los filisteos, ordenó el arresto de Samson, culpándole de querer agravar su servidumbre. Atáronle con gruesas cuerdas y lo entregaron á sus enemigos; pero al aspecto de los filisteos, rompió Samson las cuerdas, con que estaba atado, tan facilmente como el fuego consume el lino. Habiendo encontrado en aquel paraje una quijada de borrico, cojióla, y con esta sola arma derrotó á los filisteos y les mató mil hombres. Este lugar se llamó despues la Quijada. Asombrado Israel con estos milagros y libertado por el poder de Samson, le escojió por juez, cuyo gobierno duró veinte años. El terror inspirado á los filisteos por Samson los forzaba á permanecer no solamente en paz, sino á respetar su persona. Una vez quisieron sorprenderle en la ciudad de Gaza, pero Samson, rodeado de los soldados que la custodiaban, se hizo paso al través de la multitud, y encontrando cerradas las puertas de la ciudad, las arrancó con sus pilares y se retiró cargado con ellas á

un monte vecino.—(A. M. 2880.—A. C. 1124.)

Algun tiempo despues, habiendo sabido los filisteos que Samson, enamorado de Dalila, cortesana de la ciudad principal del pais, venia á verla con frecuencia, sobornaron á aquella mujer con grandes regalos, para que descubriese en qué consistia la fuerza prodijiosa del israelita. Dalila, despues de varias tentativas, que hizo inútiles la prudencia de Samson, triunfó de ella, y al fin le obligó á confesar que su fuerza dependia de no haberse cortado jamás el cabello, porque su persona estaba consagrada al Señor. Dalila, hizo que le cortasen el pelo mientras dormia, los filisteos se apoderaron de él, que ya no tenia fuerzas, le encadenaron, le sacaron los ojos, lo llevaron á Gaza y lo emplearon en dar vueltas á la rueda de un molino.—(A. M. 2885.—A. C. 1119.)

Muerte de Samson.—Algunos meses despues se reunieron los grandes de la ciudad para ofrecer sacrificios á su dios Dagon, y celebrar banquetes en regocijo de su triunfo. Mandaron que viniese Samson para tocar el arpa en el convite, y lo pusieron entre dos columnas que sostenian el edificio. Samson, cuyo cabello habia ya crecido, pidió al Señor que le restituyese su antigua fuerza, y sacudió las dos columnas diciendo: «Muera Samson con los filisteos.» El templo se desplomó y perecieron en su caida todos los que estaban dentro.

Pasados algunos años sin que hubiese jueces en Israel, estaban en la mas completa anarquía. Micas, de la tribu de Efraim, formó en su casa un ídolo, y encontró un mal levita que consintió en servirle de sacerdote. Algunos de la tribu de Dan, deseosos de aumentar su territorio, le quitaron el ídolo, que segun ellos lo protejia, se apoderaron de Lais, ciudad que pertenecia á los fenicios, la destruyeron, edificaron otra con el nombre de Dan y establecieron en ella un templo consagrado á sus falsos dioses. Un nieto de Moisés, fué el sacerdote de esta abominable idolatría. Así, mientras que el arca santa estaba en Silo, una parte infiel de los hebreos levantaba altares á los dioses estraños.

Otros desórdenes atrajeron grandes calamidades á este pueblo. Un levita que viajaba de Bethlehem á Efraim, haciendo noche en Gaboa, ciudad de la tribu de Benjamin, fué insulta-

do por los habitantes, y su mujer ultrajada de la manera mas infame, espiró á las puertas de una casa. El levita enfurecido dividió el cadáver de su esposa en doce partes, y envió una á cada tribu pidiendo venganza. Las tribus reunidas marcharon contra aquella ciudad malvada. La de Benjamin, en número de veinticinco mil hombres la defendieron y consiguieron dos victorias; pero al fin cayeron en una emboscada y perecieron: se quemó la ciudad de Gaboa y solo quedaron seiscientos de la tribu de Benjamin. Las demás se reunieron para dar gracias al Señor por su triunfo, y juraron que no darian sus hijas en matrimonio á las reliquias de Benjamin; pero arrepentidos despues de un voto cuya consecuencia era la ruina de una tribu, permitieron á los benjaminitas que robasen las jóvenes de las otras tribus en una fiesta solemne y jeneral.

Ruth.—En esta época floreció Ruth, ascendiente de David y del Mesias. Elimelech, de la tribu de Judá, habia pasado durante una gran carestía con Noemi, su esposa, al pais de Moab donde murió. Sus hijos casaron con dos moabitas, llamadas Orfa y Ruth, que enviudaron pronto. Noemi, viéndose sin mas amparo que sus nueras, resolvió volverse á Judá, y les propuso que se quedáran en su patria. Orfa consintió en ello: pero Ruth no quiso abandonar á su suegra en aquel estado de pobreza y desamparo, y la acompañó á Bethlehem adoptando su patria y renunciando al culto de sus ídolos por la ley del Señor. Los habitantes de Bethlehem, salieron á ver á su conciudadana acordándose de su hermosura; pero Noemi les dijo: «No me llameis Noemi (*la »hermosa*), sino Mara (*la triste*), »porque el Señor me ha llenado »de amargura.»

Vivia en Bethlehem, uno de los parientes de Elimelech llamado Booz, hombre rico y benéfico. Ruth, con el permiso de su madre iba á espigar á los campos, y Booz la vió. Enamorado de su gracia y modestia la permitió volver á sus campos, y mandó á los segadores que dejasen caer para ella muchas espigas. Ruth dió cuenta de este suceso á Noemi que la aconsejó introducirse en la hacienda de Booz sin ser vista, echarse por la noche á los pies de su cama y pedirle que la aceptase por esposa, cumpliendo la ley segun la cual un pariente del marido difunto debia casar con la jóven viuda.

Ruth siguió puntualmente las advertencias de su madre; y Booz, informado de su piedad filial para con Noemi y de su conversion al culto del Señor, accedió á su demanda. De ella tuvo á Obed, padre de Isaí y abuelo de David.

CAPITULO IV.

DESDE EL ESTABLECIMIENTO DE LA MONARQUIA HEBREA HASTA EL CISMA DE ISRAEL.

Nacimiento de Samuel. — Gobierno de Samuel. — Entrevista de Samuel con Saul. — Cólera de Samuel contra Saul. — Derrota del jigante Goliath. — Su muerte. — Huida de David. — Muerte de Samuel. — Aparicion de la sombra de Samuel á Saul. — Muerte de Saul. — David. — Su consagracion. — Amor criminal de David por Bethsabée. — Nacimiento de Salomon. — Huida de David de Jerusalem. — Muerte de David. — Salomon. — Juicio de Salomon. — Construccion del templo. — Construccion del palacio. — Estravíos de Salomon. — Su castigo. — Su muerte.

SAMUEL, ULTIMO JUEZ; SAUL PRIMER REY.

NACIMIENTO DE SAMUEL. — (A. M. 3848. — A. C. 1156.) Un hombre de la ciudad de Rámata, llamado Elcana, se habia establecido en la tribu de Efraim y tenia dos mujeres, Ana y Fenena. La última tuvo hijos; Ana fué estéril, y en aquel tiempo la esterilidad era una desgracia humillante. A este sentimiento se puede atribuir en parte el aumento rápido y escesivo de la poblacion en los tiempos antiguos.

Las lágrimas y las súplicas de Ana aplacaron al Señor: prometióle si concebia, consagrarle el hijo que tuviese, y no permitir que se le cortase el cabello. Dios oyó sus oraciones y nació de ella un hijo á quien puso por nombre Samuel. Cuando salió de manos de la nodriza lo llevó á Silo, donde estaba el arca del Señor, y lo consagró al culto divino. Samuel sirvió en el tabernáculo con dos hijos del gran pontífice Helí, los cuales en lugar de imitar las virtudes de su padre, despreciaban la ley de Dios, ecsijian regalos de los pueblos, robaban una parte de las ofrendas y seducian á las mujeres de los israelitas. El niño Samuel cumplia esactamente todos los debe-

res relijiosos, por lo cual mereció la proteccion del cielo y la amistad del gran sacerdote, que bendijo á sus padres. Helí, cuyo carácter estaba debilitado por los años, censuraba la conducta de sus hijos, sin atreverse á castigarla. Un profeta le reprendió su flaqueza y le predijo que sus hijos Ofni y Fineés moririan en un mismo dia; que su raza seria arruinada, reducida á la mendicidad, y que el Señor elijiéndose un pontífice fiel, trasladaria el sacerdocio á otra familia. Abrumado de dolores y de años perdió la vista. Una noche que, acostado en el templo, cerca del arca del Señor, dormia á su lado el jóven Samuel, el Señor llamó á este; y como las visiones y las profecías no eran tan frecuentes ya en aquellos tiempos, creyó Samuel que le llamaba Helí. La misma voz se repitió por dos veces: Helí reconoció la palabra divina y dijo á Samuel: «Si has oido el mandato, responde de este modo: Hablad, Señor, tu servidor te escucha.» Habiéndose quedado dormido Samuel, Dios lo volvió á llamar y le dijo: «Voy á llenar de asombro á todo Israel. Ejecutarás mis decretos contra los hijos de Helí: ninguna víctima podrá espiar sus iniquidades.» Samuel no se atrevió á participar á Helí esta funesta prediccion; pero Helí le arrancó su secreto, y se resignó humildemente á su desgracia. Samuel, agradable al Señor, recibió sus santas inspiraciones, y fué reconocido como profeta.

En este tiempo, los filisteos, enemigos eternos de los hebreos, habiendo reunido todas sus fuerzas, marcharon contra Israel. Atemorizado el pueblo imploró la asistencia divina, pidió que viniese el arca de Silo para ponerla al frente del ejército: Ofní, y Fineés la condujeron al campamento de los hebreos. Dióse la batalla: los israelitas fueron vencidos con pérdida de treinta mil hombres; el arca del Señor quedó en poder de los filisteos: y Helí, al saber tan tristes noticias, cayó desmayado en su asiento, y recibió una herida en la cabeza, de que murió. Tenia cerca de cien años y habia gobernado á Israel cuarenta. Los filisteos llevaron el arca á Zoto, y la colocaron al pie de su ídolo Dagon: mas al dia siguiente encontraron el ídolo derribado á los pies del arca, y la cabeza y las manos separadas del tronco. Cayó además sobre el pueblo filisteo una enfermedad de úlceras contajiosas: las mieses eran devoradas por topos y ratones. Sus

sacerdotes les aconsejaron poner el arca en una carreta tirada por bueyes y sin guias para que fuese adonde la voluntad del Señor la enviase. El arca salió del pais de los filisteos y se detuvo en Bethsame. El cielo castigó con la muerte de muchos bethsamitas el poco respeto con que se acercaron á aquel símbolo de alianza: despues pasó á Gabaa donde estuvo durante veinte años en casa de Abinadab.

Samuel aconsejó al pueblo de Israel espiase sus faltas con un sincero arrepentimiento, y abandonase el culto de los dioses estraños para volver al del Señor. Los israelitas derribaron los ídolos de Baal y Astaroth, se reunieron en Masfath, donde hicieron ofrendas al Señor y ayunaron. Acometidos repentinamente por los filisteos, pidieron á Samuel que ofreciese una víctima y oraciones á Dios, mientras ellos peleaban. Principió la accion y fueron escuchados los votos del profeta. El Señor lanzó rayos y truenos espantosos, cuyo fragor aterró á los filisteos: los israelitas los desvarataron y persiguieron hasta Bethear. Hízose la paz, cediendo los enemigos todas las ciudades de Israel que habian ocupado desde Accaron hasta Jeth. Samuel se estableció en Ramatha, donde erijió un altar y puso su tribunal para gobernar el pueblo. Cuando llegó á viejo, sus hijos Joel y Abia ejercieron las funciones de jueces en Betsabée; pero corrompidos por la avaricia, cometieron varias iniquidades. El pueblo, temiendo caer bajo su yugo muerto Samuel, pidieron á este nombrase un rey para gobernarlos, «como le tenian to»das las naciones.» Samuel, de órden del Señor, representó á los israelitas cuán terribles eran los derechos que se arrogaban los reyes, y cuánta necedad era abandonar el gobierno de Dios por el de un hombre solo. Los ancianos de Israel, á pesar de estos consejos saludables, insistieron en su demanda, y Dios dijo á Samuel: «Pues lo quieren, »dáles un rey (1).»

(1) «Aora pues, dice el Señor á »Samuel, oye su voz (la del pueblo); »pero protéstales primero y anúnciales »el derecho del rey que ha de reinar »sobre ellos.

»Y así Samuel refirió todas las pa»labras del Señor al pueblo que le ha»bia pedido un rey.

»Este será el derecho del rey que os »ha de mandar: tomará vuestros hijos »para guiar sus carros, les hará sus

ENTREVISTA DE SAMUEL Y DE SAUL. —(A. M. 2909. — A. C. 1095.) Habia entonces en la tribu de Benjamin un hombre rico, llamado Cis. Su hijo Saul era hermoso y de grande estatura. Buscando algunas pollinas de su padre, que se habian perdido, llegó cerca de la casa de Samuel, á quien fué á consultar por consejo de su criado. Samuel le dió un gran convite, y le cedió el

»guardias de á caballo para que corran delante de sus carros.

»Y los hará sus tribunos y centuriones, y labradores de sus campos, y segadores de sus mieses, y que fabriquen sus armas y sus carros:

»Tomará vuestras hijas para que le hagan sus perfumes, y las hará sus cocineras y panaderas:

»Tomará asimismo lo mejor de vuestros campos y viñas y olivares, y lo dará á sus siervos:

»Y diezmará vuestras mieses y los productos de las viñas para darlo á sus eunucos y cortesanos:

»Tomará tambien vuestros siervos y siervas, y los mozos mas robustos, y vuestras bestias, y los aplicará á su labor:

»Diezmará asimismo vuestros rebaños; y vosotros sereis sus siervos:

»Y clamareis aquel dia á causa de vuestro rey, que vosotros mismos os escojísteis, y no os oirá el Señor en aquel dia, porque le pedísteis rey.»

(*Lib. I de los Reyes, cap. VIII.*)

lugar mas distinguido. Al dia siguiente quedó solo con él, y le unjió diciéndole: «El Señor te »establece en virtud de esta un»cion príncipe de su heredad: »tú libertarás á Israel de sus e»nemigos. Escucha las pruebas »de la verdad que te anuncio. »Aora te marchas, y cerca del »sepulcro de Raquel encontra»rás dos hombres que te dirán »haber parecido las pollinas: lue»go cerca de la encina de Tha»bor, encontrarás tres hombres »que te ofrecerán presentes: en »seguida encontrarás en el co»llado de Dios que está ocupado »por la guarnicion de los filis»teos, una compañía de profetas »con los cuales profetizarás; el »espíritu del Señor vendrá á tí, »y serás mudado en otro hom»bre. Despues me esperarás sie»te dias en Gálgala, me uniré á »tí, y juntos ofreceremos vícti»mas pacíficas al Señor.» Cumplióse todo lo que habia dicho Samuel, y la comarca se penetró de admiracion al ver á Saul animado del espíritu de los profetas.

En seguida hizo Samuel reunir el pueblo en Masfa, y despues de haberles renovado sus representaciones, mandó á los hijos de Israel se presentasen ante el altar, cada uno en las fi-

las de su tribu y de su familia. Procedióse á la eleccion del rey. La suerte cayó sobre la tribu de Benjamin, despues en esta tribu sobre la familia de Métri, y en fin sobre la persona de Saul, hijo de Cis. Este estaba ausente: condújosele ante el pueblo, y fué proclamado; y despues de haber disuelto la asamblea, volvió á su casa en Gabaa, acompañado únicamente de la parte fiel del ejército; porque los idólatras, cuyos corazones no habia movido el Señor, no quisieron reconocer al nuevo rey y le despreciaron.

Poco tiempo despues de este suceso, los ammonitas invadieron el pais de Galaad. Saul mandó despedazar dos bueyes, y envió los trozos á todas las tierras de Israel, amenazando á las que no le acudiesen con tropas que despedazaria sus rebaños. El pueblo se armó, y Saul se acampó en Bezech con trescientos mil hombres. Marchó contra los ammonitas y los puso en derrota. El pueblo entusiasmado, queria que fuesen condenados á muerte los que no habian querido reconocerle; pero el rey los perdonó. Renovóse su eleccion celebrando con grandes regocijos la última victoria.

Guerra con los filisteos y amalecitas.—(A. M. 2911.—A. C. 1093.) La guerra con los filisteos se renovó. El rey, habiendo esperado en vano siete dias al profeta, hizo él solo un sacrificio á Dios: llegó Samuel, le reprendió esta falta y le anunció el próccsimo fin de su reinado. Cuando los ejércitos estuvieron cerca, Jonatás, hijo de Saul, subió con solo su escudero al campo enemigo: hizo en él un terrible destrozo y causó tanta confusion que se mataban unos á otros. Informado Saul de este tumulto, cuya causa ignoraba, marchó contra los filisteos con solo los diez mil hombres que habia juntado hasta entonces; y como tenia necesidad de su zelo, pronunció pena de muerte contra el que se detuviese á comer antes de vencer á los enemigos. La victoria quedó por los israelitas: los enemigos fueron perseguidos hasta Ayalón y el botin fué inmenso. El pueblo comió de los bueyes que habia quitado á los filisteos; Jonatás solo habia comido una poca de miel ignorando el precepto de su padre, que quiso darle la muerte por aquella infraccion; pero el pueblo se opuso á la ejecucion de la sentencia, y lo libertó.

Despues de esta guerra se afirmó Saul sobre el trono, com-

batió contra los reyes de Moab y otros varios, saliendo por todas partes victorioso.

CÓLERA DE SAMUEL CONTRA SAUL. — (A. M. 2930. — A. C. 1074.) Samuel dijo á Saul de parte del Señor, que hiciese guerra á los amalecitas, y esterminase toda aquella nacion. Saul los venció y degolló á todo el pueblo, mas perdonó á su rey Agag. A causa de esta desobediencia fué reprobado por Dios, y elejido en su lugar David, el mas jóven de los hijos de Isaí, á quien Samuel unjió por disposicion divina. Entretanto se apoderó de Saul una veemente tristeza. Los cortesanos le aconsejaron que la templase con el sonido del arpa, y le hablaron del hijo de Isaí, jóven de agradable presencia, de trato fino, y protejido por el Señor. Saul le mandó llamar; sentia disiparse su melancolía y retirarse el espíritu maligno que lo ajitaba, cuando David tocaba el arpa, por lo cual el rey le nombró escudero suyo.

Bien pronto estalló una nueva guerra entre Israel y los filisteos. Los enemigos se apoderaron de una montaña perteneciente á la tribu de Judá, cerca de Arem. Saul acampó con su ejército en el valle de Terebinto.

DERROTA DEL JIGANTE GOLIATH. — (A. M. 2941. — A. C. 1062.) Ecsistia entre los filisteos un hombre de Jeth, llamado Goliath, de seis codos y un palmo de altura; su yelmo era de bronce, como tambien su coraza que pesaba cinco mil siclos de metal, y el hierro de su lanza seiscientos. Este se presentó delante del campo de Israel, y dijo: «Peleé conmigo uno de vosotros: si me vence seremos esclavos vuestros: si es vencido os sometereis á los filisteos.» El aspecto de Goliath aterró á Saul y á todos sus campeones. Cuarenta dias seguidos se presentó por la mañana en el campo, sin que nadie se atreviese á salir contra él. En aquel tiempo llegó David de órden de su padre al ejército, para tener noticias de sus hermanos: oyó los insultos de Goliath, y preguntó qué premio se ofrecia al que venciese á un enemigo tan temible. Respondiósele que el rey le daria por esposa á su hija. David se presentó á Saul y le dijo que él iria á pelear con el jigante. El rey, compadecido de su juventud, quiso disuadirle; pero David le replicó que ya habia muerto á un leon y á un oso, en defensa de los ganados de su padre, y que esperaba triunfar

de aquel incircunciso, que se atrevia á maldecir al ejército de Dios vivo.

Empezó á ponerse el yelmo y el peto; y como le incomodaba el peso de las armas, á que no estaba acostumbrado, marchó contra Goliath, armado solo de un palo y una honda. Goliath le despreció é insultó; pero David le dijo que iba á pelear con él en nombre del Señor, que le cortaria la cabeza y dejaria los cadáveres de los filisteos por presa de las aves, para probar á toda la tierra el poderío del Dios de Israel.

MUERTE DE GOLIATH.—Despues de todas estas provocaciones principió el combate. David sepultó una piedra, disparada con su honda, en la frente de su enemigo que cayó en tierra, y le cortó la cabeza con su misma espada. Los filisteos huyeron aterrados: los israelitas los persiguieron, é hicieron en ellos gran mortandad. David presentó al rey la cabeza del jigante. El príncipe Jonatás le cobró una grande amistad, y le dió sus vestidos y armas para que se presentase como un guerrero. David era tan modesto como valiente; mas no estaba en su mano contener el entusiasmo popular: las mujeres cantaban una cancion cuyo estrivillo era: «Saul mató mil filisteos y David diez mil.» El rey, devorado de la envidia, empezó á aborrecerle, y en un momento en que se poseia del espíritu malo, quiso matarle; pero David se escapó. Despues le encargó el rey una espedicion peligrosa, que desempeñó con mucha gloria. El rey le habia prometido por esposa á su hija Merob; pero faltando á su palabra la dió á un cortesano llamado Adriel Molathíta. Para consolarle de esta injuria, le prometió á Micol, su hija menor, á condicion de que matase cien filisteos. David mató doscientos, trajó á Saul los despojos y se casó con la princesa.

HUIDA DE DAVID.—Este héroe logró nuevas victorias contra los filisteos. Saul, mas envidioso á cada nuevo triunfo, quiso matarle. Jonatás se opuso á esta maldad y reconcilió á su padre y á su amigo aunque por poco tiempo. Un dia que David tocaba el arpa para calmar el espíritu malo de Saul, este quiso atravesarle con su lanza; y habiéndose libertado David de este peligro con la fuga, envió su guardia para prenderle; pero su mujer Micol le ayudó á bajar por una ventana y escaparse. David se ocultó y su amigo Jo-

natás le avisaba con señales convenidas de las resoluciones de su padre contra él.

David buscó un asilo en casa del gran sacerdote Aquimelech y en los palacios de Jeth y de Moab. Poco seguro en todas partes, se refujió en la selva de Areth. Saul, furioso, mandó matar á Aquimelech y á ochenta y cinco sacerdotes por haber favorecido á David. En este tiempo los filisteos atacaron á los israelitas: David salió de su retiro, reunió tropas, venció á los enemigos y liberto la ciudad de Ceila.

Lejos de recompensar el rey este servicio quiso cojerle en aquella ciudad; pero David huyó al desierto, en donde se le juntó su amigo Jonatás. Persiguióle el rey, y durante su marcha, habiendo entrado por casualidad en una caberna, los partidarios de David quisieron matarle; pero David le defendió de la violencia de aquellos y le probó su respeto y veneracion. Penetrado Saul de esta jenerosidad le dijo: «Hijo mio, eres mas justo que »yo. El Señor me habia entregado en tus manos y tú me has »conservado la vida; Dios por »ello te recompensará. Ciertamente que vas á reinar y á poseer el reino de Israel: júrame »que no estinguirás mi linaje.» David lo juró y se separaron.

MUERTE DE SAMUEL.—(A. M. 2947. — A. C. 1057). En este tiempo murió Samuel y fué enterrado en Ramatha. Todo Israel le lloró.

David en el desierto de Maon pidió á un hombre rico llamado Nabal, algunos víveres para él y su tropa. Nabal se reusó con dureza. David quiso vengarse; pero Abigail, mujer de Nabal, le aplacó haciéndole regalos. Poco despues murió Nabal, y David casó con su viuda. Saul, no contento con perseguir á David, le injurió quitándole su esposa Micol y dándola en matrimonio á Faltes. Al frente de tres mil hombres marchó contra David, y acampó cerca del desierto sobre la colina de Aquila. Reconociendo David su posicion, y acompañado de Abisaí, se introdujo en el campamento de Saul, penetró en la tienda donde estaba; pero en vez de matarle, como podia, se contentó con llevarse su lanza y la copa que tenia á su cabecera. Luego que hubo salido del campo, llamó en alta voz al jeneral Abner, le manifestó sus trofeos, y le reprendió por haber guardado tan mal á su rey. Este, habiendo reconocido la voz de David, le llamó. Quejóse David de sus injus-

tas persecuciones; y desarmado el rey por su dulzura, se alejó y y le dejó en libertad.

Retiróse de nuevo David á los estados del rey de Jeth, que le dió para que morase él y su jente la ciudad de Siceleg.

Aparicion de la sombra de Samuel a Saul.—Habiendo declarado la guerra nuevamente á Saul los filisteos, y privado el rey de los consejos de Samuel, quiso consultar en Endor á una célebre pitonisa. Se disfrazó, fué á su casa y la pidió evocase la sombra de Samuel. Aparecióse la sombra, y Saul la saludó con respeto. La sombra le dijo: «¿Por qué has turbado mi reposo?» El rey respondió: «Los filisteos me hacen la guerra: Dios se ha retirado de mí, y quisiera que me dijeras lo que debo hacer.» Entonces Samuel le habló en estos términos: «¿Para qué te dirijes á mí si el Señor te ha abandonado y proteje á tu rival? Tú has desobedecido á Dios: él despedazará tu reino, le arrancará de tus manos, y lo dará á tu yerno David. Mañana pondrá el Señor en manos de los filisteos á tí y á Israel; mañana estareis conmigo tú y tus hijos.» La sombra desapareció y Saul cayó en tierra sin sentido.

Muerte de Saul. — (A. M. 1949.—A. C. 1055.) David, protejido entonces por el rey de Jeth, no pudo escusarse á venir con los suyos al campo de los filisteos; pero como era sospechoso al jefe del ejército, pidió y obtuvo el permiso de retirarse. Durante su ausencia, los amalecitas se habian apoderado de Siceleg y llevado cautiva su familia: marchó contra ellos, los sorprendió en la embriaguez de un convite, los destrozó y recobró todo lo que habia perdido. Entretanto se dió la batalla entre los israelitas y los filisteos, en la cual triunfaron estos, y perecie- Saul, Jonatás, y dos hermanos suyos. El rey, rodeado y herido peligrosamente, se arrojó sobre su espada y espiró.

Un amalecita, soldado de Saul, corrió á participar á David esta noticia, le llevó la diadema, los brazaletes del rey, y se jactó de haberle quitado él la vida. David, en lugar de la recompensa que el soldado esperaba, le mandó matar. Lloró la muerte de su amigo Jonatás y de su perseguidor, y compuso para lamentar aquel suceso, un cántico fúnebre que se lee en el segundo libro de los reyes.

DAVID REY DE ISRAEL.

(Año del mundo 1954.—Antes de Cristo 1050.)

CONSAGRACION DE DAVID.—Despues de haber consultado David al Señor luego que murió Saul, pasó á la ciudad de Hebron donde fué consagrado de nuevo y reconocido por rey en la tribu de Judá.

Abner, jeneral de Saul, se declaró por Isboseth, hijo de este monarca, é hizo que le reconociesen las demás tribus. Isboseth estableció su residencia en Galaad. Abner peleó con el ejército de David, mandado por Joab, y fué vencido. Azael, hijo de Joab, perseguia en su fuga al jeneral enemigo, que le instaba á que lo dejase, pero el jóven se obstinó y Abner le dió la muerte. Esta batalla no fué decisiva; la guerra continuó hasta que Abner irritado contra Isboseth, porque le habia robado una concubina, se pasó al partido de David, llevándole á su mujer Micol. Joab, deseoso de vengar la muerte de su hijo, y no habiendo podido inspirar sospechas á David contra Abner, mató alevosamente á este jeneral. David desaprobó aquella traicion, mas no pudo vengarla porque Joab era poderoso, y el nuevo rey necesitaba de su ausilio.

Privado Isboseth del jefe de su partido, perdió toda su fuerza, valor y esperanza. Fióse imprudentemente de dos traidores, llamados Baana y Recab, los cuales le sorprendieron durmiendo, le degollaron y llevaron su cabeza á David. Este los mandó aorcar en premio de su infámia. Por este acto de justicia, ejercido contra un crímen que le daba un trono, mereció la estimacion jeneral, y todas las tribus de Israel se le sometieron. Se apoderó de Jerusalem, cuya fortaleza ocupaban todavia los jebuseos, tribu cananea, la fortificó y embelleció, y la hizo capital de su reino.

Venció en dos grandes batallas á los filisteos; y cuando se hizo la paz, dispuso que se trasladase el arca de Gabaa á Jerusalem con la mayor solemnidad. Treinta mil hombres concurrieron á esta ceremonia: coros de música precedieron al arca; y cuando llegó la procesion á la capital, se puso David al frente de la comitiva cantando y bailando al son de su arpa. Micol, su mujer, mirando por una ventana, vió la regocijada danza de David, que tan mal sentaba á su carácter.

Luego que éste entró en su casa le dijo su mujer: «¡Qué hon»rado se ha mostrado hoy el rey »de Israel, descubriéndose de»lante de las criadas de sus sier»vos, y desnudándose, como si se »desnudára un bufon!» (Lib. II de los Reyes, cap. VI, v. 20.)

Vergonzoso David de habitar en un palacio de cedro, cuando el arca estaba debajo de una tienda, formó el proyecto de edificar un templo; pero el profeta Natam vino en nombre de Dios á decirle que esta gloria estaba reservada á su hijo Salomon.

David volvió á vencer á los filisteos y libertó á Israel del tributo que les pagaba. Derrotó á los moabitas y los hizo sus tributarios: venció al rey de Saba cojiéndole veinte mil prisioneros y mil setecientos caballos. Peleó contra los sirios, descendientes de Aram, uno de los hijos de Seth: los venció y se apoderó de Damasco, su capital. Hallándose en el colmo de su gloria no olvidó la amistad que le habia unido con Jonatás; y á un hijo de este príncipe, llamado Mifiboseth, que vivia pobre y oscurecido, le dió tierras, le alojó en su palacio, y le admitió á su mesa.

El rey de los ammonitas insultó á los embajadores que David le habia enviado. Este marchó contra ellos y los sirios que se les habian reunido, mató con su propia mano á Sobac, jeneral de los enemigos, y consiguió de ellos una completa victoria.

Amor criminal por Bethsabée.—Al año siguiente, mientras Joab, al frente del ejército israelita, sitiaba á la ciudad de Rabath, David se enamoró de Bethsabée, esposa de un oficial de distincion, llamado Urias, y la sedujo. Esta mujer se hizo embarazada durante la ausencia de Urias, y el rey adúltero lo mandó venir para cubrir su crímen; pero este hombre honrado y belicoso habia jurado no entrar en su casa mientras que Israel peleaba, y se volvió al ejército sin ver á su mujer. David, ciego de la pasion, escribió á Joab que enviase á Urias á una empresa peligrosa y le abandonase en la accion. El infeliz pereció y el rey casó con su viuda. El profeta Natam, bajo la parábola del rico, que robó al pobre la única oveja que tenia, afeó á David su crímen, y le anunció de parte del Señor el castigo: «El hijo »del adulterio morirá, y los des»órdenes de tus hijos castigarán »el tuyo.»

Nacimiento de Salomon.—(A. M. 2970.—A. C. 1034.)—El hi-

jo de Bethsabée murió. David espió su enorme delito con el arrepentimiento y la resignacion. Bethsabée, muerto su primer hijo, tuvo á Salomon. El rey se volvió á poner al frente de su ejército y se apoderó de Rabath.

Las predicciones de Natam no tardaron en cumplirse. Ammon, uno de los hijos de David, concibió una pasion criminal por su hermana Thamar, y la violó. Absalon, su hermano, la vengó; hizo asesinar á su hermano en un festin, y se retiró despues á los estados del rey Gessur, á fin de evitar el enojo de su padre. David lloró al hijo muerto y no queria perdonar al delincuente; pero los ruegos de Joab le volvieron á su gracia. Absalon, en lugar de correjirse, formó un partido, se rebeló contra su padre, le obligó á huir de Jerusalem y violó á sus mujeres. Las desgracias que sufria David, siendo un efecto de la voluntad de Dios, las miraba como un castigo de sus crímenes.

Un pérfido consejero, llamado Aquitofel, habia persuadido á Absalon suspendiese el ataque y matase á su padre. Cusaí, ministro mas fiel, informó á David de este proyecto é hizo que se suspendiese su ejecucion. David atravesó el Jordan, y tomó una posicion donde corria menos peligro. Absalon le persiguió y atacó, pero su ejército fué vencido y destrozado. Absalon, al huir por un bosque, quedó pendiente de un árbol á cuyas ramas se enredaron sus cabellos; Joab, que le seguia, le atravesó con tres dardos. David lamentó amargamente la muerte de su hijo y su victoria. (A. M. 2981.—A. C. 1023.) Las tribus de Judá y Benjamin se sometieron al rey: las demás, envidiosas de que hubiese establecido su mansion en Jerusalem, continuaron en la rebelion, dirijidas por Seba: Joab, le venció y mató, y todo Israel se sometió á David. Este habia quitado sus bienes á Mifiboseth, calumniado por los aduladores; pero reconocida su inocencia lo volvió á su gracia. Mas cruel fué con otros hijos de Saul; pues los entregó á los gabaonitas, sus enemigos, que los crucificaron en una montaña.

David tuvo que sostener cuatro guerras con los filisteos, mandados por cuatro jigantes. Estos fueron muertos, y sus ejércitos destruidos. El rey tributó á Dios una solemne accion de gracias por sus victorias, y compuso un cántico para celebrarlas. Mandó que se hiciese el censo

de la poblacion, y en la tribu de Judá se contaron quinientos mil hombres capaces de llevar armas; y en las demás ochocientos mil. Este acto de orgullo desagradó al Señor. Gad, su profeta, fué á decir al rey que huiria durante tres meses delante de sus enemigos, que la hambre desolaria el pais de Israel por tres años, ó que por tres dias la peste asolaria sus estados. Añadióle que Dios le dejaba en libertad para elejir uno de estos tres azotes: David se sometió al tercero, que podia tocarle á él como al último de sus vasallos; y el contajio en el espacio de tres dias se llevó á setenta mil personas. El rey se humilló ante el Señor, le ofreció sacrificios, y lo aplacó. (A. M. 2988.—A. C. 1016).

La vejez de David, y el deseo de sucederle, escitaron la ambicion de uno de sus hijos. Adonias aduló al pueblo, dió un festin á los príncipes y á los grandes, y quiso declararse rey. Pero informado David de esta empresa por Natam y Bethsabée, designó á Salomon su hijo por su sucesor, y lo hizo unjir por el gran sacerdote. Recomendóle la observancia de los mandamientos y las leyes de Dios, y le aconsejó castigase á Joab, que habia muerto á Abner, Absalon y á Amasa, habiéndole hasta entonces perdonado la vida en favor de sus antiguos servicios. Designóle en fin á otras personas, cuya conducta merecia un castigo, y á muchos, cuya fidelidad era digna de recompensa.

Muerte de David.—(A. M. 2989.—A. C. 1015). David murió y fué enterrado en Jerusalem á la edad de setenta años, despues de haber reinado siete sobre Judá solamente, y treinta y tres sobre todo Israel.

Saul habia sido el fundador de la monarquía de Israel; pero David fué el rey mas grande que tuvieron los hebreos. Soldado, jeneral, profeta, administrador y monarca, sufrido en la adversidad, fué temido de los estranjeros y admirado de sus vasallos. Espió los crímenes que las pasiones le hicieron cometer, con largos infortunios y un arrepentimiento constante. Dominó desde el Líbano al Ejipto, y desde el Mediterráneo al desierto. Con cuarenta años de victorias, aseguró cuarenta años de paz á su hijo. Los libros santos han hecho de su reino un reino milagroso; pero sin estos prodijios, y á pesar de sus enormes faltas, su vida fué una vida santa.

SALOMON.

(Año del mundo 2889. — Antes de Cristo 1015.)

Advenimiento de Salomon.— Tomó este posesion del reino de David, y para asegurar su tranquilidad siguió los consejos de su padre. Comenzó su reinado con actos de severidad. Adonias continuaba en sus proyectos ambiciosos, y para dar fuerza á su partido solicitó la mano de Abisag de Sunam, esposa de David en los últimos dias; pero Salomon, en lugar de concedérsela, envió contra él un oficial que le dió la muerte: Joab, en quien David no habia podido castigar los asesinatos de Abner y Absalon, los pagó muerto junto al altar por órden de Salomon, á quien su padre al morir habia recomendado esta venganza. Igual suerte tuvo Semei, que se habia atrevido á injuriar á David, cuando huia de su hijo Absalon. La firmeza del rey en sus principios le hizo temer de los Israelitas: los beneficios que repartió despues entre los vasallos beneméritos, le granjearon el amor universal.

Israel gozaba de una profunda paz, sometidos los pueblos de las cercanías, continuada en Salomon la amistad de David con Hiram, rey de Tiro, y enlazado el rey de Israel con el de Ejipto por el matrimonio de una hija de este con Salomon. El tesoro público se llenaba de las riquezas conquistadas á las naciones vencidas, y su opulencia se aumentaba tambien por el comercio considerable que las flotas israelitas hacian en el Mediterráneo, en los puertos del mar Rojo y sobre las costas de la India y del Africa. El poder de Salomon tal consideracion le atrajo, que Faraon, rey de Ejipto, le concedió su hija en matrimonio, dándola en dote la ciudad de Gacer.

Salomon reunió á todo el pueblo para ofrecer al Señor cerca de Gabaon un sacrificio solemne, segun el uso antiguo. Apareciósele Dios una noche en aquel sitio, y le permitió que le pidiera lo que quisiese, prometiendo que se lo cumpliria. El jóven rey no deseó larga vida, un poder absoluto, grandes conquistas ni demasiadas riquezas; —pidióle únicamente *sabiduría*. El Señor se la concedió, y en recompensa le prometió todos los bienes que no habia pedido; pero al mismo tiempo le anunció que si era infiel probaria las mayores desgracias.

JUICIO DE SALOMON.—De vuelta Salomon á su capital, no tardó en manifestar la sabiduría con que acababa de ser dotado. Dos mujeres de mala vida se presentaron un dia en su palacio, y una de ellas le dijo: «Ambas habitamos en un mismo »cuarto, y teníamos dos hijos, »ambos de tres dias de edad. Esta mujer que veis, señor, habiendo aogado á su hijo en la »cuna, se levantó en silencio y »vino á ponerlo en el sitio del »mio y me lo ha robado. Al despertarme encontré en el lugar »de mi hijo un cadáver, y al momento conocí que no era mi »niño. Os pido justicia, y espero »mandareis se me entregue.» La otra mujer sostuvo entonces que esta denuncia era una impostura, que por el contrario su acusadora era quien habia aogado á su propio hijo, y queria arrebatarle el suyo. Este negocio, para el cual no se presentaban testigos, parecia tan oscuro, que se creia imposible descubrir la verdad. El rey mandó que se le trajese un sable y el niño que disputaban estas dos mujeres. En seguida mandó á uno de sus oficiales dividiese el niño en dos mitades, y que diese una á cada mujer. Luego que el acero estuvo levantado, una de ellas se arrojó á los pies de Salomon, suplicándole perdonase la vida de este niño y lo diese mas bien á su rival; la otra mujer por el contrario, aplaudia la justicia del decreto dado contra aquella víctima inocente: entonces dijo el rey: «No morirá el niño; la »naturaleza ha hablado, y es de »la mujer que se ha opuesto á »su muerte.» La admiracion del pueblo y su asombro de tener un rey jóven tan sabio y penetrador, se espresaron con vivas y universales aclamaciones.

El valiente y victorioso David habia sufrido todas las amarguras que ofrece el trono, y dejó á su hijo Salomon el poder, los honores y los placeres. Las bases de la felicidad pública parecian entonces tan sólidas que por espacio de cuarenta años no se oyó hablar en Israel de guerra, sedicion, escasez ni indijencia; y Salomon pudó dedicarse tranquilamente á embellecer las ciudades, á acrecentar el comercio y á alentar las artes.

CONSTRUCCION DEL TEMPLO DE JERUSALEM. — (A. M. 3000. — A. C. 1004.) Su primera y principal ocupacion fué la construccion de un templo magnífico que debia contener al arca santa. David habia dado los planes para él, arreglado su distribucion

y preparado sus materiales. Salomon acabó esta obra en siete años, empleando en ella ciento cincuenta mil operarios. Los trabajos fueron dirijidos por un famoso arquitecto que el rey de Tiro habia enviado á Salomon, y que se llamaba tambien Hiram, como su príncipe.

El marfil de la India, los cedros del Líbano, los mármoles de Páros, y el oro de Ofir, adornaron y enriquecieron este célebre monumento, que fué una de las maravillas del mundo, y á cuya magnificencia concurrieron no solo los israelitas con sus brazos y dinero, sino tambien los reyes estranjeros con sus muchos presentes.

Cuando llegó el momento de la dedicacion del templo, mandó el rey que á Jerusalem concurriesen los ancianos de Israel, los príncipes de las tribus y los jefes de las familias. Con esta inmensa comitiva descendió el arca del monte Sion, y fué trasladada al templo al son de las músicas, á las cuales respondian los coros de los israelitas. Cada vez que el arca se detenia, se inmolaban víctimas. Llegaron en fin á las puertas del templo, y principiaron el canto de los salmos y los sacrificios, al sonido de las trompetas y de la armonía de los instrumentos. Cuando el arca estuvo colocada en el santuario, una nube brillante salió del tabernáculo y se derramó por todos los ámbitos del templo, anunciando la presencia del Señor. Despues que Salomon hubo recordado al pueblo las promesas y beneficios de Dios, se hicieron sacrificios, y por un nuevo prodijio se vió bajar del cielo un fuego sagrado y consumir las víctimas.

Las fiestas duraron siete dias, y la reunion del pueblo veintitres. Mandó el rey que á sus espensas se costeasen las víctimas que debian ser inmoladas en estos dias, segun la ley de Moisés, así como las que se ofreciesen en las grandes solemnidades del año. El pueblo se separó admirando la jenerosidad del rey, y bendiciendo su sabiduría.

Algun tiempo despues de la festividad se apareció Dios á Salomon y le dijo: «Acepto la mo»rada que me has edificado en »Jerusalem. Si lleno de cólera »envio algun azote á mi pueblo »en castigo de sus faltas, perdo»naré á los que estén animados »de un sincero arrepentimiento »y vengan á invocarme en mi »templo. En cuanto á tí, que te »he hecho rey, si eres fiel no »saldrá la corona de tu casa; pe-

»ro guay si quebrantas mis le»yes, y si tú y mi pueblo os en»tregais á la adoracion de los »ídolos! porque entonces quita»ré á Israel la tierra que posee, »respondré á los judios rebeldes »á que sean escarnio de todas »las naciones, y la irrision del »universo; mi mismo templo se»rá derribado, destruido, sa»queado, y de este modo las na»ciones sabrán los beneficios »que hice á mi pueblo, su ingra»titud y mi venganza!»

CONSTRUCCION DEL PALACIO DE SALOMON.—Despues de haber acabado el templo, construyó para sí un palacio magnífico. Ya David habia construido uno sobre el monte de Sion, que llamaba su ciudad. Salomon añadió á estos edificios una casa que comunicaba á entrambos palacios, y que se llamaba la casa del Líbano: estos edificios eran de una riqueza inmensa: el oro, la plata y las piedras preciosas se ostentaban por todas partes. El trono de Salomon, compuesto de marfil, enriquecido de oro, y sobre cuyas gradas se veian leones del mismo metal, estaba colocado en una inmensa galería. Allí administraba el príncipe la justicia á sus vasallos, cuyos decretos miraba el pueblo como oráculos. Salomon, sabio en astronomía y en historia natural, era célebre particularmente como moralista. Sus proverbios y parábolas aun se admiran en nuestros dias. Su poesía igualaba á la de David, y de todos los ángulos del mundo acudian para contemplar su magnificencia y consultar su sabiduría. Una princesa célebre de aquel tiempo, la reina de Sabá, vino ella misma á tributar omenaje al poder y á las luces de Salomon. (A. M. 3013.—A. C. 991.)

ESTRAVIOS DE SALOMON. — A. M. 3023.—A. C. 981.) Por muchos años estuvo empleando Salomon sus grandes riquezas en la construccion del templo, en las fortificaciones de Jerusalem, en el embellecimiento de sus ciudades, y en fin en todos los trabajos que pueden ser útiles al pueblo. Pero ¿quién es ese rey que puede resistir largo tiempo al doble veneno del poder y de la opulencia? Su orgullo destruyó muy pronto su virtud, y trató de superar en magnificencia á todas las cortes del Oriente. Sostenia en sus caballerizas doce mil caballos de mano, y cuarenta mil para sus carros, y cada dia habia que darle para la manutencion de su casa rebaños enteros y una inmensa cantidad de pescados, y perdi-

ces, y conejos, y toda suerte de caza. Habia creado muchos grandes empleos, y colmado de riquezas á una multitud de oficiales que hacian el servicio en su palacio. Al lujo siguió la corrupcion; y muy pronto creyó conveniente á su magnificencia tener un gran número de esposas y queridas; llegando el número á mil, y entre las cuales setecientas tenian el nombre de reinas, y trescientas el de concubinas. Con desprecio de las órdenes que el Señor habia dado á Moisés, Salomon se entregó á mujeres moabitas, ammonitas, idumeas, sidoneas y hetheas. El amor que le inspiraron las idólatras estravió su espíritu y corrompió su corazon; y el primer rey que edificó un templo al verdadero Dios, acabó por quemar un incienso sacrílego al pie de los altares de Astarthé, de Moloch y de Camos.

Su castigo.—Cada una de las mujeres de Salomon adoraba á su Dios, y Salomon á los dioses de todas sus mujeres. Irritado el Señor de su desobediencia, resolvió castigarle; y este castigo, que se estendió sobre sus sucesores, y sobre sus vasallos, dividió la monarquia y acabó por arruinarla enteramente.

Sumido el rey en la embriaguez de los deleites, fué despertado de repente por la voz de Dios que le recordó sus promesas y sus amenazas, y le dijo: «He »roto la alianza que habia he»cho contigo; has desonrado »mi nombre y escandalizado mi »pueblo. Dividiré tus estados y »distribuiré la mayor parte á tus »vasallos; tus desórdenes mere»cen que yo te hiciese testigo de »esta venganza; pero en memoria »de David, la suspendo hasta tu »muerte. Tu hijo pagará tus »iniquidades, pero no perderá »el trono totalmente. Yo le de»jaré una tribu y la ciudad de »Jerusalem. Esta será en adelan»te la única herencia de la casa »de David.»

El arrepentimiento de Salomon no es tan conocido como sus faltas. A poco murió; pero antes de terminar su carrera, la sublevacion de Adad, príncipe de los idumeos, que sublevó la Siria y la hizo independiente, bajo las órdenes de Rasan, y arrojó de allí á los israelitas, debió anunciar á este desgraciado rey que los decretos del cielo no tardarian en ejecutarse. Tiempo habia que la tribu de Efraim estaba descontenta porque Salomon habia forzado á muchos de sus individuos á ir á habitar á Jerusalem para poblar los nue-

vos cuarteles que acababa de edificar. Un hombre poderoso de esta tribu, llamado Jeroboam, á quien el rey habia encargado la administracion de las rentas de las tres tribus, se aprovechó de la disposicion de los espíritus de sus compatriotas para preparar una revolucion, y particularmente se determinó á hacerla á instigacion del profeta Ahias que le encontró cerca de Jerusalem. Este profeta rasgó su melota ó manto en doce pedazos y le dijo: «Toma diez para tí, y oye »lo que dice el Señor. Yo divi»diré el reino de Salomon, te »daré diez tribus, y una sola le »quedará á él; de este modo cas»tigaré su idolatría.»

Muerte de Salomon.—(A. M. 3029.—A. C. 975). El soberbio israelita, entusiasmado por este oráculo, se dirijió á su tribu y se puso á la cabeza de los descontentos, que dirijieron al rey reconvenciones y amenazas. Salomon, abrumado por las noticias que le anunciaban la ruina de su casa, murió á la edad de sesenta y cuatro años, poco tiempo antes de la sublevacion y huida de Jeroboam. Se le enterró en la ciudad de David.

Este monarca célebre, cuya sabiduría aun se admira, y cuya locura se criticará eternamente, dió á los hombres preceptos que han repetido sin cesar, y ejemplos que han seguido muy á menudo. Su elevacion y su caida, su grandeza y su humillacion, ofrecen á los reyes las lecciones mas útiles que pueden hallarse en la historia de los pueblos. Su vida les presenta al mismo tiempo la gloria que dan la ciencia y la virtud, y el desprecio y las desgracias que caen sobre el hombre degradado por las pasiones. Salomon en su juventud era sabio, justo y piadoso: fué adorado por sus vasallos, temido por sus enemigos, y considerado por todos los reyes del Oriente como su señor y su modelo. Embriagado por el poder en sus últimos años, corrompido por la riqueza, enervado por los placeres y estraviado por la idolatría, vió á sus vecinos abandonar su alianza, y á las naciones vencidas sacudir su yugo; apuróse la paciencia de su pueblo, subleváronse sus vasallos, su trono se undió, y en fin, por última desgracia dejó al morir para gobernar su reino, á un hijo pervertido con sus ejemplos, y mas capaz de precipitar la ruina de Israel, que de retardar su caida.

CAPITULO V.

DESDE EL CISMA DE ISRAEL HASTA LA TRANSMIGRACION DE BABILONIA.

Roboam, rey de Judá. — Jeroboam, rey de Israel. — Su idolatría y castigo. — Abias, rey de Judá. — Sus victorias. — Aza, rey de Judá. — Baasa, rey de Israel. — Reinado de Acab. — Profecía y huida de Elias. — Crímen de Acab con Nabot. — Reinado de Ocozias. — Joas, rey de Judá. — Ascension de Elias. — Milagros de Eliseo. — Amasias, rey de Judá. — Muerte del profeta Eliseo. — Reinado de Oseas. — Celebracion de la pascua. — Reinado de Manasés. — Reinado de Josias. — Derrota de Josias. — Invasion de Nabucodonosor. — Desastre y ruina de Jerusalem.

ROBOAM, REY DE JUDA. — JEROBOAM, REY DE ISRAEL.

Roboam, hijo de Salomon y de Naama, subió al trono á la edad de cuarenta y un años. Luego que su padre murió, fué reconocido sin disputas, y proclamado rey por la tribu de Judá, en la cual se habia refundido hacia mucho tiempo la de Benjamin; pero las otras tribus que dirijia Efraim, siendo esta la mas fuerte y sediciosa de todas, pretendian haberse sujetado condicionalmente á la familia de David. Temiendo la predileccion de la familia reinante á la tribu de Judá, á que pertenecia, se reunieron en Siquem. Salomon los habia agobiado con impuestos para embellecer á Jerusalem y sostener su lujo y sus queridas. Por lo tanto resolvieron no reconocer á Jeroboam, sino despues de haber obtenido de él garantías para sus derechos y libertad. Sus diputados llevaron al rey las quejas, y le suplicaron suavizase su suerte. Los antiguos ministros de Salomon aconsejaron al nuevo rey disimulase su descontento, y asegurase primero su autoridad, cediendo por el momento á la demanda de sus vasallos; pero este príncipe, enchido con el orgullo que presta un trono, so-

lo escuchó los consejos de los presuntuosos y aduladores cortesanos que le rodeaban. Respondió á las diez tribus, que sabria contenerlas en el deber, que les enseñaria á no volverle á dictar leyes, y que castigaria su audácia redoblando las contribuciones que su padre les habia impuesto; y en fin, llevó la imprudencia y la dureza hasta el punto de decirles: «Si mi padre »os azotaba con varas como á »niños, yo os azotaré como á es»clavos.» A estas palabras estalló la revolucion, y las tribus le respondieron: «Aun no eres »nuestro rey, y nunca lo serás. »Las tribus de Judá y de Benja»min, pueden continuar tomán»dote por amo; pero nosotros, si »tomamos un rey, es para que »nos gobierne como padre; y por »lo tanto, le elejiremos fuera de »la familia de David. Reina en»orabuena en Jerusalem; nos»otros nos volvemos á Siquem y »á nuestras tiendas, para delibe»rar sobre el establecimiento de »nuestra monarquía.» Roboam, reconoció demasiado tarde las barbaridades que habia cometido. Quiso entrar en negociaciones, y comisionó á Abiran, uno de sus oficiales, para calmar al pueblo con promesas, pero ya no era tiempo. Lo que los reyes conceden voluntariamente á sus vasallos, escita su amor, como prueba de bondad; lo que se ven obligados á cederles, prueba únicamente su debilidad y no inspiran mas que desprecio.

Luego que Abiran se presentó á los israelitas con su comision, cayeron sobre él y le apedrearon. Despues de semejante violencia no habia que intentar reconciliacion. Atemorizado Roboam perdió toda esperanza. Abandonó el lugar de la asamblea, y subió precipitadamente á un carro para volver á Jerusalem.

Esta revolucion, obra de un momento, se consolidó por el odio que habia causado; y la division de los dos reinos duró hasta su completa ruina.

Reunidas las diez tribus en Siquem, se ocuparon de la eleccion de un príncipe. Jeroboam, de la tribu de Efraim, perseguido en otro tiempo por Salomon, llegaba entonces de Ejipto. Su poderosa tribu llevaba tras sí la mayor parte de los sufrajios; las otras tribus se reunieron á ella, y casi por unanimidad fué electo rey de Israel. Así se cumplió la prediccion de Ahias; y Jeroboam, de vasallo fujitivo llegó de repente á ser igual á su señor, y mas poderoso que él. (A. M. 3030.—A. C. 974.)

El rey de Judá escitó al pueblo, que le habia permanecido fiel, á tomar su defensa. Reunió ciento ochenta mil hombres y marchó contra su rival; pero Semehias, profeta enviado de Dios, se adelantó al frente del campamento, y en presencia del rey habló al ejército de esta manera: «Oid lo que ha dicho el Señor á »la casa de Judá, á la de Benja»min y á sus príncipes: no va»yais á combatir á vuestros her»manos los hijos de Israel; sepá»rese este grande ejército; vol»ved á vuestros ogares, y sabed »todos que yo, árbitro soberano »de los reinos, he dispuesto del »de Israel en favor de Jero»boam.»

Estas palabras proféticas cambiaron el espíritu del ejército y de las tropas. El mismo rey se resignó á las órdenes de Dios. Volvieron todos á Jerusalem; y Jeroboam, que se apresuraba á fortificar la montaña de Efraim y á reunir los medios necesarios contra un ataque tan poderoso, solo se ocupó de la consolidacion de su trono y de la tranquila administracion de su pueblo.

Su idolatria y castigo.—Jeroboam debia su trono á la Providencia; pero el temor de perder sus estados lo hizo infiel á su relijion, y por una falsa política se dió á la impiedad. Temió que el templo de Dios, que estaba en Jerusalem, las solemnidades de las fiestas, el respeto al arca santa, y además la costumbre, trajesen á sus vasallos á la capital del reino de Judá. Resolvió pues, romper este último lazo que ecsistia entre las dos naciones, y creyó que la oposicion entre los cultos afirmaria la separacion de los pueblos. Por lo tanto construyó dos becerros de oro y colocó el uno en Dan y el otro en Bethel: privó de los derechos sacerdotales á los levitas y descendientes de Aaron; creó nuevos sacerdotes, y persuadió al pueblo que adorase á aquellos ídolos, con una facilidad que esplica suficientemente la inconstancia de los israelitas, que ya en el desierto y á la vista de Moisés habian adorado el becerro de oro.

En el momento que este príncipe ofrecia su primer sacrificio á los dioses falsos, se presentó un profeta y esclamó: «Altar, »altar, oye lo que dice el Señor: »Nacerá en la casa de David un »hijo llamado Josias. Este prín»cipe inmolará sobre tí los sa»cerdotes sucesores de los que so»bre tus aras queman hoy un in»cienso profano. En prueba de

»esta verdad, este altar va á rom»perse en vuestra presencia.» Furioso el rey con esta audácia, estendió la mano para mandar prender al temerario; pero su mano se secó al momento, el altar se desplomó y cubrió el pavimento con sus pedazos y con la ceniza de los olocaustos. Jeroboam, castigado y tullido, manifestó arrepentirse, pidió y obtuvo del profeta su curacion; mas no por eso se corrijió de su idolatría. Los levitas que moraban en los estados de Jeroboam abandonaron á este príncipe impío, y se refujiaron á Jerusalem, igualmente que los israelitas perseguidos por Jeroboam á causa de la relijion; y así la poblacion de Judá se aumentó con tanta rápidez, que Roboam pudo edificar quince ciudades y formar un ejército numeroso.

La fuerza y riqueza de su pueblo podian haberle hecho olvidar sus primeras desgracias; pero se atrajo otras nuevas imitando la corrupcion de su padre, su lujo, su intemperancia y aun su idolatría. Seducido por sus mujeres, y sobre todo por la reina Maaca, erijió altares á los ídolos en presencia del arca santa.

Sezac, rey de Ejipto, fué el instrumento de las venganzas de Dios. A la cabeza de un grueso ejército cayó de repente sobre el reino de Judá que Roboam no supo defender. El rey de Ejipto llegó muy luego á las puertas de Jerusalem. El profeta Semehias anunció al rey Roboam que Dios le abandonaba; pero penetrado de su sumision, aplacó al Señor, que prometió tenerle compasion todavia, y sin consumar su ruina, someterlo únicamente por cierto tiempo al rey de Ejipto.

Sezac entró vencedor en Jerusalem: no permitió á sus soldados asesinatos ni violencias. Respetó el templo de Dios y todo lo que estaba destinado á los sacrificios; pero se apoderó del tesoro de Salomon, de los famosos escudos de oro que habia mandado hacer este monarca, y cargado de estas riquezas dejó el trono á Roboam y volvió triunfante á su imperio.

El rey de Judá, castigado con esta terrible leccion, pareció haberse convertido; pero al cabo de algunos años volvió otra vez á sus estravíos. El fin de su reinado, que duró en todo dieziseis años, está señalado con pocos acontecimientos. Las guerras casi contínuas que se hicieron Judá é Israel durante este tiempo, no tuvieron otro resultado que el sufrimiento de los pobres

pueblos. Roboam murió de cincuenta y ocho años y fué enterrado en Jerusalem. No tenia la gloria ni los talentos de su padre, pero heredó sus vicios, sus debilidades y sus infortunios.

Se ha visto ya por la elevacion de Salomon, que el trono era hereditario en la familia, pero no en la línea primojénita, y que los reyes se reservaban el derecho de elejirse un sucesor entre sus hijos.

REINADO DE ABIAS, REY DE JUDA. —(A. M. 3046.—A. C. 958.) La eleccion de Roboam cayó sobre Abias, hijo de Maaca, el único entre todos que, independientemente de su amor á su madre, juzgaba mas digno del trono. Su predileccion era merecida. Abias mostró siempre tanto valor como prudencia; y la estimacion del pueblo justificó la eleccion del rey.

Abias señaló el principio de su reinado con una victoria sobre Jeroboam. Este estreno prometia una vida gloriosa, pero la muerte interrumpió su curso. Reinó nada mas que tres años, y este corto tiempo hubiera podido servir de modelo á sus sucesores, si hubiese sabido resistir al ejemplo de su padre, y no se hubiese dejado arrastrar de los errores de la idolatría.

Jeroboam amaba particularmente á uno de sus hijos, que se llamaba tambien Abias. Este jóven, de edad de dieziseis años, cayó peligrosamente enfermo. El rey, temiendo perderle y no atreviéndose á causa de su idolatría á mandar llamar al profeta Abias, encargó á la reina su mujer le consultase sin darse á conocer. Esta desgraciada madre corrió á Silo disfrazada, pero halló al profeta que la esperaba á su puerta y que la dijo sin darla tiempo de hablar: «Entra, mujer »de Jeroboam: ¿por qué te ocul»tas? Oye lo que dice el Señor, y »refiere fielmente estas palabras »á tu esposo: Te he sacado de la »multitud para establecerte rey »en Israel; sobre tu casa haré »caer el azote de mi cólera; no »perdonaré á ningun hombre de »esta familia impía; esterminaȓré desde el anciano hasta el ni»ño de pecho, y purgaré á Israel »de la sangre de Jeroboam. Los »que de esta casa mueran en la »ciudad, serán comidos por los »perros; y los que perezcan en »el campo servirán de pasto á »las aves del cielo. Aora vuélve»te, esposa de Jeroboam, á tu pa»lacio; y en prueba de la verdad »de mis predicciones, sabe que »tu hijo morirá en el momento »en que pongas el pie en Siquem.»

Cumplióse todo lo que habia dicho el profeta. Jeroboam, aunque agobiado de dolor, se ostinó en su estravío, y arrostró la cólera del cielo. Entonces fué cuando Abias, rey de Judá, vino á atacarlo. Jeroboam al frente de ochocientos mil hombres marcho ácia él. Los dos rivales se encontraron en los alrededores de Semeron, en la tribu de Efraim. El ejército de Israel era mas numeroso dos veces que el de Judá. Abias, adelantándose entre los dos campamentos, echó en cara á Jeroboam su infidelidad y sus blasfemias, y le declaró para animar á su pueblo, y espantar á sus enemigos, que venia á combatir á Israel por órden y bajo la proteccion del verdadero Dios. Jeroboam, confiado en sus fuerzas, despreció estas palabras y comenzó el combate. Poco tardó Judá en ser envuelta, y su perdicion parecia inevitable; pero el Señor se puso del lado del mas débil. El rey Abias y sus oficiales arrojan grandes gritos é imploran los ausilios del cielo, y los sacerdotes hacen resonar sus trompetas. El Altísimo esparce el terror en el alma de los israelitas, los cuales huyen en vez de combatir. Antes de concluirse el dia, habian muerto quinientos mil, y Abias se apoderó de las importantes plazas de Sezanna, Efron y Bethel con su territorio.

Vencido Jeroboam, no por eso se desalentó ni convirtió. Recojió los restos de su ejército y fortificó las ciudades que le quedaban. Abias, debelado por la victoria y seducido por el amor, le dejó tiempo de respirar. El rey Jeroboam, ya viejo, reinaba hacia veinte años, cuando Aza sucedió en Jerusalem á su padre Abias. Jeroboam quiso tambien asegurar el trono á su hijo Nadab, y prevenir las turbulencias de una eleccion: asocióle pues á la corona, y le hizo reconocer por las diez tribus como el único y lejítimo heredero del trono. Un año despues murió devorado de tristeza y remordimientos, dejando al mundo un recuerdo vergonzoso y un funesto ejemplo.

Aza, rey de Juda.—El reinado de Aza fué largo y glorioso: este rey poseyó las virtudes de Salomon, sin ninguna de sus flaquezas. Hizo buscar y destruir todos los ídolos que habia en Judá, y hasta el altar en que sacrificaba su abuela Maaca, mujer de Roboam. El templo de Jerusalem se llenó nuevamente de ricos presentes y de zelosos adoradores. Desterró los vicios y la

ociosidad, rodeó á Jerusalem de fuertes murallas y torres, y construyó muchas fortalezas en las fronteras de sus estados.

Zara, rey de Etiopia, pasó el desierto con un poderoso ejército para conquistar á Judá. Aza, confiado en el Señor, le atacó en el valle de Séfora, le venció y le persiguió hasta Jerara, donde acabó de esterminar sus tropas. La Escritura dice que Zara contaba un millon de hombres armados, y que ninguno se libró de la muerte.

Lejos de ensoberbecerse Aza con esta victoria, pensó en probar únicamente su reconocimiento al que se la habia dado. Reunió todos los judios, cuya poblacion se aumentaba incesantemente por una multitud de israelitas de las tribus de Manasés, de Efraim, y de Simeon, atraidos por la santidad del arca y las virtudes del rey de Judá.

Hizo grandes sacrificios y renovó la alianza con el Señor; pero al confirmar sus leyes contra la idolatría, tuvo ciertos miramientos con una antigua costumbre de los judios, permitiéndoles continuar haciendo sacrificios en los parajes altos, cuyo uso debió cesar despues de la construccion del templo de Salomon. El profeta Azarias, vino por este tiempo á ver al rey de parte del Señor. Anuncióle que las bendiciones de Dios se estenderian sobre Judá mientras que el pueblo fuese fiel como su rey; pero le predijo que sus sucesores volverian á caer en la idolatría, y que los judios serian castigados por ella con una larga dispersion, durante la cual no tendrian ni príncipes, ni templos, ni pontífices.

Interin Aza ocupó el trono, estaba contínuamente en guerra con Baasa, rey de Israel, cuyos esfuerzos contra Judá fueron vanos. El rey de Israel, despues de largas y vanas tentativas, consiguió en fin apoderarse de Rama, cerca de Bethlehem y de Jerusalem; y como esta ciudad estaba sobre una altura y á la cabeza de un desfiladero estrecho, se apresuró á fortificarla, con el fin de privar á Judá de toda comunicacion y comercio con los paises vecinos. Atemorizado Aza de este proyecto, envió ricos presentes á Benadad, rey de Siria, para que rompiese la alianza que habia contraido con el de Israel. El rey de Siria accedió á los votos de Aza, y juntó sus tropas con las de él. Batidos los israelitas, perdieron las ciudades de Ahion, Dan y Abelmaim. Rama fué abandona-

da, y el rey de Judá empleó los materiales que debian servir para ella, en fortificar á Gabaa y Masfa. El profeta Ananias vino entonces á reprender al rey Aza por haber solicitado la alianza de los sirios, y desconfiado de la proteccion de Dios, quien solo le hubiera bastado para vencer á los etiopes. El rey castigó el atrevimiento del profeta y lo envió á la carcel. Poco tiempo despues cayó enfermo, estando en el año de su reinado; y la Escritura refiere que murió por haber confiado mas bien en los médicos que en el Señor. (A. M. 3090.—A. C. 914.)

Mientras que Judá gozaba de la tranquilidad bajo el cetro de un rey virtuoso, que por espacio de cuarenta años habia procurado su gloria y su felicidad, Israel era el teatro de todos los desórdenes y de todas las escenas sangrientas que producen siempre la injusticia, la debilidad y la inconsideracion. Nadab, tan impío como su padre Jeroboam, no tuvo ninguno de sus talentos, y heredó solo sus vicios. No podia gobernar sus vasallos, y queria conquistar á sus vecinos.

Reinado de Baasa.—(A. M. 3077.—A. C. 927.) En el momento que sitiaba á Guebeton, ciudad de los filisteos, Baasa, israelita de la casa de Isacar, se puso á la cabeza de una conjuracion y le mató; y ascendido que hubo al trono, hizo perecer á toda la raza de Jeroboam, cumpliéndose de este modo la prediccion del profeta Ahias Silonita.

Este Baasa era aquel cuyo ejército habia batido el rey de Judá, como acabamos de decir: su reinado, que duró veinticuatro años, fué el de la injusticia, de la prostitucion y de la idolatría. El profeta Jehu le anunció la venganza del Señor, y le predijo que su casa seria destruida como la de Jeroboam. El rey mandó matar al profeta, y poco tiempo despues murió él mismo.

Ela, su hijo, le sucedió; y ningun acontecimiento notable señaló este nuevo reinado, que duró únicamente dos años. Zambri, uno de sus jenerales, le asesinó en el momento que se entregaba á la crápula, y todos los de su familia fueron degollados, como lo habia anunciado Jehu.

Zambri reinó únicamente siete dias. Amrí, que mandaba el ejército de Isrgel, marchó contra su corte, y le fué á sitiar á Terza, en donde estaba encerrado. Viendo Zambri que la ciu-

dad estaba tomada, puso fuego al palacio y espiró en las llamas.

Dos concurrentes se disputaron entonces el trono de Israel. Tebna era el rival de Amrí; pero su partido fué vencido; pereció y dejó á Amrí por único poseedor del trono. Este hizo edificar á Samária sobre una montaña que habia comprado. (A. M. 3092.—A. C. 912.)

Sus combates fueron sin gloria, sus leyes sin justicia, sus pasiones sin freno. Diferencióse únicamente de sus antepasados en la atrocidad de sus crímenes. Despues de doce años de reinado, murió en Samária, y le sucedió su hijo

ACAB.

Luego que Acab subió al trono de Israel, se casó con Jezabel, hija de Ethbaal, rey de los sidonios. Esta mujer impelió á su marido á toda especie de crímenes. Uno de ellos fué haber construido en Samária un templo á Baal, á quien adoró. Irritado el Señor de la impiedad de Acab, le envió al profeta Elias para anunciarle una larga sequedad que solo cesaria á la voz del profeta. Acab quiso castigarlo; pero Elias se marchó y se ocultó cerca del torrente de Caritz. Los cuervos le llevaban el alimento que necesitaba. Todo el pais de Israel se vió afligido con una grande sequedad que produjo una hambre espantosa. Elias se retiró á Sarepta en casa de una pobre viuda. Esta no poseia mas que un puñado de arina en una orza y un poco de aceite en una alcuza; pero mientras que Elias permaneció en su casa, la orza estuvo siempre llena de arina y la alcuza nunca se agotó. El hijo de la pobre viuda murió; Elias se tendió sobre él, invocó al Señor y lo resucitó.

Acab, vencido por la plaga que castigaba á su pueblo, hizo buscar por todas partes al profeta Elias; pero la reina *Jezabel*, mas irritada que arrepentida, mandó matar á todos los profetas de Dios. Elias, arrostrando su cólera, se presentó al rey, le dijo que reuniese el pueblo, y desafió á los profetas de Jezabel para que probasen la divinidad de Baal. Aceptaron este desafio. Matáronse dos bueyes; los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal colocaron uno de estos bueyes sobre trozos de leña delante del altar, pero sin poner fuego debajo. Elias hizo lo mismo para el otro buey, al pie de un altar hecho de doce piedras, que habia levantado al Señor.

Los sacerdotes de Baal dirijieron en vano súplicas á su ídolo; Baal permaneció sordo y mudo. Elias invocó al Señor, y el fuego del cielo cayó sobre el olocausto y le consumió. El pueblo, convencido por este milagro, siguió las órdenes de Elias y asesinó á todos los profetas de Baal. Elias invocó nuevamente á Dios, la lluvia cayó del cielo y cesó la hambre.

Furiosa Jezabel con la muerte de sus profetas, quiso matar á Elias, el cual se salvó al desierto, y se ocultó por espacio de cuarenta dias en el fondo de una caverna de la montaña de Horeb. (A. M. 3097.—A. C. 907.)

Mandóle Dios que saliese de allí para ir á Damasco á fin de unjir á Azael, como rey de Siria, á Jehu, como rey de Israel, y á buscar al labrador Eliseo para que le remplazase como profeta.

Elias ejecutó sus mandatos. Despues de haber unjido á los dos reyes, encontró á Eliseo que labraba sus campos, y le cubrió con su manto. Eliseo abandonó entonces á su familia, á sus bienes y á sus ganados, y siguió á Elias.

Benadad, rey de Siria, vino á caer sobre Israel con un numeroso ejército. No habiéndole podido Acab mover con su sumision, se puso á la defensiva; y segun el parecer de un profeta del Señor, hizo que se principiase el ataque por sus criados y por los de los príncipes de Israel. El terror se apoderó de los sirios, que tomaron la huida. Acab los persiguió, y un gran número de ellos perecieron. Despues volvieron con fuerzas mucho mas considerables, ocupando todas las llanuras, y evitando todas las montañas, cuyo dueño creian que fuese esclusivamente Dios; pero el Altísimo, para probar que era tambien Dios de los valles, les hizo perder una gran batalla en que Acab les mató cien mil hombres.

Despues de esta victoria, el rey de Israel hizo alianza con el de Siria en desprecio de las órdenes de Dios. Todavia un crímen puso el colmo á sus iniquidades: queriendo comprar una viña que se encontraba cerca de su palacio, Naboth, que era su propietario, se negó á ello. Jezabel se vengó de su debilidad, sedujo á varios testigos falsos, que acusaron á Naboth de blasfemias y palabras sediciosas.—Naboth fué condenado y apedreado, y Acab se apoderó de su viña. El profeta Elias le vino á ver y le anunció de parte del Señor que toda su familia seria

esterminada, y que el cuerpo de Jezabel seria comido por los perros.

Algun tiempo despues Acab, queriendo recobrar de los sirios la ciudad de Ramoth, hizo alianza con Josafat, rey de Judá. Los dos reyes marcharon contra Benadad; pero antes de combatir, quisieron consultar al profeta Miqueas, quien les dijo que los sirios serian vencidos, pero que el rey Acab pereceria en el combate. Miqueas fué enviado á la cárcel para esperar en ella el efecto de su profecía. Dióse al punto la batalla. Acab se disfrazó y Josafat estaba cubierto con sus armas, y revestido con sus ornamentos reales, lo cual atrajo desde luego sobre este todos los esfuerzos de los sirios. Pero sucedió que un hombre, habiendo tendido su arco y tirado una flecha al acaso, hirió al rey de Israel y le atravesó el pecho. Josafat persiguió á los enemigos. Acab murió despues de veintidos años de reinado, y Ococias, su hijo, reinó en su lugar.

El reinado de Josafat, rey de Judá, fué lleno de virtudes, pero vacío de acontecimientos. Este príncipe siguió las leyes de Dios, hizo florecer la justicia, protejió el comercio, conservó la paz con sus vecinos, é hizo feliz á su pueblo. Su tranquilidad fué turbada únicamente por la invasion de los ammonitas y de los moabitas; pero los destrozó y entró triunfante en Jerusalem con un inmenso botin. La pérdida de una escuadra que enviaba á Ofir fué la única desgracia que probó. Despues de haber reinado veintiseis años dejó el cetro á su hijo Joram.

Este empezó dando muerte á todos sus hermanos para quitarles las grandes propiedades que Josafat les habia dejado. Casó con Atalia, hija de Acab: y á su inumanidad propia añadió la idolatría á que le inclinó su mujer; y una gran parte del pueblo imitó su impiedad. Venció á los idumeos rebelados; pero los filisteos y árabes penetraron en su reino, robaron su palacio y se llevaron esclavos á sus hijos y mujeres, dejándole solamente el mas jóven; poco despues se cubrió todo su cuerpo de úlceras y murió;—castigos de sus maldades profetizados por Elías. No se le hicieron honores fúnebres, ni fué enterrado en el sepulcro de los reyes. Habia reinado ocho años;—sucedióle Ococias el menor de sus hijos.

Este siguió los consejos de su madre Atalia y el mal ejemplo de su padre. Hizo alianza con

Joram, rey de Israel, hermano y sucesor de Ococias, el hijo de Acab, y marchó contra los sirios. En una batalla fué herido Joram, y el rey de Judá le acompañó á Samária durante su enfermedad. Jehú, unjido rey de Israel por Elias, se hizo dueño del reino, atacó la capital y esterminó toda la familia de Acab. Ococias fué envuelto en la ruina jeneral. Sabiendo Atalia este infausto suceso, se apoderó del reino de Judá dando la muerte á todos sus nietos, escepto á Joás, que libertado por Josabet, mujer del gran sacerdote Joyada, se crió ocultamente en el templo. (A. M. 3120.—A. C. 884.)

Ascension de Elias.—En este tiempo Elias y Eliseo venian de Gálgala. Elias tocó las aguas del Jordan con su manto; las aguas se dividieron, y los dos profetas pasaron el rio á pie enjuto: Elias dijo en seguida á Eliseo: «Pídeme lo que quieras á fin de »obtenerlo para tí antes de de»jarte.» Eliseo le suplicó lo animase con su doble espíritu. Continuaron luego su camino, y de repente se apareció un carro y unos caballos de fuego, los separaron uno de otro, y el profeta Elias subió al cielo enmedio de un torbellino. Cojiendo Eliseo el manto que le habia arrojado Elias, volvió atrás, hirió con él las aguas del Jordan, que se separaron y le dejaron pasó libre. Entonces reconoció que estaba en él el espíritu de Elias. En seguida hizo muchos milagros; dulcificó y saneó las aguas de Jericó, que eran muy corrompidas. Una cuadrilla de muchachos de Bethel lo insultaron; él los maldijo, y al momento los osos se arrojaron sobre ellos y mataron cuarenta y dos.

Joram, rey de Israel, juntó sus tropas á las de Josafat para marchar contra los moabitas que fueron derrotados, como lo habia anunciado á los dos reyes. Eliseo, protejido de Dios como el profeta Elias, resucitó el hijo de una sunamita que le habia ospedado en su casa, y curó la lepra á un jeneral sirio, llamado Naam, haciéndole tocar por el rey de Israel. Eliseo hizo subir á flor de agua un hacha de hierro que se le habia caido á un leñador en el rio. Descubrió en seguida al rey de Israel todos los proyectos del rey de Siria. Irritado Benadad envió un asesino para matar al profeta; pero Eliseo, á quien Dios habia rebelado este secreto, hizo detener y perecer al asesino. Los sirios fueron vencidos despues por los israelitas. El profeta predijo, en

fin, la muerte de Benadad, y el reinado de Azael en Siria. El suceso verificó pronto su prediccion.

Despues de la muerte de Josafat y de Joram, reyes de Judá, hemos visto que Ococias habia subido al trono de Jerusalem y que fué envuelto en la ruina de Israel: aora conviene decir con mas detalles cómo sucedió este acontecimiento. El profeta Eliseo, por órden del Señor, habia unjido á Jehú diciéndole: «Dios te dá el trono de Israel; »estermina á toda la casa de A»cab, y venga el nombre del Se»ñor y sus profetas con la muer»te de Jezabel.

Habiendo comunicado Jehú esta órden del Señor á los oficiales del ejército, entraron con él en una conjuracion contra Joram. Este príncipe, como hemos dicho, habiendo sido herido por los sirios, se habia detenido en Jezrahel para curarse de sus heridas. Jehú con su tropa vino á cercar la ciudad. Los reyes de Israel y de Judá, Joram y Ococias, fueron á él para proponerle la paz; pero Jehú blandió su arco y con su flecha atravesó el corazon de Joram. Por órden suya se arrojó el cuerpo de este príncipe al campamento de Naboth. Ococias quiso huir, pero fué cojido y asesinado. Jehú entró en la ciudad: Jezabel, vestida soberbiamente, estaba á la ventana del palacio: esta dirijió palabras insultantes á Jehú, que la mandó precipitar del balcon. La cabeza de esta reina idólatra se rompió en las piedras, y los perros devoraron su cuerpo. (A. M. 3120.—A. C. 884.) El cruel Jehú hizo despues cortar la cabeza á setenta hijos de Acab, á sus sacerdotes, á sus partidarios y tambien á los hermanos de Ococias.

Jehú apoderado ya del trono, dispuso una fiesta solemne en honor de Baal. Todos los adoradores de este falso Dios concurrieron á ella; y cuando ya estaban todos reunidos en el templo, los hizo degollar al pie de su ídolo, que despues quemó.

JOAS, REY DE JUDA.—El rey de Israel habia de este modo destruido en sus estados el culto de Baal, pero se continuó adorando á los becerros de oro, que estaban en Bethel y en Dan. Satisfecho sin embargo el Señor de la conducta de Jehú, le prometió que sus hijos se sentarian sobre el trono de Israel hasta la cuarta jeneracion: su reinado duró veintiocho años. El fin de este fué turbado primero por sus es-

travíos, y en seguida por las victorias del rey de Siria, Azael, que asoló todo el reino. Jehú murió en Samária y tuvo por sucesor á su hijo Joacaz.

Atalia reinaba en Judá siete años. Instruido el gran sacerdote Joyada del odio que inspiraba al pueblo la tiranía de aquella mujer, reunió tropas en el templo, armó los levitas y proclamó rey al niño Joás. Atalia, informada del suceso, acude al templo, creyendo que solo era una sedicion fácil de apagar, entra, ve al rey en el trono rodeado de sacerdotes, y reconoce á su nieto víctima libertada de su puñal. La alegría y los gritos del pueblo le anuncian su suerte. Ella rompe sus vestiduras, clamando: «Traicion!» Joyada manda que la echen del templo, y una muerte violenta terminó su reinado y sus crímenes.

El pueblo corre al templo de Baal, derriba sus altares, rompe sus imájenes, dá muerte al gran sacerdote Matham á los pies de su ídolo, y conduce en triunfo á Joás á su palacio. Tenia siete años cuando comenzó á reinar. Dirijido por los consejos de Joyada, gran sacerdote, gobernó por mucho tiempo con sabiduría, hizo ejecutar las leyes, y Judá gozó de una profunda paz. Pero esta felicidad desapareció con el gran sacerdote, que murió de ciento treinta años. Joás se entregó á sus cortesanos, les prodigó los tesoros que la piedad del pueblo habia reunido para restablecer el culto divino, se dejó corromper por la adulacion, abandonó la ley del Señor, que mortificaba sus inclinaciones viciosas, y se entregó á todas las prostituciones propias de la idolatría. El gran sacerdote Zacarias, hijo de Joyada, quiso reprimir sus desórdenes; pero Joás, olvidado de que á su padre le era deudor del trono y de la vida, le mandó matar. No tardó en sufrir el castigo de su feroz ingratitud: los sirios entraron en su reino, hicieron gran matanza en las principales familias, saquearon á Jerusalem, y se llevaron á Damasco un inmenso botin. Las fuerzas del rey de Siria eran cortas: las de Joás eran mucho mas considerables, mas no supo emplearlas; el pueblo indignado le dió la muerte.

Amasias rey de Juda. — (A. M. 3165.—A. C. 839.) Amasias su hijo y sucesor, mandó hacer un censo, y de él constó que su reino podia poner en campaña trescientos mil combatientes. Restituyó á las leyes su vigor y restableció la disciplina en el

ejército. Venció á los idumeos en el valle de las Salinas, les hizo diez mil prisioneros, los mandó degollar á todos; y con una ceguedad inesplicable, rindió adoraciones á los ídolos de los vencidos, de que se habia apoderado. Ensoberbecido por su victoria, atacó á Joás, hijo y sucesor de Joacás, rey de Israel, y fué vencido y hecho prisionero en la batalla de Bethsames. Joás se apoderó de Jerusalem, derribó sus murallas y se llevó á Samária los tesoros del templo y del palacio. Amasias reinó sin virtudes y sin gloria, y pereció como su padre á manos de unos conjurados.

Osias ó Azarias rey de Judá. —(A. M. 3194.—A. C. 810.) Osias, su hijo, llamado tambien Azarias, tenia diezisiete años cuando subió al trono. Reparó con su actividad los males que habian causado sus predecesores. Fué relijioso, justo y valiente: promovió la agricultura, plantó viñas, aumentó la ganadería, abrió cisternas en el desierto y construyó en él varias torres para impedir las correrías de los árabes: levantó las murallas de Jerusalem, puso á esta plaza en estado de defensa, y la guarneció con máquinas de guerra. Dios le hizo vencedor de los filisteos, y de los ammonitas, á quienes impuso tributos, y la reputacion de sus armas llegó hasta Ejipto. Sostenia un ejército de trescientos siete mil quinientos hombres: los valientes que él habia distinguido y recompensado, subian á dos mil seiscientos. Jehiel, Maazias y Annanias, mandaban sus tropas. Al fin de su reinado, no estuvo al abrigo de la embriaguez del mando. Quiso apoderarse de las funciones sacerdotales, y sacrificar él mismo en el templo. Los sacerdotes se sublevaron, y le arrojaron de la casa del Señor, que le castigó con una lepra hasta su muerte. Proibiéronle la entrada en su palacio y lo encerraron en una casa particular. (A. M. 3246.—A. C. 758.) Joatham, su hijo, tomó el gobierno de sus estados, y poco tiempo despues murió Osias. Como estaba leproso, no se le enterró en la tumba de los reyes; — su reinado habia durado cincuenta y dos años.

Interin pasaban todos estos acontecimientos en el reino de Judá, el trono de Israel habia sido ocupado por muchos reyes. Joacás, hijo de Jehú, reinó diezisiete años. Entregóse al culto de los ídolos; y abandonado por el Señor, fué vencido por Azael, rey de Siria, y por Benadad su sucesor.

Despues de muchos años de opresion, oyó el Señor las súplicas de los israelitas, y los libertó de la dominacion de los sirios; pero su pérdida habia sido tan considerable, que el ejército se halló reducido á diez mil infantes, cincuenta caballos y diez carros. Joacás, á pesar de sus desgracias, murió con la reputacion de un rey valiente. Sucedióle su hijo Joás, el que heredó su arrogancia y su impiedad. La derrota de Amasías, rey de Judá, y la toma y el saqueo de Jerusalem, de que ya hemos hablado, fueron los acontecimientos mas importantes del reinado de Joás. Entonces terminaba su carrera el profeta Eliseo. El rey de Israel vino á verle en su última enfermedad, y le dijo llorando: «En tí pierdo el carro glo»rioso que conducia á Israel.» Eliseo le respondió: «Tráeme un »arco y flechas.» Cuando el profeta las tuvo en su mano, las puso en las del rey, y le hizo que tirase una por la ventana que miraba al Oriente. Al mismo tiempo Eliseo pronunció estas palabras: «Esta flecha que aca»bas de tirar, es la flecha de la »salvacion del Señor. Es una fle»cha contra la Siria, y te anun»cia que serás el vencedor de »ella. Pega aora á la tierra con »tus flechas.» El rey pegó tres veces y se detuvo, y el hombre de Dios, irritado, le dijo: «Si hu»bieras tocado á la tierra seis ó »siete veces, hubieras estermi»nado enteramente al rey de Si»ria; pero al presente está deci»dido que no le batirás mas que »tres veces.»

MUERTE DEL PROFETA ELISEO. —(A. M. 3126.—A. C. 878.) Eliseo murió; y algun tiempo despues de su muerte, unos ladrones arrojaron á su sepulcro un hombre á quien habian asesinado. Habiendo tocado el cuerpo de este hombre á los huesos del profeta, resucitó. Al momento se cumplió la prediccion de Eliseo. Joás batió á los sirios, y les quitó todas las ciudades de que se habian apoderado. Despues de haber reinado dieziseis años, murió en Samária. Jeroboam II, su hijo, tomó el cetro el quinto año del reinado de Amasias, rey de Judá, y dejó subsistir el culto de los becerros de oro. Pero Dios, que no queria la ruina de Israel, protejió el valor de Jeroboam, consiguió grandes victorias de los sirios, y les quitó las ciudades de Damasco y Emat. Despues de un reinado de cuarenta años, le sucedió su hijo Zacarias, impío y débil: Selun, uno de sus vasallos, cons-

piró contra él, y le quitó el trono y la vida, cumpliendo la profecía hecha á Jehú, de que su familia solo conservaria el cetro de Israel hasta la cuarta jeneracion. Selun reinó un mes solamente, pues le quitó la vida y la corona Manahen, impío y cruel, que hizo degollar á todos los habitantes de Thapsa porque le habian cerrado sus puertas. Ful, rey de los asirios, le hizo tributario suyo. Manahen reinó diez años, y dejó el trono á su hijo Faceya el año cincuenta del reinado de Azarías, rey de Judá. Faceya, cobarde é irrelijioso, fué muerto por su jeneral Facée, que reinó veintidos años.

En el reinado de Facée, Teglatfalasar, rey de los asirios, se apoderó de Galilea y del pais de Neptalí, y se llevó cautiva una gran parte de los israelitas. Oséas se aprovechó del descontento del pueblo contra Facée, para conspirar y quitarle el cetro y la vida. Su reinado fué el oprobio y la ruina de Israel: entregado á la idolatría é incapaz de defender su trono, se sometió á Salmanasar, rey de Siria, y le pagó tributo; pero habiendo reunido tropas para hacerse independiente, Salmanasar marchó contra él, le encerró en Samária, y se apoderó de esta ciudad despues de un sitio de tres años. Dueño del reino, transfirió á sus demás estados el resto de los israelitas, é hizo venir familias asirias para volver á poblar á Samária y á las demás ciudades.

Tal fué, dice la Escritura, el castigo de las diez tribus de Israel, que desde el reinado de Jeroboam se habian separado de la casa de David. Su idolatría y sus vicios les atrajeron la ira del cielo, y fueron condenadas al cautiverio y á la dispersion.

Volvamos á la historia de Judá. Joatam, rey de Judá, tenia veinticinco años cuando sucedió á su padre Josias, y gobernó dieziseis en Jerusalem. Fué heredero de todas sus virtudes; edificó la puerta grande del templo y construyó muchas fortalezas en su territorio. Venció á los ammonitas y les hizo pagar fuertes contribuciones. Despues de un reinado glorioso de dieziseis años, murió y le sucedió su hijo Acaz, idólatra é impío; por lo cual el Señor concedió la victoria contra él al rey de Damasco, que robó sus estados. Tambien fué vencido por Facée, penúltimo rey de Israel, con inmensa pérdida de muertos y prisioneros, contándose entre los primeros Maazias, hijo de Acaz; pero Facée, obedeciendo á las amo-

nestaciones del profeta Obed, dió libertad á los judios prisioneros y los socorros de que necesitaban para restituirse á su patria. Al mismo tiempo los filisteos y árabes hicieron una irrupcion en Judá y la devastaron. En vano imploró Acaz el socorro del rey de Asiria: este monarca recibió sus regalos, despreció su alianza, saqueó la Judea, y no se retiró hasta haber agotado los tesoros del rey. Acaz murió despues de haber reinado con ignominia dieziseis años, y el pueblo no lo tuvo por digno de ser enterrado en el sepulcro de sus padres.

Ezequías, su hijo, subió al trono el año del mundo 3277, antes de Cristo 727. Su primer cuidado fué el restablecimiento del culto del Señor. Reunió á los levitas, mandóles que purificasen el templo, y en seguida hizo un sacrificio solemne, para el cual invitó á todos los hijos de Israel y de Judá, suplicándoles no endureciesen sus corazones á ejemplo de sus padres, y de volver al verdadero Dios, cuyos castigos y beneficios habian esperimentado tantas veces.

Celebracion de la pascua. — A sus órdenes acudió á Jerusalem un inmenso jentío, y por el espacio de siete dias se celebró la pascua con gran solemnidad. Esta misma fiesta se continuó otros siete dias á peticion del pueblo, el cual estendiéndose por todo el pais destruyó los ídolos, taló los bosques profanos, arruinó los parajes altos, y derribó los altares de los dioses estranjeros.

Poco tiempo despues Sennaquerib, rey de Asiria, invadió la Judea. (A. M. 3291. — A. C. 713.) Ezequias se preparó á la defensa con prudencia y valor. Reparó las fortalezas, reunió tropas, formó almacenes, mandó cegar los pozos y las fuentes, para privar de agua al enemigo, y animó al pueblo con su zélo y ejemplo. Sennaquerib procuró dividir los judios, blasfemando del Dios de Israel, impotente, decia, contra los dioses de Asiria; pero las predicaciones del rey y del profeta Isaias, libertaron al pueblo de la prevaricacion. El ánjel del Señor, dice la Escritura, esterminó en una noche el ejército de los asirios, y Sennaquerib se volvió á sus estados, donde sus hijos le asesinaron en el templo mismo de las vanas deidades que adoraba.

Esta victoria restableció la tranquilidad en Judá, y aun esparció en los paises vecinos tal temor al Señor, que muchos

príncipes estranjeros enviaron víctimas al templo de Jerusalem, y presentes al rey Ezequias. Despues de este peligro reinó Ezequias prósperamente. El orgullo, hijo de la felicidad, empezaba á penetrar en su corazon; pero se humilló con las reprensiones de Isaias, que le profetizó que todos sus tesoros pasarian á poder de los asirios.

Atacado Ezequias de una enfermedad mortal (A. M. 3294. —A. C. 710.) invocó al Señor. El profeta Isaias, al anunciarle su curacion, le probó por una señal milagrosa que lo debia únicamente al Todopoderoso. El rey dijo á Isaias que hiciese retroceder la sombra del sol diez grados; lo que segun refieren los santos libros, parece que fué obra de un momento.

Despues de haber ilustrado su reinado con sus triunfos, edificó nuevas ciudades, formó almacenes para los años de escasez, aumentó el tesoro público é hizo felices á sus vasallos con su prudente economía. Murió despues de haber reinado veinte años, y fué sepultado en un sepulcro mas alto que el de sus predecesores. Todos los habitantes de Judá celebraron sus funerales y pagaron á su memoria un justo tributo de pesar y de lágrimas.

Manases, entonces de doce años de edad, sucedió á su padre Ezequias. Su reinado duró cincuenta y cinco años. Destruyó cuanto habia edificado su padre, y reedificó cuanto habia destruido. Levantó altares á los ídolos, prodigó riquezas á los aduladores, é hizo correr sangre inocente. Mandó aserrar á Isaias porque se atrevió á decirle la verdad. Tan poco hábil para combatir como para reinar, fué vencido por los asirios y llevado cautivo á Babilonia. Sus ojos se abrieron en la prision, y cuando el vencedor le permitió volver á sus estados, empleó todos sus cuidados en restablecer el verdadero culto y la observancia de las leyes divinas. Consagró la última mitad de su vida á reparar las faltas de la primera. Se le enterró en Jerusalem, en su jardin, y fué remplazado por su hijo Ammon (A. M. 3361.—A. C. 643.), quien cometió los mismos crímenes que él, sin imitar su arrepentimiento, y murió asesinado por sus mismos sirvientes; —el pueblo castigó á los asesinos, y puso sobre el trono á su hijo Josias.

Reinado de Josias.—(A. M. 3363.— A. C. 641.) Josias, entonces de ocho años de edad, se ocupó del estudio de la relijion

y de la ley. Cuando llegó á la edad de veinte años mandó quemar los ídolos y reparar el templo del Señor con la mayor magnificencia, á cuyos gastos contribuyeron todos los judios y los israelitas que habian quedado en el pais. El gran pontífice Helcias, trasladando de un lugar á otro el tesoro del templo, halló el libro de la ley, escrito por Moisés, y lo entregó á Josias. Este, al ver cuán prócsimo estaba el cumplimiento de las amenazas profetizadas en aquel libro contra los prevaricadores, rasgó sus vestidos, y mandó hacer oraciones públicas para desarmar la cólera celeste. La profetisa Olda declaró en nombre del Señor, que las amenazas se cumplirian, pero despues del reinado de Josias, cuya piedad y relijion habian hallado gracia delante de Dios. Josias hizo leer al pueblo el libro de Moisés, mandó celebrar solemnemente la pascua, y todo el pueblo procuró con oraciones y sacrificios espiar sus crímenes y aplacar al Señor. Nunca, dice la Biblia, viera Israel fiesta semejante despues del profeta Samuel.

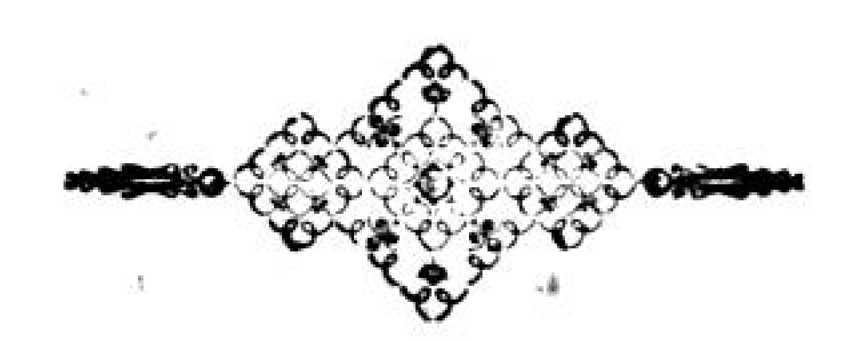
DERROTA Y MUERTE DE JOSIAS.—(A. M. 3394.—A. C. 610.) El año treinta y uno de su reinado, Necao, rey de Ejipto, marchaba ácia el Eufrates para hacer la guerra á los asirios. Josias quiso oponerse á su tránsito y se dió la batalla en los campos de Majedo. El rey de Judá fué vencido, recibió una herida de la cual murió llorado de todo el pueblo, principalmente del profeta Jeremías, cuyas lamentaciones elocuentes se cantaban mucho tiempo despues de la transmigracion á Babilonia. Joacás, hijo de Josias, le sucedió; pero Necao se apoderó de la Judea en una campaña de tres meses. Entró en Jerusalem, sometió el reino á un tributo de cien talentos, se llevó al rey prisionero á Ejipto, y dió el cetro á Eliacim, hermano de Joacás, que tomó el nombre de Joaquin (Yoyakim).

Este reinó once años y gobernó impía é imprudentemente. Nabucodonosor, rey de los asirios, invadió la Judea, y le llevó prisionero á Babilonia.

Joaquin II, su hijo, semejante á su padre en la impiedad, tuvo la misma suerte. El rey de Asiria volvió otra vez á Judea, se llevó prisionero al rey, robó los tesoros de Jerusalem y puso en el trono á Sedecias, tio de Joaquin.

DESASTRE Y RUINA DE JERUSALEM.—(A. M. 3405.—A. C. 599.)

Sedecias no se aprovechó de estas fatales lecciones: los once años de su reinado no fueron señalados sino por sus desórdenes y los de sus pueblos. El ejército carecia de disciplina, la hacienda de arreglo, las leyes de vigor. Sedecias, tan imprudente como perverso, se rebeló contra Nabucodonosor, al cual habia jurado fidelidad. El rey de Asiria volvió tercera vez á Judea y se apoderó del reino: entregó al saqueo la ciudad de Jerusalem: hizo degollar á los ancianos, las mujeres y los niños hasta en el mismo santuario, y transportó á Babilonia todas las riquezas de los judios. Sedecias vió matar á sus dos hijos, despues le arrancaron los ojos, y lo llevaron cargado de cadenas á Asiria. El corto número de los que escaparon del cuchillo fueron conducidos al cautiverio: los asirios quemaron el templo del Señor (A. M. 3417. —A. C. 587.) y arruinaron las murallas, torres, edificios, y cuanto útil y precioso habia en Jerusalem. Así se cumplió la profecía de Jeremías, que anunció á la tierra de Judá un sábado contínuo de setenta años. En efecto, el cautiverio de los judios cesó en el reinado de Ciro.



CAPITULO VI.

DESDE LA TRANSMIGRACION Á LOS MACABEOS.

Gobierno de Godolias. — Edicto de Ciro para la reedificacion del templo. — Historia de Tobías. — Conquistas de Nabucodonosor. — Judit. — Ester. — Job. — Poder de los profetas. — Daniel en la fosa de los leones. — Susana y Jonás. — Historia de Jonás. — República judáica. — Gobierno de los pontífices. — Gobierno teocrático de los judios. — Estado de la Judea despues de Alejandro. — Toma de Jerusalem por Antíoco.

Gobierno de Godolias.—Nabucodonosor no habia dejado en Judea sino á los hebreos mas pobres y en número solamente necesario para que las tierras no estuviesen abandonadas y sin cultivo; y por esto dió el mando del pais á un judio llamado Godolias. Algunos israelitas que abitaban al oriente del Jordan, pasaron á Judea y se establecieron en Masfa con todos sus sirvientes; pero no se atrevian á permanecer, temiendo la muerte ó el cautiverio. Godolias les aseguró bajo juramento que si servian fielmente á los caldeos podrian vivir en paz en el pais. Al cabo de siete meses, un judio de la sangre real, llamado Ismael, envidioso de Godolias, armó su familia contra él, y le dió muerte, como tambien á los asirios que le defendian. Temiendo el castigo de Nabucodonosor, emigró á Ejipto con los suyos, y le siguieron todos los hijos de Israel que quedaban todavia en Judea.

Treinta años vivieron los judios dispersados por el reino de Babilonia sufriendo los malos tratamientos y los ultrajes á que los esponia el odio de Nabucodonosor; pero muerto este príncipe, comenzaron á respirar. Su hijo y sucesor Evilmerodac, sacó á Joaquin de su prision, le admitió á su mesa, le asignó rentas y le trató con mas distincion que á los demás reyes estranje-

ros que seguian su corte. (A. M. 3442.—A. C. 562.)

Edicto de Ciro para la reedificacion del templo.— A. M. 3468.—A. C. 536.) En fin, Ciro se hizo dueño del Asia: su alma elevada percibió la idea de un solo Dios, resolvió protejer al único pueblo que lo adoraba, y mandó que se reedificase el templo de Jerusalem, permitiendo á los israelitas que se restituyesen á esta ciudad, y contribuyesen á una obra tan grande. En conformidad de este edicto, los jefes de las familias de Judá y Benjamin, y los levitas, se dispusieron á volver á Jerusalem. Ciro les entregó los vasos que habia llevado á Babilonia Nabucodonosor. Zorobabel fué el jefe del pueblo en la vuelta á Judá: llevó consigo cuarenta y dos mil trescientas sesenta personas, con siete mil trescientos sirvientes, setecientos treinta y seis caballos, doscientos cuarenta y cinco mulos, cuatrocientos treinta y cinco camellos, y seis mil setecientos veinte asnos.

Zorobabel se dió prisa á levantar el altar de los olocaustos y á poner los cimientos del templo. Este trabajo escitaba la alegría de los jóvenes, al mismo tiempo que los ancianos lloraban al ver las ruinas del templo de Salomon. La evidencia del comun interés no choca jamás con el ciego espíritu de partido; el odio de Samária contra Jerusalem sobrevivia á su destruccion comun. Envidiosos los israelitas de la resureccion de Judá y del restablecimiento del templo, emplearon toda clase de intrigas y los mayores esfuerzos para impedirlo. Durante el reinado de Ciro no hicieron mas que retardar sus trabajos; pero cuando Jerjes I subió al trono, lograron persuadirle que si los judios reedificaban el templo y la ciudad se harian independientes; por lo cual proibió que se continuasen los trabajos. Artajerjes Longimano, mejor informado, siguió el ejemplo de Ciro, y en cuatro años se acabó la obra. Envió además á Jerusalem al sacerdote Esdras, descendiente de Aaron, á quien siguieron muchos judios para que restaurasen el culto. Esdras reprendió á sus conciudadanos por los matrimonios que habian contraido con mujeres idólatras, reunió el pueblo, leyó el libro de la ley, é hizo jurar su observancia. Mandó celebrar la pascua y persuadió á los judios que espiasen sus faltas antiguas con el arrepentimiento y con la separacion de las mujeres idólatras.

Ya se habia reconstruido la ciudad y reedificado el templo: Zorobabel y Esdras habian restituido el vigor á las leyes, y arreglado las costumbres restableciendo la santidad del matrimonio; pero Jerusalem carecia de murallas y estaba espuesta á los insultos de los árabes ó de cualquiera otro pueblo que quisiese atacarla. En este tiempo era copero de Artajerjes un judio llamado Nehemias, y se valió del favor que gozaba para ser útil á su pueblo: logradas las órdenes del rey, fue á Jerusalem y reedificó sus fortalezas á pesar de los ataques de los samaritanos. (A. M. 3550.—A. C. 454.) Los judios, mientras trabajaban en esta obra, tenian la espada al lado para rechazar á los de Samária. En esta época fijan los autores sagrados el fin de la cautividad, cuyo principio remontaba al reinado de Joaquin. Desde este tiempo los judios, sin ser independientes, gozaron bajo la proteccion de los reyes de Asiria, de sus leyes y de su culto; pero una gran parte de ellos quedaron diseminados en toda el Asia.

Aquí interrumpe la historia la Escritura para contar la vida piadosa, heróica y milagrosa ó profética de algunos personajes, cuyo ejemplo ha creido útil á los progresos de la moral y de la relijion.

Vamos á trazar en pocas palabras las particularidades mas notables.

TOBIAS.

(Año del mundo 3286. — Antes de Cristo 718.)

Era Tobias un judio de la tribu de Neftalí. Virtuoso desde su infancia, no cayó en la idolatría como sus compatriotas, y educó á su hijo en el temor del Señor. Sus virtudes no lo pusieron al abrigo de los males que cayeron sobre Israel. Fué llevado cautivo con su mujer y su hijo, en la invasion de Salmanasar, rey de Siria; pero este conquistador en atencion á sus virtudes, le regaló diez talentos, y le permitió establecerse en el punto que gustase de sus dominios. Tobias, mas atento á las necesidades ajenas que cuidadoso de su porvenir, prestó su caudal á un israelita llamado Gabelo. Muerto Salmanasar, reinó Sennaquerib que odiaba al pueblo de Israel; la caridad que ejercia Tobias con sus hermanos, escitó la ira del rey, y para evitarla tuvo que ocultarse el santo hombre. Despojado

de sus bienes por la persecucion, anciano ya y privado de la vista, mostró la mas heróica resignacion. Mandó á su hijo que fuese á Rájes, donde vivia Gabelo, á cobrar la suma que le debia. El ánjel Rafael, acompañó á Tobias en su marcha en figura de viajero, y habiendo llegado á las orillas del Tígris, mató un pescado enorme que se les presentó, y mandó al jóven que conservase sus asaduras. Llegaron á casa de un pariente de Tobias, llamado Raguel, que les ofreció la ospitalidad; pero Tobias por consejo de su ánjel conductor, no la aceptó hasta haber obtenido en matrimonio á Sara, hija de Raguel, que este le reusó al principio porque no tuviese la suerte de los siete maridos anteriores de aquella jóven, aogados todos por el espíritu maligno la noche misma de las bodas. Tobias auyentó al demonio quemando las asaduras del pescado, y fué impunemente marido de Sara.

Entretanto que el jóven Tobias celebraba sus bodas, su ánjel conductor pasó á la ciudad de Rájes á cobrar la deuda, y volvió con los diez talentos. Tobias se despidió de su suegro para ir á su casa con su mujer, donde restituyó á sus padres la alegría, las riquezas y la salud; pues frotando los ojos del anciano con la hiel del pescado, le restituyó la vista. Tobias el padre, quiso dar una parte del dinero al conductor de su hijo: el ánjel descubrió entonces quien era, y aquella santa familia adoró y bendijo al Señor. Tobias el padre, murió de ciento dos años de edad. Antes de morir compuso un cántico, en el cual predijo la prócsima ruina de Nínive, y la gloria futura de Jerusalem.

JUDIT.

(Año del mundo 3348. — Antes de Cristo 656.)

Conquistas de Nabucodonosór. —El rey de Asiria, á quienes los judios llaman Nabucodonosor, habiendo vencido á Arfajad, rey de los medos, y tomado á su capital Ecbatana, adquirió un gran poder y se hizo temible en todo el Oriente. Su ambicion se aumentó con su fortuna, y envió embajadores á Judea y á Siria, para intimar á aquellos pueblos reconociesen su poder. La repulsa de estos encendió su cólera, y juró vengarse de una manera estrepitosa. Holofernes, jeneral de sus tropas, se puso al frente de un ejército de ciento treinta

y dos mil hombres. Se apoderó de Társis y de Melothí; recorrió la Mesopotamia, saqueó todo el pais de Damasco y de Madian, y pasó á cuchillo á cuantos le resistian. Todos los pueblos se sometieron para desarmar su cólera. Los israelitas únicamente, á pesar de su espanto, queriendo salvar á Jerusalem, á su templo y á su culto, se apoderaron de las gargantas de las montañas, fortificaron su ciudad, formando almacenes en ella, y por órden del gran sacerdote Eliaquim, se prosternaron delante del Señor, procuraron aplacarle con la oracion y el ayuno, y aun cubrieron el altar con un cilicio. Irritado Holofernes de su resistencia, quiso saber cuál era el orijen, las leyes, el culto y la fuerza de aquel pueblo rebelde. Aquior, príncipe de los ammonitas, le dijo que los judios venian de la Caldea, que habian abandonado los dioses de este pais para adorar á uno solo, á quien llamaban el *Dios del cielo*; que por mucho tiempo habian estado esclavos en Ejipto, de cuya servidumbre les libertára su Dios: que este habia puesto bajo su dominio todo el pais de Canaam; que su poblacion era numerosa y guerrera; que eran vencedores ínterin permanecian fieles á su Dios, y vencidos luego que pecaban contra él; y que así, antes de atacarlos, convenia informarse de si eran culpables de alguna falta, porque si no habian ofendido á su Dios, este tomaria su defensa, y cubriria de vergüenza á los asirios á los ojos de toda la tierra.

Enfurecido Holofernes porque el príncipe ammonita manifestase creer que una nacion tan pequeña pudiese arrostrar el poder del vencedor del Oriente, ordenó que este príncipe fuese enviado á los judios á la ciudad de Betulia, jurándole que bien pronto le convenceria de la falsedad de sus predicciones y que pereceria á sus golpes con esos israelitas, cuya fuerza y relijion ensalzaba con tanta insolencia.

Pone holofernes cerco a Betulia. — Su numeroso ejército rodea la ciudad y se apodera de todas las fuentes y del acueducto que le abastece de agua. Sécanse al punto las cisternas de Betulia, y los habitantes se ven reducidos á tal estremo que Osias, que los mandaba, conviene con Holofernes en una suspension de armas por cinco dias, á cuyo término se entregaria si no le llegaban recursos.

Habia entonces en Betulia

una viuda jóven llamada Judit, jeneralmente estimada por su virtud y piedad, y notable por su hermosura. Esta reprendió á sus compatriotas por su poca confianza en Dios, y les declaró que inspirada por él, meditaba un gran proyecto para la comun salvacion; únicamente les pidió que orasen por ella ínterin se ocupaba de la ejecucion de su proyecto.

Judit, despues de haber invocado al Señor, se vistió un traje magnífico, derramó perfumes esquisitos sobre su cuerpo, se adornó con ricas alajas y salió de la ciudad para dirijirse al campo de los asirios, acompañada de una sola criada que la llevaba un poco de aceite, de vino, de arina y de higos. Al llegar al campo enemigo dijo á los oficiales que la encontraron, que iba á proporcionar al príncipe Holofernes el medio de apoderarse de la ciudad sin perder un solo hombre de su ejército. Condujéronla á la tienda del jeneral á cuyos pies se prosternó. Holofernes, seducido por sus encantos, y engañado por sus palabras, se encendió en amores y creyó cuanto le decia. Judit le persuadió que los judios serian abandonados del Señor porque se habian atrevido á emplear en su uso, aceite, vino y trigo consagrados. Prometióla Holofernes la fortuna mas grande y el destino mas ventajoso. Por último, ella le prometió condescender en todo á sus deseos. Comió y bebió en presencia de Holofernes del repuesto que consigo habia traido su criada, pues no quiso probar lo que la presentaba Holofernes: «y luego »que anocheció (dice la Escritu»ra) se retiraron con presteza »sus siervos á sus alojamientos, »y Vagao, su eunuco, cerró las »puertas de la cámara y se fué, »quedando en ella Judit.»— Holofernes se quedó dormido profundamente á causa de lo mucho que habia bebido; y aprovechándose Judit de esta circunstancia, con el mismo puñal del guerrero le degolló y le cortó la cabeza, que entregó á su criada, la cual la metió en un saco, y satisfecha de la empresa, se presentó á las puertas de Betulia: llamando á los que la custodiaban, y enseñándoles la cabeza de Holofernes les dijo: «Dios »ha matado esta noche por mi »mano al enemigo de su pueblo; »dadle gracias porque os ha li»bertado. Poned esa cabeza en »las almenas de vuestras mu»rallas, y luego que apunte el »sol, salid y atacad al enemigo; »porque el aspecto de esta cabe-

»za los espantará; todos huirán, »y el Señor os los entregará pa»ra que acabeis con ellos.» Siguióse el consejo de Judit; la prediccion se cumplió, y los israelitas destrozaron á los asirios y se apoderaron de todas sus riquezas.

Judit fué colmada de elojios y de gloria en Israel. Aun se repite el cántico que compuso para celebrar su triunfo. Murió en Betulia á la edad de ciento cinco años; el pueblo la lloró durante siete dias; y el aniversario de su victoria siguió desde entonces contándose por los hebreos en el número de sus festividades.

ESTER.

(Año del mundo 3495. — Antes de Cristo 509.)

Otra mujer tan célebre como Judit, ilustra tambien la historia de los judios. Artajerjes Lonjimano, llamado Asuero en la Escritura, queriendo hacer ostentacion de su poder, convidó á todos los grandes de su imperio á unas fiestas magníficas que celebró en Susa, su capital, y que duraron ciento ochenta dias. Los convidados se recostaban en lechos de oro y plata; las mesas estaban puestas en galerías entapizadas de lienzo y seda, y cuyo piso era de pórfido y mármol: se distribuian vasos y platos de oro á los concurrentes. La reina Vasthi obsequiaba en sus aposentos con igual magnificencia á las mujeres de los grandes y personas distinguidas del imperio. El rey, habiendo bebido un dia con esceso, quebrantando la costumbre que proibia á las mujeres presentarse en público, mandó venir la reina á su presencia para que los vasallos admirasen su estraordinaria hermosura. Vasthi se negó á ello; el rey, indignado de esta desobediencia, la repudió y dió órden de que concurriesen á Susa las mas hermosas doncellas del imperio, para escojer una.

En este tiempo vivia entre los judios dispersos sobre todo el territorio de Asiria, una jóven de esta nacion, llamada Estér, y sobrina de Mardoqueo; esta fué una de las llamadas por su hermosura para ser presentada al rey Asuero. Su gracia modesta y el brillo de sus encantos le dieron la preferencia entre sus rivales. Estér, aunque elevada al trono de Persia, no quiso descubrir al rey su nacimiento, siguiendo en esta parte el consejo de su tio. Una feliz casualidad aumentó el aprecio y el cariño de su esposo.

Mardoqueo, sabedor de una conspiracion contra la vida del rey, dió aviso á Estér, que informó á Asuero: el cual, descubierta y castigada la traicion, mandó escribir este suceso en los anales del reino con el nombre del que le habia hecho un tan señalado servicio.

Algun tiempo despues, elevó Asuero sobre todos sus ministros á un amalecita de la familia de Acab, llamado Aman, que con el favor del monarca llegó á tener un poder tan desmedido como su orgullo. Queria que todos se arrodillasen ante él, y el rey tuvo la debilidad de mandarlo. Mardoqueo fué el único que se negó á rendir á un hombre el omenaje debido solo á Dios. Aman, ardiendo en ira, resolvió vengarse, no solo de Mardoqueo, sino tambien de toda la nacion judáica. Para lograrlo dijo un dia á Asuero: «Ecsiste en tu imperio un pue»blo diseminado que desprecia »nuestras leyes, nuestro culto, »y tus órdenes; y como semejan»te ejemplo puede ser contajio»so, debes mandar que perezca »este pueblo.» El rey consintió en dar este decreto tan cruel, y se enviaron órdenes á los gobiernos de las provincias para esterminar á todos los judios en un dia señalado, sin escepcion de secso, ni edad. Al saber Mardoqueo tan funesta noticia, rompió sus vestidos y se cubrió con ceniza la cabeza. Todos los judios, consternados, dirijian al cielo sus oraciones y clamores. Estér mandó llamar á Mardoqueo, que le suplicó hablase al rey en favor de los judios. Ella le respondió que nadie podia hablar al monarca sopena de la vida, á no ser llamado por él. Mardoqueo la dijo: «Tú debes ar»rostrar ese peligro. ¿Puedes »creer, ni desear que solo tu vi»da se salve, cuando perezca tu »nacion? Si callas, Dios hallará o»tro medio para salvar á su pue»blo. El Señor no te ha elevado »al trono, sino para que seas ins»trumento de nuestra salud.» Estér siguió su consejo, y le pidió que recomendase á los judios el ayuno y las oraciones. Vestida con los ornamentos reales entró en el aposento del rey, y se quedó parada enfrente del trono. Asuero, mas enamorado de su belleza, que ofendido de su osadía, estendió ácia ella su cetro de oro en señal de clemencia y le preguntó qué queria. Estér le suplicó que asistiese con Aman á un banquete que le habia preparado, y le dijo que allí le declararia lo que desea-

ba. El orgullo de Aman se aumentó con esta distincion, como tambien su furor contra Mardoqueo; por lo cual mandó que se levantase una horca para colgarlo. Aquella misma noche no pudiendo Asuero atraer el sueño, mandó que le leyesen los anales de su reinado, y por casualidad el lector abrió por donde estaba la narracion del servicio hecho por Mardoqueo. El rey preguntó qué premios se habian dado á aquel hombre, y quedó maravillado cuando se le respondió que ninguno. Mandó llamar á Aman, que deseaba con impaciencia hablar al rey para hacerle firmar la sentencia de muerte contra Mardoqueo. Cuando se presentó, le preguntó Asuero, qué demostraciones debian hacerse con un hombre á quien el monarca deseaba colmar de honores. Aman, creyendo que se trataba de él dijo: «Debe ser revestido »de losornamentos reales, subir »sobre el mejor caballo del rey »con la diadema en la cabeza, y »el primero entre los príncipes »de la córte debe ir ante él cla»mando: *Asi se honra á quien »el rey quiere honrar.*» Asuero le mandó hacer todo esto punto por punto, con Mardoqueo. El altivo Aman obedeció, rabioso y avergonzado. Sus amigos aumentaron su dolor anunciándole que no podria escaparse de la venganza de los judios.

El rey y Aman comieron aquel dia con la reina. Concluido el banquete, Asuero dijo á Estér que le manifestase su deseo; y ella postrada á sus pies le dijo: «Si he hallado gracia ante tus »ojos, te pido mi vida y la de mi »pueblo. Nos van á degollar: »sin embargo sufriria la muerte »con resignacion si no supiese »que viene de las manos de un »enemigo, cuya crueldad ha de »recaer sobre el rey mismo, ha»ciéndolo odioso á sus pueblos.» Asuero la preguntó: «¿Quién es »el hombre con bastante poder »para hacer tanto mal?» Estér dijo: «Aman es nuestro enemigo »irreconciliable.» Asuero, irritado salió al jardin, y Aman se arrojó á los pies de Estér para pedirla la vida; pero el rey volvió á entrar, creyó que su valido se atrevia á ultrajar á la reina, y mandó que lo llevasen al suplicio. Fué colgado en la misma horca que tenia para Mardoqueo. Estér consiguió de su esposo, no solo la revocacion del decreto fulminado contra los judios, sino el castigo de los que los habian perseguido. Mardoqueo fué la segunda persona del imperio. Estér vivió dichosa, y

Asuero, siguiendo sus consejos, llegó al colmo del poder y de la gloria. La historia de Estér fué traducida del hebreo por San Jerónimo.

JOB.

Se cree que Job florecia en la época remota de la peregrinacion de los israelitas por el desierto, y muchos espositores atribuyen á Moisés el libro de Job, en el cual brillan las ideas profundas y morales de aquel lejislador, y que no interesa tanto por la variedad de los sucesos, como por la belleza de los discursos, la elevacion de los pensamientos y la pureza de los afectos. Job poseia inmensas riquezas y con ellas mucha virtud, paciencia y humildad. Poderoso, rico, estimado jefe de una familia numerosa, no empleaba su poder y opulencia sino en hacer bien: socorria al pobre, defendia al oprimido, consolaba al desgraciado, y hacia respetar la ley del Señor con sus discursos y ejemplos. Privado de todos los bienes por una série de desgracias que el espíritu maligno le suscitó con permiso de Dios para probar su virtud, muertos sus hijos repentinamente, cubierto de úlceras, aflijido por las quejas de su mujer que debia ser su consuelo, y por las reconvenciones de los amigos suyos que intentaron probarle ser él mismo el autor de sus infortunios, presentó el espectáculo mas digno de la divinidad, cual es el del hombre virtuoso y paciente sufriendo con resignacion, no solo los males y privaciones del cuerpo, sino tambien los tormentos mas grandes del ánimo. Al fin premió Dios su paciencia restituyéndole la salud, la familia y los bienes. Job vivió feliz hasta la edad de ciento cuarenta años, y vió antes de morir hasta la cuarta jeneracion de sus nietos.

ISAIAS, JEREMIAS, BARUC, EZEQUIEL Y DANIEL, PROFETAS.

PODERES DE LOS PROFETAS.—La relijion de los judios está inseparablemente unida á su historia, y sus profetas ejercian una verdadera majistratura, como debia suceder en un gobierno, que, aunque convertido en monarquía, fué siempre dirijido por la inmediata accion del Señor: aunque los judios se habian sometido á los reyes, conservaban la ley de Moisés, y su gobierno era teocrático.

ISAIAS.—El primero en el ór-

den de los profetas y príncipe de la casa real, vivió bajo los reinados de Osias, Jonatam, Acaz, Ezequias y Manasés; ningun hombre de su tiempo le fué superior en virtud, piedad y elocuencia. Dios se le apareció en toda su gloria, á quien vió sentado sobre un elevado trono, rodeado de querubines que entonaban el famoso cántico que la iglesia repite todavia. Conforme estaba orando un dia se apareció un ánjel, y tomando un carbon encendido del altar, se lo aplicó á su boca para purificarle. Predijo lo que habia de acontecer hasta el fin de los tiempos, y descubrió cosas secretas antes que sucediesen. (A. M. 3219. — A. C. 785.) De todas las predicciones de los profetas, las suyas han sido las que mas claramente han anunciado el nacimiento y muerte de Jesucristo. Hizo milagros, prolongó la vida al rey Ezequias, anunció la ruina de Babilonia, la de Jerusalem, y la conversion de los jentiles. Consoló en seguida á los que lloraban en Sion: censuró á los pueblos sus estravios, y sus faltas á los reyes. Fué valeroso y perseguido. Manasés le mandó aserrar con una sierra de madera; castigo que debió hacer el suplicio mas orrible. San Pablo ha hecho de él un magnífico elojio.

Jeremias comenzó á profetizar 629 años antes de Cristo, el año del mundo 3375, bajo el reinado de Jonás, y su mision duró cuarenta y cinco años, hasta el once del reinado de Sedecias.

La Escritura refiere que Dios le dijo: «Te he conocido antes de »que estuvieses formado en las »entrañas de tu madre; te he »santificado antes de que hubie»ras salido de su seno, y te he »constituido mi profeta entre to»das las naciones.»

Lleno Jeremias de la afliccion que le causaba la depravacion de los israelitas, les anunció la venganza de Dios, previó su destruccion y participó de sus desgracias. Sus elocuentes lamentaciones le han hecho célebre, y han llegado hasta nuestros dias. Los príncipes y los sacerdotes, irritados de sus reconvenciones y amenazas, le persiguieron y quisieron que el pueblo le condenase á muerte; pero el peligro redobló su valor y su elocuencia, y habló con tanta firmeza, que confundió á sus enemigos. El rey Joaquin, á quien advirtió su prócsima ruina, hizo quemar sus profecías; en seguida las escribió de nuevo y las publicó con el mismo zelo para ejecutar las órdenes del Señor.

Engañado Sedecías por los enemigos del profeta, lo hizo arrojar en una cisterna; pero ordenó en seguida que le condujesen en secreto á su presencia, y le prometió salvarle la vida si queria decirle la verdad y aconsejarle lo que debia hacer. Jeremias le anunció en el nombre del Señor que viviria, y que se salvaria Jerusalem si consentia en someterse al rey de Babilonia; pero que si pretendia resistir, la ciudad seria entregada á las llamas y nuevamente caerian todos los hebreos en la esclavitud. Sedecias no se atrevió á seguir el dictámen del profeta, y le tuvo preso hasta la ruina de Jerusalem, que Nabucodonosor le puso en libertad. Despues de haber lamentado las desgracias de su patria, predijo la ruina de los idumeos y el restablecimiento de Israel.

Baruc, tan distinguido por sus luces como por su nacimiento, fué discípulo de Jeremias, é imitador de su valor y piedad. (A. M. 3404.—A. C. 600.) Predicó al pueblo y al rey Joaquin la conversion al verdadero Dios y la estirpacion de la idolatría. Y el efecto de uno de sus sermones fué tan grande, que los judios estuvieron muchos dias entregados á las lágrimas, al ayuno y á la oracion.

Ezequiel profetizó por el espacio de veintidos años, de los cuales, los once últimos concurrieron con los once primeros de Jeremías. Era de familia sacerdotal y fué de los primeros cautivos que pasaron á Babilonia con Jeconias. Sus profecías eran tan oscuras y misteriosas que estaba proibido leerlas antes de tener treinta años. Se ha disertado mucho y en vano para esplicar lo que significaban los cuatro animales que habia visto en el cielo, las ruedas misteriosas que los seguian y el firmamento de cristal que sostenia el trono de Dios. Recibió del Señor un libro que se comió, y dice la Escritura «que le supo á miel.» Sus profecías, como todas las demás, están llenas de amenazas contra los judios, á los cuales anuncia los azotes que deben castigar sus pecados. Compuso muchas parábolas en las cuales compara á Jerusalem y á Samária con mujeres prostituidas y vasos impuros, corrompiendo lo que en ellos se encerraba. Una de las visiones mas famosas del profeta Ezequiel es aquella en que el espíritu de Dios le transportó á un ancho campo lleno de una inmensa cantidad de huesos disecados habia mucho tiempo. (A. M. 3420.—A. C. 584.)

Por órden de Dios mandó á todos aquellos huesos se animasen. Nada es difícil al poder del Altísimo; la ejecucion de su mandato se hizo con un espantoso ruido, todos aquellos huesos se reunieron, cubriéronse en seguida de nervios, de carne y de pellejo, y formaron cuerpos perfectos á los cuales no faltaba mas que la vida. El profeta, por una nueva órden de Dios, habiendo atraido de las cuatro partes del mundo el mismo espíritu que en otro tiempo animó al primer hombre, hizo que se levantasen con vida de repente estos cuerpos. De esta manera representó Dios á los ojos de Ezequiel la imájen de la resurreccion que debe haber un dia.

Daniel.—Este profeta de la familia real de Judá, fué llevado á Babilonia por Nabucodonosor. (A. M. 3398.—A. C. 606.) Era muy jóven, y se le empleó en el servicio del rey de Asiria, juntamente con Ananias, Misael y Azarias, judios de poca edad y de familias muy distinguidas. Su piedad resistió á todas las seducciones de los idólatras, y ningun poder bastó á que quebrantase los ayunos impuestos por la ley. Interpretó el sueño en que Nabucodonosor habia visto una estátua, cuya cabeza era de oro, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los muslos de bronce, las piernas de hierro, y los pies del mismo metal mezclado con barro. Una piedra desgajada de una montaña, sin ser tirada por mano de hombre, hirió la estátua en los pies, y la redujo á polvo. Ninguno de los adivinos pudo esplicar este sueño, y el rey mandó que los matasen.

Daniel pidió que se suspendiese la ejecucion de este decreto; invocó al Señor, se presentó al rey, le esplicó palabra por palabra su sueño, y le dijo que la cabeza de oro de su estátua representaba su imperio que seria destruido y reemplazado por otro de plata y menos poderoso que el suyo; que en seguida vendria un tercero de metal, y que despues un cuarto seria de hierro y que todo lo romperia.

Esta prediccion dió un gran crédito en la corte de Babilonia á Daniel y á sus tres compañeros. Los envidiosos trataron de perderlos.

No queriendo obedecer cuando se les mandó adorar la estátua del rey, arrojaron á los tres jóvenes en un horno encendido, pero estuvieron sin lesion entre las llamas cantando un himno al Dios de Israel, que desde enton-

ces fué conocido y venerado por Nabucodonosor, el cual se sometió humildemente al castigo de vivir como fiera entre las fieras, anunciado por Daniel. En la noche en que Ciro se apoderó de Babilonia, Baltasar, que entonces reinaba en Asia, celebraba un banquete en que se profanaron los vasos del templo de Jerusalem traidos á Babilonia. En el momento que el rey los llenaba de vino, una mano apareció y grabó en la pared de la sala estas palabras: «*Mane, thecel, fá-*»*res.*» Daniel las interpretó anunciando la prócsima ruina del imperio asirio. Este gran profeta fué arrojado dos veces á la fosa donde se conservaban los leones, y con la asistencia divina se libró de este peligro. Descubrió las astucias de los sacerdotes de Belo, que robaban de noche las víctimas del templo para asegurar despues que habian sido consumidas por el ídolo.

Susana y los dos viejos.—Vivia en Babilonia una mujer hermosa llamada Susana, casada con Joaquin. Dos viejos amigos de este, formaron el proyecto de sorprenderla en su jardin: mas ella resistió valerosamente á sus torpes deseos: los viejos irritados, la acusaron de adulterio, afirmaron su calumnia con juramentos, y el juez sentenció á la inocente á ser apedreada. Llevábanla al suplicio cuando Daniel, que entonces tenia solamente doce años, inspirado por el espíritu del Señor, clamó enmedio del pueblo: «Yo soy inocente de »la sangre que vais á derramar.» Suspendióse la ejecucion, y se ecsaminó de nuevo á los falsos testigos: el profeta probó la calumnia por las contradicciones de sus declaraciones, y fueron castigados con el mismo suplicio que habian preparado á la inocencia. Daniel, entre otras muchas profecías, anunció la época de la venida del Salvador.

Los doce profetas menores.—La Escritura cita tambien otros doce enviados de Dios, á quienes nombra *profetas menores*. *Oseas* y *Joel*, en el reinado de Jeroboam II, rey de Israel: *Amós* y *Abdías*, en tiempo de Osias: *Jonás* en tiempo de Joás, rey de Israel: *Miqueas* en el reinado de Joatán: *Nahun* en el de Acaz: *Habacuc* y *Sofonías*, contemporáneos de Jeremias y Daniel: *Ageo* y *Zacarías*, en tiempo de la reedificacion del templo. *Malaquías* le sucedió, y fué el último de los profetas hasta San Juan Bautista. Encuéntranse en sus obras las mismas reconvenciones contra los pecados de los

hombres, las mismas amenazas de las venganzas de Dios, y la misma certidumbre de la llegada del Salvador que anunciaban.

Historia de Jonas.—Diremos únicamente algunas palabras de Jonás, cuyas aventuras refiere la Biblia mas particularmente. Este profeta recibió de Dios la órden de ir á predicar á Nínive; pero desobedeció y se embarcó para Tarsis. Irritado Dios, escitó una violenta tempestad: cuando ya el bajel iba á perecer, declaró Jonás á los marineros consternados que él solo era la causa de la tormenta; arrojáronle al mar, y la tempestad se apaciguó al momento. Jonás, tragado por una ballena, permaneció tres dias dentro de ella, y allí compuso un cántico para espresár su arrepentimiento, con el cual se apaciguó la cólera celeste. (A. M. 3197.—A. C. 807.)

Jonás fué el primer profeta que predicó la palabra de Dios á los paganos y anunció á los ninivitas que su capital pereceria despues de cuarenta dias. Espantado el pueblo ayunó, oró, se convirtió; y penetrado Dios de su arrepentimiento revocó su decreto. Jonás concibió por ello un vivo resentimiento, temiendo pasar por un falso profeta. Un dia que estaba sentado cerca de la puerta de la ciudad y al ardor del sol, hizo Dios crecer al momento una gran yedra que le cubrió con su sombra; pero al otro dia al rayar el alba envió Dios un gusano que picó la yedra y se secó: Jonás, abrasado por el ardor del sol, dijo que queria mejor morir que vivir: y contestó el Señor á Jonás: «Con que te aflijes de que »haya muerto esta yedra, en que »no trabajaste, ni la hiciste cre»cer, y no me habia yo de haber »compadecido de la destruccion »de Nínive y de las oraciones de »ciento veinte mil de mis cria»turas, que habitan en esta ciu»dad y que no disciernen lo que »hay entre su derecha y su iz»quierda, y muchos bestias!»

REPUBLICA JUDAICA: GOBIERNO DE LOS PONTIFICES.

Gobierno teocratico de los judios.—Vueltos los judios del cautiverio de Babilonia, restablecieron el gobierno teocrático y republicano, bajo el que habian vivido en tiempo de Moisés, y antes de que Samuel, cediendo á sus súplicas, les hubiese dado un rey. No eran independientes, pues reconocian á los reyes de Persia, les pagaban tributo de tropas y dinero, y no

podian hacer alianzas sin su consentimiento; pero eran libres en su administracion interior bajo el gobierno de los ancianos, que formaban una especie de senado. Seguian sin impedimento su culto en el templo que se les habia permitido edificar. Los sumos sacerdotes eran los jefes de esta república: y por muchos documentos, conservados en la historia, se conoce que á ellos se dirijian los reyes estranjeros cuando tenian que tratar con los judios. Casi todos los israelitas de las doce tribus, fieles á su relijion, se habian reunido en Judea con las tribus de Judá y Benjamin. Samária habia sido poblada por asirios, medos, persas y hebreos idólatras. Entre esta ciudad y la de Jerusalem habia una gran envidia y un odio constante. Y Josefo echaba en cara á los samaritanos llamarse israelitas cuando la Judea prosperaba, y negar que lo eran cuando los persas ó los ejipcios la oprimian.

Ya hemos dicho cuántos esfuerzos hicieron los samaritanos en tiempo de Cambises, para impedir ó retardar la construccion del templo de Salomon; y despues se vieron contínuamente estas dos partes del reino de David entregadas á disensiones y ostilidades. A pesar de ellas, la república judia aumentó su poblacion y riquezas, y gozó de paz y prosperidad hasta la muerte de Alejandro Magno; pero despues fué teatro de las guerras que se hicieron sus sucesores, y víctima de sus sangrientas disputas.

Las épocas en que los pueblos son felices y dichosos, son aquellas que dejan menos recuerdos á la posteridad. Los dias borrascosos son los que brillan en la noche de los tiempos: á una tan gran distancia no distinguimos lo que pasaba en comarcas tan antiguas sino á la claridad del rayo que las asolaba. De modo que la historia no nos ha conservado casi ningun detalle cierto de la larga época en que los judios han vivido tranquilos, desde Ciro y sus dos primeros sucesores, hasta el repartimiento del imperio de Alejandro.

La calma que gozaba Jerusalem fué interrumpida bajo el pontificado de Juan, hijo de Judá y nieto de Eliacib. Juan imitó el crímen de Cain, pues escitado por el odio y la envidia, asesinó en el templo á su hermano el sumo sacerdote Jesus. Este asesinato y sacrilejio indignaron así á los estranjeros como á los judios. Artajerjes envió tro-

pas á Jerusalem, hizo perecer al culpable en el templo que habia profanado, é impuso sobre la Judea nuevas contribuciones: Jaddus sucedió á Juan en el sacerdocio. Al mismo tiempo Sanabolet, cuteo de nacion, y nombrado por Darío, rey de Persia, gobernador de Samária, dió su hija en matrimonio á Manasés, sacerdote de Jerusalem, esperando ganar con esta alianza el afecto de los judios; pero esta alianza de un levita y una idólatra, produjo un gran escándalo en la santa ciudad. Esta infraccion á la ley de Moisés escitó la ira del gran sacerdote Jaddus, y mandó á Manasés que repudiase á su mujer. Manasés no quiso obedecer y se retiró á Samária, en donde esperaba con la proteccion de su suegro levantar en la montaña de Garicim un templo, émulo del de Jerusalem. Sobrevino entonces la invasion de Alejandro Magno en la Siria. El conquistador pidió tropas á los judios para el sitio de Tiro: Jaddus, ligado por su juramento al rey de Persia, se las negó; pero Sanabolet y Manasés, aprovechándose de esta circunstancia, le enviaron ocho mil samaritanos. En premio de este servicio, Manasés obtuvo el sacerdocio y empezó á construir el templo de Garicim.

A pesar de esta querella, refiere la Escritura, y todos los historiadores están acordes en decir, que Alejandro, lejos de perseguir á los judios, los protejió, y manifestó gran veneracion al Dios que adoraban. Josefo cuenta que este mismo príncipe fué á Jerusalem, recibió con grande atencion al sumo sacerdote y concedió grandes privilejios al pueblo de Dios. Vamos á conocer esta anécdota como curiosa, y no como un hecho cierto.

Asegura el autor judio que habiéndose acercado Alejandro á Jerusalem al frente de su ejército, el gran sacerdote Jaddus, en vez de oponerle alguna resistencia, hizo sembrar de flores las calles y los caminos. Revestido con sus ornamentos sacerdotales, salió en pompa de la ciudad, á la cabeza de los sacerdotes y los levitas, y de este modo marchó al encuentro del vencedor de Oriente. Penetrado Alejandro de respeto á la vista de aquel cortejo augusto y relijioso, se inclinó profundamente delante del pontífice. Manifestándole Parmenion por ello su sorpresa, el rey le respondió: «No es al sa»cerdote á quien saludo; es á su »Dios. Este se me apareció cuan-

»do aun estaba en Macedonia, y »me alentó en mi empresa, anun»ciándome la victoria y prome»tiéndome la conquista de la »Persia.» Josefo dice que Alejandro despues de haber entrado pacíficamente en Jerusalem, sacrificó él mismo en el templo del Señor, y que Jaddus le manifestó la célebre profecía por la cual Daniel anunciaba sus triunfos y el establecimiento de su imperio. Añade que el héroe concedió á los judios muchos favores, privilejios y libertad. A Jaddus sucedió su hijo Onias. Muerto Alejandro en Babilonia, Ptolemeo Soter, gobernador de Ejipto, despues de arruinar el partido de Perdicas, trató á los judios con sumo rigor y envió á Ejipto ciento veinte mil de ellos. Su sucesor Ptolemeo Filadelfo, protejió la república, le devolvió los desterrados, y como deseaba enriquecer de manuscritos curiosos la biblioteca de Alejandría, pidió al gran sacerdote Eleazar que le enviara setenta y dos judios instruidos para traducir al griego los libros de la ley. Esta traduccion se leyó en público y el rey envió ricos presentes al templo de Jerusalem. En las guerras que sobrevinieron entre el Ejipto y la Siria, sufrió mucho la Judea. Onias, sobrino y sucesor de Eleazar, indignado de la avaricia de los judios, les negó el tributo ordinario y causó grandes calamidades á su patria.

Antíoco el Grande, rey de Asiria, conquistó la Judea, protejió los judios, se sirvió de sus tropas con buen écsito y les concedió la ciudadanía en Antioquia y en otras ciudades de la Siria. Ptolemeo Epifanes, despues de reconquistada y perdida otra vez la Judea, la recibió de Antíoco como dote de Cleopatra, su hija, y prenda de la paz. Ptolemeo Everjetes, no pudiendo hacer que el supremo pontífice Onias le diese el dinero que le pedia, amenazó arruinar á Jerusalem. Josef, hijo de Tobias, hebreo muy rico, aplacó la ira del rey con grandes regalos, y obtuvo mucho crédito en Ejipto y en Judea, á pesar del rigor con que ecsijió las contribuciones necesarias para complacer á Ptolemeo.

Hircano, hijo de Josef, hizo grandes servicios á su patria y le conservó el favor de Ptolemeo; pero su poder y riqueza escitaron el odio de sus hermanos, que proyectaron asesinarle. El mató á dos; huyó de Jerusalem, y se retiró á Hesedon, al oriente del Jordan, donde edificó una for-

taleza, de la cual hacia frecuentes salidas contra los árabes. Conservó siete años su independencia, hasta que Antíoco Epifanes, rey de Siria, hizo la guerra á los judios: temiendo el enojo de este rey, se dió la muerte.

Habiendo los romanos declarado la guerra á Antíoco el Grande, perdió este príncipe contra ellos una batalla en la cual fué hecho prisionero. Obligáronle á pagar un tributo enorme; y de tres hijos que tenia, el primero y el último se quedaron en Roma para responder de su fidelidad.

Obligado Antíoco á abrumar la Siria con esacciones para satisfacer su tributo, pereció á manos de sus vasallos. Seleuco Epifanes, el segundo de sus hijos, le sucedió, y dejó reinar en su nombre á su madre la reina Laodice. En este tiempo, Onias III, gran sacerdote, hacia floreciente la Judea por sus virtudes y la prudencia de su administracion. La paz fué turbada por Simon, de la tribu de Benjamin, faccioso miserable, que no siendo sacerdote ni levita, á favor del crédito que le daba su destino de inspector de la policía esterior del templo, quiso introducir alguna relajacion en la ejecucion de las leyes. Rechazado por la firmeza de Onias, persuadió á Apolonio, gobernador de Fenicia, que en el templo de Jerusalem habia inmensos tesoros que no se empleaban en el servicio público. Seleuco Epifanes, rey de Siria, envió á Heliodoro á que se apoderase de ellos.

En vano el gran sacerdote Onias, se esforzó en persuadir al enviado que Simon le habia engañado ruinmente; Heliodoro quiso asegurarse de ello por sus propios ojos, y declaró que entraria él mismo en el templo con desprecio de las leyes divinas que proibian á todo profano el acercarse á este lugar sagrado.

A esta noticia se consterna toda la ciudad de Jerusalem. Sus habitantes dan gritos, vierten lágrimas, los sacerdotes se prosternan al pie del altar. Todas las manos se levantan al cielo y todas las voces dirijen al Señor fervorosas súplicas. Heliodoro á la cabeza de sus guardias se prepara á forzar la puerta del templo. De repente se presenta un jinete de aspecto formidable, cubierto de una armadura de oro; su corcél acomete á Heliodoro con ambas manos y lo derriba. (A. M. 3828.—A. C. 176.) Dos jóvenes llenos de majestad y ricamente vestidos le azotan con varas; el

impío es arrojado medio muerto fuera del recinto del templo, y Jerusalem pasa súbitamente de la desesperacion á la alegría.

Heliodoro, penetrado del temor del Señor, le dió gracias por haber perdonado su vida. Volvió á Seleuco, le desengañó, y despues fué tan zeloso en servir á los judios, como antes se habia mostrado ardiente en perseguirlos.

No se desalentó Simon con el mal écsito de su empresa. Protejido por Apolonio, y jefe de todos los malos judios y jente perdida de Jerusalem, escitó tantas turbulencias, que Onías se vió obligado para apaciguarlas á reclamar la autoridad de Seleuco. Fué recibido en la corte de este rey con la veneracion debida á su virtud. Pero Seleuco murió y le sucedió su hermano mayor, Antíoco Epifanes, á quien el cielo destinaba para azote de la Judea.

Jason, indigno hermano del gran sacerdote Onias, se aprovechó de su ausencia para usurpar el poder. Se unió con Simon y con su gavilla de perversos, regaló á Antíoco trescientos sesenta talentos de plata, porque le reconociese, y le prometió otros doscientos si le permitia establecer en Jerusalem los usos jimnasios y academias de los griegos. Antíoco, que tenia necesidad de dinero para combatir el partido de su sobrino Demetrio, le concedió todo lo que quiso.

Luego que Jason se vió asegurado en el poder, persuadió al pueblo que todas sus desgracias provenian de la ley de Moisés que aislaba á los judios de las demás naciones y les proibia con ellas toda alianza de culto y de costumbres. En breve se llenó Jerusalem de juegos y fiestas paganas y de profanaciones, y el mismo Jason envió dinero á Tiro para hacer un sacrificio á Hércules.

Antíoco, despues de la larga guerra que hizo en Ejipto, y en que sus victorias fueron inútiles, porque el senado de Roma le mandó evacuar aquel pais, pasó á Jerusalem, cuya ruina meditaba, sin que alterase su resolucion el buen acojimiento que se le hizo. Jason gozaba pacíficamente el fruto de su traicion, pero otra perfidia igual á la suya le arrojó del pontificado. Su hermano Menelao, á quien encargó llevar á Antíoco los tributos de los judios, ganó la voluntad del rey de Siria con lisonjas, regalos y promesas. Jason fué depuesto y su hermano le sucedió. Orgulloso con su fe-

licidad, creyó que podria eludir la ejecucion de las promesas hechas á Antíoco, y no pagó el tributo en los términos convenidos. El rey le destituyó y dió su empleo á su hermano Lisímaco. Menelao vendió algunos vasos de oro que habia robado del templo, y dió el precio de su sacrilejio para congraciarse con el rey de Siria, á Andrónico, gobernador de Antioquia, encargado entonces de someter las ciudades de Tarso y Malo, que se habian sublevado. El virtuoso Onias reprendió ágriamente desde su retiro la maldad de Menelao, y este, temiendo el influjo que aun conservaba su hermano entre los judios, incitó á Andrónico á libertarse de un censor tan peligroso y severo. Andrónico citó á Onias á una conferencia y le mató á puñaladas. A pesar de la depravacion que reinaba entonces en Jerusalem, la muerte de aquel anciano venerable causó dolor universal á los judios y á los jentiles; y todos á pesar de sus diferencias é intereses, y relijion, enviaron á Antioquia quejas violentas contra los autores del crímen. Informado Antíoco de este suceso, envió á Andrónico al suplicio.

Lisímaco, entretanto, seguia cometiendo libremente en Jerusalem robos y sacrilejios. Esparcióse en el pueblo la voz de que habia robado los tesoros sagrados. La muchedumbre se sublevó contra él y lo asesinó á la puerta del templo. Jerusalem estaba en la anarquía, y los principales ciudadanos suplicaban á Antíoco que pusiese fin á los desórdenes; pero con grande admiracion y dolor de todos los buenos que reclamaban su autoridad, devolvió el sacerdocio á Menelao, autor ó instigador de todos los crímenes anteriores. Desde este momento triunfó el vicio, la virtud fué proscrita, la inocencia ultrajada, oprimido el pobre y calumniado el rico. Menelao protejió á todos los malvados, persiguió á todos los hombres de mérito, y Jerusalem sin defensa, fué el teatro de las venganzas y crueldades de aquel feroz tirano. Estos infortunios no eran mas que un débil presajio de los males que amenazaban á la Judea. Se oyó un ruido espantoso en el cielo, y se vieron en él hombres armados de cascos y espadas y jinetes que combatian y arrojaban dardos. Pero estos siniestros presajios no tocaron el corazon del impío Menelao y de sus partidarios. (A.M. 3834.—A.C. 170.)

Por este tiempo, habiendo Antíoco Epifanes aumentado sus fuerzas y su poder, volvió á sus primeros intentos contra Ejipto, y entró en este reino al frente de un numeroso ejército, esperando que la debilidad de Ptolemeo Filometor le opusiese poca resistencia. Pero la prediccion hecha en otro tiempo por Daniel se cumplió. Los romanos unieron sus fuerzas á las de los ejipcios, y el rey de Siria vencido por ellos, se vió forzado á renunciar á su empresa. Durante su espedicion, corrió la fama de su muerte en Judea, y Jason, el antiguo gran sacerdote, no ignorando el odio que se tenia á Menelao por sus crueldades, entró en Jerusalem, se apoderó del pontificado, y obligó á su hermano á encerrarse en la ciudadela. Jason manchó con sangre su victoria, é irritó contra sí á los habitantes de Jerusalem, bastante desgraciados para no tener eleccion sino entre tiranos: prefirieron á Menelao, protejido por la corte de Siria, y Jason, vencido, se retiró. Aretas, príncipe de Arabia, le hizo prisionero. Jason se escapó y huyó á Ejipto. Odioso á todos los partidos, fué á acabar sus dias á Lacedemonia, donde murió tan despreciado, que se le reusó hasta un sepulcro.

Toma de Jerusalem por Antíoco.—Al volver Antíoco de Ejipto, supo las nuevas turbulencias que Jason habia suscitado en Jerusalem. Creyó que un pueblo tan voluble y lijero jamás podria continuar sumiso. Enemigo del culto de los judíos, temiendo su valor y su espíritu independiente, y despreciando la perfidia y la baja ambicion de sus jefes, determinó reducir la Judea á servidumbre, abolir la ley de Moisés, entregar á los falsos dioses el templo del Señor, obligar á toda la nacion á recibir el culto y leyes de los griegos, y dar muerte á todos los que resistiesen á su voluntad. Para ejecutar su bárbaro proyecto, marcha rápidamente á Jerusalem, y despues de la débil resistencia que pudieron hacerle sus habitantes sorprendidos, Menelao y su partido le abren las puertas. El feroz vencedor entregó la ciudad al pillaje: perecieron á hierro ochenta mil personas de toda edad y secso: cuarenta mil quedaron cautivas y otras tantas fueron vendidas por esclavas. El rey entró en el templo y profanó el santuario. Aconsejado por el sacrílego Menelao, se llevó el altar de oro, el candelabro, las lámparas, la mesa de

proposicion, los vasos, los incensarios de oro, los velos, los paños dorados que cubrian la fachada del templo, y los tesoros depositados en este lugar santo. Volvióse á Siria mas orgulloso con este sacrílego botin que Alejandro Magno por su jenerosidad; dejando el cargo de oprimir á los judios á Filipo, natural de Frijia, que quedó por gobernador en Jerusalem. Andrónico y Menelao, fueron enviados á Samária.

Jamás ningun pueblo probó desolacion mas terrible; y sin embargo las desgracias de los judios no habian llegado á su colmo.

Antíoco publicó poco despues un edicto, por el cual se abolia el culto del verdadero Dios, y se mandaba á todos sus vasallos someterse á las leyes y á la relijion de los griegos. Consagró el templo de Garicim á Júpiter Hospitalario, y el de Jerusalem á Júpiter Olímpico. Apolonio, tan cruel como su amo, fué encargado de la ejecucion del edicto. Este, para asegurar mejor la venganza del rey, ocultó su furor bajo una moderacion finjida, y aguardó para saciar su cólera á la celebracion del sábado. Casi todos los judios que conservaban en el corazon el culto de sus padres, se reunieron en derredor de los altares. Apolonio los hizo matar á todos, quemó la ciudad y arrasó las murallas; y enmedio de sus ruinas fortificó el cuartel llamado *Ciudad de David*, reunió en él todos los judios apóstatas ó perversos, y depositó allí las riquezas que habia robado; los que escaparon del hierro de los asesinos, huyeron de Jerusalem que se pobló de estranjeros.

Apolonio volvió á Siria á dar cuenta á Antíoco del orrible resultado de su mision; pero el rey, que deseaba estender á todo el pais las calamidades que habia sufrido Jerusalem, mandó proibir en todas las ciudades y pueblos de Judea la celebracion del sábado, la circuncision y los sacrificios al Dios de Israel: mandando al mismo tiempo comer carnes inmundas, erijir altares á los falsos dioses y sacrificarles cerdos. Los judios, que aun permanecian fieles á su relijion, aterrados con la ruina de Jerusalem y los atroces suplicios destinados á los inobedientes, cedieron casi todos, abjuraron su Dios, é hicieron sacrificios á los ídolos.

FIN DEL TOMO SESTO.

INDICE

DE LOS LIBROS, CAPITULOS Y MATERIAS

CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

CONTINUA EL LIBRO SETIMO.

LIBRO OCTAVO.

HISTORIA DE CARTAGO.

LIBRO NONO.

HISTORIA DE LOS JUDIOS.

